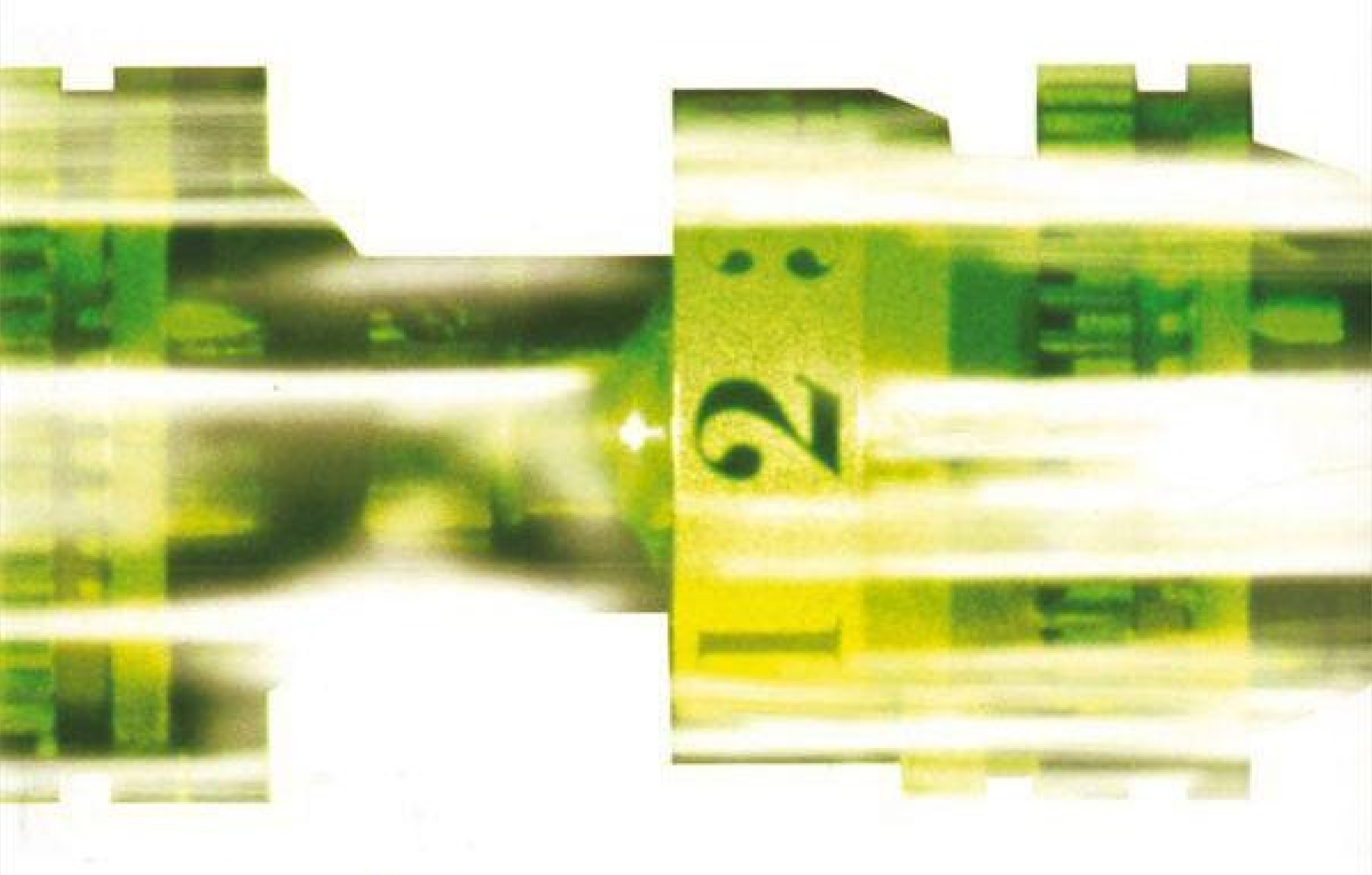
«Una obra llena de astucia y sagacidad... La trama gira sin cesar, como si fuera un sueño»
—Entertainment Weekly

WILLIAM GIBSON
BRUCE STERLING



LA MÁQUINA DIFERENCIAL

1855. La Revolución Industrial está en pleno apogeo, impulsada por mecanismos cibernéticos de vapor. Charles Babbage perfecciona su máquina analítica y la era de la informática llega con un siglo de anticipación. Pero con el cambio llega la inestabilidad social: los luditas, grupo subversivo en contra de la tecnología, protagonizan desórdenes callejeros y hostigan a las clases dirigentes. La aventura comienza cuando unas misteriosas tarjetas perforadas, de origen y propósito desconocidos, caen en manos del paleontólogo Edward ‘Leviatán’ Mallory. Descubrirá que alguien las busca con la suficiente desesperación como para ser capaz de matar por ellas...

La máquina diferencial es la primera obra conjunta de dos de los más brillantes y controvertidos escritores de ciencia ficción. Mezcla de relato de detectives y thiller histórico, William Gibson y Bruce Sterling nos ofrecen una provocadora visión de uno de los momentos más fascinantes de la historia de la tecnología.

Lectulandia

William Gibson

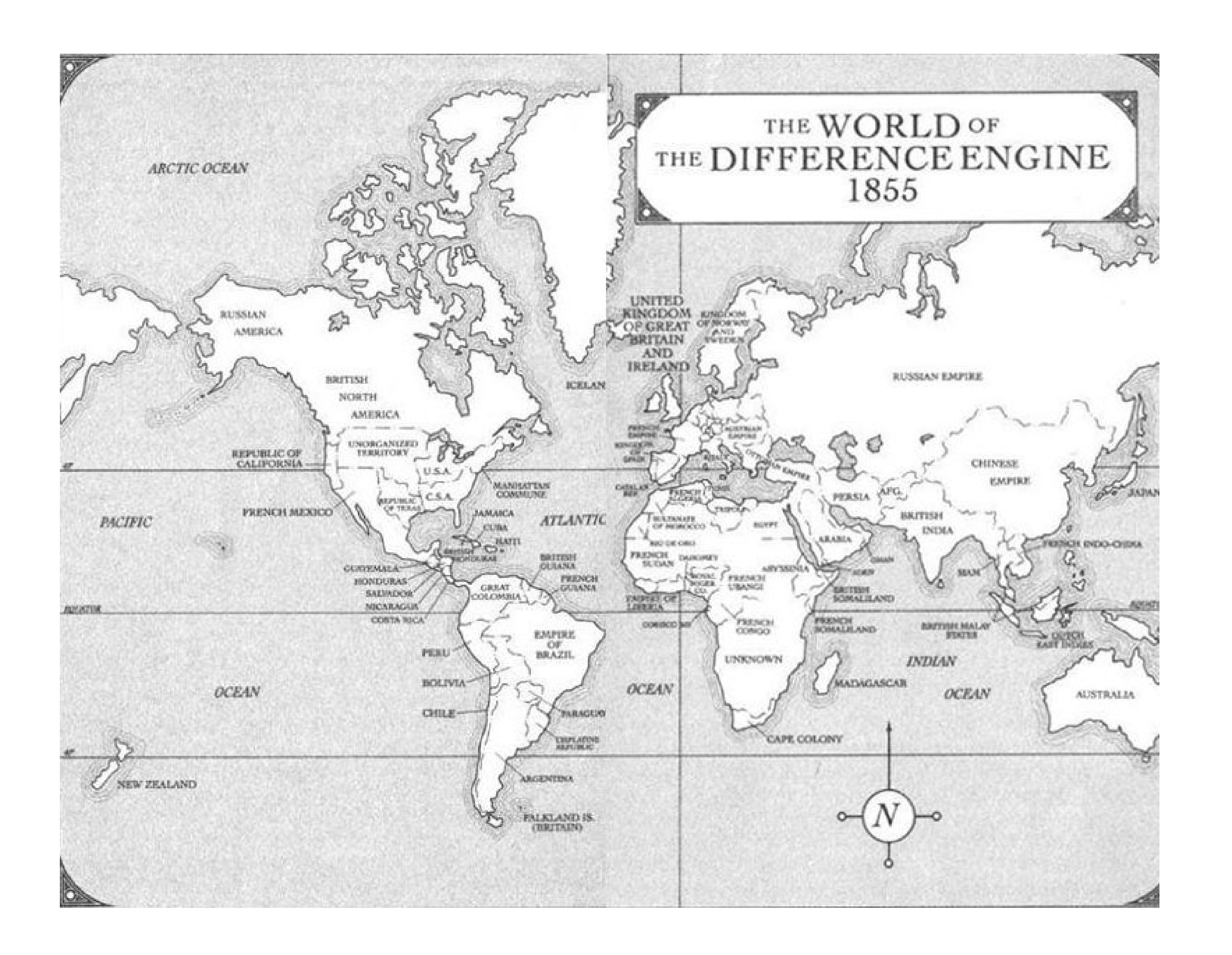
La máquina diferencial

ePUB v1.0

betatron 23.04.2012

Título: La máquina diferencial

Título original: *The Difference Engine*
Traducción de Carlos Lacasa Martín
Editorial: La Factoría de Ideas
ISBN: 9788498009613



THE WORLD OF THE DIFFERENCE ENGINE
1855
ARCTIC OCEAN
RUSSIAN AMERICA
BRITISH NORTH AMERICA
UNORGANIZED TERRITORY
REPUBLIC OF CALIFORNIA
U.S.A.
C.S.A.
MANHATTAN COMMUNE
FRENCH MEXICO
PACIFIC
JAMAICA
CUBA
HAITI
ATLANTIC
GUATEMALA
HONDURAS
SALVADOR
NICARAGUA
COSTA RICA
GREAT COLOMBIA
BRITISH GUIANA
FRENCH GUIANA
EMPIRE OF BRAZIL
PERU
BOLIVIA
CHILE
PARAGUAY
ARGENTINA
FALKLAND IS. (BRITAIN)
OCEAN
NEW ZEALAND
UNITED KINGDOM OF GREAT BRITAIN AND IRELAND
RUSSIAN EMPIRE
CHINESE EMPIRE
PERSIA
AFG.
BRITISH INDIA
ARABIA
EGYPT
ABYSSINIA
FRENCH SUDAN
FRENCH UBANGI
FRENCH CONGO
UNKNOWN
BRITISH SOMALILAND
FRENCH SOMALILAND
BRITISH MALAY STATES
DUTCH EAST INDIES
SIAM
FRENCH INDO-CHINA
JAPAN
INDIAN
OCEAN
MADAGASCAR
CAPE COLONY
AUSTRALIA
OCEAN
N

Primera iteración

El ángel de Goliad

Imagen compuesta, codificada ópticamente por el aparato de escolta de la nave área transcanal Lord Brunel: vista aérea de los suburbios de Cherburgo, 14 de octubre de 1905.

Una hacienda, un jardín, un balcón.

Borra las curvas de hierro colado del balcón y quedan expuestas una silla de baño y su ocupante. Los destellos del sol poniente se reflejan en el níquel que compone los radios de las ruedas de la silla.

La ocupante, propietaria de la hacienda, descansa las manos artríticas sobre una manta elaborada en un telar Jacquard.

Esas manos constan de tendones, tejido conjuntivo, hueso. Mediante el quedo proceso del tiempo y la información, las hebras que anidan en el interior de las células humanas se han entretejido hasta formar una mujer.

Su nombre es Sybil Gerard.

Bajo ella, en un jardín formal pero descuidado, unas enredaderas peladas se enroscan por los enrejados de madera y los muros encalados. Desde las ventanas abiertas de su sala de recuperación, una brisa cálida le mece el pelo blanco y suelto de la nuca, y con ella trae los olores del humo de carbón, el jazmín y el opio.

La atención de la mujer está fija en el cielo, en una silueta de vasta e irresistible elegancia: un metal que a lo largo de su vida ha aprendido a volar. Como avance de esta magnificencia, unos diminutos y estridentes aeroplanos no tripulados se recortan contra el horizonte rojizo.

Como estorninos, piensa Sybil.

Las luces de la nave aérea, sus ventanas cuadradas y doradas, insinúan la calidez humana. Sin esfuerzo, con la incomparable gracia de la función orgánica, imagina allí una música lejana, la música de Londres: el salón de los pasajeros, donde estos beben, donde flirtean, donde acaso bailan.

Los pensamientos llegan desatados, la mente teje sus perspectivas y ensambla significados a partir de emoción y memoria.

Recuerda su vida en Londres. Se recuerda a sí misma, hace tanto tiempo, recorriendo el Strand, abriéndose paso como puede a través del gentío en Temple Bar. Se esfuerza y la ciudad de la memoria se enrosca a su alrededor hasta que, junto a las murallas de Newgate, cae la sombra del ahorcamiento de su padre...

Y la memoria gira, reflejada con la rapidez de la luz, y toma otro derrotero, uno donde siempre es de noche. Es el 15 de enero de 1855. Una habitación en el hotel Grand's, en Piccadilly.

Una de las sillas estaba echada hacia atrás, colocada con precisión bajo el picaporte de cristal tallado de la puerta. Otra seguía cubierta de ropa: un abrigo corto de mujer con flecos, una falda de estameña gruesa cubierta de barro, unos pantalones de hombre a cuadros y un abrigo recortado.

Dos formas yacían bajo las sábanas de la cama con dosel de arce laminado; fuera, atrapado en el puño de hierro del invierno, el Big Ben anunciaba las diez en punto con tonantes y ásperos sonidos de Calíope, el ígneo aliento de carbón de Londres.

Sybil deslizó los pies sobre el lienzo gélido, hacia el calor de la botella de cerámica en su envoltorio de franela. Los dedos de sus pies rozaron la espinilla de él. El toque pareció sacarlo de una profunda meditación. Así era aquel dandi Mick Radley.

Lo había conocido en la academia de baile de Laurent, en Windmill Street. Ahora que sabía cómo era, le parecía más propio de Kellner, en Leicester Square, o incluso de Portland Rooms. Siempre estaba pensando, maquinando, rumiando algo en la cabeza. Era listo, muy listo. Aquello preocupaba a Sybil. Y la señora Winterhalter no lo hubiera aprobado, ya que el manejo de los «caballeros políticos» requería delicadeza y discreción, cualidades que la propia señora Winterhalter consideraba poseer en grado sumo, exactamente lo contrario que sus chicas.

—Deja el putaísmo, Sybil —dijo Mick. Uno de sus pronunciamientos. Su ingeniosa mente había llegado a alguna conclusión.

Sybil le sonrió con la cara medio oculta por el cálido borde de la manta. Sabía que a él le gustaba su sonrisa. Su sonrisa de chica traviesa. No lo diría en serio. Decidió bromear con ello.

—Pero si no fuera una mujerzuela traviesa, ¿estaría acaso aquí contigo?

—Basta de juegos, capulina.

—Sabes que solo voy con caballeros. Mick sorbió por la nariz, entretenido.

—Entonces, ¿me estás llamando caballero?

—Y un caballero de relumbrón —respondió Sybil para adularlo—. Uno de los más selectos. Ya sabes que no me interesan los lores radicales. Los desprecio, Mick. Sybil sintió un escalofrío, pero no por preocupación, ya que había tenido bastante suerte: filete con patatas, chocolate caliente, cama con sábanas limpias en un hotel elegante. Un resplandeciente y nuevo hotel con calefacción central de vapor, aunque de buena gana hubiera cambiado los constantes gorgoteos y golpes del radiador dorado enroscado por el fulgor de un hogar bien alimentado.

Y además tenía que admitir que aquel Mick Radley era un tipo bien parecido.

Vestía con elegancia, tenía dinero y era generoso con él, y todavía estaba por solicitar algún servicio peculiar o bestial. Sabía que aquello no duraría, pues Mick era un caballero de visita procedente de Manchester y no tardaría en marcharse. Pero todavía podía sacarle bastante, y quizá un poco más cuando la dejara, si lo hacía sentir mal por el abandono.

Mick se reclinó sobre las gruesas almohadas de plumas y deslizó sus dedos con manicura por detrás del pelo engominado y rizado. Una camisa de noche cuajada de encajes por todo el pecho: solo lo mejor para Mick. Parecía tener ganas de hablar. Los hombres no solían tardar en hacerlo después de un tiempo, en especial acerca de sus esposas.

Pero el dandi Mick siempre hablaba de política.

—¿Entonces odias a sus señorías, Sybil?

—¿Y por qué no? —respondió ella—. Tengo mis razones.

—Eso parece —dijo él lentamente, y la mirada de fría superioridad que le lanzó entonces provocó en Sybil un escalofrío.

—¿A qué te refieres con eso, Mick?

—A que conozco tus razones para odiar al Gobierno. Conozco tu número.

Primero la invadió la sorpresa, después el miedo. Se sentó en la cama. Su boca se vio invadida por el regusto del hierro frío.

—Llevas tu tarjeta en el bolso —dijo él—. Llevé el número a un curioso magistrado al que conozco, que me hizo el favor de pasarlo por una máquina gubernamental. Luego imprimió tu archivo de Bow Street, ratatatatá, como si nada. —Sonrió—. Así que lo sé todo sobre ti, chica. Sé quién eres...

Ella intentó hacerse la dura.

—¿Y quién soy entonces, señor Radley?

—No eres Sybil Jones, cariño. Eres Sybil Gerard, hija de Walter Gerard, el agitador ludita.

Aquel hombre había violado su pasado oculto.

Máquinas que zumbaban en algún sitio y que escupían historias.

Mick la miraba a la cara y sonreía ante lo que allí veía. Sybil reconoció una expresión que ya había contemplado antes, en Laurent’s, la primera vez que la vio en el salón atestado. Una expresión hambrienta.

La voz de Sybil temblaba.

—¿Desde cuándo sabes esas cosas sobre mí?

—Desde nuestra segunda noche. Ya sabes que viajo con el general. Como cualquier hombre importante, tiene enemigos. Como su secretario y ayudante, no me arriesgo nunca con los extraños. —Mick puso una mano diestra y cruel sobre el hombro de ella—. Podías ser el agente de alguien. Fue una cuestión profesional.

Sybil se encogió y se apartó de él.

—Espiar a una chica indefensa... —dijo al fin—. ¡Eres todo un hijo de puta, eso es lo que eres! Pero sus feas palabras apenas parecían tener efecto en él, que era frío y despiadado como un juez, o un noble.

—Quizá espíe, chica, pero uso la maquinaria del Gobierno para mis propios y dulces propósitos. No soy un soplón de la policía que mira por encima del hombro a un revolucionario como Walter Gerard..., lo llamen como lo llamen ahora los lores radicales. Tu padre fue un héroe. —Cambió de posición en la almohada—. Mi héroe, eso era Walter Gerard. Lo vi hablar acerca de los derechos del trabajo, en Manchester. Fue maravilloso. ¡Todos vitoreamos hasta que nos dolió la garganta! Los viejos Gatos infernales... —La voz suave de Mick cobró un tono áspero y plano, con un fuerte acento de Manchester—. ¿Oíste hablar alguna vez de los Gatos infernales, Sybil, en los viejos tiempos?

—Eran una banda callejera —respondió la chica—. Matones de Manchester. Mick frunció el ceño. —¡Éramos una hermandad! ¡Una cofradía juvenil de amigos! Tu padre nos conocía bien. Podrías decir que era nuestro político patrón.

—Preferiría que no hablara de mi padre, señor Radley.

Mick sacudió la cabeza con impaciencia.

—Cuando oí que lo habían juzgado y ahorcado —las palabras eran como hielo entre las costillas de Sybil—, los chicos y yo cogimos antorchas y palancas y nos volvimos locos. ¡Fue obra de Ned Ludd, muchacha! Hace años... —Se cogió con delicadeza el borde de la camisa de noche—. Esta no es una historia que cuente a muchos. Las máquinas del Gobierno tienen vastas memorias.

Entonces Sybil lo entendió: la generosidad de Mick y su hablar suave, las extrañas insinuaciones acerca de que la había buscado, acerca de planes secretos y una mejor fortuna, de cartas marcadas y ases escondidos. Estaba tirando de sus hilos, haciéndola suya. La hija de Walter Gerard era un bonito premio para un hombre como Mick.

Sybil salió de la cama y se dirigió sobre los tablones helados hacia sus enaguas y su camisola.

Se concentró con rapidez y en silencio en el montón de sus ropas. El abrigo con flecos, la chaqueta, la gran jaula cimbreada de su falda de crinolina. La coraza blanca y tintineante de su corsé.

—Vuelve a la cama —le dijo Mick, perezoso—. Baja esos humos. Fuera hace mucho frío. —Sacudió la cabeza—. No es lo que te piensas, Sybil.

Ella se negó a mirarlo mientras luchaba por ponerse el corsé junto a la ventana, donde el cristal cubierto de escarcha reducía el fulgor de la luz de gas procedente de la calle. Se apretó con fuerza los lazos del corsé a la espalda con un rápido y experto giro de las muñecas.

—Y si lo es —musitó Mick mientras la observaba—, lo es solo en un pequeño

grado. Al otro lado de la calle, la ópera dejaba salir a la aristocracia, con sus capas y chisteras. Coches de caballos con el lomo cubierto por mantas repicaban y temblaban sobre el negro adoquinado. Aún quedaban restos de limpia nieve suburbana en el resplandeciente pescante de los faetones de vapor de algunas señorías. Las prostitutas se estaban trabajando al gentío. Pobres almas desdichadas... Resultaba dificilísimo encontrar una sola cara amable entre aquellas camisas almidonadas y gemelos con diamantes, en aquella noche tan fría. Sybil se giró hacia Mick confusa, iracunda y muy, muy asustada.

—¿A quién le has hablado de mí?

—Ni a un alma —respondió Mick—, ni siquiera a mi amigo el general. Y no pienso delatarte. Nadie podrá decir jamás que Mick Radley es indiscreto. De modo que vuelve a la cama.

—No pienso hacerlo —dijo Sybil erguida, mientras se le helaban los pies sobre el suelo—. Sybil Jones podrá compartir tu cama, ¡pero la hija de Walter Gerard es una personalidad sustancial!

Mick se quedó mirándola sorprendido. Pensó que todo había terminado y se frotó el pequeño mentón. Asintió.

—En tal caso he sufrido una pérdida lamentable, señorita Gerard. —Se sentó en la cama y señaló la puerta con un gesto exagerado del brazo—. Póngase entonces la falda y las botas con tacón de bronce para hacer la calle, señorita Gerard, y salgan por esa puerta usted y su sustancia. Pero sería toda una lástima que lo hiciera. Me vendría bien una muchacha sagaz.

—De eso no me cabe la menor duda, hombre impío —dijo Sybil, pero entonces dudó. Mick tenía otra carta en la manga; ella lo notaba en su expresión.

El hombre le sonrió y entrecerró los ojos.

—¿Has estado alguna vez en París, Sybil?

—¿París? —Su aliento se hizo vaho.

—Sí, la gaya y glamorosa, siguiente destino del general cuando su gira de conferencias en Londres haya concluido. —El dandi Mick se tiró de los lazos de las mangas—. Respecto a cuáles serían las funciones que antes he mencionado, en esta sazón no diré nada. Pero el general es un hombre de profundas estratagemas. Y el Gobierno de Francia se encuentra en ciertas dificultades que requieren la ayuda de expertos... —Sonrió triunfante—. Pero veo que esto te aburre, ¿no es así?

Sybil cambió el peso de pie.

—¿Vas a llevarme a París, Mick? —dijo lentamente—. ¿Lo dices de verdad, no se trata de un engaño artero?

—Estrictamente cierto y veraz. Si no me crees, en mi abrigo puedes ver un billete para el transbordador de Dover.

Sybil se dirigió hacia el sillón de brocado que había en una esquina y cogió el

abrigo largo de Mick. No podía controlar los temblores y se lo puso. Buena lana oscura. Se sentía como si estuviera envuelta en dinero caliente.

—Busca en el bolsillo frontal de la derecha —le dijo Mick—. En el tarjetero. —Sonaba contento y confiado, como si le resultara gracioso que ella desconfiara. Sybil metió las manos heladas en ambos bolsillos. Profundos, forrados de felpa...

Su mano izquierda topó con algo metálico, duro, frío. Extrajo una pequeña y desagradable pistola Avispero. Culata de marfil, un intrincado brillo de martillos de acero y cartuchos de bronce, pequeña como su mano y aun así pesada.

—No me seas traviesa —dijo Mick frunciendo el ceño—. Guarda eso, hay una chica delante.

Sybil dejó el arma en el bolsillo con cuidado pero rápidamente, como si se tratara de un cangrejo vivo. En el otro bolsillo encontró el tarjetero, que era de cuero rojo de Marruecos; dentro había tarjetas comerciales, cartes-de-visite con su retrato punteado por máquinas, un horario de trenes de Londres.

Y un trozo de pergamino grabado, rígido y cremoso: un pasaje de primera clase en el Newcomen, desde Dover. —Pues si de verdad quieres llevarme contigo necesitarás dos billetes —dudó ella. Mick asintió, aceptando la objeción.

—Y otro para el tren desde Cherburgo. Nada más sencillo. Abajo, en recepción, puedo poner un cable para solicitar los billetes. Sybil volvió a temblar y se protegió mejor con el abrigo. Mick rió.

—No me pongas esa cara avinagrada. Sigues pensando como una meretriz; para ya. Empieza a pensar como una centella o no me servirás de nada. Ahora eres la chica de Mick. Ahora vuelas alto. Ella respondió lentamente, reluctante.

—Nunca he estado con ningún hombre que supiera que soy Sybil Gerard. Eso era mentira, por supuesto; estaba Egremont, el hombre que la había arruinado. Charles Egremont había sabido a la perfección quién era ella. Pero Egremont ya no importaba: ahora él habitaba un mundo diferente, con su respetable esposa con cara de orinal y su respetable escaño en el Parlamento.

Y Sybil no había jugado a las meretrices con Egremont. Al menos no exactamente. Era una cuestión de grado. Pudo ver que a Mick le agradaba la mentira. Lo había adulado. Mick abrió una pitillera reluciente, sacó un cigarro y lo encendió con la llama oleosa de una cerilla de repetición. La habitación quedó inundada por el olor dulce del tabaco rojizo.

—Así que ahora, conmigo, te sientes un poco cortada, ¿no? —dijo él al fin—. Bien está, así lo prefiero. Esto que sé me da un poco más de poder sobre ti, ¿no crees?, que el mero metal. —Sus ojos se entrecerraron—. Lo que cuenta es lo que se sabe, ¿no es así, Sybil? Más que la tierra o el dinero, más que la cuna. Información. Eso es lo que importa.

Sybil sintió un acceso de odio hacia él por su tranquilidad y su confianza. La

invadió un resentimiento puro, afilado y primario, pero la chica aplastó estos sentimientos. El aborrecimiento flaqueó y perdió su pureza hasta convertirse en vergüenza. Lo odiaba, sí, pero solo porque la conocía de verdad. Sabía hasta qué punto había caído Sybil Gerard, que en el pasado había sido una chica bien educada, con aires y elegancia, tan buena como cualquier muchacha de la aristocracia.

De los días de fama de su padre, de su niñez, Sybil podía recordar a Mick Radley. Sabía la clase de muchacho que había sido. Chicos andrajosos de las fábricas, de a penique la docena, que se congregaban alrededor de su padre cuando acababa sus discursos a la luz de las velas y hacían lo que él les ordenaba: arrancar vías del tren, abrir los tapones de las calderas de las máquinas hiladoras, poner a sus pies cascos de policía. Ella y su padre habían huido de una ciudad a otra, a menudo de noche, y habían vivido en sótanos, áticos, cuartos anónimos de alquiler; se habían ocultado de la policía radical y de las dagas de otros conspiradores. Y en ocasiones, cuando sus propios discursos inflamados lo inundaban de exultación, su padre la abrazaba y le prometía el mundo con seriedad. Ella viviría como la aristocracia en una Inglaterra verde y tranquila, cuando el rey Vapor fuera derribado. Cuando Byron y sus radicales industriales fueran completamente destruidos.

Pero una cuerda de cáñamo había acallado a su padre para siempre. Los radicales gobernaban sin pausa, de triunfo en triunfo, y jugaban con el mundo como con una baraja de naipes. Y ahora Mick Radley estaba en lo alto del mundo, y Sybil Gerard en lo más bajo.

Ella permaneció así en silencio, envuelta en el abrigo de Mike. París... La promesa del viaje resultaba tentadora, y cuando al fin se permitió creer que era cierto le pareció sentir un latigazo similar a un relámpago. Pensó en lo que representaría dejar su vida en Londres. Sabía que era una existencia mala, indigna y sórdida, aunque no totalmente desesperada. A pesar de todo tenía cosas que perder. Su habitación de alquiler en Whitechapel y su querido gato Toby. Estaba la señora Winterhalter, que arreglaba los encuentros entre las chicas alegres y los caballeros políticos. La señora Winterhalter era una alcahueta, pero tenía el temple de una dama, y no resultaba fácil encontrar mujeres como ella. Y también perdería a sus dos caballeros asiduos, los señores Chadwick y Kingsley, a los que veía dos veces al mes. Eran dinero constante que la mantenía alejada de la calle. Pero Chadwick tenía una esposa celosa en Fulham, y en un momento de ofuscación Sybil había robado los mejores gemelos de Kingsley. Era consciente de que él albergaba sospechas.

Además, ninguno de estos dos hombres era la mitad de generoso con su dinero que el dandi Mick.

Se obligó a sonreírle con la mayor dulzura posible.

—Eres extraño, Mick Radley. Sabes de qué hilos tirar. Quizás al principio estuviera contrariada contigo, pero no soy tan cebollina como para no reconocer a un

caballero especial cuando lo veo.

Mick lanzó una bocanada de humo.

—Eres pero que muy lista —dijo admirado—. Sabes ser zalamera como un ángel. Pero no me engañas, así que no tienes por qué engañarte a ti misma. De todos modos, eres exactamente la chica que necesito. Vuelve a la cama.

Ella hizo lo que le pedía.

—Por Júpiter, tus benditos pies parecen bloques de hielo. ¿Por qué no llevas unas pantuflas? —Tiró del corsé con decisión—. Pantuflas y unas medias de seda negra —dijo—. Las chicas estáis espectaculares en la cama con medias de seda negra.

Desde el otro lado del mostrador de cristal, uno de los tenderos de Aaron’s, alto y orgulloso con su limpio guardapolvos negro y sus botas relucientes, miró con frialdad a Sybil. Él sabía que sucedía algo, podía olérselo. Sybil esperó a que Mick pagara con las manos recatadamente cogidas por delante de la falda, aunque no dejaba de observar con discreción desde debajo del borde azul de su gorra. Bajo la falda, enredado en el armazón de crinolina, se hallaba el chal que había afanado mientras Radley se probaba chisteras.

Sybil había aprendido a hurtar cosas, y lo había aprendido sola. Lo importante era tener los nervios templados: ese era el secreto. Hacía falta arrojo. Nada de mirar a izquierda y derecha, simplemente coger, levantar la falda y esconder la mercancía. Después había que enderezarse y poner expresión beatífica, como una joven de la aristocracia.

El encargado había perdido el interés en ella y observaba a un hombre grueso que miraba tirantes forrados de seda. Sybil revisó rápidamente su falda: no había bultos delatores.

Un joven dependiente de rostro pecoso, con los pulgares manchados de tinta, introdujo el número de Mick en una máquina de crédito de sobremesa. Zap, clic, una actuación de la palanca con mango de ébano y ya estaba. Entregó a Mick su recibo de compra impreso; luego envolvió el paquete con un papel verde y chillón y lo ató con cordel.

Aaron & Son nunca echaría de menos un chal de cachemira. Quizá sí lo hicieran sus máquinas de contabilidad al cuadrar balances, pero la pérdida no les haría mucho daño; su palacio de las compras era demasiado grande, demasiado rico para ello. Todas aquellas columnas griegas, las lámparas de cristal irlandés, el millón de espejos... Había una sala dorada tras otra, todas llenas hasta arriba de botas de montar de goma, jabón francés, bastones, paraguas, cuberterías, expositores de cristal llenos de vajillas de plata, broches de marfil y adorables cajas de música doradas. Y aquella solo era una de las doce tiendas de la cadena. No obstante todo esto, ella sabía que Aaron no era en realidad un lugar para las clases altas.

¿Pero no era Inglaterra un lugar en el que, si eras listo, podías hacer cualquier cosa con dinero? Algún día el señor Aaron, un desastrado y viejo comerciante judío de Whitechapel, sería par y tendría un faetón de vapor esperándolo en la calzada, con su propio escudo de armas en el pescante. Al Parlamento radical no le importaría que el señor Aaron no fuese cristiano. Ya le había dado el señorío a Charles Darwin, que sostenía que Adán y Eva no habían sido sino monos.

El portero, vestido con una librea afrancesada, abrió a Sybil la traqueteante puerta de bronce. Mick la acompañó con el paquete bajo el brazo y comenzaron a descender los escalones.

Salieron de Aaron’s al bullicio de Whitechapel. Mientras Mick consultaba un callejero que había sacado del abrigo, ella contemplaba las letras cambiantes que pasaban sobre el escaparate de los almacenes. Era un friso mecánico, una clase lenta de quinótropo para los anuncios de Aaron’s, construido a base de pequeños trozos de madera pintada que no dejaban de girar uno detrás del otro tras una pantalla plomada de cristal biselado. «CONVIERTA SU PIANO MANUAL EN UNA PIANOLA KASTNER», sugerían las letras cambiantes.

La línea del horizonte al oeste de Whitechapel quedaba punteada por las grúas de la construcción, sombríos esqueletos de acero pintados con minio rojo para protegerlos de la humedad. Los edificios más antiguos estaban cubiertos por andamios; lo que no estaba siendo demolido, al parecer para hacer sitio a lo nuevo, era reconstruido a su imagen. Llegaba un ruido lejano de excavación, una sensación trémula bajo el pavimento de vastas máquinas que horadaban una nueva línea subterránea.

Pero Mick giró a la izquierda sin decir una palabra y se alejó con el sombrero inclinado hacia un lado y los pantalones a cuadros visibles bajo la larga cola de su abrigo. Sybil tuvo que apresurarse para igualar su paso. Un muchacho desastrado con una placa de latón numerada barría nieve sucia en el cruce; Mick le arrojó un penique sin perder un paso y tomó la vía llamada Butcher Row.

Ella lo alcanzó y lo cogió del brazo mientras pasaban ante las carcasas rojas y blancas que colgaban de los garfios de hierro negro —ternera, mutón y buey— y ante hombres gruesos protegidos por mandiles ensangrentados que pregonaban sus mercancías. Las mujeres londinenses se congregaban allí a decenas, con la cesta de mimbre en el brazo. Sirvientas, cocineras, esposas respetables con sus maridos en casa. Un carnicero de rostro rubicundo y ojos entrecerrados puso delante de Sybil dos puñados de carne azul.

—¡Hola, hermosa señorita! ¡Haga con estos estupendos riñones un pastel a su caballero!

Sybil lo esquivó agachando la cabeza y lo rodeó.

La acera estaba atestada de carretillas estacionadas, junto a las que sus dueños,

cuyos abrigos de pana estaban decorados con botones de bronce o perla, vociferaban a su vez. Todos ellos tenían su placa numerada, aunque Mick aseguraba que al menos la mitad eran falsas, tan falsas como los pesos y medidas de los mercaderes. Había mantas y cestos desplegados sobre cuadros claramente marcados con tiza sobre el pavimento, y Mick le explicó los métodos de aquella gente para colar la fruta podrida, o para ocultar las anguilas muertas entre las vivas. Ella sonreía ante el placer que él parecía experimentar al conocer aquellos asuntos, mientras los mercachifles seguían alabando sus escobas, jabones y cirios. Un organista de ceño fruncido daba vueltas con las dos manos a la palanca de su máquina sinfónica, con la que inundaba las calles de una rápida y alegre andanada de campanas, pianos y acero.

Mick se detuvo junto a una mesa de borriquetes de madera atendida por una viuda de mirada ceñuda y vestido de alepín, y cuyos finos labios sostenían una pipa de arcilla. Ante ella había numerosos viales de una sustancia de aspecto repugnante que Sybil tomó por una medicina patentada, ya que cada uno llevaba pegada una etiqueta de papel azul con la imagen borrosa de un indio salvaje.

—¿Y qué es esto, madre? —inquirió Mick mientras daba unos golpecitos con un dedo enguantado a un corcho con lacre rojo.

—Aceite de roca, señor —dijo ella renunciando a la boquilla de la pipa—. Lo que muchos llaman alquitrán de Barbados. —Su acento arrastrado hacía daño al oído, pero Sybil sintió una punzada de misericordia. Cuán lejos no estaría aquella mujer del lejanísimo lugar que una vez había considerado su hogar...

—¿De veras? —preguntó Mick—. ¿Seguro que no es texano?

—«Saludable bálsamo de la secreta fuente natural, restaura cuerpo y vida y libra de todo mal» —respondió la viuda. Recogido por el salvaje Séneca en las aguas del gran Oil Creek de Pensilvania, señor. Tres peniques el frasco, panacea garantizada. —La mujer observaba ahora a Mick con expresión curiosa; sus ojos pálidos se afianzaron tras su nido de arrugas, como si recordara el rostro del caballero. Sybil sintió un escalofrío.

—Tenga muy buenos días, madre —dijo Mick con una sonrisa que, en cierto modo, recordó a Sybil a un detective antivicio al que conocía, un hombrecillo pelirrojo que se encargaba de Leicester Square y Soho; las chicas le decían «Tejón».

—¿Qué era eso? —preguntó mientras lo cogía del brazo al marcharse—. ¿Qué es lo que vende?

—Aceite de roca —respondió él, y Sybil atisbó la mirada afilada que dirigía hacia la encorvada figura de negro—. El general me ha dicho que sale gorgoteando del suelo, en Texas...

Sybil sentía curiosidad.

—¿Y de verdad es una panacea?

—Olvídalo —respondió él—. Y aquí se acabó la cháchara. —Estaba mirando

hacia el fondo de la calle con ojos encendidos—. Veo uno, y ya sabes qué hacer.

Sybil asintió y se abrió paso a través del gentío hacia el hombre al que Mick había visto. Era un vendedor de balatas, delgado y con hoyuelos en los carrillos, el pelo largo y grasiento oculto bajo un sombrero alto forrado con un brillante tejido estampado de puntos. Tenía los brazos doblados, las manos entrelazadas como si estuviera rezando, las mangas de la chaqueta arrugada llenas de largas partituras.

—«Ferrocarril hacia el cielo», damas y caballeros —cantó el vendedor de balatas, un veterano farfallón—. «Raíles de la divina verdad, tendidos en la Roca de la Edad; atados con cadenas de mi amor, firmes cual trono de Dios mi Señor». Una hermosa tonada por solo dos peniques, señorita.

—¿Tienes «El cuervo de San Jacinto»? —preguntó Sybil. —Puedo conseguirla, puedo conseguirla —dijo el vendedor—. ¿Y de qué trata? —Es acerca de la gran batalla en Texas, el gran general... El vendedor de balatas arqueó las cejas. Sus ojos eran azules y extraordinaria

mente brillantes, ansiosos quizá de religión, quizá de ginebra. —Entonces, ¿es uno de sus generales de Crimea, un franchute, este señor Jacinto?

—No, no —respondió Sybil mientras le lanzaba una sonrisa de conmiseración—. El general Houston, Sam Houston de Texas. Quiero esa canción en particular.

—Compraré mis publicaciones esta misma tarde y buscaré sin duda su canción, señorita.

—Querría al menos cinco copias, para mis amigos —dijo Sybil.

—Por diez peniques obtiene seis.

—Seis, pues, y esta tarde, en este mismo sitio.

—Como usted diga, señorita. —El vendedor se tocó el ala del sombrero.

Sybil se alejó entre la multitud. Lo había hecho. No era tan malo. Sintió que podía acostumbrarse a ello. Y quizá fuera una buena canción, una que la gente disfrutara una vez el baladista se viera obligado a vender las copias.

Mick apareció de repente junto a ella.

—No está mal —concedió mientras buscaba en el bolsillo de su abrigo y, como por arte de magia, extraía una tartaleta de manzana aún caliente y colmada de azúcar, envuelta en un papel grasiento.

—Gracias —dijo ella sorprendida pero contenta, ya que había estado pensando en detenerse, ocultarse y sacar el chal robado. Pero los ojos de Mick habían estado clavados en ella en todo momento. Sybil no lo había visto, pero la había estado observando. Así era él. No volvería a olvidarlo.

Caminaron ora juntos, ora separados, por todo Somerset, y después a través del vasto mercado de Petticoat Lane, iluminado a medida que la noche caía con una hueste de luces, un fulgor de capas de gas, el blanco resplandor del carburo, las sucias lámparas grasientas, las gotas de sebo que centellaban entre los comestibles

expuestos en los comercios. El ruido resultaba allí ensordecedor, pero Sybil deleitó a Mick engañando a otros tres vendedores de balatas.

En un enorme y brillante palacio de la ginebra de Whitechapel, con resplandecientes papeles dorados en las paredes y una iluminación a base de bujías de gas, Sybil se disculpó y se dirigió hacia el excusado femenino. Allí, a salvo dentro de una cabina hedionda, sacó el chal. Era muy suave y de un adorable color violeta, uno de esos nuevos y extraños tintes que la gente lista obtenía del carbón. Lo plegó cuidadosamente y se lo metió en la parte superior del corsé, de modo que estuviera a salvo. Después salió para reunirse con su guardián, al que encontró sentado a una mesa. Mick le había pedido un vasito de ginebra a la miel. Se sentó a su lado.

—Lo has hecho bien, chica —dijo él mientras le acercaba el vaso de cristal. El lugar estaba lleno de soldados de Crimea de permiso, de irlandeses con sus prostitutas colgadas del brazo, cada vez con la nariz más colorada a causa de la ginebra. No había camareras, sino enormes camareros de aspecto hosco y rocoso con mandiles blancos. Debajo de la barra guardaban recias porras para disolver algaradas.

—La ginebra es una bebida de putas, Mick.

—A todo el mundo le gusta —dijo él—. Y tú no eres una puta, Sybil.

—Meretriz, capulina... —Lo miró con aspereza—. ¿Qué más me llamabas antes?

—Ahora estás con dandi Mick —respondió él y se recostó sobre la silla, al tiempo que se metía los pulgares por el agujero para las mangas del chaleco—. Eres una aventurera.

—¿Una aventurera?

—Eso es. —Se enderezó—. Y esto es en tu honor. —Bebió su vaso de ginebra, se lo pasó por la lengua con mirada desdichada y tragó—. No te preocupes, querida. O lo han rebajado con aguarrás o soy judío. —Se incorporó.

Salieron del local. Ella se colgó de su brazo en un intento por frenar su paso. —«Aventurero». ¿Eso es entonces usted, señor Mick Radley?

—Eso soy, Sybil —respondió él en voz baja—, y tú vas a ser mi aprendiza. Así que haz cuanto te diga con un apropiado espíritu humilde, aprende los trucos del oficio y quizás algún día entrarás en el sindicato, ¿eh? En el gremio.

—Como mi padre, ¿no? ¿Te gusta jugar a eso, Mick? ¿Quién era él, quién soy yo?

—No —respondió Mick con tono neutro—. Él estaba pasado de moda, ya no es nadie. Sybil mostró una sonrisa ladeada.

—¿Y a las chicas traviesas nos dejan entrar en ese gremio tuyo tan elegante, Mick?

—Es un gremio del saber —dijo él con sobriedad—. Los jefes, los peces gordos, nos pueden arrebatar toda clase de cosas con sus malditas leyes, sus fábricas, sus tribunales y sus bancos. Pueden rehacer el mundo a su placer, pueden arrebatarte tu

hogar, tu familia, incluso el trabajo que haces. —Se encogió de hombros enfadado, provocando arrugas en el grueso paño de su abrigo—. E incluso roban la virtud de la hija de un héroe, si se me permite el atrevimiento. —Apretó la mano de ella contra su manga con fuerza—. Pero nunca pueden arrebatarte lo que sabes, ¿no es así, Sybil? Nunca pueden arrebatarte eso.

Sybil oyó los pasos de Hetty en el pasillo que conducía a su cuarto, y el sonido de las llaves en la puerta. Apagó el organillo con un zumbido agudo.

Hetty se quitó la boina de lana cubierta de copos de nieve y se deshizo de su capa azul marino. Era otra de las chicas de la señora Winterhalter, una morena bronca y de huesos grandes que bebía demasiado, pero que siempre era dulce a su modo y siempre trataba bien a Toby.

Sybil plegó la manivela con mango de porcelana y bajó la tapa mellada del barato instrumento.

—Estaba ensayando. La señora Winterhalter quiere que cante el jueves.

—Ya está fastidiando esa puta vieja —dijo Hetty—. ¿No es tu noche con el señor C.? ¿O es con el señor K.? —Hetty puso los pies bajo el pequeño y estrecho hogar para calentárselos antes de reparar, a la luz de la lámpara, en las cajas de zapatos y sombreros de Aaron & Son—. Diantres —dijo y sonrió con una mueca teñida de envidia—. Nuevo pretendiente, ¿no es así? ¡Qué afortunada eres, Sybil Jones!

—Puede ser. —Sybil bebió su licor caliente al limón y echó hacia atrás la cabeza para relajar la garganta. Hetty parpadeó.

—Winterhalter no sabe nada de este, ¿eh?

Sybil negó con la cabeza y sonrió. Hetty no diría nada.

—¿Sabes algo acerca de Texas, Hetty?

—Es un país de América —dijo su compañera sin dudarlo—. Pertenece a Francia, ¿no?

—Ese es México. ¿Te gustaría ir a un espectáculo de quinótropo, Hetty? El anterior presidente de Texas da una conferencia. Tengo entradas gratuitas.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—Tengo baile —dijo Hetty—. Quizá Mandy quiera ir. —Se sopló los dedos para calentarlos—. Esta noche, más tarde, viene un amigo mío. No te importa, ¿no?

—No —respondió Sybil. La señora Winterhalter observaba reglas estrictas que no permitían a ninguna chica tener hombres en su habitación. Era una norma que Hetty ignoraba a menudo, como si retara al casero a que la denunciara. Pero la señora Winterhalter pagaba el alquiler directamente al casero, el señor Cairns, y Sybil muy raramente llegaba a hablar con él, y mucho menos con su hosca esposa, una mujer de gruesos tobillos a la que le encantaban los sombreros más espantosos. Cairns y su

mujer nunca habían informado en contra de Hetty, aunque Sybil no estaba muy segura del motivo, ya que la habitación de su compañera estaba pegada a la de ellos, y cuando Hetty se traía compañía masculina no se cortaba ni un pelo: diplomáticos extranjeros en su mayoría, hombres de acentos extraños y, a juzgar por los ruidos, hábitos bestiales.

—Tú sigue cantando si quieres —dijo Hetty mientras se arrodillaba sobre el fuego ceniciento—. Tienes buena voz. No debes dejar que tus dones se echen a perder. —Temblorosa, comenzó a alimentar el fuego carbón a carbón. Entonces, un frío atroz pareció entrar en la habitación a través del marco fisurado de una de las ventanas, y durante un extraño momento pasajero Sybil sintió una nítida presencia en el aire y tuvo la clara impresión de estar siendo observada por unos ojos que se clavaban en ella desde otro mundo. Pensó en su padre muerto. «Aprende la voz, Sybil. Aprende a hablar. Es cuanto tenemos para combatirlos», le había dicho. Aquello sucedió en los días anteriores a su arresto, cuando estaba claro que los radicales habían vuelto a ganar; claro para todo el mundo, salvo quizá para Walter Gerard. Ella había visto entonces, con desoladora claridad, la terrible magnitud de la derrota de su padre. Sus ideales se perderían; no serían simplemente apartados, sino que quedarían irrevocablemente expurgados de la historia para ser aplastados una y otra vez, como la carcasa de un perro callejero bajo las ruedas traqueteantes de un tren expreso. «Aprende a hablar. Es cuanto tenemos...».

—¿Me lees? —preguntó Hetty—. Voy a hacer té.

—Muy bien.

En su irregular y dispersa vida con Hetty, la lectura en voz alta era uno de los pequeños rituales que conformaban lo que pasaba por estado hogareño. Sybil tomó el Illustrated London News del día, que descansaba sobre la mesilla, se sentó en su ruidoso sillón con olor a humedad, se echó la crinolina por encima y entrecerró los ojos para mejor leer un artículo de la primera página. Trataba sobre los dinosaurios.

Parecía que los radicales estaban locos con aquellos dinosaurios. Se veía una calcografía de un grupo de siete hombres dirigido por lord Darwin. Todos miraban atentamente un objeto indeterminado grabado en una lámina de carbón, en Turingia. Sybil leyó en alto el titular y le mostró la imagen a Hetty. Un hueso. Aquello que había en el carbón era un hueso monstruoso, tan grande como un hombre. Sintió un escalofrío. Al girar la página se encontró con la interpretación de un dibujante acerca de cómo habría sido la criatura en vida, una monstruosidad con dos hileras de terribles y afilados dientes triangulares a lo largo del espinazo. Parecía tener el tamaño de un elefante, aunque la pequeña y perversa cabeza apenas era mayor que la de un sabueso.

Hetty sirvió el té.

—Así que «Los reptiles dominaron toda la Tierra», ¿no? —citó mientras

enhebraba su aguja—. No me trago ni una palabra.

—¿Por qué no?

—Son los huesos de unos malditos gigantes salidos del Génesis. Eso es lo que dice el clero, ¿no?

Sybil no respondió. Ninguna de las dos suposiciones le parecía la más fantástica. Volvió la atención hacia un segundo artículo, esta vez uno que alababa la artillería de su majestad en Crimea. Encontró una calcografía de dos atractivos subalternos que admiraban el funcionamiento de una pieza de largo alcance. El arma, cuyo cañón era grueso como la chimenea de una fundición, parecía capaz de acabar sin muchos problemas con todos los dinosaurios de lord Darwin. Sin embargo, la atención de Sybil quedó capturada por una imagen insertada de la máquina de artillería. La intricada red de mecanismos interconectados poseía una rara belleza, como si fuera una especie de papel pintado de patrón fabulosamente barroco.

—¿Tienes algo que remendar? —preguntó Hetty.

—No, gracias.

—Entonces lee algunos anuncios —aconsejó Hetty—. Odio esas historias de la guerra.

Allí estaba la porcelana Haviland, de Limoges, Francia; Vin Mariani, el tónico francés, con un testimonio de Alejandro Dumas y diversas firmas en el libro de visitas, retratos y autógrafos de famosos que habían visitado las instalaciones en Oxford Street; la cera de silicona Silver Electro, que nunca se raya ni se desgasta, al contrario que las demás; la nueva bicicleta Bell New Departure, con un tono exclusivo; el Agua de Litio del doctor Bayley, que cura la enfermedad de Bright y previene la gota; la máquina de vapor de bolsillo para faetones Regent, que podía emplearse en las tricotadoras domésticas. Aquel último anuncio llamó la atención de Sybil, pero no por la promesa de duplicar la antigua velocidad de la máquina al coste de medio penique por hora.

Se veía una calcografía de la pequeña caldera elegantemente decorada, alimentada con gas o parafina. Charles Egremont le había comprado una de esas a su esposa. Venía equipada con un tubo de goma para evacuar el vapor residual, tubo que había que pillar con alguna ventana de guillotina conveniente. A Sybil le había encantado escuchar que el armatoste había convertido el salón de la señora en un baño turco.

Cuando acabó con el periódico, Sybil se fue a la cama. Fue despertada alrededor de la medianoche por el rechinar rítmico y demencial de los muelles de la cama de Hetty.

El teatro Garrick era oscuro, polvoriento y frío en el foso, los palcos y la platea, con sus hileras de butacas destartaladas. Pero la oscuridad resultaba total bajo el

escenario, donde se encontraba Mick Radley. Allí olía a humedad y cal.

La voz de Mick resonó desde debajo de los pies de ella.

—¿Alguna vez habías visto las entrañas de un quinótropo, Sybil?

—Una vez vi uno, detrás de un escenario —respondió—. En un musical, en Bethnal Green. Conocía al tipo que lo operaba, todo un chasqueador.

—¿Novio? —preguntó Mick. El eco de su voz resultaba áspero.

—No —respondió rápidamente Sybil—. Cantaba un poco..., pero no me compensaba económicamente.

Ella escuchó el claro chasquido de la cerilla de repetición de él. La llama se encendió al tercer intento, y con ella Mick prendió un trozo de cirio.

—Baja —le ordenó—. No te quedes ahí como un ganso, enseñando los tobillos.

Sybil se subió la crinolina con ambas manos y descendió con paso inseguro la escalera húmeda y empinada.

Mick se estiró para tantear detrás de un alto espejo de escenario, una gran lámina de cristal resplandeciente y plateado montada sobre un pedestal con ruedas, mecanismos grasientos y gastadas manivelas de madera. Recuperó una endeble bolsa de viaje de lienzo impermeable negro, la colocó cuidadosamente en el suelo frente a él y se agachó para abrir los débiles cierres metálicos. Del interior extrajo un paquete de tarjetas perforadas envueltas con una cinta de papel rojo. Sybil vio otros paquetes cerrados, y algo más: el brillo de la madera pulimentada.

Mick manejaba las tarjetas con sumo cuidado, como si fueran una Biblia.

—A salvo —dijo—. Solo tienes que disimularlas, ¿lo ves? Escribes algo estúpido en el envoltorio, como «Conferencia sobre la templanza, partes uno, dos y tres», y nadie se preocupa en robarlas, ni siquiera en cargar con ellas para echarles un vistazo más tarde. —Cogió el grueso paquete y acarició el borde con el pulgar. Produjo un sonido áspero y nítido, como el de la baraja nueva de un tahúr—. He invertido bastante capital en estas —dijo—. Semanas de trabajo de las mejores manos de quino de Manchester. Podría añadir que el diseño es exclusivamente mío. Es una maravilla, chica. Bastante artístico, a su modo. Pronto lo verás.

Cerró la bolsa y se incorporó. Metió con cuidado el paquete de tarjetas en el bolsillo de su abrigo y se inclinó sobre una caja, de la que extrajo un grueso tubo de cristal. Sopló para limpiar el polvo y después atrapó un extremo con unas tenazas especiales. El cristal se quebró con el sonido del aire al liberarse: en el tubo había un bloque fresco de calcio. Mick lo extrajo mientras tatareaba para sí. Puso el calcio con cuidado en la ranura del quemador, un gran artefacto en forma de plato fabricado en hierro hollinoso y chapa reluciente. Después abrió una espita, olfateó un poco, asintió, abrió una segunda espita y aplicó el cirio.

Sybil gritó cuando la cegó un terrible resplandor. Mick rió entre dientes sobre el siseo del gas ardiente. Unos puntos azules flotaban deslumbrantes ante ella. —Así

mejor —señaló Mick. Apuntó cuidadosamente la cegadora luz de calcio hacia el espejo de escena y después empezó a ajustar las manivelas.

Sybil miró a su alrededor mientras parpadeaba. Las entrañas del escenario Garrick eran húmedas y estaban atestadas de materiales y ratas. Era la clase de lugar en la que un perro o un mendigo podrían morir, rodeados por páginas amarilleadas de farsas brillantes como Jack el zascandil y Perillanes de Londres. En una esquina se veía un par de innombrables de señora. Por sus breves e infelices días como cantante, Sybil se podía hacer una idea de cómo habían llegado allí.

Dejó que su mirada siguiera las tuberías de vapor y los cables tensos hasta el brillo de la máquina de Babbage, una pequeña, un modelo de quinótropo no mayor que la propia Sybil. Al contrario que todo lo demás en el Garrick, la máquina parecía encontrarse en muy buen estado y estaba montada sobre cuatro bloques de caoba. El suelo y el techo debajo y encima de ella habían sido cuidadosamente limpiados y encalados. Las calculadoras de vapor eran mecanismos delicados y temperamentales, o eso había oído; era mejor no tener que soportarlas. Bajo el fulgor de la luz de calcio de Mick resplandecían decenas de columnas perilladas de bronce, que terminaban por arriba y por abajo en aberturas practicadas en placas pulimentadas, con manivelas brillantes, engranajes y miles de ruedas dentadas de acero cuidadosamente fresadas. Olía a aceite de linaza.

Mirar el artefacto desde tan cerca y durante tanto tiempo hizo que Sybil se sintiera bastante rara. Casi ansiosa, o envidiosa de un modo extraño; como podría sentirse ante... un buen caballo, por ejemplo. Quería... no ser su dueña, exactamente, pero sí poseerla de algún modo.

Mick la tomó de repente por el codo, desde atrás. Ella dio un respingo.

—Es una preciosidad, ¿a que sí?

—Sí, es una... preciosidad. Mick seguía sujetándola del brazo. Lentamente le puso la otra mano enguantada en la mejilla, por dentro de la boina. Después le levantó el mentón con el pulgar y la miró directamente.

—Te hace sentir algo, ¿a que sí? El tono extasiado la asustó. Los ojos de él resplandecían.

—Sí, Mick —dijo ella obediente y al instante—. Siento... algo.

Él le soltó la boina, que quedó colgando del cuello.

—No te asustará, ¿no, Sybil? No con el dandi Mick aquí, para protegerte.

Sientes un leve frisson especial. Aprenderás a apreciar esa sensación. Haremos de ti una chasqueadora.

—¿De verdad puedo hacer eso? ¿Puede una chica?

Mick rió.

—¿Es que nunca has oído hablar de lady Ada Byron? ¡La hija del primer ministro, la mismísima reina de las máquinas! —La soltó y extendió ambos brazos en

un gesto teatral que le abrió el abrigo—. ¡Ada Byron, verdadera amiga y discípula del mismísimo Babbage! ¡Lord Charles Babbage, padre de la máquina diferencial y Newton de nuestra edad moderna!

Ella quedó boquiabierta.

—¡Pero si Ada Byron es dama!

—Te sorprendería saber a quién conoce nuestra lady Ada —declaró Mick mientras extraía un paquete de tarjetas del bolsillo y retiraba el envoltorio de papel—. Oh, no para tomar el té junto al pelotón de los diamantes en las fiestas de jardín... Pero Ada es lo que podría considerarse rápida, a su matemático modo. —Se detuvo unos instantes—. No quiero decir que Ada sea la mejor, ¿sabes? Conozco chasqueadores en la Sociedad Intelectual de Vapor que harían que incluso lady Ada pareciese una retrasada. Pero tiene... genio. ¿Sabes lo que eso significa, Sybil, tener genio?

—¿Qué? —respondió Sybil, que detestaba la mareante seguridad que destilaba la voz del hombre.

—¿Sabes cómo nació la geometría analítica? Gracias a un tipo llamado Descartes que miraba una mosca en el techo. Un millón de tipos antes que él habrían visto moscas en el techo, pero aquello sirvió a René Descartes para crear una ciencia. Ahora los ingenieros emplean a diario sus descubrimientos, pero de no ser por él seguiríamos ciegos.

—¿A quién le importan las moscas? —demandó Sybil.

—Una vez, Ada tuvo una inspiración que estaba a la altura del descubrimiento de Descartes. Todavía nadie le ha encontrado uso. Es lo que llaman matemática pura. —Mick rió—. «Pura». ¿Sabes lo que eso significa, Sybil? Significa que no son capaces de ponerla en marcha. —Se frotó las manos y sonrió—. Nadie consigue ponerla en marcha.

El solaz de Mick la estaba poniendo de los nervios.

—¡Creía que odiabas a los pares!

—Odio los privilegios señoriales, aquello que no se gana de forma justa y equilibrada —respondió él—. Pero lady Ada descuella con justicia por el poder de su materia gris, no por el tono azul de su sangre. —Fue colocando las tarjetas en una bandeja plateada que había en un lateral de la máquina, y después se giró y cogió a Sybil de la muñeca—. ¡Tu padre está muerto, muchacha! No pretendo hacerte daño al decirte esto, pero los luditas están acabados, son cenizas frías. Oh, sí, marchamos y gritamos exigiendo derechos laborales y tal y cual. ¡Bonitas palabras, chica! Pero mientras nosotros escribíamos panfletos, lord Charles Babbage delineaba planos. Y con sus planos se construyó este mundo.

Mick negó con la cabeza.

—Los Byron, los Babbage, los radicales industriales... ¡son los dueños de la Gran

Bretaña! Son nuestros dueños, muchacha. El mundo entero está a sus pies: en Europa, en América, en todas partes. La Cámara de los Lores está atestada de radicales. La reina Victoria no mueve ni un dedo sin un asentimiento de los sabios y los capitalistas. —La señaló—. Ya no tiene sentido seguir combatiendo eso, ¿y sabes por qué? Porque los radicales juegan limpio, o al menos con la limpieza suficiente como para resultar soportable. ¡Y si eres listo te puedes convertir en uno de ellos! No es posible convencer a hombres inteligentes para que combatan un sistema tal, porque a ellos se les antoja razonable.

Mick se dio unos golpes en el pecho con el pulgar.

—Pero eso no significa que tú y yo estemos a la intemperie, solos. Solo significa que tenemos que pensar más rápido, estar con los ojos bien abiertos y los oídos atentos.

Mick adoptó la postura de un luchador: los codos doblados, los puños altos, los nudillos delante del rostro. Entonces se echó el pelo hacia atrás y le sonrió.

—Me parece muy bien por ti —protestó Sybil—. Puedes hacer lo que te plazca. Fuiste uno de los seguidores de mi padre. Bueno, había muchos, y algunos están ahora en el Parlamento. Pero cuando una mujer cae en desgracia, es la ruina, ¿no lo ves? Una ruina de la que no es posible escapar.

Mick se enderezó y frunció el ceño.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. ¡Ahora estás con el equipo de avanzadilla, pero sigues pensando como una prostituta! ¡En París nadie sabe quién eres! ¡Aquí los polis y sus jefes tienen tu número, cierto! Pero los números son solo eso, y tu ficha no es más que un sencillo montón de tarjetas. Y en estas siempre se puede cambiar un número. —Sonrió y disfrutó de la sorpresa de ella—. Aquí en Londres no resulta nada sencillo, te lo concedo. ¡Pero las cosas son distintas en el París de Luis Napoleón! En la veloz Paguí los asuntos corren como el viento, especialmente para una aventurera de lengua zalamera y hermosos tobillos.

Sybil se mordió el nudillo. De repente le quemaban los ojos por el humo acre de la luz de calcio... y por el miedo. Un nuevo número en las máquinas del Gobierno. Eso significaría una nueva vida, una vida sin pasado. La idea inesperada de tal libertad la aterrorizaba. No tanto por lo que significaba en sí misma, aunque ya se trataba de un concepto lo bastante ajeno y deslumbrante, sino por lo que Mick Radley pudiera demandar en justicia a cambio de algo así.

—¿Es cierto? ¿Podrías cambiar mi número?

—En París puedo comprarte uno nuevo. Puedo hacerte pasar por francesa, o por argentina, o por una refugiada americana. —Cruzó los elegantes brazos—. No te prometo nada, eso sí. Tendrás que ganártelo.

—No me estarás engañando, ¿no, Mick? —dijo ella lentamente—. Porque... porque podría ser verdadera y especialmente dulce con un tipo que me hiciera un

servicio de tal calibre.

Mick metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones mientras la observaba.

—Podrías serlo ahora —dijo él en voz baja. Sybil era capaz de ver que sus trémulas palabras habían atizado algo en el interior de Mick. Un fuego ansioso, lujurioso, algo de lo que ella era débilmente consciente, una necesidad por... clavar más profundamente sus anzuelos en ella.

—Podría, si me trataras de forma justa e igualitaria, como tu aprendiza de aventurera, y no como una meretriz cebollina a la que engañar y tirar a la basura. —Sybil presintió la llegada de las lágrimas, esta vez más fuertes. Parpadeó y levantó la cabeza con arrojo para dejarlas manar, pensando quizá que valdrían de algo—. No serías capaz de despertar mis esperanzas para luego frustrarlas, ¿no? ¡Eso sería rastrero y cruel! Si hicieras eso, yo... ¡saltaría del puente de la Torre!

Él la miró a los ojos.

—Déjate de lloriqueos, muchacha, y escúchame con atención. Entiende esto: no eres simplemente la hermosa joyita de Mick. Eso me gustaría tanto como a cualquier otro, pero lo puedo conseguir en cualquier parte. Solo para eso no te necesito a ti. Lo que necesito es la habilidad lisonjera y el audaz arrojo del señor Walter Gerard. Vas a ser mi aprendiza, Sybil, y yo tu maestro, y así van a ser las cosas entre nosotros. Tú serás leal, obediente y sincera conmigo, sin subterfugios ni impertinencias, y a cambio yo te enseñaré tu oficio y te mantendré bien. Seré contigo tan amable y generoso como leal y sincera seas tú. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, Mick.

—¿Tenemos un trato, pues?

—Sí, Mick. —Le sonrió.

—Muy bien. Entonces arrodíllate, aquí mismo, y junta las manos, así... —él unió sus manos en oración—, y realiza este juramento: que tú, Sybil Gerard, juras por los santos y los ángeles, por los poderes, los dominios y los tronos, por los serafines y querubines, por el ojo que todo lo ve, que obedecerás a Mick Radley y que lo servirás fielmente con la ayuda de Dios. ¿Lo juras?

Ella se quedó mirándolo con desmayo.

—¿Es realmente necesario?

—Sí.

—¿Pero no es un grave pecado realizar un juramento así, a un hombre que...? Quiero decir... Esto no es un matrimonio sagrado...

—Eso es un voto matrimonial —dijo él con impaciencia—. ¡Esto es un voto de aprendizaje!

Sybil no veía otra alternativa. Se acomodó las faldas y se arrodilló ante él sobre la piedra fría.

—¿Lo juras?

—Lo juro, con la ayuda de Dios.

—No pongas esa cara —dijo él mientras la ayudaba a incorporarse—, este juramento es muy leve y femenil comparado con otros. Piensa en él cuando albergues dudas y pensamientos desleales. Ten, toma esto —le entregó el cirio mortecino— y busca a ese encargado alcohólico. Dile que quiero que encienda las calderas.

Aquella noche cenaron en el Argyll Rooms, un lugar turístico de Haymarket cercano a la academia de baile Laurent. El Argyll disponía de comedores privados en los que los indiscretos podían pasar la noche entera.

Sybil se sentía desconcertada por la elección de una sala privada. Desde luego, a Mick no le avergonzaba que lo vieran con ella en público. Sin embargo, a mitad del cordero el camarero dejó pasar a un caballero bajo y grueso con el pelo rojizo aceitado y una cadena de oro alrededor de un tenso fajín de terciopelo. Era rechoncho y afelpado como el muñeco de un crío.

—Hola, Corny —dijo Mick sin preocuparse por dejar el cuchillo y el tenedor.

—Buenas noches, Mick —respondió el hombre con el acento curiosamente imposible de ubicar de un actor, o de un provinciano que lleva mucho tiempo al servicio de la aristocracia urbana—. Me han dicho que me necesitabas.

—Y te han dicho bien, Corny. —Mick no se ofreció a presentarle a Sybil ni le pidió que se sentara. Ella comenzó a sentirse muy incómoda—. Es un papel muy breve, de modo que no tendrás problema en recordar tus frases. —Mick extrajo un sobre liso del abrigo y se lo entregó al hombre—. Tus líneas, tu señal de entrada y tu anticipo. El Garrick, sábado por la noche.

El hombre sonrió sin humor mientras aceptaba el sobre.

—Hace bastante que no me trabajo el Garrick, Mick. —Guiñó un ojo a Sybil y se marchó sin mayores formalidades.

—¿Quién era ese? —preguntó Sybil. Mick había vuelto a concentrarse en su cordero y estaba sirviéndose salsa de menta de un cuenco.

—Un actor de pequeños papeles. Se enfrentará a ti en el Garrick, durante el discurso de Houston. Sybil estaba atónita.

—¿Actor? ¿Enfrentarse?

—Eres una aprendiza de aventurera, no lo olvides. Debes estar lista para interpretar muchos papeles distintos, Sybil. A un discurso político nunca le viene mal un poco de dulce.

—¿Dulce? —No te preocupes. —Mick pareció perder interés en el cordero e hizo a un lado el plato—. Mañana habrá tiempo de sobra para ensayar. Ahora quiero enseñarte algo.

Se levantó de la mesa, se dirigió hacia la puerta y echó el cerrojo. Cuando

regresó, levantó la bolsa de lienzo impermeable que había depositado en la alfombra, junto a su silla, y la colocó ante ella sobre el mantel de lino del Argyll, limpio pero muy remendado.

Sybil sentía curiosidad por aquella bolsa. No curiosidad por que Mick la llevara con él desde el foso del Garrick, primero a las imprentas para examinar los panfletos de la conferencia de Houston, después al Argyll Rooms, sino por la baja calidad del material, totalmente ajena a todo aquello de lo que él obviamente se enorgullecía. ¿Por qué querría el dandi Mick llevar una bolsa de aquel tipo, cuando podía permitirse un elegante modelo de Aaron’s, con cierres de níquel y seda, y un patrón ajedrezado de Ada? Sabía que la bolsa negra ya no contenía las tarjetas quino de la conferencia, porque él las había envuelto cuidadosamente en hojas del The Times y las había vuelto a esconder detrás del espejo de escena.

Mick accionó los lastimosos cierres de hojalata, abrió la bolsa y extrajo una caja larga y estrecha de palisandro barnizado, con las esquinas protegidas por piezas de bronce reluciente. Sybil se preguntó si no contendría un telescopio, pues había visto cajas de esa clase en el escaparate de una empresa de Oxford Street que fabricaba aquella clase de instrumentos. Mick la manejó con una precaución que casi resultaba cómica, como si a un papista se le hubiera pedido que trasladara las cenizas de un pontífice muerto. Atrapada en un repentino acceso de nervios infantiles, se olvidó del hombre llamado Corny y de la preocupante noticia de que se iba a enfrentar a él en el Garrick. Un aire de mago parecía rodear a Mick mientras depositaba la resplandeciente caja de palisandro sobre el mantel. Ella casi esperó que se remangara. Nada por aquí, nada por allá...

Los pulgares de él giraron unos diminutos cierres de bronce alojados en pequeñas cavidades. Se detuvo para acentuar la atmósfera melodramática.

Sybil se dio cuenta de que contenía el aliento. ¿Le había traído un regalo? ¿Alguna muestra de su nueva posición? ¿Algo que secretamente la marcara como su aprendiza de aventurera?

Mick levantó la tapa de madera con sus bordes afilados de bronce.

La caja estaba llena de naipes, llena hasta arriba. No sabría decir cuántas barajas había allí. Se le cayó el alma a los pies.

—Nunca antes has visto nada como esto —le dijo él—. Te lo aseguro.

Mick cogió la carta más cercana a su mano derecha y se la enseñó. No, no se trataba de un naipe normal, aunque su tamaño era similar. Estaba compuesto por una extraña sustancia lechosa que no parecía ni papel ni cristal, muy delgada y brillante. Mick la dobló ligeramente entre el pulgar y el corazón. Cedía con facilidad, pero en cuanto la soltaba recuperaba su forma.

Estaba perforada por al menos tres docenas de hileras muy prietas de agujeros circulares, orificios no mayores que un buen aljófar. Tres de las esquinas eran

ligeramente redondeadas, mientras que la cuarta estaba cortada en bisel. Cerca de esta esquina, alguien había escrito «nº 1» con una débil tinta malva.

—Celulosa alcanforada —declaró Mick—. La misma carne del diablo si toca el fuego, aunque ninguna otra cosa serviría para las funciones más delicadas del Napoleón.

¿Napoleón? Sybil se encontraba perdida.

—¿Es alguna clase de tarjeta quino, Mick?

Él la miró deleitado. Parecía que había dicho lo correcto.

—¿Has oído hablar alguna vez del ordinateur Gran Napoleón, la máquina más poderosa de la Academia Francesa? A su lado, las de la policía londinense son meros juguetes.

Sybil pretendió estudiar el contenido de la caja, sabiendo que agradaría a Mick. Pero no era más que una caja de madera, de muy buena factura, forrada con el mismo paño verde que se empleaba en las mesas de billar. Contenía una gran cantidad de aquellas elegantes tarjetas lechosas, quizá varios centenares de ellas.

—Cuéntame de qué va esto, Mick.

Él rió, aparentemente de buen humor, y se inclinó de repente para besarla en la boca.

—A su debido tiempo, a su debido tiempo. —Se enderezó, volvió a meter la carta en la caja, cerró la tapa y echó los cierres de bronce—. Toda fraternidad tiene sus misterios. El dandi Mick cree que nadie sabe lo que sucedería en caso de ejecutar esta colección. Demostraría un asunto concreto, probaría una cierta serie anidada de hipótesis matemáticas... Asuntos bastante arcanos, todos ellos. Y por cierto, eso haría que el nombre de Michael Radley resplandeciera como los mismos cielos en la confraternidad chasqueadora. —Le guiñó un ojo—. Los chasqueadores franceses tienen sus propias hermandades, ¿sabes? Les Fils de Vaucanson, se hacen llamar. La sociedad Jacquardiana. Vamos a enseñar una o dos cosas a esos devoradores de cebollas.

Ahora a Sybil le pareció que estaba bebido, aunque sabía que solo había tomado dos botellines de cerveza. No, estaba embriagado por las tarjetas de la caja, fueran lo que fuesen.

—Esta caja y sus contenidos son extraordinariamente valiosos, Sybil. —Se volvió a sentar y rebuscó dentro de la desastrada bolsa negra. Extrajo una hoja plegada de un fuerte papel marrón, unas tijeras de escritorio y un rollo de guita verde y recia. Mientras hablaba iba desdoblando el papel, y con él envolvía la caja—. Muy valiosos. Viajar con el general expone a un hombre a ciertos peligros. Nos vamos a París después de la conferencia, pero mañana por la mañana tú llevarás esto a la oficina de correos de Great Portland Street. —Cuando terminó con el envoltorio, empezó a rodear el paquete con el cordel—. Córtame esto. — Ella obedeció—. Ahora

pon aquí el dedo. —Ejecutó un nudo perfecto—. Vas a enviar nuestro paquete a París. Poste restante. ¿Sabes lo que significa?

—Significa que guardan el paquete para el destinatario. Mick asintió y cogió con una mano un trozo de lacre escarlata y con la otra su cerilla de repetición. Encendió a la primera.

—Sí, estará en París esperándonos, totalmente a salvo. El lacre se oscureció y se fundió ante la llama oleosa. Las gotas escarlatas cayeron sobre el nudo verde y el papel pardo. Después devolvió las tijeras y la guita a la bolsa de viaje, se guardó el lacre y la cerilla en el bolsillo, sacó su pluma estilográfica y comenzó a escribir la dirección en el paquete.

—¿Pero qué es, Mick? ¿Cómo puedes saber su valor si no tienes ni idea de lo que hace?

—Yo no he dicho eso, ¿no? Tengo mis ideas, ¿no? El dandi Mick siempre tiene sus ideas. Tuve las suficientes para llevarme las originales conmigo a Manchester, como parte de los asuntos del general. Tuve las suficientes para sacarles a los chasqueadores más astutos sus más recientes técnicas de compresión, ¡y capital suficiente del general para verter los resultados en celulosa de calibre Napoleón!

Por lo que a Sybil respectaba, igual podría hablarle en griego.

Alguien llamó a la puerta. Un sirviente, un joven de aspecto maligno y con el pelo rapado que no dejaba de sorberse los mocos, entró empujando un carrito y se llevó las bandejas. Lo hizo lentamente, como si esperase una gratificación, pero Mick lo ignoró y se quedó con la mirada perdida, sonriendo de vez en cuando como un gato.

El chico se marchó con una mueca de desdén. Pasado un tiempo sonaron los golpecitos de un bastón contra la puerta. Había llegado otro de los amigos de Mick.

Aquel era un hombre muy fuerte y de una asombrosa fealdad, de ojos saltones y quijada recia. La frente huidiza estaba enmarcada en una parodia aceitada de los elegantes rizos que tanto gustaban al primer ministro. El extraño vestía un traje de noche nuevo y bien cortado, con capa, bastón y chistera, una hermosa perla en la corbata y un anillo masónico de oro en un dedo. El rostro y el cuello estaban quemados por el sol.

Mick se levantó al instante de la silla, estrechó la mano del anillo y le ofreció asiento.

—Permanece despierto hasta muy tarde, señor Radley —dijo el extraño.

—Hacemos lo que podemos para acomodarnos a nuestras especiales necesidades, profesor Rudwick.

El poco agraciado caballero se aposentó en su silla con un agudo crujido de la madera. Sus ojos saltones lanzaron entonces una mirada interrogativa a Sybil, y durante un instante terrible ella temió lo peor, que todo hubiera sido un engaño y que estuviera a punto de convertirse en parte de una vil transacción entre ambos varones.

Pero Rudwick apartó la vista y miró a Mick.

—No le ocultaré, señor, mis ansias por reanudar mis actividades en Texas. —Frunció los labios. Tenía dientes pequeños, grisáceos, como pequeñas piedrecitas en una boca grande y tosca—. Este asunto de interpretar al león social de Londres resulta de un aburrimiento endiablado.

—El presidente Houston le concederá una audiencia mañana a las dos, si a usted le parece bien.

Rudwick profirió un gruñido.

—Perfectamente.

Mick asintió.

—La fama de su descubrimiento texano parece crecer día tras día, señor. Tengo entendido que el mismísimo lord Babbage se ha interesado.

—Hemos trabajado juntos en el Instituto, en Cambridge —admitió Rudwick, incapaz de ocultar una sonrisa de satisfacción—. La teoría de la Pneumodinámica...

—Resulta —remarcó Mick— que me encuentro en posesión de una secuencia de chasqueo que podría divertir a su señoría.

Rudwick pareció ofendido por estas noticias.

—¿Divertirlo, señor? Lord Babbage es un hombre de lo más... irascible.

—Lady Ada fue tan amable de favorecerme en mis esfuerzos iniciales...

—¿Favorecerlo? —espetó Rudwick con una repentina y desagradable risotada—. ¿Se trata entonces de algún sistema de juegos de azar? Más le vale a usted que lo sea, si es que espera captar la atención de la dama.

—En absoluto —replicó Mick de forma concisa.

—Su señoría elige extrañas amistades —opinó Rudwick mientras echaba una larga y triste mirada a Mick—. ¿Conoce a un hombre llamado Collins, al que llaman creador de probabilidades?

—No he tenido el placer.

—El tipo la acosa como un rufián a una prostituta —dijo Rudwick mientras su rostro quemado por el sol enrojecía aún más—. Ese hombre me hizo la más increíble de las proposiciones.

—¿Y...? —dijo Mick con delicadeza.

Rudwick frunció el ceño.

—Se me antojaba que podría usted conocerlo. Parece de la clase que bien podría moverse en sus círculos...

—No, señor. Rudwick se inclinó hacia delante.

—¿Y qué hay de otro caballero, señor Radley, de largos miembros y ojos fríos, y del que creo que ha estado siguiendo todos mis movimientos de un tiempo a esta parte? ¿Podría ser, quizá, un agente de su presidente Houston? Parecía rodearlo un aire texano.

—Mi presidente es afortunado en lo que respecta a la calidad de sus agentes. Rudwick se incorporó con el semblante ensombrecido.

—Estoy seguro de que usted será tan amable de solicitar a ese hijo de perra que desista en sus actos. Mick también se incorporó con una dulce sonrisa en los labios.

—Ciertamente transmitiré sus sentimientos a mi empleador, profesor. Pero temo distraerlo de sus entretenimientos nocturnos... —Se dirigió hacia la puerta, se la abrió y la cerró tras las amplias espaldas del visitante. Mick se giró y guiñó un ojo a Sybil.

—¡Ahí va, hacia los pozos de ratas! Nuestro caballero, el docto profesor Rudwick, disfruta con los deportes más bestiales. Aunque su mente sanguinolenta se refleja en su habla, ¿no crees? Le gustará al general.

Horas más tarde, Sybil despertó en el Grand's cuando Mick, que estaba a su lado en la cama, encendió su cerilla e inundó la habitación con el olor dulzón de un cigarro. La había poseído dos veces en la otomana que había tras su mesa en el Argyll Rooms, y una vez más en el Grand's. Nunca antes Sybil lo había visto tan ardoroso. Lo había encontrado excitante, aunque la tercera sesión la había dejado dolorida.

La habitación estaba a oscuras, salvo por la luz de gas que se filtraba por las cortinas. Se acercó un poco más a él.

—¿Adónde te gustaría ir, Sybil, después de Francia? Ella nunca había considerado aquella cuestión. —Contigo, Mick...

Él rió entre dientes y deslizó la mano bajo las sábanas. Sus dedos se cerraron sobre el montículo de su femineidad.

—¿Adónde iremos entonces, Mick?

—Si vienes conmigo irás primero a México. Después hacia el norte, a la liberación de Texas, con un ejército francomexicano bajo el mando del general Houston.

—Pero... ¿Texas no es un lugar terroríficamente peligroso?

—Deja de pensar como una fulana de Whitechapel. Todo el mundo es peligroso, visto desde Piccadilly. El propio Sam Houston tuvo un maldito palacio, allí en Texas. Antes de que los texanos lo enviaran al exilio, era el principal aliado de Gran Bretaña en el oeste americano. Tú y yo podríamos vivir como nobles en Texas, construir una mansión junto a un río...

—¿De verdad nos dejarían hacer eso, Mick?

—¿Te refieres al Gobierno de su majestad? ¿A la pérfida Albión? —Mick soltó una risita—. ¡Bueno, eso depende en gran medida de la opinión pública británica respecto al general Houston! Estamos haciendo cuanto podemos para endulzar su reputación aquí, en Gran Bretaña. Por eso este ciclo de conferencias, ¿no?

—Ya veo —dijo Sybil—. Eres muy astuto, Mick.

—¡Son asuntos profundos, Sybil! Equilibrio de poder. A Gran Bretaña le funcionó

en Europa durante quinientos años, y funciona todavía mejor en América. Unión, Confederación, repúblicas de Texas y de California... Cada una recibe por turno el favor británico, hasta que se vuelven demasiado osadas, demasiado independientes, y entonces se les bajan los humos. Divide y vencerás, cariño. —El extremo prendido del cigarro de Mick brillaba en la oscuridad—. De no ser por la diplomacia británica, por el poder de la Gran Bretaña, América podría ser una única y gigantesca nación.

—¿Y qué hay de tu amigo el general? ¿De verdad nos ayudaría?

—¡Ahí está lo mejor! —declaró Mick—. Los diplomáticos pensaron que Sam Houston era un poco duro de mollera, no se preocuparon por algunas de sus acciones y políticas, no lo respaldaron con la fuerza que hubieran debido emplear. Pero la junta texana que lo reemplazó resultó mucho peor. ¡Era abiertamente hostil a los intereses británicos! Sus días están contados. El general ha tenido que frenarse un poco aquí, en su exilio inglés, pero ya va de vuelta a Texas para recuperar lo que es suyo por derecho. —Se encogió de hombros—. Debería haber sucedido hace años. ¡Nuestro problema es que el Gobierno de su majestad no sabe lo que quiere! Está dividido en facciones. Algunas no confían en Sam Houston, pero los franceses nos ayudarán como sea. Sus clientes mexicanos tienen una guerra fronteriza con los texanos. ¡Necesitan al general!

—Entonces, ¿vas a la guerra, Mick? —A Sybil le costaba imaginar al dandi Mick liderando una carga de caballería.

—A un coup d'état, más bien —le aseguró él—. No veremos mucha sangre. Soy el brazo político de Houston, ¿entiendes?, y eso seguiré siendo, pues soy quien ha organizado este ciclo de charlas por Londres y Francia, y soy quien ha propiciado ciertas aproximaciones que han resultado en que el Emperador de Francia le conceda una audiencia. —¿Sería verdad todo aquello?— Y también soy quien ejecuta para él en los quinos lo mejor y más nuevo de Manchester, quien dora la píldora a la prensa y a la opinión pública británica, quien contrata a los que pegan los carteles... —Dio una calada al cigarro mientras con la otra mano le acariciaba el pubis. Sybil le oyó exhalar una gran nube satisfecha de humo dulzón.

Pero no debía de tener ganas de hacerlo otra vez, al menos en ese momento, porque ella no tardó en caer dormida y empezar a soñar. A soñar con Texas, una Texas de suaves colinas, ovejas felices y mansiones grises cuyas ventanas resplandecían bajo el sol del atardecer.

Sybil ocupaba una butaca de pasillo en la antepenúltima fila del Garrick, y pensaba con desdicha que el general Sam Houston, ex presidente de Texas, no atraía a demasiada gente. Los asistentes entraban poco a poco mientras la orquesta de cinco hombres probaba y afinaba sus instrumentos. Una familia se estaba sentando delante de ella: dos chicos con chaquetas y pantalones azules, el cuello de la camisa bajado;

una niña pequeña con un chal y una camisa larga bordada; después, otras dos niñitas conducidas por su institutriz, una mujer delgada de nariz aguileña y ojos acuosos que se sonaba la nariz con un pañuelo; después llegó el hijo mayor, con una sonrisa ladeada; después el papá, con chaqueta elegante, bastón y mostacho; y por último la gruesa mamá, con sus grandes sortijas y un sombrero grande y feo, así como tres anillos de oro en sus dedos blandos y fofos. Por fin se sentaron todos entre el frufrú de los abrigos y chales, y la masticación de las pieles de naranja caramelizadas. Estaban patentemente bien educados, y en vías de mejorar. Limpios, aseados y prósperos, con sus cómodas ropas confeccionadas por máquinas.

Un tipo con anteojos y aspecto de chasqueador tomó el asiento junto al de Sybil. Se había afeitado parte de la frente para sugerir intelecto, y parecía tener una banda azulada bajo el flequillo. Leía el programa de Mick al tiempo que lamía una gota de limón acidulada. Más allá había un trío de oficiales, llegados de permiso desde Crimea. Parecían muy satisfechos de sí mismos al acudir a oír hablar de la anticuada guerra de Texas, librada al modo de antaño. Había otros soldados dispersos entre la multitud, con sus abrigos rojos. Eran del tipo respetable, de los que no se daban a las putas y la ginebra, sino que ahorraban la paga de la reina, aprendían aritmética de artillería y regresaban para trabajar en los ferrocarriles y astilleros, y así mejorarse a sí mismos.

Lo cierto era que el lugar estaba lleno de gente respetable: tenderos, encargados y drogueros, con sus aseadas esposas y novias. En los tiempos de su padre aquellas gentes, las gentes de Whitechapel, habían sido tipos iracundos, macilentos y desastrados, con palos en las manos y puñales al cinto. Pero las cosas habían cambiado con los radicales, y ahora incluso en Whitechapel había mujeres de cara lavada y vestidos con lazos, acompañadas por hombres fuertes y atentos al reloj que leían el Diccionario de conocimientos útiles y el Diario de perfeccionamiento moral. Hombres que trataban de mejorar.

Entonces la luz de gas se atenuó en sus anillos de cobre y la orquesta se lanzó a una ramplona interpretación de Come to the Bower. La luz de calcio se encendió con un soplo y el telón se abrió para mostrar la pantalla de un quinótropo. La música ocultaba los chasquidos que los quinobits producían al girar hasta colocarse en posición. En los bordes de la pantalla, adornos y perifollos crecían poco a poco como escarcha negra. Lentamente se fueron formando unas letras altas en un elegante alfabeto de tipos goticomecánicos con bordes afilados, negro sobre blanco:

> «Ediciones
> Panoptique
> presenta»

Debajo del quinótropo, Houston entró en el escenario por la izquierda. Era una

figura voluminosa y deslucida que cojeaba en dirección al podio que había en el centro del escenario. En aquel momento parecía ahogado en la oscuridad, ya que se encontraba bajo el crudo resplandor concentrado del foco de Mick.

Sybil lo observó atentamente, con curiosidad y precaución: era la primera vez que veía al jefe de Mick. Ya se había encontrado con suficientes refugiados americanos en Londres como para hacerse una idea respecto a ellos. Los unionistas vestían muy parecido a los británicos normales si tenían dinero para ello, mientras que los confederados tendían hacia los atuendos más estrafalarios y llamativos, peculiares al tiempo que inapropiados. A juzgar por Houston, los texanos constituían una pandilla aún más extraña y alocada. Se trataba de un hombre grande, de rostro grueso y rubicundo. Superaba el metro ochenta gracias a las botas y llevaba los anchos hombros cubiertos por una larga y tosca manta de lana, como una capa, aunque decorada con las rayas de un animal salvaje. La frazada, de color rojo, negro y ocre oscuro, barrió el escenario del Garrick como la toga de un personaje de tragedia. El general portaba en la mano derecha un grueso bastón de caoba que balanceaba levemente, como si no lo necesitara, pero Sybil pudo ver en el cordón dorado que recorría la elegante costura de los pantalones que le temblaban las piernas.

El orador subió al podio a oscuras, se sonó la nariz y bebió de un vaso algo que claramente no era agua. Encima de su cabeza, el quinótropo variaba hasta mostrar una imagen en color: el león de la Gran Bretaña y una especie de toro con grandes cuernos. Los animales fraternizaban bajo unos pequeños estandartes cruzados, la Union Jack y la bandera de Texas, con una sola estrella. Ambas enseñas eran de brillantes colores rojo, blanco y azul. Houston estaba ajustando algo tras su podio; un pequeño espejo de escenario, supuso Sybil, de modo que pudiera observar el quinótropo a su espalda mientras hablaba, y así no tener que perder su posición.

El quinótropo regresó al blanco y negro y los puntos de la pantalla parpadearon, una hilera tras otra, como fichas de dominó al caer. Apareció un busto compuesto de líneas afiladas: una elevada frente despejada, ceño recio, nariz gruesa enmarcada por un bigote rizado que trepaba por las mejillas hasta ocultar las orejas. La boca fina parecía firme, el mentón hendido erguido. Entonces, bajo el busto, aparecieron las palabras «General Sam Houston».

Se encendió una segunda luz de calcio que alcanzó a Houston en el podio y lo mostró ante la audiencia con repentino relieve. Sybil aplaudió con entusiasmo. Fue la última en detenerse.

—Les doy las gracias, amables damas y caballeros de Londres —dijo Houston. Tenía la voz profunda y tonante de un experto orador, estropeada por una arrastrada pronunciación extranjera—. Honran enormemente a un extraño. — Pasó la mirada por las butacas del Garrick—. Veo que entre la audiencia de esta noche hay muchos caballeros del ejército de su majestad. —Echó un poco hacia atrás el manto y la luz

de calcio se reflejó áspera sobre las medallas que colgaban del abrigo—. Su interés profesional resulta de lo más gratificante, señores míos.

En la fila delante de la de Sybil, los niños se removían inquietos. Una de las pequeñas chilló cuando un hermano le propinó un puñetazo.

—¡Y veo que también tenemos aquí a un futuro luchador británico! —Ante esto se produjo una risa sorprendida. Houston comprobó rápidamente su espejo y se inclinó sobre el podio. Sus cejas pobladas se torcieron con el encanto de un abuelo—. ¿Cómo te llamas, hijo?

El chico travieso se puso en pie de un salto.

—¡Billy, señor! —chilló—. Billy... William Greenacre, señor. Houston asintió con gravedad.

—Y dígame, maese Greenacre, ¿le gustaría escaparse de casa y vivir con los pieles rojas?

—Oh, sí, señor —espetó el muchacho antes de corregirse—: ¡Oh, no, señor! La audiencia rompió a reír de nuevo.

—Cuando yo tenía su edad, joven William, era un chico de fuerte espíritu, como usted. Y ese fue precisamente el camino que tomé. —El quino varió sobre la cabeza del general hasta mostrar un mapa en color con los contornos de los diversos estados de América, provincias de formas extrañas con nombres confusos. Houston comprobó el espejo y habló con rapidez—. Nací en el estado americano de Tennessee. Mi familia pertenecía a la aristocracia escocesa, aunque sufrimos tiempos muy duros en nuestra pequeña granja fronteriza. Y aunque yo había nacido en América, sentía poca fidelidad por el gobierno yanqui de la lejana Washington. —El quinótropo mostró el retrato de un salvaje americano, una criatura de mirada demente cargada de plumas, y cuyas mejillas estaban surcadas por quinobloques que representaban sus pinturas de guerra—. Justo al otro lado del río —dijo Houston— vivía la poderosa nación de los cherokee, una gente sencilla y de nobleza natural. Me encontré con que encajaba mucho mejor allí que en la vida de mis vecinos americanos. Y era así porque las almas de estos últimos estaban mancilladas por la avaricia del dólar.

Houston sacudió la cabeza ante su audiencia británica, dolido por su propia alusión a uno de los defectos nacionales americanos. Sybil pensó que se había procurado la simpatía de los presentes.

—Los cherokees ganaron mi corazón —prosiguió Houston— y me escapé de casa para unirme a ellos, con nada más, damas y caballeros, que un abrigo de piel de gamo a la espalda y el noble relato de Homero, La Ilíada, en el bolsillo.

El quinótropo empezó a cambiar de abajo arriba hasta producir la imagen de una urna griega: un guerrero de casco empenachado, con la lanza levantada. Portaba un escudo redondo con el emblema de un cuervo de alas extendidas. Se produjeron

algunos aplausos impresionados que Houston aceptó con un asentimiento modesto, como si fueran dirigidos a él.

—Como hijo de la frontera americana —dijo— no puedo presumir de haber recibido una completa educación, aunque más tarde en la vida conseguí mi licencia para ejercer la abogacía y dirigí una nación. Sin embargo, de joven busqué educación en una antiquísima escuela. Memoricé todos y cada uno de los versos del rapsoda ciego. —Levantó con la mano izquierda la solapa de su abrigo, que estaba cuajada de medallas—. El corazón que late dentro de este pecho cubierto de cicatrices —dijo dándose un golpe— aún se conmueve ante esta, la más noble de las historias, ante los relatos acerca de unos hombres valerosos capaces de desafiar a los mismísimos dioses, acerca de un honor marcial sin mácula capaz de resistir... ¡hasta la muerte!

Se quedó esperando un aplauso que por fin llegó, aunque no con la calidez que al parecer había esperado.

—No veía contradicción entre la vida de los héroes de Homero y la de mis amados cherokees —insistió Houston. Tras él, la jabalina griega se dotaba de las plumas colgantes de una lanza de caza, y las pinturas de guerra marcaban su cara.

Consultó sus notas.

—Juntos cazamos al oso, al ciervo y al jabalí, pescamos en las corrientes límpidas y cultivamos el maíz amarillo. Alrededor del fuego, bajo el cielo abierto, conté a mis hermanos salvajes las lecciones morales que mi joven corazón había extraído de las palabras de Homero. Debido a esto me dieron un nombre de piel roja, Cuervo, por el espíritu emplumado al que consideraban el más sabio de los pájaros.

El soldado griego se disolvió y dio paso a un cuervo aún más grande, con las alas extendidas de forma rígida hasta ocupar toda la pantalla, el pecho cubierto por un escudo rayado. Sybil lo reconoció. Era el águila americana, símbolo de la Unión cercenada, pero el ave yanqui de cabeza blanca se había convertido en el cuervo negro de Houston. Sybil lo consideró astuto, quizá más de lo que merecía, ya que dos de los bloques del quinótropo en la esquina superior izquierda de la pantalla se habían trabado en sus ejes y mostraban sendos puntos azules de la anterior pantalla; era un defecto minúsculo, pero resultaba molesto más allá de toda proporción, como una mota de polvo en el ojo. El fino chasqueado de Mick estaba exigiendo mucho al quino del Garrick.

Distraída, Sybil había perdido el hilo del discurso de Houston.

—... el descarado bramido de la trompeta de batalla, en el campamento de los voluntarios de Tennessee. —Apareció otro quinorretrato: un hombre de un aspecto muy similar a Houston, pero con una alta pelambrera y mejilla huecas. El título lo identificaba como «General Andrew Jackson».

Aquí y allá se oyeron alientos contenidos, quizá por parte de los soldados, y la audiencia se agitó. Algunos británicos seguían recordando sin mucho cariño a

«Hickory» Jackson. Tal y como lo contaba Houston, Jackson también había combatido con valor contra los indios, e incluso fue presidente de América durante un tiempo; pero todo aquello no significaba mucho allí. Houston lo alababa como su patrón y mentor, como «un honesto soldado del pueblo, que valoraba el interior de un hombre por encima de las bagatelas que eran la riqueza o la fachada», aunque el aplauso ante este sentimiento se produjo, siendo generosos, de mala gana.

Entonces apareció otra escena, una especie de recio fuerte fronterizo. Houston narró la historia de un asedio de los primeros tiempos de su carrera militar, en el que había librado una campaña a las órdenes de Jackson contra unos indios llamados creek. Pero parecía haber perdido su audiencia natural, los soldados, ya que los tres veteranos de Crimea que había en la misma fila de Sybil musitaban enojados acerca de Hickory Jackson: «La maldita guerra había terminado antes de Nueva Orleáns...».

De repente, la luz de calcio destelló con un color rojo sangre. Mick estaba ocupado debajo del escenario: un filtro de cristal tintado, el tronar repentino de un timbal cuando los pequeños cañones de quinobloques estallaron en humaredas blancas alrededor del fuerte, destellos rojos de un solo punto que surcaban toda la pantalla como balas de cañón...

—Una noche tras otra oíamos a los fanáticos creek proferir sus aterradores cantos de muerte —gritó Houston, un pilar brillante bajo la pantalla—. ¡La situación exigía un asalto directo con el frío acero! Se decía que cargar contra aquella puerta significaba la muerte segura, pero no que yo era un voluntario de Tennessee por que sí...

Una diminuta figura, poco más que unos bloques negros culebreantes, corrió hacia el fuerte, y entonces todo el escenario quedó a oscuras. En la repentina tiniebla se produjo un aplauso sorprendido. Los jovenzuelos situados en la galería del Garrick se pusieron a silbar. Entonces la luz de calcio volvió a siluetear a Houston, que comenzó a presumir de sus heridas: dos balazos en el brazo, una cuchillada en la pierna, un flechazo en el vientre... No pronunció la soez palabra, pero se frotó largo tiempo la zona, como si fuera dispéptico. Aseguró que se había pasado la noche tirado en el campo de batalla, y que durante días había sido llevado por la espesura en un carro de suministros, ensangrentado, delirante, consumido por el paludismo.

El tipo con pinta de chasqueador que había cerca de Sybil tomó otra gota de limón y consultó su reloj de bolsillo. Ahora en la pantalla aparecía lentamente una estrella de cinco puntas entre el negro funerario de la pantalla, mientras Houston narraba su constante huida de la tumba. Uno de los quinobits atascados se había logrado soltar, pero mientras tanto otro se había atascado en la sección inferior derecha.

Sybil reprimió un bostezo. La estrella se hizo poco a poco más brillante, a medida que Houston narraba su entrada en la política americana y aducía como motivo el

deseo de ayudar a sus camaradas perseguidos, los cherokees. Aquello resultaba lo bastante exótico, pensó Sybil, pero en el fondo se hallaba la misma cháchara artera y engañosa que siempre usaban los políticos, y la audiencia comenzaba a inquietarse. Les hubieran gustado más luchas, o quizá más comentarios poéticos acerca de la vida con los cherokees. Sin embargo, Houston se dedicaba a recitar como una letanía su elección para un escaño en algún tosco equivalente del Parlamento y sus varios y vagos cometidos en el gobierno provincial, al tiempo que la estrella crecía poco a poco y sus bordes se ramificaban de forma elaborada, convirtiéndose en el emblema del gobierno de Tennessee.

A Sybil empezaron a pesarle los párpados mientras el general seguía sin parar con su fanfarria.

Pero, de repente, el tono de Houston cambió y se tornó pausado, sentimental, y su acento arrastrado quedó matizado por un ritmo dulce. Estaba hablando acerca de una mujer.

Sybil se enderezó y prestó atención.

Al parecer, Houston había sido elegido gobernador, había ganado algo de dinero y estaba feliz. Y también había encontrado una novia, una chica de clase alta de Tennessee, y se había casado con ella.

Pero, en la pantalla del quino, unos dedos oscuros comenzaban a arrastrarse como serpientes desde los bordes. Amenazaban el sello estatal.

El gobernador y la señora Houston apenas se habían asentado cuando la recién casada salió corriendo y huyó de vuelta con su familia. Le había dejado una carta, decía Houston, una misiva que contenía un terrible secreto. Un secreto que él nunca había revelado y que había jurado llevarse a la tumba.

—Un asunto privado, del que un caballero de honor ni puede ni debería hablar. Un negro desastre se cernió sobre mí...

Los periódicos (parecía que tenían periódicos en Tennessee) lo habían atacado.

—Los charlatanes, los profesionales del libelo, vertieron su veneno sobre mí —se lamentó Houston, a medida que aparecía el escudo griego con el halcón y unas manchas de quino (barro, supuso Sybil) comenzaban a salpicarlo.

Las revelaciones de Houston se fueron haciendo cada vez más sorprendentes. Había capeado el temporal y se había divorciado de su esposa, una horrible época que nunca hubiera podido imaginar. Por supuesto, había perdido su posición en el Gobierno; la sociedad enfurecida lo había echado de su cargo, y Sybil se preguntó por qué se había atrevido a mencionar un escándalo tan desagradable. Era como si esperara que su audiencia londinense aprobara moralmente a un hombre divorciado; de hecho, Sybil notó que las mujeres parecían intrigadas, aunque quizá no por entero comprensivas. Incluso la obesa madre se abanicó la papada debido al sofoco.

Después de todo, el general Houston era un extranjero; según su propio relato, en

parte un salvaje. Pero cuando habló de su esposa lo hizo con ternura, como si lo hiciera de un auténtico amor, un amor destruido por una cruel y misteriosa verdad. Su voz atronadora se quebró con una emoción carente de vergüenza; se secó un poco la frente con un elegante pañuelo de su chaleco de piel de leopardo.

Para hacer honor a la verdad, no se trataba de un tipo mal parecido; tenía más de sesenta años, pero los de esa edad podían ser muy gentiles con una chica. Su confesión parecía audaz y varonil, pues él mismo había sacado el tema a colación: el escándalo del divorcio y la carta misteriosa de la señora Houston. No dejaba de hablar de ello, pero tampoco revelaba el secreto. Había capturado la curiosidad de los espectadores... y la misma Sybil se moría por descubrir la verdad.

Se amonestó por ser tan inocente, ya que seguramente se tratara de algo estúpido y simple, ni de lejos tan profundo y misterioso como él fingía. Lo más probable era que aquella chica aristocrática no fuera ni la mitad de angelical de lo que parecía. Probablemente hubiera perdido su virtud de doncella a manos de algún atractivo pretendiente de Tennessee mucho antes de la llegada de Cuervo Houston. Los hombres imponían estrictas reglas a sus novias, que a su vez ellos ignoraban.

Lo más probable era que Houston hubiera sido el responsable de todo. Quizá tenía ideas viles y bestiales acerca de la vida marital, al haber vivido entre salvajes. O quizás había machacado a su esposa con los puños: por lo que Sybil veía, se trataba de un hombre sólido como una roca.

El quino cobró vida con unas arpías que pretendían simbolizar a los difamadores de Houston, aquellos que habían restregado su precioso honor con la tinta de una imprenta cochambrosa. Eran criaturas desagradables y de lomo encorvado que atestaban la pantalla con unos diabólicos tonos negros y rojos. Mientras la pantalla ronroneaba de forma constante, las arpías agitaban sus pezuñas hendidas. Sybil jamás había visto nada parecido; algún artista de las tarjetas perforadas de Manchester había accedido sin duda a todos los horrores de la ginebra. Ahora Houston peroraba acerca de los retos y el honor, con lo que se refería a los duelos. Los americanos eran afamados duelistas a los que les encantaba dispararse los unos a los otros a la mínima ocasión. Houston insistió vociferante en que habría matado a algunos de aquellos truhanes chupatintas de no haber sido gobernador, para así proteger su dignidad. Así que lo que había hecho había sido poner las cartas sobre la mesa y regresar a la vida entre sus preciados cherokees. Casi se podía ver el humo que le salía por las orejas, pues el orador se había ido calentando hasta resultar casi aterrador. La audiencia estaba de lo más interesada, rota toda reserva por los ojos hinchados y el cuello venoso del texano. Nadie parecía ni mucho menos disgustado por el espectáculo.

Quizá el secreto consistiera en algo realmente terrible que él mismo había hecho, pensó Sybil mientras se frotaba las manos dentro del manguito de piel de conejo. Quizá fueran fiebres femeninas, o quizá él le había pegado a ella la sífilis. Algunos

tipos de sífilis eran horribles y podían volverte loca, o ciega, o impedida. Quizás aquel fuera el misterio. Mick lo sabría. Era muy probable que Mick lo supiera todo al respecto.

Houston explicó que había dejado los Estados Unidos con gran disgusto y que se había marchado a Texas, y ante aquella última palabra apareció un mapa que mostraba una zona en el centro del continente. El general aseguró que había marchado allí en busca de tierra para sus pobres y sufrientes indios cherokees, aunque todo resultó un tanto confuso.

Sybil preguntó la hora al tipo con pinta de truhán que tenía al lado. Solo había pasado una hora. Ya había transcurrido un tercio del discurso. Se acercaba su momento.

—Deben imaginar una nación muchas veces más grande que sus islas natales —dijo Houston—, sin más carreteras que las trochas de los indios entre la hierba. Carente en aquella época de una sola milla de ferrocarril británico, carente de telégrafo e incluso de máquinas de cualquier clase. Como comandante en jefe de las fuerzas nacionales texanas, mis órdenes no disponían de correo más veloz y fiable que el explorador montado, cuyos recorridos se veían amenazados por los comanche y los karankawa, por los grupos armados mexicanos y por los diez mil peligros ignotos de las tierras salvajes. No es de extrañar que el coronel Travis recibiera mis órdenes demasiado tarde, y que pusiera su confianza, trágicamente, en los refuerzos liderados por el coronel Fannin. Rodeado por una fuerza enemiga que lo superaba en una proporción de cincuenta a uno, el coronel Travis declaró como su objetivo la victoria o la muerte..., sabiendo de sobra que el indudable destino sería el segundo. Los defensores de El Álamo perecieron hasta el último hombre. El noble Travis, el intrépido coronel Bowie y David Crockett, una auténtica leyenda entre los hombres de la frontera —los señores Travis, Bowie y Crockett ocuparon cada uno un tercio de la pantalla del quino, sus rostros extrañamente cuadrados por la reducida escala de la representación—, proporcionaron un tiempo precioso para mi estrategia fabiana.

Más cháchara soldadesca. En ese momento, Houston se retiró un paso del atril y señaló el quino con su pesado bastón pulimentado.

—Las fuerzas de López de Santa Ana estaban dispuestas como ven aquí, con los bosques en su flanco izquierdo y los ríos pantanosos de San Jacinto a su espalda. Sus ingenieros de asedio habían establecido una línea defensiva alrededor del tren del bagaje, con emplazamientos de troncos afilados, aquí representados. Sin embargo, las marchas forzadas a través del vado de Burnham permitieron a mi ejército de seiscientos hombres alcanzar las orillas boscosas del brazo del río Buffalo, algo que el enemigo desconocía. El asalto comenzó con un rápido fuego de cañón desde el centro texano... Ahora podemos contemplar el movimiento de la caballería ligera texana... El impacto de la carga de infantería sumió al enemigo en la confusión y le

hizo retirarse, por lo que su artillería, que aún no había sido enganchada a los armones, quedó totalmente desbaratada.

Los cuadrados y pastillas azules del quinótropo perseguían lentamente a los regimientos rojos mexicanos en desbandada a través del damero verde y blanco que representaba bosques y marismas. Sybil se removió en su asiento, tratando de evitar que se arrugara su falda de aro. La sanguinaria jactancia de Houston por fin alcanzaba el clímax.

—El recuento final de bajas fue de dos texanos muertos por seiscientos treinta del invasor. ¡Las carnicerías de El Álamo y Goliad fueron vengadas con sangre santanista! Dos ejércitos mexicanos totalmente derrotados, además de la captura de catorce oficiales y veinte cañones.

«Catorce oficiales, veinte cañones»... Sí, esa era su entrada. Había llegado su momento.

—¡Vénguenos, general Houston! —chilló Sybil con la garganta constreñida por el miedo ante el inicio de su papel. Lo intentó de nuevo, poniéndose en pie y agitando un brazo—. ¡Vénguenos, general Houston!

Houston se detuvo, cogido por sorpresa. Sybil volvió a chillarle.

—¡Vengue nuestro honor, señor! ¡Vengue el honor británico! —Empezó a producirse un murmullo de alarma. Sybil sintió los ojos de toda la audiencia sobre ella: la mirada de aquellos que ven a un lunático—. ¡Mi hermano...! —gritó, pero el miedo y los nervios se habían apoderado de ella. No había imaginado que resultaría tan terrorífico. Aquello era peor, mucho peor, que cantar sobre un escenario.

Houston levantó ambos brazos y la manta rayada se extendió tras él como una capa. De algún modo el general logró calmar a la multitud con este gesto, ejerciendo sus dotes de mando. Sobre su cabeza, el quinótropo empezó a frenarse poco a poco. Cada una de sus teselas resplandecientes ronroneó hasta detenerse, dejando a San Jacinto congelado en medio del triunfo. Houston perforó a Sybil con una mirada que mezclaba severidad y resignación.

—¿De qué se trata, mi querida y joven señorita? ¿Qué es lo que le preocupa? Cuénteme. Sybil se aferró al respaldo de la butaca que tenía delante, cerró los ojos con fuerza y soltó su frase:

—¡Señor, mi hermano se encuentra en una prisión texana! ¡Somos británicos, pero los texanos lo han encarcelado, señor! ¡Capturaron su granja y se hicieron con su ganado! Incluso robaron el mismísimo ferrocarril en el que estaba trabajando, un ferrocarril británico construido para Texas... —La voz le flaqueaba a su pesar. A Mick no le gustaría y criticaría su actuación. Aquel pensamiento supuso para ella una infusión de vitalidad. Abrió los ojos—. ¡Ese régimen, señor, ese régimen ladrón de Texas, ha robado ese ferrocarril británico! ¡Ha robado a los trabajadores en Texas y a los accionistas de la Gran Bretaña, y no nos ha pagado ni un chelín!

Con la pérdida de las brillantes imágenes del quinótropo, la atmósfera del teatro cambió. Todo resultó de repente distinto, íntimo y extraño. Era como si ella y el general se hallaran de algún modo enmarcados juntos, dos figuras en un daguerrotipo plateado. Una joven londinense con su boina y su elegante chal se dirige con elocuente aflicción al viejo héroe extranjero. Ambos eran ahora intérpretes de un papel, y la mirada sorprendida del público permanecía silenciosamente clavada en ellos.

—¿Ha sufrido usted a causa de la junta? —preguntó Houston.

—¡Sí, señor! —gritó Sybil con un bien ensayado temblor en la voz. «No los asustes», había dicho Mick, «pero consigue que se compadezcan»—. Sí, lo hizo la junta. Han encerrado a mi hermano en su vil prisión sin que hubiera hecho nada malo, señor. ¡Solo porque era un hombre de Houston! ¡Él votó por usted cuando llegó a presidente de Texas, señor! ¡Y volvería a votarlo, aunque mucho me temo que lo maten!

—¿Cuál es el nombre de su hermano, mi querida señorita? —preguntó Houston.

—Jones, señor —gritó rápidamente Sybil—. ¡Edwin Jones de Nacogdoches, que trabajó para la compañía ferroviaria de Hedgecoxe!

—¡Creo que conozco al joven Edward! —declaró Houston con voz evidentemente sorprendida. Aferró furibundo su bastón y frunció las pobladas cejas.

—¡Escúchela, Sam! —llegó de repente una profunda voz. Sybil, alarmada, se giró para mirar. Era el hombre del Argyll Rooms, el actor gordo con el pelo rojo y el chaleco de terciopelo—. ¡Esos bergantes de la junta se apropiaron de Ferrocarriles Hedgecoxe! ¡Bonito negocio ese, viniendo de un presunto aliado de los británicos! ¿Es esta la gratitud que muestran por los años de guía y protección británica? —Volvió a sentarse.

—¡No son más que ladrones y villanos! —gritó Sybil alertamente. Recuperó a toda prisa el hilo y recordó su papel—. ¡General Houston! ¡Yo soy una mujer indefensa, pero usted es un hombre con un destino, un hombre abocado a la grandeza! ¿Puede haber justicia en Texas, señor? ¿Existe desagravio ante tales afrentas? ¿Debe morir mi pobre hermano en la miseria, mientras trapaces y tiranos roban nuestras propiedades británicas?

Pero la fina retórica de Mick se había hundido; hubo gritos del público, aquí y allí, por encima de un murmullo de fondo de sorpresa y aprobación. Desde el gallinero llegaban ruidosos silbidos juveniles.

Un poco de diversión londinense, decían todos. Quizá, pensó Sybil, había conseguido que algunos creyeran su historia y se compadecieran de ella. La mayor parte se limitó a vociferar y bromear un poco, contentos por la inesperada animación.

—¡Sam Houston ha sido siempre un auténtico amigo de la Gran Bretaña! —chilló Sybil al público levantado. Las palabras quedaron medio perdidas, inútiles, y la

joven se llevó el dorso de la muñeca a la frente húmeda. Mick no le había dado ninguna frase más, así que dejó que las fuerzas se le escaparan de las piernas y se echó hacia atrás pestañeando, hasta hundirse en su butaca.

—¡Denle aire a la señorita Jones! —ordenó Houston con un bramido agitado—. ¡La dama está conmocionada! —Sybil contempló a través de los párpados medio cerrados las figuras borrosas que se reunían a su alrededor con cierta vacilación. Oscuras chaquetas de etiqueta, un crujido de miriñaques, perfume de gardenias y un olor masculino a tabaco. Un hombre le cogió la muñeca y le buscó allí el pulso con dedos puntiagudos. Una mujer le abanicaba el rostro mientras cloqueaba para sí. Oh, cielos, pensó Sybil encogida. La matrona gorda de la fila de delante, con ese intolerable aspecto grasiento de buena mujer que cumple con su obligación moral. La recorrió un pequeño estremecimiento de vergüenza y asco. Por un momento se sintió desfallecer de verdad y se sumergió con facilidad desmañada en la cálida preocupación del gentío, media docena de metomentodos que murmuraban a su alrededor, fingiendo una aptitud de la que carecían mientras Houston seguía bramando, ronco de indignación.

Ella permitió que la levantaran. Houston dudó al verlo y el público dedicó unos cuantos aplausos leves y galantes a Sybil, que se sentía pálida, indigna. Esbozó una débil sonrisa, negó con la cabeza y deseó ser invisible. Apoyó la cabeza sobre el hombro del individuo que le había tomado el pulso.

—Señor, si pudiera irme, por favor... —le susurró. Su salvador asintió con gesto despierto. Era un hombrecito de ojos azules e inteligentes. Tenía el cabello largo y canoso peinado con la raya en el medio. —Acompañaré a la señora a su casa —trinó a los demás. Se envolvió en una capa de ópera, se caló un sombrero de copa y le ofreció el brazo.

Subieron juntos el pasillo. Sybil se apoyaba en él con fuerza, renuente a encontrarse con los ojos de nadie. La multitud había despertado. Quizá por primera vez escuchaban a Houston como hombre, en lugar de como una especie de extraño espécimen americano.

El caballerito de Sybil apartó un deslucido telón de terciopelo para que ella pasara y salieron al frío vestíbulo del Garrick, con sus desconchados cupidos dorados y las paredes de falso mármol cubiertas de manchas de humedad.

—Muy amable por su parte, señor, ayudarme así —comentó Sybil mientras observaba que su acompañante daba la sensación de tener dinero—. ¿Pertenece usted a la profesión médica?

—Fui estudiante, en otro tiempo —dijo él con un encogimiento de hombros. Tenía las mejillas ruborizadas, cálidos puntos gemelos de color rojo. —Dan a un hombre un cierto aire de distinción —dijo Sybil sin ningún propósito concreto, solo para llenar el silencio—. Me refiero a los estudios de ese tipo.

—No crea, señora. Yo desperdicié todo mi tiempo componiendo versos. Debo decir que ya parece hallarse bastante recuperada. Siento mucho lo de ese desafortunado hermano suyo.

—Gracias, señor. —Sybil lo miró de soslayo—. Me temo que fue muy atrevido por mi parte, pero me exalté con la elocuencia del general Houston. El hombre le lanzó una mirada opaca, la expresión de un hombre que sospecha que una mujer lo está engañando.

—Si he de serle honesto —dijo él—, no comparto del todo su entusiasmo. —Tosió violentamente en un pañuelo arrugado y se limpió la boca—. Este aire de Londres terminará matándome.

—No obstante se lo agradezco, señor, aunque siento decir que no hemos sido presentados...

—Keats —dijo él—. Señor Keats. —Sacó un ruidoso cronómetro de plata del bolsillo del chaleco, un objeto con muchas esferas, y lo consultó—. No estoy familiarizado con el distrito —dijo con tono distante—. Había pensado pararle un cabriolé, pero a estas horas...

—Oh, no, señor Keats. Gracias, pero iré en metro. El hombre abrió todavía más los ojos. Ninguna mujer respetable viajaba en metro sin compañía. —Pero no me ha dicho su profesión, señor Keats —le dijo ella con la esperanza de distraerlo.

—Quinotropía —dijo Keats—. ¡Las técnicas que se han empleado aquí esta noche revisten un cierto interés especial! Si bien la resolución de la pantalla era bastante modesta y la tasa de refresco resultaba desde luego lento, se han asegurado efectos notables, es de presumir que a través de una compresión algorítmica de... Bueno, me temo que resulte todo un poco técnico. —El quinótropo se guardó el cronómetro—. ¿Está usted segura de que no preferiría que intentara parar un taxi? ¿Conoce bien Londres, señorita Jones? Yo podría acompañarla a la parada local del ómnibus. Es un carruaje sin raíles, ya sabe...

—No, señor, gracias. Su amabilidad ha sido extraordinaria.

—No hay de qué —dijo él. Su alivio resultaba evidente cuando abrió y sujetó una de las hojas de cristal de la puerta que llevaba a la calle. Justo entonces, un muchachito delgado se acercó cauto y rápido por detrás de ellos, los rozó al pasar y salió del teatro sin una palabra. Iba envuelto en un sucio abrigo largo de lona, parecido al que podría llevar un pescador. Una prenda de lo más singular para llevarla a una conferencia, pensó Sybil, aunque se veían atuendos más extraños entre los pobres; las mangas aleteaban vacías, como si el chico se estuviera abrazando, quizá para protegerse del frío. Andaba de forma peculiar, con la espalda doblada, como si se estuviera borracho o enfermo.

—¡Eh, oiga! ¡Joven! —El señor Keats había sacado una moneda y Sybil comprendió que quería que el chico le parara un taxi, pero entonces los ojos húmedos

los miraron alarmados y la faz pálida pareció rehundida por efecto de la luz de gas. El muchacho giró de repente, y algo oscuro se le cayó de debajo del abrigo y rodó hasta la alcantarilla. El chico se detuvo y volvió los ojos para observarlos con cautela.

Se le había caído un sombrero, un sombrero de copa.

Regresó trotando con los ojos todavía clavados en ellos, lo recogió con gesto brusco, se lo volvió a meter en el abrigo y de nuevo se fue, entre las sombras, aunque esta vez no con tanta rapidez.

—¡Vaya —dijo el señor Keats indignado—, ese tipo es un ladrón! ¡Ha llenado ese impermeable con los sombreros del público!

A Sybil no se le ocurrió nada que decir.

—Me imagino que el muy rufián se aprovechó con toda crueldad de la conmoción que causó usted —le dijo Keats, en su tono un ligero matiz de sospecha—. ¡Una pena! Uno nunca sabe en quién confiar en estos tiempos.

—Señor, creo que oigo a la máquina reunir vapor para el quinótropo...

Y con eso fue suficiente.

La instalación de los ventiladores, decía el Daily Telegraph, había logrado una perceptible mejoría en el ambiente del Metropolitano, aunque el propio lord Babbage sostenía que un ferrocarril subterráneo moderno de verdad debería operar únicamente según principios pneumáticos que no utilizaran ningún tipo de combustión, de forma parecida al modo en el que se transportaba el correo en París.

Sentada en un vagón de segunda clase, respirando de forma tan superficial como le era posible, Sybil sabía que eso no eran más que bobadas; o que, en cualquier caso, lo era la parte de la mejoría, porque, ¿quién sabía qué maravillas no podrían producir los radicales? ¿Pero acaso no habían publicado también sus periódicos el testimonio de unos médicos en la nómina del ferrocarril, que decían que los gases sulfúricos eran terapéuticos para el asma? Y no eran solo los gases de las máquinas, sino también las mefíticas filtraciones de las alcantarillas y los escapes gaseosos de las bolsas de caucho indio plegable que encendían los mecheros de los vagones con sus pantallas de cristal con red de alambre.

Era un negocio extraño aquel del metro cuando se pensaba en ello, cuando se viajaba traqueteando a tanta velocidad por la oscuridad subterránea de Londres, en la que los braceros habían encontrado cañerías de plomo de los romanos, monedas, mosaicos y arcos, colmillos de elefante con mil años de antigüedad...

Y la excavación continuaba, aquella y todas las noches, porque Sybil había oído los resoplidos de su gran máquina cuando se encontraba con Mick en la acera de Whitechapel. Los excavadores trabajaban sin cesar abriendo líneas nuevas y siempre más profundas, por debajo de la maraña de alcantarillas, cañerías de gas y ríos cegados con ladrillo. Las nuevas líneas discurrían entibadas con forro de acero, y

pronto los trenes sin humo de lord Babbage se deslizarían por ellas silenciosos como anguilas, aunque a Sybil la idea se le antojaba un tanto inmunda.

Las lámparas llamearon a la vez cuando el flujo de gas quedó perturbado por una sacudida especialmente fuerte, y por un momento pareció que el rostro de los otros pasajeros saltaba hacia ella: el caballero cetrino con cierto aire de tabernero afortunado, el viejo clérigo cuáquero de mejillas redondas, el dandi borracho con el abrigo abierto y el chaleco canario salpicado por completo de clarete...

No había ninguna otra mujer en el vagón.

Adiós a todos ustedes, señores, se imaginó que exclamaba, adiós a este Londres suyo. Pues ahora era una aprendiza de aventurera hecha y derecha y rumbo a París, aunque el primer tramo del viaje consistiera por necesidad en un trayecto de dos peniques de vuelta a Whitechapel.

Pero el clérigo había reparado en su presencia, e hizo manifiesto desdén en tal sazón para que todos lo vieran.

La verdad es que hacía muchísimo frío cuando volvió de la estación a su habitación de Flower-and-Dean Street; se arrepintió de su vanidad, de haber escogido el chal nuevo y fino en lugar del mantón. Le castañeteaban los dientes. Una escarcha intensa brillaba sobre los charcos de luz de gas que iluminaban el nuevo macadán.

El empedrado de Londres se iba desvaneciendo mes a mes, pavimentado con una sustancia negra que se vertía hedionda y caliente desde el buche de grandes carretas para que los braceros la extendieran y alisaran con rastrillos, antes del paso de la apisonadora.

Un individuo pasó como un rayo a su lado, aprovechando al máximo la nueva superficie rugosa. Iba casi recostado dentro de un rechinante velocípedo de cuatro ruedas y llevaba los zapatos atados a unos manubrios giratorios. Resoplaba, creando pequeñas nubes de vaho que se difuminaban en el aire frío. No llevaba sombrero, pero sí gafas de conducir, e iba embutido en un grueso jersey a rayas y una larga bufanda tejida que aleteaba a su espalda, pues se alejaba a toda prisa. Sybil supuso que sería inventor.

En Londres abundaban los inventores. Los más pobres y locos se congregaban en las plazas públicas para mostrar sus cianotipos y maquetas y para arengar a los paseantes. En solo una semana, ella se había encontrado con un mecanismo de aspecto perverso que rizaba el cabello por medio de la electricidad, una peonza mecánica para niños que tocaba música de Beethoven y un proyecto para electroplacar a los muertos.

Tras abandonar la calle por el humilde empedrado de Renton Passage, distinguió el cartel del Hart y oyó el tintineo de una pianola. Había sido la señora Winterhalter la que había dispuesto que se alojara sobre el Hart. El establecimiento en sí era un

sitio bastante formal que no admitía mujeres. Su clientela estaba formada por jóvenes oficinistas y tenderos, y el placer más osado en oferta era una tirada en una máquina de apuestas que funcionaba con monedas.

A las habitaciones superiores se llegaba por unas escaleras oscuras y empinadas que trepaban bajo una claraboya cubierta de hollín, hasta un hueco en el que aparecían un par de puertas idénticas. El señor Cairns, el casero, tenía sus habitaciones detrás de la puerta de la izquierda.

Sybil subió las escaleras, revolvió en el manguito hasta que encontró una caja de penique de luciferes y encendió uno. Cairns había encadenado una bicicleta a la barandilla de hierro que se asomaba al hueco de la escalera; el candado de latón resplandeció bajo la llama de la cerilla. La joven sacudió el lucifer para apagarlo, con la esperanza de que Hetty no hubiera echado los dos pestillos a la puerta. No lo había hecho y la llave de Sybil giró con suavidad en la cerradura.

Toby estaba allí para recibirla, andando sin ruido sobre las tablas desnudas para enredarse entre sus tobillos y ronronear como un loco.

Hetty había dejado sobre la mesa de tablones que había en la entrada una lámpara de aceite con la luz baja. Ya humeaba: había que recortar la mecha. Era una locura haberla dejado así encendida pues Toby podría haberla derribado, pero Sybil agradeció no haber encontrado el sitio sumido en la oscuridad. Cogió a Toby en brazos. Olía a arenque.

—Así que Hetty te ha dado de comer, ¿eh, cariño? —El gato maulló con suavidad y se peleó con las cintas de su sombrero.

El dibujo del papel pintado pareció bailar cuando Sybil levantó la lámpara. El vestíbulo no había visto la luz del sol en todos los años que el Hart había permanecido allí, pero sin embargo las flores pintadas se habían desvaído y adquirido un tono parecido al polvo.

La habitación de Sybil tenía dos ventanas, aunque se abrían a una pared ciega de sucio ladrillo amarillo, tan cercana que podría haberla tocado si alguien no hubiera puesto clavos en los marcos de las ventanas. Con todo, en los días brillantes, cuando el sol se hallaba directamente sobre su cabeza, sí que se filtraba un poco de luz. Y la habitación de Hetty, aunque era más grande, solo tenía una ventana. Si Hetty se encontraba en casa debía de estar sola y dormida, ya que no se filtraba ninguna luz por la ranura de su puerta cerrada.

Estaba bien tener una habitación propia e intimidad, por modesta que fuera. Sybil bajó a Toby pese a sus protestas y se dirigió con la lámpara hacia su puerta, que se encontraba un poco abierta. Dentro todo estaba tal y como lo había dejado, aunque vio que Hetty había puesto el último número del Illustrated London News sobre su almohada, con un grabado de Crimea en la primera página, una escena de una ciudad en llamas. Colocó la lámpara sobre la tapa de mármol agrietado de la cómoda. Toby

seguía rondando entre sus tobillos, como si esperara descubrir más arenques. Reflexionó sobre lo que debería hacer.

El tictac del rollizo despertador de latón, que a veces encontraba insoportable, se le antojaba ahora tranquilizador. Al menos funcionaba, y se imaginó que la hora que mostraba, las once y cuarto, era la correcta. Le dio cuerda unas cuantas veces con el único fin de propiciar la buena fortuna. Mick vendría a buscarla a medianoche y había que tomar decisiones, ya que le había aconsejado que viajara muy ligera de equipaje.

Cogió un cortamechas del cajón de la cómoda, levantó el tubo de la lámpara y recortó el trozo ennegrecido. La luz mejoró un tanto. Se echó por encima el mantón para defenderse del frío, abrió la tapa de un cofre de lata charolada con lacado japonés y empezó a hacer inventario de sus mejores cosas. Pero después de apartar dos mudas de ropa interior se le ocurrió que, cuanto menos llevara, más tendría que comprarle en París el dandi Mick. Y si eso no era pensar como una aprendiza de aventurera, no sabía lo que era.

Con todo, poseía algunas cosas a las que tenía especial cariño, y esas fueron, junto con la ropa interior, al bolso de viaje de brocado con la costura rota que había tenido intención de arreglar. Había un precioso frasco de agua de Portland con aroma a rosas, medio lleno, un broche verde de pasta del señor Kingsley, un juego de cepillos para el pelo con dorsos de imitación de ébano, una prensa para flores en miniatura con una vista de recuerdo del palacio de Kensington y un rizador de pelo de patente alemana que había birlado de una peluquería. Añadió un cepillo de dientes de mango de hueso y una lata de dentífrico alcanforado.

Luego cogió un diminuto lapicero de plata y se acomodó en el borde de la cama para escribirle una nota a Hetty. El lápiz era un regalo del señor Chadwick y tenía la leyenda «Corporación Metropolitana de Ferrocarriles» grabada en el mango; el plateado estaba empezado a desprenderse del latón inferior. A modo de papel se encontró con que solo tenía el dorso de un folleto que anunciaba chocolate instantáneo.

«Mi querida Harriet», empezó, «me voy a París». Pero luego hizo una pausa, quitó el tapón del lápiz y utilizó la goma para borrar esas dos últimas palabras y sustituirlas por «a fugar con un caballero. No te alarmes. Estoy bien. Te puedes quedar con las ropas que dejo aquí. Y por favor, cuida del querido Toby y dale arenque. Sinceramente suya, Sybil».

Se sintió extraña al escribirlo, y cuando bajó los ojos y vio a Toby la embargó una sensación de tristeza y falsedad por abandonarlo.

Con ese pensamiento empezó a pensar en Radley y la arrolló una repentina y absoluta convicción de su falsedad.

—Vendrá —susurró con ferocidad. Colocó la lámpara y la nota doblada sobre la

estrecha repisa de la chimenea.

En el manto había una lata plana con el nombre de un estanquero del Strand resplandecientemente litografiado. Sabía que contenía cigarrillos turcos. Uno de los jóvenes caballeros de Hetty, un estudiante de Medicina, la había animado una vez a que adoptara el hábito. Sybil solía evitar a los estudiantes de Medicina, pues hacían alarde de una estudiada bestialidad. Pero ahora, presa de un poderoso impulso nervioso, abrió la lata, sacó uno de los crujientes cilindros de papel e inhaló su fiero perfume.

Un tal señor Stanley, abogado y muy conocido entre el grupo de los más modernos, fumaba cigarrillos sin cesar. Durante el tiempo que había conocido a Sybil, Stanley había comentado con frecuencia que un cigarrillo era lo mejor para fortalecer los nervios de cualquier jugador.

Tras coger los luciferes, Sybil se colocó el cigarrillo entre los labios como había visto hacer a Stanley, encendió un lucifer y recordó que tenía que dejar arder la mayor parte del sulfuro antes de aplicar la llama a la punta del cigarrillo. Dio una primera calada y su premio fue una acre bocanada de humo malsano que la hizo toser como si fuera una tuberculosa. Con los ojos llenos de lágrimas, a punto estuvo de tirar aquella cosa a la basura.

Se colocó delante del hogar y se obligó a continuar. Daba caladas regulares al cigarrillo y tiraba la pálida y delicada ceniza sobre los carbones, con el gesto que había utilizado Stanley. Apenas resultaba tolerable, decidió. ¿Y dónde estaba el efecto deseado? De repente se sintió enferma. El estómago le daba vueltas por las náuseas y las manos se le habían quedado frías como el hielo. Se puso a toser con violencia y dejó caer el cigarrillo sobre los carbones, donde estalló en llamas y se consumió a toda prisa.

Fue dolorosamente consciente del tictac del reloj.

El Big Ben empezó a tañer para anunciar la medianoche.

¿Dónde estaba Mick?

Se despertó en medio de la oscuridad, sumida en un temor al que no sabía dar nombre. Entonces recordó a Mick. La lámpara se había apagado. Las brasas estaban muertas. Se puso en pie con esfuerzo, cogió la caja de luciferes y entró a tientas en su habitación, donde el débil tictac del reloj la guió hasta la cómoda.

Cuando encendió una cerilla, la cara del reloj pareció bañada en el fulgor del sulfuro.

Era la una y media.

¿Había venido mientras dormía, había llamado y, al no recibir respuesta, se había ido sin ella? No, Mick no. Habría encontrado una forma de entrar si hubiera querido verla. ¿La había engañado, entonces, tomándola por la chica fácil que con toda

certeza era, para que se confiara en sus promesas?

La envolvió una extraña sensación de calma, una cruel claridad. Recordó la fecha de salida del billete del vapor. No partiría de Dover hasta la última hora del día siguiente, y no parecía muy probable que él y el general Houston salieran de Londres, después de una conferencia tan importante, en plena noche. Así que iría al Grand's, buscaría a Mick, le haría frente y le rogaría o lo amenazaría con chantajearlo, con descubrirlo, con lo que fuera.

El metálico que tenía estaba en su manguito. Había una parada de taxis en Minories, al lado de Goodman's Yard. Iría hasta allí y despertaría a un taxista para que la llevara a Piccadilly.

Toby lanzó un solitario gemido lastimero cuando ella cerró la puerta a su espalda. En la oscuridad, Sybil se hizo un buen arañazo en la pantorrilla con la bicicleta encadenada de Cairns.

Estaba a medio camino de Minories, rumbo a Goodman's Yard, cuando recordó el bolso de viaje, pero ya no había vuelta atrás.

El portero de noche del Grand's era fornido y de ojos fríos, con perilla y una pierna rígida, y desde luego no pensaba permitir a Sybil entrar en su hotel si es que podía evitarlo. La joven lo había comprendido a una manzana de distancia, al bajarse de su cabriolé: era un espantajo grande y con galones dorados, que acechaba en los escalones de mármol del hotel bajo unas grandes lámparas ceñidas por delfines. Sybil conocía muy bien a los porteros; representaban un papel muy importante en su vida.

Una cosa era entrar en el Grand's del brazo del dandi Mick, a plena luz del día, y otra muy distinta que lo hiciera con todo el atrevimiento una mujer sin acompañante, llegada desde las calles nocturnas. Solo las putas hacían eso, y el portero no dejaba entrar a las putas. Pero quizá podría elaborar una historia creíble para engañarlo si se le ocurría una mentira muy buena, o si él era estúpido, o descuidado, o estaba cansado. O podría intentar sobornarlo, aunque ya le quedaba muy poco dinero después de coger el taxi. E iba bien vestida, en absoluto con las ropas chillonas de una buscona. Podría, en un momento dado, distraerlo: romper una ventana con un adoquín de la calle y pasar corriendo a su lado cuando él acudiera a mirar. Era difícil correr con el miriñaque, pero el portero era cojo y lento. O bien podía encontrar a un chiquillo de la calle para que tirara la piedra...

Sybil permaneció en la oscuridad, al lado de las vallas de madera de una obra. Inmensos carteles se cernían sobre ella, más grandes que sábanas, con letras enormes, raídas y chillonas: «Daily News. Tirada mundial; Lloyd's News. Solo un penique; Ferrocarril del Sureste, Ramsgate & Margate 7/6». Sacó una mano del manguito y se mordisqueó con frenesí la uña, que olía a tabaco turco. Se sorprendió vagamente al darse cuenta de que tenía la mano azulada por el frío, y de que le temblaba mucho.

Le pareció ser rescatada por un golpe de suerte o el asentimiento de un ángel afligido, pues un reluciente faetón se detuvo entonces con un resoplido delante del Grand’s, y su fogonero de librea azul saltó para bajar el escalón articulado. Del interior salió una alegre pandilla de franceses borrachos ataviados con capas forradas de color escarlata, chalecos de brocado y bastones de fiesta con borlas. Dos de ellos iban con mujeres.

Sybil se levantó la falda al instante y avanzó con la cabeza baja. Al cruzar la calle la ocultó de la mirada del portero la barrera de la resplandeciente carrocería del faetón. Luego se limitó a rodearlo, pasó junto a las grandes ruedas con radios de madera y sus bandas de goma, y se unió al grupo con audacia. Los franchutes parlamentaban entre sí, se atusaban el bigote y lanzaban risas tontas. No parecieron notar su presencia, ni que les importara. Sybil sonrió con devoción a nadie en particular y se quedó muy cerca de uno alto, que era el que parecía estar más bebido. Subieron tropezando las escaleras de mármol y el francés alto plantó un billete de una libra en la mano del portero, con la descuidada facilidad de un hombre que no sabe de verdad lo que es el dinero. El portero parpadeó al verlo y se tocó el sombrero trenzado.

Sybil estaba dentro y a salvo. Caminó junto a los incomprensibles franceses por un desierto de mármol pulido hasta el mostrador de recepción, donde recogieron sus llaves de manos del empleado de noche. Luego subieron trastabillando, bostezando y sonriendo la escalera curva, tras dejar a Sybil ante el mostrador.

El empleado de noche, que hablaba francés, se reía de algo que había oído decir a sus huéspedes. Se acercó con gesto servil a lo largo del mostrador de caoba dintelada y dedicó una sonrisa a Sybil.

—¿En qué puedo servirla, señora?

Las palabras salieron con dificultad, casi con un tartamudeo al principio.

—¿Podría decirme, por favor, si un tal señor Michael ha...? O mejor: ¿está el general Sam Houston todavía registrado aquí?

—Sí, señora. Yo mismo vi al general Houston hace un rato, esta misma noche. Sin embargo, ahora se encuentra en nuestro salón de fumar. ¿Desearía dejarle un mensaje?

—¿El salón de fumar?

—Sí. Allí, detrás del acanto. —El recepcionista señaló con un gesto una puerta inmensa en una esquina del vestíbulo—. Nuestro salón de fumar no es para las damas, por supuesto. Discúlpeme, señora, pero parece usted un poco angustiada. Si el asunto es vital, quizá debería enviar un botones.

—Sí —respondió Sybil—, eso sería maravilloso. —El recepcionista de noche le presentó con gesto amable una hoja del hotel de color crema y le ofreció su bolígrafo con plumín de oro.

La joven escribió deprisa, dobló la nota y garabateó «Sr. Michael Radley» en el dorso. El recepcionista hizo sonar una campana con viveza, se inclinó para responder al agradecimiento de Sybil y continuó con su trabajo.

A los pocos momentos apareció un botones pequeño y bostezador de rostro amargado, que colocó la nota en una bandeja con tapa de corcho. Sybil lo siguió nerviosa cuando el jovencito se dirigió al salón de fumar, arrastrando los pies.

—Es para el secretario personal del general —le dijo.

—No pasa na, señorita, lo conozco. —Tiró con una mano de la puerta del salón. Cuando se abrió y el botones la cruzó, Sybil se asomó. Mientras la puerta se iba cerrando poco a poco pudo echar un largo vistazo a Houston, que sin sombrero, con el rostro brillante, sudoroso y bebido, había subido una bota a la mesa, al lado de una botella de cristal tallado. Tenía una navaja de aspecto maligno en la mano y echaba bocanadas de humo mientras pinchaba..., no, mientras tallaba, eso era, porque alrededor de su sillón de cuero el suelo aparecía cubierto de virutas.

Un inglés alto con barba murmuraba algo a Houston. El extraño tenía el brazo izquierdo envuelto en un cabestrillo blanco de seda y parecía triste, digno e importante. Mick se encontraba a su lado y se doblaba por la cintura para encenderle el puro cortado. Sybil lo vio rascar un encendedor de acero que colgaba de un tubo de gas hecho de caucho, y entonces se cerró la puerta.

Sybil se sentó en una otomana de aquel vestíbulo de mármol lleno de ecos. El calor se escapaba a través de sus zapatos sucios y húmedos, y le empezaron a doler los dedos de los pies. Entonces salió el botones con Mick tras él. Mick sonreía a alguien en el salón de fumar y esbozaba un jubiloso medio saludo militar. Sybil se levantó de su asiento. Al verla allí, el rostro enjuto del hombre se ensombreció.

Se acercó a ella a toda prisa y la cogió por el codo.

—Por el amor de Dios —murmuró—, ¿qué clase de nota absurda era esa? ¿Es que no sabes lo que dices, niña?

—¿Qué pasa? —le rogó Sybil—. ¿Por qué no viniste a por mí?

—Un pequeño contratiempo, me temo. Parece que nos ha salido el tiro por la culata. Sería gracioso si no resultara tan puñeteramente difícil. Pero contigo aquí quizá cambien las cosas...

—¿Qué ha salido mal? ¿Quién es ese tipo elegante del brazo lisiado?

—Un maldito diplomático británico al que no le gusta el plan del general para reclutar un ejército en México. No te preocupes por él. Mañana nosotros estaremos en Francia y él seguirá aquí, en Londres, molestando a otro. Al menos eso espero... Pero el general nos lo ha estropeado. Está borracho como una cuba y se ha sacado de la manga una de sus tretas. Cuando bebe es un hijo de puta muy desagradable, la verdad sea dicha. Empieza a olvidarse de sus amigos.

—Te ha estafado en algo —comprendió Sybil—. Quiere deshacerse de ti, ¿es

eso?

—Me ha birlado las quinotarjetas —dijo Mick. —¡Pero te las mandé a París, al apartado de correos! —protestó Sybil—. ¡Como me dijiste que hiciera!

—Esas no, tontuela, ¡las quinotarjetas del discurso!

—¿Tus tarjetas del teatro? ¿Las robó?

—Sabía que tenía que guardar mis tarjetas, llevármelas conmigo, ¿no lo ves? Así que se las ha arreglado para vigilarme y ahora me las ha birlado del equipaje. Dice que después de todo no me va a necesitar en Francia, pues ya tiene mi información. Contratará a algún cebollino que sepa llevar un quino por poca pasta. O eso dice.

—¡Pero eso es robar!

—«Tomar prestado», según él. Dice que me devolverá mis tarjetas en cuanto las haya hecho copiar. De ese modo yo no pierdo nada, ¿ves?

Sybil estaba aturdida. ¿Le estaba gastando una broma?

—¿Pero eso no es robar, de algún modo?

—¡Intenta discutir eso con el puñetero Samuel Houston! ¡Una vez robó un país entero, demonios, lo dejó mondo y lirondo!

—¡Pero tú eres su hombre! No puedes dejar que te robe.

Mick la interrumpió.

—Si vamos a eso, también podrías preguntar cómo conseguí elaborar ese programa francés tan elegante. Se podría decir que tomé prestado el dinero del general para ello, por llamarlo de algún modo. —Le mostró los dientes en una amplia sonrisa—. No es la primera vez que nos gastamos estas triquiñuelas. Es una especie de prueba, ¿no lo ves? Un tipo tiene que ser un canalla consumado para viajar con el general Houston...

—Oh, Señor —dijo Sybil hundiéndose en su miriñaque, sobre la otomana—. Mick, si supieras lo que he estado pensando...

—¡Anímate, entonces! —Mick la levantó—. Necesito esas tarjetas y están en su habitación. Vas a encontrarlas y a birlárselas para mí. Yo voy a volver ahí para salir del paso, fresco como una lechuga. —Se echó a reír—. Ese viejo hijo de puta quizá no lo hubiera intentado de no haber sido por los trucos que saqué en su conferencia. ¡Tú y Corny Simms conseguisteis que se sintiera en su salsa! Pero todavía le tomaremos el pelo, tú y yo juntos...

—Tengo miedo, Mick —dijo Sybil—. ¡Yo no sé robar cosas!

—Pero tontuela, pues claro que sabes —respondió Mick.

—Bueno, ¿entonces vendrás conmigo a ayudarme?

—¡Pues claro que no! Entonces se enteraría, ¿no? Le dije que eras una amiga del periódico. Si me quedo a hablar mucho tiempo olerá gato encerrado, seguro. —Mick la miró furioso.

—Está bien —dijo Sybil, derrotada—. Dame la llave de su habitación.

Mick gruñó.

—¿Llave? Yo no tengo la puñetera llave.

A Sybil la bañó una sensación de alivio.

—¡Bueno, pues yo no soy una ladrona de cajas fuertes, sabes?

—Baja la voz o vas a terminar diciéndoselo a todos los huéspedes del Grand's... —Sus ojos centellearon furiosos. Estaba borracho, comprendió Sybil. Jamás había visto a Mick embriagado de verdad, y ahora estaba completamente bebido, encendido. No se le notaba en la voz, ni al andar, pero estaba en garras de la locura y la osadía que el alcohol proporciona—. Yo te conseguiré una llave. Vete al hombre del mostrador, dale coba. Mantenlo ocupado. Y no me mires. —Le dio un pequeño empujón—. ¡Vete!

Aterrada, Sybil regresó al mostrador. El telégrafo del Grand's, una tintineante máquina de latón sobre un pedestal bajo de mármol decorado con frondosas parras doradas, se encontraba en el otro extremo. Dentro de una especie de campana de cristal, una aguja dorada se balanceaba de un lado a otro, señalando letras en un alfabeto concéntrico. Con cada sacudida de la aguja, algo en la base de mármol emitía un metódico sonido metálico y apagado, y provocaba la aparición por la base de mármol de unos milímetros más de cinta amarilla pulcramente perforada. El recepcionista nocturno, que se encontraba realizando agujeros en un legajo de papel continuo, puso su trabajo a un lado, se colocó unos quevedos y se acercó a ella.

—¿Sí, señora?

—Necesito enviar un telegrama. Es bastante urgente. El empleado reunió con habilidad una pequeña caja de tarjetas perforadas, un perforador articulado de latón y un formulario rayado con pulcritud. Luego sacó el bolígrafo que Sybil había utilizado antes.

—Sí, señora. ¿Número de ciudadano?

—Oh... ¿Se refiere a mi número o al de él?

—Eso depende, señora. ¿Tiene intención de pagar con crédito nacional? Sybil evadió la respuesta.

—¿Puedo cargarlo a mi habitación?

—Desde luego, señora. ¿Número de habitación? Sybil dudó tanto tiempo como se atrevió.

—Supongo que prefiero pagar en metálico.

—Muy bien. ¿Y el número de ciudadano del destinatario es...?

—Me temo que no lo sé, la verdad... —Parpadeó antes de mirar al recepcionista y empezó a morderse un nudillo. El empleado era muy paciente.

—Pero sí que tiene un nombre y una dirección...

—Oh, sí —se apresuró a decir Sybil—. El señor Charles Egremont, parlamentario, «Las Hayas», Belgravia, Londres. El recepcionista lo escribió todo.

—Es algo más costoso enviar un cable solo con la dirección, señora. Resulta más eficaz dirigirlo directamente a través de la Oficina Central de Estadística. —Sybil no había buscado a Mick. Había tenido miedo de mirar. Ahora, por el rabillo del ojo, vio que una forma oscura se escabullía y cruzaba el suelo del vestíbulo. Mick caminaba muy agazapado. Se había quitado los zapatos y llevaba los cordones atados al cuello. Se dirigió rápidamente hacia el mostrador de caoba, que le llegaba a la cintura, agarró con las dos manos el borde frontal, saltó por encima en una fracción de segundo y desapareció.

No produjo sonido alguno.

—Tiene algo que ver con el modo en el que la máquina maneja los mensajes —le explicaba el recepcionista.

—Vaya —dijo Sybil—. Pero no tengo su número de ciudadano. Entonces tendré que pagar algo extra, ¿no es cierto? Es muy importante.

—Sí, señora, estoy seguro de que lo es. Por favor, continúe y yo le tomaré dictado.

—Supongo que no debería empezar con mi dirección y la fecha, ¿no es cierto? Es decir, un telegrama no es una carta, en realidad, ¿verdad?

—No, señora.

—¿Ni su dirección tampoco?

—La brevedad es la esencia de la telegrafía, señora.

Mick debía de ir arrastrándose hasta el tablero de caoba del hotel, que colgaba atestado de llaves. No podía verlo pero se imaginaba capaz de oírlo, casi de olerlo, y pensaba que al recepcionista solo le hacía falta echar un vistazo a su derecha para descubrir a un ratero que reptaba hacia él con mirada demencial, agachado como un simio.

—Por favor, apunte esto —comenzó Sybil con voz temblorosa—: «Querido Charles». —El empleado empezó a garabatear—. «Hace nueve años me sometiste al peor deshonor que puede conocer una mujer».

El recepcionista se quedó mirando horrorizado su bolígrafo, al tiempo que un rubor cálido le subía por el cuello de la camisa.

—«Charles, me prometiste que salvarías a mi pobre padre. En lugar de eso me corrompiste a mí, en cuerpo y alma. Hoy me voy de Londres en compañía de amigos poderosos. Saben muy bien el traidor que fuiste con Walter Gerard y conmigo. No intentes encontrarme, Charles. Sería inútil. Espero de verdad que tú y la señora Egremont podáis dormir bien esta noche». —Sybil se estremeció—. Firme eso «Sybil Gerard», si es tan amable.

—Sí, señora —murmuró el recepcionista con la mirada gacha mientras Mick volvía a saltar sin ruido por encima del mostrador, con los pies embutidos en sus calcetines. Mick se agazapó tras el bulto del mueble y luego se escabulló en cuclillas

y a toda prisa, anadeando por el suelo de mármol como un horrible pato. Un momento después había rodado tras un par de sillones tapizados.

—¿Qué le debo? —preguntó con educación Sybil al recepcionista.

—Dos y seis —tartamudeó el hombre, incapaz de mirarla a los ojos.

La joven contó el dinero del bolsito de cierre que sacó del manguito y dejó al empleado abochornado y en su puesto, perforando tarjetas telegráficas que extraía de su caja.

Mick cruzó el vestíbulo paseándose como un caballero. Se detuvo al lado de un anaquel de lectura del que colgaban varios periódicos bien planchados. Se agachó, se volvió a atar los cordones de los zapatos con toda frialdad y, cuando se enderezó, Sybil vio el brillo del metal en su mano. Sin siquiera molestarse en mirarla, Mick metió la llave detrás de un cojín de terciopelo de la otomana. Luego se levantó con ligereza, se colocó la corbata, se sacudió las mangas y se dirigió directamente al salón de fumar.

Sybil se sentó durante un momento en la otomana y fingió leer una revista mensual de lomo dorado, Actas de la Real Sociedad. Con mucho cuidado y con la punta de los dedos de la mano derecha, rebuscó la llave. Ahí estaba, con el número

«24» grabado sobre el latón ovalado. Bostezó con lo que esperaba que fuera un gesto distinguido y se puso en pie para retirarse arriba, como si no cupiera ninguna duda de que tenía habitación en el hotel.

Le dolían los pies.

Mientras caminaba con paso lento por el silencioso pasillo iluminado por el gas en dirección a la suite de Houston, sintió un asombro repentino cuando se dio cuenta de que había arremetido contra Charles Egremont. Había necesitado un mensaje melodramático para distraer al recepcionista y había soltado sin pensar todas aquellas amenazas, aquella rabia. Todo había estallado de tal modo casi sin querer. Se sentía confusa, incluso asustada, pues creía haberse olvidado ya casi por completo de aquel hombre.

Se imaginó el miedo en el rostro de Egremont cuando leyera su telegrama. Recordaba bien su cara, su expresión fatua y triunfadora. Siempre parecía tener buenas intenciones, siempre se disculpaba, siempre la sermoneaba, siempre se quejaba, rogaba, lloraba y pecaba. Era un necio.

Pero ahora había dejado que Mick Radley la pusiera a robar. Si fuera lista saldría del Grand's Hotel, se desvanecería en las profundidades de Londres y nunca volvería a ver a Radley. No debería dejar que el juramento de la aprendiza la detuviera. Romper un juramento resultaba aterrador, pero no era más vil que sus demás pecados. Y sin embargo, por alguna razón allí estaba; le había permitido hacer con ella lo que quisiera.

Se detuvo delante de la puerta, miró a ambos lados del pasillo desierto y manoseó

la llave robada. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Porque Mick era fuerte y ella débil? ¿Porque él sabía secretos que ella desconocía? Por primera vez se le ocurrió que podría estar enamorada de él. Quizá fuera cierto que lo amaba de alguna extraña manera, y si eso fuera verdad explicaría muchas cosas; resultaría casi tranquilizador. De estar enamorada tendría derecho a quemar sus puentes, a caminar por el aire, a vivir por impulso. Y si amaba a Radley, por fin habría algo que ella sabría y él no. Su secreto, suyo y de nadie más.

Abrió la puerta con la llave, con gestos nerviosos y rápidos. Se deslizó dentro, cerró a su espalda y se apoyó contra la hoja. Todo estaba a oscuras.

Había una lámpara en la habitación, en alguna parte. Podía oler la mecha quemada. En la pared de enfrente se sugería el perfil de una ventana cuadrada que daba a la calle, cubierta con cortinas; entre estas cortinas se colaba un rayo fino y gastado de luz de gas. Sybil se adentró vacilante en la habitación con las manos estiradas, hasta que sintió el bulto sólido y pulido de un escritorio y distinguió allí el brillo apagado del tubo de una lámpara. Levantó esta y la sacudió. Tenía aceite. Ahora necesitaba un lucifer.

Buscó a tientas en los cajones del escritorio. Por alguna razón ya estaban abiertos. Rebuscó entre ellos. Objetos de escritorio. Inútiles. Y alguien había derramado tinta en uno de los cajones, podía olerla.

Sus dedos rozaron una caja de luciferes que reconoció menos por el tacto que por el seco y conocido traqueteo. La verdad era que sus dedos no parecían funcionar demasiado bien. El primer lucifer produjo un pequeño estallido y se apagó con un siseo, se negó a encenderse y llenó la habitación con un nauseabundo olor a sulfuro. El segundo le mostró la lámpara. Las manos le temblaban mucho cuando levantó el tubo y aplicó la llama a la mecha.

Vio su propio reflejo iluminado por la lámpara. La imagen la miraba con ojos enloquecidos desde el cristal inclinado, luego duplicado en los espejos biselados de las puertas gemelas de un armario. Notó que había ropa esparcida por la cama, por el suelo...

Había un hombre sentado en el brazo de un sillón, agazapado allí como un gran cuervo envuelto en sombras. Portaba un enorme cuchillo en la mano.

El hombre se levantó entonces, pero lo hizo poco a poco, con un crujido de cuero, como una inmensa marioneta de madera que hubiera yacido durante años enterrada bajo el polvo. Iba vestido con un largo e informe abrigo gris. La nariz y la boca estaban cubiertas con un pañuelo oscuro.

—Será mejor que te calles, bonita —le dijo mientras levantaba el enorme puñal, un acero oscuro, como el de un cuchillo de carnicero—. ¿Viene Sam?

A Sybil le costó encontrar la voz.

—¡Por favor, no me mate!

—El viejo cabrón todavía de putas, ¿eh? —La lenta voz texana se deslizaba como la melaza; Sybil apenas si era capaz de entender las palabras—. ¿Eres su amiguita?

—¡No! —protestó Sybil con la voz estrangulada—. No, no lo soy, ¡lo juro! Yo... ¡he venido aquí para robarle, esa es la verdad!

Se produjo un denso silencio.

—Echa un vistazo a tu alrededor.

Sybil así lo hizo, temblorosa. Habían saqueado la habitación.

—Aquí no hay nada que robar —dijo el hombre—. ¿Dónde se encuentra, muchacha?

—Está abajo —respondió Sybil—. ¡Está borracho! ¡Pero yo no lo conozco, lo juro! ¡Me envió aquí mi hombre, eso es todo! ¡Yo no quería hacerlo! ¡Él me obligó!

—Ahora calla —dijo él—. Yo no le haría daño a una mujer blanca, a menos que no me quedara más remedio. Apaga esa lámpara.

—Déjeme ir —le rogó Sybil—. ¡Me marcharé directamente! ¡Yo no quería hacer ningún daño a nadie!

—¿Daño? —La lenta voz rezumaba una macabra certidumbre—. Cualquier daño que pueda haber es para Houston, y no sería más que justicia.

—¡Yo no he robado las tarjetas! ¡No las he tocado!

—¿Tarjetas? —rió el hombre, un sonido seco surgido de la parte posterior de la garganta.

—Las tarjetas no pertenecen a Houston... ¡Las robó!

—Houston ha robado muchas cosas —replicó el hombre, aunque resultaba evidente que se sentía confuso. Estaba pensando en ella y no le gustaba—. ¿Cómo te llaman?

—Sybil Jones. —La joven cogió aliento—. ¡Soy súbdita británica!

—Caray —dijo el hombre y chasqueó la lengua.

El rostro enmascarado resultaba indescifrable. El sudor brillaba en una franja de piel pálida y lisa que le cruzaba la parte superior de la frente. Sybil comprendió que el borde de un sombrero había descansado allí para protegerlo del sol texano. El hombre se adelantó, le quitó la lámpara y bajó la mecha. Sus dedos, cuando rozaron la mano de Sybil, le parecieron secos y duros como la madera.

En medio de la oscuridad, a la joven no le quedaba más que el martilleo de su corazón y la terrible presencia del texano.

—Debe de sentirse solo, aquí en Londres —soltó Sybil de repente, desesperada por evitar otro silencio. —

Quizá Houston se sienta solo. Yo tengo mejor conciencia. —La voz del texano era cortante—. ¿Alguna vez le preguntas si se siente solo?

—Que no lo conozco —insistió ella.

—Estás aquí. Una mujer que acude sola a sus habitaciones...

—Vine a por las quinotarjetas. Tarjetas de papel, con agujeros. ¡Eso es todo, lo juro! —No hubo respuesta—. ¿Sabe lo que es un quinótropo?

—Otra de esas puñeteras máquinas —respondió el texano con cansancio. Otro silencio.

—No me mientas —dijo por fin—. Eres una puta, eso es todo. No eres la primera puta que veo en mi vida. Sybil lo oyó toser detrás del pañuelo y bufar con un sonido húmedo. —Pero no estás mal —le dijo—. En Texas podrías casarte. Empezar otra vez.

—Estoy segura de que sería maravilloso —respondió Sybil.

—Nunca hay bastantes mujeres blancas en el campo. Búscate un hombre decente en vez de un chulo. —Se levantó el pañuelo y escupió en el suelo—. Odio a los chulos —anunció con tono inexpresivo—. Los odio como odio a los indios. O a los mexicanos. Los indios mexicanos... Una vez nos enfrentamos a indios francomexicanos, trescientos o cuatrocientos de ellos. A caballo y armados con rifles de resorte son lo más parecido a diablos que hay sobre la Tierra.

—Pero los texanos son héroes —protestó Sybil mientras intentaba desesperadamente recordar algún nombre del discurso de Houston—. He oído hablar de... de El Álamo.

—Goliad... —La voz se había tornado un susurro seco—. Yo estuve en Goliad.

—También he oído hablar de eso —se apresuró a decir Sybil—. Debió de ser glorioso. El texano carraspeó y volvió a escupir.

—Peleamos contra ellos durante dos días. Sin agua. El coronel Fannin se rindió.

Nos cogieron prisioneros, todo muy bonito, tan educaditos todos. Al día siguiente nos sacaron del pueblo. Nos dispararon a sangre fría. Nos pusieron en fila, sin más. Nos aniquilaron.

Sybil no dijo nada.

—Aniquilaron El Álamo. Quemaron todos los cuerpos. Aniquilaron a la expedición Meir. Los obligaron a coger judías. Una ollita de cerámica, como las de la lotería: sacas una judía negra y te matan. Mira tú, los mexicanos.

—Mexicanos... —repitió ella.

—Los comanches son peores.

Desde algún lugar de la noche les llegó el chirrido de un gran freno de fricción, y luego un martilleo lejano, apagado.

Judías negras. Goliad. La cabeza de Sybil era Babel. Judías y masacres, y aquel hombre cuya piel era como el cuero. Hedía como un bracero, a caballos y sudor. En Neal Street, ella había pagado una vez dos peniques por ver un diorama de un inmenso yermo de América, una pesadilla de piedra retorcida. El texano parecía haber nacido en un lugar así, y Sybil pensó que todos los desiertos del discurso de Houston, todos los lugares con aquellos nombres tan raros e improbables, eran reales,

de verdad, habitados por criaturas como esa. Y Mick había dicho que Houston había robado un país una vez, y ahora aquel hombre lo había seguido como un ángel vengador. Intentó contener un loco deseo de echarse a reír.

Recordó entonces a la anciana, la vendedora de aceite de roca de Whitechapel, y la extraña mirada que le había lanzado a Mick cuando este la había interrogado. ¿Trabajaban otros de común acuerdo con el ángel de Goliad? ¿Cómo era que una figura tan extraña había conseguido entrar en el Grand's esa noche, y hacerlo además en una habitación cerrada? ¿Dónde podría esconderse un hombre así, aunque se tratara de Londres, incluso entre las hordas harapientas de refugiados americanos?

—¿Dices que está borracho? —dijo el texano.

Sybil se sobresaltó de repente.

—¿Qué?

—Houston.

—Ah, sí. En el salón de fumar. Muy borracho.

—Que sea la última, entonces. ¿Solo?

—Él... —Mick—. Está con un hombre alto. No lo conozco.

—¿Con barba? ¿Brazo roto?

—Yo... Sí.

El hombre inspiró entre los dientes. El cuero crujió cuando se encogió de hombros.

Algo tableteó a la izquierda de Sybil. Bajo el leve fulgor que se colaba entre las cortinas vislumbró las facetas resplandecientes del pomo de cristal tallado de la puerta que empezaba a girar. El texano saltó del sillón.

Con la palma de una mano apretándole con fuerza la boca, sujetó el gran puñal ante ella, un objeto horrendo parecido a un cuchillo de carnicero alargado que se iba ahusando hasta terminar en punta. Un trozo de latón le recorría el lomo; con la hoja a milímetros de los ojos, la joven vio muescas y mellas por todo el metal. Y entonces se abrió la puerta y Mick se coló en el interior, la cabeza y los hombros perfilados por la luz del pasillo.

Sybil debió de golpearse la cabeza contra la pared cuando el texano la empujó hacia un lado, pero luego consiguió arrodillarse, el miriñaque arrugado bajo ella, y vio que el hombre levantaba a Mick y lo aplastaba contra la pared con una única mano enorme alrededor de la garganta. Los tacones de Mick tocaron una frenética retreta contra el revestimiento hasta que lo ensartó la larga hoja. El asesino retorció el puñal y volvió a golpear, y la habitación se vio inundada por el caliginoso hedor del callejón de los carniceros.

Y todo cuanto sucedió después en esa habitación se le antojó a Sybil un sueño, o una obra que contemplara, o un quinoespectáculo producido con bloques balsa tan

numerosos, tan diminutos y tan bien trabajados que desdibujaban la realidad. Pues el texano, tras bajar a Mick al suelo sin ruido, cerró la puerta y volvió a echar la llave con movimientos pausados y metódicos.

La joven se balanceó, todavía arrodillada en el suelo, y luego se dejó caer contra la pared, detrás del escritorio. A Mick lo arrastraron hasta la oscuridad más profunda que había en el costado del armario. El texano se arrodilló sobre él, y entonces Sybil escuchó el frufrú de la ropa, el golpe seco del tarjetero al ser arrojado a un lado, un tintineo de dinero en metálico y el sonido de una única moneda al caer, rodar y girar sobre el suelo de madera.

Y luego llegó de la puerta un arañazo, el ruido metálico de metal sobre metal, la barahúnda de un borracho al buscar una cerradura. Houston abrió la puerta de par en par y se lanzó hacia delante, apoyado en su pesado bastón. Profirió un eructo atronador y se frotó la antigua herida.

—Hijos de puta... —dijo con voz ronca por la bebida; caminaba muy escorado, y a cada paso el bastón caía con un crujido marcado—. ¿Radley? Sal de ahí, cachorrito. —Se había acercado al escritorio y Sybil se apresuró a apartar los dedos sin hacer ruido. Tenía miedo del peso de sus botas.

El texano cerró la puerta. —¡Radley! —Buenas noches, Sam. La habitación sobre el Hart parecía tan lejana como los primeros recuerdos de

la infancia, allí, en medio del olor de la carnicería, en aquella oscuridad en la que se movían los gigantes. Houston se abalanzó de repente para acuchillar las cortinas con el bastón. Las rasgó y la luz de gas atrapó los dibujos que la escarcha creaba en cada uno de los cristales separados por parteluces, e iluminó también el pañuelo del texano y los ceñudos ojos sobre él, ojos lejanos y despiadados como las estrellas del invierno. Houston se tambaleó al verlo. La manta rayada se le cayó de los hombros y las medallas relucieron y retemblaron.

—Me han enviado los Rangers, Sam. —La pequeña pistola avispero de Mick parecía un juguete en la mano del texano. Los cañones arracimados se guiñaron cuando apuntó.

—¿Quién eres, hijo? —preguntó Houston. Todo rastro de la borrachera había desaparecido de repente de su voz profunda—. ¿Eres Wallace? Quítate ese pañuelo. Mírame de hombre a hombre...

—No me va a dar más órdenes, general. No debería haberse llevado lo que se llevó. Nos robó, Sam. ¿Dónde está? ¿Dónde está ese dinero del tesoro?

—Ranger —respondió Houston con una voz que semejaba un suntuoso jarabe de paciencia y sinceridad—, lo han engañado. Sé quién lo ha enviado y sé cuáles son las mentiras y calumnias que sobre mí circulan. Pero le juro que no robé nada. Esos fondos son míos por derecho, la caja sagrada del Gobierno en el exilio de Texas.

—Vendió Texas a cambio del oro británico —dijo el ranger—. Necesitamos ese

dinero para armas y comida. Nos estamos muriendo de hambre y nos están aniquilando. —Se detuvo un momento—. Y usted quiere ayudarles a hacerlo.

—La República de Texas no puede desafiar a las grandes potencias del mundo, ranger. Sé que las cosas van mal en Texas y me duele el corazón por mi país, pero no podrá haber paz hasta que yo retome el mando.

—Ya no le queda dinero, ¿verdad? —dijo el ranger—. He mirado y no está ahí. Ha vendido su elegante hacienda en el campo... Lo ha derrochado todo, Sam, en putas, bebida y espectáculos elegantes para extranjeros. Y ahora quiere volver con un ejército mexicano. Es usted un ladrón, un borracho y un traidor.

—¡Maldito seas! —rugió Houston mientras se abría el abrigo con las dos manos —. Eres un asesino cobarde, un hijo de puta malhablado. Si crees que tienes lo que hay que tener para matar al padre de tu país, entonces dispárale al corazón. —Se golpeó el pecho con el dedo.

—Por Texas.

El avispero escupió una llamarada de fuego naranja ribeteado de azul que arrojó a Houston hacia atrás, contra la pared. El general se desplomó al tiempo que el vengador saltaba hacia él y se agachaba para apoyar las bocas de la pistolita sobre el chillón chaleco de leopardo. Se produjo un estallido en el pecho de Houston, luego otro, y después un fuerte chasquido cuando el delicado gatillo se rompió en el puño del ranger.

Este arrojó a un lado el arma de Mick. Houston quedó tendido con las piernas abiertas, inmóvil. Las chispas rojas se arrastraban sobre el pelo del chaleco de leopardo.

Desde otra habitación llegaron adormilados gritos de alarma. El texano cogió el bastón de Houston y empezó a aporrear la ventana con él. El cristal se hizo añicos que se precipitaron hacia la acera. Los parteluces cedieron y el hombre salió entre los restos y superó el alféizar. Se quedó allí, inmóvil, durante un instante. El viento helado le sacudía el abrigo largo y a Sybil, sumida en un trance, le recordó a la primera visión que había tenido de él: un inmenso cuervo oscuro, ahora a punto de levantar el vuelo.

El asesino saltó y se perdió de vista, el destructor de Houston, el ángel de Goliad, y desapareció, dejándola inmersa en el silencio y en un terror creciente, como si al desvanecerse hubiera roto un conjuro. Empezó a arrastrarse sin rumbo fijo y con el cruel obstáculo de su miriñaque, y sin embargo le parecía que sus miembros se movían por voluntad propia. El pesado bastón yacía en el suelo, pero la cabeza, una corneja dorada de latón, se había separado del fuste.

Houston gimió.

—Por favor, cállese —le dijo ella—. Está muerto.

—¿Quién es usted? —dijo el general, tras lo que lanzó una tos.

El suelo estaba cubierto de fragmentos de vidrio que notaba afilados bajo las palmas. No. No era así. Eran más bien como guijarros. Vio que el bastón estaba hueco y que había derramado su apretado relleno de algodón, en el que descansaban más guijarros. Brillaban. Eran diamantes. Los reunió con las dos manos y arrugó el paquete de algodón para metérselo en el corpiño, entre los pechos.

Se volvió entonces hacia Houston, que todavía yacía de espaldas, y contempló fascinada la mancha de sangre que se le extendía por las costillas.

—Ayúdeme —gruñó el general—. No puedo respirar...

Sybil tiró de los botones del chaleco, que se abrió para mostrar los pulcros bolsillos interiores de seda negra, atestados de densos paquetes de papel: gruesos tacos de tarjetas perforadas en envoltorios marrones, sus intrincadas perforaciones probablemente echadas a perder por el impacto caliente de las balas. Y también había sangre, ya que al menos una de las postas le había acertado de pleno.

Sybil se levantó y caminó mareada hacia la puerta. Su pie pisó algo húmedo en las sombras rojizas que había junto al armario, y al bajar la vista vio un tarjetero de tafilete rojo, abierto y con un par de billetes cogidos con un pesado sujetapapeles niquelado. Se inclinó y lo recogió.

—Levánteme —exigió Houston con una voz más fuerte, teñida de urgencia e irritación—. ¿Dónde está mi bastón? ¿Dónde está Radley?

La habitación parecía mecerse bajo Sybil como un barco en el mar, pero la cruzó para llegarse hasta la puerta. Abrió, salió, cerró tras de sí y continuó su camino, como cualquier muchacha de buena cuna, por los perfectamente respetables pasillos del Grand’s Hotel, iluminados con gas.

La terminal en el Puente de Londres de la Compañía de Ferrocarril del Sureste era una sala inmensa y llena de corrientes, construida en hierro y un cristal cubierto de hollín. Los cuáqueros se movían entre las filas de bancos, ofreciendo panfletos a los viajeros sentados. Los soldados irlandeses de casaca roja, con los ojos inyectados en sangre por la ginebra ingerida durante la noche, lanzaban miradas furibundas a los misioneros bien afeitados que pasaban junto a ellos. Todos los pasajeros franceses parecían volver a casa con piñas, el dulce y exótico botín de los muelles de Londres. Hasta la rolliza y pequeña actriz que se sentaba enfrente de Sybil tenía su piña, cuyas puntiagudas hojas verdes sobresalían de la cesta cubierta que llevaba a los pies.

El tren atravesó volando Bermondsey y salió a unas callecitas de ladrillo nuevo y azulejo rojo. Basureros, huertos, terrenos baldíos. Un túnel. La oscuridad que la rodeaba hedía a pólvora quemada. Sybil cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo vio unos cuervos que aleteaban sobre un yermo, así

como los cables del telégrafo eléctrico, hilos desdibujados que ascendían y descendían entre poste y poste, bailando al son del viento que acompañaba su viaje a Francia.

Esta imagen, daguerrotipada de forma subrepticia por un miembro de la Sección de moral pública de la Sûreté Générale el 30 de enero de 1855, presenta a una joven sentada en una mesa de la terraza del Café Madeleine, número cuatro del boulevard Malesherbes. La mujer, que está sentada sola, tiene ante ella una tetera de porcelana y una taza. La justificación de la imagen revela ciertos detalles del traje: cintas, encajes, el chal de cachemira, los guantes, los pendientes, el sofisticado sombrero. La ropa de la mujer es de origen francés y nueva, de muy buena calidad. Su rostro, algo borroso por la larga exposición de la cámara, parece meditabundo, perdido en sus pensamientos.

La justificación de los detalles del fondo revela el número tres del boulevard Malesherbes, las oficinas de la Compagnie Sud Atlantique Transport Maritimes. El escaparate de la oficina contiene una gran maqueta de un barco de vapor con tres chimeneas, un navío de diseño francés para el comercio colonial trasatlántico. Un anciano cuyo rostro no se alcanza a ver, evidentemente un sujeto accidental, parece perdido en la contemplación del barco. Su figura solitaria surge por tanto entre los rápidos borrones de la multitud parisina. Lleva la cabeza desnuda y los hombros hundidos. Se apoya con fuerza en un bastón, al parecer de caña barata de Indias. Ignora la proximidad de la joven, de la misma forma que ella ignora la de él.

Ella es Sybil Gerard.

Él es Samuel Houston.

Sus caminos se dividen para siempre.

Segunda iteración

Día del derby

Lo han captado a mitad de zancada, cuando intenta introducirse oblicuamente en las profundidades de la multitud festiva. El ángulo de apertura ha capturado una fracción de su rostro: pómulo alto, barba oscura y espesa bien recortada, oreja derecha, un mechón de cabello rebelde visible entre el cuello de la chaqueta de pana y la gorra a rayas. Las vueltas de sus pantalones oscuros, bien abotonados, con polainas de cuero sobre botas de marcha claveteadas, están salpicadas hasta las pantorrillas por el barro de creta de Surrey. La charretera izquierda de su gastado impermeable se abotona con solidez sobre la correa de un estuche de prismáticos de factura militar; las solapas aletean abiertas bajo el calor y muestran unos cazonetes de latón, macizos y relucientes. Lleva las manos metidas en los bolsillos del largo abrigo.

Se llama Edward Mallory.

Recorría un destello barnizado de carruajes, caballos con anteojeras que pacían ruidosos en la hierba, entre los olores de su infancia de los arneses, el sudor y el estiércol pastoso. Sus manos hacían inventario del contenido de sus varios bolsillos. Llaves, cigarrera, billetero, tarjetero. El grueso mango de cuerno de su navaja multiusos Sheffield. Cuaderno de campo, el objeto más valioso de todos. Un pañuelo, un cabo de lápiz, unos cuantos chelines sueltos. Hombre práctico, el doctor Mallory sabía que todas las multitudes deportivas acogían a sus ladrones, y que la ropa de ninguno de ellos indicaba su papel en la vida. Allí, cualquiera podía ser un ratero. Era un hecho; un riesgo.

Una mujer se metió sin darse cuenta en el camino de Mallory y los clavos de las botas de este rasgaron el volante de la falda. La mujer se giró, hizo una mueca y tiró para liberarse con un chirrido de miriñaque, al tiempo que Mallory se llevaba la mano a la gorra y seguía andando con paso firme. La mujer de algún granjero, una criatura torpe de grandes mejillas rojas, civilizada e inglesa como una vaca lechera. Los ojos de Mallory todavía estaban acostumbrados a una raza más salvaje: las pequeñas y bronceadas mujeres lobo de los cheyenes, con sus grasientas trenzas negras y los pantalones apretados de cuero con cuentas. Los aros de las numerosas faldas que lo rodeaban parecían una aberrante proeza de la evolución. Las hijas de Albión llevaban ahora un buen andamiaje, todo acero y hueso de ballena.

Un bisonte, eso era. El bisonte americano, esa misma silueta de faldas redondas cuando el gran rifle los derriba... Tenían una forma muy particular de desplomarse

sobre la hierba alta de la pradera: de repente, a una montaña de carne peluda le fallaban las patas. Los grandes rebaños de Wyoming se quedaban muy quietos a la espera de la muerte, se limitaban a sacudir un poco las orejas, confusos por el lejano estallido del rifle.

Y ahora Mallory se colaba entre aquel otro rebaño, asombrado de que una simple moda pudiera llevar tan lejos su misterioso ímpetu. Los hombres, entre sus damas, parecían de una especie diferente. Su estilo en absoluto resultaba tan exagerado, salvo quizá por las brillantes chisteras, aunque su ojo interior se negaba a encontrar exótico sombrero alguno. Sabía demasiado de sombreros, sabía demasiado de los secretos totalmente mundanos de su fabricación. Se daba cuenta con una sola mirada de que la mayor parte de los sombreros que lo rodeaban eran muy baratos, cosidos por máquinas y cortados previamente en una fábrica, aunque parecían casi tan buenos como la obra de cualquier artesano sombrerero y costaban la mitad, o aun menos. Mallory había ayudado a su padre en la pequeña camisería de Lewes: perforaba, hilvanaba, moldeaba, cosía. A su padre, que sumergía el fieltro en el baño de mercurio, no parecía importarle el mal olor.

A Mallory no le afectaba mucho lo que terminaría siendo la muerte del oficio de su padre. Se le fue de la cabeza en cuanto vio que se vendían bebidas en una tienda de lona a rayas. Los hombres se agolpaban ante el mostrador y se limpiaban la espuma de la boca. Al verlo lo atacó la sed. Esquivó a un trío de deportistas de buena cuna, que con fustas bajo el brazo discutían las probabilidades del día, se llegó al mostrador y dio unos golpecitos sobre él con un chelín.

—¿Qué va a ser, señor? —preguntó el camarero.

—Un ponche de coñac.

—¿De Sussex, señor?

—Así es. ¿Por qué?

—No puedo hacerle un auténtico ponche de coñac, señor, no tengo hordiate —explicó el hombre con una expresión viva y triste—. No hay mucha demanda fuera de Sussex.

—Han pasado casi dos años desde la última vez que probé el ponche de coñac —dijo Mallory.

—Le mezclo un estupendo bumbo, señor. Es muy parecido al ponche de coñac, ¿no? Pues un buen puro, entonces. ¡Solo dos peniques! ¡Una gran planta de Virginia!

El camarero le presentó un cigarro torcido que había sacado de una caja de madera.

Mallory negó con la cabeza.

—Cuando me apetece algo soy un hombre muy obstinado. Un ponche de coñac o nada.

El camarero sonrió.

—¿No hay forma de convencerlo? ¡Un hombre de Sussex, sin duda! Yo también soy del condado. Tome este magnífico puro gratis, señor, con mis saludos.

—Muy amable por su parte —respondió un sorprendido Mallory. Salió con paso tranquilo mientras sacaba un lucifer de su pitillera. Tras encender la cerilla con la bota, aspiró el humo del cigarro para que cobrara vida y metió con garbo los pulgares en las axilas del chaleco.

El puro sabía a pólvora mojada. Se lo arrancó de la boca. Una vitola de papel barato envolvía la horrible hoja de color negro verdoso, una pequeña bandera con barras y estrellas y el lema «Marca de la victoria». Basura de guerra yanqui. Tiró el cigarro de tal suerte que rebotó echando chispas sobre el costado de una carreta de gitanos, donde un niño moreno vestido con harapos se apresuró a recogerlo.

A la izquierda de Mallory, un faetón de vapor recién fabricado se metía resoplando entre la multitud, el conductor erguido en su puesto. Cuando el hombre tiró de la palanca del freno, una campana de bronce resonó en la proa granate del faetón y la gente se dispersó de mala gana ante el avance del vehículo. Sobre la multitud, los pasajeros se distraían en sillones de terciopelo, con la capota antichispas plegada para dejar pasar el sol. Un viejo y sonriente pez gordo con guantes de cabritilla sorbía champán con un par de jovencitas, ya fueran sus hijas o sus queridas. En la puerta del faetón relucía un escudo de armas: rueda dentada azur y martillos cruzados argentinos. Algún emblema radical desconocido para Mallory, que conocía las armas de todos los lores intelectuales, aunque no estaba tan al tanto de los capitalistas.

La máquina se dirigía al este, hacia los garajes del derby. Él se colocó detrás y dejó que le abriera camino. Mantenía el ritmo con facilidad y sonreía cuando los carreteros luchaban con los caballos asustados. Se sacó el cuaderno del bolsillo, trastabilló en las huellas dejadas por las gruesas ruedas de la carroza y hojeó las páginas llenas de color de su guía del coleccionista. Era la edición del año anterior y no encontró el escudo de armas. Era una pena, pero aquello no significaba demasiado cuando cada semana se nombraban nuevos nobles. Como clase, a sus señorías les encantaban los carros de vapor.

La máquina puso rumbo hacia los penachos de vapor grisáceo que se elevaban detrás de las columnas de las tribunas de Epsom, y ascendió encorvada y despaciosa por la cuneta de un camino de acceso pavimentado. Mallory ya veía los garajes, una estructura larga y laberíntica de estilo moderno, con vigas de hierro descarnado y tejado de láminas de chapa sujetas con tornillos. Las duras líneas quedaban interrumpidas de vez en cuando por brillantes gallardetes y ventiladores con cubiertas de latón.

Mallory siguió los resoplidos de la nave hasta que estacionó en una caseta. El conductor liberó las válvulas y se produjo un gran chorro de vapor. Los monos de la

caballeriza se pusieron a trabajar con equipo lubricante, al tiempo que los pasajeros desplegaban una escalerilla. El lord y sus dos mujeres pasaron al lado de Mallory de camino a la tribuna. Aquella flor británica hecha a sí misma creía que la estaban mirando e hizo caso omiso del extraño sin molestarse demasiado. El conductor cargaba con una inmensa cesta tras ellos. Mallory se llevó la mano a la gorra de rayas, idéntica a la del conductor, y le guiñó un ojo, pero el hombre no respondió. Aquella sección, reservada para los vapores de carreras, estaba patrullada por un escuadrón de policías de uniforme. Uno de ellos llevaba una Cutts-Maudslay de resorte, un modelo que a Mallory le resultaba conocido porque a la expedición de Wyoming le habían proporcionado seis. Aunque los cheyenes habían contemplado la achaparrada carabina mecánica hecha en Birmingham con un asombro que a él le había resultado bastante útil, Mallory sabía que era temperamental hasta el punto de no ser fiable. Y también resultaba imprecisa hasta el punto de la inutilidad, a menos que uno estuviera disparando los treinta cartuchos contra una jauría de perseguidores, cosa que el propio Mallory había tenido que hacer desde la posición de fuego de popa, en la fortaleza de vapor de la expedición.

Mallory dudaba que aquel joven policía de rostro lozano tuviera idea alguna de lo que podía hacer una Cutts-Maudslay si se disparaba contra una multitud inglesa. Le costó un poco quitarse de encima aquel siniestro pensamiento.

Detrás de la barricada, cada una de las casetas estaba cuidadosamente protegida de espías y corredores de apuestas por altos deflectores de lona alquitranada, bien sujetos por cables entrelazados que atravesaban las astas de las banderas. Mallory se abrió camino entre una impaciente multitud de mirones y aficionados a los vapores. Dos policías lo detuvieron con brusquedad en la puerta. Les mostró la tarjeta con su número de ciudadano y la invitación impresa de la Hermandad de mecánicos del vapor. Tras tomar cuidadosa nota de su número, los policías lo comprobaron en un grueso cuaderno repleto de papel continuo. Al final le señalaron la ubicación de sus anfitriones y le advirtieron que no se despistara.

Para mayor precaución, la Hermandad había colocado su propio centinela. El hombre se había sentado en cuclillas en un taburete plegable fuera de la lona, guiñaba los ojos con gesto vil y agarraba una larga llave inglesa de hierro. Mallory le brindó su invitación. El guarda metió la cabeza por una estrecha solapa de la lona y gritó:

—Tu hermano está aquí, Tom —y acompañó a Mallory al interior.

La luz del día se desvaneció entre el hedor a grasa, las virutas de metal y el polvo de carbón. Cuatro mecánicos del vapor, con gorras de rayas y mandiles de cuero, comprobaban un cianotipo bajo la luz áspera y deslumbrante de una lámpara de carburo; más allá, las curvas de hojalata esmaltada de una forma extraña despedían reflejos.

Mallory confundió el vehículo con un barco en el primer instante de sorpresa: el

casco de color escarlata estaba absurdamente suspendido entre un par de grandes ruedas. Ruedas motrices vio al acercarse más; los pistones pulidos de latón se introducían en aberturas de bordes suaves practicadas en aquella concha o casco de aspecto insustancial. No era un barco. Se parecía a una lágrima, más bien, o a un gran renacuajo. Una tercera rueda, bastante pequeña y un tanto cómica, iba montada sobre un eslabón giratorio al final de la larga cola ahusada.

Distinguió el nombre pintado en color negro y dorado en la proa bulbosa, bajo un trozo curvo de cristal emplomado con exquisitez: Céfiro.

—¡Ven, Ned, únete a nosotros! —canturreó su hermano haciéndole señas—. ¡No seas tímido! —Los otros se rieron entre dientes del descaro de Tom, mientras Mallory se adelantaba arañando el suelo con sus botas claveteadas. Su hermanito Tom, de diecinueve años, se había dejado crecer el primer bigote y daba la sensación de que un gato podría quitárselo a lametones. Mallory le ofreció la mano a su amigo, el maestro de Tom.

—¡Señor Michael Godwin, señor! —dijo.

—¡Doctor Mallory, señor! —respondió Godwin, un ingeniero rubio de cuarenta años con unos bigotes como chuletas de cordero y mejillas picadas por la viruela. Pequeño y fornido, con unos ojos astutos y reservados, Godwin comenzó una inclinación reverente, pero se lo pensó mejor, dio unas palmadas suaves a Mallory en la espalda y le presentó a sus compañeros. Eran Elijah Douglas, oficial, y Henry Chesterton, maestro de segundo grado.

—Un privilegio, señores —declaró Mallory—. Esperaba grandes cosas de

ustedes, pero esto es una revelación. —¿Qué piensa de ella, doctor Mallory? —¡Yo diría que está muy lejos de nuestra fortaleza de vapor! —No se construyó para su Wyoming —respondió Godwin—, y eso explica

una cierta carencia de armas y blindaje. La forma surge de la función, como tantas veces nos dijo usted. —Es pequeña para un faetón de carreras, ¿no? —aventuró Mallory algo perdido—. Una forma peculiar.

—Construida según unos principios, señor, y unos principios recién descubiertos, la verdad. Y tras su invención hay una buena historia que tiene que ver con un colega suyo. Seguro que recuerda al difunto profesor Rudwick.

—Ah, sí, Rudwick... —murmuró Mallory, luego dudó—. No se puede decir que sea hombre de principios nuevos, el tal Rudwick... Douglas y Chesterton lo miraban sin disimular su curiosidad.

—Los dos éramos paleontólogos —dijo Mallory, que de repente se sentía incómodo—, pero el tipo se creía perteneciente a una especie de nobleza. Se daba aires y sostenía teorías anticuadas. Bastante confuso en su modo de pensar, en mi opinión.

Los dos mecánicos no parecían muy convencidos.

—No soy de los que hablan mal de los muertos —les aseguró Mallory—. Rudwick tenía sus amigos y yo tengo los míos, fin de la historia.

—¿Recuerda —insistió Godwin— el gran reptil volador del profesor Rudwick?

—Quetzalcoatlus —respondió Mallory—. Desde luego fue todo un éxito, no se puede negar.

—Han estudiado sus restos en Cambridge —dijo Godwin—, en el Instituto de análisis mecánico.

—Yo también tengo intención de hacer allí algunos trabajos, sobre el brontosauro —respondió Mallory, no muy contento con la dirección que parecía estar tomando la conversación.

—Verá —dijo Godwin—, los matemáticos más inteligentes de Gran Bretaña estaban allí metiditos, haciendo girar sus grandes piezas de latón mientras usted y yo nos congelábamos en el barro de Wyoming. Hacían agujeros a sus tarjetas para descubrir cómo podía volar una criatura de semejante tamaño.

—Conozco el proyecto —dijo Mallory—. Rudwick publicó algo sobre el tema. Pero la Pneumodinámica no es mi campo. Con franqueza, no estoy seguro de que haya mucho que decir, científicamente hablando. Parece un poco... bueno, etéreo, si saben a lo que me refiero. —Sonrió.

—Grandes aplicaciones prácticas, es posible —dijo Godwin—. El propio lord Babbage echó una mano en el análisis.

Mallory lo pensó.

—¡Admito que es probable que haya algo en la Pneumática si ha llamado la atención del gran Babbage! ¿Para mejorar el arte del vuelo en globo, quizá? Los vuelos en globo entran en el campo militar. Hay abundantes fondos para las ciencias bélicas.

—No, señor; yo me refiero al diseño práctico de la maquinaria.

—¿Quiere decir una máquina voladora? —Mallory se detuvo un momento, atónito—. No estará intentando decirme que este vehículo suyo puede volar, ¿verdad?

Los mecánicos lanzaron una cortés carcajada.

—No —dijo Godwin—. Y no puedo decir que todo ese etéreo giro de las máquinas haya dado muchos resultados, no de forma directa. Pero ahora entendemos ciertos asuntos que tienen que ver con el comportamiento del aire en movimiento, los principios de la resistencia atmosférica. Principios nuevos, poco conocidos hasta ahora.

—Pero los mecánicos —añadió el señor Chesterton con orgullo— les hemos dado un uso práctico, señor, en la estructura de nuestro Céfiro.

—Aerodinamismo, lo llamamos —dijo Tom.

—Así que han «aerodinamizado» este faetón suyo, ¿eh? Por eso se parece tanto a..., er...

—A un pez —ofreció Tom.

—¡Exacto! —dijo Godwin—. ¡A un pez! Tiene que ver con la acción de los fluidos, ya sabe. Agua. Aire. ¡Caos y turbulencia! Todo está en los cálculos.

—Extraordinario —dijo Mallory—. Así que asumo que esos principios de la turbulencia...

Un repentino estruendo devastador surgió de una caseta vecina. Las paredes se estremecieron y cayó del techo un fino tamizado de hollín.

—Serán los italianos —gritó Godwin—. ¡Este año se han traído un monstruo!

—¡Echa una peste de mil diablos! —se quejó Tom. Godwin ladeó la cabeza. —¿Oye esas bielas de prueba que chasquean en la carrera descendente? Mala tolerancia. ¡Trabajo de extranjeros, muy descuidado! —Se quitó la gorra y le limpió el hollín en una rodilla. A Mallory le zumbaba la cabeza.

—¡Permítame invitarlo a una copa! —gritó. Godwin se llevó la mano a la oreja, sin comprender. Mallory imitó los gestos, se llevó un puño a la boca con el pulgar doblado.

Godwin sonrió e intercambió a voces unas rápidas frases con Chesterton sobre los cianotipos. Luego Godwin y Mallory se escabulleron y salieron a la luz del sol.

—Bielas de prueba defectuosas —dijo el guarda de fuera con una sonrisa satisfecha. Godwin asintió y entregó al hombre el mandil de cuero. Cogió una americana negra y lisa y se cambió la gorra de ingeniero por un sombrero de ala ancha de paja.

Luego abandonaron el recinto de carreras.

—Solo puedo dejarlos unos minutos —se disculpó Godwin—. «El ojo del amo funde el metal», como se suele decir. —Se sujetó a las orejas un par de anteojos ahumados—. Algunos de esos coleccionistas me conocen y podrían intentar seguirnos. Pero eso da igual. Es un placer volver a verlo, Ned. Bienvenido a Inglaterra.

—No lo entretendré mucho —dijo Mallory—. Quería hablar con usted en privado. Sobre el chico, y demás.

—Oh, Tom es un gran muchacho —respondió Godwin—. Está aprendiendo.

Tiene buenas intenciones.

—Espero que prospere.

—Hacemos cuanto podemos —dijo Godwin—. Lamenté mucho lo de su padre cuando me enteré por Tom. Que se pusiera tan enfermo, y todo eso.

—«El viejo Mallory no se va hasta que haya entregado su última novia» —citó Mallory con su acento de Sussex más marcado—. Es lo que nos dice siempre mi padre. Quiere ver casadas a todas sus chicas. Siempre dispuesto, el pobre viejo.

—Debe de consolarlo mucho tener un hijo como usted —dijo Godwin—. Bueno, ¿qué tal le sienta Londres? ¿Tomó el tren del fin de semana?

—No he estado en Londres. He estado en Lewes, con la familia. Por la mañana tomé el tren de allí a Leatherhead y luego me vine a pie.

—¿Vino andando hasta el derby desde Leatherhead? ¡Eso son diez millas, o más!

Mallory sonrió.

—Usted me ha visto recorrer veinte a campo traviesa en los páramos de

Wyoming, a la caza de fósiles. Me apetecía ver otra vez el campo inglés. Acabo de volver de Toronto con todos los cajones de huesos enyesados, mientras que usted ya lleva meses aquí, hartándose de esto. —Señaló la campiña con un gesto del brazo.

Godwin asintió.

—¿Y qué le parece el sitio, ahora que ha vuelto a casa?

—Anticlinal de la cuenca londinense —respondió Mallory—. Lechos de creta del Terciario y el Eoceno, un poco de arcilla de sílex moderna.

Godwin se echó a reír.

—Todos somos arcilla de sílex moderna. Vayamos ahí; esos muchachos venden una cerveza decente.

Bajaron una suave cuesta hasta un carro atestado de gente y cargado de barriles de cerveza. Los propietarios no tenían ponche de coñac. Mallory adquirió un par de pintas.

—Fue muy amable al aceptar nuestra invitación —dijo Godwin—. Sé que es usted un hombre muy ocupado, señor, con todas esas famosas controversias geológicas y demás asuntos.

—No más ocupado que usted —dijo Mallory—. Trabajo de ingeniería pura. Práctico y útil, sin más. Se lo envidio, de veras.

—No, no —dijo Godwin—. Ese hermano suyo le pone por las nubes. ¡Como hacemos todos! Es usted un hombre que promete mucho, Ned. Su estrella está en alza.

—Tuvimos una suerte excelente en Wyoming, desde luego —admitió Mallory—. Hicimos un gran descubrimiento. Pero sin usted y su fortaleza de vapor, esos pieles rojas nos habrían despachado en un momento.

—No estaban tan mal, una vez que se tranquilizaban y probaban el güisqui.

—Ese salvaje suyo respeta el acero inglés —dijo Mallory—. Las teorías sobre huesos viejos no le impresionan demasiado.

—Bueno —respondió Godwin—. Yo soy un buen hombre de partido y estoy con lord Babbage. «La teoría y la práctica deben ser como el hueso y el músculo».

—Un sentimiento tan digno se merece otra pinta —anunció Mallory. Godwin quiso pagar—. Por favor, permítame. Todavía me estoy gastando el incentivo de la expedición.

Godwin, con la pinta en la mano, apartó un poco a Mallory para que no los oyeran los otros bebedores. Observó a su alrededor con cuidado, se quitó los anteojos

y luego miró a Mallory a los ojos.

—¿Confía en su buena fortuna, Ned?

Mallory se acarició la barba.

—Siga hablando.

—Los ojeadores están dando probabilidades de diez a una contra nuestro Céfiro.

Mallory se echó a reír.

—¡No soy jugador, señor Godwin! Deme hechos sólidos y pruebas, y con eso yo adoptaré una postura. Pero no soy ningún idiota ostentoso que espera riquezas que no se ha ganado.

—Corrió el riesgo en Wyoming. Arriesgó su propia vida.

—Pero eso dependía de mis habilidades, y de las de mis colegas.

—¡Exacto! —respondió Godwin—. ¡Esa es mi postura, al pie de la letra! Escuche un momento. Déjeme hablarle sobre nuestra Hermandad de mecánicos del vapor.

Godwin bajó la voz.

—El director de nuestro sindicato, lord Scowcroft, era un simple Jim Scowcroft en los malos tiempos, uno de esos agitadores populares, pero hizo las paces con los radicales. Ahora es rico, ha estado en el Parlamento y toda la pesca; un hombre muy listo. Cuando fui a ver a lord Scowcroft con mis planos del Céfiro me habló como acaba de hacerlo usted: hechos y pruebas. «Maestro de primer grado Godwin», me dice, «no puedo darle fondos de las cuotas que tanto les cuesta ganar a nuestros hermanos a menos que pueda demostrarme, negro sobre blanco, de qué modo nos va a beneficiar».

»Así que le dije: «señoría, la construcción de faetones de vapor es una de las mejores industrias de lujo del país. Cuando vayamos a Epsom Downs y esta máquina nuestra haga morder el polvo a los competidores, la alta burguesía hará cola para comprar la famosa obra de los mecánicos del vapor». Y así es como será, Ned.

—Si gana la carrera —dijo Mallory. Godwin asintió con expresión sombría.

—No hago promesas inquebrantables. Soy ingeniero: sé muy bien cómo se puede doblar, romper, oxidar y reventar el hierro. Y seguro que usted también lo sabe, Ned, porque me vio hacer tantas reparaciones en esa maldita fortaleza de vapor que pensé que iba a volverme loco. Pero conozco los hechos y los números. Sé de diferenciales de presión, funciones del motor, pares de torsión del cigüeñal y diámetros de las ruedas. Excluyendo un desastre, nuestro pequeño Céfiro pasará por encima a sus rivales, como si estuvieran quietos. —Suena espléndido. Me alegro por usted. —Mallory dio un sorbo a su cerveza—. Ahora dígame qué pasaría si se produce un desastre. Godwin sonrió. —Entonces pierdo y me quedo sin un penique. Lord Scowcroft fue generoso, a su parecer, pero siempre hay costes extra en un proyecto así. Lo he puesto todo en mi máquina: el incentivo de la expedición que me dio la Real Sociedad, incluso una pequeña herencia procedente de una tía soltera, Dios la

tenga en su gloria.

Mallory se quedó espantado.

—¿Todo? Godwin lanzó una risita seca.

—Bueno, no pueden quitarme lo que sé, ¿no es así? Todavía tendré mi saber.

Quizás aceptase otra expedición de la Real Sociedad. Pagan bastante bien. Pero estoy arriesgando todo lo que tengo en Inglaterra. Es la fama o el hambre, Ned, sin puntos intermedios.

Mallory se atusó la barba. —Me sorprende usted, señor Godwin. Siempre me pareció un hombre práctico.

—Doctor Mallory, mi público de hoy es la flor y nata de la Gran Bretaña. El primer ministro estará hoy aquí. El príncipe consorte también asiste. Está aquí lady Ada Byron, y para apostar con prodigalidad, de ser verdad lo que dicen los rumores. ¿Cuándo tendré una oportunidad parecida?

—Comprendo su lógica —respondió Mallory—, aunque no puedo decir que la apruebe. Pero claro, su posición en la vida le permite correr ese riesgo. No es usted un hombre casado, ¿verdad?

Godwin tomó un sorbo de su cerveza.

—Y usted tampoco, Ned.

—No, pero tengo ocho hermanos y hermanas más jóvenes, a mi anciano padre con una enfermedad mortal y a mi madre consumida por el reumatismo. No puedo jugarme el sustento de mi familia.

—Las probabilidades son de diez a uno, Ned. ¡Probabilidades de estúpidos! Deberían estar cinco a tres a favor del Céfiro.

Mallory guardó silencio. Godwin suspiró.

—Es una pena. De verdad que quería que un buen amigo ganara ese envite. Una gran ganancia, ¡una ganancia majestuosa! Yo no puedo, ya ve usted. Quería, pero me he gastado hasta la última libra en el Céfiro.

—Quizá una apuesta modesta... —aventuró Mallory—. Por los amigos.

—Apueste diez libras por mí —solicitó Godwin de repente—. Diez libras, un préstamo. Si pierde, se lo devuelvo de algún modo en los días venideros. Si gana, nos dividimos cien libras esta noche, mitad y mitad. ¿Qué me dice? ¿Lo hará por mí?

—¡Diez libras! Es una suma considerable...

—Tiene mi palabra.

—En eso confío. —Mallory no veía ya forma de negarse. Aquel hombre había dado a Tom un lugar en la vida y él se sentía en deuda—. Muy bien, señor Godwin. Para complacerlo.

—No se arrepentirá —le aseguró Godwin. Se sacudió con tristeza las mangas deshilachadas de la levita—. Cincuenta libras... No me vienen mal. Un inventor triunfante y en alza no tendría por qué vestir como un clérigo.

—No pensé que desperdiciaría un buen dinero en cosas vanas.

—No es cosa vana vestirse como corresponde a la propia posición. —Godwin lo miró de arriba abajo con una expresión perspicaz—. Ese es el viejo abrigo de marchas de Wyoming, ¿no?

—Una prenda práctica —dijo Mallory.

—No para Londres. No para dar conferencias sofisticadas a las elegantes damas de Londres que siguen la última moda de la Historia natural.

—No me avergüenzo de lo que soy —replicó Mallory con tono rotundo.

—El sencillo Ned Mallory —asintió Godwin—, que llega a Epsom con una gorra de ingeniero para que los muchachos no se pongan nerviosos al conocer a un famoso intelectual. Sé por qué lo hizo, Ned, y lo admiro. Pero escuche lo que le digo: algún día será lord Mallory, tan seguro como que ahora estamos aquí bebiendo. Tendrá un elegante abrigo de seda, una cinta en el bolsillo y estrellas y medallas de todos los colegios científicos. Porque es usted el hombre que desenterró el gran leviatán terrestre y encontró un sentido maravilloso a una maraña de huesos rocosos. Eso es lo que es, Ned, y bien podría empezar a afrontarlo.

—No es tan sencillo como cree —protestó Mallory—. No sabe cómo es la política de la Real Sociedad. Yo soy catastrofista. Los uniformistas dominan la situación cuando se trata de conceder puestos y honores. Hombres como Lyell y ese maldito botarate de Rudwick...

—Charles Darwin es lord. Gideon Mantell es lord, y su iguanodonte es una gamba al lado de ese brontosauro de usted.

—¡No se atreva a hablar mal de Gideon Mantell! Es el mejor hombre de ciencia que ha dado Sussex jamás, y fue muy amable conmigo. Godwin miró su jarra vacía.

—Le ruego que me perdone. Ya veo que he hablado con demasiada franqueza. Estamos lejos del salvaje Wyoming, donde nos sentábamos alrededor de una hoguera como simples hermanos ingleses y nos rascábamos donde nos picaba.

Se puso los anteojos ahumados.

—Pero recuerdo esas charlas teóricas que nos daba para explicarnos qué eran esos huesos. «La forma sigue a la función». «La supervivencia del más fuerte». Las nuevas formas nos muestran el camino. Quizás al principio parezcan raras, pero la naturaleza las pone a prueba al lado de lo viejo, con todas las de la ley, y si los principios son sólidos, el mundo es suyo. —Godwin levantó la mirada—. Si no ve usted que su teoría es el hueso de mi músculo, entonces no es el hombre por que el que lo tomaba.

Mallory se quitó la gorra.

—Soy yo el que debería pedirle disculpas, señor. Disculpe mi absurdo temperamento. Espero que siempre me hable con franqueza, señor Godwin, tenga o no tenga cintas en el pecho. Que nunca sea tan poco científico como para cerrar los

ojos ante la verdad honesta. —Le ofreció la mano.

Godwin se la estrechó.

Sonó una fanfarria en toda la pista y la multitud respondió con un crujido y un rugido. A su alrededor la gente empezó a moverse, a emigrar hacia las tribunas como un inmenso rebaño de rumiantes.

—Me voy a hacer esa apuesta de la que hablamos —dijo Mallory.

—Debo volver con mis muchachos. ¿Te unes a nosotros después de la carrera? ¿Para dividir las ganancias?

—Desde luego —dijo Mallory.

—Permíteme llevar esa pinta vacía —se ofreció Godwin. Mallory se la dio y se alejó.

Tras despedirse de su amigo, Mallory se arrepintió al instante de su promesa. Diez libras eran desde luego una suma exorbitante; él mismo había sobrevivido con poco más al año durante sus tiempos de estudiante.

Y sin embargo, pensó mientras paseaba camino a las casetas entoldadas de los corredores de apuestas, Godwin era un técnico muy exigente y un hombre de una honestidad escrupulosa. No tenía razón alguna para dudar de sus cálculos respecto al resultado de la carrera, y un hombre que apostara con generosidad por Céfiro podría abandonar Epsom esa tarde con una suma equivalente a los ingresos de varios años. De llegarse a apostar treinta libras, o cuarenta...

Mallory tenía casi cincuenta libras depositadas en un banco de la City, la mayor parte del incentivo que había cobrado por su expedición. Llevaba otras doce en el ajado cinturón monedero de lona que se ceñía con firmeza bajo el chaleco.

Pensó en su pobre padre debilitado por la locura del sombrerero, envenenado por el mercurio, retorciéndose y murmurando en su sillón, al lado de la chimenea, en Surrey. Una parte del dinero de Mallory ya estaba destinada a comprar el carbón que alimentaba ese hogar.

Aun así, uno podía salir de allí con cuatrocientas libras, nada menos... Pero no: sería sensato y apostaría solo diez para cumplir su acuerdo con Godwin. Diez libras serían una pérdida notable, pero una que podría soportar. Recorrió con los dedos de la mano derecha el espacio que dejaban libre los botones del chaleco, en busca de la solapa abotonada del cinturón de lona.

Decidió colocar su apuesta en la modernísima firma de Dwyer y Compañía, en lugar de en la venerable y quizá ligeramente más acreditada Tattersall. Había pasado con frecuencia por el bien iluminado establecimiento que Dwyer tenía en St. Martin’s Lane y había oído el profundo zumbido del latón de las tres máquinas que empleaban. No le apetecía realizar semejante apuesta con ninguno de los numerosísimos corredores individuales que se elevaban sobre la muchedumbre en sus altos taburetes,

aunque eran casi tan fiables como las firmas más grandes. La multitud se encargaba de ello; el propio Mallory había presenciado lo que casi resultó el linchamiento de un apostador moroso de Chester. Todavía recordaba el horripilante grito de «¡timador!», proferido con el mismo tono con el que se podría chillar «¡fuego!», que recorrió el interior del recinto vallado, y el ataque sobre un hombre de gorra negra al que derribaron y patearon de forma brutal. Bajo la superficie de la amable muchedumbre de las carreras yacía una atávica ferocidad. Había comentado el incidente con lord Darwin, que comparó entonces la acción con el ataque de los cuervos.

Sus pensamientos se dirigieron hacia Darwin mientras hacía cola ante la ventanilla de la carrera de vapores. Mallory había sido uno de los primeros partidarios de aquel hombre y lo apoyaba con pasión: consideraba que era una de las grandes mentes de la época. Pero había terminado por sospechar que aquel solitario lord, aunque sin duda agradecía el apoyo de Mallory, lo consideraba bastante vulgar. Cuando se trataba de avanzar en su carrera profesional, Darwin no le resultaba muy útil. Thomas Henry Huxley era el hombre que necesitaba para eso, un gran teórico social además de consumado científico y orador.

En la cola que tenía Mallory a su derecha esperaba un tipo encopetado, ataviado con las apagadas galas de la City y el ejemplar del día de Vida deportiva metido bajo un codo inmaculado. Mallory contempló cómo se acercaba a la ventanilla y colocaba una apuesta de cien libras por un caballo llamado Orgullo de Alexandra.

—Diez libras por el Céfiro, ganador —dijo Mallory al empleado que se ocupaba de las apuestas en la ventanilla de vapores, y luego le entregó un billete de cinco libras y cinco de una. Mientras el dependiente perforaba metódicamente la apuesta, Mallory estudió las probabilidades dispuestas en quinobloques encima y detrás del satinado mármol falso del mostrador, que era en realidad de cartón piedra. Vio que los favoritos eran los franceses, con el Vulcan de la Compagnie Générale de Traction. El conductor era un tal M. Raynal. Observó que el candidato italiano estaba en una posición poco mejor que el Céfiro de Godwin. ¿Se había corrido la voz sobre las bielas de prueba?

El empleado entregó a Mallory una endeble copia azul de la tarjeta que había perforado.

—Muy bien, señor, gracias.

—Ya miraba más allá, al próximo cliente.

Mallory habló entonces.

—¿Acepta un cheque de un banco de la City?

—Desde luego, señor —respondió el empleado mientras enarcaba una ceja, como si acabara de reparar en ese momento en la gorra y el abrigo de Mallory—, siempre que lleven impresos su número de ciudadano.

—En ese caso —decidió Mallory para gran asombro propio—, quiero apostar

cuarenta libras más por el Céfiro.

—¿Ganador, señor?

—Ganador.

Mallory presumía de ser un observador bastante atento de su prójimo. Poseía, le había asegurado Gideon Mantell mucho tiempo atrás, la visión que requería un naturalista. De hecho, debía su posición actual en la jerarquía científica a haber utilizado esa misma visión en una monótona ribera de Wyoming salpicada de piedras, en la que había distinguido las formas que subyacían a un aparente caos.

Ahora, sin embargo, horrorizado por la temeridad de su apuesta, por la enormidad del resultado en caso de perder, no encontró consuelo alguno en la presencia y variedad de la multitud que asistía al derby. El impaciente rugido de la inmensa y apasionada codicia cuando los caballos corrieron por la pista resultó ser más de lo que podía soportar.

Abandonó las tribunas casi corriendo, con la esperanza de despojarse de la energía nerviosa que acumulaba en las piernas. Una densa masa de vehículos y espectadores se había congregado ante las vallas de la entrada. Todos chillaron entusiasmados cuando pasaron los caballos, inmersos en una nube de polvo. Estaban allí los más pobres, y estos, sobre todo los que no estaban dispuestos a pagar un chelín para entrar en las tribunas, se mezclaban con los que se divertían o se aprovechaban de la multitud: timadores, gitanos, rateros. Mallory empezó a dar empujones para abrirse camino hacia el borde del gentío, donde quizá pudiera recuperar el aliento.

De repente se le ocurrió que podía haber perdido uno de los recibos de sus apuestas. La idea estuvo a punto de paralizarlo. Se detuvo en seco y hundió las manos en los bolsillos.

No, los papelitos azules seguían ahí. Sus billetes para el desastre.

Estuvieron a punto de pisotearlo dos caballos inquietos. Indignado e iracundo, aferró el arnés de la bestia más cercana, recuperó el equilibrio y gritó a modo de advertencia.

Restalló un látigo cerca de su cabeza. El conductor estaba de pie, sobre el pescante de una carroza abierta, e intentaba abrirse paso por la fuerza entre la multitud que lo apresaba. El tipo era un dandi de las carreras e iba ataviado con un traje del azul más artificial posible y un pañuelo de seda chillona adornado con un gran rubí de pasta reluciente. Bajo la palidez de la frente hinchada, acentuada por unos rizos oscuros y despeinados, sus ojos encendidos y adustos se movían sin parar, de tal suerte que parecía estar mirando al tiempo en todas direcciones salvo a la pista de carreras, que todavía atraía la atención general. Se trataba de un tipo extraño, y era parte de un trío todavía más extraño, pues los dos pasajeros que lo acompañaban en el

interior de la carroza eran mujeres.

Una de ellas, tocada con un velo, lucía un vestido oscuro, casi masculino, y cuando la carroza se detuvo se levantó vacilante y buscó a tientas la puerta. Intentó bajarse con el bamboleo de un borracho, pues le estorbaba en las manos una caja alargada de madera, similar al estuche de un instrumento musical. Pero entonces la segunda mujer agarró con violencia a su compañera del velo, tiró hacia atrás de ella y la obligó a sentarse.

Mallory, que todavía sujetaba el arnés de cuero, contempló la escena asombrado. La segunda mujer era una fulana pelirroja que lucía unas prendas llamativas más adecuadas para un bar de mala muerte, o algo peor. Sus bonitos rasgos pintados quedaban acentuados por una expresión de absoluta y sobria determinación.

Mallory vio que la fulana pelirroja le pegaba a la dama del velo. Fue un golpe tan calculado como furtivo: le había hundido los nudillos en las costillas con una brutalidad fruto de la práctica. La mujer del velo se dobló y se derrumbó en su asiento.

Aquello obligó a Mallory a tomar medidas inmediatas. Corrió hacia el costado de la carroza y abrió de un tirón la puerta barnizada.

—¿Qué significa todo esto? —gritó.

—Lárguese —le sugirió la fulana.

—Le he visto pegar a esta dama. ¿Cómo se atreve?

La carroza volvió a ponerse en movimiento y a punto estuvo de derribar a Mallory. Este se recuperó de inmediato, corrió y sujetó el brazo de la dama.

—¡Deténganse ahora mismo!

La dama se puso de nuevo en pie. Bajo el velo negro, su rostro redondo y dulce mostraba una expresión relajada y soñadora. Volvió a intentar bajarse, al parecer sin darse cuenta de que el carruaje estaba en movimiento. No lograba mantener el equilibrio. Con un gesto bastante natural y distinguido, entregó a Mallory la larga caja de madera.

Este trastabilló y sujetó la caja con las dos manos. Se alzaron gritos entre la multitud que los rodeaba: la descuidada forma de conducir del ojeador los había puesto furiosos. El carruaje traqueteó y volvió a detenerse, los caballos bufaron y empezaron a corcovear.

El conductor, encolerizado y tembloroso, tiró a un lado el látigo y bajó al suelo de un salto. Se dirigió hacia Mallory mientras apartaba a los espectadores a empellones. De un tirón se sacó del bolsillo un par de anteojos casi cuadrados y tintados de rosa, y se los colocó deslizándolos bajo el cabello aceitado de las sienes. Se detuvo delante de Mallory, cuadró los hombros caídos y extendió una mano cubierta con un guante de color amarillo. Su porte era autoritario.

—Devuelva esa propiedad de inmediato —le ordenó.

—¿Qué es esto? —contraatacó Mallory.

—Entrégueme esa caja ahora mismo o será peor para usted. Mallory se quedó mirando al hombrecillo, bastante sorprendido por aquella osada amenaza. Estuvo a punto de soltar una carcajada, y lo habría hecho de no ser porque los ojos avisados que se ocultaban detrás de los anteojos tenían un brillo enloquecido, como los de un adicto al láudano.

Con gesto exagerado, Mallory colocó el estuche entre sus botas embarradas. —Señora —la llamó—, bájese si lo desea. Estas personas no tienen ningún derecho a obligarla...

El ojeador se apresuró a echar mano al llamativo abrigo azul y se lanzó hacia delante como el muñeco de resorte de una caja sorpresa. Mallory lo esquivó empujándolo con la mano abierta, y sintió una sacudida que le escoció y le rasgó la pierna izquierda.

El ojeador trastabilló, recuperó el equilibrio y volvió a saltar con un gruñido. En su mano vio un delgado destello de acero.

Mallory era un avezado discípulo del sistema de boxeo científico del señor Shillingford. Cuando estaba en Londres se entrenaba todas las semanas en uno de los gimnasios privados mantenidos por la Real Sociedad, y los meses que había pasado en los campos de Norteamérica le habían servido de introducción a las riñas callejeras más toscas.

Esquivó el brazo atacante con el antebrazo izquierdo y lanzó el puño derecho contra la boca de su rival.

Pudo echar un breve vistazo al estilete que cayó sobre la hierba pisoteada: una hoja de doble filo estrecha y cruel, el mango de gutapercha negra. Entonces se le echó encima el hombre, que sangraba por la boca. No había método alguno en su ataque. Mallory se colocó en la primera postura de Shillingford y se lanzó a por la cabeza del villano.

En ese momento la multitud, que se había apartado del intercambio inicial y del destello del acero, se cerró alrededor de los combatientes como un círculo interno compuesto por trabajadores y por los apostadores que se aprovechaban de ellos. Formaban una caterva fornida y ruidosa, encantada de ver cómo se derramaba un poco de clarete en circunstancias tan inesperadas. Cuando Mallory alcanzó al hombre en plena barbilla con uno de sus mejores golpes lo aclamaron; después levantaron al tipo, que había caído entre ellos, y lo volvieron a arrojar hacia delante, justo a tiempo para el siguiente golpe. El dandi se desplomó sobre el suelo. La seda de color salmón de su pañuelo estaba salpicada de sangre.

—¡Te destruiré! —le dijo desde el suelo. Uno de sus dientes, parecía que un colmillo, se había hecho pedazos sanguinolentos.

—¡Cuidado! —gritó alguien. Mallory se volvió al oír la voz. La mujer pelirroja se

encontraba a su lado con una mirada endemoniada. Algo destellaba en su mano: parecía un frasco de cristal, por extraño que resultara. La mirada de la mujer voló hacia el suelo, pero Mallory dio un paso prudente a un lado y se colocó entre ella y la larga caja de madera. Siguió un momento de tensión en el que la fulana pareció sopesar sus alternativas. Se decantó por ayudar al ojeador caído.

—¡Te destruiré por completo! —repetía el dandi con los labios ensangrentados. La mujer lo ayudó a levantarse. La multitud se burló de él por cobarde y fanfarrón.

—Inténtalo —sugirió Mallory blandiendo el puño.

Mientras el hombre se apoyaba sobre su compañera, lo perforó con una mirada que denotaba la furia de un reptil; luego desaparecieron tambaleantes entre la muchedumbre. Mallory recuperó la caja con gesto brusco y triunfante, se volvió y se abrió camino a empujones por el jubiloso círculo de hombres. Uno de ellos le dio unas campechanas palmadas en la espalda. Mallory se dirigió a la carroza abandonada.

Se subió a ella. El interior era de terciopelo gastado y cuero. El ruido de la multitud se apagaba poco a poco. La carrera había terminado. Alguien había ganado.

La dama estaba tendida sobre el asiento desvencijado; su aliento agitaba el velo. Mallory miró con rapidez a su alrededor en busca de posibles atacantes, pero no vio más que la neutra multitud. Lo percibía todo de un modo muy curioso, como si aquel instante estuviera congelado, daguerrotipado por medio de algún fabuloso proceso que capturaba hasta el último matiz del espectro.

—¿Dónde está mi carabina? —preguntó la mujer con voz baja y distraída.

—¿Y quién era su carabina, señora? —respondió Mallory un poco confuso—. No creo que sus amigos fueran compañía adecuada para una dama...

La sangre le manaba por la herida del muslo izquierdo y se le filtraba por la pernera del pantalón. Se sentó con pesadez en la felpa gastada del asiento, se apretó la pierna lastimada con la mano y se asomó al velo de la mujer. Unos tirabuzones pálidos y sofisticados, y al parecer salpicados de gris, delataban las atenciones continuadas de una doncella de gran talento. Pero el rostro parecía poseer una extraña familiaridad.

—¿La conozco, señora? —preguntó Mallory. No hubo respuesta.

—¿Me permite acompañarla? —sugirió él—. ¿Tiene algún amigo adecuado en el derby, señora? ¿Alguien que cuide de usted?

—El recinto real —murmuró ella.

—¿Desea ir al recinto real? —La idea de molestar a la familia real con aquella loca confusa era bastante más de lo que Mallory estaba dispuesto a permitir. Luego se le ocurrió que sería muy sencillo encontrar allí a la policía, y aquel era un asunto policial de algún tipo, sin lugar a dudas.

Complacer a la infeliz sería la opción más sencilla.

—Muy bien, señora —dijo. Se metió la caja de madera bajo un brazo y ofreció a la dama el otro codo—. Procederemos a ir de inmediato al recinto real. Si tiene la bondad de acompañarme, por favor...

Mallory la guió hacia las tribunas a través de un torrente de personas; cojeaba levemente. Mientras caminaban, la mujer pareció recuperarse un poco. Su mano enguantada descansaba en el antebrazo masculino con la ligereza de una telaraña.

Mallory esperó a que hubiera un hueco en la algarabía. Encontró uno por fin bajo las columnas blanqueadas de las tribunas.

—¿Me permite presentarme, señora? Me llamo Edward Mallory. Soy miembro de la Real Sociedad, paleontólogo.

—La Real Sociedad... —murmuró la mujer con aire ausente. Su cabeza velada asentía como una flor en su tallo. Pareció murmurar algo más.

—¿Disculpe?

—¡La Real Sociedad! Hemos absorbido el sustento de los misterios del universo...

Mallory se la quedó mirando.

—Las relaciones fundamentales de la ciencia de la armonía —continuó la mujer con un tono de una honda nobleza, un gran cansancio y una profunda calma— son susceptibles de encontrar una expresión mecánica, permitiendo así la composición de obras musicales y científicas elaboradas, con cierto grado de complejidad y extensión.

—No cabe duda —la tranquilizó Mallory.

—¡Creo, caballeros —susurró la mujer—, que cuando vean ciertas de mis producciones no desesperarán conmigo! A su manera, mis regimientos formados servirán con habilidad a los gobernantes de la Tierra. ¿Y con qué materiales se producirán mis regimientos? Con números inmensos.

Se había aferrado al brazo de Mallory con una intensidad febril.

—Marcharemos con un poder irresistible al ritmo de la música. —La mujer volvió hacia él su rostro velado, con una extraña y enérgica impaciencia—. ¿No es misterioso? Desde luego que mis tropas deben estar compuestas de números, o bien no podrían siquiera existir. En esta sazón, ¿qué son tales números? Existe una adivinanza...

—¿Es esta su caja, señora? —dijo Mallory ofreciéndosela, con la esperanza de suscitar su vuelta al sentido común.

La dama miró la caja, al parecer sin reconocerla. Era una hermosa obra de palisandro pulido, con las esquinas cubiertas de latón. Bien podría haber sido la caja de guantes de una aristócrata, pero era demasiado tosca, carecía de elegancia para ello. La larga tapa estaba sujeta por un par de diminutos ganchos de latón. La mujer estiró la mano para acariciarla con el dedo índice enguantado, como si quisiera

asegurarse de su existencia física. Algo en el objeto pareció azuzarla y obligarla a reconocer su propia angustia.

—¿Querrá guardármela, señor? —preguntó por fin a Mallory. La voz suave temblaba con aquel ruego extraño y lastimoso—. ¿Querrá guardármela y custodiarla?

—Por supuesto —respondió Mallory, conmovido a pesar de todo—. Por supuesto que se la guardaré, todo el tiempo que desee, señora.

Fueron subiendo poco a poco por las tribunas hasta las escaleras alfombradas que conducían al recinto real. A Mallory le ardía la pierna, y tenía el pantalón pegajoso a causa de la sangre. Se sentía más mareado de lo que él pensaba que debería tras una herida tan pequeña. Algo en el extraño discurso de la mujer y en su porte, más insólito todavía, se le había subido a la cabeza. O quizá, lo asaltó un siniestro pensamiento, algún tipo de veneno cubría el estilete del ojeador. Se arrepintió entonces de no haber recogido el arma para un análisis posterior. Quizá también habían narcotizado a aquella orate de algún modo; era bien probable que su acción hubiera echado por tierra una oscura conjura para secuestrarla.

Bajo ellos se había despejado la pista para la siguiente carrera de faetones. Cinco inmensos vehículos (y el diminuto Céfiro, con su forma de caramelo) estaban ya colocándose en sus puestos. Mallory se detuvo un instante angustioso para contemplar la frágil nave de la que, de una forma tan absurda, dependía ahora su fortuna. La mujer aprovechó ese momento para soltarle el brazo y apresurarse hacia las paredes blanqueadas del palco real.

Mallory, sorprendido, cojeó tras ella a toda prisa. La mujer se detuvo un momento en la puerta al lado de un par de guardas, policías de paisano al parecer, muy altos y en plena forma. La dama se apartó el velo con un gesto rápido, fruto de la costumbre, y Mallory pudo echar el primer vistazo de verdad a aquel rostro.

Era Ada Byron, la hija del primer ministro. Lady Ada Byron, la reina de las máquinas.

La dama se deslizó al interior tras dejar a los guardas atrás, sin siquiera echar un simple vistazo a su espalda ni decir una sola palabra de agradecimiento. Mallory, cargado con la caja de palisandro, se precipitó tras ella de inmediato.

—¡Espere! —exclamó—. ¡Señoría!

—¡Un momento, señor! —lo detuvo el policía más grande con bastante cortesía. Levantó una mano fornida y miró de arriba abajo a Mallory. Observó el estuche de madera y la pernera humedecida, y la boca parcialmente oculta por un mostacho se torció en una mueca desaprobatoria—. ¿Está usted invitado al recinto real, señor?

—No —admitió Mallory—. Pero tiene que haber visto a lady Ada pasar por aquí hace un momento. Le ha ocurrido algo bastante desafortunado y temo que esté un poco disgustada. Yo pude serle de alguna ayuda...

—¿Su nombre, señor? —espetó el segundo policía.

—Edward... Miller —soltó Mallory. Un repentino escalofrío de suspicacia protectora lo envolvió en el último momento.

—¿Me permite ver su tarjeta de ciudadano, señor Miller? —solicitó el primer policía—. ¿Qué hay en esa caja que lleva? ¿Me permite mirar en el interior, por favor?

Mallory apartó la caja y dio un paso atrás. El policía clavó los ojos en él con una mezcla variable de desdén y suspicacia.

Se produjo entonces un estruendoso estallido en la pista. El vapor silbaba al escapar por una junta rota del faetón italiano y velaba las tribunas como si fuera un géiser. Sucedió un pequeño momento de pánico en las gradas, y Mallory aprovechó la oportunidad para alejarse cojeando. Los policías, preocupados quizá por la seguridad de su emplazamiento, decidieron no perseguirlo.

Mallory bajó corriendo las tribunas sin poder pisar muy bien, y se perdió en cuanto pudo entre la multitud. Algo parecido al instinto de supervivencia le hizo quitarse de la cabeza la gorra rayada de ingeniero y metérsela en el bolsillo del abrigo.

Encontró un lugar en las tribunas, a varios metros del recinto real. Colocó la caja de cierres de latón sobre las rodillas. Había una raja insignificante en la pernera de su pantalón, pero la herida todavía rezumaba un poco. Confuso, se sentó con una mueca y apretó la palma de la mano contra la dolorosa lesión.

—Maldición —dijo un hombre sentado en un banco detrás de él, con una voz cargada de confianza y alcohol—. Esa salida en falso rebajará la presión. Es una simple cuestión de calor específico. Lo que significa que seguro que gana la caldera más grande.

—¿Y cuál es, entonces? —preguntó el compañero del individuo, quizá su hijo. El hombre rebuscó en una hoja de apuestas. —Es el Goliat. El bólido de lord Hansell. La nave hermana ganó el año pasado. Mallory bajó la vista y contempló la pista pisoteada por los cascos de los caballos. Estaban sacando al conductor del bólido italiano en una camilla, después de extraerlo con cierta dificultad de los apretados confines de la carlinga. Una columna de vapor sucio seguía elevándose desde la grieta de la caldera. Los empleados de la carrera engancharon un tiro de caballos al armatoste incapacitado.

El fuste de la chimenea de los otros bólidos seguía expulsando con viveza sus altos penachos blancos. Las almenas de latón pulido que coronaban el fuste del Goliat resultaban especialmente impresionantes. Empequeñecía por completo la chimenea esbelta, peculiar y exquisita del Céfiro de Godwin, reforzada con alambres que repetían en una sección transversal la fórmula aerodinámica de la lágrima.

—¡Es terrible! —opinó el más joven—. El estallido casi le arranca la cabeza al pobre extranjero.

—De eso nada —objetó el mayor—. El tipo llevaba un casco de lo más elegante.

—No se mueve, señor.

—Si los italianos no pueden competir como debe ser en el campo técnico, aquí no tienen nada que hacer —replicó el mayor con tono firme.

Un rugido de agradecimiento se elevó entre la multitud cuando los laboriosos caballos sacaron de la pista el vapor averiado.

—¡Ahora sí que veremos un poco de deporte decente! —dijo el mayor.

Mallory, en su tensa espera, se encontró abriendo la caja de palisandro; los pulgares se movían por los pequeños cierres de latón como si tuvieran voluntad propia. El interior, forrado de paño verde, albergaba una gran pila de tarjetas de color blanco lechoso. Sacó una del centro del montón. Era una tarjeta perforada, cortada con un calibre especial francés y hecha de un material artificial desconcertantemente liso. Una esquina mostraba una anotación manuscrita, «#154», con una desvaída tinta de color malva.

Mallory volvió a colocar la tarjeta con cuidado en su sitio y cerró la caja.

Ondeó una bandera y partieron los faetones.

El Goliat y el Vulcan francés se colocaron de inmediato en cabeza. El desacostumbrado retraso (el retraso fatal, pensó Mallory con el corazón destrozado) había enfriado la diminuta caldera del Céfiro, lo que provocaría sin duda un pérdida vital de impulso. El Céfiro rodaba tras las máquinas más grandes, tropezando de una forma casi cómica en las profundas rodadas que los otros dejaban. No parecía capaz de conseguir una tracción adecuada.

Mallory no se sorprendió demasiado. Lo inundó una fatal resignación.

El Vulcan y el Goliat comenzaron a disputarse el primer puesto en la primera curva. Los otros tres faetones se colocaron en fila india tras ellos. El Céfiro, de forma bastante absurda, dibujó la curva más ancha posible, muy lejos de las huellas de las otras naves. El maestro de segundo grado Henry Chesterton, al volante del diminuto faetón, parecía haberse vuelto loco. Mallory contempló el espectáculo con la calma aturdida de un hombre arruinado.

Y entonces el Céfiro se precipitó con un estallido imposible de velocidad. Sobrepasó a los otros faetones con una facilidad absurda, engrasada, como una resbaladiza semilla de calabaza al ser apretada entre el pulgar y el índice. En la curva de la media milla su velocidad era asombrosa, tal que se tambaleaba de forma ostensible sobre dos ruedas. En el tramo final, la velocidad volvió a repuntar de golpe y el vehículo entero empezó a deslizarse claramente por el aire. Las grandes ruedas motrices rebotaban en la tierra con una salpicadura de polvo y un chirrido metálico. Solo en ese momento se dio cuenta Mallory de que la multitud en las tribunas se había sumido en un silencio mortal.

Ni un murmullo se elevó entre los espectadores cuando el Céfiro cruzó zumbando

la línea de meta. Entonces el faetón se deslizó hasta detenerse, tropezando con violencia en los profundos surcos que habían dejado sus competidores.

Pasaron cuatro segundos completos antes de que el aturdido árbitro de pista se decidiera a agitar la bandera. Los otros faetones seguían doblando la última y lejana curva, cien metros más atrás.

La multitud prorrumpió de pronto en un atónito clamor, no tanto de alegría como de absoluta incredulidad, e incluso de una extraña suerte de furia.

Henry Chesterton salió del Céfiro. Se apartó la bufanda, se apoyó sin prisas en el casco reluciente de su nave y contempló con fría insolencia los otros faetones, que se esforzaban todavía por cruzar la línea de meta. Para cuando llegaron, parecían haber envejecido varios siglos. Mallory se dio cuenta de que eran reliquias.

Echó mano al bolsillo. Los recibos de las apuestas seguían allí, a salvo. Su naturaleza material no había cambiado en absoluto, pero ahora aquellos trocitos azules de papel significaban indefectiblemente que había ganado cuatrocientas libras. No, quinientas libras en total, cincuenta de las cuales tenían que entregarse al victoriosísimo señor Michael Godwin.

Mallory oyó una voz que resonaba en sus oídos, entre el tumulto creciente de la multitud.

—Soy rico —comentó la voz con calma. Era su propia voz. Era rico.

Esta imagen es un daguerrotipo formal de los que distribuía la aristocracia británica en los estrechos círculos de amigos y conocidos. El fotógrafo bien podría haber sido Alberto, el príncipe consorte, un hombre cuyo muy divulgado interés por los temas científicos lo había convertido, al parecer, en un auténtico íntimo de la elite radical de Gran Bretaña. Las dimensiones de la habitación y las suntuosas colgaduras del telón de fondo sugieren con fuerza que la imagen se tomó en el salón fotográfico que el príncipe Alberto tenía en el palacio de Windsor.

Las mujeres representadas son lady Ada Byron y su compañera y supuesta carabina, lady Mary Somerville. Esta última, autora de En relación con la Física y traductora de la Mecánica celestial de Laplace, tiene la expresión resignada de una mujer acostumbrada a los caprichos de su compañera, más joven. Ambas mujeres llevan sandalias doradas y vestiduras blancas, en cierto modo semejantes a una toga griega aunque con importantes influencias del neoclasicismo francés. Son, de hecho, las prendas de las afiliadas a la Sociedad de la Luz, el secreto círculo interno y brazo propagandístico internacional del Partido Radical Industrial. La anciana señora Somerville también luce un prendedor de bronce adornado con símbolos astronómicos, representación encubierta del alto puesto que esta intelectual ocupaba en los consejos científicos europeos.

Lady Ada, con los brazos desnudos salvo por el sello que muestra en el índice

derecho, coloca una corona de laurel a un busto de mármol de Isaac Newton. A pesar de la cuidadosa ubicación de la cámara, el extraño atuendo no favorece a lady Ada y su rostro refleja tensión. Lady Ada contaba cuarenta y un años a finales de junio de 1855, cuando se tomó este daguerrotipo. Poco antes había perdido una gran suma de dinero en el derby, aunque sus pérdidas en el juego, de dominio público entre sus íntimos, parecen haber velado la pérdida de sumas aún más grandes, con toda probabilidad debido a la extorsión.

Es la reina de las máquinas, la encantadora de números. Lord Babbage la llamaba «la pequeña Da». No tiene ningún papel formal en el Gobierno y el breve florecimiento de su genio matemático ya ha quedado muy atrás. Pero es, quizá, el punto de unión más destacado entre su padre, el gran orador del Partido Radical Industrial, y Charles Babbage, la eminencia gris del partido y su teórico social más importante.

Ada es la madre.

Sus pensamientos están cerrados.

Tercera iteración

Faroles oscuros

Imaginémonos a Edward Mallory ascendiendo por la espléndida escalera central del Palacio de Paleontología, con su inmensa barandilla de ébano sostenida por un forjado esmaltado en negro que muestra antiguos helechos, cicadáceas y gingos.

Digamos que lo sigue un botones de rostro enrojecido, cargado con una decena de paquetes satinados, fruto de una larga tarde de cuidadosas y metódicas compras. Mientras sube, Mallory ve que lord Owen baja, no sin cierto esfuerzo, su enorme cuerpo por las escaleras, con una expresión malhumorada en los ojos legañosos. Los ojos del distinguido anatomista de reptiles, piensa Mallory, se parecen a unas ostras en su concha, sin cáscara y preparadas para la disección. Se quita el sombrero. Owens murmura algo que podría ser un saludo.

En la curva del primer y amplio rellano, Mallory ve un grupo de estudiantes sentados al lado de la ventana abierta; debaten en voz baja mientras cae el crepúsculo sobre los gigantes de yeso que descansan agazapados en los jardines de roca del palacio.

Una brisa agita las largas cortinas de lino.

Mallory se giró a la derecha, luego a la izquierda, ante el espejo del armario. Se desabrochó el abrigo y metió las manos en los bolsillos del pantalón para mejor lucir el chaleco, tejido con un vertiginoso mosaico de diminutos cuadrados azules y blancos. Las damas de Ada, los llamaban los sastres, ya que había sido tal señora la que había creado el estampado, programando un telar Jacquard de modo que tejiera álgebra pura. El chaleco lo decía todo, pensó, aunque todavía le hacía falta algo, quizá un bastón. Abrió de un capirotazo el cierre de la cigarrera y ofreció un magnífico habano al caballero del espejo. Un gesto elegante, pero uno no podía llevar una cigarrera de plata bajo el brazo como si fuese un manguito de señora. Sin duda, eso resultaría excesivo.

Unos bruscos golpecitos metálicos surgieron del tubo acústico colocado en la pared, al lado de la puerta. El paleontólogo cruzó la habitación y de un golpecito abrió la tapa de latón forrada de caucho.

—¡Mallory! —bramó mientras se inclinaba.

La voz del recepcionista subió hasta él como un espectro apagado.

—¡Una visita para usted, doctor Mallory! ¿Le envío su tarjeta?

—¡Sí, por favor!

Mallory, poco acostumbrado a cerrar la parrilla pneumática, hurgó con torpeza en el cierre de hojalata dorada. Un cilindro de gutapercha negra salió como un tiro del tubo, como si lo hubiera disparado un arma, e impactó con un ruido seco contra la pared contraria. Mallory se apresuró a recuperarlo y observó sin demasiada sorpresa que la pared de yeso empapelado ya estaba salpicada de muescas. Desenroscó la tapa del cilindro y lo sacudió para extraer el contenido. «Señor Laurence Oliphant», rezaba una suntuosa tarjeta de color crema. «Escritor y periodista». Una dirección de Piccadilly y un número telegráfico. Un periodista con pretensiones, a juzgar por su tarjeta. Un nombre que resultaba vagamente familiar. ¿No había leído algo de un tal Oliphant en Blackwood's? Dio la vuelta a la tarjeta y examinó el retrato mecánico punteado de un caballero de cabellos pálidos que se estaba quedando calvo por delante. Grandes ojos castaños de cocker spaniel, una pequeña sonrisa socarrona, un rastrojo de barba bajo el mentón. Con la barba y las entradas, el estrecho cráneo del señor Oliphant parecía alargado como el de un iguanodonte.

Metió la tarjeta en su cuaderno y echó un vistazo a la habitación. La cama estaba cubierta con los restos de sus compras: recibos de cargo, papel de seda, cajas de guantes, hormas de zapatos.

—¡Por favor, dígale al señor Oliphant que lo veré en el vestíbulo!

Se llenó a toda prisa los bolsillos de los pantalones nuevos, salió de la habitación, cerró la puerta con llave y se dirigió hacia su cita, dejando atrás las paredes blancas de piedra caliza salpicadas de fósiles y enmarcadas por fatigadas columnas de mármol negro y anticuado. Sus zapatos nuevos chirriaban con cada paso que daba.

El señor Oliphant, inesperadamente largo y vestido con pulcritud, aunque también con suntuosidad, se había reclinado sobre la recepción y daba la espalda al empleado. Apoyaba los codos en el mostrador de mármol y cruzaba los pies a la altura de los tobillos. La descuidada postura del periodista transmitía la fácil indolencia del deportista de buena cuna. Mallory, que había conocido a una buena cantidad de reporteros de tres al cuarto, gacetilleros que buscaban cándidos artículos sobre el gran Leviatán, registró una leve punzada de ansiedad: aquel tipo evidenciaba el sereno dominio personal de los aventajados en extremo.

Mallory se presentó y descubrió una fuerza fibrosa en la mano de dedos largos del periodista.

—Vengo por un asunto de la Sociedad Geográfica —anunció Oliphant con voz lo bastante alta para que lo oyera un grupo cercano de intelectuales ociosos—.

Comité de Exploración, ¿sabe? Me preguntaba si sería posible consultarle cierto tema, doctor Mallory.

—Por supuesto —respondió este. La Real Sociedad Geográfica disponía de unos

fondos fastuosos; su poderoso Comité de Exploración decidía quiénes eran los receptores de las becas de la sociedad.

—¿Me permite sugerir que hablemos en privado, señor?

—Desde luego —asintió Mallory, y siguió al periodista al salón del palacio, donde Oliphant encontró una esquina tranquila y medio oculta por una pantalla china lacada. Mallory se retiró los faldones de la chaqueta y tomó asiento. Oliphant se encaramó en el otro extremo de un sillón de seda roja, de espaldas a la pared. Lanzó una mirada diáfana por todo el salón y Mallory comprendió que estaba comprobando si alguien podía oírlos.

—Parece conocer bien el palacio —aventuró Mallory—. ¿Viene con frecuencia, por el trabajo de su comité? —No, con frecuencia no, aunque una vez conocí a un colega suyo aquí. Un tal profesor Francis Rudwick.

—Ah, Rudwick, sí... Pobre tipo. —Mallory se molestó un poco, pero no le sorprendió conocer a un contacto profesional de Rudwick. Este pocas veces perdía la ocasión de arañar dinero de alguna beca, fuera cual fuese la fuente.

Oliphant asintió con gesto sobrio.

—No soy ningún intelectual, doctor Mallory. De hecho, soy escritor de libros de viajes. Fruslerías, en realidad, aunque algunos han sido recibidos con cierto favor por parte del público.

—Ya veo —respondió Mallory, convencido de que por fin había calado a aquel hombre: un ocioso acaudalado, un diletante. Era muy probable que tuviera contactos familiares. La mayor parte de esos entusiastas aficionados se revelaban como unos inútiles en cuestiones científicas.

—Dentro de la Sociedad Geográfica, doctor Mallory —empezó Oliphant—, se está produciendo en este momento un intenso debate acerca del asunto principal que debemos estudiar. ¿Conoce usted, quizá, la controversia?

—He estado fuera —respondió Mallory— y me he perdido muchas noticias.

—Sin duda ha estado usted muy ocupado con su propia controversia científica. —La sonrisa de Oliphant resultaba encantadora—. Catástrofe contra uniformidad. Rudwick hablaba con frecuencia del tema. Con bastante ardor, debo añadir.

—Un asunto peliagudo —murmuró Mallory—, bastante impenetrable...

—A mí, personalmente, la argumentación de Rudwick me parecía débil —dijo Oliphant con displicencia, para agradable sorpresa de Mallory. El periodista se inclinó hacia delante con gesto halagador—. Permítame explicarle mejor el propósito de mi visita, doctor Mallory. Dentro de la Sociedad Geográfica hay quienes consideran que esta estaría mejor informada no zambulléndose en África para descubrir las fuentes del Nilo, sino investigando las fuentes de nuestra propia sociedad. ¿Por qué confinar la exploración a la geografía física cuando hay tantos problemas de geografía política y también moral, problemas todavía sin resolver?

—Interesante —respondió Mallory, que no terminaba de comprender cuál era el objetivo de su visitante.

—Como explorador destacado que es —siguió Oliphant—, ¿qué diría usted respecto a una proposición del tipo siguiente? —La mirada de aquel hombre, por curioso que fuera, parecía haber quedado clavada en un espacio intermedio—. Supongamos, señor, que se fuera a explorar no la inmensidad de Wyoming, sino una esquina concreta de nuestro propio Londres...

Mallory asintió sin entender nada, y durante un momento se planteó la posibilidad de que Oliphant estuviese loco.

—¿No podríamos entonces, señor —continuó el hombre con un ligero estremecimiento, quizá debido al entusiasmo contenido—, realizar investigaciones del todo objetivas, completamente estadísticas? ¿No podríamos examinar la sociedad, señor, con una precisión e intensidad novedosas? Desentrañaríamos de ese modo nuevos principios, teoremas extraídos de la miríada de agrupamientos de la población a lo largo del tiempo, de los más oscuros recorridos de las divisas al pasar de mano en mano, de los turbulentos flujos del tráfico... Temas que ahora consideramos con vaguedad, asuntos políticos, asuntos sanitarios, servicios públicos; ¡pero percibidos, señor, como si los contemplara un ojo científico que todo lo investiga y todo lo domina!

Había demasiados destellos de entusiasmo en la mirada de Oliphant, un repentino fuego abrasador que demostraba que su aire de languidez no era sino una farsa.

—En teoría —interpuso Mallory—, esa perspectiva parece prometedora. En la práctica dudo que las sociedades científicas pudieran proporcionar los recursos mecánicos necesarios para abordar un proyecto tan amplio y ambicioso. Yo mismo he tenido que luchar con denuedo para fijar un simple análisis de tensión de los huesos que he descubierto. Existe una demanda constante del trabajo de las máquinas. En cualquier caso, ¿por qué iba a enfrentarse la Sociedad Geográfica a este asunto? ¿Por qué quitarle fondos al necesario trabajo de exploración en el extranjero? Yo diría que quizá una consulta directa en el Parlamento...

—Pero el Gobierno carece de la visión necesaria, del sentido de la aventura intelectual, de la objetividad. Pero supongamos que fueran las máquinas de la policía en lugar de, digamos, las del Instituto Cambridge. ¿Qué diría usted entonces?

—¿Las máquinas de la policía? —se sorprendió Mallory. La idea resultaba de lo más extraordinaria—. ¿Cómo iba a acceder la policía a prestar sus máquinas?

—Las máquinas están con frecuencia ociosas durante la noche —fue la respuesta de Oliphant.

—¿De veras? Vaya, qué interesante... Pero si esas máquinas se pusieran al servicio de la ciencia, señor Oliphant, me imagino que otros proyectos más urgentes consumirían de inmediato el tiempo de giro ocioso. Una propuesta como la suya

necesitaría un respaldo muy poderoso para llegar al principio de la cola.

—Pero, en teoría, ¿está usted de acuerdo? —insistió Oliphant—. Si los recursos estuvieran disponibles, ¿el principio básico le parecería digno?

—Tendría que ver una propuesta detallada antes de poder apoyar de forma activa un proyecto así y, con franqueza, dudo de que mi voz tuviera mucho peso en su Sociedad Geográfica. No soy miembro de ella, como bien sabe.

—Subestima su creciente fama —protestó Oliphant—. La candidatura de Edward Mallory, descubridor del leviatán terrestre, se aprobaría en la Sociedad Geográfica con gran facilidad.

Mallory se quedó sin habla.

—Rudwick se convirtió en miembro —dijo Oliphant con clara intención— después del asunto del pterodáctilo... Mallory carraspeó. —

Estoy seguro de que es encomiable...

—Lo consideraré un honor si me permite ocuparme del asunto en persona — lo interrumpió Oliphant—. Puedo prometerle que no habrá ninguna dificultad.

El aplomo de aquel hombre no admitía dudas, y Mallory reconoció el hecho consumado. Lo había manejado a la perfección. No existía forma elegante de rechazar el favor, y ser miembro de la acaudalada y poderosa Sociedad Geográfica desde luego no era un asunto que pudiera despreciarse a la ligera. Resultaría una gran ayuda profesional. Ya se imaginaba como miembro pleno, con el título unido a su nombre: Mallory, M. R. S., M. R. S. G.

—El honor será todo mío, señor —respondió Mallory—, aunque temo que se tome demasiadas molestias por mí. —Siento un profundo interés por la paleontología, señor.

—Me sorprende que a un escritor de libros de viajes le interesen esas cosas.

Oliphant construyó un capitel con los dedos elegantes y lo llevó luego hacia el labio superior, largo y desnudo.

—He descubierto, doctor Mallory, que «periodista» es un término muy vago y muy útil que le permite a uno realizar un buen número de extrañas pesquisas. Por naturaleza soy un hombre muy curioso, pero por desgracia un tanto superficial. —Oliphant extendió las manos—. Hago lo que puedo para ser útil a los auténticos estudiosos, aunque dudo que me merezca del todo el papel no solicitado que represento en la actualidad en el círculo interno de la augusta Sociedad Geográfica. La fama repentina tiene unas repercusiones bastante peculiares, ya sabe usted.

—Debo confesar que no estoy familiarizado con sus libros —dijo Mallory—. He estado fuera y mis lecturas se han retrasado. Entiendo entonces que ha llegado al gran público. ¿Y ha tenido mucho éxito?

—No por los libros, precisamente —respondió Oliphant, sorprendido y entretenido a la vez—. Estuve involucrado en el asunto de la legación de Tokio. En

Japón. A finales de año pasado.

—Un ultraje a nuestra embajada en Japón, ¿estoy en lo cierto? Un diplomático resultó herido, ¿no es así? Yo estaba en América...

Oliphant dudó, luego dobló el brazo izquierdo, se subió la manga de la chaqueta y el puño inmaculado, y reveló una cicatriz roja y arrugada en la articulación exterior de la muñeca izquierda. Una cuchillada. No, peor que eso: un golpe de sable, en los tendones. Mallory observó por primera vez que dos de los dedos de la mano izquierda de Oliphant estaban doblados de forma permanente.

—¡Es usted, entonces! ¡Laurence Oliphant, el héroe de la legación de Tokio! Ahora me acuerdo del nombre. —Mallory se atusó la barba—. Debería haber puesto eso en su tarjeta, señor, y lo habría recordado al instante.

Oliphant se bajó la manga. Parecía un tanto avergonzado.

—Una herida de espada japonesa es una extraña carta de presentación...

—No cabe duda de que sus intereses son muy variados, señor.

—A veces uno no puede evitar ciertos compromisos, doctor Mallory. En el interés de la nación, como si dijéramos. Creo que usted también conoce bien esa situación.

—Me temo que no lo sigo...

—El profesor Rudwick, el fallecido profesor Rudwick, desde luego sabía algo de ese tipo de compromisos.

Mallory comprendió entonces la naturaleza de la alusión de Oliphant, y habló con brusquedad.

—En su tarjeta, señor, dice que es usted periodista. Estos no son asuntos que uno discuta con un periodista.

—Me temo que su secreto dista mucho de ser hermético —replicó Oliphant con cortés desdén—. Todos y cada uno de los miembros de la expedición que hizo usted a Wyoming saben la verdad. Quince hombres, algunos menos discretos de lo que cabría esperar. Los hombres de Rudwick también conocían sus actividades encubiertas. Los que organizaron el asunto, los que le pidieron que llevara a cabo su plan, también lo saben.

—¿Y cómo es, señor, que usted también lo sabe?

—He investigado el asesinato de Rudwick.

—¿Usted cree que la muerte de Rudwick estuvo vinculada a sus... actividades americanas?

—Sé bien que tal es el caso.

—Antes de seguir adelante debo asegurarme de dónde nos encontramos, señor Oliphant. Cuando dice «actividades», ¿a qué se refiere con exactitud? Hable con claridad, señor. Defina sus términos.

—Muy bien. —Oliphant parecía afligido—. Me refiero al organismo oficial que lo persuadió para que llevara de contrabando rifles de repetición a los salvajes

americanos.

—¿Y el nombre de ese organismo...?

—La Comisión de Libre Comercio de la Real Sociedad —respondió Oliphant con paciencia—. Que existe, en su papel oficial, para estudiar las relaciones comerciales internacionales. Aranceles, inversiones y demás. Su ambición, me temo, va más allá de esa autoridad.

—La Comisión de Libre Comercio es una rama legítima del Gobierno.

—En el reino de la diplomacia, doctor Mallory, sus acciones podrían interpretarse como una forma de armar de manera clandestina a los enemigos de naciones con las que Gran Bretaña no está oficialmente en guerra.

—Y yo he de llegar a la conclusión —espetó Mallory con tono airado— de que usted no ve con buenos ojos...

—... el tráfico de armas. Aunque tiene su lugar en el mundo, no se equivoque. —Oliphant volvió a asegurarse de que no los oyera nadie—. Pero nunca lo deben emprender fanáticos nombrados a sí mismos que tienen una noción desmesurada de su papel en la política exterior.

—¿No le gusta entonces que haya aficionados en el juego? Oliphant miró a Mallory a los ojos, pero no dijo nada. —¿Lo que quiere son profesionales, señor Oliphant? ¿Hombres como usted? Oliphant se inclinó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas. —Una agencia profesional —dijo con precisión— no abandonaría a sus hombres

para que los destriparan agentes extranjeros en pleno corazón de Londres, doctor Mallory. Y eso, señor, debo informarle que está muy cerca de la situación en la que se encuentra usted hoy. La Comisión de Libre Comercio no seguirá ayudándolo, por muy bien que haya hecho usted el trabajo que le encomendaron. Ni siquiera le han informado de que su vida está amenazada. ¿Me equivoco, señor?

—Francis Rudwick murió durante una riña en un garito de carreras de ratas. Y eso fue hace meses.

—Eso fue el pasado enero, hace solo cinco meses. Rudwick había vuelto de Texas, donde había estado armando en secreto a la tribu comanche con rifles proporcionados por su Comisión. La noche del asesinato, alguien intentó acabar con la vida del antiguo presidente de Texas. El ex presidente Houston se salvó por muy poco. Su secretario, un ciudadano británico, fue brutalmente acuchillado y murió. El asesino sigue en libertad.

—¿Así que cree que un texano mató a Rudwick?

—Creo que es casi seguro. Las actividades de Rudwick quizá no sean muy conocidas aquí en Londres, pero son bastante obvias para los infelices texanos, que extraen con cierta regularidad balas británicas de los cadáveres de sus compañeros.

—No me gusta el modo en que describe usted el asunto —señaló Mallory con una

punzada de ira—. Si no les hubiéramos dado armas, no nos habrían ayudado. Podríamos haber estado excavando durante años de no haber sido por la ayuda cheyene...

—Dudo que alguien pudiera dar esas razones ante un ranger de Texas — dijo Oliphant—. En realidad, dudo que se pudieran dar ante la opinión pública...

—No tengo ninguna intención de hablar con la prensa. Lamento haber hablado con usted. Está claro que no es muy amigo de la Comisión.

—Ya sé mucho más sobre la Comisión de lo que me hubiera gustado descubrir. He venido aquí para trasmitirle una advertencia, doctor Mallory, no para solicitar información. He sido yo quien ha hablado con demasiada libertad, y me he visto obligado a hacerlo porque es obvio que los errores de la Comisión han puesto en peligro su vida, señor.

Había fuerza en ese argumento.

—Está bien —admitió Mallory—. Ya me ha advertido, señor, y se lo agradezco. —Lo pensó un momento y dijo—: ¿Pero qué pasa con la Sociedad Geográfica, señor Oliphant? ¿Qué lugar ocupa en esto?

—Un viajero atento y observador puede servir a los intereses de su nación sin perjuicio de la ciencia —señaló Oliphant—. Hace mucho tiempo que la Sociedad Geográfica es una fuente vital de información. Elaboración de mapas, rutas navales...

Mallory saltó entonces.

—¿Y a ellos no los llama «aficionados», señor Oliphant? ¿Aunque ellos anden también con faroles oscuros donde no deberían?

Se produjo un silencio.

—Pero es que ellos son... nuestros aficionados —respondió Oliphant con sequedad.

—¿Y cuál, para ser precisos, es la diferencia?

—La diferencia concreta, doctor Mallory, es que a los aficionados de la Comisión los están asesinando.

Mallory gruñó y se arrellanó en la silla. Quizá hubiera una base real en la oscura teoría de Oliphant. La repentina muerte de Rudwick, su rival, su enemigo más formidable, siempre le había parecido un golpe de suerte demasiado conveniente.

—¿Qué aspecto tiene, entonces, ese asesino texano suyo?

—Lo describen como un hombre alto, moreno y de constitución poderosa. Usa un sombrero de ala ancha y un gabán largo y pálido.

—¿No sería uno de esos tipos malhumorados y fatuos de las carreras, con una frente sobresaliente —Mallory se tocó la sien— y un estilete en el bolsillo?

Oliphant abrió mucho los ojos.

—Cielo santo... —dijo en voz baja.

De repente Mallory se dio cuenta de que se estaba divirtiendo. Desconcertar a

aquel hábil espía había tocado una profunda vena de satisfacción en su interior.

—Me llegó a cortar, el tipo aquel —siguió Mallory con su acento de Sussex más marcado—. El día del derby, en las carreras. Un canalla desagradable y muy poco común...

—¿Qué pasó?

—Derribé al muy sinvergüenza —dijo Mallory.

Oliphant se lo quedó mirando y luego estalló en carcajadas.

—Es usted un hombre con recursos inesperados, doctor Mallory.

—Yo podría decir lo mismo de usted, señor. —Mallory se detuvo a pensar antes de continuar—. Pero tengo que decirle que no creo que ese individuo fuera a por mí. Había una chica con él, una furcia, y los dos intimidaban a una dama.

—Continúe, por favor —lo alentó Oliphant—, lo que me cuenta es sumamente interesante.

—Me temo que no puedo —dijo Mallory—. La dama en cuestión era todo un personaje.

—Su discreción, señor —respondió Oliphant con serenidad—, dice mucho a su favor como caballero. Un ataque con un cuchillo, sin embargo, es un delito grave. ¿No ha informado a la policía?

—No —dijo Mallory mientras saboreaba la agitación contenida de Oliphant—. La dama otra vez, ya sabe. Temía comprometerla.

—Quizá —sugirió Oliphant— fue todo una charada, una calculada estratagema para implicarlo a usted en una supuesta riña de juego. Algo parecido se hizo con Rudwick, que murió, como bien recuerda, en un garito de carreras de ratas...

—Señor —dijo Mallory—, la dama no era otra que Ada Byron. Oliphant se enderezó.

—¿La hija del primer ministro?

—No hay otra.

—No cabe duda —admitió Oliphant con tono repentinamente quebradizo—. Pero se me ocurre que hay un buen número de mujeres que se parecen a lady Ada. Nuestra reina de las máquinas es también una reina de la moda. Miles de mujeres siguen su estilo.

—Nunca me la han presentado, señor Oliphant, pero la he visto en las sesiones de la Real Sociedad. Asistí a su conferencia sobre la matemática mecánica. No me equivoco.

Oliphant sacó un cuaderno de cuero de su chaqueta, lo apoyó en una rodilla y destapó un bolígrafo.

—Hábleme, por favor, de ese incidente.

—¿En la más estricta confianza?

—Tiene mi palabra. Mallory presentó una versión discreta de los hechos.

Describió a los atormentadores de Ada y las circunstancias lo mejor que pudo, pero no mencionó el estuche de madera con sus tarjetas para máquinas francesas de celulosa alcanforada. Mallory razonaba que aquel era un asunto privado entre la dama y él; ella le había confiado la guarda y custodia de ese extraño objeto suyo, y él lo consideraba una obligación sagrada. El estuche de madera con las tarjetas, cuidadosamente envuelto en lino blanco para muestras, yacía oculto entre fósiles enyesados, en uno de los casilleros privados que tenía Mallory en el Museo de Geología Práctica, esperando a que pudiera prestarle una mayor atención.

Oliphant cerró el cuaderno, guardó el bolígrafo y le hizo una seña al camarero para que les trajeran unas bebidas. El camarero reconoció a Mallory y le sirvió un ponche de coñac. Oliphant tomó una ginebra rosa.

—Me gustaría que conociera a unos amigos míos —señaló Oliphant—. La Oficina Central de Estadísticas guarda extensos archivos de las clases criminales, mediciones antropométricas, retratos mecánicos y demás. Me gustaría que intentara identificar a su asaltante y a la mujer que era su cómplice.

—Muy bien —respondió Mallory.

—También se le asignará protección policial.

—¿Protección?

—No un policía común, por supuesto. Alguien de la Oficina Especial. Son muy discretos.

—No puedo ir por ahí con un policía pisándome los talones —protestó Mallory —. ¿Qué diría la gente?

—Me preocupa bastante más lo que dirán si lo encuentran a usted destripado en un callejón. ¿Dos destacados expertos en dinosaurios asesinados en circunstancias misteriosas? A la prensa le iba a entusiasmar.

—No necesito ningún guardián. No le tengo miedo a ese chulito.

—Es muy posible que ese en concreto carezca de importancia. Al menos lo sabremos si logra usted identificarlo. —Oliphant suspiró con delicadeza—. Sin duda es un asunto muy frívolo, según los estándares del imperio. Pero yo consideraría que incluye el dominio del dinero; los servicios, cuando se necesitan, de esa suerte turbia de inglés que vive en los callejones poco frecuentados de la vida extranjera de Londres; y, por último, la secreta simpatía de los refugiados americanos, que llegan aquí huyendo de las guerras que conmocionan su continente.

—¿Y usted imagina que lady Ada ha caído de algún modo en este alarmante asunto?

—No, señor, en absoluto. Puede estar seguro de que no es posible que ese sea el caso. La mujer que vio no puede haber sido Ada Byron.

—Entonces considero el tema zanjado —respondió Mallory—. Si fuera a decirme que los intereses de lady Ada están en peligro, yo podría acceder a tomar casi

cualquier medida. Tal y como están las cosas, correré el riesgo.

—La decisión es suya por completo, desde luego —replicó Oliphant con frialdad —. Y quizá todavía sea muy pronto para tomar medidas tan severas. ¿Tiene mi tarjeta? Hágame saber cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Lo haré.

Oliphant se puso en pie.

—Y recuerde, si alguien le pregunta, que hoy no hemos discutido nada más que asuntos de la Sociedad Geográfica.

—Todavía tiene que decirme el nombre de las personas que lo emplean, señor Oliphant. Los que lo emplean de verdad.

Oliphant negó con su cabeza alargada y un gesto sombrío.

—Tal conocimiento no beneficia a nadie, señor. Esa clase de preguntas no conduce más que al sufrimiento. Si es usted inteligente, doctor Mallory, no tendrá nada más que ver con faroles oscuros. Con suerte, todo este asunto quedará al final en nada y se desvanecerá sin dejar rastro, como ocurre con las pesadillas. Desde luego que propondré su nombre para la Sociedad Geográfica, como le he prometido, y espero que considere en serio mi propuesta acerca de los posibles usos de las máquinas de Bow Street.

Mallory contempló cómo aquel extraordinario personaje se levantaba, se daba la vuelta y se alejaba sobre la suntuosa alfombra del palacio. Sus largas piernas centelleaban como tijeras.

Con su nuevo maletín agarrado en una mano, las correas que pendía del techo con la otra, Mallory avanzó milímetro a milímetro por el atestado pasillo del ómnibus hasta llegar a la traqueteante plataforma de salida. Cuando el conductor frenó para dejar pasar una hedionda carreta de alquitranado, Mallory saltó al bordillo.

A pesar de sus mejores esfuerzos se había subido al autobús equivocado. O quizás había llegado demasiado lejos en el vehículo correcto y había dejado muy atrás su destino, absorto como estaba en el último número del Westminster Review. Había adquirido la revista porque llevaba un artículo de Oliphant, una ingeniosa autopsia acerca del desarrollo de la Guerra de Crimea. Quedaba claro que Oliphant, era una especie de experto en la región tras haber publicado Las orillas rusas del Mar Negro un año antes del comienzo de las hostilidades. El libro detallaba unas vacaciones alegres, pero bastante extensas, que Oliphant había pasado en Crimea. Para el ojo avisado de Mallory, el último artículo de Oliphant aparecía erizado de taimadas insinuaciones.

Un golfillo callejero barría con una escoba de ramas la acera ante sus pies. El muchacho levantó la vista, confuso.

—¿Perdón, jefe?

Mallory se dio cuenta con un inquietante sobresalto de que había estado hablando para sí, cautivado, y que murmuraba en voz alta acerca de la tortuosidad de Oliphant. El muchacho, tras atraer la atención de Mallory, realizó una voltereta hacia atrás. El paleontólogo le tiró dos peniques, se giró en una dirección cualquiera sin pensar y se alejó caminando. Poco después descubría que estaba en Leicester Square, cuyos paseos de gravilla y jardines formales eran un lugar excelente para sufrir un robo o una emboscada. Sobre todo por la noche, ya que las calles de los alrededores ofrecían teatros, pantomimas y espectáculos de linterna mágica.

Tras cruzar Whitcomb y luego Oxenden se encontró en Haymarket, extraño bajo la plena luz de aquel día de verano sin sus estridentes prostitutas, que a esas horas dormían. Lo recorrió entero por pura curiosidad. El lugar tenía un aspecto muy diferente durante el día, desvencijado y cansado de su existencia. Al final, y tras observar el paso indolente de Mallory, se le acercó un chulo que le ofreció un paquete de fundas francesas, armadura infalible contra la fiebre de las damas.

Mallory las compró y dejó caer el paquete dentro de su maletín.

Giró a la izquierda y se adentró en el satisfactorio estruendo del abarrotado Pall Mall, cuyo amplio macadán estaba flanqueado por las verjas de hierro negro de los clubes exclusivos, cuyas fachadas de mármol quedaban apartadas del jaleo de la calle. Fuera de Pall Mall, al otro extremo de Waterloo Place, se levantaba el monumento al duque de York. El anciano gran duque de York, el de los diez mil hombres, era ahora una efigie lejana y ennegrecida por el hollín, su rotunda columna empequeñecida por las agujas de acero de la sede de la Real Sociedad.

Mallory ya se había orientado. Recorrió la pasarela elevada sobre Pall Mall mientras a sus pies los braceros, con la cabeza cubierta por pañuelos para combatir el sudor, bregaban y perforaban el pavimento con una atronadora excavadora de dientes de acero. Vio que estaban preparando los cimientos de un nuevo monumento, dedicado sin duda a la gloria de la victoria en Crimea. Subió por Regent Street hasta el Circus, donde la multitud salía sin cesar por las puertas de mármol del metro, siempre manchadas de hollín. Permitió que lo empaparan las rápidas corrientes de humanidad.

Se percibía allí un potente hedor, un tufo a cloaca similar al vinagre quemado, y por un momento Mallory se imaginó que aquel miasma emanaba de la propia multitud, de la ventilación malsana de sus abrigos y zapatos. La peste poseía una intensidad subterránea, una química feroz, profundísima, la calidad de las cenizas calientes y los goteos sépticos, y entonces pensó que ese aire era expelido, expulsado desde los caliginosos intestinos de Londres por los trenes que los recorrían como tiros. Después la multitud lo empujó calle arriba, por Jermyn Street, y un momento después podía oler los embriagadores productos del emporio quesero de Paxton y Whitfield. Se apresuró por Duke Street, olvidado ya el hedor, e hizo una pausa bajo

las lámparas de hierro forjado del hotel Cavendish. Aseguró los cierres de su maletín y luego cruzó la calle hasta su destino, el Museo de Geología Práctica.

Era un edificio imponente, sólido, similar a una fortaleza; Mallory pensaba que se parecía mucho a la mente de su director. Subió trotando los escalones y entró a un grato frescor pétreo. Tras firmar con un floreo en el libro de visitantes encuadernado en cuero, siguió adelante y penetró en la inmensa sala central, cuyas paredes estaban forradas de vitrinas de suntuosa caoba, con frentes de cristal reluciente. La luz entraba a raudales por la gran cúpula de acero y cristal, de la que en ese momento colgaba de su arnés trabado un limpiador solitario que pulía un vidrio tras otro, en lo que Mallory suponía que sería una rutina interminable.

En la planta baja del museo se exhibían los vertebrados, junto con varias ilustraciones pertinentes de las maravillas de la geología estratigráfica. Encima, en una galería con barandilla y pilares, se exponía una serie de vitrinas más pequeñas que contenían a los invertebrados. La gran multitud de aquel día resultaba gratificante y había una sorprendente cantidad de mujeres y niños, incluida una tropa uniformada de desaliñados escolares de clase trabajadora, llegados de alguna academia gubernamental. Los muchachos estudiaban las vitrinas con suma atención, ayudados por los guías de chaqueta roja.

Mallory se coló por una puerta alta sin distintivos y recorrió un pasillo flanqueado por almacenes cerrados con llave. Al final del corredor, una voz magistral se filtraba a través de la puerta cerrada de la oficina del director. Mallory llamó y escuchó con una sonrisa cómo la voz completaba un punto retórico especialmente rimbombante.

—Entre —resonó la voz del director.

Mallory pasó a la habitación al tiempo que Thomas Henry Huxley se levantaba para saludarlo. Se estrecharon las manos. Huxley le había estado dictando a su secretario, un joven con gafas y todo el aspecto de un licenciado ambicioso.

—Eso será todo por ahora, Harris —dijo Huxley—. Mándeme al señor Reeks, por favor, con sus bocetos del brontosauro.

El secretario metió en una carpeta de cuero las notas que había tomado a lápiz y se marchó con una inclinación dedicada a Mallory.

—¿Cómo te encuentras, Ned? —Huxley miró a Mallory de arriba abajo con aquellos ojos juntos y despiadadamente observadores que habían descubierto la «capa de Huxley» en la raíz del cabello humano—. Lo cierto es que tienes muy buen aspecto. Se podría decir incluso que espléndido.

—He tenido un poco de suerte —respondió Mallory con brusquedad.

Para sorpresa de Mallory, vio que de detrás del atestado escritorio de Huxley salía un niño pequeño y rubio, muy bien vestido con un traje de cuello plano y bombachos.

—¿Y quién es este? —inquirió Mallory.

—El futuro —pió Huxley mientras se inclinaba para coger al niño—. Mi hijo,

Noel, que ha venido hoy a ayudar a su padre. Dile «cómo está usted» al doctor Mallory, hijo.

—¿Cómo está usted, señor Mellowy? —trinó el niño.

—Doctor Mallory —lo corrigió Huxley con suavidad. Los ojos de Noel se abrieron mucho.

—¿Es usted un doctor médico, señor Mellowy? —Estaba claro que la idea lo alarmaba.

—Vaya, apenas sabía usted caminar la última vez que nos vimos, don Noel —bramó Mallory con tono efusivo—. Y aquí lo tenemos hoy, hecho todo un caballerito. —Sabía que Huxley adoraba al niño—. ¿Y cómo está su hermanito?

—Ahora también tiene una hermana —anunció Huxley mientras ponía al niño en el suelo—. Desde que te fuiste a Wyoming.

—¡Debe de estar usted muy contento con eso, don Noel!

El pequeño esbozó una breve sonrisa cortés y llena de cautela. Luego se subió a la silla de su padre. Mallory colocó su maletín sobre una librería que contenía un juego de obras de Cuvier encuadernadas en tafilete, una edición original.

—Tengo una cosa que podría interesarte, Thomas —dijo mientras abría el maletín —. Un regalo para ti de los cheyenes. Se acordó de meter las fundas francesas debajo del Westminster Review y luego sacó un paquete de papel atado con cuerdas que le dio a Huxley.

—Espero que no sea una de esas curiosidades etnográficas —protestó Huxley con una sonrisa mientras cortaba la cuerda con gestos hábiles y una navaja—. No soporto esas cuentas lamentables y demás chismes...

El papel contenía seis obleas marrones y encogidas, del tamaño de medias coronas.

—Un útil legado que te manda un hechicero cheyene, Thomas.

—Algo parecido a los obispos anglicanos, ¿no? —Huxley sonrió y sujetó uno de los correosos objetos bajo la luz—. Materia vegetal seca. ¿Un cactus?

—Yo diría que sí.

—Joseph Hooker, de Kew, podría decírnoslo.

—Este brujo tenía una idea bastante clara del propósito de nuestra expedición.

Se imaginaba que queríamos revivir al monstruo muerto, aquí en Inglaterra. Dijo que estas obleas te permitirían viajar lejos, Thomas, y recoger el alma de la criatura.

—¿Y qué hago, Ned, las ensarto en un rosario?

—No, Thomas, te las comes. Te las comes, salmodias, tocas tambores y bailas como un derviche hasta que sufres un ataque. Ese es el método habitual, según he oído. —Mallory se echó a reír.

—Ciertas toxinas vegetales tienen la capacidad de producir visiones — comentó Huxley mientras guardaba con cuidado las obleas en un cajón del escritorio—.

Gracias, Ned. Más tarde me ocuparé de que las cataloguen como es debido. Me temo que la presión del negocio ha confundido a nuestro buen señor Reeks. Suele ser más raudo.

—Hoy tenéis una buena multitud ahí fuera —sugirió Mallory para llenar el silencio. El hijo de Huxley había sacado un caramelo del bolsillo y lo estaba desenvolviendo con precisión quirúrgica.

—Sí —dijo Huxley—. Los museos británicos, nuestras fortalezas del intelecto, como dice a su elocuente manera el primer ministro. Aun así, no sirve de nada negar que la educación, la educación de las masas, es la única gran obra que tenemos entre manos. Aunque hay días en que lo tiraría todo por la borda, Ned, con tal de volver a ser un hombre de campo como tú.

—Te necesitan aquí, Thomas.

—Eso dicen —respondió Huxley—. Pero sí que intento salir una vez al año. A Gales sobre todo, a recorrer las colinas. Restaura el alma. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Sabías que me han propuesto para el título de lord?

—¡No! —exclamó Mallory encantado—. ¡Tom Huxley, todo un par! ¡Diantres! ¡Qué noticia más espléndida!

Huxley pareció durante un momento inesperadamente malhumorado.

—Vi a lord Forbes en la Real Sociedad. «Bueno», me dijo, «me alegro de comunicarle que está usted a punto de ingresar en la Cámara de los Lores. La selección se realizó el viernes por la noche, y tengo entendido que era usted uno de los seleccionados». —Huxley, sin esfuerzo aparente, se había adueñado de los gestos de Forbes, de su forma de enunciar e incluso de su tono de voz. Levantó la vista y dijo—: No he visto la lista en persona, pero la autoridad de Forbes es tal que tengo cierta confianza.

—¡Por supuesto! —se regocijó Mallory—. ¡Un gran tipo, Forbes!

—No me sentiré seguro del todo hasta que reciba la confirmación oficial —lo aplacó Huxley—. Te confieso, Ned, una cierta ansiedad, siendo la salud del primer ministro la que es.

—Sí, es una pena que esté enfermo —dijo Mallory—. ¿Pero por qué debería preocuparte eso tanto? ¡Tus logros hablan por sí mismos!

Huxley negó con la cabeza.

—El momento no parece casual. Sospecho que esto es un truco de Babbage y sus amigotes de la elite, un último intento por llenar la Cámara de intelectuales científicos mientras todavía gobierna Byron.

—Esa es una sospecha bien siniestra —objetó Mallory—. ¡Fuiste el mejor defensor de la evolución en el debate! ¿Por qué cuestionas tu buena fortuna? ¡A mí me parece una cuestión de simple justicia!

Huxley se agarró las solapas con las dos manos, en un gesto de profunda

sinceridad.

—Ya me nombren lord o no, una cosa puedo decir: he dejado que mi caso se sostenga por sus propios méritos. Jamás he pedido favores especiales. Si el título es mío, no será por mediación de intriga alguna.

—¡La intriga no tiene nada que ver! —dijo Mallory.

—¡Desde luego que sí! —espetó Huxley—. Aunque no me oirás decirlo en público. —Bajó la voz—. Pero tú y yo nos conocemos desde hace muchos años. Veo en ti un aliado, Ned, y un amigo de la verdad.

Huxley comenzó a pasearse sobre la alfombra turca que tenía ante el escritorio.

—No sirve de nada hablar con falsa modestia acerca de un tema tan importante. Tenemos ciertas obligaciones vitales que cumplir con nosotros mismos, con el mundo exterior y con la ciencia. Nos tragamos elogios, lo que no constituye placer alguno, y arrostramos dificultades descomunales que conllevan un dolor tan grave como incuestionable. Dolor, e incluso peligro.

Mallory se puso nervioso, sorprendido tanto por la velocidad de la noticia como por el repentino peso de la sinceridad de su amigo. Sin embargo, pensó, Huxley siempre había sido así; ya como joven estudiante sus actividades resultaban siempre sorprendentes e impetuosas. Por primera vez desde Canadá, Mallory sintió que había vuelto al mundo real al que pertenecía, al plano más limpio y más elevado en el que habitaba la mente de Huxley.

—¿Peligro de qué tipo? —preguntó con retraso.

—Peligro moral. También peligro físico. Siempre hay riesgos en la lucha por el poder mundano. Un lord tiene un puesto político. Partido y Gobierno, Ned. Dinero y leyes. Tentación, quizá compromisos innobles... Los recursos de la nación son finitos, la competición es intensa. ¡Se debe defender el hueco que ocupan la ciencia y la educación! ¡No, expandirlo! —Sonrió con tristeza—. De alguna forma debemos coger el toro por los cuernos. La alternativa sería quedarnos quietos y dejar que el diablo haga lo que quiera con el mundo del futuro. ¡Y yo, por lo menos, preferiría estallar en mil pedazos que ver la ciencia prostituida!

Sorprendido por la franqueza de Huxley, Mallory lanzó una mirada al niño, que chupaba su caramelo y daba patadas a las patas de la silla con sus relucientes zapatitos.

—Eres el hombre adecuado para esa tarea, Thomas —señaló Mallory—. Sabes que puedes contar con toda la ayuda que pueda ofrecerte, si la causa me necesita alguna vez.

—Me alegra oír eso, Ned. Confío en la firmeza de tu corazón, en tu obstinada determinación. ¡Que ha demostrado ser auténtica como el acero! ¡Dos años de duro trabajo en los yermos de Wyoming! En fin, yo veo hombres todas las semanas que afirman sentir una gran devoción por la ciencia, y sin embargo no sueñan más que

con medallas de oro y birretes de catedrático.

Huxley se paseaba todavía más rápido. —Un abominable batiburrillo de hipocresía, bobería y egoísmo lo pringa todo en la Inglaterra de hoy. —Huxley se paró en seco—. Es decir, Ned, a veces creo

que también yo estoy manchado. Es una posibilidad que me infunde un terror mórbido.

—Nunca —le aseguró Mallory.

—Me alegro de tenerte de vuelta entre nosotros —dijo Huxley reanudando su paseo—. Y famoso, ¡mejor aún! Debemos capitalizar esa ventaja. Debes escribir un libro de viajes, un relato meticuloso de tus proezas.

—Es extraño que menciones eso —dijo Mallory—. Precisamente tengo un libro así aquí, en mi bolsa. La misión a China y Japón, de Laurence Oliphant. Un tipo muy listo, al parecer.

—¿Oliphant, de la Geográfica? Ese hombre es un caso desesperado. Se pasa de listo y miente como un político. No, yo propongo una narración popular, algo que pueda entender un mecánico, ¡la clase de tipo que amuebla su sala de estar con una mesa Pembroke y unos pastorcitos de cerámica! Escúchame, Ned, es vital para la gran obra. Y también hay mucho dinero metido en esto.

Mallory se quedó desconcertado.

—Hablo bastante bien cuando me emociono, pero escribir un libro entero a sangre fría...

—Te buscaremos un gacetillero desconocido para pulir los trozos más ásperos —indicó Huxley—. Es una estratagema bastante común, créeme. Ese tipo, Disraeli, cuyo padre fundó el Trimestral de Disraeli, ya sabes. Es un poco tarambana. Escribe novelas sentimentales. Basura. Pero es bastante formal cuando está sobrio.

—¿Benjamín Disraeli? A mi hermana Agatha le encantan sus novelas románticas.

Hubo algo en el asentimiento de Huxley que indicó a Mallory que a una mujer del clan Huxley no la encontrarían ni muerta con una novela popular.

—Debemos hablar sobre tu simposio en la Real Sociedad, Ned, tu próxima conferencia sobre el brontosauro. Será todo un acontecimiento, un estrado público muy útil. ¿Tienes algún buen retrato, para la publicidad?

—Bueno, no —dijo Mallory.

—Entonces Maull y Polyblank son tus hombres, daguerrotipistas de la alta burguesía.

—Tomaré nota de eso.

Huxley cruzó el espacio que lo separaba de una pizarra enmarcada en caoba que tenía detrás del escritorio y cogió un portatizas de plata de ley. «Maull y Polyblank», escribió con una letra cursiva rápida y fluida.

Se volvió.

—También necesitarás quinótropo, y yo tengo el tipo adecuado. Trabaja mucho para la Real Sociedad. Tiende a hacer un trabajo demasiado elaborado, así que como te descuides te robará el espectáculo con sus chasqueos. Pero es un hombrecillo muy listo.

«John Keats», escribió.

—¡Esto no tiene precio, Thomas!

Huxley hizo una pausa antes de continuar.

—Hay otra cosa, Ned. Pero me cuesta mencionártelo.

—¿Qué es?

—No deseo herir tus sentimientos.

Mallory esbozó una sonrisa falsa.

—Sé que no soy un gran orador, pero me he defendido en el pasado. Huxley dudó un momento, y de repente levantó la mano.

—¿Cómo llamas a esto?

—Lo llamo un trozo de tiza —dijo Mallory para seguirle la corriente.

—¿Tiiiza?

—¡Tiza! —repitió Mallory.

—Tenemos que hacer algo con esas vocales de Sussex tan largas, Ned. Conozco a un tipo, un profesor de locución. Un hombrecito muy discreto. Francés, en realidad, pero habla el mejor inglés que has oído jamás. Una semana de lecciones con él harían maravillas.

Mallory frunció el ceño.

—No estarás diciendo que necesito maravillas, espero...

—¡En absoluto! Es una simple cuestión de educar el oído. Te sorprendería saber cuántos prometedores oradores públicos han acudido a este caballero. — «Jules D’Alembert», escribió Huxley—. Sus lecciones son un poco caras, pero...

Mallory apuntó el nombre. Alguien llamó a la puerta. Huxley limpió la pizarra con el fieltro polvoriento de un borrador de mango de ébano.

—¡Entre! —Apareció un hombre fornido ataviado con un mandil salpicado de yeso—. Te acordarás del señor Trenham Reeks, nuestro director adjunto...

Reeks se metió una larga carpeta bajo el brazo y estrechó la mano de Mallory. Había perdido algo de pelo y había engordado un poco desde la última vez que Mallory lo había visto.

—Disculpe el retraso, señor —se disculpó Reeks—. Lo estamos pasando mal en el estudio para vaciar esas vértebras. Una estructura asombrosa. Su mera magnitud ya presenta unos problemas horrendos.

Huxley despejó un espacio en su escritorio. Noel tiró de la manga de su padre y susurró algo.

—Oh, muy bien —dijo Huxley—. Discúlpennos un momento, caballeros. — Y se

llevó a Noel fuera de la oficina.

—Lo felicito por su ascenso, señor Reeks —dijo Mallory.

—Gracias, señor —respondió Reeks. Abrió la carpeta y luego se colocó sobre la nariz unos quevedos sujetos por una cinta—. Y gracias por este gran descubrimiento. ¡Aunque debo decir que es todo un reto para la escala de nuestra institución! —Dio unos golpecitos en una hoja de papel cuadriculado de tamaño folio.

Mallory estudió el esbozo, un plano de la sala central del museo, con el esqueleto del leviatán superpuesto. —¿Dónde está el cráneo? —preguntó.

—El cuello se extiende por completo hasta el vestíbulo —dijo Reeks con orgullo —. Tendremos que mover varias vitrinas...

—¿Tiene una sección?

Reeks la sacó del fajo de esbozos. Mallory la examinó con el ceño fruncido.

—¿Qué autoridad emplea para esta disposición anatómica?

—Hasta la fecha disponemos de muy pocos artículos publicados sobre esta criatura —replicó Reeks, herido—. El más extenso y completo es el del doctor Foulke, en las Actas del mes pasado. —Le tendió la revista que llevaba en la carpeta.

Mallory la apartó a un lado.

—Foulke ha distorsionado por completo la naturaleza del espécimen.

Reeks parpadeó.

—La reputación del doctor Foulke...

—¡Foulke es un uniformista! Era el hombre que Rudwick tenía en el gabinete, uno de sus mejores aliados. El artículo de Foulke es una sarta de absurdos. ¡Afirma que la bestia era de sangre fría y semiacuática! Que comía plantas acuáticas blandas y se movía con lentitud...

—Pero una criatura de este inmenso tamaño, doctor Mallory, ¡de este enorme peso...! Parecería que una vida en el agua, solo para sostener la masa...

—Ya veo —lo interrumpió Mallory. Luchó por recuperar la compostura. No servía de nada molestar al pobre Reeks: aquel hombre era un funcionario con poca información y buenas intenciones—. Eso explica por qué han hecho que su cuello se estire sin fuerzas, casi al nivel del suelo. Y también explica las articulaciones de lagarto, no, de anfibio, de las patas.

—Sí, señor —respondió Reeks—. Uno se lo imagina recolectando plantas acuáticas con ese largo cuello, ¿ve?, sin que apenas necesite mover su gran cuerpo mucha distancia, ni tampoco con gran velocidad. Salvo quizá para alejarse por el agua de algún depredador, si es que había algo lo bastante hambriento para emprenderla contra semejante monstruo.

—Señor Reeks, esta criatura no era una salamandra grande de cuerpo blando. Ha sido usted víctima de un grave malentendido. Esta criatura era como un elefante moderno, como una jirafa, pero a una escala mucho más grande. Evolucionó para

arrancar y devorar las copas de los árboles.

Mallory cogió un lápiz del escritorio y empezó a dibujar con mano rápida y experta.

—Se pasaba buena parte del tiempo sobre las patas traseras, apoyada en la cola, con la cabeza muy por encima del suelo. Observe el engrosamiento de las vértebras caudales. Un signo seguro de una presión enorme, por la postura bípeda. —Dio unos golpecitos al anteproyecto y continuó—: Un rebaño de estas criaturas podría haber demolido un bosque entero con toda rapidez. Emigraban, señor Reeks, como hacen los elefantes, cruzando distancias inmensas y a toda prisa. Cambiaban el paisaje con su devastador apetito. El brontosauro tenía una postura erguida, el pecho estrecho, las patas como columnas y verticales, para dar la zancada rápida, rígida de un elefante. No tenía nada que ver con las ranas.

—Me inspiré en la postura del cocodrilo —protestó Reeks.

—El Instituto de Análisis Mecánico de Cambridge ha completado mi análisis de tensión —replicó Mallory. Se acercó a su maletín, sacó un fajo encuadernado de papel continuo y lo colocó con un golpe sobre el escritorio—. La criatura no habría podido sostenerse ni un momento en tierra firme con las patas en esa posición absurda.

—Sí, señor —dijo Reeks en voz baja—. Eso explica la hipótesis acuática.

—¡Mire los dedos de las patas! —ordenó Mallory—. Son gruesos como piedras angulares, no son las patas palmeadas de un nadador. Y mire los rebordes de las vértebras espinales. Esta criatura se erguía sobre la articulación de la cadera para llegar a mayores alturas. ¡Como una grúa de construcción!

Reeks se quitó los quevedos y empezó a limpiarlos con un pañuelo de lino que se sacó del bolsillo de los pantalones.

—Esto no va a agradar mucho al doctor Foulke —dijo—. Y me atrevería a decir que tampoco a sus colegas.

—No me haga empezar con esos —dijo Mallory. Huxley volvió a entrar en la oficina con su hijo de la mano. Miró a Reeks y luego a Mallory.

—Oh, cielos —dijo—. Veo que ya se han metido a fondo.

—Es esa tontería de Foulke —empezó Mallory—. ¡Parece decidido a demostrar que los dinosaurios no estaban capacitados para vivir! Ha retratado a mi leviatán como si fuera una babosa flotante que aspiraba algas de un estanque.

—Debes reconocer que mucho cerebro no tenía —señaló Huxley. —Lo que no supone, Thomas, que estuviera aletargado. Todo el mundo admite que el dinosaurio de Rudwick podía volar. Estas criaturas eran rápidas y activas.

—Pues en realidad, ahora que Rudwick ya no está con nosotros hay algunas ideas revisionistas sobre ese tema —dijo Huxley—. Hay quienes aseguran que su reptil volador solo sabía planear.

Mallory contuvo una maldición por el niño que había en la sala.

—Bueno, todo se reduce a la teoría básica, ¿no? —dijo—. ¡La facción uniformista quiere que estas criaturas parezcan sosas y perezosas! Los dinosaurios encajarán entonces en su pendiente de desarrollo gradual, una progresión lenta hasta hoy en día. Mientras que, si se reconoce el papel de la catástrofe, se admite que estas magníficas criaturas estaban en un estado de forma darviniano mucho mejor, por muy hiriente que eso pueda resultar para la vanidad de los diminutos mamíferos modernos del orden de Foulke y sus compañeros.

Huxley se sentó y apoyó una mano en la poblada mejilla.

—¿No estás de acuerdo con la disposición del espécimen?

—Al parecer, el doctor Mallory lo prefiere de pie —dijo Reeks—. Preparado para alimentarse de la copa de un árbol.

—¿Podríamos conseguir esa posición, señor Reeks? Este pareció sorprenderse. Se metió los quevedos en un bolsillo detrás del mandil. Luego se rascó la cabeza.

—Creo que es posible, señor. Si lo montáramos bajo el tragaluz y lo suspendiéramos de las vigas del techo... Quizá tuviéramos que doblarle el cuello un poco... ¡Podríamos dirigir la cabeza hacia el público! Resultaría ciertamente melodramático.

—Para alimentar al Cerbero de la popularidad —dijo Huxley—. Aunque cuestiono las consecuencias sobre los alterados nervios de la paleontología. Confieso que no estoy en absoluto cómodo con esta discusión. Todavía no he leído el artículo de Foulke y tú, Mallory, todavía tienes que publicar algo sobre el tema. Y no quisiera añadir más leña al fuego del debate catastrofista. Natura non facit saltum.

—Pero es que sí que salta —replicó Mallory—. Las simulaciones de las máquinas lo demuestran. Los sistemas complejos pueden realizar transformaciones repentinas.

—Da igual la teoría. ¿Qué puedes decirnos de las pruebas que tenemos ahora mismo, en la mano?

—Puedo presentar buenos argumentos. Y lo haré, en mi conferencia pública. No son argumentos perfectos, pero son mejores que los de la oposición.

—¿Te jugarías con esto tu reputación de erudito? ¿Has considerado cada pregunta, cada objeción?

—Podría equivocarme —dijo Mallory—. Pero no de una forma tan extrema como ellos.

Huxley dio unos golpecitos en el escritorio con un bolígrafo.

—¿Y si te pregunto, como asunto elemental, cómo es que esta criatura podía comer follaje leñoso? Su cabeza resulta apenas más grande que la de un caballo, y la dentadura es de una pobreza notable.

—No masticaba con los dientes —dijo Mallory—. Tenía una molleja forrada de muelas. A juzgar por el tamaño del tórax, ese órgano debía de tener un metro de largo

y pesar quizá cuarenta y cinco kilos. Un quintal de molleja tiene más potencia muscular que las mandíbulas de cuatro elefantes macho.

—¿Para qué necesitaría un reptil tal cantidad de alimento?

—No era de sangre caliente per se, pero poseía un metabolismo complejo. Es una simple cuestión de proporciones entre la superficie y el volumen. Una masa corporal de ese tamaño retiene el calor incluso con el tiempo frío. —Mallory sonrió—. Las ecuaciones son muy fáciles de calcular, no requieren más de una hora de las máquinas más pequeñas de la Sociedad.

—Esto provocará grandes problemas —murmuró Huxley.

—¿Vamos a dejar que la política se interponga en el camino de la verdad?

—¡Touché! Nos ha vencido, señor Reeks. Me temo que debe alterar sus esmerados planos.

—A los muchachos del estudio les encantan los retos, señor —respondió Reeks con lealtad—. Y si me permite decirlo, doctor Huxley, una controversia obra milagros en nuestra concurrencia.

—Una pequeña cuestión más —se apresuró a decir Mallory—: el estado del cráneo. Siento decir que el cráneo del espécimen está bastante fragmentado, y requerirá un estudio detallado y algunas conjeturas. Me gustaría unirme a ustedes en el estudio para el asunto del cráneo, señor Reeks.

—Desde luego, señor. Me ocuparé de que le den una llave.

—Lord Gideon Mantell me enseñó todo lo que sé sobre el modelado del yeso —declaró Mallory con una pequeña muestra de nostalgia—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que me enfrenté a ese noble oficio. Será un gran placer observar los últimos avances de la técnica en un entorno tan ejemplar.

Huxley sonrió con un cierto deje de duda.

—Espero que podamos complacerte, Ned.

Mientras se limpiaba la nuca con un pañuelo, Mallory contempló con tristeza la sede de la Oficina Central de Estadística.

El antiguo Egipto llevaba veinticinco siglos muerto, pero Mallory lo había llegado a conocer lo bastante bien como para que le desagradara. La excavación francesa del Canal de Suez había sido un asunto heroico, hasta el punto que todo lo egipcio se había convertido en la última moda de París. El furor también había hecho presa de Gran Bretaña y había inundado el país de alfileres de cuello con escarabajos, teteras con alas de halcón, morbosas estereografías de obeliscos caídos y miniaturas de mármol falso de la esfinge desnarigada. Los fabricantes habían hecho que las máquinas bordaran toda esa chusma de diosecillos paganos con cabeza de bestia en cortinas, alfombras y tapicerías de carruajes, para disgusto de Mallory, al que habían llegado a desagradarle en especial las absurdas divagaciones sobre las pirámides,

ruinas que inspiraban el tipo preciso de asombro risible que más repugnaba a su sensibilidad.

Había leído, por supuesto, y con admiración, lo publicado sobre las hazañas de la ingeniería en Suez. Dado que carecían de carbón, los franceses habían alimentado sus excavadoras gigantes con momias empapadas en betún, apiladas como trozos de leña y vendidas por toneladas. Con todo, le molestaba el espacio que usurpaba la egiptología en las revistas geográficas.

La Oficina Central de Estadística, de vaga forma piramidal y excesivamente egipcia en sus detalles decorativos, se alzaba con solidez en el corazón gubernamental de Westminster, con los pisos superiores inclinados hacia una cumbre de piedra caliza. Para poder disponer de más espacio, la sección inferior del edificio estaba hinchada y desnivelada, como un gran nabo de piedra. Las paredes, atravesadas por imponentes chimeneas, sostenían un bosque disperso de ventiladores giratorios cuyas aspas estaban decoradas con unas molestas alas de halcón. Toda aquella inmensa pila quedaba plagada de arriba abajo con gruesas líneas telegráficas negras, como si los flujos individuales de la información del imperio hubieran atravesado la piedra sólida. Una densa vegetación de cables se precipitaba desde conductos y soportes hasta los postes del telégrafo, que se apiñaban como las jarcias en un puerto atestado.

Mallory cruzó el asfalto caliente y pegajoso de Horseferry Road desconfiando de los excrementos de paloma que se apiñaban en la red de cables que tenía encima.

Las puertas, dignas de cualquier fortaleza de la Oficina y flanqueadas por columnas coronadas con lotos y esfinges de bronce de estilo británico, se elevaban a unos seis metros de altura. En las esquinas se habían instalado unas puertas más pequeñas, de diario. Mallory entró con el ceño fruncido en la penumbra fresca y percibió los olores leves pero penetrantes de la lejía y el aceite de linaza. Había dejado atrás el ardiente caldo de Londres, pero aquel maldito sitio no tenía ventanas. Unos mecheros de aspecto egipcio iluminaban la oscuridad. Sus llamas se iban consumiendo con alegría dentro de unos reflectores con forma de abanico de hojalata pulida.

Mostró su tarjeta de ciudadano en el mostrador de visitantes. El empleado (o quizá fuera una especie de policía, ya que lucía un uniforme de la oficina muy moderno, pero de aspecto extrañamente militar) tomó buena nota del destino de Mallory. De debajo del mostrador sacó un plano de factura mecánica del edificio y marcó la enrevesada ruta de Mallory con tinta roja.

Mallory, todavía irritado tras la reunión de aquella mañana con el Comité de candidaturas de la Sociedad Geográfica, dio las gracias al hombre con bastante brusquedad. De algún modo (no sabía qué arteros resortes se habían tocado entre bastidores, pero la trama estaba bastante clara) Foulke había conseguido meterse en

ese comité. Foulke, cuya teoría acuática sobre el brontosauro había sido desechada por el museo de Huxley, se había tomado la hipótesis arborícola de Mallory como un ataque personal, y el resultado había sido que una formalidad de ordinario agradable se había convertido una vez más en otro juicio público del catastrofismo radical. Mallory había conseguido al final el puesto de miembro. Oliphant había preparado el terreno demasiado bien para que la emboscada de última hora de Faulke triunfara, pero el asunto todavía le escocía. Presentía que su reputación había quedado en entredicho. El doctor Edward Mallory («Leviatán Mallory», como los periódicos de penique insistían en llamarlo) había aparecido como un fanático, incluso como un mezquino. Y eso delante de dignos geógrafos de primera fila, hombres como Burton, de La Meca, o Elliot, del Congo.

Mallory siguió su mapa murmurando para sí. Las diosas de la fortuna de la guerra erudita, pensó, nunca parecían favorecerlo como favorecían a Thomas Huxley. Las peleas de Huxley con los poderes establecidos solo lo habían distinguido como un mago del debate, mientras que Mallory quedaba reducido a recorrer aquel mausoleo iluminado por el gas donde esperaba identificar a un despreciable chulo de carreras.

Tras doblar la primera esquina descubrió un bajorrelieve de mármol que mostraba la plaga de las ranas de Moisés, que siempre se había contado entre sus relatos bíblicos favoritos. Hizo una pausa para admirarlo y a punto estuvo de atropellarlo una carreta de acero cargada hasta las regalas con pilas de tarjetas perforadas.

—¡Abran paso! —chilló el carretero, ataviado con una sarga de botones de latón y la gorra de pico de un mensajero. Mallory observó con asombro que el hombre llevaba unas botas con ruedas, robustos zapatos de cordones equipados con ejes en miniatura y círculos de goma sin radios. El tipo salió disparado pasillo abajo, dirigiendo con pericia la pesada carreta y desapareciendo tras una esquina.

Mallory pasó junto a un pasillo bloqueado por unos caballetes sobre los que dos aparentes lunáticas, inmersas en la penumbra iluminada por el gas, reptaban a cuatro patas sin prisa aparente. Mallory se las quedó mirando. Se trataba de rollizas señoras de mediana edad, ataviadas de la cabeza a los pies de un blanco impecable, el cabello confinado dentro de turbantes elásticos y ceñidos. Desde lejos, su ropa tenía el tétrico aspecto de unas mortajas. Entonces una de ellas se puso en pie con dificultades y empezó a limpiar el techo con toda suavidad, usando para ello una esponja colocada sobre una pértiga telescópica.

Eran mujeres de la limpieza.

Siguió el mapa hasta un ascensor y lo acompañó al interior un empleado uniformado que lo llevó a otro nivel. Allí el aire era seco y estático, y en los pasillos había más gente. Se veían más de aquellos extraños policías, mezclados con caballeros de la capital de aspecto serio: abogados quizá, o procuradores, o los agentes legislativos de los grandes capitalistas, hombres cuyo negocio era adquirir y

vender información al por menor sobre las actitudes e influencia del público. Políticos, en pocas palabras, que trataban únicamente con lo intangible. Y aunque era de presumir que tenían sus esposas, sus hijos y sus casas en barrios residenciales, allí a Mallory le parecían más bien fantasmas o clérigos.

Unos metros más adelante se vio obligado a esquivar en el último momento a un segundo mensajero rodante, para lo que se apretó contra una columna decorativa de hierro forjado. El metal le chamuscó las manos. A pesar de su suntuosa ornamentación de flores de loto, la columna era una chimenea. La oyó emitir el rugido sordo y el murmullo de un humero mal regulado.

Volvió a consultar su mapa y entró en un pasillo repleto de despachos a izquierda y derecha. Oficinistas de batas blancas se colaban de puerta en puerta, esquivando a los jóvenes mensajeros que rodaban por allí con sus carretillas cargadas de tarjetas. En aquel espacio las luces de gas brillaban más, pero temblaban debido a una corriente de aire constante. Mallory echó un vistazo por encima del hombro. Al final del pasillo había instalado un ventilador gigante de armazón de acero. Chirriaba un poco sobre una cadena de transmisión engrasada, y lo impulsaba un motor invisible oculto en las entrañas de la pirámide.

Mallory empezó a sentirse un poco aturdido. Lo más probable era que todo aquello fuera un grave error. Seguro que había formas mejores de descubrir el misterio del día del derby que cazar chulos con un compañero burocrático de Oliphant. Hasta el aire de aquel sitio lo agobiaba, abrasado, jabonoso e inerte. Los suelos y las paredes pulidas y relucientes... Jamás había visto un sitio tan desprovisto de suciedad común. Aquellos pasillos le recordaron algo, otro viaje laberíntico...

Lord Darwin. Mallory y el gran intelectual habían paseado por los caminos cercados de setos y sombreados por las hojas de Kent. Darwin hurgaba en el húmedo suelo negro con su bastón y hablaba sin cesar acerca de las lombrices, de ese modo suyo interminable, incesante, devastadoramente detallado. Las lombrices, siempre invisibles e infatigables bajo sus pies, de tal modo que hasta las grandes areniscas terminaban por hundirse con el tiempo en la marga. Darwin había medido el proceso en Stonehenge, en un intento por datar el antiguo monumento.

Mallory se tiró con fuerza de la barba, con el mapa olvidado en la mano. Tuvo una visión de unas lombrices que se agitaban presas de un frenesí catastrófico, hasta que el suelo se sacudía y borbotaba como el caldero de una bruja. En unos años, quizá simples meses, todos los monumentos de eones más lentos que aquel terminarían por hundirse en el primigenio lecho de piedra.

—¿Señor? ¿Puedo servirle en algo?

Mallory se recuperó sobresaltado. Lo abordaba un empleado de bata blanca que clavaba en su rostro una mirada suspicaz cubierta por unas gafas. Mallory le devolvió la mirada furioso, confundido. Durante un momento sublime se había encontrado al

borde de una revelación y ahora había desaparecido, miserable y poco gloriosa como un estornudo inconcluso.

Peor aún, Mallory se dio cuenta entonces de que había estado murmurando otra vez en voz alta. Sobre lombrices, era de presumir. Alargó el mapa con gesto brusco.

—Busco el nivel 5, CC—50.

—Eso es Criminología Cuantitativa, señor. Esto es Investigación Disuasiva. — El empleado señaló una placa que colgaba sobre la puerta de una oficina cercana. Mallory asintió aturdido—. CC está después de Análisis No Lineal. Doble esa esquina, a la derecha —dijo el empleado. Mallory siguió adelante. Podía percibir la mirada escéptica del hombre en la espalda.

La sección de Criminología Cuantitativa era un panal de particiones diminutas. Las paredes llegaban al cuello y estaban repletas de cubículos forrados de asbesto. Empleados con guantes y mandil se sentaban ante sus pulcros escritorios inclinados y examinaban y manipulaban tarjetas perforadas con una amplia variedad de aparatos especializados de chasqueo: barajadores, soportes de aguja, colores cromáticos de mica, lupas de joyero, papeles de seda lubricados y delicados fórceps con punta de goma. Mallory contempló aquel trabajo conocido con una alegre sensación de confianza.

CC—50 era la oficina del subsecretario de Criminología Cuantitativa de la oficina, cuyo nombre, según había dicho Oliphant, era Wakefield.

El señor Wakefield no tenía escritorio, o por mejor decir, su escritorio había cercado y devorado toda su oficina y él trabajaba desde el interior. Los tableros surgían de huecos de la pared mediante un ingenioso sistema de bisagras, y luego se desvanecían de nuevo en el interior de un arcano sistema de archivadores especializados. Había anaqueles para periódicos, enganches para lámparas, inmensos ficheros incrustados, catálogos, libros de códigos, guías de chasqueadores, un sofisticado reloj con varias esferas, tres diales telegráficos cuyas agujas doradas marcaban el alfabeto e impresoras que perforaban cinta con ahínco.

El propio Wakefield era un escocés pálido, con un cabello rubio que ya empezaba a desaparecer. Su mirada, si bien no del todo esquiva, se movía de una forma extraordinaria. Una pronunciada dentadura mellaba su labio inferior.

A Mallory le pareció un hombre muy joven para haber llegado a su posición, quizá no tuviera más de cuarenta años. Sin duda, como la mayor parte de los chasqueadores consumados, Wakefield había crecido con el oficio de las máquinas. El primer artilugio de Babbage, que ya se había convertido en una galardonada reliquia, no llegaba a los treinta años, pero la rápida progresión de las máquinas había cautivado a su paso a toda una generación, como una especie de poderosa locomotora mental.

Mallory se presentó.

—Disculpe mi tardanza, señor —dijo—. Me temo que me perdí por sus pasillos. Aquello no era nada nuevo para Wakefield.

—¿Puedo ofrecerle un té? Tenemos un bizcocho muy bueno. Mallory negó con la cabeza y luego abrió la cigarrera con un leve gesto.

—¿Fuma?

Wakefield se puso pálido.

—¡No! No, gracias. Riesgo de incendio, va estrictamente en contra de las normas.

Mortificado, Mallory se guardó la cigarrera.

—Entiendo... Pero no veo qué daño puede hacer un buen puro, ¿no le parece?

—¡Cenizas! —replicó Wakefield con firmeza—. ¡Y partículas pneumáticas!

Flotan por el aire, ensucian el aceite de las ruedas dentadas, corrompen los engranajes. Y limpiar las máquinas de la oficina..., bueno, no hace falta que le diga que es una tarea digna de Sísifo, doctor Mallory.

—Desde luego —murmuró este a modo de respuesta. Intentó cambiar de tema—. Como ya debe de saber soy paleontólogo, pero tengo un poco de experiencia en chasqueo. ¿Cuántos metros de equipo hacen girar aquí?

—¿Metros? Aquí medimos nuestro equipo en kilómetros, doctor Mallory.

—¡Extraordinario! ¿Tanta potencia?

—Tantos problemas, podría muy bien decir —respondió Wakefield con un modesto giro de su mano enguantada de blanco—. Se acumula el calor de la fricción del giro y eso expande el latón, lo que mella las ruedas dentadas. La humedad cuaja el aceite del equipo, y cuando el tiempo es seco los giros de una máquina pueden incluso crear una pequeña carga Leyden, ¡lo que atrae todo tipo de suciedad! Los equipos se pegan y atascan, las tarjetas perforadas se adhieren a los cargadores... —Wakefield suspiró—. Nos hemos dado cuenta de que compensa tomar todo tipo de precauciones en cuestiones de limpieza, calor y humedad. ¡Hasta el bizcocho nos lo hacen especial para la oficina, para reducir el riesgo de migas!

Hubo algo en la frase «riesgo de migas» que a Mallory le pareció muy gracioso, pero Wakefield mostraba una expresión tan seria que quedaba claro que no había pretendido contar ningún chiste.

—¿Han probado con el limpiador de vinagre de Colgate? —preguntó Mallory—. En Cambridge no usan otra cosa.

—Ah, sí —dijo Wakefield con acento cansino—, el bueno del Instituto de análisis mecánico. ¡Ojalá nosotros pudiéramos llevar el ritmo relajado de los académicos! En Cambridge miman sus latones, pero aquí, en el servicio público, tenemos que ejecutar y volver a ejecutar las rutinas más penosas hasta que combamos las palancas decimales.

Mallory, que había estado poco tiempo antes en el Instituto, se encontraba al corriente y decidido a demostrarlo.

—¿Ha oído hablar de los nuevos compiladores de Cambridge? Distribuyen el desgaste del equipo de una forma mucho más regular.

Wakefield no le prestó atención.

—Para el Parlamento y la policía, la Oficina es un simple recurso, ¿sabe? Siempre a su disposición pero, con todo, siempre bien sujetos. La financiación, ya sabe. ¡Son incapaces de entender nuestras necesidades, señor! La historia de siempre, como estoy seguro de que ya sabe, siendo usted también un hombre de ciencia. No pretendo faltarles al respeto, pero en la Cámara de los Comunes son incapaces de distinguir un auténtico chasqueo de un muñeco de cocina de cuerda.

Mallory se atusó la barba.

—Sí que es una pena... ¡Kilómetros de equipo! Cuando me imagino lo que podría lograrse con ello, la perspectiva me quita el aliento.

—Oh, estoy seguro de que lo recuperaría muy pronto, doctor Mallory —dijo Wakefield—. En el chasqueo, la demanda siempre se expande hasta superar la capacidad. ¡Es como si fuera una ley de la naturaleza!

—Quizá sea una ley —respondió Mallory—, en algún reino de la naturaleza que todavía tenemos que comprender...

Wakefield sonrió con cortesía y lanzó una mirada a su reloj.

—Es una pena cuando las mayores aspiraciones de uno se ven arrolladas por las cuestiones prácticas del día a día. No suelo tener la oportunidad de debatir sobre filosofía mecánica. Salvo con mi supuesto colega, el señor Oliphant, por supuesto. Quizá le ha hablado de sus visionarios proyectos para nuestras máquinas...

—Solo de una forma muy breve —dijo Mallory—. Me pareció que sus planes para, bueno, esos estudios sociales requerirían una potencia mecánica muy superior a la que tenemos en Gran Bretaña. Para vigilar cada actividad de Piccadilly y demás. Me pareció un capricho utópico, con franqueza.

—En teoría, señor —respondió Wakefield—, es del todo posible. Como es natural, vigilamos de un modo fraterno el tráfico de telegramas, los archivos de crédito y cosas así. El elemento humano es nuestro auténtico cuello de botella, ya sabe, porque solo un analista preparado puede convertir los datos puros de las máquinas en información práctica. Y la ambiciosa magnitud de ese esfuerzo, cuando se compara con la modesta escala de la financiación actual que la oficina tiene para personal...

—Tenga por seguro que no me gustaría contribuir a su urgente carga de responsabilidades —lo interrumpió Mallory—, pero lo cierto es que el señor Oliphant indicó que quizá pudiera ayudarme a identificar a un criminal que está en libertad y a su cómplice, una mujer. Tras completar dos de sus formularios por triplicado, los envié por mensajero especial...

—La semana pasada, sí —asintió Wakefield—. Y hemos hecho todo lo que

hemos podido por usted. Siempre estamos encantados de complacer a caballeros tan peculiarmente distinguidos como el señor Oliphant y usted. Un asalto y una amenaza de muerte contra un destacado intelectual son asuntos muy serios, por supuesto. —Wakefield sacó un lápiz afilado como una aguja y un cuaderno de papel cuadriculado —. Pero es un asunto bastante común para atraer el interés tan especializado del señor Oliphant, ¿no le parece?

Mallory no dijo nada. Wakefield se puso serio.

—No debe tener miedo de hablar con franqueza, señor. Esta no es la primera vez que el señor Oliphant, o sus superiores, solicitan nuestros recursos. Y, por supuesto, como funcionario jurado de la Corona, puedo garantizarle la más estricta confidencialidad. Nada de lo que diga saldrá de estas paredes. —Se inclinó hacia delante—. Bueno, ¿qué puede decirme, señor?

Mallory se lo pensó mucho, a toda prisa. Fuera cual fuese el grave error que hubiera cometido lady Ada, fuera cual fuese el acto de desesperación o temeridad que le había hecho caer en garras del ojeador y su puta, no le parecía que ayudara mucho que el nombre «Ada Byron» quedara reflejado en aquel cuaderno cuadriculado. Y Oliphant, por supuesto, no lo aprobaría.

Así que fingió una confesión reticente.

—Estoy en desventaja con usted, señor Wakefield, ya que no creo que el asunto sea para tanto, ¡nada que me haga realmente digno del privilegio de su atención! Como le dije en mi nota, me encontré con un jugador borracho en el derby y el canalla montó un pequeño espectáculo con un cuchillo. No le di excesiva importancia, pero el señor Oliphant sugirió que podría correr auténtico peligro. Me recordó que uno de mis colegas fue asesinado no hace mucho en extrañas circunstancias. Y el caso sigue sin resolverse.

—¿El profesor Fenwick, el intelectual especializado en dinosaurios?

—Rudwick —corrigió Mallory—. ¿Conoce el caso?

—Apuñalado. En un garito de carreras de ratas. —Wakefield se dio unos golpecitos en los dientes con la goma del lápiz—. Salió en todos los periódicos, dio muy mala imagen de la intelectualidad. Da la sensación de que Rudwick decepcionó bastante. Mallory asintió.

—Justo lo que yo pienso. Pero el señor Oliphant parece creer que ambos incidentes podrían estar relacionados.

—¿Jugadores que acechan y matan a intelectuales? —dijo Wakefield—. No veo el motivo, con franqueza. A menos, quizá, y disculpe la sugerencia, que haya implicada una gran deuda de juego. ¿Usted y Rudwick eran buenos amigos? ¿Compañeros de apuestas, quizá?

—En absoluto. Apenas si conocía a ese hombre. Y no tengo ese tipo de deudas, se lo aseguro.

—El señor Oliphant no cree en las casualidades —dijo Wakefield. Pareció convencerle la evasiva de Mallory, porque resultaba claro que estaba perdiendo interés—. Por supuesto, es muy prudente por su parte identificar al rufián. Si eso es todo lo que necesita de nosotros, estoy seguro de que podemos ayudarlo. Haré que un miembro de la plantilla lo lleve a la biblioteca, con las máquinas. Una vez tengamos el número de este asaltante, pisaremos terreno más firme.

Wakefield levantó de un capirotazo un taco articulado de goma y gritó por un tubo acústico. Apareció un joven empleado del este de Londres, con guantes y mandil.

—Este es nuestro señor Tobias —lo presentó Wakefield—. Está a su disposición.

La entrevista había terminado. Los ojos de Wakefield ya empezaban a vidriarse ante la presión de otros asuntos. Se inclinó con gesto mecánico y dijo:

—Ha sido un placer conocerlo. Por favor, avíseme si podemos ayudarlo en algo más.

—Es usted muy amable —dijo Mallory.

El muchacho se había afeitado unos milímetros de cráneo en el nacimiento del pelo para elevar la frente y conseguir un elegante aspecto intelectual, pero había pasado algún tiempo desde su última visita al barbero porque un incipiente rastrojo puntiagudo cubría ya la parte anterior de la cabeza. Mallory lo siguió por el laberinto de cubículos hasta el pasillo, y observó sus extraños andares bamboleantes. Las suelas del joven estaban tan gastadas que se le veían los clavos, y los baratos calcetines de algodón formaban bolsas en los tobillos.

—¿Adónde vamos, señor Tobias?

—A las máquinas, señor. Abajo.

Se detuvieron ante el ascensor, donde un ingenioso indicador mostraba que la cabina se encontraba en otro piso. Mallory se metió la mano en el bolsillo del pantalón e hizo caso omiso de la navaja y las llaves. Sacó una guinea de oro.

—Tome.

—¿Y esto qué es? —preguntó Tobias mientras la cogía.

—Es lo que llamamos una propina, muchacho —respondió Mallory con una jovialidad forzada—. «Para garantizar un pronto servicio», ya sabe.

Tobias examinó la moneda como si hasta entonces no hubiera visto nunca el perfil de Alberto. Lanzó a Mallory una mirada intensa y hosca desde detrás de las gafas.

Se abrió la puerta del ascensor y Tobias ocultó la moneda en su mandil. Los dos se unieron a una pequeña multitud y el ascensorista bajó con un traqueteo la jaula del ascensor hasta las entrañas de la oficina.

Mallory salió del ascensor tras Tobias. Pasaron junto a una hilera de toboganes pneumáticos para el correo y atravesaron un par de puertas batientes con los bordes forrados de fieltro grueso. Estaban solos otra vez, y Tobias se detuvo en seco.

—Ya tendría que saber que no se deben ofrecer gratificaciones a un funcionario público. —Me pareció que no le vendría mal —respondió Mallory.

—¿El salario de diez días? Supongo que no. Siempre que resulte usted ser alguien de fiar.

—No voy a hacer nada malo —dijo Mallory con suavidad—. Este lugar es territorio extraño. En esas circunstancias, me ha parecido inteligente contar con un guía nativo.

—¿Y qué pasa entonces con el jefe?

—Esperaba que eso me lo dijera usted a mí, señor Tobias. Más que la moneda, fue el comentario en sí lo que se ganó a Tobias, que se encogió de hombros.

—Wakey no está tan mal. Si yo fuera él, no actuaría de forma diferente. Pero hoy metió su número, jefe, y sacó una pila sobre usted de casi tres centímetros. Tiene amigos muy charlatanes, señor Mallory.

—¿Eso hizo? —respondió Mallory con una sonrisa forzada—. Ese expediente debe de ser una lectura muy interesante. Me encantaría echarle un vistazo.

—Y yo supongo que la información podría encontrar el camino para llegar a manos indebidas —admitió el muchacho—. Por supuesto, eso podría costarle a alguien el puesto de trabajo, en caso de que lo pillaran.

—¿Le gusta su trabajo, señor Tobias?

—No se cobra mucho. La luz de gas acaba con la vista. Pero tiene sus ventajas. —Volvió a encogerse de hombros, empujó otra puerta y entraron en una estruendosa antesala con tres de las paredes forradas de estanterías y archivadores de tarjetas, la cuarta de cristal desgastado.

Tras el cristal se elevaba una inmensa sala de máquinas imponentes, tantas que al principio Mallory pensó que las paredes tenían que estar forradas por espejos, como en un salón de baile. Semejaba un truco de carnaval diseñado para engañar al ojo: las gigantescas máquinas idénticas, construcciones precisas de latón intrincadamente engranado, grandes como vagones puestos de pie, cada una sobre su bloque acolchado de treinta centímetros de espesor. El techo blanqueado, que se elevaba nueve metros sobre el suelo, parecía vivo al estar repleto de poleas giratorias. Los mecanismos menores extraían la energía de tremendos rotores colocados sobre columnas de hierro encajadas. Los chasqueadores de batas blancas, empequeñecidos por sus aparatos, se paseaban por los impecables pasillos. Llevaban el pelo cubierto con gorras blancas y arrugadas, la boca y la nariz ocultas tras cuadrados de gasa.

Tobias echó un vistazo a aquellas majestuosas hileras de equipo con una indiferencia absoluta.

—Todo el día mirando agujeritos. ¡Y cuidado con las equivocaciones! Dele mal a una tecla y ahí tiene la diferencia entre un clérigo y un pirómano. Han sido muchos los pobres hijos de perra inocentes a los que se ha arruinado así...

El tictac y los chisporroteos de toda aquella relojería monstruosa ahogaron sus palabras.

Dos hombres, bien vestidos y silenciosos, estaban absortos en su trabajo en la biblioteca. Se inclinaban juntos sobre un gran álbum cuadrado de placas coloreadas.

—Por favor, tome asiento —dijo Tobias.

Mallory se sentó ante una mesa de la biblioteca, en una silla giratoria de arce montada sobre ruedas de caucho, al tiempo que Tobias seleccionaba un archivador. El joven se sentó enfrente de Mallory y ojeó las tarjetas. De vez en cuando hacía una pausa para mojar un dedo enguantado en un pequeño contenedor de cera de abeja. Recuperó un par de tarjetas.

—¿Eran estas sus solicitudes, señor?

—Yo rellené unos cuestionarios de papel. Ustedes han trasladado todo eso al formato mecánico, ¿no?

—Bueno, Criminología Cuantitativa recibió las solicitudes —respondió Tobias entrecerrando los ojos—. Pero tuvimos que enviarlas a Antropometría criminal. Esta tarjeta se ha usado mucho, ya se ha hecho buena parte del trabajo de clasificación. —Se levantó de repente y cogió un cuaderno de hojas sueltas, una guía de chasqueador. Comparó una de las tarjetas de Mallory con algún ideal que aparecía en el libro. Su expresión era de desdén distraído.

—¿Completó los formularios del todo, señor?

—Eso creo —se defendió Mallory.

—Altura del sospechoso —murmuró el muchacho—, envergadura... Longitud y anchura de la oreja izquierda, pie izquierdo, antebrazo izquierdo, índice izquierdo.

—Proporcioné mis mejores cálculos —respondió Mallory—. ¿Por qué solo el lado izquierdo, si me permite preguntarlo?

—Está menos afectado por el trabajo físico —dijo Tobias distraído—. Edad, coloración de la piel, pelo, ojos. Cicatrices, marcas de nacimiento... Ah, ahí está: deformidades.

—El hombre tenía un bulto en un lado de la frente —dijo Mallory.

—Plagiocefalia frontal —indicó el muchacho tras comprobar el libro—. Es poco frecuente, y por eso me chocó. Pero eso debería ser útil. Son muy puntillosos con los cráneos en Antropometría Criminal. —Tobias sacó las tarjetas, las metió por una ranura y tiró de la cuerda de una campana. Se oyó un fuerte ruido metálico. Un momento después llegó un chasqueador a buscar las tarjetas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mallory.

—Esperamos a que las giren —dijo el muchacho.

—¿Cuánto tiempo?

—Siempre lleva el doble de lo que usted cree —respondió el chico mientras se acomodaba en su silla—. Incluso si dobla su cálculo. Es una especie de ley natural.

Mallory asintió. El retraso no se podía evitar, y podía resultar útil.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí, señor Tobias?

—No lo suficiente para volverme loco.

Mallory se echó a reír.

—Cree que bromeo... —señaló Tobias con tono sombrío.

—¿Por qué trabaja aquí, si lo odia tanto?

—Todo el mundo lo odia, todo el que tenga una chispa de sentido común —dijo Tobias—. Por supuesto que es un buen trabajo, si estás en los pisos de arriba y eres uno de los peces gordos. —Apuntó con el pulgar enguantado al techo, con discreción —. Cosa que yo no soy, claro. Pero, sobre todo, el trabajo precisa de tipos normales. Nos necesitan por decenas, docenas y centenares. Vamos y venimos. Dos años en este trabajo, quizá tres, te destrozan los ojos y los nervios. Puedes volverte medio loco mirando agujeritos. Loco como una cabra. —Tobias se metió las manos en los bolsillos del mandil—. ¡Apuesto, señor, a que cree al mirarnos, pobres empleados vestidos como un montón de pichones blancos, que por dentro somos todos iguales! Pues no, señor, para nada. Verá, no hay mucha gente en Gran Bretaña que sepa leer y escribir, deletrear y sumar tan bien como se necesita aquí. La mayor parte de los fulanos que sí saben puede conseguir un trabajo mucho mejor, solo con ponerse a buscarlo. Así que la oficina se lleva... bueno, los más inestables. —Tobias esbozó una ligera sonrisa—. Incluso a veces han contratado mujeres, costureras que han perdido su trabajo por culpa de las máquinas de tejer. El gobierno las contrata para leer y perforar tarjetas. Son muy buenas con los trabajos minuciosos, las antiguas costureras.

—Parece una política extraña —dijo Mallory.

—La presión de las circunstancias —replicó Tobias—. La naturaleza del negocio. ¿Ha trabajado alguna vez para el Gobierno de su majestad, señor Mallory?

—En cierto modo —respondió Mallory. Había trabajado para la Comisión de Libre Comercio de la Real Sociedad. Se había creído su charla patriótica, sus promesas de influencia entre bastidores, y cuando terminaron con él lo soltaron para que se las arreglara solo. Una audiencia privada con lord Galton, de la Comisión, un cálido apretón de manos, una expresión de «profundo pesar» porque no se podía hacer un «reconocimiento abierto del gallardo servicio que nos ha prestado»... Y eso fue todo. Ni siquiera un trozo de papel firmado.

—¿Qué clase de trabajo del Gobierno? —preguntó Tobias. —¿Ha visto alguna vez lo que llaman el leviatán terrestre? —En el museo —dijo Tobias—. Lo llaman brontosauro, un elefante reptiliano.

Tenía los dientes al final de la trompa. Esa bestia comía árboles. —Un chico muy listo, Tobias. —Usted es «Leviatán» Mallory... —dijo Tobias—, ¡el famoso intelectual! —

Su rostro se tiñó de un vivo color rojo. Sonó una campana. Tobias se levantó de un salto y cogió un panfleto de papel continuo de una bandeja que había en la pared.
—Tiene suerte, señor. El sospechoso varón ya está hecho. Le dije que el asunto del cráneo ayudaría. —Tobias extendió el papel sobre la mesa, delante de Mallory.

Era una colección de retratos mecánicos punteados. Ingleses morenos con expresiones avergonzadas. Los puntitos cuadrados de los grabados de las máquinas no eran lo bastante pequeños como para no distorsionar un poco las caras, de tal modo que todos los hombres parecían tener baba negra en la boca y suciedad en el rabillo del ojo. Parecían hermanos, una extraña subespecie humana compuesta por lo artero y lo desencantado. Los retratos no tenían nombre, pero sí números de ciudadano debajo.

—No me esperaba docenas de ellos —dijo Mallory.

—Podríamos haber reducido las alternativas con mejores parámetros en la antropometría —dijo Tobias—. Pero tómese su tiempo, señor, y mire con atención. Si lo tenemos, está aquí.

Mallory se quedó contemplando las filas ceñudas de bribones numerados, muchos de los cuales tenían la cabeza inquietantemente deformada. Recordaba la cara del ojeador con gran claridad. La evocaba retorcida por la rabia homicida, con saliva ensangrentada entre los dientes partidos. La visión había quedado grabada para siempre en su memoria, tan intensa como las puntas de la espina dorsal de la bestia, la primera vez que había visto su gran premio sobresaliendo del esquisto de Wyoming. En ese largo y revelador momento, Mallory había visto más allá de aquellos pequeños bultos de piedra y había percibido el fulgor inmanente de su propia gloria, de su próxima fama. De la misma manera había visto en la expresión del ojeador un reto letal que bien podía transformar su vida.

Pero ninguno de aquellos retratos hoscos y aturdidos encajaba con su recuerdo.

—¿Hay alguna razón para que no tuvieran aquí a ese hombre?

—Quizá no tiene antecedentes penales —explicó Tobias—. Podríamos meter la tarjeta otra vez para compararla con la población general, pero eso nos llevaría semanas de ciclos de las máquinas, y requiere un permiso especial de la gente de arriba.

—¿Por qué tanto tiempo, si me lo permite?

—Doctor Mallory, tenemos a toda la población de la Gran Bretaña en nuestros archivos. Todos los que han solicitado algún trabajo, todos los que han pagado alguna vez impuestos o han sido arrestados... —Tobias se deshacía en disculpas, tan deseoso de ayudar que resultaba casi doloroso—. ¿Podría ser extranjero?

—Estoy seguro de que era británico, y un canalla. Estaba armado y era peligroso. Pero es que no lo veo aquí.

—Quizá la semejanza no sea buena, señor. A estas clases criminales les gusta

hinchar las mejillas para la fotografía policial. Algodones en la nariz y trucos así. Estoy seguro de que se encuentra aquí, señor.

—No lo creo. ¿Hay alguna otra posibilidad?

Tobias se sentó, derrotado.

—Eso es todo lo que tenemos, señor. A menos que quiera cambiar su descripción.

—¿Podría haber quitado alguien su retrato?

Tobias lo miró escandalizado.

—Eso sería manipular archivos oficiales, señor. Es un delito grave que se castiga con la deportación. Estoy seguro de que ninguno de los empleados habría hecho algo así.

Se produjo un denso silencio.

—¿Y sin embargo...?

—Bueno, los archivos son sacrosantos, señor. Para eso estamos aquí, como muy bien sabe. Pero hay ciertos altos funcionarios ajenos a la oficina, hombres que se ocupan de la seguridad confidencial del Reino. Si sabe a qué caballeros me refiero...

—Creo que no —respondió Mallory.

—Muy pocos caballeros, en puestos de gran confianza y discreción —siguió Tobias. Echó un vistazo a los otros hombres de la sala y bajó la voz—. Quizás haya oído hablar de lo que llaman «Gabinete especial»... O de la Oficina Especial de la Policía de Bow Street...

—¿Alguien más? —dijo Mallory. —Bueno, la familia real, por supuesto. Después de todo, aquí servimos a la Corona. Si el propio Alberto fuera a ordenarle a nuestro ministro de Estadística...

—¿Y el primer ministro? ¿Lord Byron? Tobias no respondió. Su rostro se había agriado.

—Una pregunta vana —dijo Mallory—. Olvide que la he hecho. Es una costumbre de estudioso, ¿sabe? Cuando me interesa un tema exploro todos los detalles concretos, incluso hasta el punto de resultar pedante. Pero eso no tiene ninguna relevancia aquí. —Mallory examinó de nuevo los retratos, prestando esta vez mucha atención—. Sin duda es culpa mía, la luz aquí no es todo lo que podría ser.

—Permítame subir el gas —dijo el muchacho mientras empezaba a levantarse.

—No —respondió Mallory—. Déjeme reservar mi atención para la mujer. Quizás con ella tengamos más suerte. Tobias se volvió a hundir en su asiento. Mientras esperaban el giro de la máquina, Mallory fingió una relajada indiferencia. —Un trabajo lento, ¿eh, señor Tobias? Un muchacho de su inteligencia debe de anhelar un reto mayor.

—Es cierto que me encantan las máquinas —dijo Tobias—. No estos enormes monstruos bobos, sino las más listas y estéticas. Querría aprender a chasquear.

—¿Y por qué no está entonces en la escuela?

—No puedo permitírmelo, señor. La familia no lo aprueba.

—¿Probó con los exámenes de mérito nacional?

—No hay becas para mí, suspendí el cálculo. —Tobias adoptó una expresión hosca—. Pero tampoco soy un científico. Es el arte para lo que yo vivo.

¡Quinotropía!

—Trabajar en el teatro, ¿eh? Dicen que se lleva en la sangre.

—Me gasto cada chelín que me sobra en tiempos de giro —dijo el muchacho—. Tenemos un pequeño club de entusiastas. El Palladium nos alquila su quinótropo de madrugada. A veces se ven cosas asombrosas, junto con un buen montón de tonterías de aficionado, claro.

—Fascinante —indicó Mallory—. He oído que, esto... —Tuvo que esforzarse para recordar el nombre de aquel hombre—. He oído que John Keats es bastante bueno.

—Es viejo —respondió el muchacho con un implacable encogimiento de hombros—. Debería ver a Sandys. O a Hughes. ¡O a Etty! Y hay un chasqueador de Manchester cuyo trabajo es espléndido, Michael Radley. Vi un espectáculo suyo aquí, en Londres, el pasado invierno. Una gira de conferencias con un americano.

—Las conferencias con quinótropo pueden ser muy edificantes.

—Oh, el orador era un político yanqui muy poco honrado. Si por mí hubiera sido, habría echado al orador y habría ofrecido imágenes mudas.

Mallory dejó que decayera la conversación. Tobias se removió un poco. Quería hablar otra vez, pero no se atrevía a tomarse tal libertad, y entonces sonó la campana. El muchacho se levantó como un tiro, lo que le hizo resbalar sobre sus misérrimos zapatos, y regresó con otro fajo de papel continuo.

—Pelirrojas —dijo, y esbozó una sonrisa avergonzada.

Mallory gruñó. Estudió las imágenes con suma atención. Eran mujeres caídas en desgracia, mujeres arruinadas que llevaban la desgracia y la ruina marcadas de forma indeleble en los puntitos cuadrados de su feminidad impresa. Al contrario que con los hombres, los rostros femeninos cobraron de alguna forma vida para Mallory. Allí una criatura de cara redonda del este de Londres, con una expresión más salvaje que un piel roja cheyene. Allá una joven irlandesa de ojos dulces, cuya mandíbula cuadrada sin duda le había amargado la vida. Allí una mujer de mala vida con el pelo como un nido de ratas y la mirada perdida por la ginebra. Ahí desafío, allí la insolencia de unos labios fruncidos, allá la expresión engatusadora de una inglesa sujeta demasiado tiempo por la abrazadera del daguerrotipo.

Lo capturaron los ojos, con su calculado ruego de inocencia herida, y al reconocerla sintió una especie de descarga eléctrica. Dio unos golpecitos sobre el papel y alzó la mirada.

—¡Aquí está!

Tobias se sobresaltó.

—¡Estupendo, señor! Déjeme apuntar ese número. —Perforó el número de ciudadana en una tarjeta nueva con una pequeña prensa de caoba, y luego volvió a meter la tarjeta en la bandeja de la pared. Vació con cuidado los trocitos de papel perforado en una cesta coronada por bisagras.

—Y eso me lo contará todo sobre ella, ¿no? —preguntó Mallory. Echó mano a la chaqueta para coger su cuaderno.

—La mayor parte, señor. Un resumen impreso.

—¿Y podría llevarme esos documentos conmigo para estudiarlos?

—No, señor. Estrictamente hablando, como no es usted agente de la ley... —Tobias bajó la voz—. A decir verdad, señor, podría pagarle a un juez común, o incluso al secretario de este, y tener la información por unos cuantos chelines, bajo mano. Una vez que sabe el número de alguien, lo demás es bastante fácil. Es un truco de chasqueador muy habitual, leer los expedientes mecánicos de alguien perteneciente a la clase criminal. Lo llaman «tirar de la cuerda» o estar «en medio del pastel».

A Mallory esa noticia le pareció muy interesante.

—Supongamos que pido mi propio expediente... —dijo.

—Bueno, señor, usted es un caballero, no un criminal. Usted no está en los archivos policiales comunes. Los jueces, secretarios del juzgado y demás tendrían que rellenar formularios y demostrar que hay un buen motivo para esa investigación. Cosa que no concedemos con facilidad.

—Protocolos legales, ¿eh? —probó Mallory.

—No, señor, no es la ley lo que nos detiene, sino los inconvenientes. Una investigación así consume tiempo mecánico y dinero, y siempre nos pasamos del presupuesto en ambas cosas. Pero si un parlamentario hiciera esa petición, o un lord...

—Supongamos que tengo un buen amigo aquí, en la Oficina —tanteó Mallory—. Alguien que me admira por mi generosidad. Tobias parecía muy poco dispuesto, y algo tímido.

—No es una cuestión sencilla, señor. Se registra cada uno de los giros, y cada petición debe tener un fiador. Lo que hemos hecho hoy se ha realizado en nombre del señor Wakefield, así que no habrá ningún problema. Pero su amigo tendría que falsificar el nombre de algún fiador y correr el riesgo de esa impostura. Es fraude, señor. Un fraude mecánico, como el robo de crédito o el fraude en la bolsa, y se castiga de la misma forma cuando se descubre.

—Muy instructivo —indicó Mallory—. He descubierto que uno siempre se beneficia al hablar con un técnico que conoce de verdad su oficio. Permítame darle mi tarjeta.

Mallory sacó de su billetera una de sus tarjetas de visita de Maull y Polyblank.

Dobló un billete de cinco libras, lo apretó contra el dorso de la tarjeta y se lo pasó. Era una suma cuantiosa. Una inversión deliberada.

Tobias metió la mano bajo el mandil, encontró una grasienta cartera de cuero y metió dentro la tarjeta de Mallory y el dinero. Luego sacó un trozo muy manoseado de cartón brillante. «Don J. J. Tobias», rezaba la tarjeta en un grotesco y elaborado gótico mecánico. «Quinotropía y coleccionables teatrales». Había una dirección de Whitechapel.

—No se preocupe por el número telegráfico de abajo —señaló Tobias—. Tuve que dejar de alquilarlo.

—¿Le interesa a usted la quinotropía francesa, señor Tobías? —preguntó Mallory.

—Oh, sí, señor —asintió Tobias—. Hoy en día está saliendo un material precioso de Montmartre.

—Tengo entendido que los mejores ordinateurs franceses utilizan un calibre especial de tarjeta.

—El calibre napoleónico —respondió Tobias de inmediato—. Tarjetas más pequeñas y de una sustancia artificial. Se mueven con mucha rapidez en los compiladores. Esa velocidad resulta bastante conveniente en el trabajo quinotrópico.

—¿Sabe dónde se podría alquilar uno de esos compiladores franceses, aquí en Londres? —¿Para traducir datos de tarjetas francesas, señor?

—Sí —respondió Mallory, fingiendo un mero interés superficial—. Estoy a la espera de recibir unos datos de un colega francés acerca de una controversia científica, algo bastante abstruso, pero no deja de ser un asunto confidencial entre eruditos. Prefiero examinarlo en privado, cuando me convenga.

—Sí, señor —dijo Tobias—. Es decir, sí que conozco a un individuo que posee un compilador francés, y le permitiría hacer lo que quisiera con él si la tarifa fuera la adecuada. El año pasado estuvo muy de moda el estándar francés en los círculos de chasqueadores londinenses. Pero las opiniones se han vuelto ahora en contra, debido a los problemas del Gran Napoleón.

—¿De veras? —dijo Mallory.

Tobias asintió, encantado de demostrar su autoridad.

—Creo que ahora se tiene la sensación, señor, de que los franceses se estaban anticipando demasiado con su inmenso proyecto napoleónico, ¡y que dieron una especie de paso en falso técnico!

Mallory se acarició la barba.

—No estará hablando la envidia profesional británica, espero...

—¡En absoluto, señor! Todo el mundo sabe que el Gran Napoleón sufrió un grave contratiempo a principios de este año —le aseguró Tobias—, y la gran máquina no ha vuelto a girar del todo bien desde entonces. —Bajó la voz—. ¡Algunos afirman que hubo sabotaje! ¿Conoce ese término francés, sabotage? Viene de «sabots», los

zapatos de madera que utilizan los trabajadores franceses. ¡De una coz, casi pueden sacar uno de sus bloques! —Tobias esbozó una amplia sonrisa ante la perspectiva, con una alegría que inquietó bastante a Mallory—. Los franceses tienen algún tipo de problema ludita, ¿sabe, señor?, tantos como tuvimos nosotros en otro tiempo, hace años.

Resonaron entonces dos notas cortas de un silbato de vapor que reverberaron por el techo blanqueado. Los dos estudiosos, a los que se había unido un tercero igual de afanado, cerraron entonces su álbumes y se fueron.

La campana sonó una vez más para convocar a Tobias a la bandeja de la pared. El muchacho se levantó lentamente, enderezó una silla, se acercó al otro extremo de la mesa, examinó los álbumes en busca de un polvo inexistente y los devolvió a los estantes.

—Creo que ahí espera nuestra respuesta —dijo Mallory.

Tobias asintió con sequedad, dándole la espalda.

—Es muy probable, señor, pero esto son horas extras, ¿sabe? Esos dos toques de bocina...

Mallory se levantó con impaciencia y se acercó a la bandeja.

—¡No, no! —gañó Tobias—. ¡Sin guantes no! ¡Permítame hacerlo a mí!

—¡Guantes, no me diga! ¿Y quién iba a saberlo?

—¡Los de Antropometría criminal, ellos lo saben! ¡Esta es su sala, y no hay nada que odien más que las manchas de dedos desnudos! —Tobias se volvió con un fajo de documentos—. Bueno, señor, nuestra sospechosa es una tal Florence Bartlett, nacida Russell, domiciliada hasta hace poco en Liverpool...

—Gracias, Tobias —dijo Mallory mientras arrugaba el fajo de papel continuo para poder meterlo con más facilidad en su chaleco de damas de Ada—. Le agradezco mucho su ayuda.

Una ártica mañana de Wyoming, la escarcha cubría la hierba marrón y vencida de la pradera. Mallory se había agachado al lado de la caldera tibia de la fortaleza de vapor de la expedición y hurgaba en su magro fuego de estiércol de búfalo. Intentaba descongelar una loncha dura como el hierro de la carne curtida que los hombres tomaban para desayunar, comer y cenar. En aquel momento de absoluta desesperanza, con la barba ribeteada de aliento congelado y los dedos helados y llenos de ampollas a causa de la pala, Mallory hizo un juramento solemne: nunca jamás maldeciría de nuevo el calor del estío.

Aunque tampoco había esperado un bochorno tan infame en Londres.

La noche había pasado sin un soplo de aire, y la cama le había parecido un caldo fétido. Había dormido sobre las sábanas, con una toalla turca empapada y extendida sobre su desnudez, y se había levantado cada hora para remojar de nuevo la toalla. El colchón había terminado empapado, y la habitación entera le parecía tan caliente y

cargada como un invernadero. Hedía también a tabaco rancio, ya que Mallory se había fumado media docena de sus estupendos habanos mientras leía los antecedentes penales de Florence Russell Bartlett, que hablaban ante todo del asesinato de su marido, un destacado comerciante de algodón de Liverpool, en la primavera de 1853.

El modus operandi había sido envenenamiento con un arsénico que la señora Bartlett había extraído del papel matamoscas y le había administrado a lo largo de varias semanas con un específico, el Fortalecedor hidropático del doctor Gove. Mallory sabía por sus noches en Haymarket que la medicina del doctor Gove era en realidad un afrodisíaco, pero el expediente no mencionaba ese hecho. La enfermedad fatal en 1852 de la madre de Bartlett, y la del hermano de su marido en 1851, también quedaban documentadas: los respectivos certificados de fallecimiento citaban una úlcera perforada y cólera morbus. Estas supuestas enfermedades presentaban síntomas muy parecidos a los del envenenamiento por arsénico. La señora Bartlett, que jamás fue acusada de manera formal de estas otras muertes, había huido tras reducir a su carcelero con una pistola oculta de cañón corto.

La oficina central de estadísticas sospechaba que había huido a Francia, supuso Mallory, porque alguien había añadido la traducción de unos informes policiales franceses de 1854 que se ocupaban de un juicio por un crime passionel en los tribunales de París. Una tal «Florence Murphy», abortista, supuestamente refugiada americana, había sido arrestada y juzgada por el delito de vitriolage, el lanzamiento de ácido sulfúrico con la intención de desfigurar o mutilar. La víctima, Marie Lemoine, esposa de un destacado comerciante de sedas de Lyón, era al parecer una rival.

Pero la «señora Murphy» había desaparecido de su prisión, y de todos los subsiguientes expedientes policiales franceses, durante la primera semana de su juicio como vitrioleuse.

Mallory se pasó una esponja con agua del grifo por la cara, cuello y axilas, mientras pensaba en el vitriolo con ánimo sombrío.

Volvía a transpirar en abundancia mientras se ataba los zapatos. Al dejar su habitación descubrió que el extraño verano de la ciudad había arrollado el palacio. La humedad plomiza hervía sobre los suelos de mármol como una ciénaga invisible. Hasta las palmeras que había a los pies de las escaleras parecían jurásicas. Se dirigió con paso lento al comedor del palacio, donde cuatro huevos duros fríos, café con hielo, un arenque ahumado, algo de tomate asado, un poco de jamón y melón fresco lo restablecieron un tanto. La comida era bastante buena, aunque el arenque olía un poco pasado, cosa que no era de extrañar con un calor como aquel. Firmó el vale y se fue a recoger su correo.

No había sido justo con el arenque. Fuera del comedor, hasta el palacio olía a pescado podrido, o a algo muy parecido. La limpieza matinal había dejado en el

vestíbulo un aroma jabonoso, pero aun así el aire parecía estar cargado con el hedor húmedo y lejano de algo pavoroso, y al parecer muerto mucho tiempo atrás. Mallory sabía que no era la primera vez que olía aquel tufo; se trataba de algo intenso, ácido, mezclado con el hedor grasiento de un matadero, pero no conseguía ubicar el recuerdo. Un momento después, la peste desapareció. Se acercó al mostrador en busca de su correo. El marchito recepcionista lo saludó con gran cortesía: Mallory se había ganado la lealtad de los empleados con generosas propinas.

—¿No hay nada en mi casillero? —dijo sorprendido.

—Demasiado pequeño, doctor Mallory. —El empleado se inclinó para levantar una gran cesta de alambre abarrotada hasta el borde de sobres, revistas y paquetes.

—¡Diablos! —dijo Mallory—. ¡Cada día es peor!

El recepcionista asintió con gesto cómplice.

—El precio de la fama, señor.

Mallory se sentía abrumado.

—Supongo que tendré que leerme todo esto...

—Si me permite el atrevimiento, señor, quizás haría bien contratando un secretario privado.

Mallory gruñó. Odiaba cuanto tuviera que ver con secretarios, ayudas de cámara, mayordomos, doncellas y todo aquel miserable asunto del servicio. Su propia madre había estado una vez al servicio de una acaudalada familia de Sussex, en los viejos tiempos, antes de los radicales. Todavía le dolía.

Se llevó la pesada cesta a una esquina tranquila de la biblioteca y empezó a clasificar el correo. Las revistas primero: las Actas de la Real Sociedad, con su lomo dorado, Herpetología de todas las naciones, Diario de sistemática dinámica, Annales scientifiques de l’Ecole des Ordinateurs, con lo que parecía ser un interesante artículo sobre las desgracias mecánicas del Gran Napoleón... Aquel asunto de las suscripciones a las revistas científicas resultaba un poco excesivo, aunque supuso que así mantenía a los editores contentos; y unos editores contentos eran la mitad de la clave para colocar los artículos propios.

Luego las cartas. Mallory las dividió con rapidez en montones. Primero las peticiones. Había cometido el error de responder a unas cuantas que le habían parecido especialmente emotivas y sinceras, y ahora aquellos golfos intrigantes se le habían echado encima como si fueran piojos.

Un segundo montón de cartas profesionales: invitaciones para dar charlas, solicitudes de entrevistas, facturas de varias tiendas, descubridores de huesos y cazarrocas catastrofistas que le ofrecían la coautoría de doctos artículos.

Luego las cartas con letra de mujer. Las gallinas de la historia natural, las «cortaflores», como las llamaba Huxley. Escribían por decenas, la mayor parte solo para pedirle un autógrafo y, si quería, una tarjeta de visita firmada. Otras le enviaban

tímidos esbozos de lagartos comunes y solicitaban su experiencia taxonómica con los reptiles. Había otras que expresaban una admiración delicada, acompañada quizá de unos versos, y lo invitaban a tomar el té si alguna vez pasaba por Sheffield, Nottingham o Brighton. Y unas cuantas, a menudo enfatizadas por una letra puntiaguda, subrayado triple y mechones de cabellos adornados con cinta, expresaban una cálida admiración femenina en términos tan atrevidos que resultaba bastante desconcertante. Se había producido un notable chaparrón de estas últimas misivas después tras la aparición de su elegante retrato en El semanario doméstico de la mujer inglesa.

Mallory se detuvo de repente. Había estado a punto de echar a un lado una carta de su hermana Ruth. La pequeña Ruthie... Aunque claro, la niña de la familia ya tenía sus buenos diecisiete años. La abrió de inmediato.

> Querido Ned,
>
> Te escribo lo que me dicta Madre ya que las manos le duelen hoy bastante. Padre te agradece mucho la espléndida manta de Londres. El linimento francés ha aliviado mucho mis manos (las de madre), pero más en las rodillas que en las manos. Todos te echamos mucho de menos en Lewes, ¡aunque sabemos que estás muy ocupado con tus importantes asuntos de la Real Sociedad! Leemos en voz alta cada una de tus aventuras americanas, las que escribe el señor Disraeli en Family Museum. Agatha pregunta si por favor, por favor puedes conseguirle el autógrafo del señor Disraeli ¡ya que su novela favorita es su Tancredo! ¡Pero la gran noticia es que nuestro querido Brian ha vuelto con nosotros desde Bombay, sano y salvo, este 17 de junio! Y ha traído con él a nuestro querido y futuro hermano, el teniente Jerry Rawlings, también de la artillería de Sussex, que pidió a nuestra Madeline que lo esperara y por supuesto ella lo hizo. Ahora van a casarse y Madre quiere que sepas sobre todo que NO será en una iglesia, sino en una zeremonia [sic] civil con el juez de paz, el señor Witherspoon, en el ayuntamiento de Lewes. Querrás asistir el 29 de junio cuando Padre entregue su penúltima novia, yo no quería escribir eso pero Madre me obligó.
>
> Todo nuestro cariño,
>
> Ruth Mallory (señorita)

Bueno, la pequeña Madeline por fin con su hombre. Pobre criatura... Cuatro años era un compromiso muy largo, y más inquietante todavía cuando estabas prometida con un soldado destinado en un agujero exótico y pestilente como la India. Su hermana había aceptado el anillo a los dieciocho años y ahora tenía veintidós. Era cruel pedirle un compromiso largo a una chica joven y vital, y Mallory había observado durante su última visita que la dura experiencia había afilado la lengua y el

temperamento de Madeline, y que casi la había convertido en una ordalía para la familia. Pronto ya no quedaría nadie en casa para cuidar a los ancianos, salvo la pequeña Ruthie. Y cuando Ruthie se casara... Bueno, ya se lo plantearía a su debido tiempo. Se frotó la barba sudorosa. La vida de Madeline había sido más dura que la de Ernestina, Agatha o Dorothy. Debería tener algo bonito, decidió Mallory. Un regalo de boda que demostrase que se había puesto fin a su época de infelicidad.

Se llevó la cesta del correo a su habitación, lo amontonó en el suelo, al lado del rebosante escritorio, y abandonó el palacio tras dejar la cesta en recepción.

Un grupo de cuáqueros, hombres y mujeres, permanecía en la acera, en el exterior del edificio. Proferían otra de sus intolerables cancioncillas, monótonas como sermones, al parecer algo relacionado con un «ferrocarril al cielo». La canción no parecía tener mucho que ver con la evolución, la blasfemia o los fósiles, pero quizá la simplista monotonía de sus inútiles protestas los había agotado incluso a ellos. Se apresuró a pasar a su lado sin prestar atención a los panfletos que le ofrecían. Hacía calor, un calor poco común, un calor bestial. No había ni un rayo de sol, pero el aire estaba mortalmente quieto y el cielo, alto y nublado, tenía un aspecto plomizo, encapotado, como si quisiera llover, pero se hubiera olvidado de cómo se hacía.

Bajó por Gloucester Road hasta la esquina con Cromwell. Había una nueva y magnífica estatua ecuestre de Cromwell en el cruce: el personaje era uno de los favoritos de los radicales. Y también había autobuses, seis cada hora, pero iban todos de bote en bote. Nadie quería caminar con un tiempo como aquel.

Probó con el metro de Gloucester Road, en la esquina con Ashburn Mews. Cuando se disponía a descender por las escaleras, una pequeña multitud subió medio corriendo, tratando de escapar de un hedor de tal virulencia que lo detuvo en seco.

Los londinenses estaban acostumbrados a los olores extraños en sus líneas de metro, pero no cabía duda de que aquel tufo era cosa bien distinta. Comparado con el huraño calor de las calles, el aire subterráneo resultaba fresco, pero transportaba un vaho mortal, como si algo se hubiera podrido dentro de un tarro de cristal sellado. Mallory se dirigió a la taquilla. Estaba cerrada y mostraba un cartel que rezaba: «Perdón por las molestias». No se mencionaba la naturaleza real del problema.

Se dio la vuelta. Había coches de caballos en el hotel Bailey, al otro lado de Courtfield Road. Se dispuso a cruzar la calle, pero entonces observó un taxi que esperaba bastante cerca de él, en el bordillo, al parecer ocioso. Le hizo una seña al conductor y se dirigió hacia la puerta. Todavía había un pasajero dentro del vehículo. Esperó con educación a que el hombre se bajara, pero el extraño, al que parecía ofender la mirada de Mallory, se llevó un pañuelo al rostro y se hundió por debajo del nivel de la ventanilla. Luego empezó a toser. Quizá aquel hombre estaba enfermo, o acababa de salir del metro y todavía no había recuperado el aliento.

Molesto, Mallory cruzó la calle y cogió un taxi en el Bailey.

—A Piccadilly —ordenó.

El conductor chasqueó la lengua para animar a su sudoroso rocín y rodaron hacia el este por Cromwell Road. Una vez en marcha, la leve brisa que entraba por la ventanilla tornó el calor menos opresivo, y Mallory se animó un poco. Cromwell Road, Thurloe Place, Brompton Road... En sus inmensos proyectos de reconstrucción, el Gobierno había reservado aquellas secciones de Kensington y Brompton para una gigantesca explanada de museos y palacios de la Real Sociedad. Uno tras otro pasaron ante su ventanilla en toda su sobria majestad de cúpulas y columnatas: Física, Economía, Química... Uno podía quejarse de algunas innovaciones radicales, reflexionó Mallory, pero no se podía negar el buen sentido y la justicia de las estupendas sedes consagradas a los estudiosos que se ocupaban del trabajo más noble de la humanidad. Y, por supuesto, al ayudar a la ciencia los palacios habían devuelto el suntuoso coste de su construcción al menos una docena de veces.

Subió por Knightsbridge y pasó por Hyde Park Corner hasta el Arco de Napoleón, un regalo de Luis Napoleón para conmemorar la entente anglofrancesa. El gran arco de hierro, con su lujoso esqueleto de puntales y pernos, sostenía una amplia población de cupidos alados y damas con antorchas envueltas en colgaduras. Un bonito monumento, pensó Mallory, y a la última moda. Su elegante solidez parecía negar que en algún momento hubiera habido alguna traza de discordia entre Gran Bretaña y su aliado más firme, la Francia imperial. Quizá, pensó con ironía, de los «malentendidos» de las guerras napoleónicas se podría culpar al tirano Wellington.

Aunque Londres no poseía ningún monumento dedicado al duque de Wellington, a veces a Mallory le parecía que los recuerdos implícitos de aquel hombre todavía rondaban por la ciudad, como un fantasma que no había hallado descanso. En otro tiempo se había exaltado allí al gran vencedor de Waterloo, había sido calificado de salvador de la nación británica. Wellington había sido ennoblecido y había ostentado el cargo más alto de esta tierra. Pero en la Inglaterra moderna lo vilipendiaban llamándolo bruto jactancioso, un segundo rey Juan, el carnicero de su propio pueblo inquieto. Los radicales jamás habían olvidado su odio por su primer y más formidable enemigo. Había pasado toda una generación desde la muerte de Wellington, pero el primer ministro Byron todavía escupía sobre la memoria del duque el ácido de su formidable elocuencia.

Aunque Mallory era un hombre leal al Partido Radical, no le convencía el simple abuso retórico. En privado sostenía su propia opinión sobre aquel tirano muerto tanto tiempo atrás. En su primer viaje a Londres, a los seis años, Mallory había visto al duque de Wellington; pasaba en su carruaje dorado por la calle, con una escolta de caballería armada que trotaba tintineante a su lado. Y el pequeño Mallory se había sentido inmensamente impresionado no solo por aquella famosa cara de la nariz

ganchuda, de cuello subido y bigotes, acicalada, estricta y silenciosa, sino también por la mezcla asombrada de miedo y placer de su propio padre ante el paso del duque.

Siempre que veía la capital se aferraba al paladar de Mallory un leve rastro picante de aquella visita infantil a Londres (en 1831, el primer año de la Época de los Problemas, el último del antiguo régimen de Inglaterra). Unos cuantos meses después, en Lewes, su padre había lanzado vítores enfervorecidos al llegar la noticia de la muerte de Wellington en un atroz atentado. Pero Mallory había llorado en secreto, embargado por una amarga pena por alguna razón que ahora no recordaba.

Su criterio, más experimentado ahora, veía en el Duque de Wellington a la víctima anticuada e ignorante de un movimiento que estaba más allá de su comprensión. Era más Carlos I que rey Juan. Wellington había defendido de una forma muy estúpida los intereses de la nobleza tory de sangre azul, debilitada y decadente, una clase destinada a ser barrida del poder por la prometedora clase media y los meritócratas intelectuales. Pero, en realidad, Wellington no era un hombre de sangre azul; en otro tiempo había sido el sencillo Arthur Wellesley, cuyo origen irlandés resultaba bastante modesto.

Es más, le parecía a Mallory que, como soldado, Wellington había demostrado un dominio muy loable de su oficio. Era solo como político civil y como primer ministro reaccionario cuando Wellington había juzgado pésimamente el tenor revolucionario de la era de la industria y la ciencia. Y había pagado por su falta de visión con su honor, su poder y su vida.

La Inglaterra que Wellington había conocido y mal gobernado, la Inglaterra de la infancia de Mallory, había atravesado un tiempo de huelgas, manifiestos y protestas hasta llegar a las revueltas, la ley marcial, las matanzas, la guerra abierta y una anarquía casi absoluta. Solo el Partido Radical Industrial, con su atrevida visión racional de un nuevo orden integral, había salvado a Inglaterra del abismo.

Pero aun así, pensaba él, aun así debería haber un monumento en alguna parte.

El cabriolé subió por Piccadilly, pasó Down Street, Whitehorse Street, Half Moon Street. Mallory ojeó su agenda y encontró la tarjeta de visita de Laurence Oliphant. El hombre vivía en Half Moon Street. Pensó en parar el taxi para ver si estaba en casa. Si, al contrario que la mayor parte de los cortesanos elegantes, Oliphant se levantaba antes de las diez, quizá tuviera algo parecido a un cubo de hielo en su casa, y quizá una gota de algo para abrir los poros. A Mallory le parecía agradable la idea de irrumpir con todo atrevimiento en el día de Oliphant, y quizá sorprenderlo en medio de alguna intriga furtiva.

Pero lo primero era lo primero. Quizá probaría con Oliphant cuando hubiese completado su recado.

Detuvo el taxi a la entrada de la Arcada Burlington. El gigantesco zigurat enmarcado en hierro de Fortnum y Mason acechaba al otro lado de la calle, entre una

serie de joyerías y tiendas exclusivas. El taxista le cobró mucho más de lo debido, pero Mallory no hizo caso, se sentía comunicativo. Parecía que los taxistas se estaban aprovechando de todo el mundo. A poca distancia de Piccadilly, otro hombre había saltado de su taxi y estaba discutiendo, de un modo bastante vulgar, con su conductor.

Mallory no había encontrado nada que se pudiera comparar con ir de compras cuando se trataba de demostrar de forma gratificante el poder de su riqueza recién adquirida. Había ganado su dinero gracias a una absurda baladronada, pero el secreto de su origen quedaba a salvo con él. Las máquinas de crédito de Londres crujían igual para los vaporosos beneficios del juego que para el óbolo de la viuda.

¿Y qué iba a ser? ¿El gigantesco jarrón de hierro, con la base octogonal y ocho pantallas abiertas que colgaban ante su pedestal aflautado, lo que daba a todo el objeto una ligereza y elegancia singulares? ¿Ese soporte de boj con dosel esculpido, su base pensada para un termómetro de cristal veneciano? ¿Aquel salero de ébano enriquecido con columnas y elaborados paneles inferiores, acompañado de una cuchara para sal de plata rica en tréboles, hojas de roble, tallo dorado en espiral y el monograma de tu elección?

Dentro de J. Walker y Compañía, un establecimiento pequeño pero de un gusto maravilloso, situado entre las tiendas con escaparates saledizos de la afamada Arcada, Mallory descubrió un regalo que le pareció de lo más adecuado. Era un reloj semanal que daba los cuartos y las horas con unas magníficas campanadas de tono catedralicio. El reloj, que también mostraba la fecha, el día de la semana y las fases de la luna, era una extraordinaria obra de precisión de los artesanos británicos, aunque como es natural, el elegante soporte del reloj suscitaría más admiración entre aquellos no entendidos en mecánica. El soporte, del mejor papier-mâché lacado e incrustado con cristales azul turquesa, estaba coronado por un grupo de grandes figuras doradas. Estas representaban a una joven y decididamente atractiva Britania, ataviada con una túnica muy ligera, que admiraba el progreso conseguido por el tiempo y la ciencia para mayor civilización y felicidad del pueblo de la Gran Bretaña. Este loable tema quedaba también ilustrado por una serie de siete escenas grabadas que giraban a lo largo de la semana sobre un engranaje oculto en la base del reloj.

El precio era nada menos que de catorce guineas. Parecía que un artículo de tal originalidad artística no podía tasarse en simples libras, chelines y peniques. Aquella crasa y pragmática idea hizo pensar a Mallory que la feliz pareja estaría mucho mejor con un tintineante puñado de catorce guineas, pero el dinero desaparecería pronto, como ocurría siempre con el dinero cuando se era joven. Un buen reloj como aquel podía adornar una casa durante generaciones.

Mallory compró el reloj con dinero en metálico y rechazó el ofrecimiento de crédito con un año de plazo. El dependiente, un anciano altanero que sudaba dentro de un almidonado cuello regencia, le demostró el sistema de cuñas de corcho que

protegía los engranajes de las exigencias de un viaje. El reloj estaba provisto de un estuche cerrado con asa e iba forrado con un corcho que se adaptaba a la forma del reloj, debajo de un terciopelo de color borgoña.

Mallory sabía que jamás podría encajar su trofeo en un autobús de vapor atestado de personas. Tendría que alquilar otro cabriolé y atar el estuche del reloj al techo. Una proposición problemática, ya que Londres era frecuentado por jóvenes ladrones conocidos con el nombre de «arrastradores», golfillos con la agilidad de un mono que saltaban con puñales de dientes de sierra a los techos de los carruajes que pasaban para cortar las correas de cuero que sujetaban el equipaje. Para cuando el taxi se detenía, los ladrones ya se habían ido corriendo tan tranquilos y se habían ocultado en las profundidades de algún inicuo garito, tras lo cual se pasaban el botín de mano en mano hasta que los contenidos privados de las maletas terminaban en una decena de traperías.

Mallory atravesó cargado con su compra la otra verja de la arcada Burlington, donde el policía de guardia le ofreció un alegre saludo. Fuera, en los jardines Burlington, un joven con un sombrero mellado y un abrigo andrajoso y grasiento, que había estado sentado tranquilamente en el borde de una maceta de cemento, se puso en pie de repente.

El joven desaliñado cojeó hasta Mallory con los hombros caídos y una teatral expresión de desesperanza. Al mismo tiempo se tocó el ala del sombrero, ensayó una sonrisa patética y empezó a hablarle a Mallory:

—Le pido disculpas señor pero si perdona la libertad de que se dirija así a usted en mitad de la calle alguien que se ha visto casi reducido a vestir harapos aunque no siempre ha sido así y no por culpa suya sino debido a la mala salud en su familia y a muchos sufrimientos inmerecidos sería un gran favor señor saber la hora.

¿La hora? ¿Podía saber de algún modo ese hombre que Mallory acababa de comprar un gran reloj? Pero el desharrapado no prestó atención a la repentina confusión de Mallory y continuó con impaciencia, con el mismo tono monótono e insinuante.

—Señor no es mi intención pedir pues me crió la mejor de las madres y pedir no es mi oficio no sabría cómo realizar ese oficio si tal fuera mi vergonzoso deseo pues preferiría morir de privaciones pero señor le imploro en el nombre de la caridad que me permita el honor de actuar como su porteador para llevar la caja que lo incomoda por el precio que su humanidad quiera ponerle a mis servicios.

El desharrapado se interrumpió de repente y miró con los ojos muy abiertos por encima del hombro de Mallory. De repente cerró la boca con fuerza y adoptó una expresión tensa, como una costurera al partir el hilo. El desharrapado dio tres cuidadosos pasos hacia atrás, poco a poco, manteniendo siempre a Mallory entre él y lo que fuera que veía. Y luego se dio la vuelta sin más sobre los talones sueltos

forrados de periódicos y se alejó a toda prisa, sin cojera alguna, para perderse por las atestadas aceras de Cork Street.

Mallory se volvió al instante y miró tras él. A su espalda había un hombre alto, esbelto, de largas piernas, con una nariz de botón y largas patillas, ataviado con un abrigo alberto corto y pantalones lisos. En el momento en el que la mirada de Mallory lo sorprendió, el hombre se llevó un pañuelo a la cara. Tosió de un modo distinguido y luego se secó un poco los ojos. Luego, con un repentino sobresalto teatral, pareció recordar algo que había olvidado. Se giró y comenzó a regresar sin prisas hacia la arcada Burlington. Ni una vez había mirado directamente a Mallory.

Este también sintió un repentino interés fingido por los cierres del estuche de su reloj. Posó la caja en el suelo, se inclinó y miró los trocitos de latón brillante mientras su cerebro se ponía en funcionamiento y un escalofrío le recorría la espalda. El truco del pañuelo del canalla lo había delatado. Lo reconoció entonces como el hombre al que había visto al lado de la estación de metro de Kensington, el caballero de la tos que no renunciaba a su taxi. Es más, pensó Mallory, cuya mente comenzaba a comprenderlo todo, el caballero de la tos era también el hombre maleducado que había discutido con el taxista por el precio, en Piccadilly. Llevaba detrás de él todo el camino desde Kensington. Lo estaba siguiendo.

Agarró el estuche del reloj con fuerza y empezó a caminar con tranquilidad por los jardines Burlington. Giró a la derecha en Old Bond Street. Los nervios le zumbaban con el instinto del acechador. Había sido un necio al darse la vuelta y mirar primero. Quizá se había delatado a su perseguidor. Mallory no se giró para mirar otra vez, sino que se paseó fingiendo lo mejor que podía un momento de ocio. Se detuvo delante de los estantes de terciopelo de una joyería. Estaban repletos de camafeos, pulseras y diademas de fiesta para su dama, y contempló la calle que tenía detrás en el cristal reluciente protegido por barras de hierro.

Vio al caballero de la tos reaparecer casi al instante. El hombre se había quedado de momento bastante atrás, cuidando de mantener entre él y Mallory a varios grupos de compradores londinenses. El caballero de la tos tenía unos treinta y cinco años, cabellos grises en las patillas y un abrigo alberto cosido a máquina que no parecía tener nada de especial. Su rostro era el de cualquiera en Londres, quizá un poco más pesado, los ojos un poco más fríos, una boca más lúgubre bajo el botón de la nariz.

Mallory giró otra vez a la izquierda, por Bruton Street. La caja del reloj resultaba más incómoda a cada paso que daba. Allí, las tiendas carecían del conveniente cristal en ángulo. Se quitó el sombrero al pasar una mujer bonita y fingió echar un vistazo a sus tobillos. El caballero de la tos todavía seguía con él.

Quizá fuera cómplice del ojeador y su mujer. Un rufián contratado, un mercenario con una pistola de cañón corto en el bolsillo de ese abrigo alberto. O con un frasco de vitriolo. Se le puso de punta el vello de la nuca al anticipar el impacto repentino de la

bala del asesino, la salpicadura húmeda y abrasadora de la corrosión.

Empezó a caminar más deprisa. El estuche le golpeaba dolorosamente la pierna. Entró en Berkeley Square, donde una pequeña grúa de vapor, resoplando animosa entre un par de plátanos astillados, balanceaba una gran bola de hierro contra una fachada georgiana medio derrumbada. Una multitud de espectadores disfrutaba del espectáculo. Se unió a ellos tras la barricada de caballetes, envuelto por el acre olor a yeso antiguo, y por un momento se sintió seguro. Espió al caballero de la tos con una mirada de soslayo. El tipo parecía bastante siniestro y nervioso por haber perdido de momento a Mallory entre la multitud. Pero no se le antojaba enloquecido por el odio ni preparado para matar. Observaba a su alrededor, entre las piernas de los espectadores, en busca de la caja del reloj de Mallory.

Esa era una oportunidad para perder al canalla. Mallory se lanzó plaza abajo a toda prisa, aprovechando el refugio que le proporcionaban los árboles. En el otro extremo de la plaza bajó por Charles Street, flanqueada a izquierda y derecha por enormes mansiones del siglo XVIII, casas señoriales de cuyos ornamentados forjados colgaban modernos escudos de armas. Tras él, un lujoso faetón salió de su garaje, lo que le dio la oportunidad de detenerse, girar y estudiar la calle.

Le había fallado la táctica. El caballero de la tos estaba a solo unos metros de él, un poco fatigado quizá, y con el rostro rojo debido al calor plomizo, pero no lo había despistado. Estaba esperando a que Mallory se moviera de nuevo y tenía buen cuidado de no mirarlo. Lo que hacía era contemplar con aparente anhelo la entrada de un pub llamado «Yo Soy el Único Lacayo Corredor». Se le ocurrió a Mallory dar la vuelta y entrar en el Lacayo Corredor, donde podría perder al caballero de la tos entre la multitud. O quizá podría saltar, en el último momento, a un ómnibus que se alejara, si es que podía subir a bordo su valiosa caja.

Pero no esperaba mucho de tales recursos. Aquel tipo tenía la firme ventaja del terreno y todos los trucos sucios del delincuente londinense. Mallory se sentía como uno de esos torpes bisontes de Wyoming. Siguió adelante con el pesado reloj. Le dolía la mano, y empezaba a cansarse.

Al final de Queens Way, una draga y dos excavadoras causaban cada vez más estragos entre las ruinas de Shepherd Market. Rodeaba la obra una valla con las tablas rotas y llenas de agujeros realizados por espectadores impacientes. Las habituales mujeres con la cabeza cubierta por un pañuelo y los vendedores ambulantes, siempre escupiendo tabaco y desplazados de sus lugares tradicionales, habían montado los últimos puestos justo al otro lado de la valla. Mallory recorrió la hilera de ostras malolientes y verduras blandas. Al final del vallado, algún accidente de planificación había dejado un callejón estrecho; tablones polvorientos a un lado, ladrillo desmenuzado al otro. Brotaban hierbajos fétidos entre las antiguas losas llenas de orines. Mallory se asomó cuando una vieja tocada con un sombrero se

levantó y se colocó las faldas. La mujer pasó a su lado sin decir ni una palabra y Mallory se llevó la mano al sombrero.

Levantó el estuche por encima de la cabeza y lo colocó con suavidad sobre la pared de ladrillo cubierto de musgo. Lo apuntaló con un trozo de cemento deshecho para asegurarlo y luego colocó el sombrero a su lado.

Apoyó la espalda contra la pared de tablones.

Apareció el caballero de la tos. Mallory se lanzó a por el hombre y le propinó con todas sus fuerzas un puñetazo en la boca del estómago. El individuo se dobló sin resuello, escupiendo saliva, y Mallory lo remató con un corto izquierdazo en un lado de la mandíbula. El hombre cayó sobre las rodillas mientras su sombrero salía volando.

Mallory agarró al villano por la espalda del abrigo alberto y lo lanzó con fuerza contra los ladrillos. El hombre rebotó, cayó de cabeza y quedó tendido y jadeante, con la cara y las patillas manchadas de polvo y tierra. Mallory lo sujetó por la garganta y la solapa.

—¿Quién eres?

—¡Socorro! —graznó el hombre sin fuerzas—. ¡Asesino! Mallory lo arrastró un trecho por el callejón.

—¡No te hagas el tonto conmigo, canalla! ¿Por qué me estás siguiendo? ¿Quién te ha pagado? ¿Cómo te llamas? El hombre arañó desesperado la muñeca de Mallory.

—Suélteme... —Se le había abierto el abrigo. Mallory vislumbró el cuero marrón de una pistolera y estiró la mano de inmediato para coger el arma que había dentro.

No era una pistola. La sacó con la mano como una larga serpiente aceitada: una porra, con mango de cuero trenzado y una caña gruesa y negra de caucho indio, aplanada en el extremo hasta convertirse en una punta hinchada similar a la de un calzador. Tenía el tacto de un látigo acerado, como si estuviera construida alrededor de una espiral de hierro.

Mallory empuñó el cruel artefacto, que daba la impresión de ser capaz de romper huesos con suma facilidad. El caballero de la tos se encogió ante él.

—¡Responde a mis preguntas!

Un relámpago húmedo hizo estallar la nuca de Mallory. Estuvo a punto de perder el sentido. Se sintió caer, pero se sujetó contra las repugnantes losas de la calle con unos brazos tan entumecidos y pesados como las patas de un cordero. Recibió un segundo golpe, aunque este de soslayo, en el hombro. Rodó hacia atrás y gruñó, un ladrido espeso, un lamento que jamás había oído escapar de su garganta. Lanzó una patada a su atacante y de algún modo consiguió golpearle la pantorrilla. El segundo rufián saltó hacia atrás con una maldición.

Mallory había perdido la porra. Se incorporó tambaleante, con sumo esfuerzo, hasta que logró sostenerse a duras penas sobre las dos piernas. El segundo hombre era

corpulento y pequeño. Llevaba un bombín redondo encajado casi hasta las cejas. Se encontraba sobre las piernas estiradas del caballero de la tos y lanzó una acometida amenazadora con una cachiporra de cuero parecida a una salchicha.

La sangre bajaba por el cuello de Mallory, que se vio invadido por una oleada de náuseas y mareo. Tuvo la sensación de que se iba a desmayar en cualquier momento, pero un instinto animal le dijo que, si se caía entonces, con toda seguridad lo matarían de una paliza.

Se volvió y huyó del callejón tambaleándose. Le parecía que la cabeza le chirriaba como una carraca, como si se le hubieran soltado las suturas del cráneo. Una bruma roja giraba oleosa ante sus ojos.

Se bamboleó un poco calle abajo y dobló una esquina jadeando. Se apoyó en una pared y se sujetó las rodillas con las manos. Un hombre respetable pasó a su lado con una mujer y se lo quedó mirando con una cierta expresión de asco. Mallory les devolvió una mirada furiosa y desafiante. Moqueaba y tenía la boca atorada por las náuseas. Le parecía que si aquellos bastardos olían su sangre, terminarían destrozándolo.

Transcurrió el tiempo. Pasaron a su lado más londinenses con miradas de indiferencia, curiosidad, leve desaprobación... Pensaban que estaba borracho o enfermo. Contempló entre lágrimas el edificio que había al otro lado de la calle, el cartel de hierro forjado y esmaltado con esmero de la esquina.

Half Moon Street. Half Moon Street, donde vivía Oliphant.

Buscó en el bolsillo el cuaderno de campo. Todavía estaba allí, y el tacto familiar de su sólida encuadernación de cuero fue como una bendición. Con dedos temblorosos encontró la tarjeta de Oliphant.

Cuando llegó a la dirección indicada, en el otro extremo de Half Moon Street, ya no hacía eses al andar. El terrible mareo había dado paso a unas dolorosas punzadas.

Oliphant vivía en una mansión georgiana dividida para los inquilinos modernos. El piso bajo tenía una sofisticada barandilla de hierro y un ventanal cubierto con cortinas que dominaba la tranquila vista de Green Park. Era, en todos los sentidos, un lugar agradable y civilizado, en absoluto adecuado para un hombre al que le dolía todo, que estaba aturdido y chorreaba sangre. Mallory aporreó con furia el llamador de cabeza de elefante.

Abrió la puerta un sirviente que miró a Mallory de arriba abajo.

—¿Puedo ayudarlo...? Oh, vaya. —Se volvió y alzó la voz para gritar—: ¡Señor Oliphant!

Mallory entró bamboleándose en el vestíbulo, todo elegantes azulejos y revestimientos encerados. Oliphant apareció casi de inmediato. A pesar de la hora lucía un atuendo formal, con una pajarita diminuta y un crisantemo en el ojal.

Pareció hacerse cargo de la situación con un simple y perspicaz vistazo.

—¡Bligh! Vaya enseguida a la cocina y pídale coñac a la cocinera. Una palangana de agua. Y unas toallas limpias.

Bligh, el sirviente, desapareció. Oliphant se acercó a la puerta abierta, lanzó una mirada cauta a ambos lados de la calle y luego cerró la puerta y la aseguró con la falleba. Cogió el brazo de Mallory y lo guió hasta el salón, donde el herido se sentó con gesto cansado en el banco de un piano.

—Así que lo han atacado —dijo Oliphant—. Se le han echado encima por detrás. Una emboscada cobarde, por lo que parece.

—¿Está muy mal? No lo veo.

—Un golpe con un instrumento contundente. La piel está rota y tiene una magulladura considerable. Ha sangrado bastante, pero ya está coagulando.

—¿Es grave?

—Las he visto peores. —El tono de Oliphant era irónico y alegre a la vez—. Pero me temo que ha estropeado esa americana tan bonita que lleva.

—Me acecharon por todo Piccadilly —dijo Mallory—. No vi al segundo hasta que ya fue demasiado tarde. —Se incorporó de repente—. ¡Maldita sea! ¡Mi reloj! Un reloj, un regalo de boda. Lo dejé en un callejón de Shepherd Market. ¡Esos canallas lo habrán robado!

Bligh reapareció con unas toallas y la palangana. Era más bajo y mayor que su jefe, bien afeitado, con el cuello grueso y ojos castaños y saltones. Sus peludas muñecas eran tan gruesas como las de un minero. Oliphant y él compartían una relación fácil y respetuosa, como si aquel hombre fuera un viejo sirviente de confianza de la familia. Oliphant mojó una toalla en la palangana y se colocó detrás de Mallory.

—Quédese quieto, por favor.

—Mi reloj... —repitió Mallory. Oliphant suspiró.

—Bligh, ¿cree que podría ocuparse de la propiedad extraviada de este caballero? Hay un cierto grado de peligro implícito, por supuesto.

—Sí, señor —respondió Bligh impasible—. ¿Y los invitados, señor? Oliphant pareció pensárselo mientras mojaba la nuca de Mallory.

—¿Por qué no se lleva a los invitados con usted, Bligh? Estoy seguro de que disfrutarán de la salida. Sáquelos por atrás e intente no crear demasiada expectación.

—¿Qué debo decirles, señor?

—¡Dígales la verdad, por supuesto! Dígales que unos agentes extranjeros han asaltado a un amigo de la casa. Pero dígales que no deben matar a nadie. Y si no encuentran ese reloj del doctor Mallory, no deben pensar que es un reflejo de sus habilidades. Bromee sobre ello si no le queda más remedio, pero no permita que crean que han perdido su prestigio.

—Lo entiendo, señor —dijo Bligh, y se fue.

—Siento abusar —murmuró Mallory. —

Tonterías. Para eso estamos. —Oliphant le ofreció dos dedos de un excelente coñac en una copa de cristal. Con el licor, el susto y la sequedad de garganta abandonaron a Mallory y lo dejaron dolorido, si bien mucho menos entumecido y preocupado.

—Usted tenía razón —declaró—. ¡Me estaban acechando como a un animal!

No eran rufianes comunes. Querían hacerme daño, estoy seguro.

—¿Texanos?

—Londinenses. Un tipo alto con patillas y uno pequeño y gordo con bombín.

—Mercenarios. —Oliphant mojó una toalla en la palangana—. No le vendrían mal un punto o dos, creo. ¿Quiere que llame a un médico? ¿O confía en mí para que lo haga? He hecho alguna que otra operación cuando no había otra cosa.

—Yo también —respondió Mallory—. Por favor, proceda si lo considera necesario.

Se tomó otro trago del coñac de Oliphant mientras este iba a buscar aguja e hilo. Luego se quitó la chaqueta, apretó la mandíbula y se quedó mirando el papel de flores azules mientras Oliphant perforaba con habilidad la piel rasgada y la suturaba.

—No está mal —comentó Oliphant con satisfacción—. No se acerque a efluvios malsanos y es probable que escape sin fiebres.

—Todo Londres es un efluvio hoy en día. Este espantoso tiempo... Yo no confío en los médicos, ¿y usted? No saben de lo que hablan.

—¿Al contrario que los diplomáticos o los catastrofistas? —La encantadora sonrisa de Oliphant hizo imposible que Mallory se ofendiera. Mallory recogió la chaqueta del banco del piano. Las manchas de sangre le salpicaban el cuello.

—¿Y ahora qué? ¿Voy a la policía?

—Está usted en su derecho, por supuesto —dijo Oliphant—, aunque yo confiaría en su discreción patriótica para que dejara de mencionar ciertas cosas.

—¿Ciertas cosas... como lady Ada Byron?

Oliphant frunció el ceño.

—Especular sin mesura sobre la hija del primer ministro sería, me temo, una indiscreción muy grave.

—Ya veo. ¿Y sobre mi tráfico de armas para la Comisión de Libre Comercio de la Real Sociedad? Tengo la fundada sospecha de que los escándalos de la comisión difieren de los de lady Ada.

—Bueno... Por muy gratificante que fuera para mi persona ver que los errores de su comisión se exponen ante el público, me temo que todo ese asunto debe permanecer bajo mano, en interés de la nación británica.

—Ya veo. Y, con exactitud, ¿que me queda entonces por decirle a la policía?

Oliphant esbozó una fina sonrisa.

—Que lo golpeó en la cabeza un rufián anónimo por razones desconocidas.

—Eso es ridículo —espetó Mallory—. ¿Es que ustedes, los mandarines del Gobierno, no sirven para nada? ¡Esto no es ningún juego de charadas de salón, sabe? ¡He identificado a esa malvada que ayudó a mantener cautiva a lady Ada! Se llama...

—Florence Bartlett —dijo Oliphant—. Y le ruego que baje la voz.

—¿Pero cómo...? —Mallory se detuvo en seco—. Su amigo el señor Wakefield, ¿no? Supongo que vigiló todo lo que hice en la Oficina de Estadísticas y luego salió disparado para contárselo.

—Es asunto de Wakefield, por muy tedioso que sea, vigilar cuanto sucede con sus benditas máquinas —explicó Oliphant con calma—. En realidad, esperaba que me lo dijera usted, ahora que sabe que lo atrajo una auténtica mujer fatal. Pero no parece muy ansioso por compartir su información, señor.

Mallory se limitó a gruñir.

—Esto no es asunto para la policía normal —siguió Oliphant—. Ya le dije que debería contar con protección especial. Ahora me temo que debo insistir.

—Maldita sea... —murmuró Mallory.

—Y tengo el hombre adecuado para esta misión. El inspector Ebenezer Fraser, de la Sección Especial de Bow Street. Una sección muy particular, así que no debe decirlo en voz demasiado alta. Pero descubrirá que el inspector Fraser, o señor Fraser, como prefiere que lo llamen en público, es un hombre muy capaz, muy comprensivo y muy discreto. Sé que estará usted a salvo en sus manos, y no puedo explicarle el alivio que eso supondrá para mí.

Se cerró una puerta en la parte posterior de la casa. Se oyeron pasos, arañazos y sonidos metálicos, voces extrañas. Entonces reapareció Bligh.

—¡Mi reloj! —exclamó Mallory

—¡Gracias al cielo! —Lo encontramos sobre un muro, sujeto con un trozo de ladrillo, bastante escondido —explicó Bligh mientras posaba el estuche—. Casi ni un rasguño.

Supongo que los rufianes lo ocultaron ahí para llevárselo más tarde, señor. Oliphant asintió y miró a Mallory con una ceja levantada.

—Buen trabajo, Bligh.

—Y también estaba esto, señor. —Bligh sacó una chistera pisoteada.

—Es de ese canalla —declaró Mallory. El sombrero aplastado del caballero de la tos lo habían empapado de forma liberada en un charco de orines rancios, aunque a nadie le pareció correcto mencionar aquel acto incalificable.

—Siento no haber encontrado su sombrero, señor —dijo Bligh—. Lo más probable es que lo robara algún golfillo callejero. Oliphant, con un levísimo estremecimiento de asco involuntario, examinó la chistera arruinada, la giró y le dio la vuelta al forro.

—No hay marca de fabricante.

Mallory la miró.

—Hecha por máquinas. De Moses e Hijo diría yo. Unos dos años. —

Bien —parpadeó Oliphant—. He de asumir que las pruebas descartan a un extranjero. Un veterano de Londres, con toda seguridad. Utiliza aceite de macasar barato, pero es un hombre de capacidad craneal suficiente para poseer cierta astucia. Ponlo en la basura, Bligh.

—Sí, señor. —Bligh se fue. Mallory palmeó la caja del reloj con una profunda satisfacción.

—Su hombre, Bligh, me ha hecho un gran servicio. ¿Cree que le pondría objeciones a una gratificación?

—Sin lugar a dudas —respondió Oliphant. Mallory percibió que había metido la pata y apretó los dientes.

—¿Y esos invitados suyos? ¿Se me permitiría darles las gracias? Oliphant sonrió con abandono.

—¡Cómo no!

Llevó a Mallory al comedor. Se habían quitado las patas de caoba de la mesa del comedor de Oliphant y la gran superficie pulida descansaba ahora sobre sus esquinas de pan de jengibre tallado, a pocos centímetros del suelo. Cinco asiáticos se sentaban a su alrededor, con las piernas cruzadas en actitud de alienígena dignidad: cinco hombres serios con los calcetines al aire y trajes de gala cortados a medida en Savile Row. Todos hombres, lucían altos sombreros de copa de seda incrustados sobre la sucinta cabeza. Su pelo era muy corto y muy oscuro.

Y también había una mujer, arrodillada a los pies de la mesa. Mostraba la compostura de una máscara y tenía una hermosa melena, sedosa y negra. Vestía una voluminosa prenda nativa, brillante y decorada con golondrinas y hojas de arce.

—Doctor Edward Mallory san o goshokai shimasu —dijo Oliphant. Los hombres se levantaron con una peculiar elegancia: se balancearon hacia atrás un poco, deslizaron un pie debajo del cuerpo y se enderezaron de repente con la ayuda de sus flexibles piernas, como bailarines del ballet.

—Estos caballeros están al servicio de su imperial majestad, el Mikado del Japón —dijo Oliphant—. Este es el señor Matsuki Koan, el señor Mori Arinori, el señor Fusukawa Yukichi, el señor Kanaye Nagasawa y el señor Hisanobu Sameshima. —Los hombres se inclinaron a la altura de la cadera, uno tras otro.

Oliphant no intentó presentar a la mujer, que permanecía sentada rígida e inexpresiva, como si en secreto se sintiera molesta por tener que soportar la mirada de un inglés. Mallory pensó que lo más inteligente era no mencionar el hecho ni prestarle demasiada atención, de modo que se volvió hacia Oliphant.

—¿Japoneses, no? Usted habla la lengua, ¿verdad?

—Alguna noción, para temas diplomáticos.

—¿Querría, por favor, darles las gracias por ir tan valerosamente a recoger mi reloj?

—Lo entendemos, doctor Marori —dijo uno de los japoneses. Mallory había olvidado de inmediato sus nombres imposibles, pero pensó que este quizá se llamase Yukichi—. Es un honor para nosotros asistir al amigo británico del señor Laurence Oliphant, con el que nuestro soberano ha expresado su compromiso. — El señor Yukichi se inclinó de nuevo.

Mallory se había perdido por completo.

—Gracias por su cortés discurso, señor. Debo decir que es usted un caballero muy culto. Yo no soy diplomático, pero se lo agradezco con toda sinceridad. Han sido todos muy amables...

Los japoneses se consultaron entre sí.

—Esperamos que no haya sido herido de gravedad por el bárbaro asalto a su persona británica perpetrado por los extranjeros —dijo el señor Yukichi.

—No —dijo Mallory.

—No vimos a su enemigo ni a ninguna persona maleducada ni violenta. —El tono del señor Yukichi era suave, pero sus ojos relucientes no dejaban muchas dudas a Mallory acerca de lo que Yukichi y sus amigos habrían hecho si se hubieran encontrado con tal rufián. Como grupo, los cinco japoneses tenían un aire refinado, docto; dos de ellos llevaban anteojos sin aros y uno tenía un monóculo sujeto por una cinta, y guantes amarillos de dandi. Pero todos eran jóvenes, hábiles y fornidos, y los sombreros de copa se encaramaban sobre su cabeza como gorros vikingos.

Las largas piernas de Oliphant cedieron de repente bajo él y se sentó a la cabecera de la mesa con una sonrisa. Mallory también se sentó y le estallaron las rodillas. Los japoneses siguieron el ejemplo de Oliphant y se colocaron enseguida en las mismas posturas de árida dignidad. La mujer no había movido ni un músculo.

—En estas circunstancias —reflexionó Oliphant—, un día de calor horroroso y una agotadora incursión en pos de enemigos del reino, creo que procede una pequeña libación. —Levantó una campana de latón de la mesa y la hizo sonar—. Así que vamos a divertirnos, ¿eh? ¿Nani o onomi ni narimasu ka?

Los japoneses se consultaron y abrieron mucho los ojos con alegres asentimientos e intensos gruñidos de aprobación.

—Iusuki...

—Güisqui, una elección excelente —dijo Oliphant. Bligh llegó en ese instante con un carrito de botellas de licor. —No queda mucho hielo, señor.

—¿Qué pasa, Bligh? —El heladero no le quiso vender a la cocinera más que un poco, señor. ¡El precio se ha triplicado desde la semana pasada!

—Bueno, el hielo tampoco cabría en la botella de la muñeca —dijo Oliphant con

ligereza, como si aquel comentario tuviera sentido—. Bien, doctor Mallory, preste mucha atención. El señor Matsuki Koan, que resulta que proviene de la muy avanzada provincia de Satsuma, nos estaba mostrando una de las maravillas del arte japonés. ¿Quién decía que era el artesano, señor Matsuki?

—Está hecha por hijos de la familia Hosokawa —respondió el señor Matsuki al tiempo que se inclinaba—. Nuestro señor, Satsuma daimyo, es mecenas.

—Creo que el señor Matsuki hará los honores, Bligh —dijo Oliphant. Bligh entregó al señor Matsuki una botella de güisqui. El japonés comenzó a verterla en una elegante jarra de cerámica que tenía la mujer japonesa a su derecha. La joven no respondió. Mallory empezó a preguntarse si estaba enferma, o paralizada. Luego, el señor Matsuki encajó la jarrita en la mano derecha de la mujer con un seco chasquido de madera. Se levantó y cogió un manubrio dorado que procedió a encajar en la parte inferior de la espalda de la japonesa, hecho lo cual empezó a girarlo sin expresión alguna en el rostro. Surgió de las entrañas de la mujer el agudo sonido de una bobina.

—¡Es un maniquí! —soltó Mallory sin pensar.

—Más bien una marioneta, en realidad —dijo Oliphant—. El término correcto es «autómata», creo. Mallory tomó aliento.

—¡Ya veo! Como uno de esos juguetes de Jacquot-Droz, o el famoso pato de Vaucanson, ¿eh? —Se echó a reír. Ahora era obvio que el rostro de máscara, medio oculto por el elegante cabello negro, era en realidad madera tallada y pintada—. Ese golpe debe de haberme ablandado las mientes. Cielos, qué maravilla.

—Cada cabello de la peluca está colocado a mano —dijo Oliphant—. Es un regalo real, para su británica majestad. Aunque me imagino que el príncipe consorte, y en especial el joven Alfred, también se quedarán prendados de ella.

La autómata comenzó a servir las copas. Tenía una bisagra en el codo, oculta por la túnica, y una segunda en la muñeca. Servía el güisqui con un suave deslizamiento de cables y un chasquido sordo de madera.

—Se mueve de forma muy parecida a un torno Maudsley guiado por máquinas —observó Mallory—. ¿Fue ahí donde obtuvieron los planos?

—No, es enteramente nativa —respondió Oliphant. El señor Matsuki estaba pasando pequeñas tazas de cerámica llenas de güisqui por la mesa—. Ni un trozo de metal en su interior, todo bambú, pelo de caballo trenzado y muelles de hueso de ballena. Hace ya muchos años que los japoneses saben fabricar estas muñecas. Karakuri, las llaman.

Mallory tomó un sorbo de su güisqui. Escocés, de malta, sin mezclas. Ya estaba un poco achispado por el coñac de Oliphant, y ahora la visión de la muñeca le hacía sentirse como si se hubiera metido sin querer en una pantomima navideña.

—¿Camina? —preguntó—. ¿Toca la flauta, quizá? ¿O algo de eso?

—No, solo sirve bebidas —dijo Oliphant—. Pero con las dos manos.

Mallory sintió los ojos de los japoneses clavados en él. Estaba claro que la muñeca no era ninguna maravilla especial para ellos. Querían saber lo que él, un británico, pensaba de ella. Querían saber si estaba impresionado.

—Es impresionante —soltó sin más—. ¡Sobre todo, dada la primitiva naturaleza de Asia!

—Japón es la Gran Bretaña de Asia —señaló Oliphant.

—Sabemos que no es gran cosa —respondió el señor Yukichi con los ojos encendidos.

—No, es una maravilla, de veras —insistió Mallory—. Bueno, podrían ustedes cobrar entrada.

—Sabemos que no es gran cosa comparada con sus magníficas máquinas británicas. Como dice el señor Oliphant, somos sus hermanos pequeños en este mundo.

—Aprenderemos —dijo otro japonés que hablaba por primera vez, con toda probabilidad el que se llamaba Arinori—. ¡Tenemos un gran compromiso con la Gran Bretaña! Gran Bretaña abrió nuestros puertos con la flota de hierro. Hemos despertado y aprendido grandes lecciones que ustedes nos han enseñado. Hemos destruido a nuestro shogun y su atrasado bakufu. Ahora nos guiará Mikado en la gran nueva era del progreso.

—Seremos aliados de ustedes —dijo Yukichi con nobleza—. La Gran Bretaña de Asia llevará la civilización y la ilustración a todos los pueblos de Asia.

—Eso es muy loable por su parte —respondió Mallory—. Pero cuesta un poco de trabajo, la civilización, construir un imperio... Hacen falta varios siglos, ¿saben?

—Ahora aprendemos todo de ustedes —dijo el señor Arinori con el rostro ruborizado; el güisqui y el calor parecían haber encendido una hoguera en su interior —. Construimos grandes escuelas y armadas, como ustedes. ¡En Choshu tenemos una máquina! Compraremos más máquinas. ¡Construiremos nuestras propias máquinas!

Mallory se echó a reír. Aquellos extraños extranjeritos parecían tan jóvenes, tan idealistas, inteligentes y sobre todo sinceros... Lo sentía por ellos.

—¡Bueno! ¡Es un sueño magnífico, joven, y le honra! Pero no es tan sencillo. Verá, en Gran Bretaña hemos dedicado un gran esfuerzo a esas máquinas. ¡Muy bien se podría decir que es el objetivo central de nuestra nación! Nuestros intelectuales llevan ya décadas trabajando en la tecnología de las máquinas. Para que ustedes, en unos cuantos años, logren lo que hemos hecho nosotros...

—Haremos los sacrificios que sean necesarios —replicó el señor Yukichi con calma. —Hay otros modos de mejorar la tierra de su raza —dijo Mallory—. ¡Pero lo que proponen es imposible, así de sencillo! —Nosotros haremos los sacrificios que sean necesarios —repitió el japonés con énfasis.

Mallory lanzó una mirada a Oliphant, que permanecía sentado con una sonrisa

fija, y contemplaba a la chica de cuerda que llenaba tazas de porcelana. Quizá el suave escalofrío que pendía en el aire no era más que un producto de la imaginación de Mallory. Pero tenía la sensación de que, de algún modo, había metido la pata.

Se produjo un incómodo silencio, únicamente interrumpido por el tintineo de la autómata. Mallory se puso en pie. Le zumbaba la cabeza.

—Le agradezco su amabilidad, señor Oliphant. Y la ayuda de sus invitados, por supuesto. Pero no me puedo quedar, ya sabe. Esto es muy agradable, pero me requieren otros asuntos...

—¿Está seguro? —preguntó Oliphant con cordialidad.

—Sí.

Oliphant levantó la voz.

—¡Bligh! Manda al chico de la cocinera a buscar un taxi para el doctor Mallory.

Mallory pasó una noche sudorosa y sin descanso. Despertó de un sueño confuso en el que discutía sobre catastrofismo con el caballero de la tos, y escuchó unas insistentes llamadas a la puerta.

—¡Un momento! —Sacó las piernas desnudas de la cama, bostezó un poco mareado y se pasó la mano con cuidado por la nuca. El golpe había sangrado un poco durante la noche y había dejado una mancha rosada en el almohadón, pero la hinchazón había remitido y no parecía tener fiebre. Con toda probabilidad, aquello se debía a las bondades terapéuticas del excelente licor de Oliphant.

Se puso una camisa de dormir sobre su sudorosa desnudez, se envolvió en una bata y abrió la puerta. El conserje del palacio, un irlandés llamado Kelly, se encontraba en el pasillo con un par de mujeres de la limpieza de expresión hosca. Iban equipados con fregonas, cubos galvanizados, embudos de caucho negro y un carrito atestado de frascos tapados.

—¿Qué hora es, Kelly?

—Las nueve, señor. —Kelly entró inspirando entre los dientes. Las mujeres lo siguieron con el carrito. Unas chillonas etiquetas de papel declaraban que cada una de las botellas de cerámica contenía «Desodorizador oxigenado patentado de Condy, un galón imperial».

—¿Qué es todo esto?

—Manganato de sosa, señor, para ocuparnos de las cañerías del palacio. Tenemos intención de echarlo en todos los aseos. Vamos a despejar todas las cañerías, hasta los desagües principales.

Mallory se colocó la bata. Le daba vergüenza aparecer con los pies y los tobillos desnudos ante las mujeres de la limpieza.

—Kelly, no servirá absolutamente para nada, aunque lo vierta por las cañerías hasta el mismísimo infierno. Esto es el Londres metropolitano, y el calor del verano es asqueroso. Hasta el Támesis apesta.

—Tengo que hacer algo, señor —replicó Kelly—. Nuestros huéspedes se están quejando de la forma más vigorosa. Y no puedo decir que los culpe.

Las mujeres colocaron un embudo y vertieron una jarra de la decocción, que era de un brillante color púrpura, por la taza del váter de Mallory. El desodorizador emitía un intenso tufo a amoníaco, mucho más abominable a su modo que el hedor constante de las habitaciones. Entre estornudos frotaron con gesto cansado la porcelana, hasta que Kelly tiró de la cadena de la cisterna con un gesto magistral.

Luego se fueron y Mallory se vistió. Comprobó su cuaderno. Tenía la tarde cuajada de compromisos, pero por la mañana solo aparecía una cita. Ya había aprendido que la lentitud de Disraeli hacía conveniente dedicarle medio día. Con suerte, quizá encontrase tiempo para llevar la chaqueta a la limpieza francesa, o para hacer que un barbero le desenredara el pelo.

Cuando bajó al comedor, otros dos comensales tardíos charlaban sobre una taza de té. Uno era un hombre del gabinete llamado Belshaw, el otro un empleado de un museo y que quizá se llamase Sydenham. No lo recordaba muy bien.

Belshaw levantó la vista cuando Mallory entró en la sala. El paleontólogo le dedicó un gesto cortés. Belshaw le devolvió la mirada con una expresión de asombro apenas contenido. Mallory pasó al lado de los dos hombres y ocupó su lugar habitual bajo la araña de luz dorada. Belshaw y Sydenham empezaron a hablar en voz baja y urgente.

Mallory se quedó desconcertado. Jamás le habían presentado formalmente a Belshaw, pero, ¿era posible que aquel hombre se sintiera ofendido por un simple asentimiento? Y ahora Sydenham, cuya cara mofletuda había quedado demudada, lanzaba miradas de soslayo al recién llegado. Este se preguntó si acaso tendría la bragueta abierta. No era así. No obstante, los dos hombres lo miraban con ojos desorbitados y una expresión de alarma al parecer sincera. ¿Se le había abierto la herida, le chorreaba la sangre del pelo por el cuello? No parecía...

Mallory pidió el desayuno al camarero, cuya expresión seria le dio a entender que consideraba la elección de arenques y huevos una grave indiscreción.

Se sentía cada vez más confuso y le entraron ganas de enfrentarse a Belshaw, para lo cual empezó a ensayar un pequeño discurso. Pero Belshaw y Sydenham se levantaron de repente, dejaron allí su té y abandonaron el comedor. Mallory se desayunó con forzada obstinación, decidido a no permitir que el incidente lo disgustara.

Fue a recepción a recoger su cesta de correo. El recepcionista habitual no estaba de servicio, pues se encontraba en cama aquejado de un catarro en los pulmones, según su sustituto. Mallory se retiró con su cesta a su lugar habitual de la biblioteca. Había presentes cinco de sus colegas del palacio, reunidos en una esquina de la habitación, donde conversaban con gestos nerviosos. Cuando Mallory levantó la vista creyó sorprenderlos mirándolo, pero no eran más que tonterías.

Clasificó su correspondencia sin demasiado interés. Le dolía un poco la cabeza y su mente vagaba distraída. Había una tediosa carga de inevitable correspondencia profesional y el aburrido gravamen habitual de misivas de admiración y peticiones. Quizá la contratación de un secretario personal acabara tornándose de hecho inevitable.

Tocado por una repentina inspiración, Mallory se preguntó si el joven señor Tobias, de la Oficina Central de Estadísticas, no sería el hombre adecuado para este puesto. Quizá la oferta de un empleo alternativo aumentara el atrevimiento del muchacho en su trabajo. Había muchas cosas en la oficina que Mallory ansiaba examinar. El expediente de lady Ada, por ejemplo, de existir tan fabuloso artículo. O el del resbaladizo señor Oliphant, con sus sonrisas fáciles y sus vagos consuelos. O el

de lord Charles Lyell, el intelectual cargado de medallas que actuaba como jefe de la facción uniformista.

Era probable, pensó, que estos tres dignos personajes estuvieran fuera de su alcance. Pero muy bien podría sacar unos cuantos datos sobre Peter Foulke, un siniestro canalla cuya telaraña de turbias intrigas era incluso más manifiesta.

Mientras revolvía en su cesta de correo se convenció en gran medida de que, de alguna manera, lo conseguiría todo. Aquel misterioso asunto surgiría poco a poco, como los huesos astillados de su lecho de esquisto. Había vislumbrado los cadáveres que se ocultaban en los armarios de la elite radical. Ahora, si le daban tiempo y una oportunidad para trabajar, arrancaría el misterio entero de su matriz de piedra.

Le llamó la atención un paquete de lo más inusual. No poseía las dimensiones habituales sino que era contundente y cuadrado, y lucía un pintoresco juego de sellos franceses urgentes. El sobre, de color amarillo marfileño, asombrosamente lustroso y rígido, estaba elaborado con una sustancia impermeable muy poco habitual, similar a la mica. Sacó su navaja de Sheffield, seleccionó la más pequeña de las diferentes hojas y abrió el paquete.

El interior contenía una única tarjeta de calibre napoleónico para máquinas francesas. Mallory, cada vez más alarmado, sacudió el sobre para sacar la tarjeta y ponerla sobre la mesa. Lo hizo con cierta dificultad, ya que el lustroso interior del envoltorio estaba húmedo, algo muy extraño. Había sido embadurnado con un rocío químico que emitía un hedor cada vez más virulento al quedar expuesto al aire.

La tarjeta, en blanco y sin perforaciones, lucía un pulcro bloque de texto diminuto, de color negro y escrito por completo en mayúsculas.

> «PARA EL DOCTOR EDWARD MALLORY, PALACIO DE PALEONTOLOGÍA, LONDRES: ES USTED CULPABLE DE POSEER UNA PROPIEDAD ROBADA EN EPSOM. NOS DEVOLVERÁ LA PROPIEDAD, ENTERA Y COMPLETA, SIGUIENDO LAS ÓRDENES QUE SE LE DEN EN LAS COLUMNAS DE ANUNCIOS PERSONALES DEL DAILY EXPRESS DE LONDRES. HASTA QUE RECIBAMOS ESTA PROPIEDAD SUFRIRÁ USTED UNA VARIEDAD DE CASTIGOS DELIBERADOS QUE CULMINARÁN, SI ES NECESARIO, EN SU TOTAL Y ABSOLUTA DESTRUCCIÓN. EDWARD MALLORY: CONOCEMOS SU NÚMERO, SU IDENTIDAD, SU HISTORIA Y SUS AMBICIONES. SOMOS MUY CONSCIENTES DE TODAS SUS DEBILIDADES. LA RESISTENCIA ES INÚTIL. UNA RÁPIDA Y ABSOLUTA SUMISIÓN ES SU ÚNICA ESPERANZA. CAPITÁN SWING».

Mallory se quedó allí sentado, asombrado. Los recuerdos volvían a echársele

encima con toda viveza. Wyoming otra vez, una mañana en la que se había levantado de su cama de campaña y se había encontrado una serpiente de cascabel dormitando al calor de su cuerpo. Había sentido a la serpiente retorciéndose bajo su espalda en las profundidades del sueño, pero, adormilado, había hecho caso omiso de ella. Y allí tenía delante la perturbadora y escamosa prueba.

Cogió la tarjeta con gesto brusco y la examinó minuciosamente. Celulosa alcanforada, humedecida con algo acre. Las diminutas letras de imprenta empezaban ya a desvanecerse, y el material se calentaba por momentos entre sus dedos. Lo dejó caer de inmediato y contuvo un grito de sorpresa. La tarjeta empezó a combarse sobre la mesa, y después a desmenuzarse en capas más finas que la piel más fina de una cebolla, mientras adquiría un desagradable color marrón por los bordes. Empezó entonces a elevarse un penacho de humo amarillento, y Mallory se dio cuenta de que aquello estaba a punto de estallar en llamas.

Se apresuró a meter la mano en la cesta, sacó el último y grueso número de los Cuadernos Trimestrales de la Sociedad Geológica y aplastó con rapidez la tarjeta. Esta se partió después de dos buenos golpes, tras lo que quedó convertida en una ruina deshilachada y encogida, mezclada en parte con el barniz ampollado del tablero de la mesa.

Rasgó después el sobre de una petición, tiró el contenido sin leerlo y barrió la ceniza hacia su interior con el lomo afilado de la revista geológica. La mesa no parecía demasiado dañada.

—¿Doctor Mallory...?

El aludido levantó la vista con un sobresalto culpable y se encontró frente a frente con un extraño. El hombre, un londinense alto y bien afeitado, vestido con gran sencillez y con un aspecto adusto y poco dado a la sonrisa, se encontraba al otro lado de su mesa, con unos periódicos y un cuaderno en una mano.

—Un espécimen muy pobre —dijo Mallory embargado por un éxtasis repentino de engañosa improvisación—. ¡Encurtido en alcanfor! ¡Una técnica horrenda! —Dobló el sobre y se lo metió en el bolsillo.

El extraño le ofreció en silencio una tarjeta de visita.

La tarjeta de Ebenezer Fraser llevaba su nombre, un número telegráfico y un pequeño sello de Estado repujado. Nada más. El reverso ofrecía un retrato punteado, con la mirada de pétrea gravedad que parecía ser la expresión natural de aquel hombre.

Mallory se levantó para ofrecerle la mano, y entonces se dio cuenta de tenía los dedos manchados de ácido. Entonces se inclinó, se sentó de inmediato y se limpió la mano con gesto furtivo en la pernera del pantalón. Sentía la piel del pulgar y el índice mustia, como si la hubiera metido en formaldehído.

—Espero encontrarlo bien, señor —murmuró Fraser mientras se sentaba al otro

lado de la mesa—. ¿Recuperado del ataque de ayer?

Mallory echó un vistazo por toda la biblioteca. Los otros huéspedes seguían apiñados al otro lado de la sala, y sus travesuras y la repentina aparición de Fraser parecían inspirarles mucha curiosidad.

—Una pequeñez —se defendió Mallory—. Podría pasarle a cualquiera en

Londres. Fraser enarcó levísimamente una ceja. —Siento que mi contratiempo le provoque molestias, señor Fraser.

—Ninguna molestia, señor. —Fraser abrió un cuaderno empastado en cuero y sacó un bolígrafo de su chaqueta lisa de aspecto cuáquero—. ¿Unas preguntas?

—A decir verdad, estoy bastante apurado en este momento... Fraser lo hizo callar con una mirada impasible.

—Llevo aquí tres horas, señor, esperando un momento oportuno para usted.

Mallory empezó a ofrecer una disculpa torpe. Fraser no le hizo caso.

—Hoy presencié algo bastante curioso ahí fuera, a las seis de esta mañana, señor. Un joven voceador gritaba al mundo entero que a Leviatán Mallory lo habían arrestado por asesinato.

—¿A mí? ¿Edward Mallory?

Fraser asintió.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a gritar un voceador una mentira tan detestable?

—Vendió un buen montón de periódicos —respondió Fraser con tono seco—. Yo mismo compré uno.

—¿Y qué demonios tenía que decir ese periódico sobre mí?

—Ni una sola palabra sobre ningún Mallory —dijo Fraser—. Puede verlo usted mismo. —Dejó un periódico doblado sobre la mesa: un Daily Express de Londres.

Mallory colocó el periódico con cuidado sobre la cesta.

—Alguna broma malvada —sugirió con la garganta seca—. Los golfillos de por aquí son capaces de cualquier cosa...

—Cuando volví a salir, el pequeño granuja se había largado —replicó Fraser—. Pero una gran cantidad de sus colegas oyó al voceador gritando su cuento. Por aquí no se ha hablado de otra cosa en toda la mañana.

—Ya veo —dijo Mallory—. Eso explica ciertos... ¡Bueno! —Carraspeó.

Fraser lo miró impasible.

—Será mejor que ahora vea esto, señor. —Extrajo un documento doblado de su cuaderno, lo abrió y lo deslizó sobre la caoba pulida.

Era un daguerrotipo mecánico. Un hombre muerto, echado sobre una losa y con un pequeño lienzo que le cubría las ingles. La imagen se había tomado en un depósito de cadáveres. Habían abierto el cuerpo entero desde el vientre al esternón con una única y tremenda cuchillada. La piel del pecho, las piernas y el abultado vientre era de un color marmóreo, en tétrico contraste con las manos, muy quemadas por el sol, y

el rostro rubicundo.

Era Francis Rudwick.

Había una leyenda debajo de la imagen. Una autopsia científica, decía. Al sujeto «batracio» se le vacía y abre en una disección catastrófica. Primero de una serie.

—¡Dios de los cielos! —dijo Mallory.

—Archivo oficial del depósito de cadáveres de la policía —indicó Fraser—. Parece que cayó en manos de un revoltoso.

Mallory se quedó mirándolo, horrorizado y asombrado.

—¿Qué puede significar?

Fraser preparó su bolígrafo.

—¿Qué es «batracio», señor?

—Del griego —soltó Mallory—. Batracho, anfibio. Ranas y sapos, sobre todo. —Luchó por encontrar las palabras—. Una vez, hace años, en un debate, dije que sus teorías... Las teorías geológicas de Rudwick, ya sabe...

—Oí la historia esta mañana, señor. Al parecer es muy conocida entre sus colegas. —Fraser pasó unas páginas de su cuaderno—. Usted le dijo al señor Rudwick: «El curso de la evolución no se amolda a la pereza batracia de su intelecto». —Se detuvo un instante—. El tipo se parecía un poco a una rana, ¿no, señor?

—Era un debate público en Cambridge —respondió Mallory con lentitud—.

Los ánimos se habían calentado...

—Rudwick afirmó que estaba usted «tan loco como una cabra en una sombrerería» —reflexionó Fraser—. Al parecer, usted se tomó el comentario bastante mal.

Mallory se ruborizó.

—No tenía ningún derecho a decir eso, con esos aires de grandeza...

—Eran enemigos.

—Sí, pero... —Mallory se secó la frente—. ¡No creerá que yo tuve algo que ver con esto!

—No era esa su intención, estoy seguro —dijo Fraser—. Pero creo que es usted un hombre de Sussex, ¿no, señor? De una ciudad llamada Lewes.

—¿Y?

—Al parecer se han enviado varias decenas de estas imágenes desde la oficina de correos de Lewes.

Mallory se quedó pasmado.

—¿Decenas de ellas?

—Enviadas a todos sus colegas de la Real Sociedad, señor. De forma anónima.

—Cristo del cielo —musitó Mallory—, ¡pretenden destruirme!

Fraser no dijo nada.

Mallory se quedó mirando la imagen del depósito de cadáveres. De repente, la simple piedad humana de aquella visión lo golpeó con una fuerza terrible.

—¡Pobre Rudwick, maldito fuera! ¡Mire lo que le han hecho!

Fraser lo contempló con expresión cortés.

—¡Era uno de nosotros! —explotó Mallory, impulsado por un momento de sinceridad colérica—. No era ningún teórico, solo desenterraba huesos, demonios, y era muy bueno. ¡Dios mío, piense en su pobre familia!

Fraser tomó una nota.

—Familia, debo investigar eso. Es muy probable que les hayan dicho que usted lo asesinó.

—Pero yo estaba en Wyoming cuando mataron a Rudwick. ¡Todo el mundo lo sabe!

—Un hombre acaudalado podría contratar el trabajo.

—No soy un hombre acaudalado.

Fraser no dijo nada.

—No lo era —dijo Mallory—, entonces no...

Fraser hojeó su cuaderno con gesto intencionado.

—Gané el dinero jugando.

Fraser mostró un leve interés.

—Mis colegas han observado cómo lo gasto —concluyó Mallory con un escalofrío—. Y se han preguntado de dónde salió el dinero. Y hablan de mí a mis espaldas, ¿eh?

—La envidia pone en movimiento muchas lenguas, señor.

Mallory se sintió de repente mareado y aterrado. La amenaza cuajaba el aire como una nube de avispas. Después de un momento, Mallory se recobró bajo el diplomático silencio de Fraser. Sacudió la cabeza poco a poco y apretó la mandíbula. No iba a dejar que lo confundieran y espantaran. Había trabajo que hacer. Había pruebas allí mismo. Mallory se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido, y estudió la imagen con expresión fiera.

—«Primero de una serie», dice aquí. Esto es una amenaza, señor Fraser. Insinúa que habrá más asesinatos parecidos. «Una disección catastrófica». Esto se refiere a nuestra riña científica, ¡como si hubiera muerto por eso!

—Los intelectuales se toman sus riñas muy en serio —apuntó Fraser.

—¿Quiere decir que mis colegas creen que yo he enviado esto? ¿Que contrato asesinos como si fuera un Maquiavelo, que soy un maníaco peligroso que alardea de asesinar a sus rivales?

Fraser guardó silencio.

—Dios mío —dijo Mallory—. ¿Qué voy a hacer?

—Mis superiores me han adjudicado este caso —anunció Fraser con tono formal

—. Debo pedirle que confíe en mi discreción, doctor Mallory.

—¿Pero qué debo hacer con el daño que ha sufrido mi reputación? ¿Voy a acudir a cada hombre de este edificio a rogarle que me escuche y decirle... decirle que no soy una especie de necrófago infernal?

—El Gobierno no permitirá que se acose a un destacado intelectual de esta manera —le aseguró Fraser en voz baja—. Mañana, en Bow Street, el comisionado de la policía enviará una declaración a la Real Sociedad afirmando que es usted víctima de calumnias maliciosas e inocente de toda sospecha en el asunto Rudwick.

Mallory se frotó la barba.

—¿Y eso ayudará en algo, cree usted?

—Si es necesario, enviaremos también una declaración pública a los diarios.

—¿Pero este tipo de publicidad no podría suscitar más sospechas contra mí?

Fraser cambió de postura en su silla de la biblioteca.

—Doctor Mallory, mi oficina existe para destruir las conspiraciones. No carecemos de experiencia. No carecemos de recursos. No nos va a vencer una desharrapada camarilla de aficionados a los faroles oscuros. Pensamos atraparlos a todos, del primero al último, y lo haremos antes, señor, si es usted franco conmigo y me cuenta todo lo que sabe.

Mallory se acomodó en su silla.

—Está en mi naturaleza ser franco, señor Fraser. Pero es una historia oscura y escandalosa.

—No tema herir mi susceptibilidad.

Mallory miró a su alrededor, los estantes de caoba, las revistas empastadas, los textos encuadernados en cuero y los enormes atlas. La sospecha pendía en el aire como una mancha abrasadora. Después del ataque callejero del día anterior, el palacio le había parecido una grata fortaleza, pero ahora tenía la sensación de que se trataba de una tejonera.

—Esto no es sitio para contarlo —murmuró Mallory.

—No, señor —asintió Fraser—. Pero usted debería seguir con su trabajo científico, como siempre. Ponga buena cara ante la adversidad y es probable que sus enemigos piensen que sus estratagemas han fracasado.

A Mallory le pareció un buen consejo. Por lo menos podía actuar. Se puso en pie de inmediato.

—Seguir con mis asuntos diarios, ¿eh? Sí, yo diría que sí. Muy adecuado. Fraser también se levantó.

—Yo lo acompañaré, señor, con su permiso. Confío en que pongamos un brusco punto final a sus problemas.

—Quizá no pensara lo mismo si conociera todo este maldito asunto —se quejó Mallory.

—El señor Oliphant me ha informado del tema.

—Lo dudo —gruñó Mallory—. Ha cerrado los ojos a lo peor de todo.

—Yo no soy un puñetero político —comentó Fraser con el mismo tono suave de siempre—. ¿Nos vamos, señor?

Fuera del palacio, el cielo londinense era un dosel de calima amarilla.

Pendía sobre la ciudad con una grandiosidad lúgubre, como un rabihorcado gelatinoso inmerso en una tormenta. Sus tentáculos, la suciedad sublevada de las chimeneas de la ciudad, se retorcían y aflautaban muy lentamente como el humo de una vela, y salpicaban el techo encapotado formado por una gran nube oscura. El sol invisible arrojaba una luz ahogada y acuosa.

Mallory estudió la calle que lo rodeaba. Era una mañana londinense de verano que la suntuosidad tétrica de la hollinosa luz ambarina había tornado extraña.

—Señor Fraser, entiendo que es usted un hombre nacido y criado en Londres. —Sí, señor. —¿Ha visto alguna vez un tiempo como este? Fraser lo pensó mientras miraba el cielo con los ojos entrecerrados. —No desde que era un muchacho, señor, cuando las nubes de carbón eran

grandes. Pero los radicales construyeron chimeneas más altas. Hoy en día se disipan hacia los condados. —Se detuvo unos instantes—. La mayor parte.

Mallory contempló fascinado las gruesas nubes. Deseó haber pasado más tiempo estudiando las doctrinas de la Pneumodinámica. Aquella tapadera de nubes estáticas exhibía una enfermiza carencia de turbulencia natural, como si la sistemática dinámica de la atmósfera hubiera quedado de algún modo estancada. El fétido subsuelo, el Támesis medio seco y espesado por desechos..., y ahora aquello.

—No parece que haga tanto calor como ayer —murmuró.

—La oscuridad, señor. En las calles se había formado una aglomeración que solo Londres podía producir. Todos los omnibuses y cabriolés estaban tomados, y en cada cruce había un atasco de armatostes y dogcarts cuyos conductores no dejaban de proferir maldiciones mientras los caballos jadeaban por los negros ollares. Los faetones de vapor pasaban resoplando con pereza, y muchos tiraban de vagones con llantas de goma cargados de provisiones. Parecía que el éxodo veraniego de la alta burguesía que abandonaba Londres se estaba convirtiendo en una desbandada general. Mallory admitió que aquello no carecía de sentido.

Había un largo paseo hasta Fleet Street y su reunión con Disraeli. Le pareció que lo mejor sería tomar el tren y soportar el hedor.

Pero la Hermandad Británica de Zapadores y Mineros se había puesto en huelga a la entrada de la estación de Gloucester Road. Ya habían colocado piquetes y carteles por la acera y estaban apilando sacos de arena, como un ejército de ocupación. Los contemplaba una multitud tranquila que no parecía molesta por la osadía de los

huelguistas, sino más bien interesada o intimidada. Quizá la gente se alegraba de ver el metro cerrado, aunque lo más probable era que simplemente tuviera miedo de los obreros. Los huelguistas habían abandonado las obras subterráneas y habían salido a la superficie como una hueste de nomos musculosos.

—No me gusta el aspecto que tiene esto, señor Fraser.

—No, señor.

—Vamos a hablar un momento con estos tipos. —Mallory cruzó la calle y abordó a un obrero achaparrado y de nariz venosa que bramaba a la multitud y la obligaba a coger sus panfletos—. ¿Qué problema hay aquí, hermano zapador?

El obrero miró a Mallory de arriba abajo y sonrió alrededor de un palillo de marfil. Llevaba un gran aro chapado en la oreja, o quizá se tratara de oro auténtico: la hermandad era un sindicato adinerado que poseía muchas patentes ingeniosas.

—Pos yo se lo digo, don, ya que pregunta con tanta educación. ¡Son esos absurdos trenes pneumáticos de las narices, coño! Ya le dijimos en una solicitud al lord Babbage que esos malditos túneles no se iban a airear bien. Pero uno de esos intelectuales hijos de puta de la leche nos endilgó una puta conferencia, to tonterías, y ahora los cabrones de los trastos se han venido abajo como pis podrido.

—Sí es un asunto grave, señor.

—Qué puta razón tiene, hombre.

—¿Sabe el nombre del intelectual al que se consultó?

El obrero discutió la pregunta con un par de amigos suyos, todos ellos con el casco calado.

—Un lord de nombre Jefferies.

—¡Conozco a Jefferies! —respondió Mallory, sorprendido—. Afirmó que el pterodáctilo de Rudwick no podía volar. Afirmó haber demostrado que era «un reptil aletargado que solo planeaba», y que era incapaz de batir las alas. ¡Ese granuja es un incompetente! ¡Habría que censurarlo por fraude!

—¿Intelectual también, don?

—No de esa clase —aseguró Mallory.

—¿Y qué pasa con ese amigo suyo, el puto poli este? —El obrero se tiró muy agitado del aro que llevaba en la oreja—. ¿No estará apuntando to en esos puñeteros cuadernos, eh?

—En absoluto —respondió Mallory muy digno—. Solo queríamos saber la verdad de este asunto.

—Quié saber la puñetera verdad, su intelectualidad, pues arrástrese ahí abajo y raspe un caldero de esa mierda de moho de los ladrillos. Hay trabajadores de las cloacas con veinte años de experiencia que están echando las tripas por culpa del hedor.

El obrero se marchó para enfrentarse a una señora ataviada con un apretado

miriñaque.

—No puede ir ahí abajo, bonita, no rueda ni un solo tren en todo Londres. Mallory siguió adelante. —¡Esto no ha acabado! —murmuró en voz alta, dirigiéndose vagamente a Fraser—. ¡Cuando un intelectual acepta una consulta industrial, tiene que estar seguro de los datos!

—Es el tiempo —dijo Fraser.

—¡En absoluto! ¡Es una cuestión de ética intelectual! A mí también me solicitaron una de esas consultas. Un tipo de Yorkshire quiere construir un invernadero de cristal con la forma del lomo y las costillas de un brontosauro. El abovedado está bien y es eficiente, le dije, pero los precintos del cristal con seguridad tendrían filtraciones. Así que ni trabajo ni honorarios por la consulta, ¡pero mi reputación de erudito se mantiene! —Mallory aspiró el aire grasiento, carraspeó y escupió en la cuneta—. No me puedo creer que ese maldito estúpido de Jefferies diera a lord Babbage tan lamentable consejo.

—Jamás había visto a un intelectual hablar directamente con un obrero.

—¡Entonces no conoce a Ned Mallory! Yo respeto a cualquier hombre honesto que conozca de verdad su oficio. Fraser lo pensó un momento. Pareció dudar un poco, a juzgar por su expresión plomiza.

—Revolucionarios de clase obrera, y peligrosos, esos obreros...

—Un buen sindicato radical. Permanecieron firmes junto al partido en los primeros tiempos. Y todavía lo hacen.

—Mataron a un buen montón de policías en la Época de los Problemas.

—Pero era la policía de Wellington —afirmó Mallory. Fraser asintió con expresión sombría. No parecía quedar más remedio que ir andando hasta la casa de Disraeli. Fraser, que se acomodaba con facilidad al paso de Mallory gracias a la zancada de sus largas piernas, asintió de buena gana. Volvieron sobre sus pasos y entraron en Hyde Park. Mallory tenía la esperanza de disfrutar de un poco de aire fresco, pero allí el follaje veraniego parecía marchitado por la grasienta quietud y la luz verdosa que surgía debajo de los arbustos resultaba extraordinaria en su sombría malignidad.

El cielo se había convertido en un cuenco de humo que no dejaba de girar y espesarse. Aquel adverso paisaje pareció aterrar a los estorninos de Londres, pues una gran bandada de estos pájaros levantó el vuelo sobre el parque. Mallory los contempló admirado mientras caminaba. La actividad de las bandadas era una elegante lección de Física dinámica. Resultaba extraordinaria la forma en que la interacción sistemática de tantos pajarillos lograba formar figuras inmensas y refinadas en el cielo: un trapezoide, luego una pirámide desmochada que se convertía en una media luna plana, para después arquearse en el centro como el movimiento de una marea. Sin duda había un buen artículo en aquel fenómeno.

Tropezó con una raíz. Fraser lo cogió por el brazo.

—¿Señor?

—¿Sí, señor Fraser?

—Esté atento, si no le importa. Es posible que nos sigan.

Mallory miró a su alrededor, aunque no sirvió de mucho: el parque estaba atestado y no vio señales del caballero de la tos ni de su secuaz del bombín.

En Rotten Row, un pequeño destacamento de amazonas («las preciosas domadoras de caballos» las llamaban en los periódicos, lo que no era más que un eufemismo para referirse a cortesanas adineradas) se había reunido alrededor de una de ellas, a la que había derribado de la silla su castrado zaino. Cuando Mallory y Fraser se acercaron vieron que la bestia se había desplomado y yacía jadeando y echando espumarajos sobre la hierba húmeda, al lado de la pista. La amazona estaba cubierta de barro, aunque ilesa. Maldecía a Londres, al aire sucio, a las mujeres que la habían animado a galopar y al hombre a quien le había comprado el caballo.

Fraser, por cortesía, hizo caso omiso del indecoroso espectáculo.

—Señor, en mi profesión aprendemos a cultivar el aire libre. En este momento no hay puertas medio abiertas ni cerraduras a nuestro alrededor. ¿Querría informarme de sus problemas, con sus propias palabras, tal y como usted haya presenciado los acontecimientos?

Mallory siguió adelante en silencio durante unos momentos, mientras daba vueltas al tema en la cabeza. Sentía la tentación de confiar en Fraser. De todos los hombres con cierta autoridad cuya ayuda podría haber buscado cuando comenzaron los problemas, el único que parecía preparado para agarrar los problemas por la raíz era aquel sólido policía. Y sin embargo existía un grave riesgo si confiaba en él, y se trataba de un peligro que no solo corría Mallory.

—Señor Fraser, en este asunto está implicada la reputación de una gran dama. Antes de hablar debo tener su palabra de caballero de que no perjudicará los intereses de esta dama.

Fraser siguió caminando con aire meditabundo, con las manos unidas a la espalda.

—¿Ada Byron? —preguntó al fin.

—¡Bueno, sí! ¿Así que Oliphant le contó la verdad?

Fraser negó lentamente con la cabeza.

—El señor Oliphant es muy discreto. Pero a los de Bow Street nos llaman con frecuencia para poner bozal a las dificultades familiares de los Byron. Casi se podría decir que nos especializamos en eso.

—¡Pero usted pareció saberlo casi de inmediato, señor Fraser! ¿Cómo puede ser posible? —Por amarga experiencia, señor. Conozco esas palabras suyas, reconozco bien ese tono de veneración, «los intereses de una gran dama».

Fraser miró a su alrededor por el parque oscuro. Observó los bancos curvados de teca y hierro abarrotados de hombres con el cuello abierto, de mujeres de rostro colorado que se abanicaban, de hordas marchitas de niños de la ciudad con los ojos rojos, malhumorados por culpa de aquella viciada canícula.

—Las duquesas, las condesas, a todas les quemaron sus elegantes mansiones en la Época de los Problemas. Esas damas radicales suyas quizá se den muchos aires, pero nadie las llama «grandes damas» de ese modo tan anticuado, a menos que se refieran a la mismísima reina o a nuestra supuesta reina de las máquinas.

Pasó con cuidado por encima del cuerpecillo plumado de un estornino que yacía muerto en el camino de gravilla, con las alas estiradas y las patas levantadas. Siguieron avanzando y tuvieron que sortear cada vez más pájaros muertos.

—Quizá sea mejor que empiece por el principio, señor. Comience con el difunto señor Rudwick y todo ese asunto.

—Muy bien. —Mallory se secó el sudor de la cara. Su pañuelo terminó manchado de hollín—. Soy doctor en Paleontología. De lo que se deduce que soy un buen hombre del partido. Mi familia es un tanto humilde, pero gracias a los radicales obtuve un doctorado, con matrícula de honor. Apoyo con lealtad a mi Gobierno.

—Continúe —dijo Fraser.

—Pasé dos años en Suramérica buscando huesos con lord Loudon, pero no destacaba como intelectual. Cuando me ofrecieron la oportunidad de dirigir mi propia expedición, con una financiación generosa, la aproveché. Y como más tarde me enteré, eso mismo hizo el pobre Francis Rudwick, por razones similares.

—Ambos aceptaron el dinero de la Comisión de Libre Comercio de la Real Sociedad.

—No solo sus fondos, sino también sus órdenes, señor Fraser. Crucé con quince hombres la frontera americana. Desenterramos huesos, por supuesto, e hicimos un gran descubrimiento. Pero también traficamos con armas que les llevamos a los pieles rojas, para ayudarlos a mantener a raya a los yanquis. Trazamos las rutas que bajan desde el Canadá y detallamos la disposición del terreno con meticulosidad. Si algún día hay una guerra entre Gran Bretaña y América... —Mallory dejó morir la frase—. Bueno, ya hay una guerra de mil demonios en América, ¿no es así? Estamos con los confederados del sur en todo salvo el nombre.

—¿Usted no tenía ni idea de que Rudwick podía correr peligro a causa de estas actividades secretas?

—¿Peligro? Por supuesto que había peligro. Pero no en casa, en Inglaterra. Yo estaba en Wyoming cuando mataron a Rudwick aquí. No supe nada hasta que lo leí en Canadá. Para mí fue un golpe... Mire, tuve amargas peleas con Rudwick por cuestiones teóricas y sabía que había ido a excavar a México, pero desconocía que él y yo compartíamos el mismo secreto. No sabía que Rudwick era un farol oscuro de la

Comisión, solo que sobresalía en nuestra profesión. — Mallory suspiró aquel aire maloliente. Sus propias palabras lo sorprendían: jamás había llegado a admitir aquellos temas, ni siquiera ante sí mismo—. La verdad es que supongo que envidiaba a Rudwick. Era un poco mayor que yo y había sido alumno de Buckland.

—¿Buckland?

—Uno de los hombres más grandes de nuestro campo. Ya se ha ido, también. Pero, a decir verdad, yo no conocía muy bien a Rudwick. Era un hombre desagradable, altivo y frío en sus relaciones. Donde mejor estaba era fuera, explorando en el extranjero, lejos de la sociedad decente. —Mallory se secó la nuca —. Cuando leí sobre su muerte en una sucia riña, no me sorprendió demasiado la circunstancia.

—¿Sabe si Rudwick llegó a conocer a Ada Byron?

—No —respondió Mallory sorprendido—. No lo sé. Él y yo no ocupábamos un lugar tan alto en los círculos intelectuales, ¡desde luego no el nivel de lady Ada! Quizá los presentaran, pero de haberlo favorecido ella creo que yo lo hubiera sabido.

—Usted ha dicho que era brillante.

—Pero no galante.

Fraser cambió de tema.

—Oliphant parecer creer que a Rudwick lo mataron los texanos.

—Yo no sé nada de ningún texano —espetó Mallory colérico—. ¿Quién sabe algo de Texas? ¡Es un yermo maldito a mares y continentes de distancia! Si los texanos mataron al pobre Rudwick, supongo que la Marina Real debería bombardear sus puertos como represalia, o algo así. —Negó con la cabeza. Todo aquel pestilente asunto, que en otro tiempo le había parecido tan osado y sutil, se le antojaba ahora muy poco glorioso y grosero, poco más que un fraude de baja estofa—. Fuimos idiotas al implicarnos en el trabajo de la Comisión, Rudwick y yo. Unos cuantos lores ricos que intrigan a puerta cerrada para acosar a los yanquis... ¡Las repúblicas yanquis ya se están destrozando las unas a las otras por la esclavitud, los derechos provinciales o alguna otra estupidez! Rudwick murió por ello cuando ahora mismo podría estar vivo, desenterrando maravillas. ¡Me da auténtica vergüenza!

—Algunos podrían decir que fue su obligación de patriota. Que usted lo hizo para defender los intereses de Inglaterra.

—Supongo —dijo Mallory con un escalofrío—, pero es todo un alivio hablar en voz alta del tema, después de un silencio tan largo.

A Fraser no pareció impresionarle mucho la historia. Mallory supuso que para el inspector de la Sección Especial era un relato viejo y mil veces oído, o quizá un simple fragmento de perversidades mayores y más tenebrosas. Pero Fraser no continuó con el tema de la política y se limitó a preguntar por los detalles criminales.

—Hábleme sobre el primer ataque que sufrió usted.

—Ocurrió en el derby. Vi a una dama con velo dentro de un coche de alquiler. La trataban de una forma horrenda un hombre y una mujer a quienes tomé por criminales. La mujer era una tal Florence Russell Bartlett, como supongo que ya sabe.

—Sí. Estamos buscando con todas nuestras energías a la señora Bartlett.

—No pude identificar al varón que la acompañaba. Pero quizás haya oído su nombre por casualidad: «Swing» o «capitán Swing». Fraser pareció sorprenderse un tanto.

—¿Le contó ese detalle al señor Oliphant?

—No. —Mallory sintió que pisaba hielo quebradizo y no dijo nada más.

—Quizá fuera lo mejor —comentó Fraser después de pensarlo un momento—. El señor Oliphant es un poco imaginativo en ocasiones, y el «capitán Swing» es un nombre bastante famoso en el negociado de las conspiraciones. Un personaje mítico, como Ned Ludd o el general Ludd. Las bandas de Swing fueron hace años luditas de campo. Pirómanos en su mayor parte. Se dedicaban a quemar pajares. Pero en la Época de los Problemas se volvieron más violentos, mataron a una buena cantidad de terratenientes y quemaron sus magníficas mansiones.

—Ah —dijo Mallory—. ¿Entonces cree usted que este tipo es un ludita?

—Ya no quedan luditas —respondió Fraser con calma—. Están tan muertos como sus dinosaurios. Sospecho más bien de algún anticuario malicioso. Tenemos la descripción de este tipo, tenemos nuestros métodos. Cuando lo atrapemos, lo interrogaremos al respecto de esa querencia suya por las identidades falsas.

—Bueno, este tipo no es, desde luego, un trabajador del campo, sino una especie de dandi afrancesado de las carreras. ¡Cuando defendí a la dama se abalanzó sobre mí con un estilete! Me hizo un corte en la pierna. Supongo que tengo suerte de que la hoja no estuviera envenenada.

—Quizá lo estuviera —dijo Fraser—. La mayor parte de los venenos son mucho menos potentes de lo que supone el público.

—Bueno, derribé al muy granuja y los alejé de su víctima. El ojeador juró dos veces que me mataría. «Destruir», fue la palabra que utilizó. Luego me di cuenta de que la dama solo podía ser lady Ada Byron. Comenzó a hablar de una forma muy extraña, como si estuviera drogada, o muerta de miedo. Me rogó que la escoltara hasta el recinto real, pero cuando nos acercamos al palco se me escapó con algún truco, sin siquiera darme las gracias por las molestias.

Mallory hizo una pausa mientras manoseaba el contenido de sus bolsillos.

—Supongo que eso es lo esencial, señor. Poco después gané una buena cantidad de dinero apostando por un faetón de vapor construido por un amigo mío. Me dio una información muy útil, y en un momento pasé de ser un modesto estudioso a convertirme en un hombre con ciertos recursos. —Mallory se atusó la barba—. Por

grande que haya sido el cambio, en ese momento aquella no me pareció la maravilla mayor.

—Ya veo. —Fraser siguió caminando en silencio. Se acercaron a Hyde Park Corner, donde los hombres se encaramaban a cajones de jabón para arengar a la multitud al tiempo que tosían. Fraser y Mallory guardaron silencio mientras caminaban entre la masa de oyentes escépticos.

Cruzaron el bullicio frenético y vociferante de Knightsbridge. Mallory esperaba que Fraser dijera algo, pero el policía guardaba silencio. Ante las altas verjas de hierro de Green Park, Fraser se volvió y contempló durante un buen rato la calle que habían dejado atrás.

—Podemos acortar por Whitehall —dijo por fin—. Conozco un atajo.

Mallory asintió y lo siguió.

En Buckingham Palace se estaba cambiando la guardia. La familia real, como era su costumbre, veraneaba en Escocia, pero el cuerpo de guardias de elite llevaba a cabo el ritual diario en ausencia de la reina. Las tropas de palacio marchaban con orgullo, ataviadas con el equipo más moderno y eficiente del ejército británico: uniforme de batalla de Crimea de color pardo, salpicado de forma científica para engañar al ojo enemigo. Según todas las informaciones, aquella ingeniosa tela había confundido por completo a los rusos. Tras las tropas de a pie, un tiro de caballos de artillería arrastraba un gran órgano militar cuyos alegres tintineos y entusiastas zumbidos sonaban extrañamente melancólicos y tétricos bajo aquel aire quieto y maloliente.

Mallory había estado esperando a que Fraser llegara a una conclusión. Al final ya no pudo aguantar más.

—¿Usted cree que me encontré con Ada Byron, señor Fraser?

Fraser carraspeó y escupió con discreción.

—Sí, señor, lo creo. No me gusta mucho el tema, pero no veo que tenga nada de extraordinario.

—¿No?

—No, señor. Creo que veo la raíz de todo, con bastante claridad. Son problemas de juego. Lady Ada tiene un modus.

—¿Un modus? ¿Qué es eso?

—Es una leyenda en los círculos deportivos, doctor Mallory. Un modus es un sistema de juego, un truco secreto de la ingeniería matemática para derrotar a los corredores de apuestas. Todos los chasqueadores ladrones quieren un modus, señor. ¡Es su piedra filosofal, una forma de sacar oro del aire!

—¿Se puede hacer eso? ¿Es posible realizar un análisis así?

—De ser posible, señor, quizá lady Ada Byron podría conseguirlo.

—La amiga de Babbage... —musitó Mallory—. Sí, puedo creerlo. ¡Desde luego

que puedo!

—Bueno, quizá tenga un modus o quizá solo crea que lo tiene —señaló Fraser—. Yo no soy matemático, pero sé que jamás ha habido un sistema de apuestas eficiente que valga un pimiento. En cualquier caso, la señora ha vuelto a meterse en algo muy desagradable. —El policía gruñó indignado—. Hace años que persigue ese fantasma de los chasqueadores, y se ha codeado con muy feas compañías: estafadores, chasqueadores de baja estofa, prestamistas y cosas peores. ¡Ha amasado deudas de juego hasta el punto del escándalo público!

Mallory metió los pulgares en el cinturón monedero con aire ausente.

—Bueno, si Ada ha descubierto de verdad un modus, ¡ya no tendrá deudas durante mucho tiempo! Fraser lanzó a Mallory una mirada de compasión por ser tan ingenuo.

—¡Un auténtico modus destruiría la institución del hipódromo! Destrozaría el sustento de toda la clase alta del deporte... ¿Ha visto alguna vez a la chusma de las carreras moler a palos a un timador? Esa es la clase de revuelta que provocaría un modus. Su Ada quizá sí sea una gran erudita, ¡pero tiene el sentido común de una simple mosca!

—¡Es una gran intelectual, señor Fraser! Un genio. He leído sus artículos, y las magníficas matemáticas...

—Lady Ada Byron, reina de las máquinas —lo interrumpió Fraser con un tono tristísimo que contenía más hastío que desdén—. ¡Una mujer resuelta! Muy parecida a su madre, ¿eh? Usa anteojos verdes y escribe doctos libros. Quiere darle la vuelta al universo y jugar a los dados con los hemisferios. Las mujeres nunca saben cuándo deben parar.

Mallory sonrió.

—¿Es usted un hombre casado, señor Fraser?

—No —dijo Fraser.

—Yo tampoco, todavía no. Y lady Ada no se ha casado nunca. Se desposó con la ciencia.

—Toda mujer necesita un hombre que le sujete las riendas —dijo Fraser—. Es el plan de Dios para las relaciones entre hombres y mujeres.

Mallory frunció el ceño. Fraser reparó en su mirada y se lo pensó otra vez.

—Es la adaptación de la evolución para la especie humana —se corrigió.

Mallory asintió con lentitud.

Fraser parecía bastante renuente a conocer a Benjamin Disraeli. Presentó una escueta excusa: dijo que tenía que vigilar las calles en busca de espías, pero Mallory pensó que era mucho más probable que conociera la reputación de Disraeli y no confiara en la discreción del periodista. Y no era de extrañar.

Mallory había conocido a muchos hombres de clase alta en Londres, pero «Dizzy» Disraeli era el londinense de los londinenses. Mallory no lo respetaba mucho, pero sí que encontraba su compañía divertida. El personaje conocía, o fingía conocer, todas las intrigas que ocurrían en los Comunes entre bastidores; todas las riñas entre editores y sociedades científicas; todas las veladas y martes literarios de lady Tal y lady Cual. Tenía una forma artera de referirse a estas informaciones que resultaba casi mágica.

Pero Mallory sabía que a Disraeli, de hecho, lo habían excluido de tres o cuatro clubes de caballeros, quizá porque, aunque agnóstico declarado y respetable, era de ascendencia judía. No obstante ello, los modos y maneras de aquel hombre dejaban, por alguna razón, la inquebrantable impresión de que cualquier londinense que no conociera a «Dizzy» era imbécil o estaba moribundo. Esta característica operaba como un aura mística, como un miasma que rodeaba a aquel hombre, y había veces en las que ni el propio Mallory podía evitar creerlo.

Una sirvienta con cofia y delantal le abrió la puerta. Disraeli estaba despierto y desayunaba café negro y fuerte, acompañado por una fuente hedionda de caballa frita en ginebra. Lucía zapatillas, una bata turca y un fez de terciopelo con borla.

—Buenos días, Mallory. Una mañana horrenda. Espantosa.

—Lo es, sí.

Disraeli se metió el último bocado de caballa en la boca y empezó a llenar la primera pipa del día.

—La verdad es que usted es precisamente el tipo al que quería ver hoy, Mallory. ¿Tiene algo de chasqueador, de técnico experto?

—¿Perdón?

—Es ese maldito trasto nuevo. Lo compré el miércoles pasado. El dependiente juró que me haría la vida más fácil. —Disraeli lo llevó hasta su despacho, una habitación que recordaba al cuarto que tenía el señor Wakefield en la Oficina Central de Estadísticas, aunque en una escala mucho menos ambiciosa y repleta de restos de pipa, revistas morbosas y sándwiches a medio comer. El suelo estaba atestado de bloques tallados de corcho y montones de virutas de embalar.

Mallory comprobó entonces que Disraeli se había comprado una máquina mecanográfica Colt & Maxwell y que se las había arreglado para sacar el objeto del cajón de embalaje y colocarlo de pie sobre las patas curvadas de hierro. La rechoncha máquina apoyaba sobre los tableros manchados de roble, ante una silla de oficina.

—A mí me parece que está bien —dijo Mallory—. ¿Cuál es el problema?

—Bueno, sé darle al pedal y no manejo mal las manivelas —comentó Disraeli—. Sé hacer que la agujita mueva las letras que quiero. Pero no sale nada.

Mallory abrió el costado de la cubierta y ensartó con facilidad la cinta perforada en las bobinas del engranaje. Luego comprobó la tolva de carga para ver si había

papel continuo. Disraeli no había conectado bien las ruedas de espiga. Mallory se sentó en la silla de oficina, accionó el pedal con el pie hasta que la mecanografiadora adquirió velocidad y sujetó las manivelas.

—¿Qué escribo? Dícteme algo.

—«El conocimiento es poder» —respondió Disraeli de inmediato.

Mallory hizo que la aguja se moviera de un lado a otro por la esfera de cristal del alfabeto. La cinta perforada fue saliendo milímetro a milímetro y se enroscó con cuidado sobre su bobina de resorte. Después la impresora rotatoria emitió diversos taponazos y un estruendo tranquilizador. Mallory dejó que el rotor se fuera apagando y arrancó la primera hoja de papel de su ranura. «EL CONOCIMIENTOO ES PPODER», rezaba.

—Hay que saber hacerlo —explicó Mallory mientras entregaba la página al periodista—. Pero se acostumbrará a ella.

—¡Yo puedo garabatear más rápido! —se quejó Disraeli—. ¡Y desde luego, escribo mejor!

—Sí —admitió Mallory con paciencia—, pero no puede volver a cargar la cinta; unas tijeras y un poco de pegamento y puede volver a introducir la cinta perforada, y entonces la máquina escupe página tras página, siempre que pise el pedal. Tantas copias como quiera.

—Encantador —dijo Disraeli. —Y, por supuesto, puede revisar lo que ha escrito. Una simple cuestión de cortar y pegar la cinta.

—Los profesionales no revisan nunca —replicó Disraeli con amargura—. Y supongamos que quiero escribir algo elegante y prolijo. Algo como... — Disraeli agitó la pipa llena de rescoldos—: «Hay tumultos de la mente en los que, como sucede con las grandes convulsiones de la naturaleza, todo parece anarquía, el regreso del caos. Y sin embargo, con frecuencia es en esos momentos de inmensa perturbación, como en la lucha de la propia naturaleza, cuando se desarrolla un nuevo principio de orden o un nuevo impulso de la conducta, y se controlan y regulan y traen a una armoniosa consecuencia pasiones y elementos que parecen únicamente amenazar con la desesperación y la subversión».

—Eso es bastante bueno —dijo Mallory.

—¿Le gusta? De su nuevo capítulo. ¿Pero cómo voy a concentrarme en la elocuencia mientras estoy pisando un pedal y dándole a un manubrio como una lavandera?

—Bueno, si comete algún error, siempre puede volver a imprimir una página nueva recién salida de la cinta.

—¡Afirmaban que este aparato me ahorraría papel!

—Podría contratar a un secretario cualificado y dictarle.

—¡Decían que también me ahorraría dinero! —Disraeli dio una calada a la punta

ambarina de su larga pipa de espuma de mar—. Supongo que no hay nada que hacer. Los editores nos obligarán a aceptar la innovación. El Evening Telegraph ya está instalando máquinas para todo. Se armó un buen follón con eso en el Gobierno. Las hermandades de mecanógrafos, ya sabe. Pero ya está bien de hablar de trabajo, Mallory. A trabajar, ¿eh? Me temo que debemos darnos prisa. Hoy me gustaría tomar notas para al menos dos capítulos.

—¿Por qué?

—Me voy de Londres, me voy al continente con un grupo de amigos —dijo Disraeli—. A Suiza, creemos. A algún pequeño cantón en lo alto de los Alpes, donde unos cuantos alegres escribas puedan disfrutar de un soplo de aire fresco.

—Fuera está bastante mal —dijo Mallory—. Es un tiempo inquietante.

—No se habla de otra cosa en todos los salones —respondió Disraeli mientras se sentaba ante su escritorio y empezaba a rebuscar su fajo de notas por los casilleros—. Londres siempre apesta en verano, pero a esto lo llaman «el gran hedor». ¡Toda la alta burguesía está planeando viajes, o ya se ha ido! Apenas quedará un alma de la buena sociedad en todo Londres. Dicen que hasta el propio Parlamento huirá río arriba, a Hampton Court. ¡Y los tribunales a Oxford!

—¿Qué? ¿De veras?

—Oh, sí. Se está trabajando en medidas muy duras. Todas planeadas bajo mano, por supuesto, para evitar el pánico de la chusma. —Disraeli se giró en la silla y le guiñó un ojo—. Pero habrá medidas, puede contar con ello.

—¿Qué clase de medidas, Dizzy?

—Racionar el agua, cerrar chimeneas y luces de gas, ese tipo de cosas —dijo Disraeli sin darle importancia—. Se podrá decir lo que se quiera de la institución de los lores nombrados por méritos, pero al menos ha garantizado que los líderes de nuestro país no sean estúpidos.

Disraeli extendió sus notas sobre el escritorio.

—El Gobierno tiene planes de lo más científicos para casos de emergencia, ya sabe. Para casos de invasiones, incendios, sequías y plagas. —Hojeó las notas humedeciéndose el pulgar—. A algunas personas les encanta pensar en desastres.

A Mallory le resultó difícil creer aquel chismorreo.

—¿Qué contienen, con exactitud, esos «planes para casos de emergencia»?

—Todo tipo de cosas. Planes de evacuación, supongo.

—No estará insinuando que el Gobierno tiene intención de evacuar Londres...

Disraeli esbozó una sonrisa pícara.

—Si oliera el Támesis a la puerta del Parlamento, no le extrañaría que nuestros respetados líderes quisieran salir pitando.

—Tan mal está, ¿eh?

—¡El Támesis es una cloaca pútrida atestada de enfermedades! —proclamó

Disraeli—. ¡Espesada por ingredientes procedentes de las fábricas de cerveza y de gas, y las fábricas químicas y mineras! La materia pestilente cuelga como algas repugnantes de los pilotes del puente de Westminster, ¡y cada vapor que pasa provoca un remolino feculento capaz de derrotar a la tripulación con su hediondez!

Mallory sonrió.

—Hemos escrito un editorial sobre el tema, ¿eh?

—Para el Morning Clarion... —Disraeli se encogió de hombros—. Admito que mi retórica es un tanto exagerada. Pero ha sido un verano muy extraño, maldita sea, y esa es la verdad. Unos cuantos días de buena lluvia que lo empape todo, descargue el Támesis y parta estas extrañas nubes que nos asfixian, y todos volveremos a estar bien. Pero como sigamos mucho más tiempo con este fenómeno extraño, los ancianos y los que tengan los pulmones débiles pueden llegar a sufrir mucho.

—¿De veras piensa eso? Disraeli bajó la voz.

—Dicen que el cólera campa de nuevo por Limehouse. Mallory sintió un horrendo escalofrío.

—¿Quién lo dice?

—Doña Rumores. ¿Pero quién va a dudar de ella en estas circunstancias? Con un verano tan abominable, es demasiado probable que los efluvios y la hediondez propaguen un contagio mortal. —Disraeli apagó la pipa y empezó a recargarla de un bote humectativo sellado con caucho y lleno de tabaco turco, negro y picado—. Adoro esta ciudad, Mallory, pero hay veces en las que la prudencia debe pesar más que la devoción. Usted tiene familia en Sussex, lo sé. De ser yo, me iría de inmediato a reunirme con ella.

—Pero tengo que dar un discurso... Dentro de dos días, sobre el brontosauro. ¡Y con acompañamiento de un quinótropo!

—Cancele el discurso —replicó Disraeli mientras enredaba con una cerilla de repetición—. Pospóngalo.

—No puedo. Va a ser una gran ocasión, ¡un gran acontecimiento profesional y popular!

—Mallory, no habrá nadie para verlo. Nadie que importe, en cualquier caso. Estará gastando saliva en balde.

—Habrá trabajadores —protestó Mallory con obstinación—. Las clases más humildes no pueden permitirse abandonar Londres.

—Ah... —dijo Disraeli expulsando humo—. Será espléndido. Los tipos que leen esos horrores de dos peniques. Asegúrese de recomendarme a su público. Mallory apretó la mandíbula con gesto terco. Disraeli suspiró.

—Vamos a trabajar. Tenemos mucho que hacer. —Sacó el último número de Family Museum de un estante—. ¿Qué le pareció el capítulo de la semana pasada?

—Bien. El mejor hasta ahora.

—Demasiada teoría científica, puñeta —respondió Disraeli—. Le hace falta más interés sentimental.

—¿Qué tiene de malo la teoría si es una buena teoría?

—Nadie, salvo un especialista, quiere leer sobre la presión ejercida por la articulación de la mandíbula de un reptil, Mallory. A decir verdad, solo hay una cosa que la gente quiere saber realmente sobre los dinosaurios: por qué están muertos esos malditos bichos.

—Creí que habíamos acordado reservar eso para el final. —Oh, sí. Es un buen clímax ese asunto del gran cometa que se estrella, y la gran nube de polvo negro que barre de la faz de la Tierra toda la vida reptiliana y demás.

Muy dramático, muy catastrófico. Eso es lo que al público le gusta del catastrofismo, Mallory. La catástrofe causa mejor impresión que todas esas tonterías del uniformismo que dicen que la Tierra tiene mil millones de años. Tedioso y aburrido, ¡aburrido con solo mirarlo!

—¡Apelar a la vulgar emoción no viene al caso! —protestó Mallory con pasión —. ¡Las pruebas me respaldan! ¡Mire la luna, completamente cubierta de cráteres de cometas!

—Sí —dijo Disraeli distraído—, científico y riguroso, pues mucho mejor.

—Nadie puede explicar cómo es que el Sol ha podido arder durante siquiera diez millones de años. No hay combustión que pueda durar tanto. ¡Viola las leyes más elementales de la Física!

—Dele un pequeño descanso a eso. Yo estoy con su amigo Huxley en que deberíamos iluminar la ignorancia del público, pero al perro hay que echarle algún hueso de vez en cuando. Nuestros lectores quieren saber algo de Leviatán Mallory, el hombre.

El hombre gruñó.

—Por eso debemos volver al tema de esa chica india...

Mallory negó con la cabeza. Llevaba tiempo temiéndolo.

—No era ninguna «chica». Era una mujer nativa...

—Ya hemos explicado que usted no se ha casado —dijo Disraeli con paciencia—. No quiere admitir que haya alguna novia inglesa. Ha llegado el momento de sacar a esa doncella india. No tiene que mostrarse indecente, ni franco. Solo unas cuantas palabras amables sobre ella, una galantería o dos, unas cuantas insinuaciones. A las mujeres les encantan esas cosas, Mallory. Y leen mucho más que los hombres. —Disraeli cogió su bolígrafo—. Ni siquiera me ha dicho su nombre.

Mallory se sentó en una silla.

—Los cheyenes no tienen nombres como nosotros. Sobre todo sus mujeres.

—Tenían que llamarla de algún modo.

—Bueno, a veces la llamaban Viuda de la Manta Roja, y a veces la llamaban

Madre de Serpiente Moteada o Madre de Caballo Cojo. Pero la verdad es que yo no podría jurar si alguno de esos nombres era cierto. Teníamos con nosotros un mestizo franchute y borracho que actuaba de intérprete y mentía como un canalla.

Disraeli estaba decepcionado.

—Entonces, ¿nunca habló directamente con ella?

—No lo sé. Llegué a un punto en el que me podía manejar bastante bien con el lenguaje de signos. Se llamaba Wak si ni ja wah o Wak ni si wah ja, algo parecido.

—¿Qué le parece si la llamo «Doncella de la Pradera»?

—Dizzy, era viuda. Tenía dos hijos crecidos. Le faltaban algunos dientes y era enjuta como un lobo.

Disraeli suspiró.

—No está cooperando, Mallory.

—De acuerdo. —Mallory se tiró de la barba—. Era una buena costurera; podría decir eso. Nos ganamos su, bueno, su amistad dándole agujas. Agujas de acero en lugar de astillas de hueso de bisonte. Y cuentas de cristal, por supuesto. Todos quieren cuentas de cristal.

—«Tímida al principio, a Flor de la Pradera la venció su innato amor por las dotes femeninas» —dijo Disraeli mientras garabateaba. Disraeli fue puliendo los bordes del asunto, poco a poco, mientras Mallory se retorcía en la silla.

No se parecía en nada a la verdad. La verdad no se podía escribir en papel civilizado. Mallory había conseguido sacarse de la cabeza todo aquel grosero asunto. Pero no lo había olvidado, no del todo. Mientras Disraeli seguía allí sentado, garabateando su melaza sentimental, la verdad se abalanzó sobre Mallory con una fuerza brutal.

Nevaba en el exterior de las tiendas cónicas, y los cheyenes habían bebido. Se había organizado un pandemónium de borrachos que proferían alaridos, porque los desgraciados no tenían ni idea de lo que era en realidad el licor: para ellos se trataba de un veneno y de una llamada al íncubo. Hacían cabriolas y se bamboleaban como los pacientes de un manicomio, disparaban sus rifles hacia el vacío cielo americano y luego se arrojaban al suelo helado con los ojos en blanco, presas de las visiones. Una vez que empezaban, podían seguir así durante horas.

Mallory no había querido acudir a la viuda. Llevaba muchos días luchando contra la tentación, pero al fin había llegado el momento de reconocer que le haría mucho menos daño a su alma si terminaba de una vez por todas con aquel asunto. Así que se había bebido dos dedos de una de las botellas de güisqui y dos dedos del matarratas barato de Birmingham que habían traído junto con los rifles. Entró entonces en la tienda donde la viuda se sentaba acurrucada entre sus mantas y cueros, sobre el fuego de estiércol. Los dos hijos salieron con expresión lúgubre, guiñando los ojos para protegerse del viento.

Mallory le mostró una aguja nueva y le indicó lo que quería mediante gestos obscenos con las manos. La viuda asintió con el bamboleo exagerado de alguien para quien un asentimiento es un idioma extraño y se deslizó entre su nido de pieles, se tendió de espaldas con las piernas separadas y alzó los brazos. Mallory trepó sobre ella, se coló bajo las mantas, se sacó el miembro tenso y dolorido de los pantalones y se lo metió a la mujer entre las piernas. Pensó que todo terminaría enseguida y quizá sin demasiada vergüenza, pero la experiencia resultó demasiado extraña y sobrecogedora para él. El celo continuó durante largo tiempo, y hubo un momento en el que la viuda empezó a mirarlo con una especie de timidez quejumbrosa y a tirarle con gesto curioso del pelo de la barba. Pero por fin el calor, la dulce fricción, el olor a animal puro que emanaba la india, derritieron algo en su interior y se vertió durante un buen rato, se vertió en el interior de ella, aunque no había querido hacerlo. Las otras tres veces que fue a verla más adelante se retiró y no corrió el riesgo de dejar encinta a la pobre criatura. Lamentó mucho haberlo hecho siquiera una vez.

Pero si estaba en estado cuando se marcharon, había muchas probabilidades de que el niño no fuera suyo, sino de alguno de los otros hombres.

Por fin Disraeli pasó a otros asuntos y las cosas se hicieron más fáciles. Pero Mallory dejó sus habitaciones lleno de amargura y confusión. No era la florida prosa de Disraeli lo que había agitado el demonio en su interior, sino el poder salvaje de sus propios recuerdos. El odio vital había regresado como nunca. Estaba tenso e inquieto por los efectos de la lujuria y sentía que había perdido el control. No había estado con mujer alguna desde Canadá, y la chica francesa de Toronto no le había parecido del todo limpia. Necesitaba una mujer, y con urgencia. Una inglesa, una chica de campo con piernas sólidas y blancas, con brazos pálidos, gruesos, pecosos...

Volvió a Fleet Street. Al regresar al aire libre, los ojos empezaron a escocerle de inmediato. No había señal de Fraser entre la bulliciosa multitud. La oscuridad del día resultaba en verdad extraordinaria. Apenas era mediodía, pero la cúpula de San Pablo ya estaba cubierta por una bruma sucia. Grandes esferas giratorias de niebla aceitosa ocultaban las agujas y los grandes carteles de Ludgate Hill. Fleet Street era un caos estruendoso y abarrotado, todo restallidos de látigo, bufidos de vapor y gritos. Las mujeres de las aceras se agazapaban bajo sus parasoles manchados de hollín y caminaban medio dobladas, y tanto los hombres como las mujeres se llevaban el pañuelo a los ojos y a la nariz. Hombres y muchachos, cuyos alegres canotiés de paja ya estaban moteados de detrito, cargaban con sacos de viaje familiares y maletas con asas de goma. Un tren de recreo atestado pasó bufando por la reducida vía elevada de la línea Londres, Chatham y Dover. La nube de cenizas que dejaba a su paso pendía en el aire plomizo como un estandarte de suciedad.

Mallory estudió el cielo. Había desaparecido la porquería gelatinosa y deshilachada del humo de las chimeneas, absorbida por una niebla opaca que se

cernía sobre todo. Sobre algunas partes de Fleet Street aterrizaban con delicadeza unos copos grises de algo que se parecía a la nieve. Examinó uno que se posó sobre la manga de su chaqueta, un copo sucio de arenisca cristalizada. Cuando lo tocó, el copo se deshizo en finísima ceniza.

Fraser le gritaba desde debajo de una farola, al otro lado de la calle.

—¡Doctor Mallory! —El policía le hacía señas de un modo que, para él, resultaba bastante animado. Mallory se dio cuenta un poco tarde de que, con toda probabilidad, Fraser ya llevaba un rato gritándole.

Se abrió paso para cruzar la calle esquivando el tráfico: taxis, carretas, un gran rebaño de ovejas que se bamboleaban, balaban y estornudaban. El esfuerzo lo dejó jadeante.

Había dos extraños con Fraser bajo la farola, sus rostros ceñidos por pañuelos blancos. El tipo más alto ya llevaba algún tiempo respirando a través del pañuelo, porque la tela que tenía bajo la nariz aparecía manchada de marrón amarillento.

—Quítenselos, muchachos —les ordenó Fraser. Con gesto hosco, los dos extraños tiraron de los pañuelos y los dejaron por debajo de la barbilla.

—¡El caballero de la tos! —dijo Mallory asombrado.

—Permítame —comentó Fraser con ironía—. Este es el señor J. C. Tate y este es su compañero, el señor George Velasco. Se hacen llamar agentes confidenciales, o algo por el estilo. —La boca de Fraser se fue afinando y terminó convertida en algo parecido a una sonrisa—. Creo, caballeros, que ya conocen al doctor Edward Mallory.

—Lo conocemos —respondió Tate. Tenía un cardenal morado e hinchado en un lado de la mandíbula. El pañuelo lo había ocultado hasta entonces—. ¡Un maldito lunático, eso es lo que es! Un maldito lunático violento que debería estar en Bedlam.

—El señor Tate era agente de nuestra fuerza metropolitana —siguió Fraser mientras clavaba en el hombre una mirada plomiza—. Hasta que perdió el puesto.

—¡Dimití! —declaró Tate—. Me fui por principios, ya que no hay forma de hacer justicia en la policía pública de Londres. Y usted lo sabe tan bien como yo, Ebenezer Fraser.

—En cuanto al señor Velasco, es uno de esos hombres que aspiran a llevar faroles oscuros —comentó Fraser con suavidad—. Cuando su padre llegó a Londres era un refugiado monárquico español, pero a nuestro joven don George no le importa dedicarse a cualquier cosa: pasaportes falsos, espiar por las cerraduras, golpear con cachiporras a destacados intelectuales en la calle...

—Soy ciudadano británico, nacido aquí —dijo el moreno y pequeño mestizo mientras lanzaba una mirada asesina a Mallory.

—No se dé aires de grandeza, Fraser —amenazó Tate—. Usted hizo la ronda como yo, y si ahora es un pez gordo, es solo para que pueda tapar los sucios

escándalos del Gobierno. ¡Dé unas palmadas y llame a la pasma! ¡Arréstenos! ¡Haga lo que quiera! Yo también tengo amigos, ¿sabe?

—No dejaré que el doctor Mallory le pegue, Tate. Deje de preocuparse. Pero díganos por qué ha estado siguiéndolo.

—Secreto profesional —protestó Tate—. No puedo chivarme de un cliente.

—No sea tonto... —dijo Fraser. —¡Este caballero suyo es un maldito asesino! ¡Hizo que destriparan a su rival como un pescado!

—Yo no he hecho tal cosa —se defendió Mallory—. ¡Soy un erudito de la Real Sociedad, no un conspirador de callejón! Tate y Velasco intercambiaron una mirada de escéptico asombro. Velasco empezó a sonreírse sin poder evitarlo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —inquirió Mallory.

—Los contrató uno de sus colegas —respondió Fraser—. Esta es una intriga de la Real Sociedad. ¿No es así, señor Tate?

—¡Ya le he dicho que no digo nada! —dijo Tate.

—¿Es la Comisión de Libre Comercio? —quiso saber Mallory. No hubo respuesta—. ¿Es Charles Lyell? Tate puso en blanco los ojos enrojecidos por el humo y dio un codazo a Velasco en las costillas.

—Es tan puro como la nieve, el doctor Mallory este, tal y como usted decía, Fraser. —Se limpió la cara con el pañuelo manchado—. ¡Hasta dónde hemos llegado, maldita sea! ¡Londres apesta como el infierno y el país está en manos de unos doctos lunáticos con demasiado dinero y el corazón de piedra!

Mallory sintió el fuerte impulso de proporcionar a aquel canalla insolente otra afilada dosis de puños, pero con un rápido esfuerzo de voluntad consiguió ahogar aquel instinto inútil. Se acarició la barba con aire de catedrático y sonrió a Tate, una sonrisa fría e intencionada.

—Sea quien sea su jefe —dijo—, no le hará muy feliz saber que el señor Fraser y yo los hemos descubierto.

Tate observó a Mallory con atención y no dijo nada. Velasco se metió las manos en los bolsillos, y parecía listo para escabullirse en cualquier momento.

—Quizá en otro momento hayamos llegado a las manos —siguió Mallory—, ¡pero yo me enorgullezco de poder elevarme por encima del resentimiento natural y ver nuestra situación con objetividad! Ahora que han perdido la tapadera que utilizaban para acecharme, ya no sirven de nada a su cliente. ¿No es así?

—¿Y eso qué? —preguntó Tate.

—Que los dos todavía podrían tener una utilidad considerable para un tal Ned Mallory. ¿Cuánto les paga ese cliente suyo tan elegante?

—Tenga cuidado, Mallory —le advirtió Fraser.

—Si me han vigilado con alguna atención, deben de ser conscientes de que soy un hombre generoso —insistió Mallory.

—Cinco chelines al día —murmuró Tate.

—A cada uno —interpuso Velasco—. Más gastos.

—Están mintiendo —dijo Fraser.

—Tendré cinco guineas de oro esperándolos en mis habitaciones del palacio de Paleontología, al final de esta semana —les prometió—. A cambio de esa suma, quiero que traten a su antiguo cliente exactamente igual que me han tratado a mí. ¡Simple justicia poética, como si dijéramos! Acéchenlo en secreto, allá donde vaya, y díganme todo lo que hace. Para eso los contrataron, ¿no?

—Más o menos —admitió Tate—. Podríamos pensárnoslo, don, si nos diera un depósito de esa cantidad...

—Podría darles una parte del dinero —aceptó Mallory—. Pero entonces ustedes deben darme un depósito de información.

Velasco y Tate se miraron un momento.

—Dénos un momento para consultarlo. —Los dos detectives privados se alejaron un poco entre el bullicio del tráfico que pasaba por la acera y buscaron refugio en las cercanías de un obelisco rodeado por una verja de hierro.

—Esos dos no valen ni cinco guineas al año —dijo Fraser.

—Supongo que son unos canallas despiadados —asintió Mallory—, pero importa muy poco lo que sean, Fraser. Yo voy detrás de lo que saben.

Tate volvió al final. El pañuelo le cubría de nuevo la cara.

—El nombre del tipo es Peter Foulke —dijo con la voz amortiguada—. No lo habría dicho, ni unos caballos salvajes me lo hubieran arrancado, pero el muy desgraciado se da aires de grandeza y nos mangonea como si fuera un puñetero lord. No confía en nuestra integridad. No confía en que actuemos según sus mejores intereses. Al parecer, se cree que no sabemos hacer nuestro puñetero trabajo.

—Al diablo con él —dijo Velasco. Metidos entre el pañuelo y el ala del bombín, los rizos húmedos de sus mejillas destacaban como alas grasientas—. Velasco y Tate no cabrean a los especiales por ningún puñetero Peter Foulke.

Mallory ofreció a Tate un crujiente billete de una libra que sacó del cuaderno. Tate lo miró, lo dobló entre los dedos con la destreza de un tahúr y lo hizo desvanecerse.

—¿Otro de esos aquí, mi amigo, para sellar el trato?

—Siempre sospeché que era Foulke —dijo Mallory.

—Entonces hay algo que no sabe, don —dijo Tate—: no somos los únicos que lo siguen. Mientras usted se pasea por ahí como un elefante y habla solo, lleva tras los talones a un tipo muy llamativo y a su chica, tres de los últimos cinco días. Fraser alzó la voz con aspereza.

—Pero no hoy, ¿eh? Tate lanzó una risita detrás del pañuelo.

—Supongo que lo vieron y se largaron, Fraser. Esa jeta de vinagre que tiene los

haría desplegar las velas, seguro. Nerviosos como gatos, esos dos.

—¿Saben que ustedes los vieron? —dijo Fraser.

—No son estúpidos, Fraser. Saben lo que hacen. El tipo es uno de esos ojeadores de las carreras, si no me equivoco, y ella una fulana de altos vuelos. La muñequita intentó engatusar aquí a Velasco. Quería saber quién nos contrató. No se lo dijimos —dijo tras pensárselo un momento.

—¿Qué les contaron de ellos? —inquirió Fraser con tono brusco.

—La mujer dijo que era la hermana de Francis Rudwick —respondió Velasco—. Investigaba el asesinato de su hermano. Lo dijo sin más, sin que yo le preguntara.

—Por supuesto que no nos creímos esa cháchara —dijo Tate—. No se parece en nada a Rudwick. Pero no tenía mala pinta la muselina esa. Cara dulce, pelirroja... Lo más probable es que fuera la querida de Rudwick.

—¡Es una asesina! —saltó Mallory.

—Qué gracioso, don, eso mismo dice ella de usted.

—¿Sabe dónde encontrarlos? —preguntó Fraser. Tate sacudió la cabeza.

—Podríamos mirar —se ofreció Velasco.

—¿Por qué no lo hacen mientras siguen a Foulke? —respondió Mallory con un golpe de inspiración—. Tengo la sensación de que podrían estar todos confabulados de algún modo.

—Foulke está en Brighton —dijo Tate—. No soportaba el hedor, muy sensible, el caballero. Y si tenemos que ir a Brighton, a Velasco y a mí no nos vendría mal tener dinero para el tren, gastos, ya sabe.

—Mándeme la factura —respondió Mallory. Luego dio a Velasco un billete de una libra.

—El doctor Mallory quiere esa factura totalmente detallada —apuntó Fraser—. Y con recibos.

—Faltaba más, don —dijo Tate. Se llevó la mano al ala del sombrero, el saludo de la poli—. Encantado de servir a los intereses de la nación.

—Y tenga cuidado con esa lengua, Tate.

Tate no le hizo caso y lanzó una mirada lasciva a Mallory.

—Tendrá noticias nuestras, don.

Fraser y Mallory los vieron irse.

—Creo que se ha quedado sin dos libras —dijo Fraser—. Jamás volverá a ver a esos dos.

—Pues quizá me haya salido barato —respondió Mallory.

—Pues no, señor. Hay formas mucho más baratas.

—Por lo menos ya no me arrearán por detrás con una cachiporra.

—No, señor, ellos no.

Mallory y Fraser comieron unos sándwiches resecos de pavo y beicon que adquirieron en un carrito callejero con laterales de cristal. De nuevo fueron incapaces de alquilar un cabriolé. No quedaba ni uno solo en la calle. Todas las estaciones de metro estaban cerradas, protegidas por piquetes de obreros iracundos que insultaban a gritos a todo el que pasaba por delante.

El segundo compromiso del día, en Jermyn Street, resultó una gran decepción para Mallory. Había ido al museo para hablar de su discurso, pero el señor Keats, el quinótropo de la Real Sociedad, había enviado un telegrama diciendo que se encontraba muy enfermo, y a Huxley lo habían arrastrado a la reunión de un comité de lores intelectuales para hablar de la emergencia. Mallory ni siquiera pudo cancelar su discurso, como le había sugerido Disraeli, porque el señor Trenham Reeks se declaró incapaz de tomar semejante decisión sin la autoridad de Huxley, que, por su parte, no había dejado dirección ni número telegráfico alguno en el que fuera posible localizarlo.

Y para echar más sal en la llaga, el Museo de Geología práctica se encontraba casi desierto: las alegres multitudes de escolares y los entusiastas de la Historia natural habían quedado reducidos a unos cuantos desgraciados huraños que habían entrado para respirar un aire algo más limpio y para huir del calor. Paseaban con aire perdido y sin rumbo bajo el imponente esqueleto del leviatán, como si ansiaran romper sus poderosos huesos y sorberle la médula.

No quedaba más remedio que volver andando al Palacio de Paleontología y prepararse para la cena de esa noche con la Asociación de Jóvenes Agnósticos. Se trataba de un grupo compuesto por estudiantes intelectuales. Se esperaría de Mallory, como invitado de honor de la velada, que hiciera algunos comentarios tras la cena. Había esperado con bastante impaciencia el acontecimiento, ya que los componentes de la asociación formaban un grupo muy alegre, en absoluto tan pomposo como podría sugerir su respetable nombre, y en compañía exclusiva de varones podría contar unos cuantos chistes desenfadados adecuados para jóvenes solteros; había oído varios a «Dizzy» Disraeli que le parecían muy buenos. Pero ahora se preguntaba cuántos de sus anfitriones quedaban en Londres, o cómo conseguirían reunirse los jóvenes si todavía sentían la inclinación de hacerlo. Y lo que era aún peor, cómo resultaría la cena en el salón superior del pub Black Friars, que se encontraba cerca del puente Blackfriars, por donde soplaba un viento proveniente del Támesis.

Las calles se vaciaban a ojos vista. Una tienda tras otra colocaba el cartel de «Cerrado». Mallory había tenido la esperanza de encontrar un barbero que le recortara el pelo y la barba, pero no tuvo esa suerte. La ciudadanía de Londres había huido o se había ocultado tras sus ventanas bien cerradas. El humo se asentaba a ras del suelo y se mezclaba con una niebla fétida, hasta producir un puré de guisantes amarillento que se colaba por todas partes y dificultaba el ver algo más allá de media

manzana. Los escasos transeúntes que quedaban surgían súbitamente de la oscuridad como fantasmas bien vestidos. Fraser marchaba delante, resignado e infalible, y Mallory supuso que el veterano policía podría guiarlo por las calles de Londres con los ojos vendados. Ahora llevaban los pañuelos sobre la cara. Parecía una precaución sensata, aunque a Mallory le molestaba un poco que Fraser pareciera ahora no solo reticente, sino también amordazado.

—Los quinótropos son el problema —opinó Mallory mientras subían por Brompton Road, donde las agujas de los palacios científicos quedaban veladas por la fetidez—. No era así cuando me fui de Inglaterra. Hace dos años no había tantos de esos malditos trastos. Ahora no me permiten dar un discurso público sin uno. —Tosió—. Me llevé un susto al ver ese gran panel allí arriba, en Fleet Street, montado delante del Evening Telegraph y chasqueando como un loco por encima de la multitud. «Trenes cerrados por la huelga de obreros», decía aquello. «El Parlamento censura el estado del Támesis».

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó Fraser.

—Que no cuenta nada —respondió Mallory—. ¿Quién en el Parlamento? ¿Qué estado del Támesis en concreto? ¿Qué dijo el Parlamento sobre eso? ¿Algo inteligente, o meras tonterías?

Fraser profirió un gruñido.

—Existe la malvada pretensión de que nos han informado, ¡pero en realidad no ha ocurrido tal cosa! Un simple lema, una letanía vacía. No se oye ningún argumento, no se sopesa ninguna prueba. No son noticias, mentira, solo una fuente de entretenimiento para ociosos.

—Algunos podrían decir que es mejor que los ociosos sepan un poco que nada en absoluto.

—Y algunos podrían ser idiotas, Fraser, maldita sea. Esos quinolemas son como imprimir billetes de banco sin oro que los respalde, o como extender cheques de una cuenta vacía. Si ese va a ser el nivel del discurso racional para la gente normal, entonces debo pedir tres vivas por la autoridad de la Casa de los Lores.

Un lento faetón contra incendios pasó a su lado resoplante. Los bomberos fatigados viajaban en los estribos y llevaban la ropa y la cara ennegrecidas por el trabajo, o por el mismo aire de Londres, o quizá por el chorro de hollín hediondo que expelían las chimeneas del propio faetón. A Mallory le pareció una extraña ironía que un faetón contra incendios se propulsase gracias a la ayuda de un montón de carbón ardiente. Pero quizá sí tenía cierto sentido, porque con un tiempo como aquel a un tiro de caballos le costaría mucho galopar siquiera una manzana.

Mallory estaba deseando calmar su irritada garganta con un ponche de coñac, pero parecía que había más humo dentro del Palacio de Paleontología que fuera. Todo lo

impregnaba un tufo áspero, como a ropa de cama quemada.

Quizá los galones imperiales de manganato de sosa de Kelly habían corroído las cañerías. En cualquier caso, parecía que este hedor al final había derrotado a los huéspedes del palacio, porque apenas quedaba un alma en el vestíbulo y no se oía ni un murmullo en el comedor.

Mallory intentaba que lo atendieran en el salón, entre las pantallas lacadas y los tapizados de seda roja, cuando apareció el propio Kelly con el rostro tenso y decidido.

—¿Doctor Mallory?

—¿Sí, Kelly?

—Tengo malas noticias para usted, señor. Ha acaecido un desgraciado suceso. Un incendio, señor.

Mallory miró a Fraser.

—Sí, señor —dijo el conserje—. Señor, cuando se fue hoy, ¿dejó quizá ropa cerca del mechero de gas? ¿O un puro todavía encendido?

—¡No querrá decir que el fuego se produjo en mi habitación!

—Eso me temo, señor.

—¿Un incendio grave?

—Los huéspedes eso pensaron, señor. Y también los bomberos.

—Kelly no dijo nada sobre la opinión del personal del palacio, pero su rostro dejaba claros sus sentimientos.

—¡Siempre apago el gas! —espetó Mallory—. No lo recuerdo con exactitud... pero yo siempre apago el gas.

—Su puerta estaba cerrada con llave, señor. Los bomberos tuvieron que entrar por la fuerza.

—Querríamos echar un vistazo —sugirió Fraser con suavidad.

Habían abierto con un hacha la puerta de la habitación de Mallory, y el suelo combado estaba cubierto de arena y agua. Los montones de revistas y correspondencia habían ardido con fiereza y habían consumido por completo su escritorio y un gran trozo ennegrecido de alfombra. Había un enorme agujero carbonizado en la pared, detrás del escritorio, y arriba, en el techo, donde las vigas y los cabrios desnudos habían quedado reducidos a carbón. El guardarropa de Mallory, repleto de galas londinenses, había ardido y quedado reducido a cenizas y un espejo roto. Mallory estaba fuera de sí, abrumado por la rabia y un profundo sentimiento de vergüenza.

—¿Cerró la puerta con llave, señor? —preguntó Fraser.

—Siempre lo hago. ¡Siempre!

—¿Me permite ver su llave? Mallory entregó a Fraser su llavero. El policía se arrodilló en silencio al lado del astillado marco de la puerta. Examinó la cerradura

con atención y luego se puso en pie.

—¿Se ha informado acerca de algún tipo sospechoso en el vestíbulo? — preguntó Fraser a Kelly. Este se ofendió.

—¿Me permite preguntar quién es usted para inquirir tal cosa, señor?

—Inspector Fraser, de Bow Street.

—No, inspector —respondió Kelly mientras inspiraba entre los dientes—.Ningún tipo sospechoso. ¡No, que yo sepa!

—Mantendrá este asunto en secreto, señor Kelly. Supongo que, al igual que otros establecimientos de la Real Sociedad, ustedes solo admiten como huéspedes a intelectuales acreditados...

—¡Esa es nuestra firme política, inspector!

—¿Pero a sus huéspedes se les permite tener visitas?

—Visitantes masculinos, señor, o damas con la compañía adecuada. ¡Nada escandaloso, señor!

—Un revientapuertas de hotel bien vestido —concluyó Fraser—. Y pirómano. No tan buen pirómano como revientapuertas: tuvo un modo bastante torpe de amontonar esos papeles debajo del escritorio y el armario. Tenía una ganzúa básica para esta cerradura de resorte. Tuvo que arañar un poco, pero dudo que le llevara siquiera cinco minutos.

—Esto resulta de todo punto inconcebible —dijo Mallory. Kelly parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Un huésped intelectual expulsado de su habitación con un incendio! ¡No sé qué decir! ¡No había oído de una maldad semejante desde los tiempos de Ludd! ¡Es una vergüenza, doctor Mallory, una auténtica vergüenza! Mallory negó con la cabeza.

—Debería haberles advertido acerca de esto, señor Kelly. Tengo enemigos muy peligrosos. Kelly tragó saliva.

—Lo sabemos, señor. Se habla mucho de ello entre el personal, señor. Fraser estaba examinando los restos del escritorio; hurgaba entre la basura con la barra deformada de latón del armario.

—Sebo —aseguró.

—Disponemos de un seguro, doctor Mallory —ofreció Kelly con tono esperanzado—. No sé si nuestra póliza cubre exactamente este tipo de asuntos, ¡pero espero que podamos compensarlo por las pérdidas! ¡Por favor, acepte mis más sinceras disculpas!

—Esto es injurioso —espetó Mallory mientras contemplaba los restos—. ¡Pero no una herida tan grande como quizá esperaban! Guardo mis papeles más importantes en la caja de seguridad del palacio. Y por supuesto, jamás dejo dinero aquí. —Se detuvo un instante mientras miraba a su alrededor—. Supongo que la caja fuerte del palacio permanece intacta, señor Kelly.

—Sí, señor —respondió Kelly—. O mejor, permítame ir a comprobarlo de inmediato, señor. —Se fue a toda prisa con una reverencia.

—Su amigo, el hombre del estilete del derby —dijo Fraser—. No se atrevió a seguirlo hoy, pero una vez nos fuimos subió aquí sin que nadie lo viera, forzó la puerta y encendió velas entre sus papeles amontonados. Hacía ya tiempo que se había puesto a salvo cuando se dio la alarma.

—Debe de saber mucho sobre mi horario —caviló Mallory—. Me atrevería a decir que lo sabe todo sobre mí. Ha saqueado mi número. Me ha tomado por tonto.

—Es una manera de decirlo, señor. —Fraser tiró a un lado la barra de latón—. No es más que un aficionado con pretensiones. El pirómano experto utiliza parafina líquida, que se consume junto con todo lo que toca.

—Esta noche no podré acudir a esa cena de los agnósticos, Fraser. ¡No tengo nada que ponerme!

Fraser se quedó parado.

—Veo que se enfrenta a su desgracia con gran valentía, como un erudito y un caballero, doctor Mallory.

—Gracias —respondió Mallory, tras lo que se produjo un silencio—. Fraser, necesito una copa.

Este asintió lentamente.

—Por el amor de Dios, Fraser, vamos a algún sitio donde podamos beber como auténticos canallas depauperados, ¡y sin que le añadan esa falsa pátina de jengibre a todo! ¡Salgamos de este palacio moderno a un lugar donde dejen entrar a un hombre al que no le queda sino la chaqueta que lleva puesta! —Propinó una patada a los restos carbonizados de su armario.

—Sé lo que necesita, señor —respondió Fraser con tono tranquilizador—. Un sitio alegre donde pueda desfogarse, donde haya copas, baile y damas bulliciosas.

Mallory descubrió los botones alargados de latón ennegrecido del abrigo militar que había usado en Wyoming. La visión le dolió.

—No estará intentando protegerme, ¿verdad, Fraser? Supongo que Oliphant le pidió que me cuidara. Creo que eso sería un error. Tengo ganas de buscar problemas, Fraser.

—No me confundo respecto a usted, señor. El día ha resultado ciertamente cruel. Pero claro, todavía tiene que ver los jardines de Cremorne.

—¡Lo único que quiero ver es al hombre del estilete en el punto de mira de un rifle para búfalos!

—Entiendo lo que siente a la perfección, señor.

Mallory abrió su cigarrera de plata (al menos todavía le quedaba aquella posesión) y encendió su último habano de primera clase. Aspiró con fuerza hasta que la calma del buen tabaco inundó su torrente sanguíneo.

—Por otro lado —dijo al fin—, supongo que esos jardines de Cremorne bien podrían servir en caso de apuro.

Abrió camino Fraser. Bajaron por Cromwell Lane y pasaron al lado de la gran mole pálida de ladrillos que era el Hospital para las Enfermedades del Pecho. Mallory no pudo evitar pensar que aquella noche parecía un lugar alarmante, de pesadilla.

Una vaga aprensión siguió alimentándose de su mente, hasta el punto de que se detuvieron en el pub siguiente, donde Mallory se tomó cuatro o es posible que cinco tragos de un güisqui sorprendentemente bueno. El pub estaba atestado de gente de New Brompton que parecía alegre, acogedora y algo agobiada, y que no hacía más que echar monedas de dos peniques en una pianola que tintineaba sin parar Ven al emparrado, una canción que Mallory detestaba. No hubo descanso para él allí. En cualquier caso, no eran los jardines de Cremorne.

Se encontraron con la primera señal auténtica de problemas unas cuantas manzanas más abajo de New Brompton Road, al lado de la fábrica de cubiertas de suelo patentadas de Bennett & Harper. Una multitud levantisca de hombres uniformados rondaba las puertas de la extensa fábrica. Problemas industriales de algún tipo.

A Fraser y Mallory les llevó algún tiempo descubrir que la multitud estaba compuesta casi en su totalidad por policías. Bennett & Harper producía un material impermeable de alegres estampados compuesto de arpillera, corcho triturado y derivados del carbón, muy apropiado para ser cortado y pegado en las cocinas y baños de la clase media. También producía un gran volumen de residuos que emitía por media docena de chimeneas, residuos sin los que la ciudad hubiera podido pasar, estaba claro, al menos durante un tiempo. Los primeros agentes que llegaron a la escena (o al menos ellos reclamaban tal distinción) habían sido un grupo de inspectores de la Oficina Real de Patentes, a los que un plan de contingencia del Gobierno había obligado a hacerse cargo de la emergencia industrial. Pero los señores Bennett y Harper, preocupados por no perder la producción del día, habían desafiado la autoridad legal que tenían los hombres de las patentes para cerrarles los talleres. Pronto se enfrentaron a ellos dos inspectores más del Comité Industrial de la Real Sociedad que afirmaban que había precedentes. Al agente de policía local lo había atraído el jaleo, y lo había seguido una brigada móvil de la Policía Metropolitana de Bow Street que llegó en un autobús de vapor requisado. El Gobierno se había apropiado ya de la mayor parte de los autobuses, junto con la flota de taxis de la ciudad, de acuerdo con las medidas de emergencia que debían dar respuesta a las huelgas del ferrocarril.

La policía había cerrado de inmediato las chimeneas, un buen trabajo que honraba las buenas intenciones del Gobierno. Pero los trabajadores de la fábrica todavía

seguían en las instalaciones, ociosos y muy inquietos, ya que nadie había mencionado unas vacaciones pagadas, aunque estaba claro que los huelguistas pensaban que, en tales circunstancias, se las merecían. También quedaba por ver quién era el responsable de vigilar la propiedad de los señores Bennett y Harper, y quién sería el responsable de dar la orden oficial para que se pusieran en marcha las calderas de nuevo.

Lo peor de todo era que parecía haber problemas graves con el servicio telegráfico de la policía, encauzado, era de suponer, a través de la pirámide que en Westminster albergaba la Oficina Central de Estadísticas. Allí debía de haber dificultades por culpa del hedor, conjeturó Mallory.

—Usted pertenece a la División Especial, señor Fraser —dijo—. ¿Por qué no endereza a estos zoquetes?

—Muy ingenioso —replicó Fraser.

—Me preguntaba por qué no habíamos visto agentes patrullando las calles. ¡Deben de estar encerrados en los complejos fabriles de todo Londres!

—Y a usted eso parece alegrarle muchísimo —protestó Fraser.

—¡Burócratas! —se burló Mallory muy contento—. Podrían haber supuesto que esto iba a pasar de haber estudiado bien la teoría catastrofista. Es una concatenación de interacciones sinérgicas: ¡todo el sistema se halla en la ruta de duplicación que conduce al caos!

—¿Qué significa eso, si no es molestia?

—En esencia —dijo Mallory con una sonrisa detrás del pañuelo—, en términos que pueda entender un lego, significa que todo empeora el doble, y el doble de rápido. ¡Hasta que todo se derrumba por completo!

—Eso es palabrería de intelectuales. No supondrá que tiene algo que ver con lo que está pasando de verdad aquí en Londres, ¿verdad?

—¡Una pregunta muy interesante! —asintió Mallory—. ¡Y con hondas raíces metafísicas! Si elaboro un modelo preciso de un fenómeno, ¿significa eso que lo entiendo? ¿O podría ser simple coincidencia, mero producto de la técnica? Por supuesto, como el ardiente defensor de las simulaciones que soy, pongo mucha fe en los modelos de las máquinas. Pero la doctrina se puede cuestionar, no cabe duda. ¡Aguas profundas, Fraser! ¡Es ese tipo de cosas con las que se crecían el viejo Hume y el obispo Berkeley!

—No estará borracho, ¿verdad, señor?

—Solo un poco animado —dijo Mallory—. Achispado, podría decirse. —Siguieron adelante tras decidir prudentemente dejar a la policía con sus pleitos.

Mallory lamentó de repente la pérdida del bueno de su abrigo de Wyoming, el de los botones de madera. Echaba de menos la cantimplora, su catalejo, la acogedora rigidez de un rifle a la espalda; la visión de un horizonte frío, limpio y salvaje donde

la vida se vivía a fondo y la muerte era rápida y honesta. Ojalá estuviera lejos de Londres, de nuevo en una expedición. Podía cancelar todos sus compromisos. Podía solicitar fondos a la Real Sociedad, o todavía mejor, a la Sociedad Geográfica. ¡Se iría de Inglaterra! —No es necesario que haga eso, señor —dijo Fraser—. En realidad, bien podría empeorar las cosas.

—¿Estaba hablando en voz alta?

—Un poco, señor. Sí.

—¿Dónde podría un hombre conseguir un rifle de caza de primera clase aquí en la ciudad, Fraser?

Se encontraban detrás del parque de Chelsea, en un lugar llamado Camera Square, donde las tiendas ofrecían productos ópticos muy caros: talbotipos, linternas mágicas, fenaquistiscopios, telescopios para el aficionado a la observación de las estrellas. Había microscopios de juguete para el joven intelectual de la casa, porque a los niños solían interesarles mucho los animálculos que se agitaban en el agua de un estanque. Las diminutas criaturas no tenían ningún interés práctico, pero su estudio podría guiar las jóvenes mentes hacia las doctrinas de la verdadera ciencia. Azuzado por la emoción, Mallory se detuvo ante un escaparate que exhibía tales microscopios. Le recordaron al amable y anciano lord Mantell, que le había ofrecido su primer trabajo ordenando las cosas en el museo de Lewes. De ahí había pasado a catalogar huesos y huevos de pájaro, hasta que al final había logrado acceder a una auténtica beca de Cambridge. Recordó que el anciano lord llegaba a entusiasmarse con la rama de abedul, pero con toda probabilidad no más de lo que Mallory se merecía.

Se oyó un extraño zumbido que procedía de calle arriba. Mallory miró en esa dirección y vio una figura extraña, fantasmal y medio agazapada que surgía de la niebla. La ropa aleteaba a su alrededor debido a la velocidad y portaba un par de bastones ladeados bajo los brazos.

Mallory se apartó de un brinco en el último momento y el muchacho pasó como un tiro a su lado, con un chillido de alegría. Se trataba de un joven londinense de unos trece años que patinaba sobre unas botas con ruedas de caucho. El muchacho giró con rapidez, derrapó, se detuvo con pericia y empezó a impulsarse de nuevo con los bastones por la acera. De repente, Mallory y Fraser se vieron rodeados por toda una jauría de muchachos que saltaban y chillaban con diabólico regocijo. Ninguno de los otros calzaba zapatos con ruedas, pero casi todos lucían las pequeñas máscaras de tela cuadrada que los empleados de la Oficina se ponían para cuidar de sus máquinas.

—¡A ver, muchachos! —ladró Fraser—. ¿De dónde habéis sacado esas máscaras? No le hicieron ningún caso.

—¡Eso ha sido tremendo! —gritó uno de ellos—. ¡Hazlo otra vez, Bill!

Otro de los muchachos dobló la pierna tres veces en un extraño movimiento ritual, antes de dar un gran salto y cacarear:

—¡Azúcar!

Los que lo rodeaban se echaron a reír y lo vitorearon.

—¡Eh, calmaos! —ordenó Fraser.

—¡Jeta de vinagre! —le espetó con una mueca grosera uno de los pícaros—. ¡Qué sombrero más espantoso! —La jauría entera estalló en carcajadas estridentes.

—¿Dónde están vuestros padres? —quiso saber Fraser—. ¡No deberíais estar corriendo por ahí con este tiempo!

—¡Rayos y centellas! —se burló el muchacho de los zapatos con ruedas—. ¡Adelante, mi entusiasta banda! ¡A las órdenes de Pantera Bill! —Y entonces clavó los bastones y salió rodando. Los otros lo siguieron entre gritos y alaridos.

—Demasiado bien vestidos para ser golfillos de la calle —comentó Mallory.

Los muchachos se habían alejado un poco y se habían puesto a jugar al latigazo. Cada muchacho agarraba a toda prisa al siguiente por el brazo hasta que formaban una cadena. El muchacho de las ruedas se colocó en el extremo de la cola.

—No me gusta la pinta que tiene eso —murmuró Mallory.

La cadena giró por toda Camera Square. Cada eslabón iba adquiriendo velocidad, hasta que de repente el chico con ruedas en los pies se soltó del extremo como la piedra de una catapulta. Salió disparado con un chillido de alegría diabólica, tropezó con alguna pequeña discontinuidad en el pavimento y se estrelló de cabeza contra una luna de cristal.

El escaparate estalló en una lluvia de cristales que cayeron como hojas de guillotina.

El joven Pantera Bill quedó tendido en la acera, al parecer aturdido o muerto. Se produjo un horrible momento de silencio espantado.

—¡A por el tesoro! —chilló uno de los muchachos. Con gritos enloquecidos, la jauría se encaramó al escaparate roto y empezó a coger todo cuanto veía: telescopios, trípodes, útiles de cristal para experimentos químicos...

—¡Alto! —gritó entonces Fraser—. ¡Policía! —Metió la mano en la chaqueta, se arrancó el pañuelo y dio tres toques agudos a un silbato niquelado.

Los muchachos huyeron al instante. Unos cuantos dejaron caer el botín del que se habían adueñado, pero el resto se aferró a sus premios con determinación y todos corrieron como macacos. Fraser salió resoplando tras ellos. Mallory, que lo seguía, llegó al escaparate donde todavía yacía tirado Pantera Bill. Cuando se acercaron, el chico se incorporó sobre el codo y sacudió la cabeza ensangrentada.

—Estás herido, hijo —comentó Mallory.

—¡Estoy en plena forma! —respondió Pantera Bill despacio. Tenía el cuero cabelludo abierto hasta el hueso y la sangre le chorreaba sobre las dos orejas—. ¡Quitadme las manos de encima, bandidos enmascarados!

Con un poco de retraso, Mallory se bajó también el pañuelo e intentó sonreír al

chico.

—Estás herido, hijo. Necesitas ayuda. —Fraser y Mallory se inclinaron sobre el joven.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Ayudadme, mi banda! Mallory se dio la vuelta para mirar. Quizá se podría enviar a uno de los chicos a buscar ayuda. Un reluciente fragmento triangular de cristal surgió entonces de la bruma y alcanzó a Fraser en plena espalda. Un espasmo recorrió al sorprendido policía.

Pantera Bill se irguió con cierto esfuerzo hasta colocarse a cuatro patas, y luego se incorporó de un salto sobre sus pies rodantes. Se oyó entonces el ruidoso estallido de otro escaparate cercano, el tintineo musical del cristal y los gritos alborozados.

La esquirla de vidrio sobresalía de forma espantosa de la espalda de Fraser. La tenía incrustada.

—¡Van a matarnos! —exclamó Mallory mientras tiraba del brazo de Fraser. Tras ellos, los cristales estallaban como bombas. Algunos salían volando a ciegas y se estrellaban contra las paredes, otros caían en cascada desde el parteluz de sus escaparates.

—Por todos los diablos... —murmuró Fraser. El grito de Pantera Bill resonó entre la niebla.

—¡A por el tesoro, mis entusiastas! ¡A por el tesoro!

—Apriete los dientes —dijo Mallory. Dobló el pañuelo para protegerse la mano y extrajo el fragmento de la espalda. Para gran alivio suyo salió de una pieza. Fraser se estremeció.

Mallory lo ayudó con cuidado a quitarse la chaqueta. La sangre le había manchado la camisa hasta la cintura, aunque no parecía tan grave como podría haber sido. La esquirla había alcanzado la correa de gamuza de la pistolera del policía, que alojaba una pequeña y compacta avispera.

—Su pistolera contuvo la mayor parte —dijo Mallory—. Tiene un corte, pero no es profundo. No ha atravesado las costillas. Pero tenemos que detener esa hemorragia...

—La comisaría —asintió Fraser—. Kings Road West. —Se había puesto muy pálido. Un nuevo estrépito de cristales resonó a lo lejos, tras ellos. Se alejaron rápidamente. Fraser sufría con cada paso que daba.

—Será mejor que se quede conmigo —dijo—, que pase la noche en la comisaría. La situación ha empeorado mucho.

—Claro —dijo Mallory—. Usted no se preocupe.

—Hablo en serio, Mallory.

—Desde luego.

Dos horas más tarde, Mallory se encontraba en los jardines de Cremorne.

El documento que se está analizando es una carta holográfica. Se ha eliminado el encabezamiento y la hoja se ha doblado de forma precipitada. No hay fecha, pero el análisis grafológico establece que es la auténtica letra de Edward Mallory, escrita a toda prisa y en un estado que sugiere cierta pérdida de coordinación muscular.

El papel, de modesta calidad y muy amarillo por el paso del tiempo, es de un tipo de uso gubernamental común a mediados de la década de los 50 del siglo XIX.

Lo más probable es que proceda de la comisaría de Kings Road West. El texto, escrito con una tinta muy desvaída y un plumín gastado por el uso, reza lo siguiente:

> Muy señora mía:
>
> No se lo he contado a nadie. Pero a alguien hay que decírselo. La conclusión es, pues, que usted debe ser mi confidente, pues no hay nadie más.
>
> Cuando acepté custodiar su propiedad, lo hice con toda libertad. Su petición es una solicitud que cumplo como haría con una orden real, y sus enemigos se tornan, por supuesto, los míos. Es el mayor privilegio de mi vida ser su paladín.
>
> Por favor, no se alarme por mi seguridad. Se lo ruego, no tome por mí medida alguna que pudiera ponerla en peligro. Cualquier riesgo que haya en esta batalla lo asumo con alegría, pero bien es cierto que el riesgo existe. Si me aconteciera lo peor, es probable que su propiedad nunca se recuperase.
>
> He examinado las tarjetas. Creo tener una vaga idea de su uso, aunque están muy por encima de mis escasas habilidades con las máquinas. Si esto ha resultado una impertinencia, le ruego que me perdone.
>
> He envuelto fuertemente las tarjetas en capas de paño blanco y limpio y las he sellado en persona dentro de un contenedor de yeso cerrado al vacío. Dicho contenedor es el cráneo del espécimen de brontosauro que se halla en el Museo de Geología Práctica de Jermyn Street. Su propiedad reposa ahora totalmente a salvo a unos treinta pies por encima del suelo. Ni un alma lo sabe, salvo usted y el más humilde servidor de su señoría,
>
> Edward Mallory, M. R. S., M. R. S. G.

Cuarta iteración

Siete maldiciones

Este objeto es una patriótica placa funeraria realizada en densa porcelana blanca, de la clase que se produce para conmemorar la muerte de los miembros de la realeza y los jefes de Estado. Bajo una veladura en origen incolora, cuarteada y amarilleada por el paso del tiempo, resultan visibles los rasgos de lord Byron.

Decenas de miles de estos objetos se vendieron por toda Inglaterra durante los meses que siguieron a la muerte del primer ministro. Las propias placas eran de una manufactura estándar y estaban ya preparadas en previsión de la desaparición de cualquier personaje lo suficientemente notorio. La imagen de Byron rodeada de guirnaldas, ornados rollos de pergamino y figuras representativas de los primeros tiempos del Partido Radical Industrial ha sido punteada sobre una película de material transparente que después es transferida a la placa, para su posterior vitrificación y cocción.

A la izquierda de Byron, entre los pergaminos punteados, un león británico coronado posa rampante sobre el cuerpo difuminado de una serpiente derrotada, probablemente una representación de la causa ludita.

En ocasiones se ha señalado, tanto durante como después del ascenso de Byron al liderazgo, que su primer discurso en la Cámara de los Lores, en febrero de 1812, urgía a la clemencia para con los luditas. Se cree ampliamente que, preguntado a este respecto, el propio Byron replicó: «pero, señor, es que había luditas y luditas». Aunque esta cita bien podría ser apócrifa, concuerda a la perfección con cuanto se conoce acerca de la personalidad del primer ministro, y parecería referirse a la extraordinaria severidad con que más tarde sofocó y suprimió el popular movimiento antiindustrial con base en Manchester y liderado por Walter Gerard. Pues era este un ludismo que atacaba no el viejo orden, sino el orden que los propios radicales habían establecido.

Este objeto perteneció en sus tiempos al inspector Ebenezer Fraser, de la División Especial de Bow Street.

Mallory se había quedado con Fraser a ver cómo el cirujano de la policía trabajaba con esponja sucia y vendajes, hasta que se aseguró de que Fraser estaba totalmente distraído. Para apaciguar las evidentes sospechas del agente, Mallory había tomado una hoja de papel policial y se había encomendado a la tarea de componer una carta.

Mientras tanto, la estación de Kings Road se había ido llenando poco a poco de rufianes beodos y vociferantes, así como de una variopinta especie de alborotador. Resultaba muy interesante como fenómeno social, pero Mallory no estaba de humor para pasar la noche en el triste catre de una áspera celda. Su gusto se había fijado de forma testaruda en algo bien diferente.

Así que con gran amabilidad había pedido señas a un atosigado y agotado sargento, las había anotado cuidadosamente en su libreta de campo y había salido de la estación. No tuvo problema en encontrar los jardines de Cremorne.

Allí, la situación resultaba una estupenda indicación de la dinámica de crisis en que estaba sumida la ciudad. La calma era notoria. Nadie en los jardines parecía ser consciente de los acontecimientos que se sucedían más allá, de las ondas de choque de disolución localizada que aún no habían impregnado el sistema.

Además, el hedor no resultaba allí tan intolerable. Los jardines se hallaban en Chelsea Reach, corriente arriba del Támesis y bastante alejados de lo peor del río. Desde la corriente soplaba una leve brisa nocturna que transportaba un olor a pescado que no llegaba a resultar desagradable. La bruma quedaba partida por las grandes y espesas ramas de los viejos olmos de Cremorne. El sol se había puesto y un millar de brumosas luces de gas centelleaban para placer del público.

Mallory podía imaginarse el encanto pastoral de los jardines en tiempos más felices. Allí había brillantes lechos de geranios, zonas de césped bien cuidado, agradables quioscos rodeados de enredaderas, caprichosos absurdos de escayola y, por supuesto, el famoso Círculo de cristal. Y también la «plataforma de los monstruos», una enorme pista de baile techada, pero sin paramentos, donde miles podían pasear, o bailar el vals o la polca sobre un suelo de madera en el que se notaban los surcos creados por el uso. Dentro había puestos de licores, y comida, y un gran panmelodio cuya palanca activaba un caballo y que tocaba un popurrí de fragmentos de óperas predilectas.

Sin embargo, aquella noche no había miles de personas. Quizá trescientas circulaban indiferentes, y no más de cien presentaban un aspecto respetable. Mallory asumió que este centenar estaba harto del confinamiento, o que se trataba de parejas capaces de superar toda desapacibilidad con tal de verse. De los otros, dos tercios eran varones más o menos desesperados y prostitutas más o menos desvergonzadas.

Mallory se tomó otros dos güisquis en el bar de la plataforma. El licor era barato y tenía un olor peculiar, ya hubiera sido mancillado por el hedor o rebajado con cuerno de ciervo, potasa o cuasia. O quizá con bayas indias, ya que aquel brebaje tenía el color de la mala cerveza. Los vasitos se asentaron en su estómago como un par de carbones al rojo.

Muy poca gente bailaba, algunas parejas que se atrevían con un vals a pesar de ser demasiado conscientes de su soledad. Ni en sus mejores momentos Mallory se

consideraba un buen bailarín. Observó a las mujeres. Una joven alta y de elegante figura danzaba con un caballero mayor, barbudo. El tipo era corpulento y parecía padecer gota en las rodillas, pero la mujer permanecía erguida como un dardo y bailaba con la elegancia de un profesional. Los tacones de bronce de sus botas destellaban bajo las luces. El bamboleo de las enaguas sugería la forma y tamaño de las caderas ocultas. Allí no había acolchado ni barba de ballena. Tenía unos bonitos tobillos envueltos en medias rojas, y la falda resultaba dos pulgadas más corta de lo que permitía la propiedad.

Mallory no alcanzaba a ver su rostro.

El panmelodio arrancó con otra melodía, pero el caballero fornido parecía cansado. La pareja se detuvo y se dirigió hacia un grupo de amigos: una mujer mayor que ellos y de aspecto modesto, tocada con una gorra, dos jóvenes que parecían prostitutas y otro caballero mayor de aspecto adusto y foráneo, de Holanda, quizá, o puede que de una de las Alemanias. La bailarina hablaba con los demás y echaba la cabeza hacia atrás como si estuviera riendo. Tenía un hermoso cabello castaño y un gorro que llevaba atado alrededor de la garganta y que le colgaba por la espalda. Una espalda bella, sólida y femenil, con unas caderas delgadas.

Mallory comenzó a dirigirse lentamente hacia ellos. La chica hablaba con aparente interés con el hombre extranjero, pero la expresión de él mostraba reluctancia y un probable desdén. La chica abocetó una reverencia renuente antes de alejarse de él.

Mallory vio entonces su cara por primera vez. Tenía una mandíbula extraña y larga, unas cejas espesas y una boca que parecía un amplio corte móvil bordeado de carmín rojo. No era exactamente fea, aunque carecía de atractivo. A pesar de todo, sus ojos grises mostraban tal aspecto afilado y temerario, y su expresión tamaña voluptuosidad inverosímil, que se quedó clavado en el sitio. Y sus formas eran espléndidas. Pudo verlo al observarla caminar (rodar, casi deslizarse) hacia la barra. De nuevo aquellas maravillosas caderas, y la línea de la espalda. La mujer se inclinó sobre la barra para bromear con el camarero y la falda se le levantó por detrás, casi hasta la pantorrilla cubierta por la media roja. La visión de la pierna musculosa provocó en Mallory una descarga de lasciva intensidad. Era como si la mujer le hubiera propinado un puntapié con esa pierna.

Se acercó a la barra. La mujer no bromeaba con el camarero sino que discutía con él, al modo femenil, en parte doloroso y en parte fastidioso. Tenía sed pero no dinero, y aseguraba que pagaban sus amigos. El camarero no la creía, pero no llegaba a decirlo claramente.

Mallory depositó un chelín sobre la barra.

—Camarero, dele a esta señorita lo que quiere.

Ella lo miró con molesta sorpresa. Enseguida se recuperó, sonrió y lo valoró con

los ojos entrecerrados.

—Ya sabes lo que me gusta, Nicholas —dijo al camarero.

Este le trajo una flauta de champán y alivió a Mallory de su dinero.

—Me encanta el champán —le dijo ella—. Cuando bebes champán puedes bailar como una pluma. ¿Baila usted?

—Abominablemente —respondió Mallory—. ¿Puedo ir a casa con usted?

Ella lo miró de arriba abajo y la comisura de los labios se torció en una sonrisa burlona, pero voluptuosa.

—Se lo diré en un momento —respondió y se marchó a reunirse con sus amigos.

Mallory no esperó, ya que pensaba que probablemente se tratara de un engaño. Caminó lentamente alrededor de la plataforma de los monstruos y miró a las demás mujeres, pero entonces vio que la chica lo llamaba con gestos. Se dirigió hacia ella.

—Creo que puedo ir con usted, aunque quizá no le agrade —dijo ella.

—¿Y por qué no? —respondió él—. Me gusta usted.

La chica rió.

—No me refiero en ese aspecto. No vivo aquí, en Brompton. Vivo en Whitechapel.

—Eso queda muy lejos.

—El tren no funciona, y no es posible tomar un taxi. ¡Temía tener que dormir en el parque!

—¿Y qué hay de sus amigos? —preguntó Mallory.

La chica echó hacia atrás la cabeza, como si quisiera indicar que no le importaban. Su elegante cuello mostró, en el hueco de la garganta, un poco de encaje tejido a máquina.

—Quiero regresar a Whitechapel. ¿Me lleva? No tengo dinero, ni dos peniques.

—Muy bien —contestó Mallory. Le ofreció el brazo—. Es un paseo de cinco millas..., aunque tiene unas piernas espléndidas.

Ella lo tomó del brazo y le sonrió.

—Podemos coger el vapor fluvial en el desembarcadero de Cremorne.

—Ah —respondió Mallory—. Támesis abajo, ¿eh?

—No resulta muy agradable. —Bajaron los escalones de la plataforma de los monstruos y penetraron en una oscuridad apenas iluminada por el trémulo gas—. No es usted de Londres, ¿no es así? Un caballero viajante.

Mallory negó con la cabeza.

—¿Me dará un soberano por dormir con usted?

Mallory, sorprendido por la falta de tacto, no dijo nada.

—Puede quedarse toda la noche si quiere —siguió ella—. Es una habitación muy agradable.

—Sí, eso es lo que quiero.

Se tambaleó un poco sobre el camino de grava, pero ella lo sujetó y lo miró con atrevimiento.

—Está un poco borracho, ¿no? Pero parece un buen hombre. ¿Cómo se llama?

—Edward. Ned, casi siempre.

—¡Yo me llamo igual! —replicó ella—. Harriet Edwardes, con una «e» al final.

Es mi nombre artístico. Pero mis amigos me llaman Hetty.

—Pues tienes el cuerpo de una diosa, Hetty. No me sorprende que actúes. Ella volvió a lanzarle la misma mirada osada y de ojos grises.

—¿Te gustan las chicas malas, Ned? Eso espero, porque esta noche tengo ganas de hacer cosas malas.

—Me encantan —respondió Mallory. La cogió por la cintura afilada, alargó una mano hacia sus senos abultados y la besó en la boca. Ella lanzó un pequeño chillido de asombro antes de pasarle los brazos alrededor del cuello. Se besaron largamente bajo la oscura masa de un olmo. Mallory sentía la lengua de la chica presionada contra sus dientes.

Ella se retiró un tanto.

—Tenemos que llegar a casa, Ned. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió él con la respiración entrecortada—. Pero enséñame las piernas ahora. Por favor.

Ella miró a un lado y otro del camino y después se levantó las enaguas hasta las rodillas y las dejó caer de nuevo.

—Son perfectas —dijo él—. Podrías posar para un pintor.

—Ya he posado para pintores, y no compensa.

Desde el embarcadero de Cremorne llegó el sonido de un vapor. Corrieron para alcanzarlo y casi no logran subir a bordo. El esfuerzo hizo que a Mallory se le subiera aún más el güisqui a la cabeza. Dio a la chica un chelín para pagar la tarifa de cuatro peniques y encontró una silla de cubierta cerca de la proa. El pequeño transbordador empezó a expeler humo y las grandes ruedas laterales comenzaron a batir el agua negra.

—Vayamos al salón —dijo ella—. Hay bebidas.

—Me gusta ver Londres.

—No creo que te guste lo que vas a ver en este viaje.

—Seguro que me gusta si te quedas conmigo.

—Vaya pico tienes, Ned —dijo ella, y rió—. Es gracioso. Al principio creí que eras un policía, tan serio y solemne. Pero los policías no hablan así, ni bebidos ni sobrios.

—¿No te gustan los cumplidos?

—No, están bien. Pero es que también me gusta el champán.

—Dentro de un rato —dijo Mallory. No se sentía cómodo al verse tan

embriagado. Se levantó y se acercó a la barandilla de proa. La aferró con fuerza, hasta que notó cómo las sensaciones regresaban a las puntas de sus dedos—. Maldita tiniebla de la ciudad —dijo.

—Vaya, así es —dijo ella a su lado. Olía a sudor salado, a rosa de té y a coño. Se preguntó si tendría mucho pelo allí y de qué color sería. Se moría por vérselo—. ¿Qué es eso, Ned?

—¿Qué? —¿Por qué está tan oscuro? ¿Es la niebla?

—Luces de gas —dijo él—. El Gobierno tiene un plan para apagar las luces de gas porque producen mucho humo.

—Qué listos.

—Y ahora todo el mundo anda corriendo por las calles a oscuras, destrozando cuanto ve.

—¿Y cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—¿No eres poli?

—No, Hetty.

—No me gustan los polis. Siempre hablan como si supieran cosas que tú no sabes. Y nunca dicen cómo lo saben.

—Podría decírtelo —respondió Mallory—. Me gustaría decírtelo. Pero no lo entenderías.

—Pues claro que lo entendería, Ned —protestó Hetty con la voz tan animada como la pintura al desconcharse—. Me encanta oír hablar a los hombres listos.

—Londres es un sistema complejo que está desequilibrado. Es como..., es como un hombre bebido, borracho como una cuba, en una habitación con botellas de güisqui. El güisqui está escondido, así que él se pasa el rato buscándolo. Cuando encuentra una botella echa un buen trago, pero luego la deja y se olvida de ella de inmediato. Después deambula y vuelve a buscar, una y otra vez.

—Y después se queda sin licor y tiene que comprar más —dijo Hetty.

—No. Nunca se le acaba. Hay un demonio que rellena las botellas constantemente. Por eso es un sistema dinámico abierto. Da vueltas y vueltas por la habitación, sin parar, sin saber jamás cuál puede ser su siguiente paso. A ciegas e inconsciente traza círculos, dibuja ochos, todas las figuras que podría hacer un patinador, pero nunca abandona los límites. Y entonces, un día, se apagan las luces, y al instante sale corriendo de la habitación, de cabeza, y se sumerge en la oscuridad exterior. Y entonces puede suceder cualquier cosa, cualquiera, porque la oscuridad exterior es el caos. El caos, Hetty.

—Y eso te gusta, ¿eh?

—¿Qué?

—No sé qué significa lo que acabas de decir, pero sé que te gusta. Te gusta pensar

en ello. —Con un movimiento suave y bastante natural, la joven apoyó una mano en la parte delantera de sus pantalones—. ¡Pues no está dura ni na! — Retiró la mano de golpe y esbozó una sonrisa triunfante.

Mallory revisó a toda prisa la cubierta con la mirada. Había otras personas fuera, más de diez. No parecía que nadie estuviera mirando, pero era difícil saberlo con aquella niebla oscura.

—Bromeas —le dijo.

—Sácala y verás cómo bromeo.

—Preferiría esperar al momento y lugar adecuados.

—¡Mira que decir eso un hombre! —espetó la joven y se echó a reír.

Los golpes constantes de las paletas contra el agua cambiaron de repente de tenor. El negro Támesis emitió una repugnante oleada de fetidez y el sonido crujiente de un burbujeo.

—Oh, es horrible —exclamó Hetty al tiempo que se tapaba la boca con una mano —. ¡Vamos al salón, Ned, por favor!

Una extraña curiosidad clavó a Mallory en su sitio.

—¿Es peor luego? ¿Río abajo?

—Mucho peor —respondió Hetty entre los dedos con los que se cubría—. Yo he visto gente que se desmaya y to.

—¿Y por qué siguen pasando los transbordadores?

—Pasan siempre —dijo Hetty, que se había girado un poco—. Son vapores correo.

—Ah. ¿Podría comprar aquí un sello?

—Dentro —respondió ella—. Y también puedes comprarme algo a mí.

Hetty encendió una lámpara de aceite en el estrecho y pequeño pasillo de las habitaciones superiores de Flower-and-Dean Street. Mallory, que no podría haberse alegrado más de librarse de los espeluznantes callejones asfixiados por la niebla de Whitechapel, pasó como pudo a su lado y entró en el salón. Una mesa cuadrada compuesta de tablones sostenía una pila desordenada de periódicos sensacionalistas ilustrados que, por alguna razón, todavía se repartían a pesar del hedor. En la penumbra pudo distinguir los gruesos titulares de factura mecánica que se lamentaban del mal estado de salud del primer ministro. El viejo Byron siempre estaba fingiendo alguna enfermedad, un pie cojo, un pulmón legañoso o el hígado decaído.

Hetty entró en el salón con la lámpara resplandeciente y las rosas desvaídas florecieron en el papel polvoriento de la pared. Mallory dejó caer un soberano de oro encima de la mesa. Odiaba tener problemas con ese tema y siempre pagaba por adelantado. La joven oyó el tintineo de la moneda con una sonrisa. Luego se quitó con un par de patadas los botines embarrados y se acercó contoneándose a una puerta

que abrió de golpe. Un gato gris salió corriendo y maullando y la joven le hizo unas fiestas y lo acarició, llamándolo Toby. Después le dejó salir a las escaleras. Mallory la observaba mientras tanto, incómodo, con triste paciencia.

—Bueno, venga, ¿a qué esperas? —dijo ella ladeando la trenzada cabeza castaña.

El dormitorio era bastante pequeño y desvencijado: una cama de dos postes de roble prensado y un espejo alto y deslustrado que daba la sensación de haber costado algún dinero en otro tiempo. Hetty depositó la lámpara sobre el barniz desconchado de una mesilla de noche y empezó a soltarse los botones de la blusa. Sacó los brazos de las mangas y arrojó la prenda a un lado, como si la ropa fuera más una molestia para ella que otra cosa. Se despojó de la falda con destreza y empezó a quitarse el corsé y las enaguas, arrugadas y rígidas.

—No llevas miriñaque —observó Mallory con la voz ronca.

—No me gusta. —La joven soltó la cinturilla de la enagua y la dejó a un lado. Tomó con dedos hábiles los ganchos del corsé y aflojó los cordones. Luego se lo sacó por las caderas con un contoneo y se quedó allí, respirando aliviada, vestida solo con la camisa de encaje.

Mallory se quitó la chaqueta y los zapatos. El miembro le tiraba de los botones de la bragueta. Estaba deseando sacárselo de los pantalones, pero no le apetecía pasear su órgano erecto bajo la luz de la lámpara.

Hetty, en camisa, se subió de un salto a la cama y los gastados muelles protestaron con ímpetu. Mallory se sentó al borde de la cama, que olía demasiado a agua de azahar barata y al sudor de Hetty. Se quitó los pantalones y las prendas íntimas y se quedó solo con la camisa.

Se inclinó un momento, desabrochó un compartimento del cinturón monedero y extrajo una funda francesa.

—Lo haré con armadura, querida —murmuró—. ¿No te importa?

Hetty se apoyó con gesto alegre en el codo.

—Déjame verla, entonces. —Mallory le mostró la membrana enrollada de tripa de oveja—. No es una de esas raras —observó con aparente alivio—. Haz lo que quieras, cielito.

Mallory desenrolló con cuidado el artefacto sobre la piel tensa de su verga. Así estaba mejor, pensó, contento por haber sido tan previsor. Tenía así mayor sensación de saber lo que estaba haciendo allí, y de que, después de todo, estaría a salvo y le sacaría partido a su dinero. Se metió bajo la sábana deslucida.

Hetty le rodeó el cuello con sus fuertes brazos y lo besó bruscamente con aquella gran boca torcida, como si quisiera pegársela a la cara. Mallory, sobresaltado, sintió la lengua de ella retorciéndose sobre sus dientes como una anguila caliente y resbaladiza. La extraña sensación estimuló de una forma muy poderosa su virilidad. Se colocó con cierto esfuerzo sobre ella. La sólida carne femenina resultaba

maravillosa a través del velo obscenamente fino de la camisa, y bregó con la prenda hasta que consiguió subírsela hasta la cintura. Hetty emitió entusiastas gruñidos cuando Mallory empezó a tantear entre la lana húmeda de su entrepierna. Al final, al parecer ya impaciente, Hetty bajó la mano sin más ceremonias y se metió la verga en el coño.

La joven dejó de chuparle la boca cuando empezaron a moverse. No tardaron en comenzar a suspirar como faetones de vapor, y la cama crujía y traqueteaba bajo ellos como un panmelodio mal afinado.

—¡Oh, Ned, querido! —gañó ella de repente, clavándole ocho uñas afiladas en la espalda—. ¡Qué grande es! ¡Voy a verterme! —Y se retorció bajo él con lo que casi pareció una convulsión. Sacudido por la extrañeza de oír a una mujer hablar inglés en medio de la cópula, Mallory se corrió de repente, como si, sin querer, le hubiera arrancado la semilla de la carne el desplome lascivo de las ingles femeninas.

Después de un momento de silencio y jadeos, Hetty le besó la mejilla barbuda con la expresión en parte tímida y en parte coqueta de una mujer conquistada por el deseo.

—Ha sido magnífico, de veras, Ned. Tú sí que sabes lo que hay que hacer. Ahora vamos a comer algo, ¿quieres? Me muero de hambre, demonios.

—Bien —respondió Mallory mientras abandonaba la cuna sudorosa de sus caderas. Se sentía agradecido hacia Hetty, como siempre le sucedía con cualquier mujer que lo favoreciera, y un poco avergonzado de sí mismo, y también de ella. Pero a la vez tenía mucha hambre. Hacía bastantes horas que no comía nada.

—Podemos pedir una cenita abajo, en el Hart. La señora Cairns nos la puede subir. Es mi casera, la que vive aquí al lado.

—De acuerdo —aceptó Mallory. —Pero tendrás que pagar la comida y darle una propina a ella. —Hetty se bajó de la cama con la camisa todavía levantada. Se la bajó de un tirón, pero la breve visión de su magnífico trasero provocó una oleada de asombro agradecido en el cuerpo masculino. La joven golpeó con los nudillos la pared del dormitorio en un rápido staccato. Pasado un largo minuto se oyó un solo golpe a modo de respuesta.

—¿Tu amiga se acuesta tarde? —preguntó Mallory.

—Está acostumbrada a este negocio —explicó Hetty mientras volvía a deslizarse dentro la cama con un coro de chirridos—. Tú no te preocupes por la señora Cairns. Cada poco le zurra a su marido y despierta a todo el edificio.

Mallory se quitó con cuidado la funda francesa, que se había estirado hasta perder la forma pero no se había roto, y la dejó caer en la bacinilla.

—¿Deberíamos abrir una ventana? Hace un calor de mil demonios...

—¡No, no dejes entrar el hedor, cielito! —Hetty sonrió bajo la luz de la lámpara y se rascó por debajo de la sábana—. Además, las ventanas no se abren.

—¿Por qué no? —Los marcos están clavados. La chica que vivía aquí antes, el invierno pasado.

Una criaturita extraña con aires de grandeza y cara de parecerle todo mal. La aterraban sus enemigos. Clavó todas las ventanas para que no se abrieran, creo. Aun así, al final la cogieron, pobrecita.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Mallory.

—Oh, nunca trajo a sus hombres aquí que yo viera, pero al final vinieron los polis a buscarla. Los especiales, ya sabes. Y encima me las hicieron pasar canutas, los muy hijos de perra, como si yo supiera lo que había hecho o quiénes eran sus amigos. Ni siquiera conocía su verdadero nombre. Sybil algo, Sybil Jones.

Mallory se tiró de la barba.

—¿Qué hizo, esa tal Sybil Jones?

—Tuvo un hijo con un parlamentario cuando era joven —respondió Hetty—.

Un tipo que se llamaba, bueno, dudo que quieras saberlo. Era la fulana de un político, y también cantaba un poco. Yo... Yo soy una fulana que posa. ¿Connaissezvous poses plastiques?

—No. —Mallory observó sorprendido que una pulga había aterrizado en su rodilla desnuda. La atrapó y la aplastó entre las uñas de los pulgares, que se le mancharon de sangre.

—Nos vestimos con unos leotardos ceñidos de color carne, nos pavoneamos y dejamos que los caballeros nos miren con la boca abierta. La señora Winterhalter, la que viste mangoneándonos esta noche en Cremorne, es mi encargada, como se suele decir. Esta noche había poquísima gente, y esos diplomáticos suecos con los que estábamos tenían la mano más cerrada que el culo de un pollo. Así que para mí fue una suerte que aparecieras por allí.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta del pasillo. Hetty se levantó.

—Donnez-moi cuatro chelines —dijo la joven. Mallory le dio unas monedas que se desvanecieron a toda prisa cuando la chica se fue. Hetty volvió con una bandeja lacada, desportillada y llena de muescas, y le mostró una hogaza deforme de pan, un trozo de jamón, mostaza, cuatro salchichas fritas y media botella polvorienta de champán caliente.

Tras llenar dos copas manchadas de champán, Hetty empezó a tomarse su cena con bastante compostura y sin hablar. Mallory se quedó mirando sus brazos llenos de hoyuelos, los hombros y la prominencia de los pechos pesados y los pezones oscuros bajo la fina camisa. Luego se asombró un poco ante la falta de atractivo de su rostro. Bebió una copa de aquel champán acre y malo y dio unos bocados famélicos al jamón verdoso.

Hetty se terminó las salchichas. Luego, con una sonrisa sesgada, se bajó de la cama y se agachó a su lado tras subirse la camisa hasta la cintura.

—Ese champán sale como entra, ¿no? Necesito la bacinilla. No mires a menos que quieras hacerlo.

Mallory apartó la vista con cortesía y escuchó el estrépito del pis.

—Vamos a lavarnos —dijo la joven—. Voy a buscar una jofaina. —Regresó con una escudilla de esmalte llena de la pestilente agua londinense y se lavó con una esponja de loofah.

—Tienes una figura espléndida —dijo Mallory. Las manos y los pies de Hetty eran pequeños, pero la redondez columnaria de sus pantorrillas y sus muslos eran maravillas de la anatomía mamífera. Sus grandes y sólidas nalgas eran perfectas. A Mallory le parecieron extrañamente conocidas, como las blancas nalgas femeninas que había visto en tantos lienzos históricos. Se le ocurrió que muy bien podían ser las mismas. El coño, de labios bien proporcionados, estaba cubierto por un vello de color rojizo.

La joven sonrió al ver su mirada.

—¿Te gustaría verme desnuda?

—Mucho.

—¿Por un chelín?

—De acuerdo.

Hetty se quitó la camisa con un gesto de aparente alivio; le resaltaba el sudor por todo el cuerpo. Se lavó con delicadeza las axilas empapadas.

—Soy capaz de posar, sin moverme nada, durante cinco minutos enteros seguidos —dijo arrastrando un poco la lengua. Se había bebido ella sola casi todo el champán —. ¿Tienes reloj? ¡Diez chelines y lo hago! ¿Qué te apuestas a que soy capaz?

—Estoy seguro de que puedes hacerlo —dijo Mallory.

Hetty se inclinó con elegancia, se cogió el tobillo izquierdo y lo levantó directamente por encima de la cabeza, con la rodilla rígida. Comenzó a girar sobre sí misma, con lentitud, arrastrándose sobre el talón y el dedo gordo.

—¿Te gusta? —Maravilloso —dijo Mallory pasmado.

—Mira, puedo poner las dos manos en el suelo, planas —explicó mientras se doblaba por la cintura—. La mayor parte de las chicas de Londres están tan encorsetadas que se partirían por la mitad si lo intentaran. —Luego se abrió por completo de piernas en el suelo y levantó la cabeza para mirarlo, borracha y triunfante.

—Nunca viví hasta que vine a Londres —dijo Mallory.

—Entonces quítate la camisa y vamos a follar en pelota. —Su rostro de mandíbula alargada estaba colorado, y se le disparaban los ojos grises. Mallory se quitó la camisa. La joven avanzó hacia él con la jofaina esmaltada—. Follar desnudos es estupendo con un calor tan bestial como este. A mí siempre me gusta follar desnuda. Madre, qué carne tan firme, y a mí me gustan los hombres un poco peludos.

Vamos a echarle un vistazo a tu polla. —Hetty la agarró sin más, retiró la piel y la examinó, luego la mojó un poco en la jofaina—. No estás enfermo, cariño; no te pasa nada, es magnífica. ¿Por qué no me follas sin esa asquerosa piel de salchicha y te ahorras nueve peniques?

—Nueve peniques no es mucho —dijo Mallory. Se puso otra funda francesa y luego la montó. La penetró desnudo, sudando como un herrero. Ambos estaban sudorosos y apestaban a mal champán, pero la piel pegajosa de las grandes tetas de Hetty resultaba bastante fresca contra su pecho desnudo. La chica galopaba bajo él con los ojos cerrados, mientras enseñaba la lengua por la comisura de la boca torcida. Después le puso los talones con fuerza sobre las nalgas. Al fin Mallory se vertió, gruñendo entre dientes apretados al sentir la oleada ardiente que pasaba a través de su verga. Le zumbaban los oídos.

—Eres un diablo salido, mi Ned, ¿que no?

—El cuello y los hombros de Hetty estaban cubiertos por un sarpullido provocado por el calor.

—Tú también —jadeó Mallory.

—Lo soy, cariño, y me gusta hacerlo con un hombre que sabe tratar a una chica. Vamos a tomar un poco de cerveza embotellada. Es más refrescante que el champán.

—De acuerdo, bien.

—Y unos papirosi. ¿Te gustan los papirosi?

—¿Y qué son, exactamente?

—Cigarrillos turcos, de Crimea. Son lo último desde la guerra.

—¿Fumas tabaco? —preguntó Mallory sorprendido.

—Lo aprendí de Gabrielle —dijo Hetty mientras se bajaba de la cama—. Gabrielle vivió aquí después de que se fuera Sybil. Era una franchute de Marsella. Pero el mes pasado se fue en barco al México francés con uno de los soldados de su embajada. Se casó con él, una chica con suerte. —Hetty se envolvió en una bata de noche de seda amarilla. Bajo la luz del farol parecía una prenda bonita, a pesar de los dobladillos deshilachados—. Era muy dulce. Donnez-moi cuatro chelines, querido. No, cinco.

—¿Puedes cambiar un billete de una libra? —preguntó Mallory. Hetty le dio quince chelines con una mirada amarga y luego se desvaneció en el salón.

Se ausentó durante un buen rato para charlar con la señora del casero, al parecer. Mallory se quedó echado y tranquilo en la cama, escuchando los ecos extraños y remotos de la gran metrópolis: el sonido de las campanas, gritos lejanos y agudos, estallidos que podrían ser disparos. Estaba borracho como una cuba, al parecer, y la cuba se sentía mejor que nunca. Volvería a sentir el peso en el corazón muy pronto, sin duda redoblado por el pecado, pero por el momento el placer carnal lo había animado y se sentía libre y ligero como una pluma.

Hetty volvió con un cajón de alambre lleno de botellas en una mano, y el cigarrillo encendido que estaba fumando en la otra.

—Has tardado mucho —dijo Mallory.

La chica se encogió de hombros.

—Un problemilla abajo. Unos rufianes. —Dejó el cajón en el suelo, sacó una botella y se la tiró—. Mira qué frescas, las guardan en el sótano. Agradable, ¿a que sí?

Mallory sacó el complejo tapón de porcelana, corcho y alambre comprimido y bebió con avidez. «Cerveza Newcastle», rezaban las letras de molde de cristal en relieve. Una fábrica de cerveza moderna donde elaboraban el licor en grandes cubas de acero, casi del tamaño de un navío de línea. Una cerveza estupenda y hecha por máquinas, libre de la mancha de algún tramposo que le echase jalapa o baya india. Hetty se metió en la cama con la bata puesta, se terminó una botella y abrió otra.

—Quítate la bata —dijo Mallory.

—No me has dado mi chelín.

—Pues tómalo.

La joven metió la moneda bajo el colchón y sonrió.

—Eres un tipo raro, Neddie. Me gustas. —Se quitó la bata y la tiró a la percha de hierro que tenía detrás de la puerta, aunque no acertó—. Estoy de un humor raro esta noche. Vamos a probar otra vez.

—Dentro de un momento —dijo Mallory con un bostezo. De repente sentía los párpados pesados, irritados. Le palpitaba la nuca donde le había dado el porrazo Velasco; tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde entonces. Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había hecho algo que no fuera beber y entrar en celo.

Hetty le agarró el miembro flácido y empezó a acariciarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste a una mujer, Ned?

—Eh... Dos meses, creo. Tres.

—¿Y quién era?

—Era... —Había sido una puta de Canadá pero Mallory se detuvo de repente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Cuéntamelo. Me gusta oírlo. Me gusta saber lo que hace la gente elegante.

—Yo de eso no sé nada. Ni tú tampoco, me imagino.

Hetty le soltó la verga y se cruzó de brazos. Se apoyó de nuevo en el cabecero y encendió otro papirosi con el lucifer que frotó contra un trozo basto de yeso. Expelió el humo por aquella nariz de formas extrañas, una visión desconcertante para Mallory.

—No creas que no sé nada —dijo—. He oído cosas que ni te imaginas, te apuesto lo que quieras.

—Sin duda —respondió Mallory con tono cortés. Luego se terminó la cerveza.

—¿Sabías que la vieja lady Byron azota a su marido desnuda? La polla no se le levanta hasta que ella le pega en el culo con una fusta alemana, y eso me lo dijo un poli que estaba colado por mí. ¡Y a él se lo dijo una criada de la casa, de las que están arriba!

—¿Sí?

—En esa familia Byron son unos rijosos, pervertidos hasta los tuétanos. Ahora él ya es muy mayor, pero en sus tiempos mozos se follaba ovejas. Lord Byron, sí. ¡Era capaz de follarse un arbusto si pensaba que había una oveja dentro! Y su mujer no es mucho mejor. No se tira a otros hombres, pero está en la hermandad de las azotadoras.

—Extraordinario —dijo Mallory—. ¿Y su hija? Hetty no dijo nada por un momento. A Mallory le sorprendió la repentina gravedad de su expresión.

—Esa es tremenda, la tal Ada. Es la puta más grande de todo Londres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque se folla a quien le apetece y nadie se atreve a decir ni pío. Se lo ha hecho con la mitad de la Cámara de los Lores y todos le van detrás como niños. Y se hacen llamar sus favoritos y sus paladines, y si alguien falta a su palabra y se atreve a decir algo contra ella, entonces los demás se ocupan de que termine muy mal. Todos la rodean, la protegen y la adoran como los sacerdotes de Roma con su Virgen.

Mallory gruñó. No era más que cháchara de putas, pero no estaba bien decirlo. Él sabía que lady Ada tenía sus galanes, pero pensar que permitía que los hombres la tomaran, que había alguien que empujaba y que se vertía, verga y coño en la cama matemática de la reina de las máquinas... Mejor no pensar en ello. Por alguna razón le daba vueltas la cabeza, como si hubiera tomado güisqui.

—Tus conocimientos son impresionantes, Hetty —murmuró Mallory—. No cabe duda de que dominas los datos de tu oficio. Hetty, que había estado engullendo otra botella de cerveza, se echó a reír a carcajadas. La espuma le salpicó el pecho. —Oh, Jesús —dijo tosiendo y frotándose los pechos—. Señor, Neddie, cómo hablas. Mira lo que me has hecho hacer. —Perdona —dijo Mallory.

La chica le lanzó una sonrisa grosera y tomó el cigarrillo encendido del borde de la cómoda.

—Coge el trapo y dales un buen repaso —sugirió—. Apuesto a que te gustaría, ¿eh?

Sin una sola palabra, Mallory se puso a la tarea. Tomó la jofaina y enjuagó la toalla de manos. Luego frotó los pechos con la felpa mojada, con cuidado, y después la curva rellena de su vientre blanco interrumpido solo por el hoyo del ombligo. Hetty lo observó con los párpados bajos, fumando el cigarrillo y tirando las cenizas al suelo, como si su carne perteneciera a otra persona. Después de un rato le cogió en

silencio la verga y la trabajó de atrás adelante con gesto alentador, mientras él le limpiaba las piernas.

Mallory se puso otra funda con manos un poco torpes y a punto estuvo de perder la erección. Para alivio suyo consiguió penetrarla, y pronto recobró la dureza dentro de su piel agradecida. Empezó a empujar con fuerza, cansado y borracho; le dolían los brazos, las muñecas y la espalda y sentía un extraño escozor doloroso en la base de la verga. Sentía el glande bastante irritado, casi dolorido dentro de su armadura de tripa de oveja, y verterse parecía tan difícil y complicado como sacar un clavo oxidado. Los muelles de la cama crujían de tal modo que recordaban a un campo de grillos de metal. A medio camino, Mallory se sentía como si hubiera corrido kilómetros enteros, y Hetty, cuyo cigarrillo muerto había quemado la cómoda, parecía hechizada, o quizá solo aturdida o borracha. Por un momento Mallory se preguntó si no debería parar, dejarlo, decirle de algún modo que no estaba funcionando, pero ni siquiera era capaz de encontrar las palabras que pudieran dar una explicación satisfactoria de la situación, así que siguió moviéndose. Su mente empezó a divagar, pensó en otra mujer, una prima suya, una chica pelirroja a la que había visto mientras le echaban un polvo detrás de unos setos, en Sussex, cuando siendo un muchacho se había subido a un árbol para buscar nidos de cuco. La prima pelirroja se había casado con aquel hombre y ahora tenía cuarenta años e hijos crecidos, una mujercita redondita y correcta con su gorrito igual de redondito y correcto, pero Mallory nunca se encontraba con ella sin recordar la torturada expresión de placer en su cara pecosa. Se aferró ahora a esa imagen secreta como un galeote a su remo, y se fue abriendo camino con obstinación hasta el clímax. Por fin tuvo en las ingles esa sensación de fusión que al alcanzar la cima le decía que pronto se vertería, que nada lo contendría ya, y continuó empujando con desesperación renovada, jadeando con fuerza. Al verterse, el agónico frenesí subió como un cohete por su espalda dolorida, una oleada de placer espeluznante que le recorrió los brazos, las piernas, hasta las plantas desnudas de los pies atormentados por los calambres, y gritó, un rugido animal, estruendoso y extático que lo sorprendió incluso a él.

—Señor... —comentó Hetty.

Mallory se derrumbó a su lado y yació resoplando como un cetáceo varado bajo el aire fétido. Tenía la sensación de que sus músculos eran de goma y de que ya casi había sudado todo el güisqui con tanto esfuerzo. Se sentía maravillosamente. Incluso dispuesto a morir. Si hubiera llegado el ojeador y le hubiera disparado allí mismo, quizá lo habría agradecido; habría agradecido la oportunidad de no regresar nunca de aquella meseta de sensualidad, la oportunidad de no volver a ser Edward Mallory, sino solo una criatura espléndida que se ahogaba en un coño y en rosas de té.

Pero pasado un momento aquella sensación desapareció y volvió a ser Mallory. Demasiado atontado para sutilezas como la culpa o el arrepentimiento, estaba listo

para marcharse. Había pasado una crisis tácita y el episodio había terminado. Todavía se sentía demasiado cansado para moverse, pero se sabía a punto de hacerlo. El dormitorio de la puta ya no le parecía un refugio. Las paredes se le antojaban irreales, simples abstracciones matemáticas, límites que ya no podían contener el impulso que lo espoleaba.

—Vamos a dormir un poco —dijo Hetty con palabras desdibujadas por la bebida y el agotamiento.

—De acuerdo. —Mallory fue lo bastante sensato como para colocar la caja de luciferes al alcance de la mano, y después apagó el farol y se quedó echado en la oscuridad caliente de Londres, como un alma platónica suspendida. Descansó con los ojos abiertos mientras una pulga se daba sin prisas un festín con sus tobillos. No es que durmiera exactamente, pero sí descansó durante un tiempo indefinido. Cuando le comenzó a dar vueltas la cabeza, encendió y fumó uno de los cigarrillos de Hetty. Resultó un ritual agradable, aunque sin mucho sentido en lo que al uso adecuado del tabaco se refería. Después salió de la cama y orinó por intuición en la bacinilla. Allí había caído cerveza en el suelo, o quizá era otra cosa. Le hubiera gustado limpiarse los pies, pero tampoco parecía tener mucho sentido.

Esperó a que algo parecido al amanecer apareciera en la ventana desnuda y mugrienta de Hetty, una ventana que se asomaba melancólica a una pared cercana.

Por fin llegó un fulgor débil que no se parecía en nada a la honrada luz del día. Mallory ya se había despejado y yacía muerto de sed, con la sensación de tener la cabeza repleta de algodón. No estaba tan mal en realidad, si no hacía movimientos bruscos, aunque se sentía lleno de feas palpitaciones premonitorias.

Encendió la vela que tenía en la mesita y encontró la camisa. Hetty despertó con un gemido y se lo quedó mirando, el cabello enmarañado y sudoroso, los ojos saltones con una expresión que casi lo asustó. Ellynge, la habrían llamado en Sussex: siniestra.

—No te vas —dijo la chica.

—Sí.

—¿Por qué? Todavía está muy oscuro.

—Prefiero empezar pronto. —Se detuvo un momento—. Una vieja costumbre, de cuando acampaba.

Hetty bufó.

—Vuelve a meterte en la cama, mi valiente soldado, no seas tonto. Quédate un poco. Nos lavamos y desayunamos. ¿Puedes comprarlo, no, un gran desayuno?

—Mejor no. Es tarde. Tengo que irme, tengo asuntos que atender.

—¿Tan tarde es? —La chica bostezó—. Ni siquiera ha amanecido todavía.

—Es tarde. Estoy seguro.

—¿Qué dice el Big Ben?

—No he oído al Big Ben en toda la noche —respondió Mallory, y al darse cuenta se sorprendió—. El Gobierno lo ha clausurado, supongo.

Esa pequeña especulación pareció alarmar vagamente a Hetty.

—Un desayuno francés, entonces —sugirió ella—, que nos lo suban de aquí abajo. Un pastel, una cafetera. Es barato.

Mallory negó con la cabeza.

Hetty guardó silencio y entrecerró los ojos. La negativa parecía haberla sorprendido. Se sentó en aquella cama que no dejaba de crujir y se tiró un poco del cabello desordenado.

—No salgas, el tiempo es horrible. Si no puedes dormir, cariño, vamos a echar un polvo.

—No creo que pueda.

—Sé que te gusto, Neddie. —La joven levantó la sábana sudada—. Ven a tocarme entera, eso te la levantará. —Se quedó allí echada, esperando con la sábana levantada.

Mallory, que no quería decepcionarla, se acercó a ella y le pasó la mano por las preciosas caderas y manoseó la tersura jugosa de sus pechos. Disfrutaba acariciando la piel de la chica, pero su verga, aunque se revolvió, no llegó a levantarse.

—De verdad que tengo que irme —dijo.

—Se te levantará otra vez si esperas un poco.

—No puedo quedarme más.

—No lo haría si no fueras un hombre tan agradable —dijo Hetty poco a poco—, pero puedo hacer que se te levante ahora mismo, si quieres. ¿Connaissez-vous la belle gamahuche?

—¿Y eso qué es?

—Bueno —dijo Hetty—, si hubieras estado con Gabrielle en lugar de conmigo, ya te lo habría hecho a estas alturas. Siempre lo hacía con sus hombres y decía que a ellos los volvía locos; es lo que llaman gamahuche, el placer francés.

—No estoy seguro de entender.

—Chupar la polla.

—Ah. Eso. —Había oído el término, aunque solo como la forma más grosera de insulto. Le chocó encontrarse en una situación en la que se podría realizar el acto físico. Se tiró de la barba—. Eh... ¿y cuánto costaría eso?

—No lo haría por ningún precio, con algunos —le aseguró ella—, pero la verdad es que me gustas, Ned, y por ti lo haría.

—¿Cuánto?

La chica parpadeó y dijo:

—¿Diez chelines?

Media libra.

—Creo que no —dijo Mallory.

—Bueno, está bien, cinco chelines, si no terminas dentro. Pero tienes que prometérmelo, y hablo en serio. Las implicaciones de esa propuesta provocaron en Mallory un exquisito estremecimiento de asco.

—No, esas cosas no me hacen mucha gracia. Empezó a vestirse.

—Entonces, ¿volverás otra vez? ¿Cuándo vendrás a verme?

—Pronto. La chica suspiró, sabía que le estaba mintiendo.

—Vete entonces, si no te queda más remedio. Pero escucha, Neddie: sé que te gusto. Y no me acuerdo muy bien de todo tu nombre, pero sé que he visto tu retrato en los periódicos. Eres un intelectual famoso y tienes un montón de pasta. Tengo razón en eso, ¿a que sí?

Mallory no dijo nada.

Ella se apresuró a continuar.

—Un tipo como tú puede meterse en muchos problemas con la clase equivocada de chica londinense. Pero con Hetty Edwardes no puedes estar más seguro, porque yo solo voy con caballeros y soy muy discreta.

—Estoy seguro de ello —respondió Mallory mientras se vestía a toda prisa. —Bailo los martes y los jueves en el teatro Pantascópico, en Haymarket.

¿Vendrás a verme?

—Si estoy en Londres.

Y con eso la dejó y salió a tientas de aquel sitio. Cuando se dirigía a toda prisa hacia las escaleras se hizo un buen arañazo en la pantorrilla con el pedal de una bicicleta encadenada.

El cielo que pendía sobre el Hart no se parecía a nada que Mallory hubiera visto jamás, y sin embargo lo conocía. Había visto un cielo así en su imaginación, una cúpula encapotada repleta de porquería explosiva, inundada de un polvo que todo lo borraba; un cielo que era heraldo de la catástrofe.

Por el contorno apagado del sol que se alzaba ya en el cielo calculó que serían cerca de las ocho. Había llegado el alba, pero este no había traído consigo el día. Estaba convencido de que los leviatanes terrestres habían visto ese mismo cielo después del impacto del gran cometa que había sacudido la Tierra. Para aquellos rebaños escamosos, que recorrían sin descanso las antiguas junglas impulsados por un hambre atroz que los atormentaba, aquel había sido el cielo del armagedón. Las tormentas cataclísmicas castigaron entonces la Tierra cretácea con inmensos incendios, y el polvo del cometa se dispersó por la atmósfera hasta marchitar primero y aniquilar después el follaje debilitado. Los poderosos dinosaurios, adaptados como estaban a un mundo que había dejado de existir, se extinguieron en masa, y las caprichosas máquinas de la evolución quedaron libres para repoblar la Tierra herida con nuevos y extraños órdenes.

Bajó arrastrando los pies por Flower-and-Dean Street, pasmado, sin dejar de toser. No podía ver lo que había a diez metros de sus narices porque el callejón estaba tomado por una niebla baja y amarillenta que le empañaba los ojos y le provocaba en la garganta una sensación ácida y picante.

Más por suerte que otra cosa salió a Commercial Street, de ordinario una de las avenidas más prósperas de Whitechapel. Desierta ahora, su suave pavimento se encontraba sembrado de fragmentos de escaparate.

Caminó una manzana, luego otra. Apenas si quedaba algún vidrio intacto. Adoquines arrancados de las calles laterales habían alcanzado todos los blancos a la vista, como si se tratara de una lluvia de meteoritos. Un torbellino parecía haber descendido sobre una tienda de comestibles cercana, pues la calle estaba sumergida bajo una costra de harina y azúcar que llegaba a la altura de los tobillos. Mallory se abrió camino entre coles estropeadas, claudias aplastadas, tarros destrozados de melocotones en almíbar y jamones ahumados enteros. La harina húmeda, esparcida por todas partes, dejaba constancia de una estampida de zapatos de cuero de caballero, de piececillos descalzos de los golfillos callejeros, del trazo delicado de los zapatos de mujer y del dobladillo de sus faldas.

Aparecieron arrastrando los pies cuatro figuras envueltas en la neblina, tres hombres y una mujer, todos ellos ataviados con ropas respetables y el rostro cubierto por una máscara de tela gruesa. Al reparar en su presencia, los cuatro cruzaron de acera sin ocultarse. Se movían con lentitud, sin prisa, y hablaban en tonos bajos.

Mallory prosiguió su camino. El cristal astillado crujía bajo sus tacones. Mobiliario para caballeros Meyer, Camisería Peterson, Lavandería pneumática parisiense LaGrange... Todos estos establecimientos presentaban escaparates rotos y puertas arrancadas de cuajo de sus goznes. Las fachadas de todos ellos habían sido bombardeadas a conciencia con piedras, ladrillos y huevos.

Entonces apareció otro grupo: hombres y muchachos jóvenes, algunos de los cuales hacían rodar carretas repletas de mercancía, aunque no cabía duda de que no se trataba de vendedores ambulantes. Con las máscaras puestas parecían cansados, confusos, melancólicos, como si asistieran a un funeral. En su errar sin rumbo se detuvieron ante una zapatería saqueada y recogieron los zapatos esparcidos, poniendo en ello el entusiasmo mustio de los carroñeros.

Mallory se dio cuenta de que había sido un necio. Mientras él se refocilaba en la disipación sin sentido, Londres se había convertido en un espacio anárquico. Debería estar en casa, en el pacífico Sussex, con su familia. Debería estar preparándose para la boda de la pequeña Madeline, rodeado por el aire limpio del campo, cerca de sus hermanos y hermanas, con comida casera decente y decentes bebidas hogareñas. Lo invadió una repentina y agónica añoranza, y se preguntó qué caótica amalgama de lujuria, ambición y circunstancias lo había dejado aislado en aquel lugar horrendo y

brutal. Y se preguntó también qué estaría haciendo su familia en aquel mismo instante. ¿Qué hora era, con exactitud?

Con un sobresalto recordó el reloj de Madeline. El regalo de boda de su hermana reposaba en su cajón de viaje con cierres de latón, en la caja fuerte del Palacio de Paleontología. El precioso y elegante reloj que iba a ofrecer a su querida Madeline, tan despiadadamente lejos de su alcance... El palacio estaba a diez kilómetros de Whitechapel. Diez kilómetros de caos y confusión.

Sin duda tenía que haber un modo de regresar, alguna forma de salvar aquella distancia. Se preguntó si circularía alguno de los trenes de la ciudad, o los omnibuses. ¿Quizá un cabriolé? Los caballos se ahogarían en aquella neblina pestilente. No le quedaba otra que ir andando. Lo más probable era que cualquier esfuerzo por cruzar Londres resultara fútil, y con toda probabilidad sería mucho más inteligente acurrucarse en algún sótano tranquilo, como una rata, con la esperanza de que la catástrofe pasara de largo. Y sin embargo, para su sorpresa, se enderezó y comprobó cómo sus piernas empezaban a caminar motu proprio. Incluso se le alivió la palpitación de la resaca al concentrarse en un único objetivo: volver al palacio. Regresar a su vida.

—¡Hola! ¡Oiga! ¡Señor! —La voz resonó sobre su cabeza como la llamada de la mala conciencia. Mallory levantó la vista, sobresaltado.

Desde una ventana del tercer piso de Hermanos Jackson, peleteros y sombrereros, sobresalía el cañón negro de un rifle. Tras el arma, Mallory distinguió la calva de un dependiente con gafas que ahora se apoyaba en la ventana abierta y revelaba una camisa a rayas y unos tirantes de color escarlata.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —exclamó Mallory, la frase producto de un mero reflejo.

—¡Gracias, señor! —gritó el dependiente con la voz quebrada—. Señor, ¿podría, por favor, echar un vistazo a nuestra puerta, ahí, justo a un lado, debajo de las escaleras? Creo que... ¡Puede que haya alguien herido!

Mallory agitó una mano a modo de respuesta y se acercó a la puerta de la tienda. Las hojas dobles estaban enteras aunque sí bastante maltratadas, y chorreantes de salpicadura de huevo. Un joven con una blusa rayada de marinero y pantalones sueltos estaba allí tendido con las piernas abiertas, boca abajo. Cerca de su mano había una palanca de hierro forjado.

Mallory cogió al marinero por el hombro de la blusa áspera y le dio la vuelta. Una bala le había atravesado la garganta. Sin duda estaba muerto y se había aplastado la nariz contra el pavimento, lo que daba a su rostro joven y exangüe una forma extraña, como si procediera de algún desconocido país de viajeros albinos.

Se irguió.

—¡Lo ha matado de un tiro! —gritó hacia la ventana. El dependiente, al parecer

muy nervioso, empezó a toser violentamente y no respondió.

Mallory distinguió la culata de madera de una pistola en la faja de nudos del marinero muerto, y la sacó de un tirón. Era un revólver de factura poco habitual, con el grueso cilindro perforado y estriado de un modo harto curioso. El cañón octogonal, bajo el que vio una especie de pistón, apestaba a pólvora negra. Echó un vistazo a la puerta golpeada del peletero. Resultaba evidente que allí se había producido el ataque de un grupo numeroso y empeñado en causar el peor daño posible. Los desgraciados debieron de dispersarse al ser abatido el marinero.

Salió a la carretera y agitó la pistola.

—¡El muy canalla estaba armado! —gritó—. ¡Hizo usted bien en...!

Una bala disparada por el rifle del dependiente impactó contra un escalón de cemento y dejó una muesca blanquecina. El rebote a punto estuvo de acertar a Mallory.

—¡Dios lo confunda, idiota chapucero! —bramó Mallory—. ¡Deténgase en este mismo instante!

Hubo un momento de silencio.

—¡Perdón, señor! —exclamó el hombre.

—¿Qué demonios se cree usted que está haciendo?

—¡Ya he dicho que lo sentía! ¡Pero será mejor que tire esa arma, señor!

—¡Y un cuerno! —rugió Mallory mientras se metía la pistola en la cinturilla de los pantalones. Quería exigir al dependiente que bajara y cubriera con decencia al muerto, pero se lo pensó mejor cuando otras ventanas se abrieron con estrépito y aparecieron cuatro rifles más, dispuestos a defender a los hermanos Jackson.

Mallory se fue retirando al tiempo que mostraba las manos vacías e intentaba sonreír. Cuando la niebla se hubo espesado a su alrededor, se dio la vuelta y echó a correr.

Ahora se movía con más cautela e intentaba mantenerse en el centro de la calle. Descubrió una camisa de batista pisoteada y rasgó una manga ablusada con la pequeña hoja de sierra de su navaja Sheffield. Podía ser una máscara bastante práctica.

Examinó el revólver del marinero y sacó un cartucho ennegrecido del cilindro. Todavía tenía cinco disparos. Era un arma torpe, extranjera, de desigual color azul, aunque el mecanismo parecía haber sido fabricado con cierto grado de precisión. Distinguió «Ballester-Molina» en un sello borroso que había en un lado del cañón octogonal, pero no se veía ninguna otra marca.

Salió a Aldgate High Street y recordó la calle por el paseo que había dado con Hetty desde el muelle del Puente de Londres, aunque se le antojaba si acaso más siniestra y horrible que en plena noche. La chusma no parecía haberla tocado todavía, según el capricho inherente al caos.

El tintineo rítmico de una alarma resonó tras él, entre la niebla. Se hizo a un lado y vio pasar un faetón de bomberos con los rojos laterales maltratados y llenos de muescas. La chusma londinense había atacado con ferocidad a los bomberos, a los únicos hombres y máquinas que se interponían entre la ciudad y un horripilante incendio. Aquello le pareció el colmo de la estupidez y la perversidad, pero por alguna razón no terminó de sorprenderle. Los hombres exhaustos se aferraban a los estribos del faetón. Lucían unas extrañas máscaras de goma con relucientes protectores oculares y tubos con forma de acordeón para respirar. Deseó con todas sus fuerzas disponer de una máscara así, porque los ojos se le nublaban de forma tan dolorosa que debía llevarlos constantemente entrecerrados.

Aldgate dio paso a Fenchurch, luego a Lombard y a Poultry Street, pero todavía se encontraba a kilómetros de su objetivo, si se podía llamar así al palacio de Paleontología. La cabeza le martilleaba y se sentía nadar entre los posos plomizos del güisqui barato y el aire irrespirable. Parecía estar más cerca del Támesis, del que ascendía una mancha húmeda y viscosa que lo ponía enfermo.

En Cheapside habían volcado un ómnibus y le habían prendido fuego con los carbones de su propia caldera. Todas las ventanas del vehículo habían estallado, y de él no quedaba más que una cáscara carbonizada. Mallory deseó fervientemente que no hubiera muerto nadie. Los restos humeantes hedían demasiado como para acercarse siquiera a mirar.

Había gente en el camposanto de San Pablo. El aire parecía allí un tanto más limpio. Se veía la cúpula, y entre los árboles del cementerio se había reunido una multitud de hombres y muchachos. Le resultaba inexplicable, pero aparentaban estar muy animados. Observó asombrado que estaban jugando a los dados con todo descaro en los mismísimos escalones de la obra maestra de Wren.

Un poco más adelante, el propio Cheapside estaba bloqueado por grupos dispersos de jugadores tan impacientes como resueltos. La acera se había llenado de corros de granujas, de hombres arrodillados para proteger sus crecientes apuestas. Los cabecillas del cotarro, chulos que parecían tallados de una sola pieza a partir del hedor coagulado de Londres, gritaban con voz ronca, como los charlatanes de feria, al paso de Mallory.

—¡Un chelín para abrir! ¿Quién tira? ¿Quién va a tirar, muchachos? De los corros dispersos llegaban gritos de triunfo y gruñidos coléricos ahogados por las máscaras.

Por cada hombre que apostaba con valentía había tres tímidos que se limitaban a mirar. Se trataba de una atracción de carnaval, al parecer; un carnaval pestilente y delictivo, pero una típica diversión londinense, al fin y al cabo. No había policía a la vista, ni autoridad, ni decencia. Mallory rodeó con cautela la entusiasmada muchedumbre, con una mano precavida en la culata de la pistola del marinero. En un callejón, dos hombres enmascarados pateaban a un tercero al que luego despojaron de

reloj y cartera. Un grupo de al menos doce personas contemplaba el espectáculo con bien poco interés.

Aquellos londinenses eran como un gas, pensó Mallory, como una nube de átomos diminutos. Rotos los vínculos sociales, se habían limitado a separarse como las esferas gaseosas perfectamente elásticas postuladas por las leyes de Boyle. Por sus ropas, en su mayoría parecían personas bastante respetables, pero ahora se limitaban a mostrarse temerarios, desposeídos por un caos que los había sumido en el vacío moral. La mayor parte, pensó Mallory, jamás había visto nada ni remotamente parecido. Carecían de valores adecuados para juzgar o comparar. Se habían convertido en títeres de sus más básicos impulsos.

Al igual que los miembros de la tribu cheyene de Wyoming que bailaban dominados por el demonio del alcohol, los buenos ciudadanos del Londres civilizado se habían rendido a la locura primitiva. Y por su evidente expresión de dicha, Mallory se dio cuenta de que lo disfrutaban. De que lo disfrutaban muchísimo. Era para ellos un arrebato, una libertad perversa, más perfecta y deseable que cualquier otra que hubieran conocido jamás.

En el límite de la multitud, alguien acababa de pegar una línea de estridentes octavillas en el otrora sacrosanto muro de ladrillo de Paternoster Row. Eran anuncios del tipo más lamentable y ubicuo, de esos que lo perseguían a uno por todo Londres: «Píldoras magnéticas para la cabeza del profesor Renbourne»; «Migas de bacalao Beardsley»; «Tartarlitina de McKesson & Robbins»; «Jabón dentífrico de árnica»... Y algunas octavillas teatrales: «Madame Scapiglioni en el Saville House de Leicester Square», una «Sinfonía de panmelodio en Vauxhall»... Acontecimientos, pensó Mallory, que con toda seguridad nunca se llevarían a cabo, y cuyas hojas sin duda se habían colocado a toda prisa y con descuido, porque habían dejado el papel muy arrugado. La cola fresca chorreaba bajo la propaganda hasta formar riachuelos de limo blanco, una visión que perturbó a Mallory de un modo que no fue capaz de definir.

Pero pegado entre estas octavillas mundanas, como si aquel fuera su sitio por derecho, había un gran tabloide de tres páginas, un objeto del tamaño de una manta para caballos, impreso por máquinas y arrugado debido a la colocación apresurada. De hecho, hasta la tinta parecía húmeda todavía.

Una locura.

Mallory se detuvo en seco ante él, apabullado por sus imágenes toscas y estrafalarias. Estaba elaborado en tres colores: escarlata, negro y un horrendo rosa grisáceo que parecía un revuelto de los otros dos.

Una mujer de color escarlata y con los ojos vendados (¿una diosa de la justicia?), ataviada con una borrosa toga también escarlata, empuñaba una espada escarlata llamada «Ludd» sobre la cabeza rosa grisáceo de dos figuras pintadas de forma bien

burda, un hombre y una mujer que aparecían representados en bustos. ¿Un rey y una reina? ¿Lord y lady Byron, quizá? La diosa escarlata pisoteaba el cuerpo de una gran serpiente de dos cabezas, o un dragón escamoso, cuyo cadáver retorcido se llamaba «Señorías por méritos». Tras la mujer, el contorno de Londres ardía envuelto en vigorosas lenguas de color escarlata, y el cielo que rodeaba las diversas figuras demenciales aparecía preñado de gruesas nubes negras. Tres hombres, clérigos o intelectuales al parecer, colgaban de unas horcas en la esquina superior derecha, y en la izquierda se representaba una abigarrada masa de figuras deformes que gesticulaban y agitaban banderas y picas jacobinas, al tiempo que avanzaban hacia un objetivo desconocido situado bajo la estrella barbuda de un cometa.

Y eso no era ni la mitad. Mallory se frotó los ojos doloridos. La inmensa hoja rectangular hervía de imágenes más pequeñas, como una mesa de billar sembrada de bolas situadas al azar. Allí, un dios enano del viento soplaba una nube llamada «Pestilencia». Allá explotaba una bala de cañón (o una bomba) en pequeños fragmentos puntiagudos, y la explosión derribaba a unos deformes diablillos pequeños y negros. Sobre un ataúd en el que se amontonaban las flores había una soga. Una mujer desnuda se agachaba a los pies de un monstruo, un hombre bien vestido y con cabeza de reptil. Un varón diminuto y tocado con charreteras rezaba sobre una horca mientras el verdugo, un tipo pequeño, encapuchado y remangado manipulaba la soga con gestos bruscos. Más nubes de humo desdibujado, arrojadas sobre la imagen como si fueran cieno, conectaban todo aquello como la masa de un pastel de frutas. Y cerca de la parte inferior se veía un texto, un título escrito en grandes letras mecánicas emborronadas: «¡Las siete maldiciones de la puta de Babilondres!».

Babilondres. ¿Babiqué? ¿Qué «maldiciones», y por qué «siete»? Aquel pliego parecía haber sido compuesto a base de trozos sin sentido de imaginería mecánica. Mallory sabía que los impresores modernos tenían tarjetas perforadas especiales para ellos, chasqueadas para imprimir en bloque imágenes concretas, muy parecidas a los bloques baratos de madera de los viejos pliegos de ciego. En la obra que realizaban las máquinas para los impresos de un penique se podía ver cien veces la misma imagen trillada. Pero allí los colores eran horrendos, las imágenes estaban compuestas sin razón discernible alguna, y lo peor de todo era que el tabloide parecía querer expresar algo que resultaba, por muy titubeantes y convulsas que fueran las formas, incalificable, así de simple.

—¿Ta hablando conmigo? —quiso saber un hombre al lado de Mallory, que dio un pequeño brinco, sobresaltado.

—Nada —murmuró. El hombre se acercó amenazante, hasta colocarse a su lado. Se trataba de un chulo muy alto y demacrado, con un pelo lacio, sucio y amarillo que asomaba bajo una enorme chistera. Estaba borracho, y en sus ojos era posible

adivinar la locura. Sobre el rostro llevaba una máscara de tela con un dibujo punteado. Sus ropas sucias eran casi harapos, salvo los zapatos, que eran robados y estaban nuevos. El chulo apestaba a días de sudor, a abandono, a locura. Entrecerró los ojos para mirar con atención el tabloide y luego volvió a observar a Mallory.

—¿Amigo tuyo, don? —No —dijo Mallory.

—¡Dime lo que significa! —insistió el chulo—. Te oí hablar de eso. ¿A que lo sabes?

La voz aguda del hombre temblaba, y cuando apartó la atención del cartel para mirar otra vez a Mallory, los brillantes ojos que lo acusaban por encima de la máscara parecieron iluminados por un odio animal.

—¡Aléjese de mí! —gritó Mallory.

—¡Blasfemia de Cristo redentor! —vociferó el hombre alto mientras con las manos nudosas sobaba el aire—. Bendita sangre de Cristo que lavó nuestros pecados...

Estiró la mano para atrapar a Mallory, que apartó de un golpe el miembro codicioso.

—¡Mátalo! —sugirió entusiasta una voz anónima. Aquellas palabras regocijadas cargaron el aire sombrío como una mecha. De repente, Mallory y su oponente se encontraron en medio de una multitud. Ya no eran partículas aleatorias, sino el centro de un auténtico problema. El chulo alto, víctima quizá de un empujón por la espalda, tropezó contra Mallory, que a su vez lo dobló por la mitad con un puñetazo en el estómago. Alguien gritó entonces, un sonido agudo y alegre capaz de helar la sangre. Un puñado de barro arrojado por alguien pasó junto a Mallory sin llegar a tocarlo y se estrelló contra la imagen. Como si se tratara de una señal, estalló una repentina barahúnda de chillidos, golpes sordos y puñetazos.

Mallory empujó, maldijo, saltó sobre sus pies pisoteados, arrancó el revólver de la cinturilla, apuntó al aire, apretó el gatillo.

Nada. Un codo le asestó un fuerte golpe en las costillas.

Amartilló el percutor con el pulgar y volvió a apretar. El disparo fue espeluznante, ensordecedor.

En una fracción de segundo el tumulto se disolvió y se alejó de él. Los hombres se arrojaban al suelo, se alejaban en oleadas, se abrían paso como podían con la cabeza por delante, a cuatro patas, sumidos en un ansia absoluta y bestial por huir. Varios fueron pisoteados ante la mirada atónita de Mallory, que se quedó allí pasmado, boquiabierto dentro de su máscara de batista, la pistola todavía inmóvil y sobre la cabeza.

Entró de repente en razón y se retiró. Intentó meterse la pistola en la cinturilla mientras corría, pero vio alarmado que el percutor se había vuelto a amartillar y que la pistola estaba lista para dispararse en cuanto algo tocara el gatillo. Sujetó aquel

objeto traicionero con el brazo extendido y continuó su huida.

Al final se detuvo, asaltado por un fuerte acceso de tos. A su espalda, apagados por la turbia oscuridad de la niebla, se oían disparos sueltos y gritos bestiales de rabia, abandono, alegría.

—Cristo bendito —murmuró Mallory mientras examinaba el mecanismo. Aquel endiablado objeto se había amartillado automáticamente: había canalizado parte del estallido de pólvora hacia el pistón que se encontraba bajo el cañón, lo que volvía a apoyar el cilindro acanalado en un trinquete inmóvil, con lo cual el siguiente cartucho giraba hasta colocarse en su sitio y el percutor se volvía a levantar. Mallory apoyó los dos pulgares contra el percutor y manipuló el gatillo con cuidado, hasta que fue capaz de desarmar el mecanismo. Luego devolvió la pistola a la cinturilla.

Todavía no había dejado atrás la franja de octavillas, que seguían extendiéndose ante sus ojos al parecer en número interminable, pegadas unas tras otras hasta formar una línea irregular. Mallory las siguió por una calle que ahora parecía vacía. De algún lugar lejano le llegaba el ruido de cristales rotos y risotadas juveniles.

«Se hacen llaves secretas, baratas», rezaba una de las octavillas. «Bonitos impermeables para la India y las colonias». «Se necesitan aprendices de química y farmacia».

Algo más adelante oyó el suave traqueteo de unos cascos lentos, el chirrido de un eje. Surgió entonces de la bruma el carromato del pegacarteles. Era un coche alto y negro, en cuyos inmensos laterales se habían montado grandes y llamativos carteles. Un tipo enmascarado, vestido con una gabardina gris abierta, apretaba un cartel encolado contra la pared. El muro estaba protegido por una alta verja de hierro situada a metro y medio de la fachada, pero eso no representaba ningún problema para el pegacarteles, que disponía de un mecanismo rodante especial instalado sobre una suerte de palo largo de escoba.

Mallory se aproximó un poco para mirar. El pegacarteles no levantó la mirada, había llegado a un momento crucial de su trabajo. Al cartel en sí, que iba bien envuelto en un rodillo de goma negra, se le apretaba y hacía rodar, de abajo arriba, contra la pared. En ese mismo instante, el hombre apretaba con dedos hábiles un pistón de mano en el mango del mecanismo y disparaba un chorro de pasta grumosa desde unas espitas gemelas sujetas a los extremos del rodillo. Otra pasada hacia abajo para completar el encolado, y el trabajo había terminado.

Mallory se acercó un poco más y examinó el cartel, que ensalzaba y mostraba con un grabado mecánico los efectos embellecedores del jabón para tez clara de Colgate.

El pegacarteles y su carromato continuaron su camino. Mallory lo siguió. El hombre reparó en la atención que le dispensaban y pareció molestarse un poco, porque murmuró algo al conductor y el carromato aceleró y le ganó un buen trecho.

Mallory lo siguió con discreción. El carromato se detuvo entonces en una esquina

de Fleet Street, donde las vallas alojaban, por tradición, los grandes carteles que anunciaban los periódicos de la ciudad. Pero allí estaban pegando con todo descaro un cartel sobre la superficie del Morning Clarion, y luego otro, y otro más.

Esta vez se trataba de más octavillas teatrales. «El Dr. Benet de París» iba a dar una conferencia sobre «el valor terapéutico del sueño acuático». «La sociedad Chautaqua del Falansterio de Susquehanna» presentaría un simposio sobre «la filosofía social del difunto doctor Coleridge», y una «conferencia científica con quinotropía» que presentaría «el Dr. Edward Mallory».

Mallory se detuvo y sonrió tras la máscara. ¡«Edward Mallory»! Tenía que admitir que el nombre tenía muy buena pinta con aquella letra gótica mecánica de ochenta puntos. Era una pena que el discurso no pudiera llevarse a cabo, pero estaba claro que Huxley, o con toda probabilidad uno de los miembros de su personal, había solicitado los carteles con gran antelación y nadie los había anulado.

Una lástima, pensó mientras observaba con un recién hallado cariño protector el carromato que se alejaba. «Edward Mallory». Le hubiera gustado quedarse con el cartel de recuerdo y, de hecho, pensó en despegarlo, pero los pegotes de engrudo lo disuadieron.

Miró con más atención, con la esperanza de aprenderse el texto de memoria. Si se miraba bien, la impresión no era todo lo que podría haber sido. En algunos sitios las letras negras tenían los bordes emborronados de pintura escarlata, como si los pernos de impresión se hubieran empapado en tinta roja y luego no los hubieran limpiado bien.

«El Museo de Geología práctica, en Jermyn Street, tiene el honor de presentar ante el público de Londres, en dos únicas funciones, al Dr. Edward Mallory. El doctor Mallory, M. R. S., M. R. S. G., explicará la apasionante historia del descubrimiento del famoso Leviatán Terrestre en el salvaje Wyoming; sus teorías sobre su entorno, costumbres y sustento; sus encuentros con los salvajes indios cheyenes, donde detallará la melancolía y el atroz asesinato de su rival más directo, el difunto profesor Rudwich; los secretos del juego profesional, en concreto los de los garitos de carreras de ratas, que se impartirán a aquellos que deseen conocer la técnica de las apuestas, a lo que seguirá la sensualísima danza de los siete velos interpretada por varias de las señoritas Mallory, que además realizarán un relato franco de sus variadas primeras experiencias en el arte del amor; solo se permitirá la entrada a caballeros; precio 2/6. La función irá acompañada por la quinotropía avanzada del señor Keets».

Mallory apretó los dientes y echó a correr. Se adelantó al carromato, que ahora avanzaba al paso, y sujetó las bridas de la mula con las dos manos. El animal se detuvo con un bufido y un tropezón. Tenía la mugrienta cabeza envuelta en una máscara de lona que alguien había improvisado con una bolsa de pienso.

El cochero emitió un gañido detrás del tapabocas manchado de hollín. Saltó del

pescante de madera y aterrizó tambaleante, blandiendo una porra de nogal.

—¡Eh! ¡Para! —exclamó—. Déjate de tonterías, muchacho, y lárgate ahora mismo... —Su voz se fue apagando cuando midió con la mirada a Mallory. Se golpeó la palma callosa con la porra en un intento por parecer amenazador.

El segundo pegacarteles llegó corriendo desde detrás del carromato para reunirse con su amigo. Empuñaba el utensilio de mango largo como si fuese una horca.

—Largo de aquí, señor —sugirió el cochero—, que a usté no le estamos haciendo na.

—¡Desde luego que sí! —bramó Mallory—. ¿Dónde obtuvisteis esos carteles, canallas? ¡Decídmelo de inmediato!

El más alto sacudió con gesto desafiante el rodillo manchado de engrudo ante la cara de Mallory.

—¡Hoy, Londres está abierto de par en par! ¿Quié pelearse por dónde pegamos nuestros papeles? ¡Pues solo tiene que ponernos a prueba!

Uno de los grandes anuncios en un costado del carromato se abrió de repente sobre chirriantes goznes de latón. Al parecer era la puerta del carruaje, de la que salió de un salto un hombre pequeño y fornido que empezaba a quedarse calvo. Vestía una pulcra chaqueta de tiro roja y pantalones de cuadros metidos dentro de unas botas de caminar de charol. Llevaba la cabeza desnuda y el rostro era redondo y colorado, sin máscara; para asombro de Mallory, fumaba una gran pipa que humeaba de un modo infame.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó con suavidad.

—¡Un rufián, señor! —declaró el cochero—. ¡Un maleante, un matón enviado por Patas de Pavo!

—¿Qué, él na más? —replicó el forzudo enarcando las cejas con gesto burlón —.No lo creo. —Miró a Mallory de arriba abajo—. ¿Sabes quién soy, hijo?

—No —admitió Mallory—. ¿Quién es usted?

—¡Soy el caballero al que llaman rey de los pegacarteles, muchacho! ¡Si no sabes eso, tienes que ser un auténtico novato en este negocio!

—No estoy en su negocio. ¡Yo, señor, soy el doctor Edward Mallory! El forzudo se cruzó de brazos y se meció un poco sobre los talones.

—¿Y?

—¡Usted acaba de pegar un cartel que me difama de forma escandalosa!

—¡Ah! —dijo el rey—. Así que ahí es donde le duele, ¿no? —Esbozó una sonrisa de evidente alivio—. Bueno, eso no tiene nada que ver conmigo, doctor Edward Mallory. Yo solo los pego, no los imprimo. No respondo de ellos.

—¡Bueno, pues no va a colocar ninguno más de esos detestables libelos! —exclamó Mallory—. ¡Quiero todos los demás, y exijo saber dónde los obtuvo! El rey tranquilizó a sus dos furiosos secuaces con un movimiento majestuoso de la mano.

—Soy un hombre muy ocupado, doctor Mallory. Si tuviese la amabilidad de entrar en mi carromato y hablar conmigo como un caballero razonable, entonces quizás escuche, pero no tengo tiempo ni para bravatas ni para amenazas. —Clavó en Mallory la intensa mirada bizca de sus ojitos azules.

—Bueno... —soltó Mallory desconcertado. Aunque sabía que estaba en su derecho, la serena réplica del rey había desbravado su ataque de indignación. De repente se sintió un poco absurdo, y por alguna razón fuera de su elemento—. Desde luego —murmuró—. Muy bien.

—De acuerdo. Tom, Jemmy, volvemos al trabajo. —El rey se subió con habilidad a su carromato.

Mallory, después de dudar un momento, lo siguió y subió al cuerpo de aquel extraño carruaje. No había asientos en el interior, sino que de un costado a otro el suelo estaba lleno de hoyuelos y tapizado por una gruesa cubierta granate, como una otomana. Forraban las paredes unos casilleros inclinados de madera barnizada atestados de carteles bien enrollados. Se había abierto en el techo una gran trampilla que dejaba entrar una luz sombría. Apestaba a engrudo y a tabaco picado barato.

El rey se espatarró con toda tranquilidad y se apoyó en un grueso almohadón copetudo. La mula rebuznó bajo el chasquido del látigo y el carromato, tras una sacudida, empezó a moverse con pereza y el chirrido de las ruedas.

—¿Ginebra y agua? —ofreció el rey mientras abría un armarito.

—Solo agua, si es tan amable —dijo Mallory.

—Pues que sea agua sola. —La sirvió de una jarra de loza en un tazón de hojalata. Mallory se bajó la deshilachada máscara por debajo de la barbilla y bebió. Estaba muerto de sed.

El rey sirvió a Mallory una segunda ronda, y luego una tercera.

—¿Quizá un sabroso chorrito de limón para acompañar? —Le guiñó un ojo—. Espero que conozca sus límites.

Mallory se aclaró la garganta viscosa.

—Es usted muy amable.

Era una sensación extraña: se sentía desnudo sin la máscara, y aquella muestra de cortesía dentro del carromato del rey, junto con el tufo químico de la cola, casi peor que el del Támesis, lo había mareado bastante.

—Lamento si yo..., bueno, si le parecí un poco brusco antes.

—Bueno, son los chicos, ya sabe —respondió el rey con sumo tacto—. Un tipo tiene que estar preparado para manejar los puños en el negocio de los carteles. Ayer, precisamente, mis muchachos tuvieron que dar una buena paliza al viejo Patas de Pavo y a sus muchachos por unos espacios dentro de Trafalgar Square. —El rey sorbió por la nariz con ademán desdeñoso.

—Yo también he sufrido algunos problemas graves durante esta emergencia —

explicó Mallory con la voz ronca—. Pero, básicamente, soy un hombre razonable, señor. Muy racional, no soy de los que buscan problemas. No debe pensar eso.

El rey asintió con gesto cómplice.

—Nunca he visto a Patas de Pavo contratar a un estudioso como matón. Por su ropa y sus modales supongo que es usted un intelectual, señor.

—Es usted muy perspicaz.

—Me gusta pensar que sí —admitió el rey—. Así que ahora que hemos aclarado ese tema, quizá quiera informarme sobre esa queja que parece tener.

—Esos carteles que ha pegado son falsificaciones —explicó Mallory—. Y calumnias. Desde luego, no son legales.

—Como ya le he explicado antes, eso no es asunto mío —replicó el rey—. Déjeme contarle unas cuantas cosas sobre este negocio, con toda franqueza. Por encolar cien láminas de veinte por treinta espero obtener una libra y un chelín, es decir, dos peniques y seis décimas por lámina. Digamos tres peniques, para redondear. Pues bien: si usted quisiese adquirir algunos de mis carteles a ese precio, yo estaría dispuesto a hablar de negocios.

—¿Dónde están? —preguntó Mallory.

—Si quisiera echar un vistazo entre los casilleros para buscar los objetos en cuestión, le estaría muy agradecido.

Cuando los empleados se detuvieron para pegar más carteles Mallory empezó a rebuscar entre la mercancía. Los carteles estaban envueltos en gruesos rollos perforados y bien ordenados, densos y pesados como cachiporras.

El rey pasó al conductor un rollo a través de la trampilla. Luego vació pacíficamente los restos de su pipa de espuma de mar, la rellenó con el contenido de un basto cucurucho de papel y la encendió con una yesca alemana. Expelió una nube pestilente con todo el aspecto de estar muy satisfecho.

—Aquí están —dijo Mallory. Sacó la lámina exterior del rollo y la abrió dentro del carromato—. Eche un vistazo a esta abominación, ¿quiere? ¡Al principio tiene un aspecto espléndido, pero el texto es indignante, una obscenidad!

—Rollo estándar de cuarenta. Seis chelines justos.

—¡Lea esto —dijo Mallory—, donde prácticamente me acusan de asesinato!

El rey, muy cortés, volvió la mirada hacia la lámina. Movía los labios mientras se esforzaba por descifrar el título.

—Ma Lorry —dijo por fin—. La función de la madre de Lorry, ¿no?

—Mallory, ¡así me llamo!

—Es una semilámina teatral, sin ilustraciones —dijo el rey—. Un poco emborronada... Ah, sí, ya me acuerdo. —Echó una bocanada de humo—. Debería haber sabido que nada bueno podía salir de este pedido. Claro, que el granuja me pagó por adelantado...

—¿Quién? ¿A quién?

—Allá abajo, en Limehouse, en los muelles de las Indias Orientales —indicó el rey—. Menudo alboroto hay por esos lares, doctor Mallory. Desde ayer, los granujas andan pegando carteles nuevecitos en toda pared y valla que ven. Mis muchachos estaban listos para armar un poco de jaleo por esa usurpación, hasta que el capitán Swing, así es como se hace llamar, creyó conveniente contratar nuestros servicios.

Las axilas de Mallory empezaron a sudar.

—El capitán Swing, ¿eh?

—A juzgar por su ropa, es de los que van a las carreras —dijo el rey con tono alegre—. Bajo, pelirrojo, bizco, tenía un bulto en la cabeza, justo aquí. Y más loco que una cabra, debería añadir. Pero bastante educado: no pretendía crear ningún tipo de problema en el negocio de los carteles una vez que se le explicó el funcionamiento habitual. Y llevaba encima todo un muestrario de dinero en efectivo.

—¡Conozco a ese hombre! —exclamó Mallory con voz trémula—. Es un violento conspirador ludita... ¡Bien podría ser el hombre más peligroso de Inglaterra!

—No me diga —gruñó el rey. —¡Es una grave amenaza para la seguridad pública! —El tipo no parecía gran cosa —dijo el rey—. Un chavalito gracioso. Llevaba anteojos y hablaba solo.

—Ese hombre es un enemigo del reino, ¡un agitador de lo más siniestro!

—A mí no es que me guste mucho la política —respondió el rey mientras se

chaba hacia atrás con toda tranquilidad—. La ley reguladora de la colocación de carteles, mira tú qué política, ¡es de idiotas! Esa puñetera norma es de lo más rígida cuando señala dónde se pueden pegar los carteles. Déjeme decirle, doctor Mallory, que yo conozco en persona al diputado que consiguió que se aprobase esa ley en el Parlamento, porque a mí me contrataron para su campaña electoral. A él sí que no le importaba dónde se ponían sus carteles. Todo estaba muy bien... ¡siempre que fueran sus carteles y no los de otros!

—¡Dios mío! —lo interrumpió Mallory—. Y pensar que ese malvado anda suelto por Londres, y con dinero de Dios sabe qué fuentes, fomentando disturbios y rebeliones durante una emergencia pública... ¡Y además controla una imprenta impulsada por máquinas! ¡Es una pesadilla! ¡Horrible!

—Por favor, no se inquiete, doctor Mallory —lo riñó el rey con dulzura—. Mi querido y anciano padre, Dios lo tenga en su gloria, solía decirme: «cuando todos los que te rodean empiecen a perder la cabeza, hijo, tú solo recuerda una cosa: sigue habiendo veinte chelines en una libra».

—Puede ser —respondió Mallory—, pero...

—¡Mi querido padre pegó carteles en la Época de los Problemas! Allá por los años treinta, cuando la caballería cargaba contra los trabajadores, y el viejo nariz ganchuda de Wellington consiguió que lo volaran por los aires. Tiempos duros de

verdad, señor, ¡mucho más duros que estos tiempos modernos, tan blandos, por un hedor de nada! ¿Llaman a esto una emergencia? Bueno, pues yo lo llamo oportunidad, y se acabó.

—Usted no parece comprender la gravedad de esta crisis —dijo Mallory.

—¡La Época de los Problemas, que fue cuando se imprimieron las primeras láminas de veinte por treinta de cuatro hojas! El gobierno tory pagaba a mi anciano padre, mi padre era pertiguero y pegacarteles de la parroquia de San Andrés, en Holborn, para que cubriera de negro los carteles radicales. Tenía que contratar mujeres para que lo hicieran, porque había muchísima demanda. ¡De día cubría de negro los carteles de los radicales y por la noche pegaba otros nuevos! No vea la cantidad de oportunidades que hay con las revoluciones.

Mallory suspiró.

—Mi padre inventó el aparato que llamamos articulación extensible de encolado patentada, al que yo mismo he añadido unas cuantas mejoras mecánicas. Sirve para pegar carteles en la parte inferior de los puentes, para el comercio marítimo. En mi familia somos un linaje emprendedor, señor. No es tan fácil desconcertarnos.

—Para lo que le va a servir cuando Londres quede reducido a cenizas... —dijo Mallory—. ¡Pero bueno, si está usted ayudando a ese canalla en sus intrigas anarquistas!

—Yo diría que lo ha entendido usted al revés, doctor Mallory —lo reconvino el rey con una extraña risita—. La última vez que lo vi, era él quien me metía dinero en los bolsillos a mí, no yo a él. Y ahora que lo pienso, ha puesto bajo mi tutela cierto número de carteles, los de la fila de arriba... Aquí. —El rey se levantó, bajó los documentos de un tirón y los tiró al suelo acolchado—. ¡Verá, señor, la verdad es que me importan un pimiento las tonterías que se farfullen en estos carteles! La verdad secreta es que los carteles son interminables por naturaleza, regulares como las mareas del Támesis o el humo de Londres. Los auténticos hijos de Londres la llaman «El Humo», ya sabe. Es una ciudad eterna, como esa Jerusalén, o Roma, o, como algunos dirían, el pandemonio de Satán. Usted no ve al rey de los pegacarteles preocupado por la ahumada Londres, ¿a que no? ¡Ni una pizca!

—¡Pero la gente ha huido!

—Una necedad pasajera. Volverán todos —afirmó el rey con una confianza sublime—. Pero bueno, si no tienen ningún otro sitio a donde ir... Esto es el centro del mundo, señor.

Mallory se quedó callado.

—Bueno, señor —proclamó el rey—, si quiere mi consejo, debería gastarse seis chelines en ese rollo de carteles que tiene en la mano. Y oiga, por una libra justa le doy estos otros carteles mal impresos de nuestro amigo el capitán Swing. Veinte simples chelines y puede dejar estas calles y descansar en la paz y tranquilidad de su

casa.

—Algunos de estos carteles ya se han pegado —dijo Mallory.

—Podría hacer que los chicos los cubrieran de negro, o que les pegaran algo encima —reflexionó el rey—. Si estuviera usted dispuesto a compensárselo con generosidad, por supuesto.

—¿Pondría eso fin al asunto? —preguntó Mallory mientras sacaba la billetera—. Lo dudo.

—Le pondría mejor fin del que puede usted darle con esa pistola que veo asomar por la cintura del pantalón —dijo el rey—. Ese es un aderezo que no dice mucho de un caballero y erudito como usted.

Mallory guardó silencio.

—Acepte mi consejo, doctor Mallory, y guarde esa arma antes de que se haga usted daño. Estoy convencido que podría haber herido a uno de mis muchachos si yo no hubiese visto la pistola por la mirilla y no hubiese salido a arreglar las cosas. Váyase a casa, señor, e intente calmarse.

—¿Y por qué no está usted en casa, si tan en serio ofrece ese consejo?

—Pues porque esta es mi casa, señor —respondió el rey. Se metió el dinero de Mallory en la chaqueta de tiro—. Cuando hace bueno, la parienta y yo cenamos aquí dentro y hablamos de los viejos tiempos. Y de paredes, diques y vallas.

—No tengo hogar alguno en Londres, y, de todos modos, el trabajo exige mi presencia en Kensington —dijo Mallory.

—Eso está muy lejos, doctor.

—Sí, así es —admitió Mallory tirándose de la barba—. Pero se me ocurre que hay un buen número de museos y palacios en Kensington que jamás han sido tocados por anuncio de papel alguno.

—¿De veras? —dijo el rey pensativo—. Cuénteme.

Mallory se despidió del rey a más de un kilómetro del Palacio de Paleontología; era incapaz de seguir aguantando los vapores del engrudo, y los bandazos del carromato lo habían dejado completamente mareado. Se alejó tambaleándose, con los pesados carteles difamatorios y anarquistas apiñados torpemente bajo los brazos sudados. Tras él, Jemmy y Tom se pusieron a encolar con entusiasmo los ladrillos vírgenes del Palacio de Economía Política.

Apoyó los rollos en una farola recargada y volvió a atarse la máscara de tela sobre la nariz y la boca. La cabeza le daba vueltas de una forma impía. Quizá, pensó, esa cola para los carteles contuviera algo de arsénico, o la tinta algún potente y nauseabundo derivado del carbón, porque se sentía envenenado, débil hasta la médula. Cuando volvió a cargar con los carteles, el papel se arrugó entre sus manos sudadas como la piel que se desprende del ahogado.

Al parecer había frustrado uno de los ataques lanzados por la maligna hidra del ojeador, pero este triunfo menor se le antojaba minúsculo comparado con las reservas aparentemente interminables de perversa inventiva de aquel maleante. Mallory trastabillaba en la noche mientras unos colmillos crueles e invisibles lo desgarraban a voluntad.

No obstante, había descubierto una pista clave: ¡el ojeador se ocultaba en los muelles de las Indias Orientales! Estar tan cerca de poder enfrentarse a aquel canalla, y sin embargo tan lejos, bastaba para volver loco a cualquiera.

Dio un fuerte tropezón con un terrón resbaladizo de estiércol de caballo y se echó los rollos sobre el hombro derecho, en un montón inestable. Era una fantasía inútil imaginar que se enfrentaba al ojeador solo, sin ayuda, cuando aquel hombre se hallaba a kilómetros de distancia, al otro lado del caos de Londres. Ya casi había llegado al palacio, aunque había tenido que darlo prácticamente todo para conseguirlo.

Se obligó a concentrarse en los asuntos que tenía entre manos. Se llevaría los condenados carteles a la caja fuerte del palacio. Quizá tuvieran alguna utilidad como prueba algún día, y podrían ocupar el lugar del reloj de boda de Madeline. Cogería el reloj, encontraría un modo de huir de aquel Londres maldito y se reuniría con su familia, como hacía tiempo debería haber hecho. En el verde Sussex, en el seno de su viejo y querido clan, como diría cualquier hombre de la región, encontraría tranquilidad, sensatez y un lugar seguro. Los engranajes de su vida volverían a ajustarse una vez más.

Se le escaparon de las manos los rollos de papel, que cayeron al asfalto en caótica cascada. Uno de ellos le propinó un buen golpe en la espinilla. Los recogió con un gruñido y probó con el otro hombro.

Bajo la rancia neblina de Knightsbridge avanzaba por la carretera algún tipo de desfile. Fantasmales, desdibujados por la distancia y el hedor, parecían ser los faetones del Ejército, aquellos monstruos rechonchos y odiados de la Guerra de Crimea. La niebla amortiguaba los densos resoplidos y el tintineo repetitivo del hierro articulado. Fueron pasando uno tras otro bajo la atenta mirada de Mallory, que se había quedado muy quieto, aferrado a su carga. Cada faetón tiraba de un cajón articulado unido por eslabones. Los carros parecían ser cañones cubiertos por lonas. Sus dotaciones, soldados de infantería ataviados con ropas del mismo color que estos lienzos, viajaban sobre las piezas apiñados como percebes, formando una capa erizada de bayonetas caladas. Había al menos una docena de faetones de guerra, es posible que una veintena. Mallory, perplejo e incrédulo, se frotó los ojos cansados.

En Brompton Concourse vio tres figuras con máscaras y sombreros que se escabullían sin hacer ruido de un edificio con la puerta rota, pero ninguno mostró intención de molestarlo.

Alguna autoridad civil había erigido barricadas de caballete ante la entrada del Palacio de Paleontología, pero nadie las atendía. Bastaba con pasar por delante y subir la escalinata de piedra humedecida por la niebla que conducía a la entrada principal. Las magníficas puertas de dos hojas estaban bien cubiertas por una mortaja de lona húmeda que colgaba del arco de ladrillo hasta las mismas losas. La tela era gruesa, estaba empapada y olía a cloruro de cal. Tras ella, las puertas del palacio se hallaban entreabiertas. Mallory entró con cuidado.

En el vestíbulo, varios sirvientes cubrían los muebles y la sala con finas sábanas blancas de muselina. Otros, un grupo bastante peculiar, barrían, fregaban y frotaban con empeño las cornisas con largos plumeros articulados. Varias mujeres londinenses y un gran número de niños de todas las edades se afanaban ataviados con delantales de limpieza que habían tomado prestados en el palacio, con expresión nerviosa pero eufórica.

Mallory se dio cuenta al fin que aquellos extraños debían de ser las familias del personal del palacio que habían venido a buscar refugio y seguridad en el interior del edifico público más magnífico que conocían. Y alguien (Kelly el mayordomo, era de suponer, con la ayuda de los intelectuales que todavía quedaran en las instalaciones) había organizado con valentía a los refugiados.

Se dirigió al mostrador del vestíbulo arrastrando su carga de papel. Comprendió que aquella era gente robusta, de clase trabajadora. Su posición en el mundo quizá fuera humilde, pero eran británicos hasta la médula. No se habían dejado amedrentar, habían acudido en defensa de su institución científica y de los valores civiles de la ley y la propiedad. El paleontólogo comprendió, con una oleada de alivio patriótico que le llenó de ánimo el corazón, que aquella tambaleante locura caótica había llegado a su límite. ¡Dentro de aquel torbellino indeciso había surgido un núcleo de orden espontáneo! Todo cambiaría a partir de entonces, como un cieno turbio que fuera cristalizando.

Tiró su odiada carga tras el mostrador desierto del vestíbulo. En una esquina chasqueaba a golpes un telégrafo cuya cinta perforada se iba desenrollando a trompicones por el suelo. Mallory contempló este pequeño pero significativo milagro y suspiró como un buceador que acabara de subir a la superficie.

El aire del palacio tenía un marcado olor a desinfectante, pero resultaba maravilloso y respirable. Se quitó la mugrienta máscara de la cara y se la metió en un bolsillo. En algún lugar de aquel bendito refugio, pensó, podría encontrar comida. Quizá una jofaina y jabón, y polvos de sulfuro para las pulgas que llevaban desde la mañana arrastrándose por la cinturilla de su pantalón. Huevos. Jamón. Un buen vino reconstituyente. Sellos de correos, lavanderas, limpiabotas... Toda esa milagrosa red concatenada de la civilización.

Un extraño cruzó con paso firme el vestíbulo en su dirección: un soldado

británico, un subalterno de Artillería ataviado con un elegante equipo de gala. Vestía una casaca azul cruzada en la que brillaban los galones, botones de latón y charreteras trenzadas doradas. Los impecables pantalones tenían una franja roja militar. Llevaba una gorra redonda con galones dorados, y una pistolera sujeta a la pulcra cinturilla del pantalón. Con los hombros cuadrados, la espalda recta y la cabeza alta, aquel atractivo joven se aproximaba al paleontólogo con una expresión firme y decidida. Mallory se irguió de inmediato, desconcertado, incluso un poco avergonzado al comparar su atuendo civil arrugado y manchado de sudor con aquel fresco epítome de las virtudes militares.

Y entonces, con un sobresalto, cayó en la cuenta de quién era.

—¡Brian! —gritó—. ¡Brian, muchacho!

El soldado aceleró el paso.

—Ned, vaya, ¿eres tú? —dijo el hermano de Mallory mientras una tierna sonrisa dividía su barba recién adquirida en Crimea. Cogió la mano de Mallory entre las suyas y la estrechó efusivamente, con un sólido apretón.

Mallory observó con sorpresa y placer que la disciplina militar y la dieta científica habían sumado centímetros y kilos al cuerpo del muchacho. Brian, el sexto hijo de la familia, siempre había parecido un poco callado y tímido, pero ahora el hermanito de Mallory se alzaba casi dos metros sobre sus botas militares, y en sus ojos azules se adivinaba la expresión de un hombre que ha visto mundo.

—Te hemos estado esperando, Ned —dijo Brian. La energía de su voz se había diluido un poco; algún antiguo hábito le devolvía el tono que recordaba de su infancia. Para Mallory se trataba del eco lastimero de un profundo recuerdo: las exigencias que una caterva de hermanos pequeños hacía a su hermano mayor. Pero de algún modo esta llamada familiar, lejos de fatigarlo o cargarlo, lo impulsó de inmediato a recobrar sus fuerzas cerebrales. La confusión se desvaneció como una bruma y se sintió más fuerte, más capaz; la presencia del joven Brian le había recordado a sí mismo.

—¡Maldita sea, cómo me alegro de verte! —estalló.

—Me alegro de que por fin hayas vuelto —dijo Brian—. Oímos hablar del incendio de tu habitación y luego te desvaneciste por Londres. ¡Nadie sabía dónde! ¡Tom y yo estábamos hechos un lío!

—¿Así que Tom también está aquí?

—Vinimos los dos a Londres en su pequeño faetón —explicó Brian. Su expresión se derrumbó—. Con malas noticias, Ned, y no hay otra forma de contártelas, salvo cara a cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Mallory preparándose para lo peor—. ¿Es... es papá?

—No, Ned. Papá está bien. O tan bien como es posible en estos días. ¡Es la pobre Madeline!

Mallory gimió.

—La futura esposa no... ¿Qué sucede ahora?

—Bueno, tiene que ver con mi compañero, Jerry Rawlings —murmuró Brian mientras cuadraba las charreteras de los hombros con una expresión avergonzada—. Jerry quería hacer las cosas como es debido con nuestra Madeline, Ned, porque siempre hablaba de ella, y llevó una vida muy limpia por ella. Pero es que ha recibido una carta en casa, Ned, ¡una cosa vil y horrenda! ¡Le ha destrozado el corazón!

—¿Qué carta, por el amor de Dios?

—Bueno, no estaba firmada, solo indicaba «Uno que lo sabe», pero quien la escribió sabía mucho de nosotros, es decir, de la familia, todas nuestras pequeñas cosas, y decía que Madeline había... Que no había sido casta. Solo que con peores palabras.

Mallory sintió que una oleada de furia salvaje le subía hasta la cara.

—Entiendo —replicó con voz baja y estrangulada—. Continúa.

—Bueno, el compromiso está roto, como podrás suponer. La pobre Maddy está sufriendo como nunca hasta ahora. Quiso hacerse daño, y ahora no hace nada sino sentarse sola en la cocina y llorar a mares. Mallory se quedó callado mientras su mente procesaba la información de Brian.

—He estado fuera mucho tiempo, en India y Crimea —siguió Brian con voz baja y titubeante—, y no sé muy bien cómo están las cosas. Dime la verdad: tú no crees que haya nada de cierto en lo que ese malvado chismoso le contó a Jerry, ¿no es así?

—¿Qué? ¿Nuestra Madeline? ¡Por Dios, Brian, es una Mallory! —El paleontólogo dio un puñetazo en el mostrador—. No, es una infamia. ¡Un ataque vil y deliberado contra el honor de nuestra familia!

—¿Cómo...? ¿Por qué nos harían algo así, Ned? —preguntó Brian con una extraña expresión de furia lastimera.

—Sé por qué se hizo... y conozco al villano responsable. Brian abrió los ojos como platos.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es el tipo que me quemó la habitación. ¡Y sé dónde se oculta en este mismo instante! Brian lo miró asombrado y silencioso.

—Lo convertí en mi enemigo a causa de un oscuro asunto de Estado —explicó Mallory midiendo las palabras—. Ahora soy un hombre con cierta influencia, Brian, ¡y he descubierto intrigas mudas y secretas que un hombre como tú, un honesto soldado de la Corona, apenas podría creer!

Brian negó lentamente con la cabeza.

—En la India he visto cometer vilezas paganas que pondrían enfermo a un hombre recio —dijo—. ¡Pero ver que se hace en Inglaterra resulta más de lo que puedo soportar! —Se mesó el bigote, un gesto que Mallory encontró extrañamente

familiar—. Sabía que hacíamos bien al acudir a ti, Ned. Siempre pareces ver a través de las cosas, de un modo como nadie es capaz. ¡Continúa, entonces! ¿Cómo resolvemos este horrendo asunto? ¿Qué podemos hacer?

—Esa pistola que llevas en el cinturón, ¿funciona bien? Los ojos de Brian resplandecieron.

—¡La verdad sea dicha, no es reglamentaria! Un trofeo de guerra que le quité a un oficial zarista muerto... —Empezó a desabrochar la solapa de la pistolera.

Mallory se apresuró a sacudir la cabeza y mirar a su alrededor.

—¿No tienes miedo de utilizar tu pistola de ser necesario?

—¿Miedo? —se indignó Brian—. Si no fueras un civil, Ned, podría tomarme a mal esa pregunta.

Mallory se lo quedó mirando.

La mirada audaz de Brian aguantó la de su hermano mayor.

—Es por la familia, ¿no? Por eso luchamos contra los ruskis, por los que dejábamos en casa.

—¿Dónde está Thomas?

—Está comiendo en... Bueno, te lo mostraré.

Brian lo guió al salón del palacio. El recinto de los estudiosos estaba abarrotado de comensales ruidosos que no dejaban de parlotear, miembros de la clase trabajadora en su mayor parte, que engullían patatas servidas en la porcelana del palacio como si nunca hubieran probado bocado. El joven Tom Mallory, con un atavío bastante llamativo de chaqueta corta de lino y pantalones de cuadros, se sentaba a una mesa con alguien más. Ante él tenía los restos de un pescado frito y una limonada.

El otro hombre era Ebenezer Fraser.

—¡Ned! —exclamó Tom—. ¡Sabía que vendrías! —Se levantó y fue a buscar otra silla—. ¡Siéntate con nosotros, siéntate! Aquí tu amigo, el señor Fraser, ha tenido la amabilidad de invitarnos a comer.

—¿Y cómo está usted, doctor Mallory? —inquirió Fraser con tono sombrío.

—Un poco cansado —respondió Mallory mientras se sentaba—, pero nada que no arregle un poco de comida y un ponche de coñac. ¿Cómo está usted, Fraser? Bastante recuperado, espero... —Luego bajó la voz—. ¿Y qué serie de inteligentes tonterías les ha estado contando a mis pobres hermanitos, si es tan amable?

Fraser no respondió.

—El sargento Fraser es un policía de Londres —explicó Mallory—. De esos que llevan faroles oscuros.

—¿De veras? —espetó Tom con alarma.

Un camarero se abrió camino hasta su mesa. Era uno de los miembros habituales del personal, y en su expresión se percibían la tensión y la disculpa.

—Doctor Mallory... La despensa del palacio se halla un poco desprovista, señor.

Un sencillo pescado con patatas sería lo más conveniente, señor, si no le importa.

—Me parece bien. Y si pudiera mezclarme un ponche de coñac... Bueno, no importa. Tráigame café. Fuerte y solo.

Fraser observó la partida del camarero con melancólica paciencia.

—Debe de haber tenido una noche de lo más animada —comentó Fraser cuando el hombre se alejó lo suficiente para no oírlos. Tanto Tom como Brian miraban ahora a Fraser con inédita suspicacia y una punzada de resentimiento.

—He descubierto que el ojeador, es decir, el capitán Swing, se ha ocultado en los muelles de las Indias Orientales —dijo Mallory—. ¡Está intentando incitar al pueblo hacia una insurrección general!

Fraser frunció los labios.

—Tiene una prensa impulsada por máquinas y una recua de cómplices. Imprime documentos sediciosos por decenas, ¡por centenares! ¡Esta mañana confisqué unas cuantas muestras que resultan obscenas, calumniosas! ¡Porquería ludita!

—Ha trabajado usted mucho. Mallory bufó.

—Y dentro de un momento estaré mucho más ocupado, Fraser. ¡Pienso ir a buscar a ese desgraciado y poner fin de una vez a todo esto! Brian se inclinó hacia delante.

—Entonces fue ese tal «capitán Swing» quien escribió esas calumnias contra nuestra Maddy, ¿no?

—Sí. Tom se irguió en la silla, entusiasmado.

—Los muelles de las Indias Orientales... ¿Y eso dónde está?

—Abajo, por Limehouse Reach, al otro lado de Londres —dijo Fraser.

—Eso me importa un pepino —se apresuró a decir Tom—. ¡Tengo mi Céfiro! Mallory se quedó sorprendido.

—¿Te has traído el bólido de la Hermandad? Tom negó con la cabeza.

—¡No ese viejo armatoste, Ned, sino el último modelo! Es una belleza nuevecita que nos espera en lo establos de tu palacio. Nos trajo desde Sussex en una sola mañana, y habría ido más rápido todavía si no le hubiera enganchado un carro de carbón. —Lanzó una carcajada—. ¡Podemos ir adonde queramos!

—No perdamos la cabeza, caballeros —les advirtió Fraser.

De momento se sumieron en un silencio involuntario mientras el camarero colocaba con pericia la comida ante Mallory. La visión de la platija frita y las patatas cortadas en trozos hizo que este sintiera una repentina punzada de hambre famélica.

—Somos súbditos británicos libres y podemos ir a donde nos plazca —señaló con firmeza, antes de coger los cubiertos y atacar la comida.

—Solo puedo llamar a eso tontería —protestó Fraser—. Muchedumbres desenfrenadas recorren las calles, y el hombre al que busca es astuto como una víbora.

Mallory gruñó con tono burlón. Fraser se mostró arisco.

—¡Doctor Mallory, es mi obligación ocuparme de que no sufra usted ningún daño! ¡No podemos permitir que se ponga a hurgar en los nidos de serpientes de los barrios más miserables de Londres! Mallory engulló el café caliente.

—Bien sabe que pretende destruirme —dijo a Fraser mientras le clavaba la mirada—. Si no termino con él ahora, cuando todavía tengo la oportunidad, irá haciéndome pedazos poco a poco. ¡Maldita sea, usted no puede hacer nada para protegerme! ¡Este hombre no es como usted o como yo, Fraser! ¡Es un ser inaceptable! Se trata de una cuestión de vida o muerte... ¡Él o yo! Y sabe que es verdad.

Fraser, sorprendido por el argumento de Mallory, pareció abatido. Tom y Brian, más alarmados todavía ante esta nueva revelación de la profundidad de sus problemas, se miraron confundidos y luego perforaron furibundos a Fraser.

Este habló de mala gana.

—¡No actuemos de forma precipitada! Una vez se levante la niebla y se restaure la ley y el orden...

—El capitán Swing vive sumido en una niebla que nunca se levanta —replicó Mallory.

Brian lo interrumpió con un gesto brusco de su manga dorada.

—¡No veo qué sentido tiene esto, señor Fraser! ¡Nos ha engañado a mi hermano Thomas y a mí, de forma deliberada! ¡No puedo dar crédito a ninguno de sus consejos!

—¡Brian tiene razón! —exclamó Tom. Luego contempló a Fraser con una mezcla de desdén y asombro—. Este hombre afirmó que era amigo tuyo, Ned... ¡Hizo que Brian y yo hablásemos de ti tan tranquilos! ¡Y ahora intenta mangonearnos! —Tom agitó el puño apretado, musculoso y endurecido por el trabajo—. ¡Pienso darle una buena lección a ese capitán Swing! ¡Y si tengo que empezar con usted, señor Fraser, estoy más que listo!

—Tranquilos, muchachos —pidió Mallory a sus hermanos. Algunos comensales cercanos habían empezado a mirarlos. Mallory se limpió muy despacio la boca con una servilleta—. La fortuna nos favorece, señor Fraser —dijo en voz baja—. He conseguido una pistola. Y el joven Brian también está armado.

—Oh, cielos... —se lamentó Fraser.

—No le tengo miedo a Swing —insistió Mallory—. Recuérdelo, lo derribé en el derby. En un enfrentamiento cara a cara no es más que un canalla cobarde.

—¡Está en los muelles, Mallory! ¿Cree usted que van a poder atravesar tan frescos una sublevación en la zona más dura de Londres, como si aquello fuese un baile?

—Los Mallory no somos petimetres de academia de baile —respondió Mallory al policía—. ¿Se cree que los pobres de Londres son más aterradores que los salvajes de

Wyoming?

—De hecho, sí —replicó Fraser lentamente—. Considerablemente peores, diría yo.

—¡Oh, por el amor de Dios, Fraser! ¡No nos haga perder el tiempo con estas pequeñeces! Tenemos que enfrentarnos de una vez por todas a este escurridizo fantasma, ¡y no volverá a haber una oportunidad mejor! En el nombre de la cordura y de la justicia, ¡ponga fin a esos inútiles lloriqueos oficiales!

Fraser suspiró.

—Supongamos que durante esta valiente expedición lo atrapan con astucia y lo asesinan, como a su colega Rudwick. ¿Entonces, qué? ¿Cómo respondería a mis superiores?

Pero entonces Brian clavó en Fraser la mirada acerada de un soldado.

—¿Ha tenido alguna vez una hermana pequeña, señor Fraser? ¿Ha tenido que contemplar alguna vez cómo hacían pedazos la felicidad de esa niña como si fuera una taza de porcelana pisoteada por un monstruo? Y con el corazón roto de esa muchacha, el corazón honesto de un héroe de Crimea cuya única y varonil intención era convertirla en su esposa...

—¡Ya está bien! —gimió Fraser en alto. Brian se echó hacia atrás. Parecía cariacontecido por la interrupción. Fraser se alisó las solapas oscuras con las dos manos. —Parece que ha llegado el momento de correr riesgos —admitió con un chueco encogimiento de hombros y una mueca pasajera—. No he tenido demasiada fortuna desde que lo conocí, doctor Mallory, y me atrevería a decir que ya es hora de que me cambie la suerte. —De repente se le iluminaron los ojos—. ¿Quién dice que no podríamos pillar a ese granuja, eh? ¡Lo arrestaremos! Es listo, pero cuatro hombres valientes podrían atrapar a ese desagradable desgraciado con la guardia baja mientras se pavonea por el Londres más mísero como un príncipe jacobino. —Fraser frunció el ceño y su rostro delgado se retorció con una cólera sincera. Era una visión inesperada y aterradora.

—La fortuna favorece a los valientes —apostilló Brian.

—Y Dios cuida de los locos —murmuró Fraser. Se inclinó hacia delante con expresión atenta, mientras se levantaba las perneras de los pantalones cogiéndolas por las rodillas huesudas—. ¡Este no es un asunto fácil, caballeros! No es una aventura para aficionados. ¡Se trata de un trabajo muy duro! ¡Estaremos poniendo la justicia, la vida y el honor en nuestras propias manos! Si ha de hacerse, ha de hacerse en el más estricto y permanente de los secretos.

Mallory, que presentía la victoria, habló con una elocuencia que lo sorprendió incluso a él.

—¡Mis hermanos y yo respetamos su experiencia en las fuerzas especiales, sargento Fraser! Si quiere guiarnos hacia la consecución de la justicia, estaremos

encantados de ponernos a sus órdenes. No debe dudar jamás de nuestra discreción ni de nuestra resolución. El honor sagrado de nuestra querida hermana está en juego.

Tom y Brian parecieron quedarse perplejos por este repentino cambio de rumbo; todavía desconfiaban de Fraser, pero el sombrío juramento de Mallory no despertó en ellos ninguna objeción y siguieron su ejemplo.

—¡A mí no me verá decir ni pío! —declaró Tom—. ¡Hasta la tumba!

—Me gustaría pensar que el juramento de un soldado británico todavía cuenta —dijo Brian.

—Entonces nos aventuraremos en esta empresa —añadió Fraser con una irónica expresión de fatalismo.

—¡Tengo que reavivar el vapor del Céfiro! —exclamó Tom mientras se levantaba de la silla—. Media hora le hace falta a mi belleza, cuando está fría. Mallory asintió. Utilizaría bien cada uno de esos minutos.

Ya fuera del palacio, lavado, peinado y con sus partes íntimas cubiertas de talco antipulgas, Mallory buscó un asidero abultado en lo alto del carro carbonero de madera del Céfiro. El pequeño faetón no dejaba de resoplar. Apenas si había espacio para dos hombres dentro de su armazón aerodinámico de hojalata. Tom y Fraser habían ocupado esos asientos, y ahora discutían sobre un plano de Londres.

Brian pateó la lona fofa del carro, que iba estirada sobre el menguante montón de carbón, y se preparó así un tosco nido.

—Hace falta palear mucho carbón en estos faetones modernos —observó Brian con una sonrisa estoica. Se sentó enfrente de Mallory—. Tom está entusiasmado con esta preciosa máquina suya; casi me arranca la oreja hablando sin parar de Céfiros, todo el camino desde Lewes.

El faetón y su carro se pusieron en movimiento con una sacudida. Las ruedas de goma con radios de madera del carro carbonero giraban con un crujido rítmico. Bajaron rodando por Kensington Road a una velocidad sorprendente. Brian se sacudió de la pulcra manga de su chaqueta una chispa ardiente que había saltado de la chimenea.

—Necesitas una máscara para respirar —dijo Mallory mientras ofrecía a su hermano una de las máscaras improvisadas que las señoras habían cosido en el palacio: un cuadrado de guinga con unas cintas cosidas con esmero, y relleno de algodón confederado barato.

Brian olisqueó la corriente de aire.

—No está tan mal.

Mallory se ató con cuidado las cintas de la máscara detrás de la cabeza.

—A la larga, muchacho, los miasmas van a obrar contra tu salud.

—Esto no tiene ni comparación con la peste de un barco de transporte del Gobierno —replicó Brian. La ausencia de Fraser parecía haberlo relajado. Había

entonces algo más del muchacho de Sussex y algo menos del joven y severo subalterno—. Los vapores de carbón que salen de la sala de máquinas... —rememoró Brian—. ¡Y los muchachos que vomitan por todas partes la comida por culpa del mal-de-mer! Atravesamos ese nuevo canal francés de Suez, directos desde Bombay. ¡Vivimos en ese puñetero transporte durante semanas! Y el asqueroso calor egipcio... ¡Y de ahí directamente al duro invierno de Crimea! Si el cólera o una cuartana no me llevaron entonces, no tengo que preocuparme por una pequeña bruma londinense. —Brian lanzó una risita.

—Pensé con frecuencia en ti, allá en Canadá —dijo Mallory a su hermano—. Tú, que te alistaste durante cinco años, ¡y habiendo guerra! Pero sabía que harías que la familia se sintiese orgullosa de ti, Brian. Sabía que cumplirías con tu obligación.

—Los Mallory estamos por todo el mundo, Ned —respondió Brian con tono filosófico. Tenía la voz ronca, pero su rostro barbudo había enrojecido al oír el elogio de Mallory—. ¿Dónde está nuestro hermano Michael ahora mismo, eh? ¿Y el bueno de Mickey?

—En Hong Kong, creo —dijo Mallory—. Sin duda, Mick estaría hoy aquí con nosotros si la suerte hubiera llevado su barco a un puerto inglés. Nuestro Michael nunca ha sido de los que rehuyen una buena pelea...

—He visto a Ernestina y a Agatha —dijo Brian—. Y a sus pequeñines. —No comentó nada sobre Dorothy. La familia ya no hablaba de Dorothy. Brian cambió de postura sobre aquella lona llena de bultos y lanzó una mirada cauta hacia las almenas de un palacio de la intelectualidad que se alzaba sobre ellos—. No me hace mucha gracia pelear en las calles —comentó—. Ese fue el único sitio en el que los ruskis nos hicieron daño de verdad, en las calles de Odesa. Pelear y combatir casa por casa, como bandidos... Eso no es una guerra civilizada. —El joven frunció el ceño.

—¿Por qué no se levantaron y presentaron batalla con honestidad? Brian lo miró sorprendido y luego se echó a reír de forma un poco extraña. —Bueno, desde luego lo intentaron al principio, en Alma e Inkermann. Pero les dimos semejante tunda que entre ellos cundió el pánico. Podrías decir que en parte fue cosa mía, supongo. La Artillería Real, Ned.

—Cuéntame —dijo Mallory. —Somos la más científica de las fuerzas. Les encanta la artillería a tus radicales

militares. —Brian apagó otra gruesa chispa de la chimenea con un pulgar mojado en saliva—. ¡Intelectuales militares especiales! Son unos hombrecillos soñadores con anteojos en la nariz y números en la cabeza. Jamás han visto una espada desenvainada ni una bayoneta. No les hace falta ver esas cosas para ganar una guerra moderna. Todo son trayectorias y tiempos de mecha.

Brian contempló con suspicacia a un par de hombres con impermeables sueltos que bajaban la calle con aire furtivo.

—Los ruskis hicieron lo que pudieron. Se refugiaron por millares en el Redan y en Sebastopol. Cuando nuestras armas pesadas abrieron fuego, se deshicieron como cajas de galletas. Luego se replegaron a las trincheras, pero la metralla de los morteros obró maravillas. —La mirada de Brian se encontraba muy lejos, concentrada en un recuerdo—. Ned, se veía el humo blanco y la tierra volando a la cabeza de la cortina de fuego... ¡Cada proyectil caía en su sitio exacto, como los árboles de una huerta! Y cuando se detuvo el bombardeo, nuestra infantería, aliados franceses sobre todo, que hicieron muchísimo trabajo de a pie, trotaron sobre las empalizadas y acabaron con rifles de resorte con los pobres ivanes.

—Los periódicos decían que los rusos lucharon sin respeto alguno por la decencia militar.

—Se desesperaron al darse cuenta de que no podían tocarnos —respondió Brian —. Recurrieron a la estrategia partisana y nos tendían emboscadas, disparaban contra las banderas blancas y demás. Un asunto muy feo, deshonroso. No podíamos tolerarlo. Tuvimos que tomar medidas.

—Al menos todo terminó con rapidez —dijo Mallory—. A uno no le gusta la guerra, pero ya era hora de enseñarle una lección al zar Nicolás. Dudo que el tirano vuelva a tirar de la cola al León.

Brian asintió.

—Es asombroso, en serio, lo que pueden hacer esos obuses incendiarios. Puedes colocarlos en cuadrículas, todos ordenaditos... —Bajó la voz—. Deberías haber visto arder Odesa, Ned. Como un huracán de llamas, eso es lo que era. Un huracán gigante...

—Sí, leí algo sobre ello —asintió Mallory—. Hubo una «tormenta de fuego» en el asedio de Filadelfia. Un asunto muy parecido, una idea notable.

—Ah —dijo Brian—, ese es el problema de los yanquis: ¡no tienen sentido militar! ¡Mira que ocurrírseles hacer eso a sus propias ciudades! ¡Serán chapuceros, los muy idiotas!

—Son gente rara, los yanquis —señaló Mallory.

—Bueno, hay quien es demasiado botarate para arreglárselas solo, eso no hay quien lo discuta —admitió Brian. Miró a su alrededor con cautela cuando Tom llevó el Céfiro junto a los restos ardientes de un ómnibus—. ¿Congeniaste con los yanquis en algo, allí en América?

—Jamás vi yanquis, solo indios. —Y cuanto menos dijera sobre eso, mejor, pensó Mallory—. ¿Qué te pareció la India, por cierto?

—Es un lugar horrendo, la India —respondió Brian de inmediato—, rebosante de extrañas maravillas, pero horrendo. Solo hay un pueblo en Asia que tenga un poco de sentido común, y son los japoneses.

—Oí que tomaste parte en una campaña en la India —dijo Mallory—. Pero nunca

estuve muy seguro de quiénes eran esos «cipayos» exactamente.

—Los cipayos son tropas nativas. Tuvimos una serie de problemas con unos amotinados, tonterías musulmanas. ¡Que si había grasa de cerdo en sus cartuchos de rifle...! Una simple ridiculez nativa. Pero a los musulmanes no les hace gracia comer cerdo, ya sabes, todo muy supersticioso. Parecía peligroso, pero el virrey de la India no había dotado a los regimientos nativos de artillería moderna alguna. Una batería de morteros Wolseley puede enviar a un regimiento bengalí directo al infierno en cinco minutos.

Los hombros trenzados de oro de Brian resplandecieron cuando los encogió.

—Con todo, vi barbaridades en Meerut y Lucknow, durante la rebelión... Nadie pensaría que un hombre es capaz de cometer actos tan salvajes y viles. Sobre todo a nuestros propios soldados nativos, a los que nosotros mismos habíamos entrenado.

—Fanáticos —asintió Mallory—. El indio normal, sin embargo, debe estar agradecido por tener un gobierno civil decente. Y ferrocarriles, telégrafos, acueductos y demás.

—Bueno —dijo Brian—, cuando ves a un faquir hindú sentado en el hueco de un templo, mugriento y desnudo, con una flor en el pelo, ¿quién puede decir lo que pasa dentro de esa mente extraña? —Guardó silencio y luego señaló con brusquedad por encima del hombro de Mallory—. Allí... ¿Qué están haciendo esos granujas?

Mallory se giró y miró. En la boca de una calle adyacente, el pavimento había sido tomado por un corro grande y floreciente de jugadores.

—Están jugando a los dados —le explicó Mallory.

Un grupo de tipos desaliñados y despeinados, una especie de avanzadilla primitiva de los piquetes rebeldes, vigilaba bajo un toldo mientras se pasaba una botella de ginebra. Un granuja obeso les hizo un gesto obsceno cuando el Céfiro pasó resoplando, y sus sorprendidos compañeros abuchearon y lanzaron pullas incrédulas desde detrás de sus máscaras raídas.

Brian se tiró cuan largo era sobre el carro de carbón y miró por encima del borde de madera.

—¿Están armados?

Mallory parpadeó.

—No creo que quieran hacernos ningún daño...

—Van a abalanzarse sobre nosotros —anunció Brian.

Mallory miró sorprendido a su hermano, pero mayor fue su asombro cuando comprobó que tenía razón. Los desarrapados corcoveaban tras el Céfiro y casi bajaban dando saltos por la calle vacía, agitando los puños y derramando ginebra por todas partes. Parecían poseídos por una energía colérica, como perros de granja que ladraran mientras perseguían un carruaje. Brian se irguió sobre una rodilla, desabotonó la solapa de la pistolera y llevó la mano hacia la culata grande y extraña

de su arma.

A punto estuvo de verse arrojado fuera del carro cuando Thomas pisó el acelerador. Mallory lo agarró del cinturón y tiró de su hermano, que quedó tendido y a salvo. El Céfiro ascendió la calle con estrépito y sin problema alguno, dejando atrás una pequeña estela de carbón debido a la sacudida de la aceleración. Tras ellos, sus perseguidores se pararon en seco sin poder creérselo, y luego se inclinaron como idiotas para recoger el carbón caído, como si fueran esmeraldas.

—¿Cómo sabías que iban a hacer eso? —preguntó Mallory. Brian se limpió el polvo de carbón de las rodillas con un pañuelo.

—Lo sabía.

—¿Pero por qué?

—¡Porque nosotros estamos aquí y ellos están ahí, supongo! ¡Porque nosotros vamos sobre ruedas y ellos a pie! —Miró a Mallory con el rostro enrojecido, como si aquellas preguntas le molestaran más que un tiroteo. Mallory se volvió a sentar y desvió la mirada. —Coge la máscara —dijo con suavidad mientras se la tendía—. La traje para ti.

Brian esbozó entonces una sonrisa avergonzada y se anudó al cuello el trocito de tela.

Había soldados con rifles y bayonetas caladas en las esquinas de Piccadilly. Vestían uniformes moteados modernos y sombreros flexibles. Comían gachas en cazos de campaña de hojalata marcada. Mallory saludó con alegría a aquellos secuaces del orden, pero los militares devolvieron al Céfiro una mirada furiosa y de tal suspicacia que desistió de su intento. Unas manzanas más adelante, en la esquina de Longacre y Drury Lane, los soldados intimidaban con energía a un pequeño pelotón de perplejos policías londinenses. Los policías se apiñaban como niños a los que acabaran de reñir y se aferraban sin mucha convicción a sus inadecuadas porras. Varios habían perdido el casco y muchos lucían rudimentarios vendajes en las manos, la cabeza y las pantorrillas.

Tom detuvo el Céfiro para llenarlo de carbón mientras Fraser, seguido por Mallory, buscaba información entre los policías de Londres. Les dijeron que la situación al sur del río estaba fuera de control. Se libraban en Lambeth batallas campales con trozos de ladrillo y pistolas. Las turbas saqueadoras habían bloqueado muchas calles. Algunos informes decían que habían abierto de par en par el Hospital Bedlam, y que sus lunáticos desencadenados brincaban frenéticos por las calles.

Los policías tenían el rostro cubierto de hollín y tosían agotados. Todos los hombres sanos del cuerpo estaban en las calles. Un comité de emergencia había llamado al Ejército y se había declarado un toque de queda general. En el West End se estaban nombrando voluntarios entre las clases respetables, y se los estaba

equipando con porras y rifles. Por lo menos, pensó Mallory, aquella letanía de desastres aplastaba cualquier duda que pudiera existir acerca de lo apropiado de su empresa. Fraser no hizo comentario alguno, pero regresó al Céfiro con una expresión seria y resuelta.

Tom siguió pilotando. Tras la maltrecha frontera impuesta por las autoridades, las cosas empeoraban a toda prisa. Ya era mediodía. Un funesto fulgor ambarino lucía en el cenit mugriento, y las multitudes se apiñaban como moscas en las encrucijadas de la ciudad. Grupos de londinenses enmascarados arrastraban los pies por las calles. Los había curiosos, inquietos, hambrientos o desesperados. Caminaban sin prisa, conspirando. El Céfiro atravesaba con los alegres toques de silbato aquella muchedumbre amorfa, cuyos componentes se separaban con aire reflexivo para dejarle paso.

Un par de ómnibus requisados patrullaban Cheapside atestados de gorilas inflexibles. Varios hombres armados con pistolas desenfundadas colgaban de los estribos, y en los techos de ambos vapores se apilaban y amontonaban los muebles robados. Thomas esquivó con facilidad a los bamboleantes autobuses mientras el vidrio crujía bajo las ruedas del Céfiro.

En Whitechapel había niños sucios y descalzos que trepaban como monos, hasta una altura de cuatro pisos, por el brazo rojo de una gran grúa de construcción. Espías de algún tipo, opinó Brian, ya que algunos agitaban trapos de colores y chillaban a personas que había en la calle. Mallory pensó que era más probable que los golfillos hubieran trepado hasta allí arriba con la esperanza de respirar aire más fresco.

Cuatro caballos muertos y abotargados, todo un tiro de inmensos percherones, yacían hinchados en Stepney. Los cadáveres rígidos, muertos de un tiro, todavía tenían los arneses puestos. A unos metros de allí apareció la carreta saqueada, sin ruedas. Habían hecho rodar la decena de grandes barriles de cerveza calle abajo y luego los habían abierto a golpes. Cada uno de los lugares donde había tenido lugar el extasiado saqueo se hallaba ahora salpicado por charcos pegajosos de cerveza. Ya no quedaban borrachos por allí. La única prueba que habían dejado eran las jarras rotas, los harapos sucios de ropa de mujer y algunos zapatos sueltos. Mallory divisó una plaga de carteles en el escenario de aquella orgía de alcohol. Lanzó un trozo de carbón hacia la parte superior del Céfiro y Tom se detuvo. Luego se alejó del faetón con Fraser detrás. Los dos se estiraban para evitar los calambres en los hombros, y se masajeaban las costillas magulladas.

—¿Qué pasa?

—Sedición —respondió Mallory.

Los cuatro, con el ojo avizor ante posibles interferencias, se dirigieron con interés hacia la pared, una antigua superficie para carteles de madera enyesada, tan repleta de antiguos anuncios que parecía tratarse de una corteza de queso. Se acababan de pegar

allí unas dos decenas con lo mejor del capitán Swing, copias del mismo cartelón chillón y mal impreso. La octavilla mostraba una gran mujer alada con el cabello en llamas y que coronaba dos columnas de denso texto. Algunas palabras habían sido marcadas, al parecer al azar, en color rojo. Los hombres permanecieron en silencio mientras intentaban descifrar aquellas letras retorcidas y emborronadas. Después de un momento, el joven Thomas se excusó con un encogimiento de hombros y una mirada desdeñosa.

—Voy a ocuparme del faetón —dijo. Brian empezó a leer en voz alta, titubeante. —«¡Un llamamiento al pueblo! Todos vosotros sois señores libres de la Tierra, y solo necesitáis valor para librar una guerra triunfal contra la Puta de Babilondres y todos sus doctos ladrones. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Venganza! ¡Venganza, venganza! ¡Plagas, plagas fétidas, etcétera, contra todos aquellos que no presten atención a la justicia universal! ¡Hermanos, hermanas! ¡No os arrodilléis más ante el vampiro capitalista y el intelectual idiota! Dejad que los esclavos de los bandoleros coronados se arrastren a los pies de Newton. ¡Nosotros destruiremos el Moloch de vapor y haremos añicos su hierro colado! ¡Colgad a diez veintenas de tiranos de las farolas de esta ciudad y vuestra felicidad y libertad estarán garantizadas para siempre! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Depositamos nuestras esperanzas en el diluvio humano, no tenemos más recurso que una guerra general! Hacemos una cruzada por la redención de los oprimidos, de los rebeldes, de los pobres, de los criminales, de todos aquellos atormentados por la Puta de las Siete Maldiciones cuyo cuerpo es azufre y cabalga a lomos del caballo de hierro de tus peores pesadillas»...

Había mucho más.

—En el nombre del cielo, ¿se puede saber qué está intentando decir ese desgraciado? —preguntó Mallory. Le zumbaba la cabeza.

—Jamás he visto nada parecido —murmuró Fraser—. ¡Son los desvaríos de un criminal lunático! Brian señaló la parte inferior del cartel.

—¡No entiendo lo de esas supuestas «siete maldiciones»! Se refiere a ellas como si fueran unas aflicciones horrendas, y sin embargo nunca las nombra ni las numera. Nunca deja claro...

—¿Qué puede ser lo que quiere? —quiso saber Mallory—. No pensará que una matanza general es la respuesta a sus quejas, sean las que sean...

—No hay forma de razonar con este monstruo —replicó Fraser con tono lúgubre —. Tenía usted razón, doctor Mallory. Pase lo que pase, sean cuales sean los riesgos, ¡debemos deshacernos de él! ¡No hay otra forma!

Volvieron al Céfiro, que Tom había terminado de cargar de carbón. Mallory miró a sus hermanos. Por encima de las máscaras, sus ojos enrojecidos brillaban con el firme valor de la resolución varonil. Fraser había hablado por todos: estaban unidos y ya no había necesidad de palabras. En medio de toda aquella sordidez, a Mallory le

pareció un momento de auténtico esplendor. Profundamente conmovido, sintió que su corazón se elevaba en su interior. Por primera vez en lo que parecían siglos se sintió redimido, limpio, con una determinación absoluta, libre de toda duda.

Mientras el Céfiro seguía rodando por Whitechapel, la exaltación comenzó a desvanecerse, sustituida por el aumento de la atención y el pulso descontrolado. Mallory se ajustó la máscara, comprobó el mecanismo del Ballester-Molina e intercambió unas cuantas palabras con Brian. Pero una vez resueltas todas las dudas, cuando la vida y la muerte esperaban el lanzamiento de los dados, no parecía quedar mucho que decir. Al igual que Brian, Mallory se vio inspeccionando con nerviosa inquietud cada puerta y ventana por la que pasaban.

Parecía que cada pared de Limehouse estaba salpicada con las efusiones de aquel desgraciado. Algunas eran vívidas locuras, simples y puras; muchas otras, sin embargo, estaban disfrazadas con astucia. Mallory observó cinco ejemplos de los carteles de la conferencia que lo habían difamado. Algunos quizá fueran genuinos, puesto que no leyó el texto. La visión de su nombre golpeó su sensibilidad acrecentada con una conmoción casi dolorosa.

Y él no había sido la única víctima de aquella extraña clase de falsificación. Un anuncio del Banco de Inglaterra solicitaba depósitos de libras de carne. Una aparente oferta de excursiones en tren, en primera clase, incitaba al público a robar a los pasajeros acaudalados. Tal era la burla diabólica de estos carteles fraudulentos que hasta los anuncios normales empezaron a parecerle raros. Mientras examinaba los carteles en busca de dobles sentidos, cada una de las palabras parecía disolverse en un amenazador sinsentido. Mallory jamás se había dado cuenta de la ubicuidad de los anuncios de Londres, de la hosca omnipresencia de las palabras, de las insistentes imágenes.

Un hastío inexplicable le laceró el alma mientras el Céfiro avanzaba incontestado y con gran estruendo por las calles alquitranadas. Era el propio hastío de Londres ante la pura presencia física de la ciudad, su infinitud de pesadillas, calles, patios, medialunas, hileras de casas y callejones, de piedra ahogada por la niebla y ladrillo ennegrecido por el hollín. Una náusea de toldos, la repugnancia de los marcos de las ventanas, la fealdad de los andamiajes unidos por cuerdas; el horrible predominio de farolas de hierro e hitos de granito, de casas de empeños, camiserías y estancos. La ciudad parecía extenderse a su alrededor como un despiadado abismo de tiempo geológico.

Un grito inquietante rompió el ensueño de Mallory. Unos hombres enmascarados habían aparecido de repente en la calle, ante ellos, desharrapados y amenazadores, bloqueando el camino. El Céfiro frenó y se detuvo al instante con una sacudida del carro de carbón.

De un solo vistazo Mallory vio que se trataba de granujas de la peor calaña. El

primero, un joven malvado con una cara que parecía masa sucia de pastel, vestido con una chaqueta grasienta y pantalones de pana, llevaba calada una roñosa gorra de piel, pero no tanto como para ocultar el corte de pelo carcelario. El segundo, un bruto robusto de unos treinta y cinco años, vestía un sombrero alto lleno de grasa, pantalones de cuadros y botas de cordones con puntera de latón. El tercero era fornido y tenía las piernas arqueadas, con unos calzones cortos de cuero y medias manchadas. Un largo tapabocas le rodeaba varias veces la cabeza.

Entonces dos cómplices más salieron corriendo del interior de una ferretería saqueada; eran unos jóvenes grandes, ociosos, desgarbados, con mangas cortas y sueltas y pantalones demasiado apretados. Se habían hecho con sendas armas espontáneas: un rizador de volantes, una estufa de un metro. Objetos domésticos estos, pero inesperadamente crueles y aterradores en las dispuestas manos de aquellos bandidos.

El hombre de las botas de latón, al parecer su cabecilla, se quitó el pañuelo de la cara con una sonrisa amarilleada y desdeñosa.

—Fuera de ese cacharro —les ordenó—. ¡Que salgáis, coño! Pero Fraser ya se había puesto en marcha. Salió, seguro y tranquilo, ante aquellos cinco rufianes soliviantados, como si fuera un maestro de escuela que tuviera que apaciguar una clase revoltosa.

—¡Pero bueno —anunció con voz clara y firme—, eso no servirá de nada, señor Tally Thompson! Lo conozco, y yo diría que usted me conoce a mí. Queda arrestado por un delito mayor.

—¡Maldita sea! —espetó Tally Thompson, demudado por el asombro.

—¡Es el sargento Fraser! —gritó horrorizado el muchacho de la cara de pan mientras daba dos pasos atrás. Fraser sacó un par de esposas de hierro azulado.

—¡No! —gañó Thompson—. ¡De eso nada! ¡No pienso tolerarlo! ¡Yo no me pongo eso!

—Y van a despejar este camino, el resto de ustedes —anunció Fraser—. Usted, Bob Miles, ¿para qué anda rondando por aquí? Guarde esos hierros absurdos antes de que me lo lleve.

—¡Por el amor de Dios, Tally, dispárale! —gritó el rufián del tapabocas. Fraser cerró con pericia las esposas alrededor de las muñecas de Tally Thompson.

—Así que tenemos una pistola, ¿eh, Tally? —dijo al tiempo que le sacaba un arma de cañón corto de la correa tachonada de latón—. Es una pena, sí señor. — Miró a los demás con el ceño fruncido—. ¿Vais a largaros, chavales?

—Vayámonos —gimoteó Bob Miles—. ¡Deberíamos largarnos, como dice el sargento!

—¡Matadlo, cabezas de chorlito! —gritó el hombre del tapabocas mientras se apretaba la máscara contra la cara con una mano y sacaba un cuchillo corto de hoja

ancha con la otra—. Es un puto poli, idiotas... ¡Cargáoslo! ¡A Swing le va a dar algo como no lo hagáis! —El hombre alzó entonces la voz—. ¡Aquí hay polis! — chilló como un vendedor de castañas calientes—. ¡Que todo el mundo suba y se cargue a estos polis hijos de...!

Fraser lanzó un hábil golpe con la culata de la pistola y golpeó con ella la muñeca del voceador. El desgraciado dejó caer el cuchillo con un aullido.

Los otros tres rufianes pusieron pies en polvorosa de inmediato. Tally Thompson también intentó huir, pero Fraser enganchó las muñecas esposadas con la zurda, tiró de él, le hizo perder el equilibrio y lo giró hasta postrarlo de rodillas.

El hombre del tapabocas se retiró cojeando algunos pasos, como si lo arrastraran contra su voluntad. Luego se detuvo, se agachó y cogió por el mango de caoba una pesada plancha de hierro que había tirada en el suelo. Después armó el brazo, presto a arrojarla.

Fraser apuntó la pistola y disparó. El hombre del tapabocas se dobló, le fallaron las rodillas y cayó al suelo retorciéndose, como si sufriera espasmos.

—Me ha matado... —graznó el rufián—. ¡Tengo un tiro dentro, me ha matado!

Fraser propinó a Tally Thompson una colleja admonitoria en la oreja.

—Esta pipa es una basura, Tally. ¡Le apunté a las puñeteras piernas!

—Él no quería hacer ningún daño... —lloriqueó Tally.

—Tenía una plancha de seis libras. —Fraser miró atrás, a Mallory y Brian, que permanecían boquiabiertos sobre el carro de carbón—. Bajen de ahí, muchachos, y presten atención. Tendremos que dejar su faetón, lo estarán buscando. Ahora hay que seguir a pata.

Fraser tumbó a Tally Thompson a sus pies con una cruel sacudida de las esposas.

—Y tú, Tally..., tú nos vas a llevar hasta el capitán Swing.

—¡No pienso hacerlo, sargento!

—Lo harás, Tally. —Fraser tiró de él tras lanzar una intensa mirada a Mallory.

Los cinco rodearon al rufián del tapabocas, que chillaba medio ahogado y se revolcaba sobre un charco de su propia sangre que se extendía poco a poco por el pavimento. Las piernas sucias y arqueadas le temblaban debido a los espasmos.

—Maldita sea, el jaleo que arma —dijo Fraser con frialdad—. ¿Quién es, Tally?

—Nunca supe cómo se llamaba.

Sin perder el paso, Fraser se llevó de una bofetada la chistera de Tally. El arrugado sombrero parecía pegado al cráneo del granuja con porquería y aceite de macasar.

—¡Pues claro que lo conoces!

—¡El nombre no! —insistió Tally mientras miraba hacia atrás y contemplaba su gorro perdido con expresión desesperada—. ¿Un yanqui, quizá?

—¿Y qué clase de yanqui? —preguntó Fraser, que se olía un engaño—.

¿Confederado? ¿Unionista? ¿Texano? ¿Californiano?

—Es de Nueva York —respondió Tally.

—¿Qué? —espetó Fraser con incredulidad—. ¿Pretendes decirme que venía de la comuna de Manhattan? —Miró hacia atrás y contempló al moribundo mientras seguían caminando. Se recuperó con rapidez de la sorpresa y adoptó un tono escéptico—. No hablaba como uno de esos yanquis de Nueva York...

—Yo no sé na de ningún común de esos. ¡A Swing le caía bien, eso es todo!

Fraser los llevó por un callejón en el que se cruzaban unas herrumbrosas pasarelas elevadas. Las inmensas paredes de ladrillo resplandecían húmedas y grasientas.

—¿Hay alguno más como ese en el consejo de Swing? ¿Hay más hombres de Manhattan?

—Swing tiene un montón de amigos —respondió Tally, que parecía más recuperado—. ¡Y os va a mandar al otro barrio, ya lo veréis! ¡Vosotros jugad con él!

—Tom... —dijo Fraser, mirando ahora al hermano de Mallory—, ¿sabes manejar una pistola?

—¿Una pistola? —Coge esta —dijo al tiempo que le entregaba la pistola de cañón corto de Tally—. Solo queda un disparo. No debes usarla a menos que el tipo esté lo bastante cerca como para tocarlo.

Tras deshacerse de la pistola, Fraser echó mano sin más pausas al bolsillo de la chaqueta, extrajo una pequeña cachiporra de cuero y sin dejar de caminar comenzó a asestar porrazos a Tally Thompson en la gruesa carne de los brazos y en los hombros, con terrorífica precisión.

El hombre se estremecía y gruñía ante los golpes. No tardó en empezar a chillar y moquear. Fraser se detuvo y se guardó la cachiporra.

—Maldita sea... Si es que eres tonto, Tally Thompson —dijo con un extraño tono afectuoso—. ¿Es que no sabes nada de polis? He venido a buscar a tu precioso Swing yo solito.¡Me he traído a estos tres alegres jóvenes para que vean la diversión, nada más! Y ahora, ¿dónde se esconde?

—Está en un almacén grande, en los muelles —lloriqueó Tally—. ¡Un sitio atestado de botín de los saqueos, hasta arriba! Y armas, cajas enteras de buenas pipas...

—¿En qué almacén dices?

—¡No lo sé! —gimoteó Tally—. ¡Yo nunca he traspasado esas puñeteras verjas! ¡No me sé los nombres de esos bazares de lujo, maldita sea!

—¿Qué nombre hay en la puerta? ¡El propietario!

—¡No sé leer, sargento, usted lo sabe!

—¿Dónde está entonces? —preguntó Fraser implacable—. ¿Muelles de importación o de exportación?

—Im... importación...

—¿Lado sur? ¿Lado norte?

—Al sur, por el medio... —De la calle que dejaban atrás llegaban gritos lejanos, el estruendo de vidrios rotos, los ecos del estampido rítmico de unas chapas de metal al ser golpeadas. Tally se calló y ladeó la cabeza para escuchar. Frunció los labios.

—¡Vaya, pero si es su cacharro! —dijo. El tono gimoteante había desaparecido de su voz—. ¡Los chicos de Swing han venido a toa leche y han encontrado su cacharro, sargento!

—¿Cuántos hombres hay en ese almacén?

—¡Escuche cómo lo destrozan! —insistió Tally. Una extraña variedad de asombro infantil había borrado el miedo de sus facciones hoscas.

—¿Cuántos hombres? —ladró Fraser al tiempo que propinaba otro golpe a Tally.

—¡Lo tan haciendo añicos! —anunció el rufián con tono alegre mientras se encogía por el golpe—. ¡El trabajo de Ludd en su bonito faetón!

—¡Cierra la boca, hijo de perra! —estalló el joven Tom con una voz agudizada por la rabia y el dolor.

Sobresaltado, Tally contempló el rostro enmascarado de Tom con una leve sonrisa de satisfacción.

—¿Qué pasa, caballerito?

—¡Que te calles, te digo! —exclamó Tom

Tally Thompson esbozó una sonrisa simiesca.

—¡Pero si no soy yo el que ta haciéndole daño a tu precioso faetón! ¡Chíllales a ellos, muchacho! ¡Diles que paren!

Tally se lanzó hacia atrás de repente y liberó las manos esposadas del puño de Fraser. El policía trastabilló y a punto estuvo de derribar a Brian.

Tally se giró y chilló, haciendo bocina con las manos.

—¡Dejad de divertiros, compañeros! —Su aullido resonó con fuerza en aquel cañón de ladrillo—. ¡Tais dañando propiedá privá!

Tom se abalanzó sobre él como un rayo, con un violento giro del brazo. La cabeza de Tally salió disparada hacia atrás y el aliento lo abandonó con un jadeo entrecortado. El rufián trastabilló unos instantes antes de desplomarse como un saco de patatas sobre el suelo enlosado del callejón.

Se produjo un repentino silencio.

—¡Demonios, Tom! —dijo Brian—. ¡Lo has dejado frito!

Fraser, que había sacado la cachiporra, se agachó sobre el cuerpo y le levantó un párpado con el pulgar. Luego alzó la mirada.

—Tienes genio, muchacho... —dijo a Tom con suavidad.

Este se arrancó la máscara y respiró entrecortadamente.

—¡Podría haberle disparado usted! —espetó casi sin voz. Luego miró a Mallory con ojos suplicantes y confundidos—. ¡De verdad, Ned! ¡Haberlo matado de un tiro!

Mallory asintió con sequedad.

—Tranquilo, muchacho...

Fraser hurgó en la cerradura de las esposas para abrirlas. Estaban resbaladizas por la sangre de las muñecas laceradas de Tally.

—¡Fue de lo más extraño, lo que acaba de hacer ese granuja! —se maravilló Brian con un marcado acento de Sussex—. ¿Es que por aquí están todos como una cabra, Ned? ¿Es que en Londres no queda nadie cuerdo?

Mallory asintió con gesto sobrio. Luego alzó un poco la voz.

—¡Pero no es nada que no cure un buen brazo derecho! —Golpeó a Tom en el hombro con la palma abierta—. ¡Eres todo un boxeador, Tommy, muchacho! ¡Lo derribaste como a un buey en el matadero!

Brian soltó una carcajada. Tom esbozó una sonrisa tímida y se frotó los nudillos. Fraser se levantó, se guardó la cachiporra y las esposas y se puso en marcha, callejón arriba, a medio trote. Los hermanos lo siguieron.

—No fue para tanto —respondió Tom con la voz atolondrada. —¿Qué? —objetó Mallory—. ¿Un simple muchacho de diecinueve años que

tira patas arriba a un matón con botas de latón? ¡Es una maravilla, sin duda!

—No fue una pelea justa, tenía las manos atadas —objetó Tom.

—¡Un solo puñetazo! —se recreó Brian—. ¡Lo derribaste como si fuera una plancha de roble, Tommy!

—¡Ya basta! —siseó Fraser. Todos callaron. El callejón terminaba junto al solar de un edificio demolido.

Aún sobresalían los cimientos agrietados y salpicados con trozos de cemento rojo y palos grisáceos de madera astillada. Fraser se abrió camino entre el escombro. El cielo sobre su cabeza presentaba un color gris amarillento. La calima se interrumpía de vez en cuando y revelaba unas nubes gruesas y verdosas, como la cuajada podrida.

—Por todos los demonios —declaró Tom con un tono alegre no demasiado convincente—. ¡Pero si no nos oyen, señor Fraser! ¡No con el estrépito que estaban armando con mi faetón!

—No es esa panda la que me preocupa ahora, muchacho —respondió Fraser con amabilidad—. Es que podríamos encontrarnos con más piquetes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Brian antes de detenerse con un tropezón—. ¡Dios del cielo! ¿Qué es ese olor?

—El Támesis —dijo Fraser. Un grueso muro de ladrillo bajo se levantaba al final del solar vacío.

Mallory se aupó y se quedó allí parado. Respiraba sin llenarse los pulmones y apretaba la máscara contra los labios hirsutos. El otro lado del muro de ladrillo, que formaba parte del dique del Támesis, descendía en pendiente unos tres metros hasta el lecho del río. La marea estaba baja, y el encogido Támesis resultaba un destello

perezoso entre largas extensiones de costa agrietada y cubierta de barro.

Al otro lado del río se erigía la torre de navegación de acero de Cuckold's Point, adornada con banderas náuticas de advertencia. Mallory no reconoció las señales. ¿Cuarentena, quizá? ¿Bloqueo? El río parecía casi desierto.

Fraser miró a un lado y a otro de las marismas del fondo del dique. Mallory siguió su mirada. Se veían barcos pequeños incrustados en el cieno negro y gris, como si estuvieran clavados en cemento. En la curva de Limehouse Reach, unos riachuelos de cieno verdoso subían en algunas zonas por los surcos que habían dejado las dragas del canal.

Algo parecido a una brisa ribereña (que no era en absoluto una brisa, sino un suave limo líquido de hedor gelatinoso) se elevaba sobre el Támesis y se derramaba sobre ellos.

—¡Dios bendito! —exclamó Brian débil y asombrado, antes de arrodillarse a toda prisa tras el muro. Con una solidaria oleada de náuseas, Mallory oyó las violentas arcadas de su hermano.

Hizo un decidido esfuerzo y controló su estómago. No resultó tarea sencilla. Estaba claro que el crudo Támesis superaba incluso al famoso hedor de las bodegas de los transportes de la Artillería Real.

El joven Thomas, aunque también se había puesto bastante pálido, parecía hecho de material más duro que Brian, habituado quizás a los resoplidos del tubo de escape de los faetones de vapor.

—¡Eh, mirad esa asquerosidad! —declaró Tom de repente con una voz ahogada y soñadora—. ¡Sabía que teníamos una sequía encima, pero jamás me imaginé eso! —Miró a Mallory con ojos asombrados y enrojecidos—. ¡Pero, Ned! El aire, el agua... ¡Jamás ha habido algo tan horrible, seguro!

Fraser parecía angustiado.

—Londres nunca es lo que podría ser en verano...

—¡Pero mire el río! —exclamó Tom con inocencia—. ¡Y mire, mire, por ahí viene un barco!

Un gran vapor de ruedas se abría camino Támesis arriba, y sí, era una nave con un aspecto muy extraño, con el casco tan plano como el de una balsa y una cabina con forma de caja de queso, construida con hierro inclinado y remachado. Los laterales de blindaje negro parecían parcheados de la proa a la popa con grandes cuadrados blancos: escotillas para cañones. En la proa, dos marineros con guantes de goma y casco de caucho con boquilla realizaban sondeos con una cuerda emplomada.

—¿Qué clase de navío es ese? —preguntó Mallory limpiándose los ojos.

Brian se incorporó con paso vacilante, se apoyó en el muro, se limpió la boca y escupió.

—Un acorazado de bolsillo —anunció con voz ronca—. Un barco fluvial de

combate. —Se apretó la nariz con los dedos y se estremeció de la cabeza a los pies.

Mallory había leído algo sobre esos navíos, pero jamás había visto ninguno.

—De la campaña del Misisipí, en América. —Se quedó mirando bajo la mano que le protegía los ojos y deseó tener un catalejo—. ¿Ondean entonces los colores confederados? No sabía que tuviéramos uno de esos en Inglaterra... ¡No, ya lo veo, ondea la bandera británica!

—¡Mira lo que hacen sus paletas! —se maravilló Tom—. Esa agua debe de ser tan espesa como la gelatina de pie de buey...

A nadie le pareció apropiado comentar tal observación. Fraser señaló corriente abajo.

—Escuchen, muchachos. Unos cuantos metros más allá se abre un canal dragado bastante profundo. Lleva a los muelles de las Indias Orientales. Con el río así de bajo, y con un poco de suerte, un hombre podría colarse por ese canal y aparecer dentro de los muelles sin que nadie lo viera.

—Se refiere a caminar por el barro de la orilla, claro —dijo Mallory.

—¡No! —exclamó Brian—. ¡Tiene que haber otro plan! Fraser negó con la cabeza.

—Conozco estos muelles. A su alrededor se eleva un muro de casi diez pies, coronado por unos erizos muy afilados. Hay puertas de carga y también una terminal, pero sin duda estarán bien vigiladas. Swing escogió bien. Este sitio es casi una fortaleza.

Brian negó con la cabeza.

—¿Y Swing no vigilará también el río?

—Sin duda —dijo Fraser—, ¿pero cuántos hombres van a soportar una vigilancia constante de este barro apestoso, por Swing o por cualquier otro? Mallory asintió, convencido.

—Tiene razón, muchachos.

—¡Pero nos vamos a embadurnar del cuello a los pies con una porquería asquerosa! —protestó Brian.

—No estamos hechos de azúcar —gruñó Mallory.

—¡Pero mi uniforme, Ned...! ¿Sabes cuanto me costó esta casaca de gala?

—Te cambio mi faetón por esa reluciente trenza dorada —le dijo Tom.

Brian se quedó mirando a su hermano pequeño e hizo una mueca.

—Entonces hay que quitárselos, chicos —les ordenó Mallory al tiempo que se despojaba de la chaqueta—. Como si fuéramos jornaleros que van a recoger el dulce heno una agradable mañana de Sussex. Ocultad esas galas de la ciudad entre los escombros y daos prisa.

Mallory se desnudó hasta la cintura, se metió la pistola en el cinturón de los pantalones remangados y descendió por la pared del dique. Medio resbaló, medio

saltó hasta el inmundo barro que lo esperaba abajo.

La orilla del río estaba dura y seca como un ladrillo. Mallory se echó a reír. Los demás se reunieron con él. Brian fue el último, y levantó con una patada de sus botas enceradas y pulidas un trozo de barro agrietado del tamaño de un plato.

—¡Pero seré imbécil! —dijo—. ¡Mira que dejar que me convencieras para que me quitara el uniforme! —Una pena —se burló Tom—. Jamás conseguirás quitarle el serrín a esa elegante gorra militar.

Fraser, que se había despojado del cuello, se había quedado en camisa blanca y unos tirantes sorprendentemente refinados de muaré escarlata. Una nueva pistolera de gamuza pálida albergaba una pequeña y sólida pistola avispero. Mallory alcanzó a distinguir el bulto de un vendaje pulcro bajo la camisa.

—No se quejen tanto, muchachos —ordenó Fraser al tiempo que se ponía en marcha—. Alguna gente pasa toda su vida en el barro del Támesis.

—¿Y quién hace eso? —preguntó Tom.

—Los galopines —respondió Fraser mientras se abría camino—. Invierno y verano se meten hasta la cintura en el barro de la marea baja. Buscan trozos de carbón, clavos oxidados, cualquier basura del río por la que les den un penique.

—¿Está bromeando? —preguntó Tom.

—Niños, sobre todo —insistió Fraser con calma—, y un buen número de débiles ancianas.

—No le creo —dijo Brian—. Si me dijera en Bombay o Calcuta, quizá lo admitiera. ¡Pero no en Londres!

—Yo no he dicho que esos desgraciados fueran británicos —dijo Fraser—. Los galopines son extranjeros en su mayoría. Refugiados pobres.

—Ah, vale —respondió Tom con alivio.

Continuaron avanzando en silencio, respirando lo mejor que podían. La nariz de Mallory se había atascado por completo y tenía la garganta llena de flemas. Hasta cierto punto resultaba un alivio haber perdido el sentido del olfato.

Brian seguía murmurando, un tono monótono que encajaba bien con el ritmo pesado que se habían impuesto.

—Gran Bretaña es demasiado hospitalaria con todos esos malditos refugiados extranjeros. Si por mí fuera, los transportaría a todos a Texas.

—Todos los peces deben de estar muertos por aquí, ¿no? —dijo Tom mientras se inclinaba para arrancar una fuente de barro duro como la porcelana. Le mostró a Mallory un amasijo de espinas de pez incrustadas en él—. Mira, Ned, ¡la viva imagen de tus fósiles!

Unos metros más adelante llegaron a un obstáculo, el hoyo embarrado dejado por una draga y rellenado en parte por un sedimento negro con vetas de una infame grasa

pálida, como los restos de una sartén de beicon. No quedaba más remedio que saltar y chapotear un poco para superar la zanja, y Brian tuvo la pésima suerte de perder pie. Logró salir, aunque manchado y maloliente. Se sacudía la porquería de las manos y maldecía frenético en lo que Mallory tomó por indostaní.

Algo más allá de la zanja, la corteza se convirtió en terreno traicionero, placas de barro seco que se deslizaban o deshacían bajo los pies, sobre una mugre embreada y viscosa llena de limo y bolsas de gas burbujeante. Pero les aguardaba una suerte peor en el canal de entrada a los muelles: allí, la orilla de los canales estaba compuesta por pilotes alquitranados y compactos, resbaladizos a causa de un sarro verdoso y una humedad grasienta, y que se elevaban casi cincuenta metros sobre la línea del agua. Y el agua en sí, que llenaba el amplio canal de orilla a orilla, era un sumidero frío y gris, aparentemente sin fondo, en el que se retorcían gruesas masas de cieno verduzco.

Se encontraban en un punto muerto.

—¿Y ahora cuál es el plan? —preguntó Mallory con hosquedad—. ¿Nadar?

—¡Nunca! —gritó Brian con los ojos enrojecidos y febriles.

—¿Escalar los muros, entonces?

—No podemos —gruñó Tom mientras contemplaba con desespero los viscosos pilotes—. ¡Apenas si logramos respirar!

—¡Yo no me lavaría las manos en esa maldita agua! —exclamó Brian—. ¡Y las tengo cubiertas de barro apestoso!

—¡Déjelo ya! —espetó Fraser—. Los hombres de Swing nos van a oír, seguro. ¡Y si nos cogen aquí abajo, nos matarán de un tiro como si fuéramos perros! ¡Cierre el pico y déjeme pensar!

—¡Dios mío, el hedor! —gritó Brian sin hacerle mucho caso. Parecía a punto de sufrir un ataque de pánico—. ¡Es peor que un transporte, peor que una trinchera ruski! Jesús bendito, en Inkermann los vi enterrar trozos de ruski que ya tenían una semana, ¡y olía mejor que esto!

—¡A callar! —susurró Fraser—. Oigo algo. Pisadas. El ruido de pasos de un grupo de hombres que se acercaba. —Ya nos tienen —dijo Fraser desesperado mientras observaba el muro liso y se llevaba una mano a la pistola—. Nos ha llegado la hora. ¡Vendan caras sus vidas, muchachos!

Pero un momento después (una serie de instantes tan escasos y finos que en circunstancias normales no le habrían servido de nada a una mente humana) la inspiración atravesó a Mallory como una ráfaga de viento alpino.

—No —ordenó a los otros con una convicción férrea—. ¡No miréis hacia arriba! ¡Haced lo mismo que yo!

Mallory empezó a cantar una canción de taberna en voz muy alta, simulando estar borracho.

En Santiago el amor es amable,

ya verás, y olvidamos a las que dejamos atrás.
Así que besadnos mucho, besadnos bien,
Polly y Meg, Kate y Jen.

—¡Vamos, muchachos! —los alentó con tono alegre y el gesto beodo de un brazo. Tom y Brian, perplejos, entonaron el estribillo un poco tarde y con la voz entrecortada.

¡Adiós, hermosas jóvenes, adiós,
nos vamos a la bahía de Río en su pos!

—¡Siguiente estrofa! —cacareó Mallory.

En Veracruz qué bonito es el día,
adiós a Jane y Lia...

—¡Ah del barco! —fue el brusco grito que se oyó en la cima del muro. Mallory levantó la vista fingiendo sorpresa y vio unos cuerpos escorzados. Se cernía sobre ellos media docena de furtivos con los rifles colgados a la espalda. El que hablaba se había agazapado sobre los pilotes y llevaba la cabeza y la cara envueltas en un pañuelo de cachemira anudado. Sujetaba encima de la rodilla, con aparente descuido, una pistola reluciente de cañón largo. Los pantalones de dril blanco parecían inmaculados.

—¡Ah de la costa! —gritó Mallory estirando el cuello. Alzó los brazos extendidos con un saludo jovial y casi se cayó hacia atrás—. ¿En qué podemos servir a unos caballeros tan distinguidos?

—¡Bonito acertijo! —anunció el líder con el tono elaborado de un hombre que arrojara perlas de ingenio a unos cerdos—. ¿Hasta qué punto pueden estar achispados, totalmente beodos, de hecho, cuatro pichones londinenses? —Levantó un poco la voz—. ¿Es que no huelen la horrenda peste de ahí abajo?

—¡Pues claro! —dijo Mallory—. ¡Pero queremos ver los muelles de la India!

—¿Por qué? —Las palabras fueron frías.

Mallory lanzó una áspera carcajada.

—Pues porque están llenos de cosas que queremos, ¿no? Es lógico, ¿no?

—¿Cosas como ropa limpia? —dijo uno de los otros hombres. Hubo risas mezcladas con gruñidos y toses.

Mallory también se rió y se golpeó el pecho desnudo.

—¿Por qué no? ¿Nos pueden ayudar, muchachos? ¡Láncennos una cuerda, o algo así!

Los ojos del líder se estrecharon entre los pliegues de cachemira y sujetó con más fuerza la culata de la pistola.

—¡Usted no es marinero! Un lobo de mar nunca dice «cuerda»... ¡Siempre dice «cabo»!

—¿Y a usted qué más le da lo que yo sea? —gritó Mallory levantando la vista para mirar al hombre con el ceño fruncido—. ¡Tírenos una cuerda! ¡O una escalera! ¡O un puñetero globo! ¡O si no, váyase al infierno!

—¡Eso! —se unió Tom con un temblor en la voz—. ¿Además, quién los necesita?

El líder se dio la vuelta y sus hombres se desvanecieron con él.

—¡Deprisa! —bramó Mallory a modo de despedida—. No pueden quedarse con todo ese botín tan bonito, ¿saben?

Brian negó con la cabeza.

—Jesús, Ned —susurró—. ¡Estamos metidos en un buen lío!

—Nos haremos pasar por saqueadores —dijo Mallory en voz baja—. ¡Fingiremos que somos unos granujas borrachos, listos para cualquier chanchullo! ¡Nos uniremos a sus filas y nos abriremos camino hasta Swing!

—¿Y si nos hacen preguntas, Ned?

—Hazte el tonto.

—¡Holaaa! —fue la voz aguda que llegó desde arriba.

—¿Qué pasa? —exclamó Mallory con brusquedad mientras levantaba la cabeza. Se trataba de un muchacho enmascarado y escuálido de unos quince años, que mantenía el equilibrio sobre los pilotes mientras sujetaba un rifle en las manos.

—¡Lord Byron está muerto! —chilló el muchacho. Mallory quedó mudo de asombro. Tom rompió el silencio con un chillido.

—¿Y eso quién lo dice?

—¡Es verdad! ¡El viejo hijo de perra la ha espichado, está más muerto que mi abuela! —El chico lanzó una carcajada alegre y atolondrada, y realizó unas volteretas por el borde de los pilotes al tiempo que meneaba el rifle por encima de la cabeza. Desapareció de un salto.

Mallory encontró por fin la voz.

—Pues claro que no.

—No —asintió Fraser. —No es probable, en cualquier caso. Ilusiones que se hacen esos anarquistas —sugirió Fraser. Hubo un silencio largo y vacío.

—Por supuesto... —dijo Mallory mesándose la barba—. Si el gran orador está muerto de verdad, eso significa... —Le fallaron las palabras, ahogadas por una sensación de fracaso y confusión. Pero los otros, callados y expectantes, lo observaban en busca de orientación—. Bueno —dijo al fin—. ¡La muerte de Byron marcaría el final de una época de grandeza!

—No tiene por qué significar gran cosa —objetó Fraser con un firme dominio de la voz—. Hay muchos hombres de gran talento en el partido. ¡Charles Babbage vive todavía! Lord Colgate, lord Brunel... El príncipe consorte, por ejemplo. El príncipe

Alberto es un hombre serio y digno de confianza.

—¡Lord Byron no puede estar muerto! —explotó Brian—. ¡Estamos metidos en medio de un barro asqueroso, creyéndonos una mentira igual de sucia!

—¡Silencio! —ordenó Mallory—. ¡Tendremos que dejar en suspenso cualquier juicio sobre este asunto hasta que dispongamos de pruebas firmes, así de simple!

—Ned tiene razón —asintió Tom—. ¡El primer ministro así lo habría querido! Ese es el método científico. Eso fue lo que siempre nos enseñó lord Byron.

Una cuerda gruesa, alquitranada, con el extremo anudado en un lazo amplio, bajó serpenteando por el muro. El teniente anarquista (el hombre refinado del pañuelo de cachemira) colocó una pierna doblada sobre el muro, con el codo en la rodilla y la barbilla en la mano.

—¡Ponga el culo en eso, amigo —sugirió—, y lo izaremos en un santiamén! —¡Se lo agradezco mucho! —respondió Mallory. Agitó la mano con gesto alegre y confiado y se metió en el lazo.

Cuando llegó el tirón, apoyó con fuerza los zapatos embarrados contra las asquerosas maderas resbaladizas y subió como un tiro por el pilote, hasta alcanzar la cima.

El líder volvió a arrojar el lazo vacío con una mano enfundada en un guante de cabritilla.

—Bienvenido, señor, a la augusta compañía de la vanguardia de la humanidad. Permítame que en estas circunstancias me presente. Soy el marqués de Hastings.

El supuesto marqués hizo una ligera inclinación y luego posó con la barbilla ladeada y un puño enguantado colocado en la cadera.

Mallory vio que el tipo hablaba en serio.

El título de marqués era una reliquia de la época anterior a la llegada de los radicales al poder, y sin embargo allí estaba ese joven impostor de algún tipo, un fósil vivo..., ¡vivo y al mando de aquella pandilla de víboras! Mallory no se habría sorprendido mucho más de haber visto a un plesiosauro joven levantar la cabeza escamosa desde las profundidades del pestilente Támesis.

—¡Muchachos —dijo el joven marqués arrastrando las palabras—, echad un poco de esa colonia sobre nuestro acre amigo! Si comete cualquier estupidez, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—¿Dispararle? —soltó alguien estúpidamente.

El marqués compuso una elaborada mueca, el gesto de un actor para indicar una violación del buen gusto. Un muchacho con un casco robado de la policía y una camisa de seda rasgada derramó sobre el cuello y la espalda desnuda de Mallory colonia fría de un frasco de cristal tallado.

Brian apareció entonces al final de la cuerda.

—Debajo de todo ese barro veo unos pantalones de soldado —observó el

marqués—. ¿Ausente sin permiso, camarada?

Brian se encogió de hombros sin decir nada.

—¿Está disfrutando de sus pequeñas vacaciones en Londres?

Brian asintió como si fuera tonto.

—Dadle a este mugriento personaje unos pantalones nuevos —ordenó el marqués. Contempló su pequeño sexteto, que una vez más estaba bajando la maroma con el torpe entusiasmo con el que se tiraba de la cuerda en la fiesta de mayo—. ¡Camarada Shillibeer! Usted tiene más o menos la misma talla que este hombre, dele sus pantalones.

—Eh, pero camarada marqués...

—¡A cada uno según sus necesidades, camarada Shillibeer! Quítese esa prenda de inmediato.

Shillibeer se desprendió con torpeza de los pantalones y se los tendió. No vestía ropa interior y se tiraba nervioso de los faldones de la camisa con una mano.

—Por el amor de Dios —bramó socarrón el marqués—, ¿es que tengo que deciros todo, zoquetes pusilánimes? —Señaló con brusquedad a Mallory—. ¡Usted! Ocupe el lugar de Shillibeer y tire de la maroma. Usted, soldado, que ya no es el secuaz del opresor sino un hombre completamente libre, póngase los pantalones de Shillibeer. Camarada Shillibeer, deje de revolverse. No tiene nada de lo que avergonzarse. Puede ir de inmediato al almacén general a buscar prendas nuevas.

—¡Gracias, señor!

—«Camarada» —lo corrigió el marqués—. Coja algo bonito, Shillibeer. Y traiga más colonia.

Tom subió a continuación, Mallory ayudó a tirar de él. Los rifles, mal colgados y tintineantes, entorpecían los movimientos de los bandidos. Eran carabinas Victoria de modelo estándar, pesadas reliquias de un solo tiro que ya solo se confiaban a las tropas nativas de las colonias. Los amotinados se veían más entorpecidos todavía por unos temibles cuchillos de cocina y unas porras improvisadas que habían ocultado de cualquier manera entre las galas robadas. Lucían pañuelos llamativos, sedas sudadas y bandoleras del ejército, y más se parecían a bashi bazouk turcos que a británicos. Dos de ellos no eran más que muchachos, mientras que otro par eran unos granujas con pinta de ladrones, fornidos y grandes, además de empapados en alcohol. El último, para continua sorpresa de Mallory, resultó ser un negro esbelto y silencioso ataviado con el atuendo discreto del ayuda de cámara de un caballero.

El marqués de Hastings examinó a Tom.

—¿Cómo se llama? —Tom, señor. El marqués señaló. —¿Cómo se llama?

—Ned.

—¿Y él?

—Brian —dijo Tom—. Creo... —

Y si es tan amable, ¿cómo se llama ese tipo de aspecto serio de ahí abajo, ese que tanto se parece a un policía? Tom dudó.

—¿No lo sabe? —Es que no nos dio un nombre propiamente dicho —lo interrumpió Mallory—. Solo lo llamamos reverendo.

El marqués miró furioso a Mallory.

—Acabamos de conocer al reverendo hoy, señor —se disculpó Tom con mucha labia—. No somos lo que usted llamaría amigos del alma.

—Supongamos entonces que lo dejamos ahí abajo —sugirió el marqués.

—Súbanlo —respondió Mallory—. Es listo.

—¿Ah, sí? ¿Y usted qué, camarada Ned? Usted no es ni la mitad de estúpido de lo que aparenta, al parecer. Y no está tan borracho.

—Entonces deme una copa —replicó Mallory con descaro—. Y tampoco me vendría mal una de esas carabinas, ya que está repartiendo el botín.

El marqués reparó en la pistola de Mallory, y luego ladeó la cabeza enmascarada y le guiñó un ojo como si compartiesen alguna broma.

—Cada cosa a su tiempo, mi impaciente amigo —dijo. Luego hizo un gesto con la mano pulcramente enguantada—. Muy bien. Súbanlo. Fraser apareció dentro del lazo.

—Bueno, «reverendo» —dijo el marqués—, ¿y cuál, si es tan amable, es su confesión?

Fraser agitó la cuerda para soltarse y salió del lazo.

—¿Y a usted qué le parece, jefe? ¡Soy un puñetero cuáquero!

Se oyó una carcajada maliciosa. Fraser compuso una mueca grosera fingiendo que estaba encantado con las risas de los otros, y sacudió la cabeza cubierta por la máscara de guinga.

—No —dijo con voz áspera—, nada de cuáquero: ¡soy un pantisoco!

Las carcajadas se detuvieron en seco.

—Pantisoco —insistió Fraser—, uno de esos yanquis alborotadores y caguetas...

El marqués lo interrumpió con una fría precisión:

—¿Me habla de un pantisócrata? ¿Es decir, de un predicador seglar del falansterio de Susquehanna?

Fraser se quedó mirando pasmado al marqués.

—Me refiero a las doctrinas utópicas del profesor Coleridge y el reverendo Wordsworth —insistió el marqués con un tono suavemente amenazador.

—Eso —gruñó Fraser—, uno de esos.

—Lo que lleva ahí parece una cartuchera de poli con su correspondiente pistola, mi pacifista amigo pantisocrático.

—Pues se la habré cogido a un poli, ¿no? —Y tras un momento añadió—: ¡A uno muerto!

Se oyeron más carcajadas interrumpidas por toses y gruñidos.

El muchacho que estaba al lado de Mallory dio un codazo a uno de los rebeldes mayores.

—¡Me toy mareando con el hedor este, Henry! ¿No podemos largarnos?

—Pregúntale al marqués —respondió Henry.

—Pregúntale tú —rogó el muchacho—, de mí siempre se ríe...

—¡Escuchen! —dijo el marqués—. Júpiter y yo escoltaremos a los nuevos reclutas al depósito general. El resto puede seguir patrullando la costa.

Los cuatro restantes gruñeron descontentos.

—No se desvíen —les riñó el marqués—, saben que a todos los camaradas les toca hacer guardia en el río, igual que a ustedes.

El marqués, seguido de cerca por el negro, Júpiter, encabezó la marcha por el dique. A Mallory le sorprendió que aquel tipo diera la espalda a cuatro extraños armados, un acto de insensatez consumada, o bien de una valentía tan despreocupada como sublime.

Mallory intercambió miradas silenciosas y muy significativas con Tom, Brian y Fraser. Los cuatro seguían portando sus armas porque los anarquistas ni siquiera se habían molestado en confiscárselas. Sería cosa de un momento dispararle a su guía por la espalda, y quizá al negro también, aunque este no iba armado. Sería un acto vil, sin embargo, atacar por detrás, aunque quizá se tratara una necesidad bélica. Pero los otros se revolvían inquietos mientras caminaban, y Mallory se dio cuenta de que esperaban que fuera él quien tomara la decisión. Aquella empresa se había convertido en algo suyo, y hasta Fraser había apostado su vida a la fortuna de Edward Mallory.

Este se adelantó y ajustó su paso al del marqués de Hastings.

—¿Qué hay en ese almacén suyo, su señoría? Un gran botín, espero.

—¡Una gran esperanza, amigo saqueador! Pero eso no importa. Dígame algo, camarada Ned: ¿qué haría usted con el botín, si lo tuviera?

—Supongo que dependería de lo que fuera —aventuró Mallory. —Usted volvería con él a su madriguera de ratas —conjeturó el marqués—, se lo vendería por una fracción de su valor a un perista judío y se lo gastaría todo en bebida para despertar, un día o dos después, en una comisaría mugrienta con el pie de un poli en el cuello.

Mallory se acarició la barbilla.

—¿Y qué haría usted con él? —¡Darle un buen uso, por supuesto! Lo utilizaremos para la causa de aquellos que le dieron valor. Y con eso me refiero al pueblo sencillo de Londres, a las masas, a los oprimidos, a los explotados, a los que producen todas las riquezas de esta ciudad.

—Habla usted de cosas muy raras —dijo Mallory.

—La revolución no saquea, camarada Ned. ¡Confiscamos, requisamos y liberamos! A usted y sus amigos los atrajeron aquí unas cuantas baratijas importadas.

Quieren llevarse lo que puedan coger con las manos en apenas unos momentos. ¿Son ustedes hombres o urracas? ¿Por qué conformarse con un puñado de sucios chelines? Podrían ser los dueños de Londres, ¡de la mismísima Babilonia moderna! ¡Podrían ser los dueños del futuro!

—¿Del futuro, eh? —replicó Mallory mientras miraba hacia atrás, a Fraser.

Sobre la máscara de guinga, los ojos del policía denotaban un odio puro. Mallory se encogió de hombros.

—¿Y cuánta pasta te dan por un cuarto de futuro, señoría?

—Le agradecería que no me llamara así —dijo el marqués con aspereza—. Se está dirigiendo usted a un veterano de la revolución popular, a un soldado del pueblo que se enorgullece del sencillo título de «camarada».

—Usted disculpe, claro.

—Usted no es tonto, Ned. No puede confundirme con un lord radical. ¡No soy un meritócrata burgués! ¡Soy un revolucionario y un enemigo mortal, por sangre y convicción, de la tiranía de Byron y de todas sus obras! Mallory tosió con fuerza y se aclaró la garganta.

—Está bien —dijo con una voz nueva y más clara—. ¿De qué va toda esta charla? Apoderarse de Londres... ¡No puede hablar en serio! Eso no se ha hecho desde Guillermo el Conquistador.

—¡Léase sus libros de historia, amigo mío! —replicó el marqués—. Wat Tyler lo hizo. Cromwell lo hizo. ¡El propio Byron lo hizo! —Se echó a reír—. ¡El pueblo alzado ha tomado la ciudad de Nueva York! ¡En este mismo momento, los trabajadores gobiernan Manhattan! Han liquidado a los ricos. ¡Han quemado Trinity! Se han apoderado de los medios de información y producción. Si unos simples yanquis pueden hacer eso, entonces el pueblo de Inglaterra, mucho más avanzado en el curso del desarrollo histórico, puede hacerlo con mayor facilidad todavía.

Para Mallory estaba claro que aquel hombre, aquel muchacho más bien, pues bajo la máscara y la fanfarronería era muy joven, creía aquella malvada locura con todo su corazón.

—Pero el Gobierno —protestó Mallory— enviará al ejército.

—Mata a sus oficiales y los soldados rasos se alzarán con nosotros —replicó el marqués con frialdad—. Mire ese soldado amigo suyo, Brian. ¡Parece muy contento en nuestra compañía! ¿Verdad, camarada Brian?

Brian asintió en silencio y agitó una mano llena de manchas.

—Usted no ha comprendido todavía la genialidad de la estrategia del capitán —señaló el marqués—. Nos encontramos en el corazón de la capital británica, la única zona de la Tierra que la elite imperial de la Gran Bretaña se resiste a devastar para lograr su maligna hegemonía. Los lores radicales no van a bombardear y quemar su precioso Londres para sofocar lo que equivocadamente creen que es un período de

disturbios pasajeros. ¡Pero...! —Levantó un índice enguantado—. Cuando montemos las barricadas por toda esta ciudad tendrán que luchar cuerpo a cuerpo contra una clase trabajadora levantada. ¡Contra hombres armados hasta la médula con la primera libertad verdadera que han conocido jamás!

Se detuvo un momento, jadeante, e intentó respirar un poco de aquel aire fétido.

—¡La mayor parte de la clase opresora —continuó entre toses— ya ha huido de Londres para escapar del hedor! ¡Cuando intenten regresar, las masas alzadas los recibirán con fuego y acero! ¡Lucharemos contra ellos desde los tejados, desde las puertas, los callejones, las cloacas y los suburbios! —Hizo una pausa para limpiarse la nariz con un pañuelo lleno de mocos que se sacó de la manga—. Confiscaremos cada uno de los músculos de la opresión organizada. Los periódicos, las líneas de telégrafo y los metros pneumáticos. ¡Los palacios, los barracones y las oficinas! ¡Lo pondremos todo al servicio de la gran causa de la liberación!

Mallory esperó, pero al parecer el joven fanático se había quedado por fin sin fuelle.

—Y usted quiere que nosotros lo ayudemos, ¿no? Que nos unamos a ese ejército del pueblo suyo...

—¡Por supuesto!

—¿Y qué sacamos nosotros?

—Todo —dijo el marqués—. Para siempre.

Había unos espléndidos barcos amarrados en el interior de los muelles de las Indias Orientales, jarcias enredadas y chimeneas de vapor. El agua del interior de los muelles, un canal secundario del torrente de residuos del Támesis, no se le antojó a Mallory tan repugnante hasta que vio, flotando en medio de finos tacos de cieno, el cuerpo de varios hombres muertos: marineros asesinados, la tripulación básica que las navieras habían dejado para vigilar los barcos del puerto. Los cadáveres flotaban como madera a la deriva, una visión que helaba la sangre. Mallory contó quince cuerpos, quizá dieciséis, mientras seguía al marqués por los amarraderos de madera cubiertos de caballetes. Quizá, supuso, habían matado a la mayor parte de las tripulaciones en otro sitio, o bien los habían reclutado para engrosar las filas de las hordas piratas de Swing. No todos los marineros eran leales al orden y la autoridad. El Ballester-Molina era un peso frío contra la tripa de Mallory.

El marqués y su hombre de color siguieron guiándolos alegremente. Pasaron al lado de un barco desierto en el que un desagradable vaho, ya fuera vapor o humo, se enroscaba ominoso, proveniente de las escotillas que conducían a las cubiertas inferiores. Un cuarteto de guardias anarquistas, con las carabinas apoyadas en una basta pila, jugaba a las cartas sobre una barricada de fardos de percal robado.

Otros guardias, borrachos, desgraciados con bigotes, chisteras malas y peores pantalones, indigentes armados, dormían sobre carretas y trineos de carga volcados,

entre un montón creciente de escombros, barriles, cestas, rollos de calabrote y rampas de carga, además de pilas de carbón negro para las silenciadas grúas de vapor. De los almacenes del otro lado del río, al sur, llegaba una descarga irregular de disparos lejanos y sordos. El marqués no mostraba demasiado interés: no perdió el paso, y ni siquiera miró en esa dirección.

—¿Se han hecho con todos esos barcos? —inquirió Mallory—. ¡Debe de tener muchos hombres, camarada marqués!

—Y cada hora más —le aseguró—. Nuestros hombres están peinando el Limehouse para alentar a todas las familias trabajadoras. ¿Conoce el término «crecimiento exponencial», camarada Ned?

—Pues no —mintió Mallory.

—Es un término matemático chasqueador —lo sermoneó el marqués con aire ausente—. Un campo muy interesante, el del chasqueo y las máquinas. Tiene un uso inagotable en el terreno del estudio científico del socialismo... —Ahora parecía distraído, nervioso—. ¡Otro día de hedor como este y tendremos más hombres que la policía de Londres! ¡Ustedes no son los primeros tipos que he reclutado, saben? A estas alturas ya soy perro viejo. ¡Bueno, pues apuesto a que hasta mi buen Júpiter podría hacerlo! —Y dio una palmada en el hombro del negro.

Este no reaccionó. Mallory se preguntó si era sordomudo. No llevaba máscara para respirar. Quizá no la necesitaba.

El marqués los guió hasta el más grande de una serie de almacenes. Incluso entre los nombres estelares del comercio (Whitby's, Evan-Hare, Aaron's, Madras & Pondicherry Co.), este era el gran palacio de la modernidad mercantil. Sus inmensas puertas de carga habían sido erigidas sobre un inteligente sistema de contrapesos articulados con el fin de revelar, en el interior, un armazón de acero con unas lunas translúcidas que acorazaban un tejado que se extendía amplio y largo como un campo de balompié. Bajo este tejado crecía un laberinto de riostras de acero, un calado de trinquetes y carriles rodados por los que se desplazaban como arañas unos carros con poleas conducidos por máquinas. En algún lugar resoplaban unos pistones con el estrépito y los conocidos taponazos de una prensa impulsada por máquinas.

Pero la prensa estaba oculta en algún sitio, tras un laberinto de objetos robados capaces de dejar pasmado a un Borgia. La mercancía yacía en montones, almiares, montañas: brocados, sillones, ruedas de carruaje, centros de mesa y arañas de luces, soperas, colchones, perros de hierro para el jardín y pilas para pájaros de París; mesas de billar, muebles bar, armazones de cama y postes de escaleras; alfombras enrolladas y repisas de chimenea de mármol.

—¡Diablos! —exclamó Tom—. ¿Cómo han hecho todo esto?

—Hace días que estamos aquí —respondió el marqués. Se quitó el pañuelo de la cara y reveló un semblante pálido de una belleza casi femenina, con un velloso bigote

rubio—. Todavía hay productos de sobra en los otros bazares, y todos ustedes tendrán la oportunidad de probar con el trineo y la carretilla. Es muy divertido. ¡Y es suyo, porque nos pertenece a todos por igual!

—¿A todos nosotros? —preguntó Mallory.

—Por supuesto. A todos los camaradas.

Mallory señaló al negro.

—¿Y qué pasa con él?

—¿Qué? ¿Mi buen Júpiter? —El marqués parpadeó, confundido—. ¡Júpiter también nos pertenece a todos, por supuesto! No es solo mi sirviente, sino el servidor del bien común. —Con un pañuelo se limpió la nariz, que le moqueaba—. Síganme.

Las pilas de botín habían convertido en un monstruoso nido de ratas el esquema de almacenaje científico del almacén. Siguieron al marqués abriéndose camino entre bajíos de cristal roto, charcos de aceite de cocina y un callejón crujiente cubierto de cáscaras de cacahuete.

—Qué extraño... —murmuró el marqués—. La última vez que estuve aquí había camaradas por todas partes.

Las montañas de productos iban disminuyendo hacia la parte trasera del almacén. Pasaron al lado de la enorme prensa, oculta en un callejón sin salida formado por fardos inmensos de papel prensa. Alguien lanzó un legajo de carteles por encima de la barricada y a punto estuvo de golpear al marqués, que se salvó con un ágil salto.

Mallory fue consciente entonces de una voz lejana, aguda y chillona.

En la parte posterior del almacén habían convertido una gran sección en un salón de conferencias improvisado. Una pizarra, una mesa atestada de vasos y un atril, todo ello aguardaba sin demasiada estabilidad sobre un escenario de cajones de jabón pegados. Juegos incompletos de sillas de comedor baratas, de roble prensado y chapa de arce, componían el patio de butacas en el que se acomodaba un público silencioso de unas tres veintenas de personas.

—Así que aquí se encuentran... —dijo el marqués con un extraño temblor en la voz—. ¡Están de suerte! La doctora Barton nos está honrando con una exposición. Siéntense enseguida, camaradas. ¡Comprobarán que esto bien merece su atención, se lo aseguro!

Para su inmensa sorpresa, Mallory se vio obligado junto con sus compañeros a unirse al público en la última fila de sillas. El negro permaneció de pie, con las manos unidas a la espalda, en la parte posterior de la sala.

Mallory, sentado al lado del marqués, se frotó incrédulo los ojos escocidos. —¡Pero si esta ponente suya lleva vestido!

—¡Shhh! —susurró el marqués con insistencia. La ponente, que empuñaba un puntero de ébano con una tiza en la punta,

intimidaba a la multitud sentada con una voz repleta de fanatismo muy bien

medido. La extraña acústica de la sala improvisada deformaba sus palabras, como si estuviera hablando a través de un parche de tambor. Al parecer se trataba de una especie de conferencia sobre la abstinencia, porque estaba censurando «el veneno del alcohol» y la amenaza que este suponía «para el espíritu revolucionario de la clase trabajadora». Sobre la mesa tenía varios frascos, grandes garrafones con tapones de cristal llenos de licor. Todos estaban etiquetados con la calavera y las tibias cruzadas, entre un cúmulo de pipetas de destilación, tubos rojos de caucho, cajones de alambre y hornillos de gas de laboratorio.

Tom, a la derecha de Mallory, dio un golpecito en el brazo a su hermano y susurró con una voz casi aterrorizada: —¡Ned! ¡Ned! ¿Es esa lady Ada?

—Dios mío, muchacho —siseó Mallory. El vello de los brazos y el cuello se le había puesto de punta a causa del miedo—. ¿Cómo se te ocurre? ¡Por supuesto que no es ella!

Tom pareció aliviado, confuso, un poco ofendido.

—¿Entonces quién es? La oradora se volvió hacia la pizarra y escribió, con una letra cursiva muy femenina, las palabras «Depravación neurasténica». Luego giró la cabeza y por encima del hombro dirigió al público una sonrisa tan falsa como esplendorosa, y por fin Mallory la reconoció.

Era Florence Russell Bartlett.

Mallory se envaró en la silla con un grito de espanto que apenas logró sofocar. Algo, una mota de algodón seco del interior de la máscara, se le alojó como una púa en la garganta. Empezó a toser y no era capaz de detenerse. Tenía la garganta viscosa y lacerada. Intentó sonreír, susurrar alguna palabra de disculpa, pero tenía la sensación de que unas correas de hierro le apretaban el cuello. Mallory bregó contra aquellos atroces espasmos con todas sus fuerzas. Lloró lágrimas calientes pero no pudo contenerse, ni siquiera reprimir aquella tos seca que era como una pesadilla, que atraía sobre él una atención letal, como el vocerío de un vendedor ambulante. Al final se levantó con una sacudida, tiró la silla con gran estrépito y se tambaleó hacia la salida, doblado sobre sí y medio ciego.

Atravesó tambaleándose, con los brazos estirados frente a sí, el desierto borroso del pillaje. Los pies se le enredaron con algo y un objeto de madera cayó con estruendo. De algún modo logró encontrar un pequeño refugio y se tendió allí, temblando violentamente y ahogado por un repugnante bolo de flemas y vómito. Podría morir de esto, pensó desesperado. Se le salían los ojos de las órbitas. Se romperá algo. Me estallará el corazón.

Y entonces, de algún modo, el obstáculo desapareció y el ataque fue derrotado. Mallory consiguió aspirar una bocanada entrecortada, tosió, y encontró el modo de volver a respirar. Se limpió un salivazo inmundo de la barba con el dorso de la mano y reparó en que se había apoyado en una estatua. Se trataba de una doncella hindú de

tamaño natural, realizada con la piedra artificial patentada de Coate. Estaba medio desnuda y llevaba un cántaro de agua apoyado contra la cadera velada. El cántaro era de sólida piedra, por supuesto, aunque cada átomo del cuerpo de Mallory clamaba por un purificador sorbo de agua.

Alguien le dio una fuerte palmada en la espalda. Se giró, esperando ver a Tom o Brian, pero se encontró al marqués.

—¿Está usted bien?

—Un ataque pasajero... —logró emitir Mallory. Agitó una mano para quitar importancia al asunto, pero fue incapaz de erguirse.

El marqués le puso en la mano una petaca curvada de plata.

—Tome —dijo—. Esto lo ayudará.

Mallory, que se esperaba coñac, se llevó la petaca a los labios. Un brebaje parecido a la melaza y que sabía un poco a regaliz y olmo le inundó la boca. Tragó de mala gana y preguntó:

—¿Qué... qué es esto?

—Uno de los remedios de hierbas de la doctora Barton —respondió el marqués —, un específico contra la fetidez. Espere, permítame empapar con él su máscara; los vapores le despejarán los pulmones.

—Preferiría que no lo hiciera —indicó Mallory con voz áspera.

—¿Está entonces en condiciones de volver a la conferencia?

—¡No! No...

El marqués lo miró escéptico.

—¡La doctora Barton es un genio de la medicina! Fue la primera mujer que se licenció, y con honores, en Heidelberg. Si supiera las maravillas que ha logrado entre los enfermos de Francia, esos pobres desgraciados dados por muertos por aquellos que se hacen llamar expertos...

—Lo sé —dejó escapar Mallory. Volvió a él algo parecido a la fuerza, y con ella la necesidad de asfixiar al marqués, de zarandear a aquel pequeño y peligroso idiota, maldito fuera, y de apretarle el cuello hasta sacarle las tonterías como si fuera una masa de pasta. Sintió el impulso suicida de escupir la verdad, de anunciar que sabía que la tal Barton era una envenenadora, una adúltera, una vitrioleuse buscada por la policía de al menos dos países. Podía susurrar esta confesión y después matar al marqués de Hastings y ocultar su cuerpo desgraciado en algún sitio.

Pero el ímpetu lo abandonó pronto, sustituido por una astucia racional, fría y quebradiza como el hielo. —Preferiría hablar con usted, camarada —dijo Mallory—, más que escuchar cualquier conferencia.

—¿De veras? —respondió Hastings con el rostro iluminado. Mallory asintió con entusiasmo. —Yo... A mí me parece que siempre es más provechoso escuchar a un hombre

que sabe de verdad lo que hace.

—No termino de entenderlo, camarada —dijo el marqués—. A veces creo que es usted el típico necio egoísta, pero luego resulta un hombre de una inteligencia bastante sofisticada. ¡Desde luego, está por encima de esos amigos suyos!

—He viajado un poco —respondió Mallory despacio—. Supongo que eso educa a un hombre.

—¿Viajado adónde, camarada?

Mallory se encogió de hombros.

—Argentina, Canadá... Por el continente, aquí y allá.

El marqués echó un vistazo a su alrededor, como si buscara espías al acecho entre las pilas para pájaros y las arañas de luces. Cuando no percibió ninguno pareció relajarse un poco, y luego habló con urgencia renovada, pero sin levantar la voz.

—Quizá conozca algo del sur americano... La Confederación... Mallory negó con la cabeza.

—Hay una ciudad llamada Charleston, en Carolina del Sur. Una ciudad encantadora. Alberga una gran comunidad de exiliados británicos de buena cuna que huyeron de los radicales. Los caballeros arruinados de la Gran Bretaña.

—Qué bien —gruñó Mallory.

—Charleston es una ciudad tan refinada y cultural como cualquiera de Gran Bretaña.

—Y usted nació allí, ¿no? —Mallory se había precipitado al confesar su deducción en voz alta, porque Hastings se mostró susceptible con el tema y frunció el ceño. Se apresuró a añadir—: Debe de haber prosperado en Charleston, para poseer un negro.

—Espero con sinceridad que no sea usted un antiesclavista intolerante —dijo el marqués—. Tantos británicos lo son... ¡Supongo que le gustaría que mandara al pobre Júpiter a una de esas selvas de Liberia, plagadas de fiebres!

Mallory contuvo el gesto de asentimiento. Lo cierto es que era abolicionista y partidario de la repatriación de los negros.

—El pobre Júpiter no duraría ni un día en el imperio de Liberia —insistió el marqués—. ¿Sabía usted que sabe leer y escribir? Yo mismo le enseñé. Incluso lee poesía.

—¿Su negro lee versos? —«Versos» no. Poesía. Los grandes poetas. John Milton... Pero apuesto a que usted nunca ha oído hablar de él.

—Uno de los ministros de Cromwell —respondió Mallory de inmediato—, autor de la Areopagítica. El marqués asintió. Parecía satisfecho.

—John Milton escribió un poema épico, Paraíso perdido. Es una historia bíblica en verso suelto.

—Yo soy agnóstico —replicó Mallory.

—¿Conoce el nombre de William Blake? Escribió e ilustró sus propios libros de poemas.

—No pudo encontrar un editor de verdad, ¿eh?

—Todavía hay poetas magníficos en Inglaterra. ¿Ha oído hablar de John Wilson Croker? ¿Winthrop Mackworth Praed? ¿Bryan Waller Procter?

—Es posible —dijo Mallory—. Leo un poco, horrores de a penique, sobre todo. —Le desconcertaba el extraño interés del marqués por aquel arcano asunto. Y estaba preocupado por Tom y los otros, por lo que estarían pensando allí sentados, esperándolo. Quizá perdieran la paciencia e intentaran algo imprudente, algo que resultaba de todo punto inadmisible.

—Percy Bysshe Shelley era poeta antes de encabezar a los luditas en la Época de los Problemas —dijo el marqués—. ¡Sepa que Percy Shelley vive! Byron lo exilió a la isla de Santa Elena. Sigue allí prisionero, en la rectoría de Napoleón I. Hay quienes dicen que en este tiempo ha escrito allí libros enteros, obras de teatro y sonetos.

—Tonterías —protestó Mallory—. Shelley murió en prisión hace siglos.

—Vive —dijo el marqués—. No muchos lo saben.

—Y lo siguiente que dirá usted es que Charles Babbage escribía poesía — replicó Mallory con los nervios de punta—. ¿Qué sentido tiene esto?

—Es una teoría mía —dijo el marqués—. No tanto una teoría de verdad como una intuición poética. Pero desde que estudié los escritos de Karl Marx, y, por supuesto, del gran William Collins, se me ha ocurrido que se ha estropeado de un modo funesto el curso auténtico y natural del desarrollo histórico. —El marqués se detuvo unos instantes y esbozó una sonrisa de satisfacción—. ¡Pero dudo que usted pueda entenderme, mi pobre amigo!

Mallory negó bruscamente con la cabeza.

—Lo entiendo bastante bien. Se refiere a una catástrofe.

—Sí. Muy bien podría llamarlo así.

—¡La historia opera con catástrofes! Así funciona el mundo, es el único modo que hay, que ha habido o que habrá. ¡No existe la historia, solo hay contingencias!

La compostura del marqués se quebró en mil pedazos.

—¡Es usted un mentiroso!

Mallory sintió que el insulto de aquel necio le molestaba en lo más vivo.

—¡Su cabeza está llena de fantasmas, muchacho! ¡«Historia»! Usted cree que debería tener títulos y haciendas y que yo debería pudrirme en Lewes fabricando sombreros. ¡Y no hay más que eso! Pequeño necio, ¡a los radicales les importan un pimiento usted, Marx, Collins y cualquiera de sus pantomimas poéticas! Les matarán a todos como a ratas en un pozo de serrín.

—Usted no es lo que parece —reflexionó el marqués, demudado como el papel —. ¿Quién es usted? ¿Qué es?

Mallory se puso tenso.

Los ojos del muchacho se abrieron mucho.

—Un espía. —Fue a coger su arma.

Mallory lo golpeó en toda la cara. Cuando el marqués se tambaleó hacia atrás, lo cogió por el brazo y le asestó un porrazo en la cabeza, y un segundo, con el pesado cañón del Ballester-Molina. El marqués se desplomó sangrando.

Mallory le arrebató la segunda pistola, se incorporó y miró a su alrededor. El negro se encontraba a menos de cinco metros de distancia.

—Lo he visto —dijo Júpiter en voz baja. Mallory se quedó callado. Apuntó al hombre con las dos manos. —Ha golpeado a mi amo. ¿Lo ha matado?

—Creo que no —respondió Mallory.

El negro asintió. Luego extendió las palmas abiertas, con suavidad, como si fuera una bendición.

—Usted tenía razón, señor, y él estaba equivocado. En la historia no hay nada. Ni progreso, ni justicia. No hay nada salvo horror caprichoso.

—Eso puede ser —aceptó Mallory con lentitud—, pero si grita, tendré que dispararle.

—Si lo hubiera matado, desde luego que habría gritado —dijo el negro. Mallory miró a su espalda.

—Sigue respirando.

Se produjo un largo silencio. El negro se quedó muy quieto, en una postura rígida y perfecta, indeciso, como un cono platónico en perfecto equilibrio sobre su punta, a la espera de algún impulso más allá de la causalidad que determinara la dirección de su caída.

Suspiró.

—Vuelvo a Nueva York —dijo. Se giró sobre un tacón pulido y se alejó sin prisa hasta desaparecer entre las inmensas barricadas de productos.

Mallory estaba bastante seguro de que aquel hombre no iba a gritar, pero esperó unos momentos la prueba que confirmara esa creencia. El marqués se sacudió y gimió. Mallory le arrancó de la cabeza rizosa el pañuelo de cachemira y lo amordazó con él.

Fue cuestión de un momento colocarlo de un empellón detrás de una inmensa urna de terracota.

La conmoción de sus actos había dejado a Mallory con la boca seca, y la garganta se le antojaba papel de lija ensangrentado. No había nada que beber, salvo, por supuesto, la petaca de plata con la poción de la charlatana. Mallory la encontró a tientas, se la sacó al marqués del bolsillo de la chaqueta y se remojó la garganta. Dejaba un cosquilleo entumecido en la parte posterior del paladar, como el champán seco. Resultaba repugnante, pero en cierto modo pareció reanimarlo. Tomó unos

cuantos tragos.

Volvió a la zona de la conferencia y se sentó al lado de Fraser. El policía enarcó una ceja y lo miró con expresión interrogante. Mallory palmeó la culata de la pistola del marqués, que llevaba guardada en la cinturilla del pantalón, al otro lado del Ballester-Molina. Fraser asintió de forma imperceptible.

Florence Russell Bartlett continuaba su arenga, y su comportamiento en el escenario parecía inducir en su público una misteriosa parálisis. Mallory descubrió con asco y sobresalto que la señora Bartlett estaba mostrando algunos de esos aparatos de los curanderos destinados a evitar los embarazos. Un disco de goma flexible, un tapón de esponja con un hilo acoplado... Mallory no puedo evitar la oscura imaginería del coito que implicaban aquellos extraños objetos. La noción consiguió que se le revolvieran las tripas.

—Hace un momento mató un conejo —siseó Fraser por la comisura de la boca—. Le metió el morro en esencia de puro.

—No he matado al muchacho —susurró Mallory a su vez—. Una conmoción, creo... —Contempló a Bartlett, cuya diatriba se deslizaba hacia unos extraños planes de cría selectiva para mejorar la raza humana. En su futuro, al parecer, se aboliría el matrimonio propiamente dicho. El «amor libre universal» sustituiría a la castidad. La reproducción sería una cuestión que se dejaría a los expertos. Los conceptos nadaban como sombras oscuras en las orillas del cerebro de Mallory. Se le ocurrió entonces, sin razón aparente, que aquel día (aquella misma tarde, de hecho) era el establecido para su propia conferencia triunfal sobre el brontosauro, con el acompañamiento quinotrópico del señor Keats. Aquella espantosa coincidencia le produjo un extraño escalofrío.

Brian se inclinó de repente sobre Fraser y cogió la muñeca desnuda de Mallory entre unos dedos de hierro.

—¡Ned! —siseó—. ¡Salgamos de este maldito lugar!

—Todavía no —respondió Mallory. Pero se sentía conmocionado. Una hipnótica sacudida de pánico puro pareció penetrar en su interior a través de los dedos de Brian —. Todavía no sabemos dónde se esconde Swing. Podría estar en esta madriguera, en cualquier sitio...

—¡Camaradas! —gritó Bartlett con una voz que era como una cuchilla helada—. ¡Sí, los cuatro de la parte de atrás! ¡Si tienen que molestarnos, si tienen noticias de tan urgente interés, entonces no cabe duda de que deberían compartirlas con el resto de los camaradas de Chautauqua!

Los cuatro se quedaron inmóviles.

Bartlett los taladró con sus ojos de Medusa. Los demás oyentes, liberados de algún modo de su extraña esclavitud, se giraron para lanzarles una mirada feroz con un júbilo sediento de sangre. La multitud parecía enardecida ante la truculenta

perspectiva: el alivio del desgraciado que ve cómo el castigo que le estaba destinado recae en otro.

Tom y Brian hablaron a la vez con susurros inquietos.

—¿Se refiere a nosotros?

—Dios mío, ¿qué hacemos?

Mallory se sentía atrapado en una pesadilla. Pensó que una palabra rompería el hechizo.

—No es más que una mujer —dijo en voz bastante alta y tranquila.

—¡Cállese! —le siseó Fraser—. ¡Estese quieto!

—¿No tienen nada que contarnos? —se mofó Bartlett—. Eso creía...

Mallory se puso en pie.

—¡Sí que tengo algo que decir!

Con la velocidad de un resorte, tres hombres se levantaron entre el público con la mano en alto.

—¡Doctora Barton! ¡Doctora Barton! Bartlett asintió con gentileza y señaló con la varita de tiza.

—El camarada Pye tiene la palabra.

—Doctora Barton —exclamó Pye—, no reconozco a estos camaradas. Se están comportando de una forma regresiva, y... ¡y creo que deberían ser criticados! Un feroz silencio cayó sobre la multitud. Fraser tiró de la pernera del pantalón de Mallory.

—¡Siéntese, idiota! ¿Se ha vuelto loco?

—¡Tengo noticias! —gritó Mallory a través de la máscara de guinga—. ¡Noticias para el capitán Swing! Bartlett pareció sobresaltarse, y su mirada se disparó en todas direcciones.

—Cuéntenoslas entonces a todos —ordenó—. ¡Aquí todos somos iguales!

—¡Sé dónde está el modus, señora Bartlett! —gritó Mallory—. ¿Quiere que se lo diga a todos estos pardillos y fregonas? Se armó un buen estrépito cuando los hombres se pusieron en pie de un salto. Bartlett chilló algo que se perdió entre el ruido.

—¡Busco a Swing! ¡Debo hablar con él a solas! —El caos comenzó a apoderarse de la sala. Mallory propinó una fuerte patada a la silla vacía que tenía delante y sacó de golpe las dos pistolas del cinturón—. ¡Sentaos, hijos de perra! —Apuntó con las armas al público—. ¡Le reventaré los sesos al primer cobarde que se mueva!

La respuesta fue toda una descarga de disparos.

—¡Corred! —chilló Brian. Tom, Fraser y él huyeron de inmediato. A ambos lados de Mallory las sillas volaban por los aires y se convertían en astillas. El público disparaba con pésima puntería. Mallory apuntó las dos pistolas hacia Bartlett, que permanecía en el podio, y apretó los gatillos. No se disparó ninguna de las dos: se le

había olvidado amartillar los percutores. El arma del marqués parecía disponer de una especie de seguro niquelado.

Alguien le arrojó una silla desde muy cerca; él la esquivó con facilidad, pero entonces algo lo golpeó con fuerza en el pie. El impacto fue lo bastante intenso como para adormecerle la pierna y hacerle perder el equilibrio, oportunidad que aprovechó para retirarse.

No era capaz de correr muy rápido, quizá lo habían dejado tullido. Las balas pasaban silbando a su lado con un zumbido nostálgico que le recordó al lejano Wyoming.

Fraser le hizo señas desde la boca de un callejón. Mallory corrió hacia él, se giró y patinó.

Fraser salió con frialdad al espacio abierto, levantó su avispero de policía y adoptó la postura del duelista: brazo derecho extendido, cuerpo girado para presentar un objetivo estrecho, mirada atenta, la cabeza quieta. Disparó dos veces y se oyeron sendos gritos.

Cogió a Mallory por el brazo.

—¡Por aquí! —Al paleontólogo se le salía el corazón del pecho y no acertaba a mover bien el pie.

Cojeó callejón abajo, travesía que terminó de repente en una tapia. Fraser buscó frenético una escapatoria. Tom empujaba a Brian para que se subiera a una alta e inestable pila de cajas.

Mallory se detuvo al lado de sus hermanos, se dio la vuelta y alzó las dos pistolas. Le echó un vistazo rápido a su pie: una bala perdida le había arrancado el tacón del zapato. Levantó la cabeza un instante después y vio media docena de bandidos vociferantes que les pisaban los talones.

Entonces una inmensa conmoción sacudió el edificio. Montañas de productos enlatados cayeron con estrépito al suelo en medio de una nube de pólvora. Mallory se quedó boquiabierto.

Los seis desgraciados yacían tendidos en el callejón, reventados, como si los hubiera alcanzado un rayo.

—¡Ned! —gritó Brian desde lo alto de las cajas—. ¡Coge sus armas! —Él permaneció allí agazapado, sobre una rodilla. La pistola rusa aún humeaba desde la recámara abierta. Cargó un segundo cartucho rojo de latón y papel encerado, grueso como la porra de un poli.

Mallory comenzó a avanzar con un fuerte zumbido en los oídos. Resbaló, y a punto estuvo de caer en el charco de sangre que se extendía por el suelo. Buscó algo a lo que agarrarse con la mano derecha y se le disparó el Ballester-Molina, cuya bala resonó al alcanzar una viga de hierro del techo. Se detuvo un momento y puso el seguro con cuidado. Hizo lo mismo con la pistola del marqués y después se metió las

dos en el cinturón. La vacilación le había hecho perder unos segundos preciosos.

El callejón estaba inundado de sangre. El estallido del cañón de mano ruso había causado terribles laceraciones a aquellos hombres. La garganta de un pobre diablo seguía borboteando cuando Mallory le arrancó la carabina Victoria que había quedado bajo su cuerpo. El arma chorreaba sangre por la culata. Tiró cuanto pudo de la bandolera de otro rufián, pero tuvo que rendirse y recogió el revólver yanqui con culata de madera de un tercero. Algo le pinchó en la palma de la mano al blandir la pistola. Se miró con expresión estúpida y luego reparó en la empuñadura. Había un trocito retorcido de metralla caliente incrustado en la madera, una rebaba cortante que parecía una gran esquirla de metal.

Empezaron a oírse disparos de rifle a lo lejos. Las postas se enterraban en el botín que los rodeaba con extraños crujidos y el tintineo musical del vidrio.

—¡Mallory! ¡Por aquí! —gritó Fraser.

Este había descubierto una hendidura en la pared del almacén. Mallory se giró para colgarse la carabina y buscar a Brian, y vio que el joven artillero saltaba al otro lado del callejón en busca de otro emplazamiento estratégico.

Se coló por la hendidura detrás de Fraser, gruñendo y respirando con esfuerzo al tener que recorrer así varios metros de muro. Las balas empezaron a estrellarse contra los ladrillos delante y detrás de ellos, aunque muy por encima de sus cabezas. Aquellos disparos errados impactaban en el tejado de hojalata como golpes de tambor. Mallory salió al fin y se encontró a Tom trabajando como un poseso en un callejón. Estaba levantando una barricada con tocadores de señora de patas ahusadas. Los trastos yacían apilados en un montón de blanco barnizado, como los cadáveres de unas gigantescas arañas tropicales.

El traqueteo de los rifles, más intenso ahora, sumía el almacén en una confusa cacofonía. A su espalda, Mallory oyó gritos de rabia y miedo cuando descubrieron a los muertos.

Tom introdujo un trozo de cabecero de hierro entre un montón de cajas, empujó esta palanca improvisada con la espalda y provocó una estrepitosa avalancha.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Seis. —Podría ser peor. ¿Dónde está Brian?

—No lo sé. —Mallory se descolgó la carabina y se la pasó a su hermano, que la cogió por el cañón y la sujetó a distancia, sorprendido al verla cubierta de sangre.

Fraser, que mantenía vigilada la grieta, disparó su avispera. Se escucharon un horrible chillido de mujer y unos movimientos bruscos, como si hubiera una rata envenenada en la pared.

Atraídas por los gritos, las balas empezaron a alcanzar los escombros que los rodeaban con algo más de precisión. Una posta cónica del tamaño de un pulgar cayó de la nada a los pies de Mallory y empezó a girar como una peonza sobre las tablas

del suelo.

Fraser le dio unos golpecitos en el hombro. Mallory se giró. El policía se había quitado la máscara. Tenía la mirada enardecida y en su barbilla pálida había aparecido un rastrojo negro.

—¿Y ahora qué, doctor Mallory? ¿Qué nueva e inspirada maniobra se le ocurre?

—Pues podría haber funcionado, ¿sabe? —protestó Mallory—. De haberme creído podría habernos llevado directamente a ver a Swing. Con las mujeres nunca se sabe.

—Oh, pues claro que lo creyó —respondió Fraser, que de repente se echó a reír, un sonido seco y extraño, como cuando se frota resina—. Bueno, ¿qué tiene ahí?

—Una pistola. —Mallory le ofreció el revólver que había recuperado—. Cuidado con ese trozo de metralla. Fraser extrajo la púa incrustada con el tacón de la bota.

—¡Jamás había visto algo parecido a la pipa de ese muchacho! Dudo mucho que sea legal, aunque esté en manos de un bizarro héroe de Crimea. El disparo de un rifle arrancó un buen trozo de uno de los tocadores, y a punto estuvo de alcanzar a Fraser. Mallory levantó la cabeza, sobresaltado.

—¡Maldita sea! Un francotirador lejano se aferraba como un mono a una de las vigas de hierro, mientras colocaba otro cartucho en el rifle. Mallory arrebató la Victoria a Tom: se sujetó la correa ensangrentada alrededor del antebrazo, apuntó y apretó el gatillo. No sirvió para nada porque ya se había disparado el único tiro, pero el francotirador abrió la boca en una «o» de terror y saltó de la viga con un lejano estruendo.

Mallory tiró del cerrojo y extrajo el cartucho vacío.

—Debería haber cogido esa maldita bandolera...

—¡Ned! —Brian apareció de repente a su izquierda, agazapado tras un montón de trastos—. ¡Por aquí, he encontrado balas de algodón!

—¡De acuerdo!

Siguieron a Brian y subieron como pudieron al botín por una cascada de varillas de ballena y candelabros. Las balas silbaban y se estrellaban a su alrededor con un zumbido. Había más hombres en las vigas, pensó Mallory, demasiado ocupado para mirar. Fraser se incorporó una vez y disparó al bulto, sin resultado aparente.

Había decenas de balas de algodón desmotado de la Confederación, envueltas en cuerda y arpillera y apiladas casi hasta el techo.

Brian gesticuló como un loco y luego desapareció por el otro lado de la pila de algodón. Mallory lo entendió: con un poco de trabajo, aquello podía constituir una fortaleza natural.

Tom y él levantaron y volcaron uno de los fardos para desprenderlo de la parte superior de la pila, tras lo que se introdujeron en la cavidad. Los proyectiles se hincaron en el algodón con un jadeo suave cuando Fraser se asomó y devolvió el

fuego.

Tiraron de una patada otra bala, y luego una tercera. Fraser se unió de un salto a ellos en la excavación. En un minuto frenético y agotador habían abierto una madriguera en la zona más densa, como hormigas en medio de una caja de terrones de azúcar.

Su posición era ahora obvia; los proyectiles estallaban y se hundían con un golpe seco en la fortaleza de algodón, aunque en vano. Mallory arrancó un gran trozo de material y se limpió el sudor y la sangre de la cara y los brazos. Era un trabajo muy duro el de cargar con balas de algodón. No le extrañaba que los tipos del sur se lo hubieran dejado a los morenos.

Fraser despejó un estrecho espacio entre dos balas.

—Deme otra pistola. —Mallory le pasó el revólver de cañón largo del marqués. Fraser disparó un tiro, entrecerró los ojos y asintió—. Bonita pieza... —A modo de respuesta recibieron una salva de disparos inútiles. Tom, entre gruñidos y jadeos, despejó algo más de espacio levantando y arrojando una bala de la parte de atrás del montón. El bloque produjo al chocar un estrépito similar al ruido de una pianola astillada.

Hicieron inventario. Tom tenía una pistola de cañón corto con la recámara cargada; útil, quizá, si los anarquistas se acercaban en tromba como piratas al abordaje, aunque no serviría de mucho en ninguna otra circunstancia. El Ballester-Molina de Mallory disponía de tres cartuchos. Al avispero de Fraser le quedaban tres proyectiles, y al arma del marqués cinco. También tenían una carabina Victoria vacía y la pequeña porra de Fraser.

No había señal alguna de Brian.

Se oyeron gritos ahogados y coléricos en las profundidades del almacén. Órdenes, pensó Mallory. El tiroteo acabó de repente, sustituido por un silencio ominoso que únicamente quedaba roto por unos extraños crujidos y lo que parecía un martilleo. El paleontólogo se asomó por encima de una de las balas adelantadas. No había enemigos a la vista, pero alguien había cerrado las puertas del almacén.

Entonces, en una repentina oleada, la penumbra se enseñoreó de la nave. Más allá de la bóveda vidriada, había oscurecido a una velocidad más que asombrosa, como si el hedor se hubiera espesado de repente todavía más.

—¿Deberíamos salir corriendo? —susurró Tom.

—No sin Brian —respondió Mallory.

Fraser sacudió la cabeza con expresión adusta. No expresó en voz alta sus dudas, aunque fue bastante elocuente.

Trabajaron en la penumbra durante un rato. Despejaron algo de espacio, excavaron un poco más y levantaron algunos fardos a modo de almenas. Al oírse su actividad recibieron más disparos, destellos de cañones que iluminaban la oscuridad,

balas que silbaban entre las vigas del techo. Entre los montones de mercancía relucían la luces de algunos faroles.

Oyeron más órdenes y cesó el fuego. Del tejado les llegó un golpeteo continuado que desapareció enseguida.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tom.

—Parecían ratas escabulléndose —dijo Mallory.

—¡Lluvia! —sugirió Fraser. Mallory guardó silencio. Le parecía más probable otra precipitación de cenizas. De repente la oscuridad volvió a iluminarse. Mallory se asomó por el borde.

Una multitud de rufianes se había arrastrado hasta llegar prácticamente a los pies del baluarte, descalzos y en absoluto silencio, algunos con cuchillos entre los dientes. Dio la voz de alarma con un bramido y empezó a disparar.

Lo cegaron una vez más los destellos de sus propias armas, pero el Ballester-Molina parecía tener vida propia y no cejaba en sus culatazos. En un instante desaparecieron los tres cartuchos restantes, aunque no los había desperdiciado: a tan corta distancia no era posible fallar. Habían caído dos hombres, un tercero se arrastraba como podía y el resto huía aterrorizado.

Mallory no podía verlos, pero los oía reagruparse, arremolinarse, maldecirse unos a otros. Su arma estaba vacía, así que aferró el cañón caliente como si fuese una estaca.

El edificio tembló con el horrendo rugido de la pistola de Brian.

El silencio posterior quedó roto al instante por unos gritos agónicos. Se sucedió entonces un largo y angustioso minuto marcado por el infernal alarido de los heridos y los moribundos, un estrépito, una maldición y un fortísimo estruendo metálico.

De repente, una forma oscura que apestaba a pólvora aterrizó entre ellos de un salto. Brian.

—Menos mal que a mí no me habéis disparado —dijo—. Diablos, está muy oscuro aquí dentro, ¿no?

—¿Estás bien, muchacho? —se interesó Mallory.

—Fetén —respondió Brian mientras se incorporaba—. Mira lo que te he traído, Ned.

Puso algo en las manos de Mallory. La forma pesada y lisa de la culata y el cañón se adaptaba a su puño como la seda. Era un rifle para búfalos.

—Hay un cajón entero de estas bellezas —dijo Brian—. Está en una oficina, un cuartucho del otro lado. Y municiones también, aunque solo he podido traer dos cajas.

Mallory empezó a cargar el rifle de inmediato. Un cartucho dorado tras otro encajaban en el cargador de resorte con el tintineo de los buenos mecanismos.

—Una cosa muy rara —dijo Brian—. No creo que supieran que andaba suelto

entre ellos. No tienen sentido alguno de la estrategia. ¡No parece haber ningún traidor del ejército entre esta chusma, eso seguro!

—Esa pipa que tiene ahí es una maravilla, muchacho —opinó Fraser.

Brian gruñó.

—Ya no, señor Fraser. Solo disponía de dos cartuchos. Ojalá me hubiera contenido, pero cuando vi una oportunidad tan bonita para abrir fuego enfilado tuve que aprovecharla.

—Tú no te preocupes —lo tranquilizó Mallory mientras acariciaba la culata de nogal del rifle—. Si tuviéramos cuatro de estos, podríamos contenerlos toda la semana.

—¡Mis disculpas! —dijo Brian—, pero no voy a poder realizar demasiados reconocimientos activos. Estoy un poco tocado.

Una bala perdida le había abrasado la pantorrilla. El hueso blanco asomaba por la herida poco profunda, y tenía la bota embarrada llena de sangre. Fraser y Tom apretaron un trozo de algodón limpio contra la herida mientras Mallory seguía vigilando con el rifle.

—Ya basta —protestó Brian al fin—. Chicos, vais a dejar mal a lady Nightingale. ¿Ves algo, Ned?

—No —respondió Mallory—. Pero los oigo maquinar algo, nada bueno.

—Han regresado a tres puntos de reunión —anunció Brian—. Se replegaron justo más allá del alcance de vuestra línea de fuego, pero los desperdigué con el disparo de la escoria del zar. Dudo que vuelvan a lanzar un ataque sobre nosotros. Ya no tienen agallas para ello.

—¿Y qué harán entonces?

—Apostaría a que algún tipo de zapa —dijo Brian—. Adelantar unas barricadas, quizás algo sobre ruedas. —Escupió con la boca seca—. Maldita sea, necesito beber algo. No había pasado tanta sed desde Lucknow.

—Lo siento —se disculpó Mallory.

Brian suspiró.

—Teníamos un aguador de lujo en el regimiento, en la India. ¡Aquel pequeño hindú, maldito fuera, valía más que diez de estos mamones!

—¿Viste a la mujer? —preguntó Fraser—. ¿O al capitán Swing?

—No. Me mantuve a cubierto y avancé con sigilo. Buscaba una clase mejor de arma de fuego, sobre todo algo con alcance. Y vi cosas bastante raras. Encontré el rifle de caza de Ned en una especie de despacho pequeño. No había ni un alma allí dentro, salvo un tipo pequeño y con pinta de oficinista que escribía en una mesa. Ardían un par de velas y había papeles esparcidos por todas partes. El sitio estaba lleno de armas embaladas para su exportación. No sé por qué guardan esos estupendos rifles ahí atrás, al cargo de un oficinista, mientras reparten victorias; es

algo que, como profesional, queda más allá de mi comprensión.

Una oleada de luz verdosa y aguada entró en el edificio y perfiló a un hombre armado que se elevaba con una polea, sentado en el lazo de la cuerda. Rápido como el pensamiento, Mallory centró la mira en el hombre, exhaló y disparó. El objetivo se desmoronó hacia atrás y quedó colgando por las rodillas, inerte.

Volvieron a clavarse en el algodón los disparos de rifle, y Mallory se agazapó.

—Buen emplazamiento, las balas de algodón —dijo Brian satisfecho al tiempo que daba unas palmaditas en el suelo de arpillera—. Hickory Jackson se ocultó detrás de ellas en Nueva Orleáns y también nos dio una tunda.

—¿Qué pasó en la oficina, Brian? —preguntó Tom.

—El tipo se lió una especie de papirosi —respondió Brian—. ¿Los conoces? Tabaco turco para liar. Salvo que él cogió un cuentagotas de un pequeño frasco similar a los de las medicinas, puso unas gotas primero en el papel y luego lo envolvió con una hoja extraña que sacó de una caja de caramelos. Me fijé bien en su cara cuando encendió el cigarro con la vela y se le quedó la mirada ausente, ida se podría decir. ¡Como aquí el hermano Ned, con uno de sus problemas intelectuales! —Brian lanzó una risa seca; no pretendía ofender a nadie—. No me pareció bien interrumpirlo en ese momento, ¡así que cogí un rifle y una caja o dos, y allí que me fui calladito calladito!

Tom se echó a reír.

—Así que le echaste un buen vistazo, ¿eh? —preguntó Mallory.

—Claro. —¿El tipo tenía un bulto en la frente, justo aquí?

—¡Que me aspen si no lo tenía!

—Ese era el capitán Swing —dijo Mallory.

—¡Entonces soy un auténtico cabeza de chorlito! —exclamó Brian—. ¡No me parecía bien dispararle a un hombre por la espalda, pero si hubiera sabido que era él, le hubiera volado ese chichón allí mismo!

—¡Doctor Edward Mallory! —gritó una voz desde la oscuridad.

Mallory se levantó y se asomó por una de las balas. El marqués de Hastings se encontraba abajo, con la cabeza vendada y un farol en una mano. Agitaba un pañuelo blanco con un palo.

—¡Leviatán Mallory, quiero parlamentar con usted! —gritó el marqués.

—Hable entonces —respondió Mallory con cuidado de no enseñar la cabeza.

—¡Está aquí atrapado, doctor Mallory! Pero tenemos una oferta para usted. Si nos dice dónde ha escondido cierto objeto de gran valor que ha robado, permitiremos que usted y sus hermanos se marchen libres. Pero su policía espía de la Oficina Especial debe quedarse. Tenemos algunas preguntas que hacerle.

Mallory se mofó de él.

—¡Escúcheme, Hastings, y todos los demás! ¡Envíennos a ese maníaco de Swing

y a su fulana asesina con las manos atadas! ¡Entonces dejaremos que el resto se largue de aquí silenciosamente antes de que llegue el ejército!

—Las muestras de insolencia no le servirán de nada —dijo el marqués—. ¡Prenderemos fuego a ese algodón y se asarán como una camada de conejos!

Mallory se volvió.

—¿Puede hacerlo?

—Cuando el algodón va así de apretado, lo que se quema y todo es nada —teorizó Brian.

—¡Claro, quémenlo! —gritó Mallory—. Quemen el bazar entero y asfíxiense con el humo.

—Ha sido usted muy osado, doctor Mallory, y ha tenido mucha suerte. ¡Pero nuestros hombres más selectos patrullan ahora las calles de Limehouse y liquidan a la policía! ¡Pronto volverán como soldados endurecidos, veteranos de Manhattan! ¡Tomarán su pequeño escondite por asalto, a punta de bayoneta! ¡Salgan ahora, cuando todavía tienen la oportunidad de salvar la vida!

—¡No tememos a ninguna chusma yanqui! ¡Mándenlos a probar un poco de metralla!

—¡Hemos hecho nuestra oferta! ¡Razónela como un auténtico intelectual!

—Váyase al infierno —replicó Mallory—. Mándeme a Swing. ¡Quiero hablar con Swing! Ya me he cansado de usted, pequeño traidor engreído.

El marqués se retiró. Unos momentos después comenzó un tiroteo sin demasiado entusiasmo. Mallory dedicó media caja de cartuchos a devolver el fuego contra los destellos de los cañones.

Los anarquistas dieron comienzo entonces al laborioso trabajo de desplazar una máquina de asedio. Se trataba de una falange improvisada con tres carretillas pesadas, en cuya parte frontal habían atado un blindaje inclinado de tableros de mesa de mármol. La armadura rodante era demasiado ancha para que cupiera por el callejón torcido que llevaba hasta las balas de algodón, así que los rebeldes se abrieron camino entre los montones de mercancía apilándolos a los lados de las carretas. Mallory hirió a dos mientras trabajaban, pero la experiencia les aguzó el ingenio y no tardaron en erigir una pasarela cubierta tras los progresos del arma de asedio.

Ahora parecía haber muchos más hombres. La oscuridad era aún más profunda, pero por algunos sitios aparecían faroles encendidos, y las vigas de hierro estaban atestadas de francotiradores. Se añadió una conversación ruidosa (una discusión, al parecer) a los gemidos de los heridos.

El arma de asalto se acercó un poco más, hasta que se encontró debajo de la mejor línea de fuego de Mallory. Si este se exponía en un intento por inclinarse sobre las murallas, los francotiradores lo alcanzarían sin duda alguna.

El arma de asedio llegó a la base de las balas de algodón. Se oyó un estruendo y

algo fue triturado en la base del muro. Una voz distorsionada y amortiguada, ayudada quizá por un megáfono, resonó en el interior del arma de asedio.

—¡Doctor Mallory!

—¿Sí?

—Ha preguntado por mí... ¡Pues aquí estoy! Estamos tirando el muro de su palacio, doctor Mallory. Pronto quedará expuesto.

—¡Un trabajo duro para un jugador profesional, capitán Swing! ¡No se ampolle esas manos tan delicadas!

Tom y Fraser, que habían estado trabajando en equipo, dejaron caer una pesada bala de algodón sobre el arma de asedio. El proyectil rebotó sin provocar ningún daño. Un fuego bien organizado barrió la fortaleza y obligó a los defensores a ponerse a cubierto.

—¡Alto el fuego! —gritó Swing, y luego se echó a reír.

—¡Tenga cuidado, Swing! ¡Si me dispara, nunca sabrá dónde está oculto el modus!

—¡Sigue siendo un necio fanfarrón! Usted nos robó el modus en el derby. ¡Podría habérnoslo devuelto y haberse ahorrado cierta destrucción! ¡Ignorante obstinado, ni siquiera tiene una noción clara del auténtico propósito de ese objeto!

—¡Pertenece por derecho a la reina de las máquinas, eso lo sé bastante bien!

—Si lo cree así es que no sabe nada de nada.

—Sé que es de Ada porque así me lo dijo ella. ¡Y ella sabe dónde está escondido porque yo le indiqué dónde lo guardo!

—¡Mentiroso! —gritó Swing—. Si Ada lo supiese, ya lo tendríamos. ¡Es una de los nuestros!

Tom gruñó en voz alta.

—¡Ustedes son sus atormentadores, Swing!

—Le digo que Ada es nuestra.

—La hija de Byron jamás traicionaría al reino.

—¡Byron está muerto! —exclamó Swing con la terrible convicción de la verdad —. Y todo lo que construyó, todo aquello en lo que usted cree, será barrido.

—Está soñando. Se produjo un largo silencio.

Luego Swing volvió a hablar con una voz nueva y halagadora:

—El Ejército está disparando contra el pueblo, doctor Mallory. Este guardó silencio.

—El Ejército británico, el baluarte de su supuesta civilización, dispara contra sus compatriotas y los mata en las calles. Se está disparando con armas de fuego automático contra hombres y mujeres que solo tienen piedras en las manos.

¿Acaso no lo oye?

Mallory no respondió.

—Han construido ustedes sobre arena, doctor Mallory. El árbol de su prosperidad está enraizado en el más oscuro asesinato. Las masas ya no pueden soportarlo. ¡La sangre clama desde las calles de Babilondres, siete veces maldita!

—¡Salga Swing! —exclamó Mallory—. ¡Salga de su oscuridad, déjeme ver su rostro!

—Ni hablar —replicó Swing.

Hubo otro silencio.

—Mi intención era cogerlo vivo, doctor Mallory —dijo Swing de modo terminante—. Pero si es cierto que le ha confesado su secreto a Ada Byron, entonces ya no lo necesito. ¡Mi camarada de confianza, la compañera de mi vida, retiene a la reina de las máquinas en una red perfecta! Tendremos a lady Ada, y el modus, y también el futuro. Y usted tendrá las profundidades del Támesis envenenado, que será su sepulcro.

—¡Mátenos entonces y deje de decir disparates, maldita sea! —gritó Fraser de repente, incapaz de seguir soportando aquello—. La Sección Especial los verá retorciéndose al extremo de una soga aunque hagan falta cien años.

—¡La voz de la autoridad! —se burló Swing—. ¡El todopoderoso Gobierno británico! Se les da bien acabar con pobres desgraciados en las calles, pero veamos si sus abotargados plutócratas toman este almacén cuando retenemos aquí una mercancía que vale millones.

—Tiene que estar completamente loco —dijo Mallory.

—¿Por qué cree que elegí este sitio como cuartel general? ¡Los gobiernan tenderos que dan más valor a sus preciosos bienes que a cualquier número de vidas humanas! Jamás abrirán fuego contra sus propios almacenes, contra sus propios embarques. ¡Aquí somos inexpugnables!

Mallory se echó a reír.

—¡Pero sería estúpido! Si Byron está muerto, entonces el Gobierno está en manos de lord Babbage y sus comités de emergencia. ¡Babbage es un maestro del pragmatismo! No lo contendrá la preocupación por ninguna mercancía.

—Babbage es el peón de los capitalistas.

—¡Es un visionario, pequeño payaso iluso! ¡Una vez se entere de que está aquí dentro, reventará este sitio sin pensarlo dos veces!

Un trueno sacudió el edificio. Se oyó un tamborileo en el tejado.

—¡Está lloviendo! —exclamó Tom.

—Es artillería —dijo Brian.

—No, escucha... ¡está lloviendo, Brian! ¡El hedor ha terminado! ¡Es lluvia, bendita sea!

Había empezado una discusión bajo el refugio del arma de asedio. Swing gruñía a sus hombres.

Empezó a caer agua fresca por el encaje desigual que habían abierto las balas en el techo.

—Es lluvia —dijo Mallory y se chupó la mano—. ¡Lluvia! Hemos ganado, muchachos. —Se oyó un trueno—. Incluso si nos matan aquí —gritó—, para ellos ha terminado. Cuando el aire de Londres vuelva a dulcificarse no tendrán ningún sitio en el que esconderse.

—Puede que esté lloviendo —dijo Brian—, pero eso es artillería naval de una

pulgada, en el río... Un obús atravesó el techo en medio de un torrente de metralla en llamas. —¡Ya estamos a tiro! —gritó Brian—. ¡Por el amor de Dios, poneos a cubierto!

—Y él comenzó a luchar con desespero con las balas de algodón.

Mallory contempló asombrado los proyectiles que, uno tras otro, iban perforando el tejado, los agujeros tan pulcramente espaciados como las punzadas de una lezna de zapatero. Volaban torbellinos de basura ardiente, como el impacto de cometas de hierro.

La bóveda de cristal estalló en mil fragmentos afilados como cuchillos. Brian chilló algo a Mallory, pero su voz quedó ahogada por la cacofonía. Mallory se quedó aturdido unos momentos, y entonces se inclinó para ayudar a su hermano. Levantaron otra bala de algodón y se agazaparon en la trinchera.

Mallory se quedó allí sentado, con el rifle en las rodillas. Los estallidos de luz caían como una cortina sobre el techo combado. Las vigas de hierro empezaron a torcerse debido la presión, y los remaches estallaban como disparos. El ruido era infernal, ultraterreno. El almacén se sacudía como una lámina de estaño batido.

Brian, Tom y Fraser se agazapaban como beduinos orantes y apretaban las palmas de las manos contra los oídos. Fragmentos encendidos de madera y tela arrancados por los impactos caían sobre las balas de algodón, que ardía sin llama. Todo el almacén parecía ondular debido al calor del aire.

Mallory arrancó con aire ausente dos trozos de algodón y se los metió en los oídos.

Una sección del tejado se derrumbó entonces con bastante lentitud, como el ala de un cisne moribundo. La lluvia torrencial pugnaba contra los fuegos encendidos en tierra.

La belleza penetró en el alma de Mallory. Se puso en pie con el rifle entre las manos, como si de una varita mágica se tratara. El bombardeo se había detenido, aunque el fragor era incesante porque el edificio estaba ardiendo. Las sucias lenguas flamígeras danzaban en cien lugares diferentes, allí donde las ráfagas de viento les daban formas fantásticas.

Mallory se asomó al borde del parapeto de algodón. El bombardeo había derribado la pasarela cubierta y la había convertido en meras astillas, como un

embarrado pasadizo de termitas aplastado por una bota. Permaneció allí de pie, aturdido por el monótono y sublime rugido, viendo cómo sus enemigos huían profiriendo alaridos.

Un hombre se detuvo entre las llamas y se dio la vuelta. Era Swing, que levantó la vista para mirar a Mallory, que se encontraba allí de pie. Su rostro se retorció en una expresión de asombro desesperado. Gritó algo, gritó más alto todavía, pero no era más que un hombrecillo que estaba muy lejos, y Mallory no lo oyó. El paleontólogo negó lentamente con la cabeza.

Swing levantó entonces su arma. Mallory vio con una agradable sensación de sorpresa el perfil conocido de una carabina Cutts-Maudslay.

Swing apuntó, se preparó y apretó el gatillo. Unos zumbidos vagos y agradables rodearon a Mallory, un pequeño estallido musical del techo perforado que tenía detrás. Mallory, cuyas manos se movían con una elegancia magnífica e involuntaria, levantó el rifle, apuntó y disparó. Swing se revolvió y cayó despatarrado. La Cutts-Maudslay, todavía en su mano, continuó sacudiéndose impulsada por el resorte y siguió traqueteando aun después de vaciarse el tambor de cartuchos.

Mallory contempló sin excesivo interés a Fraser, que saltó entre las ruinas con la agilidad de una araña y se acercó al anarquista caído con la pistola en la mano. Esposó a Swing y luego levantó su cuerpo inerte y se lo puso al hombro.

A Mallory le escocían los ojos. El humo del almacén en llamas se reunía bajo los restos del tejado. Bajó la cabeza, y con un parpadeo vio cómo Tom bajaba al suelo a Brian, que andaba cojeando.

Los dos se reunieron con Fraser, que no dejaba de hacerles señas. Mallory sonrió, descendió y los siguió. Los tres huyeron entonces entre los fuegos cada vez más intensos que azotaban el lugar. Mallory los seguía sin prisa.

La catástrofe había abierto en la fortaleza de Swing un géiser de ladrillos destrozados. Mallory, dichoso, entró acompañado por el chirrido de los clavos de su tacón roto en un Londres renacido.

En una tempestad de lluvia purificadora.

El 12 de abril de 1908, a los ochenta y tres años de edad, Edward Mallory murió en su casa de Cambridge. Las circunstancias exactas del óbito son oscuras. Al parecer, se tomaron medidas para preservar el decoro correspondiente a un antiguo presidente de la Real Sociedad. Las notas del doctor George Sandys, amigo y médico personal de lord Mallory, indican que el gran intelectual murió a causa de una hemorragia cerebral. Sandys también anotó, al parecer por razones propias, que todo daba a entender que el finado había entrado en la fase final de su agonía vestido con ropa interior elástica, calcetines sujetos con ligas y zapatos de vestir con los cordones atados.

El médico, un hombre meticuloso, también tomó nota de un objeto descubierto bajo la barba blanca y luenga. Alrededor del cuello del gran hombre, colgado de una fina cadena de acero, había un sello antiguo de mujer que mostraba el blasón de la familia Byron y el lema «Crede Byron». La nota cifrada del médico es la única prueba conocida de este aparente legado, posiblemente una muestra de aprecio.

Es muy probable que Sandys se incautara del anillo, aunque un catálogo meticuloso de las posesiones de este, realizado después de su muerte en 1940, no lo menciona.

Tampoco se hace mención alguna de este anillo en el testamento de Mallory, un documento muy elaborado y, por lo demás, preciso e impecable.

Imagínense a Edward Mallory en su despacho de erudito, en su palaciego hogar de Cambridge. Es tarde. El gran paleontólogo, cuyos días de campo hace ya mucho tiempo que han quedado atrás y que ha renunciado a la presidencia, dedica ahora el invierno de su vida a asuntos teóricos y a labores más sutiles de la administración científica.

Hace ya mucho que lord Mallory ha modificado las doctrinas catastrofistas de su juventud y ha abandonado con dignidad la desacreditada noción de que la Tierra no tiene más de trescientos mil años, tras ver que el fechado radiactivo demuestra lo contrario. Para Mallory es suficiente con que el catastrofismo resultara ser el camino acertado que condujo a una verdad geológica superior, y que lo llevó a él a su mayor triunfo personal: el descubrimiento, en 1865, de la deriva continental.

Más que el brontosauro, más que los huevos ceratopsianos del desierto de Gobi, es este salto asombroso, temerario y sobre todo perspicaz, lo que le ha asegurado una fama inmortal.

Mallory, que duerme poco, se sienta ante un escritorio japonés curvilíneo, de marfil artificial. Detrás de las cortinas abiertas, unas bombillas incandescentes brillan tras las ventanas policromadas de estampados abstractos de su vecino más cercano. La casa del vecino, como la de Mallory, es un motín de formas orgánicas orquestadas con meticulosidad y coronadas por un tejado de escamas de dragón iridiscentes hechas de cerámica, el estilo arquitectónico moderno que domina en Inglaterra, aunque la moda en sí tiene sus orígenes en el cambio de siglo y en la floreciente República de Cataluña.

Mallory ha puesto fin hace apenas un rato a una reunión supuestamente clandestina de la Sociedad de la Luz. Como jerarca superior de esta menguante fraternidad, esta noche luce el traje de ceremonia oficial. La casulla de lana, de un color índigo regio, está ribeteada de escarlata. La falda hasta el suelo, también de color índigo, de seda artificial y con un ribete similar, está decorada con bandas concéntricas de piedras semipreciosas. Ha dejado a un lado la corona con forma de

huevo, chapada en oro e incrustada con cuentas de colores, con un cubrenuca de escamas doradas superpuestas; este objeto reposa ahora sobre una pequeña impresora de escritorio.

Se coloca los anteojos, carga una pipa y la enciende. Su secretario, Cleveland, es un hombre muy puntilloso y ordenado: le ha dejado dos juegos de documentos colocados sobre el escritorio en carpetas de color manila, con cierres de latón. Una de ellas se encuentra a su derecha, la otra a su izquierda, y no se puede saber cuál escogerá.

Escoge la carpeta de la izquierda. Es un informe impreso por máquinas de un anciano funcionario de la Meirokusha, una famosa confraternidad de eruditos japoneses que sirve, y no por casualidad, de sede más oriental de la Sociedad de la Luz. El texto preciso del informe no se puede encontrar en Inglaterra pero se conserva en Nagasaki, junto con una anotación que indica que se envió por telegrama al jerarca, a través de los canales habituales, el 11 de abril. El texto indica que la Meirokusha, que sufre un grave declive en su membresía y una falta creciente de asistencia a sus reuniones, ha votado posponer de forma indefinida las reuniones. Va acompañado de una factura detallada de un refrigerio y los honorarios de alquiler de una pequeña habitación encima del Seiyoken, un restaurante del barrio Tsukiji de Tokio.

Si bien la noticia no es inesperada, a lord Mallory lo inunda una sensación de pérdida y amargura. Su genio, feroz en el mejor de los casos, se ha agudizado con la vejez; su indignación aumenta hasta convertirse en una cólera desesperada.

Se rompe una arteria.

Esa cadena de acontecimientos no ocurre.

Escoge la carpeta de la derecha. Es más gruesa que la de la izquierda, y le intriga. Contiene un detallado informe de campo sobre una expedición paleontológica de la Real Sociedad a la costa pacífica del Canadá occidental. Lo inunda una agradable y renacida nostalgia por sus tiempos expedicionarios, y estudia el informe con atención.

La labor moderna de la ciencia no podría ser más diferente de la que se hacía en sus tiempos. Los científicos británicos han volado al continente desde la floreciente metrópolis de Victoria y se han desplazado a las montañas con toda comodidad, en automóviles, desde una lujosa base situada en la villa costera de Vancouver. Su líder, si se le puede dar ese título, es un joven licenciado de Cambridge llamado Morris, al que Mallory recuerda como un tipo raro con tirabuzones, dado a lucir capas de terciopelo y elaborados sombreros modernistas.

Los estratos que se examinan son cámbricos, esquisto oscuro de una calidad casi litográfica. Y, al parecer, abunda en ellas una amplia variedad de formas intrincadas, los restos finos como el papel y totalmente aplastados de una antigua fauna invertebrada. Mallory, especialista en vertebrados, comienza a perder el interés; ha

visto, cree, más trilobites de los que nadie tendría que ver, y lo cierto es que siempre le ha resultado difícil entusiasmarse por algo de menos de medio centímetro de longitud. Y lo que es peor, la prosa del informe le parece poco científica, marcada por un desafortunadísimo aire de entusiasmo radical.

Dirige su atención entonces a las placas.

En la primera hay una cosa que posee cinco ojos. Tiene un orificio largo y con ganchos en lugar de boca.

Hay una cosa sin patas parecida a una raya, toda lóbulos y gelatina, con una boca plana y con colmillos. No muerde, sino que se cierra como un iris.

Hay una cosa cuyas patas son catorce pinchos puntiagudos y callosos, una cosa que no tiene cabeza, ni ojos, ni tripas, pero que sí dispone de siete diminutas bocas con tenazas, cada una en la punta de un tentáculo flexible.

Estas cosas no guardan ninguna relación con ninguna criatura conocida, de ningún período conocido.

Una oleada de sangre y asombro le sube por el cráneo. Un torbellino de implicaciones comienza a clasificarse en su interior, ascendiendo paso a paso hasta convertirse en un extraño y numinoso fulgor, una oleada extática hacia la comprensión absoluta, tan brillante, tan clara, tan íntima...

Su cabeza choca contra la mesa cuando cae hacia delante. Se derrumba de espaldas, a los pies de la silla. Los miembros, entumecidos y etéreos, siguen alzándose envueltos en la luz de la fascinación, la luz de un conocimiento asombroso, un conocimiento que empuja, que presiona contra las fronteras de lo real, un conocimiento que está muriendo por nacer.

Quinta iteración

El ojo que todo lo ve

Una tarde en Horseferry Road, 12 de noviembre de 1855, imagen grabada por A. G. S. Hullcoot, del departamento de Antropometría Criminal.

El obturador de la Talbot Excelsior de Hullcoot ha capturado a doce hombres que descienden por la amplia escalinata de la Oficina Central de Estadísticas. La triangulación localiza a Hullcoot, con su potente objetivo, en el tejado de las oficinas de una editorial situada en la calle Holywell.

Entre los once hombres destaca Laurence Oliphant. Su mirada, bajo el ala negra del sombrero de copa, es templada e irónica.

Como los demás, lleva un abrigo oscuro sobre unos pantalones estrechos de un color un poco más suave. Un alzacuello de seda oscura rodea su garganta. El efecto es digno y escultural, aunque hay algo en su forma de conducirse que sugiere los andares de un deportista.

Los demás hombres son abogados, funcionarios de la Junta y un representante de alto nivel de Colgate Works. Tras ellos, sobre Horseferry Road, descienden abruptamente los cables de cobre de los telégrafos de la Junta.

El proceso de revelado demuestra que las manchas de color pálido que salpican estos cables son palomas. Aunque la tarde es razonablemente luminosa, Oliphant, un visitante frecuente de la Junta, está abriendo un paraguas. La parte superior del sombrero de copa del representante de Colgate exhibe una coma alargada compuesta por blancos excrementos de paloma.

Oliphant estaba sentado a solas en una pequeña sala de espera, comunicada por una puerta de cristal cilindrado con una enfermería. Las paredes de color ante estaban cubiertas de diagramas de colores en los que se mostraban los estragos causados por diversas enfermedades atroces. Había una estantería repleta a rebosar de deslustrados volúmenes médicos, unos bancos de madera que bien podían proceder de una iglesia en ruinas, y una alfombra de color carbón en mitad del suelo. Miró el maletín de instrumentos, hecho de caoba, y el enorme rollo de hilo.

Ambos descansaban en el espacio reservado a cada uno de ellos en la estantería. Alguien dijo su nombre. Vio una cara tras los paneles de la puerta de la enfermería. Pálida, con algunos mechones de pelo húmedo y oscuro pegados a una frente prominente.

—Collins —dijo—. «Capitán Swing».

—Y otros rostros, una legión de ellos, los rostros de los desaparecidos, nombres borrados de su memoria.

—¿Señor Oliphant?

El doctor McNeile lo miraba desde la puerta. Vagamente azorado, Oliphant se levantó de su banco y alisó su chaqueta con un gesto automático.

—¿Se encuentra bien, señor Oliphant? Tenía una expresión realmente curiosa hace solo un momento. —McNeile era un sujeto delgado, con una barba bien recortada, pelo castaño oscuro y unos ojos tan pálidos que casi parecían transparentes.

—Sí, gracias, doctor McNeile. ¿Y usted?

—Muy bien, gracias. Están manifestándose ciertos síntomas muy notables, señor Oliphant, tras la estela de los recientes sucesos. ¡He tenido el caso de un caballero que marchaba sentado en el techo de un ómnibus, en la calle Regent, cuando el vehículo fue embestido de costado por un coche a vapor que viajaba a una velocidad de unas veinte millas por hora!

—¿De veras? Aterrador... Para espanto de Oliphant, McNeile se frotó las manos.

—No había ningún trauma físico derivado de la colisión. Ninguno. Ninguno en absoluto. —Clavó su brillante y casi incolora mirada en Oliphant—. Pero posteriormente hemos constatado episodios de insomnio, melancolía incipiente, accesos de amnesia de menor importancia... Numerosos síntomas asociados con una histeria latente. —McNeile sonrió, un rápido rictus de triunfo—. ¡Hemos observado, señor Oliphant, una progresión clínica de la columna ferroviaria de notable pureza, por decirlo así!

Con una inclinación de cabeza, invitó a Oliphant a pasar a la bella sala forrada de madera y amueblada con ominosos artefactos electromagnéticos que había al otro lado de la puerta. Oliphant se quitó el abrigo y la chaqueta y los dejó sobre un galán de caoba.

—¿Y sus... ataques, señor Oliphant?

—Ninguno, gracias a usted, desde el último tratamiento.

—¿Era cierto? La verdad es que era difícil de asegurar.

—¿Y ha tenido dificultades para conciliar el sueño?

—Yo diría que sí, en efecto.

—¿Algún sueño digno de mención? ¿Visiones al despertar?

—No. McNeile lo miró con sus pálidos ojos.

—Muy bien.

Oliphant, sintiéndose como un completo idiota con el corsé y la pechera almidonada, se subió a la «mesa de manipulación» de McNeile, un mueble curiosamente articulado que recordaba en la misma medida a un diván y a un potro de

tortura. Los diversos segmentos del artefacto estaban forrados con un brocado tieso estampado a máquina, suave y frío al tacto. Oliphant trató de ponerse cómodo; McNeile consiguió que le fuera imposible haciendo girar algunas de las diversas ruedas de bronce del aparato.

—Estese quieto —le dijo.

Oliphant cerró los ojos.

—Ese Pocklington... —dijo McNeile.

—¿Perdone? —Oliphant abrió los ojos. McNeile, sobre él, estaba colocando una bobina de hierro en una estructura ajustable.

—Pocklington. Está tratando de llevarse todo el crédito por la remisión de la epidemia de cólera de Limehouse.

—El nombre no me resulta familiar. ¿Es un médico?

—En absoluto. Es un ingeniero, nada más. ¡Asegura haber acabado con la enfermedad por el sencillo procedimiento de quitarle una manija a una bomba de agua municipal! —En ese momento, estaba atornillando en su lugar correspondiente un cable de cuero trenzado.

—Me temo que no le entiendo.

—¡No es de extrañar, señor mío! Ese hombre es un necio o un charlatán de la peor especie! Ha escrito en el Times que el cólera no es más que la consecuencia de la contaminación de agua.

—No es una afirmación del todo irrazonable, ¿no le parece?

—Pero sí totalmente contraria a la ciencia médica. —McNeile continuó trabajando con un segundo cable de cobre—. El tal Pocklington, verá usted, es una especie de protegido de Lord Babbage. Lo contrataron para remediar los problemas de ventilación de los trenes neumáticos.

Al detectar la envidia en el tono de voz de McNeile, Oliphant sintió un leve y malicioso acceso de satisfacción. En el funeral de Estado celebrado por Byron, Babbage se había lamentado de que la medicina moderna continuara siendo un arte más que una ciencia. Su discurso, como es natural, había encontrado la máxima resonancia en los medios de comunicación.

—Cierre los ojos, por favor. Podría saltar alguna chispa. —McNeile estaba poniéndose un par de guantes de cuero grandes y rígidos.

Conectó los cables de cuero a una enorme pila voltaica. El tenue y escalofriante olor de la electricidad inundó la sala.

—Por favor, trate de relajarse, señor Oliphant. Eso facilitará la reversión de polos.

Una gigantesca lámpara Webb, una columna corintia acanalada alimentada a través de las alcantarillas por gas, iluminaba Half Moon Street. Como todas las Webbs de Londres, esta había permanecido apagada durante la crisis del verano por temor a que

se produjeran fugas o explosiones. De hecho, hubo un mínimo de una docena de detonaciones en medio del pavimento, atribuidas en su mayor parte al grisú que alimentaba la Webb. Lord Babbage era un abierto defensor del método Webb; como consecuencia de ello, hasta el último escolar sabía que el metano que podía producir una sola vaca bastaba para cubrir durante un día entero las necesidades de calefacción, iluminación y cocina de una casa.

Oliphant miró la farola mientras se acercaba a la fachada georgiana de su propia casa. La luz era otra de las señales de que, aparentemente, estaban volviendo a la normalidad, pero esto no le proporcionaba demasiado consuelo. El cataclismo físico, y sobre todo social, era ya cosa del pasado, pero la muerte de Byron había generado una serie sucesiva de oleadas de inestabilidad; Oliphant se las imaginaba expandiéndose como ondas por la superficie de un estanque, solapándose con otras que se generaban en puntos de impacto menos visibles, hasta crear áreas de turbulencia tan impredecibles que resultaban peligrosas. Una de ellas, sin duda, era el asunto de Charles Egremont y la caza de brujas que estaban sufriendo los luditas.

Oliphant sabía, con una certeza profesional absoluta, que los luditas eran cosa del pasado; a pesar de los esfuerzos de algunos maníacos anarquistas, las revueltas que habían azotado Londres durante el verano no habían tenido coherencia u organización política algunas. Todas las aspiraciones razonables de las clases trabajadoras habían sido subsumidas con éxito por los radicales. Byron, en sus días de gloria, había sido capaz de combinar justicia con demostraciones perfectamente orquestadas de misericordia. Los primeros líderes de los luditas, que habían firmado la paz con los radicales, eran ahora los razonables y prósperos líderes de respetables sindicatos y uniones profesionales. Algunos de ellos eran magnates de la industria, aunque su paz de espíritu se había visto seriamente perturbada por la sistemática exhumación de sus antiguas convicciones llevada a cabo por Egremont.

En los turbulentos años cuarenta había surgido un nuevo brote de ludismo, dirigido esta vez contra los radicales y armado con un compendio de reivindicaciones populares y un desesperado entusiasmo hacia la violencia. Pero se había desmoronado en un torbellino de traiciones intestinas, y sus representantes más audaces, como Walter Gerard, habían sido castigados de manera inquietantemente pública. En la actualidad, los grupos como los Demonios de Manchester, al que Michael Radley había pertenecido de niño, no eran más que meras bandas juveniles, desprovistas casi por completo de aspiraciones políticas. Es posible que la influencia del capitán Swing se dejara sentir todavía en la Irlanda rural, o incluso en Escocia, pero Oliphant atribuía este hecho a las políticas agrarias de los radicales, que eran la cara negativa de sus rutilantes proyectos de industrialización.

No, pensó mientras Bligh, al ver que llegaba, le abría la puerta. El espíritu de Ned Ludd había desaparecido casi por completo de aquella tierra, así que, ¿cómo había

que interpretar a Egremont y su furibunda campaña?

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Bligh. —Le entregó el sombrero de copa y el paraguas.

—La cocinera está resfriada, señor.

—Muy bien. Cenaré en el estudio, gracias.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, muchas gracias. —Los imanes de McNeile o su mesa de manipulaciones diabólicamente incómoda le habían dejado la espalda dolorida. McNeile le había sido recomendado por lady Brunel, la columna de cuyo esposo había tenido que sufrir, según se decía, una cantidad desmesurada de descargas eléctricas por culpa del tendido ferroviario a lo largo de su famosa carrera. Recientemente, el doctor había diagnosticado que los «ataques» de Oliphant, como insistía en llamarlos, eran un síntoma de «columna ferroviaria», mal en el que la polaridad magnética del paciente había quedado revertida como consecuencia de algún trauma. La tesis de McNeile era que esta condición podía corregirse mediante la aplicación de descargas electromagnéticas, y, como consecuencia de ello, Oliphant realizaba ahora visitas semanales a la consulta que tenía en Harley Street. Las manipulaciones de McNeile le recordaban a Oliphant al insalubre y profundo interés de su padre por los secretos del hipnotismo.

El progenitor de Oliphant, tras servir como procurador general en la colonia de El Cabo, había sido nombrado procurador de justicia de Ceilán. A consecuencia de esto, Oliphant había recibido una educación privada e, inevitablemente, bastante fragmentaria, a la que le debía tanto la fluidez que exhibía con varias lenguas modernas como su extraordinaria ignorancia del griego y del latín. Sus padres habían sido unos evangélicos bastante excéntricos, y aunque él mismo todavía conservaba, bien que de manera privada, ciertos aspectos de su fe, no podía dejar de sentir cierto temor al recordar los experimentos de su padre: barras de hierro, esferas de cristal...

¿Cómo, se preguntó mientras subía los escalones alfombrados de su escalera, estaría adaptándose lady Brunel a la vida como esposa del primer ministro?

Su herida japonesa empezó a palpitar al asir la barandilla.

Sacó una llave Mudslay triple del bolsillo superior de su chaqueta y abrió la puerta de su estudio. Bligh, poseedor de la única copia de esta llave, había encendido el gas y removido los rescoldos.

El estudio, forrado de roble, tenía vistas al parque desde una triple ventana cóncava. Una antigua mesa de refectorio, bastante sencilla, que la ocupaba casi de lado a lado, hacía las veces de escritorio para Oliphant. Una moderna silla de oficina, montada sobre unas ruedas giratorias, migraba de manera habitual alrededor de la mesa en función de las necesidades de Oliphant de desplazarse entre los diferentes montones de carpetas. Por culpa de estas peregrinaciones diarias, las ruedecillas

habían empezado a desgastar la lanilla de la Axminster azul.

Tres terminales telegráficas Colt & Maxwells, con sus bóvedas de vidrio y sus rollos de cinta amontonados en las cestas de alambre que descansaban sobre el suelo, dominaban el extremo de la mesa más próximo a la ventana. Había también un transmisor por resortes y una cifradora que expedía una cinta en la que se referían las noticias recientes de Whitehall. Los diversos cables de estos dispositivos, envueltos en seda de color borgoña, ascendían serpenteando hasta un globo ocular, decorado con flores, desde donde descendían luego para terminar en una placa de bronce bruñido que ostentaba la insignia de la Oficina de Correos, alojada en el revestimiento de madera.

En ese momento, uno de los terminales empezó a emitir un zumbido. Oliphant cruzó la mesa de un lado a otro y leyó el mensaje a medida que iba saliendo de la base de caoba.

> Muy atareado con asuntos personales pero sí pase STOP
> Wakefield FIN

Bligh entró con una bandeja de cordero en rodajas y pepinillos.

—Le traigo una botella de cerveza, señor —dijo mientras ponía un mantel y unos cubiertos de plata sobre una sección de la mesa que se mantenía despejada con este único fin.

—Gracias, Bligh. —Oliphant levantó con las yemas de los dedos el mensaje de Wakefield y luego volvió a dejarlo caer sobre la cesta de alambre.

Bligh sirvió la cerveza y se marchó con la bandeja y la botella de cerámica vacía. Oliphant llevó la silla de oficina hasta allí y se sentó frente al cordero con pepinillos Branston.

En mitad de su solitaria cena, lo sobresaltó el traqueteo de uno de los tres terminales. Dirigió la mirada hacia allí y vio que la cinta de la máquina de la derecha empezaba a desplegarse. La de la izquierda, donde había llegado la invitación de Wakefield, era su máquina personal. La de la derecha la utilizaban sus subordinados, normalmente Betteridge, o Fraser, para informarle de asuntos policiales. Dejó el cuchillo sobre la mesa y se levantó.

Leyó el mensaje a medida que iba saliendo de la ranura de bronce.

> RE F B se requiere su presencia de inmediato STOP
> Fraser FIN

Sacó el reloj de pulsera alemán de su padre para consultar la hora. Volvió a guardarlo y tocó el vidrio que rodeaba el terminal del telégrafo central. No había recibido ningún mensaje desde la muerte del último primer ministro.

La dirección a la que lo llevó el carruaje estaba en Brigsome's Terrace, a poca distancia de una especie de vía pública que los especuladores disfrutaban moldeando a lo largo del territorio salvaje, y en su mayor parte inexplorado, que era el este de Londres.

En cuanto al lugar en sí, decidió Oliphant al salir de su carruaje, era el más triste bloque de edificios que jamás se hubiera construido con ladrillos y argamasa. Con toda probabilidad, se dijo, el desgraciado que había especulado con aquellas diez espantosas prisiones en forma de vivienda se hubiera colgado en el baño de alguna taberna de las inmediaciones antes de que su espantosa obra estuviera concluida.

Las calles por las que lo había llevado el carruaje hasta allí eran exactamente como cabía esperar que uno tuviese que transitar en tiempos como aquellos, vías aparentemente ajenas a la luz del sol y a los peatones normales. En aquel momento estaba cayendo una fina lluvia y Oliphant se lamentó por un instante de no haber aceptado el impermeable que Bligh le había ofrecido en la puerta. Los dos hombres que había delante del número 5 llevaban largas y empapadas prendas de algodón egipcio encerado. Una reciente innovación procedente de Nueva Gales, y muy apreciada en los campos de batalla de Crimea, e ideal para esconder el tipo de armas que, sin la menor duda, llevaban ellos.

—División Especial —dijo Oliphant mientras pasaba aceleradamente junto a los guardias. Intimidados por su acento y su comportamiento, lo dejaron pasar. Tendría que informar a Fraser de ello.

Al entrar en la casa se encontró en un vestíbulo iluminado por una potente lámpara de carburo montada sobre un trípode, cuya implacable luz blanca magnificaba un asiento cóncavo de brillante hojalata. La habitación estaba decorada con los desechos de las ruinas de la clase alta. Había una pianola y un chifonier demasiado grande para la sala. Este último, con sus molduras doradas, se le antojó patéticamente excesivo. Había también una deshilachada alfombra de Bruselas, con rosas y lilas en medio de un desierto de tejido sin color. Unos visillos tejidos cubrían las ventanas que daban a Brigsome's Terrace. Junto a la ventana colgaban dos cestas de alambre con sendos tiestos, y estos albergaban cactos de especies diversas que crecían en espinosa y arácnida profusión.

Oliphant reparó en un tufo acre, más penetrante que el olor del carburo.

Betteridge salió de la parte trasera de la casa. Llevaba un sombrero hongo alto que le hacía parecer totalmente americano, así que no habría sido difícil confundirlo con uno de los agentes de Pinkerton a los que seguía a diario. Probablemente fuese un efecto deliberado, pues se extendía hasta las botas patentadas, con sus laterales elásticos. Su expresión era de grave ansiedad, algo que no era en absoluto propio de él.

—Aceptaré toda la responsabilidad, señor —balbuceó. Había pasado algo grave

—. El señor Fraser está esperándolo, señor. No hemos movido nada.

Oliphant dejó que lo llevara por la puerta y por una angosta escalera de peldaños peligrosamente empinados hasta llegar al piso superior. Salieron a un pasillo vacío, iluminado por una segunda lámpara de carburo. Grandes y extensos continentes de nitrato manchaban las paredes de yeso desnudo. El olor a quemado era más intenso allí.

Tras atravesar otra puerta se encontró, bajo otra luz intensa, con la cara de Fraser, orientada en su dirección desde el suelo, donde estaba arrodillado junto a un cadáver. Hizo ademán de hablar; Oliphant lo silenció con un gesto.

Allí estaba, pues, la fuente de aquella peste. Sobre una cómoda pasada de moda descansaba un moderno y compacto hornillo Primus, de los que se usaban para acampar. El bronce del depósito de combustible brillaba como un espejo. El soporte circular sujetaba una sartén de hierro negro. Lo que quiera que hubiese estado cocinándose en aquel recipiente era ahora un residuo calcinado que emitía una peste agria.

Oliphant dirigió su atención al cadáver. El hombre había sido un auténtico gigante. En aquella habitación tan pequeña había que tener cuidado para no pisar sus miembros estirados. Empezó a estudiar los rasgos contorsionados, los ojos apagados por la muerte. Enderezó la espalda y miró a Fraser.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Estaba calentando unas judías en lata —dijo Fraser—. Y comiéndoselas directamente de la lata. Con esto. —Con la punta del zapato, Fraser señaló una cuchara de cocina hecha de esmalte azul—. Yo diría que estaba solo. Creo que se tomó como una tercera parte de la lata antes de que el veneno hiciera efecto.

—Veneno —dijo Oliphant mientras sacaba la cigarrera y el cortador de su chaqueta—. ¿Cuál cree que era? —Extrajo un cigarro, le rebanó la punta y la perforó.

—Algo potente —dijo Fraser— a juzgar por su aspecto.

—Sí —asintió Oliphant—. Era un individuo fuerte.

—Señor —dijo Betteridge—. Será mejor que vea esto. —Sacó un cuchillo muy largo con una vaina de cuero manchada de sudor. Una especie de arnés de cuero colgaba de la vaina. La empuñadura era de cuerno sin pulir y la hoja, de acero. Betteridge lo desenvainó. Era una especie de puñal de marinero, aunque de una sola hoja, con una curiosa curva invertida en la punta.

—¿Y ese trozo de bronce a lo largo de la punta? —preguntó Oliphant.

—Para parar los golpes de otra arma —dijo Fraser—. El metal es más blando.

Atrapa las hojas. Un invento americano.

—¿Tiene la marca del taller?

—No, señor —respondió Betteridge—. Forjado a mano por un herrero, a juzgar por su aspecto.

—Muéstrele la pistola —dijo Fraser. Betteridge envainó el cuchillo y lo dejó sobre la cómoda. Sacó un pesado revolver de su abrigo.

—Francomexicano —dijo con un tono razonablemente parecido al de un vendedor—. Ballester-Molina; se amartilla solo después del primer disparo. Oliphant enarcó una ceja.

—¿Material militar? —La pistola tenía un aspecto un poco tosco.

—Material barato —respondió Fraser con una mirada de reojo a Oliphant—. Para la guerra americana, evidentemente. Los policías metropolitanos ha estado confiscándoselas a los marineros. Son demasiadas.

—¿Marineros?

—Confederados, yanquis, texanos...

—Texanos... —dijo Oliphant, y saboreó la boquilla de su cigarro apagado—. Imagino que estamos todos de acuerdo en asumir que nuestro amigo aquí presente es de esa nacionalidad.

—Tenía una especie de zulo en el desván, al que se accedía a través de una trampilla. —Betteridge estaba guardando de nuevo la pistola.

—Terriblemente frío, supongo.

—Bueno, tenía mantas, señor.

—La lata.

—¿Señor?

—La lata que contenía la última comida del cadáver, Betteridge.

—No, señor. En la lata nada.

—Estaba limpia —le dijo Oliphant—. La asesina esperó a que el veneno hiciera su trabajo y luego regresó y eliminó las pruebas.

Un repentino ataque de náuseas abrumó a Oliphant: por el comportamiento de Fraser, por la proximidad del cadáver, por el persistente olor de las judías quemadas... Se volvió y salió al pasillo, donde otro de los hombres de Fraser estaba ajustando la lámpara de carburo.

Una casa horrible, en una calle horrible, donde se realizaban los más horribles negocios. Una oleada de aversión lo invadió, una aversión feroz y desesperada por aquel mundo secreto, con sus viajes a medianoche, sus mentiras laberínticas y sus legiones de condenados y perdidos.

Sus manos temblaban mientras sacaba un mechero para encender su cigarro.

—Señor, la responsabilidad... —Betteridge estaba junto a su codo.

—Mi amigo de la esquina de Chancery Lane no me ha vendido una hoja tan buena como de costumbre —dijo Oliphant mirando con el ceño fruncido la punta de su cigarro—. Hay que tener mucho cuidado a la hora de elegir los cigarros que uno fuma.

—Hemos registrado el lugar de arriba abajo, señor Oliphant. Si ella vivía aquí, no

ha quedado rastro de su presencia.

—¿De veras? ¿Y a quién le pertenece ese bonito chifonier del piso de abajo? ¿Y quién regaba los cactos? ¿O es que no hay que regarlos? Puede que a nuestro amigo texano le recordaran a su patria... —Dio una profunda calada a su cigarro y bajó las escaleras, seguido de cerca por Betteridge, como un ansioso y joven setter.

Un agente de Antropometría Criminal con aspecto de novato estaba perdido en sus pensamientos delante del piano, como si tratara de recordar una canción. De los diversos artículos que llevaba en su maletín negro de caballero, que Oliphant supiera, los menos desagradables eran las cintas de lino calibradas que empleaba para tomar las medidas Bertillon de los cráneos.

—Señor —dijo Betteridge una vez que el antropometrista se marchó al piso de arriba—. Si cree que soy responsable... Por haberla perdido, quiero decir...

—Creo, Betteridge, que antes lo envié a la matinée del Garrick, para que elaborara un informe sobre las damas acrobáticas de Manhattan, ¿verdad?

—Sí, señor...

—¿Y las vio, entonces?

—Sí, señor.

—Pero... Permítame suponer... ¿La vio también a ella?

—¡Sí, señor! ¡Y también a Caballa y a sus dos hombres! Oliphant se quitó las gafas y las limpió. —¿Y las comediantes, Betteridge? Para atraer a una audiencia así debían de ser

realmente notables.

—¡Señor, se lanzaban insultos unas a otras! Esas mujeres corrían de un lado a otro con los pies desnudos y cubiertas con... bueno, bufandas, señor, y pañuelos de gasa. Sin ropa de verdad...

—¿Y disfrutó usted del espectáculo, Betteridge? —Honestamente debo decir que no, señor. Me sentí como si estuviera en una casa de locos. Y tenía trabajo que hacer, con los Pinkers allí...

«Caballa» era el nombre del agente de Pinkerton, un bigotudo oriundo de Filadelfia que frecuentemente se presentaba como Beaufort Kingsley DeHaven, aunque a veces también como Beaumont Alexander Stokers. Y era Caballa en virtud de lo que aparentemente desayunaba siempre, según habían descubierto Betteridge y los otros dos hombres asignados a su vigilancia.

Caballa y sus dos subordinados llevaban dieciocho meses siendo una presencia habitual en Londres, y Oliphant los encontraba bastante interesantes, además de que le servían como sólido pretexto para justificar la financiación del Gobierno. La organización Pinkerton, aunque teóricamente una empresa privada, servía como organismo central de recogida de información de los Estados Unidos. Con redes operativas en los Estados Confederados, así como en las repúblicas de Texas y

California, los Pinkertons se encontraban a menudo en posesión de información de considerable importancia estratégica.

A la llegada a Londres de Caballa y sus dos subordinados, varias voces en la División Especial habían defendido la conveniencia de recurrir a los métodos clásicos de coerción. Oliphant se había apresurado a rechazar esta sugerencia, arguyendo que los americanos serían de un valor incalculable si se les permitía actuar con libertad, aunque sometidos, recalcó, a la constante vigilancia tanto de la División Especial como de la propia Oficina Central del Despacho Exterior. En la práctica, claro está, la Oficina Central carecía por completo del personal necesario para llevar a cabo esta misión, lo que había provocado que la División Especial asignase la vigilancia a Betteridge, junto con una nutrida lista de londinenses aparentemente inocentes, todos ellos expertos vigilantes seleccionados por el propio Oliphant. Betteridge informaba directamente a Oliphant, quien estudiaba el material antes de transmitirlo a la División Especial. Para Oliphant, la solución era muy conveniente; hasta el momento, la División Especial se había refrenado de hacer cualquier comentario.

Los movimientos de los agentes de Pinkerton habían revelado gradualmente la existencia de un estrato secundario, poco importante aunque no por ello menos inesperado, de actividades clandestinas. La información resultante constituía una mezcolanza bastante curiosa, cosa que resultaba aún más del agrado de Oliphant. Los agentes de Pinkerton, como le dijo alegremente a Betteridge, constituirían el equivalente a una serie de muestras geológicas. Ellos sondearían las profundidades y la Gran Bretaña cosecharía los beneficios.

Betteridge, casi inmediatamente y para su gran satisfacción, había descubierto que un tal señor Fuller, el oficinista único, y por consiguiente terriblemente sobrecargado de trabajo, de la legación texana, estaba en nómina de Pinkerton. Además, Pinkerton había demostrado gran curiosidad por los asuntos del general Sam Houston, hasta el punto de irrumpir personalmente en la finca campestre del exiliado presidente de los texanos. Algunos meses después, los hombres de Pinkerton habían estado siguiendo a Michael Radley, el agente de prensa de Houston, cuyo asesinato en hotel Grand's había desembocado directamente en algunas de las líneas de investigación que actualmente estaba explorando Oliphant.

—¿Y vio usted a la señora Bartlett en el número de las comuneras? ¿Está totalmente seguro?

—¡Totalmente, señor!

—¿McNeile y sus hombres estaban al tanto de su presencia? ¿Y viceversa?

—No, señor. Estaban concentrados en la pantomima de las comuneras, riendo y aplaudiendo. ¡La señora Bartlett se metió discretamente entre bambalinas en el entreacto! Y permaneció allí después. Aunque estuvo aplaudiendo. —Frunció el ceño.

—¿Y los Pinkerton no hicieron ningún intento de seguirla?

—¡No, señor!

—Pero usted sí.

—Sí, señor. Al terminar el espectáculo, dejé a Boots y a Becky Dean para que siguieran a nuestros amigos y fui tras ella yo solo.

—Eso fue una estupidez, Betteridge —dijo Oliphant con un tono excepcionalmente indulgente—. Habría sido mejor que le encargara esa misión a Boots y a Becky. Tienen más experiencia, y además, un equipo es siempre más eficiente que una sola unidad. Podría haberla perdido fácilmente.

Betteridge hizo una mueca.

—O podría haberlo matado, Betteridge. Es una asesina. Espantosamente versada. Y famosa por ocultar vitriolo en su persona.

—Señor, tomé todas las...

—No, Betteridge, no. No diga más. Esa mujer ya ha matado a nuestro Goliat texano. Un crimen totalmente premeditado, estoy convencido. Estaba en posición de hacerle la comida, de ayudarlo y de alentarlo, como sus amigos y ella hicieron durante aquella noche terrible en el hotel Grand's... Le traía la comida. Él dependía de ella. Estaba encerrado en un escondrijo. No tenía más que envenenar una lata.

—Pero, ¿por qué matarlo ahora, señor?

—Cuestión de lealtades, Betteridge. Nuestro texano era un nacionalista fanático. Un patriota podría aliarse con el diablo por el bien de su nación, pero hay cuestiones ante las que podría plantarse. Es muy probable que ella le pidiera que matase a alguien y él se negase. —Esto lo sabía gracias a la confesión de Collins; el anónimo texano había sido un aliado de dudosa valía—. El tipo se convirtió en una carga, en un estorbo para sus planes; como el difunto profesor Rudwick. Así que tuvo el mismo fin que este.

—Debe de estar desesperada. —Puede... Pero no tenemos razones para creer que la alertara con su presencia

allí. Betteridge parpadeó. —Señor, cuando me envió a ver a las comuneras, ¿sospechaba que pudiera

encontrarme a esa mujer allí? —En absoluto. Confieso, Betteridge, que era un mero capricho. Lord Engels,

un conocido mío, está fascinado con un tal Marx, el fundador de la Comuna. —¿Engels, el magnate del textil? —Sí. De hecho, yo diría que su interés roza lo excéntrico. —¿Por las mujeres de la Comuna, señor? —Por las teorías del señor Marx en general, y la suerte de la Comuna de

Manhattan en particular. De hecho, es la generosidad de Friedrich la que ha hecho posible la tournée. —¿El hombre más rico de Manchester financia un espectáculo de este tipo? — Betteridge parecía genuinamente perturbado por aquella revelación.

—Es curioso, sí. Friedrich es hijo de un rico industrial de la región del Rin... En cualquier caso, tenía curiosidad por conocer su informe. Y, por descontado, tenía la esperanza de que nuestro amigo McNeile hiciera acto de presencia. Los Estados Unidos miran con muy malos ojos la revolución roja de Manhattan.

—Una de las mujeres dio una especie de..., vaya, sermón, antes de la pantomima. ¡Menudo galimatías! Algo sobre unas «leyes de hierro»...

—Las «leyes de hierro de la historia», sí. Todo muy doctrinario. Pero Marx ha robado parte de su doctrina de Lord Babbage..., hasta tal punto que su doctrina podría llegar a dominar América un día. —Las náuseas se le habían pasado—. Pero tenga en cuenta, Betteridge, que la Comuna se fundó durante las revueltas que azotaron la ciudad durante la guerra, como protesta por el reclutamiento forzoso. Marx y sus seguidores se hicieron con el poder en un período de caos. Algo parecido a los sucesos ocurridos en Londres durante el verano. Aquí, claro está, conseguimos superar la crisis, a pesar de la pérdida del gran orador. La transmisión apropiada del poder lo es todo, Betteridge.

—Sí, señor —asintió Betteridge, distraído del asunto de las simpatías revolucionarias de lord Engels por los sentimientos patrióticos de Oliphant. Este contuvo un suspiro y se dijo que le habría encantado albergarlos genuinamente.

De regreso a casa, Oliphant se quedó medio dormido. Estaba soñando, como le ocurría con gran frecuencia, con un ojo omnisciente cuyas infinitas perspectivas eran capaces de resolver cualquier misterio.

Al llegar, se encontró, con una consternación que fue incapaz de disimular, con que Bligh le había preparado un baño en la bañera plegable de goma, tal como le había prescrito recientemente el doctor McNeile. En bata y camisón, con unas zapatillas de piel de topo bordadas, Oliphant examinó el artefacto con resignado desagrado. Allí estaba, soltando vapor, delante de la perfectamente funcional y perfectamente vacía bañera de porcelana blanca que dominaba su cuarto de baño. La de goma, con el negro y fláccido pilón tenso y bulboso a consecuencia del volumen de agua que contenía en aquel momento, era de fabricación suiza. Sustentada por una compleja estructura plegable de teca teñida de negro, estaba conectada al grifo por medio de un tubo que parecía un gusano y varias válvulas de cerámica.

Tras quitarse la bata y el pijama, se descalzó y pasó del frío de las baldosas octogonales de mármol a las suaves y calientes fauces. En el trabajoso acto de tomar asiento estuvo a punto de derribar el artefacto. El elástico material, sujeto por todos los lados por la estructura, cedía bajo su peso, lo que resultaba particularmente desagradable. Y peor aún era, descubrió al instante, su forma de abrazarle las nalgas. Según la prescripción de McNeile, debía pasar allí reclinado un cuarto de hora, con la cabeza apoyada en la pequeña almohada de tela recauchutada que a tal efecto

suministraba también el fabricante. McNeile sostenía que el cuerpo de hierro forjado de una bañera de porcelana confundía los naturales intentos de la columna vertebral por volver a su polaridad magnética normal. Oliphant cambió ligeramente de posición y arrugó el semblante al percibir la obscena sensación adhesiva de la goma.

Bligh le había dejado una esponja, una piedra pómez y una pastilla nueva de jabón francés en la cestilla de bambú adosada al costado de la bañera. El bambú, supuso Oliphant, tampoco debía de tener propiedades magnéticas.

Con un gemido, cogió la esponja y empezó a asearse.

Liberado de los asuntos más acuciantes de día, Oliphant procedió, como solía hacer a menudo, a llevar a cabo un detallado y sistemático acto de reconstrucción mental. Poseía una gran memoria de nacimiento, don que se había potenciado gracias a las doctrinas pedagógicas de su padre, cuyo ardiente interés por el hipnotismo y la magia había introducido al hijo en las arcanas disciplinas del arte de la memoria. Esta capacidad le había sido muy útil a Oliphant en su vida adulta y ahora la practicaba con la misma regularidad que en su día reservara para la plegaria.

Casi un año había pasado desde que registrara los efectos personales de Michael Radley en la habitación treinta y siete del hotel Grand's.

Radley tenía uno de esos baúles modernos que, erguido y abierto, servía como una combinación compacta de guardarropa y buró. Este, junto a una sombrerera de cuero llena de rozaduras y un maletín Jacquard con estructura de metal, constituía la totalidad del equipaje del publicista. A Oliphant, la complejidad del baúl le había resultado deprimente. Todas esas bisagras, corchetes, presillas niqueladas y lengüetas de cuero expresaban la anticipación de viajes futuros que, ahora que su propietario estaba muerto, no llegarían a producirse. Igualmente patéticos eran los tres mazos de tarjetas de visita de elegante diseño, con el número de telégrafo de Radley en Manchester en letras francesas y envueltos aún en papel de imprenta.

Empezó a deshacer el equipaje sistemáticamente. Dispuso la ropa de Radley sobre la cama del hotel con la precisión de un ayuda de cámara. El publicista sentía predilección por los camisones de seda. Mientras trabajaba, Oliphant había examinado marcas de sastre y de lavandería, había vaciado bolsillos y pasado los dedos sobre costuras y forros.

Los artículos de aseo de Radley estaban en un neceser de seda impermeable.

Oliphant examinó el contenido y fue estudiando cada uno de los objetos en sucesión: una brocha de pelo de tejón, un bote de pasta de dientes, una bolsa para la esponja... Golpeó con el mango de marfil del cepillo el pie de la cama. Abrió el estuche de cuero de la navaja: el níquel plateado refulgió sobre la cama de terciopelo violeta. Vació la pasta de dientes sobre una hoja de papel con el escudo del hotel Grand's. Miró en la bolsa de la esponja... y encontró una esponja.

El brillo de la hoja atrajo su atención. Tras dejar sus diferentes componentes sobre

la pechera almidonada de una camisa de noche, usó el cortaplumas de su llavero para sacar el nido de terciopelo taranteado del estuche. Cedió fácilmente. Debajo había una hoja de papel cuidadosamente plegada.

Sobre esta hoja, a lápiz, cubierta de borrones y tachaduras, había lo que parecía ser el comienzo del borrador de una carta. Carecía de fecha, de destinatario y de firma.

Confío en que recuerde nuestras dos Conversaciones del pasado ag., en la 2ª de las cuales tuvo ud. la amabilidad de confiarme ss conjeturas. Me complace informarle de que cierts. manipulaciones han cristalizado en una versión, una versión auténtica de sus orígenes, que, con toda confianza, creo que pueden ser utilizados y, consiguientemente, convertirse en la Prueba que tanto tiempo lleva usted buscando y esperando.

El resto de la hoja estaba en blanco, con la excepción de tres rectángulos pulcramente trazados a lápiz, que contenían, en mayúsculas romanas, las palabras «ALG», «COMP» y «MOD».

ALG, COMP y MOD se habían convertido a partir de entonces en una bestia fantástica de tres cabezas, visitante frecuente de los espacios superiores de la imaginación de Oliphant. El descubrimiento del probable sentido de esta clave, realizado durante el examen de la trascripción del interrogatorio de William Collins, no había logrado conjurar la imagen. Alg-Comp-Mod seguía con él, como una quimera con cuello de serpiente y una espantosa cabeza humana. El rostro de Radley estaba allí, muerto y bien muerto, con la boca abierta, los ojos negros como los de un sapo, junto a las frías y marmóreas facciones de lady Ada Byron, reservadas e impasibles, enmarcadas por rizos y bucles que evidenciaban una geometría pura. Pero la tercera de las cabezas, que se mecía sinuosamente de un lado a otro, esquivaba la mirada de Oliphant. A veces imaginaba que era la de Edward Mallory, decididamente ambicioso, desesperadamente franco; y otras adoptaba el hermoso y ponzoñoso semblante de Florence Bartlett, envuelta en vapores de vitriolo.

Y a veces, especialmente en momentos como aquel, en el sofocante abrazo de la bañera de goma, mientras navegaba lentamente hacia el continente del sueño, el rostro era el suyo, con los ojos llenos de un terror al que era incapaz de poner nombre.

Al día siguiente Oliphant durmió hasta tarde y luego se quedó en la cama, donde Bligh le suministró documentos de su estudio, té cargado y tostadas con anchoas.

Leyó un documento del Despacho Exterior sobre un tal Wilhelm Stieber, un agente prusiano que se hacía pasar por un editor de prensa exiliado llamado Schmidt. Con bastante más interés, leyó y glosó un documento de Bow Street referido a varias operaciones de contrabando de municiones desarticuladas recientemente, destinadas todas ellas a Manhattan. El documento siguiente consistía en varias copias impresas de las cartas de un tal señor Copeland, de Boston. El señor Copeland, tratante de maderas, estaba a sueldo de la Gran Bretaña. Sus cartas describían el sistema de fortificaciones que defendía la isla de Manhattan, con exhaustivas notas sobre la artillería. La mirada de Oliphant, habituada ya a este tipo de documentos, pasó rápidamente sobre la descripción realizada por Copeland de la batería que cubría el sur de la isla, una reliquia al parecer, y se detuvo sobre los informes relativos a ciertos rumores que aseguraban que la Comuna contaba con una cadena de minas entre los bajíos del Romer y los estrechos.

Oliphant suspiró. Dudaba mucho que el canal estuviera minado, pero desde luego a los líderes de la Comuna les habría encantado que fuera así. Y sería así muy pronto si los caballeros de la Comisión para el Libre Mercado se salían con la suya.

Bligh estaba en la puerta.

—Señor, tiene una cita con el señor Wakefield en la Oficina Central de Estadística.

Una hora después, Betteridge lo saludó desde la puerta abierta de un coche.

—Buenas tardes, señor Oliphant. —Oliphant se montó y tomó asiento. Las cortinillas plisadas de tela negra que cubrían las ventanillas los aislaron de Half Moon Street y los rayos del adusto sol de noviembre. Cuando el cochero se puso en movimiento, Betteridge abrió un maletín que llevaba a los pies, extrajo de su interior una lámpara, que procedió a encender con rápidos y hábiles movimientos, y luego sujetó, por medio de de un artefacto de bronce lleno de bisagras y pernos, al brazo del asiento. El interior del maletín refulgía como un arsenal en miniatura. Le pasó a Oliphant una carpeta de color carmesí.

Oliphant la abrió y leyó la relación de las circunstancias de la muerte de Michael Radley.

Él mismo había estado en la sala de fumadores, con el general y el pobre Radley, ambos totalmente borrachos. De sus respectivos estilos de embriaguez, el más presentable, menos predecible y más peligroso era el de Radley. Houston, cuando llevaba unas copas de más, jugaba a hacerse el americano bárbaro: con los ojos inyectados en sangre, cubierto de transpiración, mal hablado, se recostaba apoyando una de sus grandes, gastadas y embarradas botas sobre la otomana. Mientras Houston hablaba, fumaba y blasfemaba, cubriendo a Oliphant y a la Gran Bretaña de improperios, él se dedicaba, sumido en un torvo silencio, a arrancar pequeños fragmentos de un trozo de pino con un cortaplumas que, cada poco rato, limpiaba

sobre la suela de su bota. Radley, en cambio, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, temblaba literalmente con el efecto estimulante del licor.

La visita de Oliphant se había llevado a cabo con el objeto expreso de poner un poco nervioso a Houston la víspera de su partida a Francia, pero el despliegue de hostilidad mal disimulada que se profesaban el general y su publicista había sido algo inesperado.

Oliphant había tenido la esperanza de sembrar la duda con respecto al tour francés; con este fin, y sobre todo a beneficio de Radley, había conseguido insinuar un exagerado grado de cooperación por parte de los servicios de inteligencia de Gran Bretaña y Francia. Había sugerido que Houston tenía ya, al menos, un poderoso enemigo en la Police des Châteaux, la guardia personal y policía secreta del emperador Napoleón. Y aunque la Police des Châteaux era poco numerosa, no estaba en modo alguno sometida a limitaciones constitucionales. Era obvio que Radley, como mínimo, y a despecho de su condición, había tomado nota de la implícita amenaza.

Luego los había interrumpido un criado que traía una nota para Radley. Al abrirle la puerta, Oliphant había reparado en el rostro de una joven. Radley había afirmado, al tiempo que se excusaba, que tenía que hablar brevemente con una periodista amiga suya.

Había vuelto a la sala de fumadores diez minutos más tarde. Oliphant se había marchado entonces, tras soportar una prolongada y especialmente florida diatriba del general, que había consumido la mayor parte de una pinta de brandy en ausencia de Radley.

Reclamado de nuevo al hotel Grand’s por un telegrama en las primeras horas del alba, Oliphant había buscado de inmediato al detective del hotel, un policía metropolitano retirado llamado McQueen, a quien había llamado a la habitación de Houston, número veinticuatro, el recepcionista, el señor Parkes.

Mientras Parkes trataba de calmar a la histérica esposa de un vendedor de pavimento de Lancashire, que se encontraba en la habitación número veinticinco en el momento de producirse la perturbación, McQueen había probado el picaporte de la puerta de Houston y se la había encontrado abierta. La nieve entraba por la ventana rota y el aire, ya helado, apestaba a pólvora quemada, sangre y, tal como lo expresó McQueen con toda delicadeza, el contenido de las tripas de un caballero. En medio de aquella ruina escarlata se encontraba el cadáver de Radley, demasiado visible a la fría luz del alba. McQueen le había pedido a Parkes que telegrafiara a la policía metropolitana. A continuación había utilizado su llave maestra para cerrar la puerta, había encendido la puerta y había tapado la ventana con los restos de una de las cortinas.

La condición de la ropa de Radley indicaba que le habían registrado los bolsillos.

Sus diversos objetos personales yacían sobre el charco de sangre y materia que rodeaba el cadáver: una cerilla repetidora, una pitillera y monedas de diverso valor. Lámpara en mano, el detective examinó la escena, y descubrió una pistola de bolsillo Lealock & Hutchings con el mango de marfil. Al arma le faltaba el gatillo. Tres de sus cinco cañones se habían descargado... hacía muy poco, determinó McQueen. Continuó con su búsqueda y descubrió también la llamativa cabeza dorada del bastón del general Houston, rodeada de fragmentos de cristal. Cerca de ella había un paquete ensangrentado, perfectamente envuelto en papel de estraza. Resultó que contenía un centenar de tarjetas de quinótropo con la intrincada urdimbre de perforaciones arruinada por el paso de un par de balas. Las balas, a su vez, de plomo blando y muy deformadas, cayeron sobre la palma de la mano de McQueen mientras examinaba las tarjetas.

El posterior examen de la sala por parte de los especialistas de la Central de Estadística —después de que la policía metropolitana, a instancias de Oliphant, decidiera retirarse del caso— añadió pocas cosas a lo que había observado el veterano McQueen. El gatillo de la Lealock & Hutchings apareció detrás de un sofá. Un descubrimiento más peculiar consistió en un diamante de corte cuadrado, de unos quince quilates y gran calidad, que se encontró firmemente alojado entre dos de las tablas del suelo.

Dos hombres de Antropometría Criminal, no más crípticos de lo habitual con respecto a sus propósitos, emplearon grandes cantidades de fino papel adhesivo para capturar diferentes pelos y trozos de pelusa de la alfombra, restos que guardaron celosamente antes de desaparecer de manera precipitada sin que volviera a saberse de ellos.

—¿Ha acabado usted con eso, señor?

Oliphant levantó la mirada hacia Betteridge y luego volvió a dirigirla hacia el documento. Seguía viendo el pegajoso charco de la sangre de Radley.

—Estamos en Horseferry Road, señor.

El coche se detuvo.

—Si, gracias. —Cerró la carpeta y se la devolvió a Betteridge. Bajó del coche y subió la amplia escalinata.

Al margen de las circunstancias que rodearan una visita concreta, siempre sentía un peculiar nerviosismo al entrar en la Oficina Central de Estadísticas. Desde luego, ahora lo sentía. La sensación de que, de algún modo, lo observaban, lo conocían y lo evaluaban. El Ojo, sí...

Habló con el uniformado recepcionista del vestíbulo mientras un grupo de mecánicos salía de un pasillo situado a su izquierda. Llevaban chaquetas de lana cortadas a máquina y lustrosas abarcas con suela de goma. Cada uno de ellos tenía un inmaculado saquillo de herramientas hecho de un grueso tejido de algodón, de color

blanco, cubierto con remaches de bronce y cuero marrón.

Mientras se movían en su dirección, conversando entre sí, algunos de ellos sacaron las pipas y los cigarrillos de sus bolsillos, anticipándose al momento en que, como siempre al acabar los turnos, tendrían ocasión de relajarse con un poco de tabaco.

Oliphant experimentó un intenso acceso de envidia. A menudo se había lamentado de la necesaria política de la Oficina referente al tabaco. Siguió con la mirada a los mecánicos cuando estos pasaron a su lado y se alejaron entre las columnas y las esfinges de bronce. Hombres casados, seguros de contar con una pensión de la Oficina, vivirían en Camden Town, en New Cross o en cualquier otro suburbio respetable, y decorarían sus minúsculos salones con aparadores de papel maché y llamativos relojes holandeses. Sus esposas servirían el té en ostentosas bandejas de hojalata con motivos japoneses.

Tras pasar junto a un bajorrelieve seudobíblico de irritante banalidad, se dirigió al ascensor. Mientras el mozo lo saludaba con una reverencia, se le unió un sombrío caballero que estaba tratando de quitar con un pañuelo una mancha de color pálido del hombro de su abrigo.

Los barrotes articulados de la jaula metálica se cerraron. El ascensor empezó a ascender. El caballero del abrigo manchado se bajó a la tercera parada. Oliphant lo hizo en la quinta, sede de Criminología Cuantitativa y Análisis No Lineal. Aunque encontraba este último departamento mucho más interesante que aquel, aquel día necesitaba a CC, y más especialmente en la persona de Andrew Wakefield, el vicesecretario del departamento.

Los funcionarios de CC estaban individualmente enjaulados en cubículos perfectamente organizados de acero laminado, asbesto y chapeado. Wakefield presidía sobre ellos desde una versión más grande del mismo modelo, con su cabeza de rala melena rubia enmarcada por cajones de manija de latón llenos a rebosar de carpetas.

Al aproximarse Oliphant, levantó ligeramente la mirada. La prominente parte delantera de su dentadura se marcaba contra el labio superior.

—Señor Oliphant —dijo—. Como siempre, es un placer. Discúlpeme. —Introdujo varias tarjetas perforadas en un sólido sobre azul forrado de papel de envolver y procedió a atar meticulosamente el pequeño cordel de color escarlata alrededor de las dos mitades del sobre de la patente. Luego dejó el sobre a un lado, en una caja forrada de asbesto que contenía varios sobres idénticos.

Oliphant sonrió.

—¿Le importa que lea sus tarjetas perforadas, Andrew? —Sacó una silla de estenógrafo cargada de engranajes de su ingenioso alojamiento y tomó asiento, con el paraguas plegado entre las rodillas.

—¿Sabe para qué sirven los sobres azules? —Los engranajes crujieron al devolver Wakefield su escritorio articulado a la estrecha ranura en la que se guardaba.

—No todos, pero más o menos conozco el funcionamiento general del sistema.

—Hay gente capaz de leer las tarjetas perforadas, Oliphant. Pero hasta un funcionario subalterno puede leer las directivas principales tan fácilmente como usted lee los quinótropos en el sótano.

—Yo nunca leo los quinótropos en el sótano, Andrew.

Wakefield resopló. Oliphant sabía que, en su caso, aquello equivalía a una carcajada.

—¿Cómo van las cosas por el corpe diplomatique, señor Oliphant? ¿Seguimos luchando contra la «conspiración ludita»? —El sarcasmo del hombre resultaba evidente, pero Oliphant hizo un esfuerzo por tomarse sus palabras literalmente.

—No ha tenido demasiado éxito, de momento. Al menos en el área que a mí me interesa especialmente.

Wakefield asintió, convencido de que el área que a Oliphant «le interesaba especialmente» se limitaba a las actividades de los ciudadanos extranjeros en suelo británico. A petición de Oliphant, Wakefield ordenaba con regularidad los archivos en grupos tan dispares como los Carbonarios, los Caballeros de la Camelia Blanca, la Sociedad Feniana, los Rangers de Texas, los Heitarai griegos, la agencia de detectives Pinkerton y la Junta Confederada de Investigación Científica, organizaciones de las que se tenía constancia que operaban en Gran Bretaña.

—Confío en que el material sobre los texanos que le hemos proporcionado le haya sido de utilidad —dijo Wakefield, y se recostó haciendo crujir los engranajes de su asiento.

—Bastante —le aseguró Oliphant.

—¿No sabrá usted —empezó a decir el otro, mientras sacaba un lápiz dorado de su bolsillo— si su legación tiene la intención de mudarse? —Se dio unos golpecitos en los dientes de delante con el lápiz, lo que produjo un sonido que a Oliphant le resultó repulsivo.

—¿Desde su sede actual en St. James? ¿En la casa del tratante de vinos Berry?

—Exacto.

Oliphant vaciló un momento mientras sopesaba el asunto.

—No lo creo. No tienen dinero. Supongo que todo dependerá de la buena voluntad de su casero...

Wakefield sonrió y se mordisqueó el labio inferior.

—Wakefield —dijo Oliphant—, dígame, ¿quién quiere saberlo?

—Antropometría criminal.

—¿De verdad? ¿Realizan actividades de vigilancia?

—Creo que se trata de una cuestión técnica, en realidad. Experimental. —Dejó el

lápiz a un lado—. Ese erudito suyo... ¿Mallory, se llama?

—Sí.

—He visto una crítica de su libro. Se ha ido a la China, ¿no?

—A Mongolia. Encabeza una expedición de la Sociedad Geográfica.

Wakefield frunció los labios y asintió.

—Para alejarse del atraso, imagino.

—Para alejarse del peligro, más bien. La verdad es que no es mal tipo. Parecía apreciar sinceramente los aspectos técnicos del trabajo que hacen ustedes aquí. Por cierto, he venido por una cuestión técnica, Andrew.

—¿De veras? —Los muelles de Wakefield chirriaron. —Algo relacionado con un procedimiento de la Oficina de Correos. Wakefield emitió un pequeño y totalmente inocente sonido con la garganta. Oliphant sacó un sobre de su bolsillo y se lo pasó al vicesecretario. No estaba cerrado. Wakefield tomó un par de guantes de algodón blanco de una cesta de alambre que había junto a su codo, se los puso, extrajo una tarjeta de dirección telegráfica del sobre, la miró de reojo y luego se volvió hacia Oliphant.

—El hotel Grand's —dijo.

—En efecto. —El emblema del establecimiento se veía en la tarjeta. Oliphant observó cómo Wakefield, en un gesto automático, pasaba uno de sus enguantados dedos por las líneas de las perforaciones, en busca de algún indicio de cualquier cosa que pudiera ocasionar dificultades técnicas.

—¿Quiere saber quién la envió?

—Esa información ya obra en mi poder, gracias.

—¿El nombre del destinatario?

—También estoy al corriente de ello.

Los muelles chirriaron, casi con nerviosismo, se le antojó a Oliphant. Wakefield se levantó con un chasquido de acero e insertó cuidadosamente la tarjeta en una ranura de latón situada en la parte delantera de un instrumento con frontal de cristal que dominaba una hilera de carpetas llenas de tarjetas. Con una mirada a Oliphant, bajó una de sus enguantadas manos y accionó una palanca con mango de marfil. Al llegar abajo, la máquina emitió un sonido parecido al de la prensa de crédito de un tendero. Cuando Wakefield soltó la palanca, esta empezó a subir lentamente, entre unos zumbidos y chasquidos como los de la máquina de apuestas de un tabernero. Bajo la atenta mirada de Wakefield, el zumbido de los engranajes del aparato fue cesando a medida que este se detenía. De repente, la máquina quedó en silencio.

—Egremont —leyó Wakefield, en voz alta pero discreta—. «Las Hayas». Belgravia. —En efecto. —Oliphant observó cómo extraía el otro la tarjeta de la ranura de latón—. Lo que necesito es el texto del telegrama, Andrew.

—Egremont —dijo Wakefield como si no lo hubiera oído. Volvió a tomar asiento,

guardó la tarjeta en el sobre y se quitó los guantes—. Parece estar en todas partes, nuestro querido y honorable Charles Egremont. No sabe cuánto nos está haciendo trabajar, Oliphant.

—El texto del mensaje, Andrew, está aquí, en la Oficina. Existe físicamente, creo, aunque solo sea como unos pocos centímetros de cinta telegráfica.

—¿Sabe que tengo más de ochenta kilómetros de trabajo pendiente desde el penoso asunto del hedor? Por no mencionar el hecho de que su petición es aún más irregular que de costumbre.

—«Aún más irregular que de costumbre». Qué ingenioso...

—¡Y sus amigos de la División Especial vienen a molestar cada hora, exigiendo que pongamos en marcha las máquinas con la esperanza de desalojar a esos luditas que, según ellos, están adheridos a los puntales de la nación! ¿Quién es ese condenado sujeto, Oliphant?

—Un político radical bastante inexperto, según tengo entendido. O lo era, hasta el hedor y los desórdenes.

—Hasta la muerte de Byron, querrá usted decir.

—Pero ahora tenemos a lord Brunel, ¿no?

—¡En efecto, y el Parlamento sumido en una absoluta locura, bajo sus pies!

Oliphant dejó que se prolongara el silencio.

—Si pudiera obtener para mí el texto de ese telegrama, Andrew —dijo finalmente, en voz baja—, le estaría sumamente agradecido.

—Es un hombre muy ambicioso, Oliphant. Con amigos ambiciosos.

—No es usted el único que lo cree así.

Wakefield suspiró.

—En estas circunstancias, debo pedirle una discreción absoluta...

—No hace falta ni mencionarlo.

—Aparte de que nuestro parque está en un estado lamentable. Condensación de partículas. Las máquinas trabajan en turnos triples, y por suerte tenemos los aerosoles de lord Colgate, pero a veces llego a desesperar de que el sistema pueda funcionar como es debido. —Bajó la voz—. ¿Sabía usted que las funciones más avanzadas de la Napoleón llevan varios meses sin ser fiables?

—¿El emperador? —dijo Oliphant fingiendo no entender sus palabras.

—La producción anual de la Napoleón, en términos equivalentes, es casi el doble que la nuestra —dijo Wakefield—. Y, simplemente, ha dejado de funcionar bien. —El pensamiento parecía inspirarle un espanto especial.

—Ellas también han tenido su propio hedor, ¿no?

Wakefield sacudió la cabeza con aire sombrío.

—Seguro —dijo Oliphant— que los engranajes están atascados con un trozo de piel de cebolla

Wakefield resopló.

—¿Buscará ese telegrama para mí? Cuando tenga tiempo, claro está.

Wakefield inclinó la cabeza, aunque solo un poco.

—Muchas gracias —respondió Oliphant. Saludó al vicesecretario con el paraguas cerrado y se levantó para marcharse entre los cubículos de la oficina y las inclinadas y pacientes cabezas de los funcionarios que trabajaban bajo sus órdenes.

Oliphant había realizado un trayecto, con la sinuosidad que su profesión exigía, entre la taberna del Soho en la que había pedido a Betteridge que lo dejara y la calle Dean. Entró en una casa manchada de hollín que tenía la puerta abierta. Tras cerrarla ruidosamente tras de sí, subió dos tramos de escaleras desnudas. El aire

helado olía a col hervida y a tabaco. Tocó dos veces la puerta, y luego otras dos. —Pase, pase, que no entre el frío... —El señor Herman Kriege, con su poblada

barba, antiguo corresponsal del Volks Tribüne de Nueva York, parecía llevar todas las prendas que poseía, como si se hubiera apostado algo a que era capaz de enfundarse en el contenido entero de la carretilla de un trapero.

Cerró la puerta y echó el pestillo detrás de Oliphant.

Kriege tenía dos habitaciones. La que tenía vistas a la calle ejercía como salón, y la que había tras ella era el dormitorio. Todo estaba roto, descabalado y en estado del máximo desorden. Una mesa grande y pasada de moda, cubierta con tela encerada, ocupaba el centro de la primera habitación. Sobre ella había manuscritos, libros, periódicos, una muñeca con una cabeza de Dresde, artículos de costura femeninos, tazas de porcelana rotas, cucharas sucias, cuchillos, plumas, candelabros, un tintero, pipas de porcelana holandesa y ceniza de tabaco.

—Siéntese, siéntese, por favor. —Más osuno que nunca en su abultado atuendo, Kriege hizo un vago ademán en dirección a una silla que solo tenía tres patas. Oliphant atravesó parpadeando una nube de humo de carbón y tabaco hasta llegar a una silla que parecía entera, y que aparentemente había servido a la hija de Kriege para jugar a las cocinitas. Tras un momento de duda tomó la decisión de arriesgar los pantalones, así que apartó a un lado las migas manchadas de mermelada y se sentó frente a Kriege al otro lado del triste caos doméstico que era la mesa abarrotada de basura.

—Un regalito para su pequeña Traudl —dijo Oliphant mientras sacaba un paquete envuelto en papel de celofán de su abrigo. El celofán estaba sujeto a su vez por un rectángulo autoadhesivo con las credenciales grabadas de una juguetería de la calle Oxford—. Un juego de té.

—La niña lo llama «tío Larry». No debería conocer su nombre.

—Hay muchos Larry en el Soho, imagino. —Sacó un sobre sencillo, lo abrió y lo dejó junto al paquete, alineado con precisión con el borde de la mesa. Contenía tres

gastados billetes de cinco libras.

Kriege no dijo nada. El silencio se prolongó.

—La Troupe de la Pantomima roja de las mujeres de Manhattan —dijo

Oliphant al fin. Kriege dejó escapar un resoplido de desprecio.

—¿Las famosas sáficas del Bowery han venido a Londres? Recuerdo haberlas visto en el Purdy's National. Cortejaron y se ganaron para la causa a los Conejos muertos, cuya implicación en política se había limitado hasta el momento a broncas y acciones de intimidación en las elecciones municipales. Los mozos de las carnicerías, los limpiabotas y las prostitutas de Chatham Square y Five Points, ese era su público. Proletarios sudorosos que acudían para ver cómo disparaba un arma una mujer antes de que la pegaran contra una pared y le arrancaran la ropa. Tengo que decirle, señor, que equivoca usted el destinatario de su interés.

Oliphant suspiró.

—Amigo mío, mi trabajo es hacer preguntas. Debe usted comprender que no puedo revelarle mis razones para formular una pregunta concreta. Sé que ha sufrido usted. Sé que sufre también ahora, en el exilio. —Oliphant recorrió los trágicos aposentos con una mirada.

—¿Qué desea usted saber?

—Se nos ha sugerido que entre los diferentes elementos criminales que estuvieron activos durante las recientes revueltas civiles había agentes de Manhattan. —Oliphant aguardó.

—Lo creo poco probable.

—¿Y en qué se basa para decir eso, señor Kriege?

—Hasta donde yo sé, la Comuna no tiene el menor interés en perturbar el statu quo de la Gran Bretaña. Sus radicales han demostrado que son testigos benevolentes por lo que se refiere a la lucha de clases en América. De hecho, su nación se ha comportado casi como una especie de aliado. —Había gran amargura en el tono de Kriege, una especie de coagulado cinismo—. Era lógico que a Gran Bretaña le interesara que la Unión del Norte perdiera la más importante de sus ciudades a manos de la Comuna.

Oliphant se removió cautelosamente en la incómoda silla.

—Conoció usted personalmente al señor Marx, según tengo entendido. — Sabía que para extraerle un fragmento de información a Kriege era necesario recurrir a su principal pasión.

—¿Conocerlo? Yo estaba allí para recibirlo cuando llegó su barco. Me abrazó y, sin perder ni un minuto, ¡me pidió prestados veinte dólares para pagar el alquiler en el Bronx! —Kriege emitió una especie de carcajada estrangulada, rebosante de rabia —. Llevaba a Jenny consigo, aunque su matrimonio no sobrevivió a la revolución... Pero había una trabajadora irlandesa en su cama cuando me expulsó de la Comuna,

señor, ¡por predicar «el apego a la religión y el amor libre»! ¡El amor libre, nada menos! —Las grandes y pálidas manos de Kriege, con sus descuidadas uñas, asieron de manera inconsciente un montón de papeles.

—Lo han utilizado a usted de mala manera, señor Kriege. —Oliphant pensó en su amigo, lord Engels. Era inconcebible que el brillante industrial del textil se relacionara, aunque fuese de manera remota, con gente de aquella calaña. Kriege había sido miembro del llamado «comité central» de la Comuna antes de que Marx lo expulsara. Prófugo de la Unión del Norte y sin un penique, había huido con nombre falso, en compañía de su mujer y su hija, para unirse a los miles de refugiados americanos.

—Esas pantomimas del Bowery...

—¿Sí? —Oliphant se inclinó hacia delante.

—Hay facciones en el seno del partido...

—Continúe.

—Anarquistas camuflados como comunistas; feministas; toda clase de ideologías desviadas, ¿sabe usted? Células encubiertas que no están bajo el control de Manhattan.

—Ya veo —dijo Oliphant mientras pensaba en los múltiples matices y aspectos que acarreaba la confesión de William Collins.

De nuevo a pie, Oliphant recorrió el serpenteante camino que lo separaba del Soho, hasta llegar a la calle Compton, donde se detuvo junto a la entrada de un local conocido como el Jabalí Azul.

«Cualquier caballero amante del deporte», le informó un cartel de gran tamaño, «y cualquier decidido partidario de la destrucción de estas alimañas» daría «un reloj de pulsera de oro por ver cómo caen en las fauces de perros de menos de trece libras y tres cuartos de peso». Bajo el cartel manchado, una placa de madera anunciaba: «ratas siempre disponibles para que nuestra distinguida clientela pueda poner a prueba a sus perros».

Pocos segundos después de entrar estaba saludando a Fraser en medio del rancio olor a perro, humo de tabaco y ginebra tibia de a penique.

La alargada barra estaba atestada de clientes procedentes de todas las clases sociales, muchos de ellos con perros debajo del brazo. Había bulldogs, terriers de Skye y pequeños terriers ingleses de color marrón. La habitación tenía el techo bajo y pocos ornamentos. De las paredes colgaban collares de cuero en grupos.

—¿Ha venido usted en coche, señor? —inquirió Fraser.

—A pie, de una cita anterior.

—A ver —gritó el tabernero—. ¡No bloqueen la barra!

Hubo un movimiento general en dirección al salón, donde un joven camarero

gritó:

—¿Qué van a tomar, caballeros? Acompañado por Fraser, Oliphant siguió a la turba de apostadores con sus perros. Sobre la chimenea del salón colgaban unas vitrinas de cristal en las que se exhibían las cabezas disecadas de animales que habían sido famosos en su momento. Oliphant se fijó en la cabeza de un bull terrier, al que parecía que fueran a salírsele de las órbitas los ojos de cristal.

—Ese parece que murió estrangulado —le comentó a Fraser mientras se lo señalaba.

—Hicieron una chapuza al disecarla, señor —dijo el camarero, un muchacho rubio con un delantal de cuero—. Era una de las mejores cazadoras de toda Inglaterra. La vi matar veinte seguidas, aunque al final acabaron con ella. Lo peor de las ratas de alcantarilla es que les provocan cancro a los perros, aunque siempre les lavábamos la boca con pipermín y agua.

—Eres el chaval de Sayers —dijo Fraser—. Queríamos hablar con tu padre.

—¡Vaya, yo lo conozco, señor! Usted estaba ahí cuando aquel caballe...

—Avisa a tu padre, Jem, y deprisa —lo interrumpió Fraser, con lo que impidió que el chaval anunciara la presencia de un oficial de policía a los parroquianos allí congregados.

—Está arriba, encendiendo la chimenea, señor —dijo el muchacho.

—Buen chico —repuso Oliphant mientras le daba un chelín.

Fraser y él subieron por una amplia escalera de madera que conducía a lo que en su día había sido el salón. Fraser abrió una puerta y se encontró en el matadero de ratas.

—El foso no está abierto aún, demonios —gritó un sujeto obeso con un bigote pelirrojo. Oliphant vio que el foso consistía en un circo de madera, de unos seis pies de diámetro, con un cerco elevado situado a la altura del codo. Sobre este se bifurcaban los brazos de una lámpara de gas de ocho pantallas, que iluminaba el suelo pintado de blanco del pequeño cuadrilátero. El propietario del Jabalí Azul, el señor Sayers, ataviado con un voluminoso chaleco de seda, se encontraba allí de pie, con una rata vivita y coleando en la mano izquierda—. Pero si es usted, señor Fraser. Discúlpeme, señor. —Agarró a la criatura por el cuello y le arrancó los dientes más grandes sin más instrumento que sus fuertes pulgares—. Me han pedido una docena con los colmillos afeitados. —Dejó caer la rata mutilada junto con varias más como ella en una jaula de alambre oxidado y se volvió hacia sus visitantes—. ¿En qué puedo servirlo, señor Fraser?

Fraser sacó un retrato del depósito de cadáveres realizado a máquina.

—Sí, es nuestro hombre —dijo Sayers enarcando las cejas—. Un tipo grande y de piernas largas. Y muerto, a juzgar por su aspecto.

—¿Está usted seguro? —Oliphant había empezado a percibir el olor de las ratas

—. ¿Este es el asesino del profesor Rudwick?

—Sí, señor. Aquí vemos gente de todas clases, pero no demasiados gigantes argentinos. Lo recuerdo bastante bien.

Fraser había sacado su cuaderno y estaba tomando notas.

—¿Argentino? —preguntó Oliphant.

—Hablaba español —dijo Sayers—. O al menos eso me pareció a mí. Ahora que lo dicen, ninguno de nosotros lo vio cometer el asesinato, pero aquella noche no dejaba de jactarse de ello, así que dimos por hecho que había sido así.

—El capitán está aquí —dijo el hijo de Sayers desde la puerta.

—¡Demonios! ¡Y todavía no tengo todas sus ratas!

—Fraser —dijo Oliphant—. Me apetece una ginebra tibia. Retirémonos al bar y dejemos que el señor Sayers haga los preparativos del espectáculo de esta velada. —Se inclinó para examinar una jaula más grande. Esta parecía contener un bloque sólido hecho de ratas.

—Cuidado con los dedos —dijo Sayers—. Créame, si le muerden es para no olvidarlo. Esas no son de las más limpias que...

En el salón, un joven oficial, evidentemente el mencionado capitán, estaba amenazando con abandonar el lugar si le hacían esperar más.

—Yo que usted no me bebería eso —dijo Fraser mirando el vasito de ginebra caliente de Oliphant—. Casi con toda seguridad estará adulterada.

—De hecho es bastante buena —repuso Oliphant—. Deja un leve regusto como a cuasia amarga.

—Un veneno embriagador.

—En efecto. Los franceses lo utilizan en la preparación de ciertos remedios. ¿Qué me dice de nuestro buen capitán, aquí presente? —Oliphant hizo un gesto con su ginebra hacia el hombre en cuestión, que caminaba de un lado a otro con aspecto agitado, examinando las uñas de diversos animales a medida que sus propietarios se las iban presentando. No dejaba de gritar que si no abrían el foso iba a marcharse inmediatamente.

—Crimea —dijo Fraser.

El capitán se inclinó para examinar las uñas de un joven terrier que llevaba en brazos un sujeto moreno y bastante fornido cuyos rizos sobresalían como unas alas por detrás de su sombrero hongo.

—Velasco —dijo Fraser como si estuviera hablando solo, con algo desagradablemente parecido al placer en su tono de voz, y sin perder un instante se llegó junto al aludido.

El capitán se sobresaltó. Su hermoso y joven rostro se convulsionó, impelido por un tic violento, y la mirada de Oliphant se llenó de imágenes de la roja Crimea: ciudades enteras que ardían como hogueras y yermos bombardeados, cubiertos de

charcos de una masa viscosa de la que sobresalían flores blancas que eran manos humanas. La intensidad de la visión le provocó un escalofrío y la olvidó casi al instante.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó el capitán a Fraser, con una tintineante y amenazante jovialidad.

—¡Caballeros! —exclamó el señor Sayers desde las escaleras. Encabezada por el capitán, la compañía entera, con la única excepción de Oliphant, Fraser, el sujeto fornido y un cuarto hombre, se encaminó al piso de arriba. El último de ellos, sentado en el brazo de brocado desgastado de un sillón, empezó a toser. Oliphant vio que Fraser apretaba con más fuerza el antebrazo de su presa.

—No deberías hacer eso, Fraser, maldición —dijo el hombre del sillón, mientras separaba las piernas y se levantaba. Oliphant advirtió cierto cálculo en su tono. Al igual que el otro, llevaba un traje nuevo y elegante de la calle Oxford, por debajo de un abrigo de corte inglés teñido de un azul casi lavanda. Oliphant vio que su solapa, al igual que el de su compañero, estaba decorada con una brillante chapa con la forma de la Union Jack.

—¿«Maldición», señor Tate? —dijo Fraser con el tono de un maestro que se dispusiera a castigar a uno de sus alumnos con una regañina o algo peor.

—Estás avisado, Fraser —dijo el hombretón, mirándolo con sus ojos oscuros y saltones—. ¡Trabajamos para el Parlamento!

—¿De veras? —inquirió Oliphant sin alterarse—. ¿Y qué busca el Parlamento en un foso de ratas?

—Podríamos preguntarles a ustedes lo mismo, ¿no le parece? —dijo con insolencia el más alto de los dos, antes de ponerse a toser. Fraser lo fulminó con la mirada.

—Fraser —dijo Oliphant—. ¿Son estos caballeros los agentes confidenciales a los que mencionó usted en relación al doctor Mallory? —Tate y Velasco —dijo Fraser con tono lúgubre.

—Señor Tate —continuó Oliphant mientras daba un paso adelante—, es un placer conocerlo. Soy Laurence Oliphant, periodista. —Tate parpadeó, confundido por la cordialidad de Oliphant. Al ver la actitud que adoptaba este, Fraser, aunque de mala gana, soltó el brazo de Velasco—. Señor Velasco. —Oliphant sonrió.

La sospecha nublaba el rostro de Velasco.

—¿Periodista? ¿Qué clase de periodista? —exigió mientras su mirada saltaba de Oliphant a Fraser y viceversa.

—Especializado en viajes —dijo Oliphant—, aunque en la actualidad estoy, con la inestimable ayuda del señor Fraser, elaborando una historia popular sobre el gran hedor.

Tate lo miró con los ojos entornados.

—Ha mencionado a Mallory. ¿Qué pasa con él?

—Entrevisté al doctor Mallory antes de su partida hacia China. Sus experiencias durante el hedor fueron de lo más notable, y resultan sumamente ilustrativas con respecto a los peligros que podían acechar a cualquiera durante aquel período caótico.

—¿A cualquiera? —exclamó Velasco con aire desafiante—. ¡Tonterías! ¡Los problemas de Mallory fueron problemas académicos y el «señor» Fraser lo sabe de sobra!

—Sí, sí, en efecto —convino Oliphant—. Y por eso me alegro tanto de haberme encontrado con ustedes esta noche, caballeros.

Velasco y Tate intercambiaron una mirada de inseguridad.

—¿Ah, sí? —preguntó Tate.

—Del todo. Verán, el doctor Mallory me explicó el desgraciado contratiempo de su rival y antiguo colega, Peter Foulke. Según parece, incluso en los círculos más excelsos, en circunstancias de tan insólita violencia...

—Ya no volverán a ver al condenado Peter Foulke en sus círculos excelsos — lo interrumpió Velasco—. Por mucho que pretendiera hacerse pasar por un caballero. —Hizo una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¡Lo encontraron en la cama con una niña que no tenía ni doce años!

—¡No! —dijo Oliphant con fingido asombro—. ¿Foulke? Pero no puede...

—Sí —afirmó Tate—. Y los que lo encontraron le dieron una paliza de muerte y lo arrojaron a la calle, totalmente desnudo.

—Pero no fuimos nosotros —afirmó Tate simplemente—. Y no podrán demostrar lo contrario.

—Corren aires nuevos —dijo Tate mientras hinchaba su delgado pecho, como si quisiera que se viese mejor su insignia de la Union Jack. La punta de su pequeña nariz estaba roja y húmeda—. No se puede tolerar la corrupción —pronunció la palabra con idéntico énfasis en sus tres sílabas— por muy arriba que se encuentre. La perversión campaba a sus anchas bajo el gobierno de Byron. ¡Y usted lo sabe muy bien, Fraser! —Los ojos de Fraser se abrieron de par en par ante aquella afrenta, mientras Tate dirigía su nerviosismo hacia Oliphant—. ¡Ese hedor fue obra de Ned Ludd, y no podrán descubrir otra cosa, señor!

—Sabotaje a una escala titánica —dijo Velasco con voz siniestra y el tono de quien estuviese citando un discurso—, instigado por conspiradores situados en lugares de honor de la sociedad. ¡Pero hay patriotas entre nosotros, señor, patriotas que trabajan para desarraigar el mal! —El terrier gruñó en sus brazos. Fraser parecía arder en deseos de aporrearlos a los dos.

—Somos investigadores del Parlamento —dijo Tate—, y estamos en misión para uno de sus miembros. No creo que se atreva usted a detenernos. Oliphant puso una mano en el brazo de Fraser. Con un guiño triunfante, Velasco tranquilizó a su perrillo

y subió las escaleras.

Tate fue tras él. Desde arriba llegaban los furiosos ladridos de los perros y los ásperos gritos de los apostadores.

—Trabajan para Egremont —dijo Oliphant.

El rostro de Fraser se retorció de asco. Asco y algo parecido al asombro.

—No parece que podamos hacer mucho más aquí, Fraser. Imagino que tiene usted un coche preparado.

El señor Mori Arinori, favorito entre los «pupilos» japoneses de Oliphant, extraía un feroz deleite de todo lo británico. Oliphant, que desayunaba frugalmente, si es que desayunaba, a veces se sometía a colaciones matutinas colosalmente «británicas» para complacer a Mori. En aquella ocasión, el nipón vestía el más voluminoso de los pantalones de golf que quepa imaginar y una bufanda de tartán de la Real Orden Irlandesa de los Ingenieros del Vapor.

Resultaba ligera y agradablemente paradójico, pensó Oliphant, observar cómo untaba Mori de mermelada una rebanada de pan, mientras él mismo sentía en su interior nostalgia de sus días en Japón, donde había servido como primer secretario de Rutherford Alcock. Su estancia en Edo le había permitido cultivar un apasionado aprecio por los tonos discretos y las sutiles texturas de un mundo de ritual y sombra. Ahora echaba de menos el delicado traqueteo de la lluvia sobre el papel engrasado, el balanceo de las flores en las diminutas callejuelas, la luz de las lámparas portátiles de papel, las fragancias y la oscuridad, las sombras de la ciudad baja...

—¡Oriphant san, la tostada está muy buena, más aún, es excelente! ¿Está usted triste, Oriphant san?

—No, señor Mori, en absoluto. —Se obligó a tomar un poco de beicon, a pesar de que no tenía ningún hambre. Apartó de su cabeza el inesperado y desagradable recuerdo del espeluznante baño de la mañana y de la goma que se adhería a su cuerpo —. Estaba acordándome de Edo. Esa ciudad tiene gran encanto para mí.

Mori miró directamente a Oliphant con sus brillantes y oscuros ojos mientras masticaba pan con mermelada, y luego, con una destreza que evidenciaba su práctica, se limpió los labios con una servilleta de lino.

—«Encanto». La palabra que utilizan ustedes para hablar de las viejas costumbres. Las costumbres son un estorbo para mi nación. Esta misma semana he enviado a Satsuma una carta contra la costumbre de llevar espada. —Los brillantes ojos volaron, por una fracción de segundo, hacia los dedos agarrotados de la mano izquierda de Oliphant. Como si despertara bajo la presión de la percepción de Mori, la cicatriz que Oliphant tenía debajo de la manga empezó a palpitar con un dolor sordo.

—Pero, señor Mori —dijo Oliphant mientras dejaba el tenedor de plata a un lado

para abandonar el beicon—, la espada, en su país, es en muchos aspectos el foco de la ética feudal y de los sentimientos que la acompañan. Un objeto de reverencia que solo se ve superado por la que se debe al propio señor.

Mori sonrió, complacido.

—Una costumbre odiosa, propia de una época brutal y salvaje. Es bueno librarse de ella, Oriphant san. ¡Este es el mundo moderno! —Esta última era una de sus expresiones favoritas, y la empleaba con frecuencia.

Oliphant le devolvió la sonrisa. Mori combinaba su audacia y compasión con una cierta rudeza que, aunque problemática, Oliphant encontraba fascinante. En más de una ocasión, para espanto de Bligh, Mori, tras pagarle al cochero de baja estofa la carrera y una generosa propina, lo había invitado a almorzar a la cocina de Oliphant.

—Pero deben ustedes aprender a avanzar a su debido ritmo, señor Mori. Aunque usted considere la costumbre de llevar espada algo primitivo, si se opone abiertamente a esta cuestión, que no deja de ser una cuestión insignificante, podría provocar rechazo a reformas más importantes, a los cambios profundos que quiere implementar en su sociedad.

Mori asintió con gravedad.

—Su visión política no carece de sentido, Oriphant san. Sería mucho mejor, por ejemplo, que los japoneses aprendieran inglés. Nuestra modesta lengua carece de valor más allá de nuestras islas. Muy pronto, el poder del vapor y la máquina invadirán nuestro país. Tras él, la influencia del inglés deberá suprimir del todo el uso del japonés. Nuestra inteligente raza, siempre ávida de conocimientos, no puede depender de este débil e inseguro medio de comunicación. ¡Debemos apoderarnos de las grandes verdades de la preciosa tesorería de la ciencia occidental!

Oliphant ladeó la cabeza y estudió detenidamente a Mori.

—Señor Mori —dijo—, discúlpeme si lo he malinterpretado, pero ¿acierto al asumir que está usted proponiendo ni más ni menos que la abolición deliberada del idioma japonés?

—¡Este es el mundo moderno, Oriphant san, el mundo moderno! La razón apoya la desaparición de nuestra lengua.

Oliphant sonrió.

—Debemos encontrar la ocasión de discutir largo y tendido ese asunto, señor Mori, pero ahora tengo que preguntarle si tiene usted planes para esta velada. Voy a proponerle algo.

—Por favor, Oriphant san. Los eventos sociales británicos resultan siempre muy gratificantes. —Mori esbozó una enorme sonrisa.

—Entonces iremos a Withechapel, al teatro Garrick, para ver lo que, según tengo entendido, es una pantomima realmente insólita.

Según el programa, cuyas letras estaban formadas por pequeños puntos, el Payaso se llamaba «Grajo Jaculatorias», aunque puede que este fuera el aspecto menos peculiar de la obra interpretada por la Troupe de la Pantomima Roja de las mujeres de Manhattan y titulada Mazulem, el búho nocturno. Otros personajes eran «el liberto Bill Oficina, un niño negro», «Levi Stickemall, un mercader que ofrece dos cigarros por cinco centavos», «un mercachifle yanqui», «una ratera de tiendas», «un pavo asado» y el mencionado «Mazulem».

Según el programa, todos los participantes en el espectáculo eran mujeres, auque en algunos casos habría sido imposible juzgar la veracidad de esta aseveración. El Payaso, engalanado con volantes y ataviado con un traje de satén elaboradamente cubierto de lentejuelas, lucía un cráneo totalmente afeitado sobre una siniestra máscara de Pierrot, cuya única gota de color eran los labios perfilados.

La obra se había visto precedida por una breve y beligerante diatriba de una tal «Helena América», cuyo alborotado pecho, libre de todo medio de sujeción bajo varias capas de diáfanas gasas, había servido para mantener clavada en su persona la atención de la audiencia, mayoritariamente masculina. Su discurso estaba compuesto de eslóganes que Oliphant encontraba más crípticos que conmovedores. ¿Qué quería decir exactamente, por ejemplo, cuando declaraba que «No tenemos nada que llevar salvo nuestras cadenas»?

Con una consulta al programa averiguó que Helena América era de hecho la autora de Mazulem, el búho nocturno, así como de Arlequín Panattaha y El genio de los algonquinos.

El acompañamiento musical estaba a cargo de una organista de rostro ovalado, cuyos ojos brillaban por efecto de la demencia o el láudano.

La pantomima se había abierto en lo que Oliphant supuso que pretendería ser el comedor de un hotel, donde el peripatético Pavo asado —interpretado aparentemente por un enano— atacaba a los comensales con un cuchillo. Oliphant no había tardado mucho en perder el hilo de la narración, si es que lo había, cosa que él dudaba. Los personajes interrumpían las escenas constantemente para lanzarse insultos. La obra contaba con una especie de acompañamiento quinotrópico, consistente en una sucesión de toscos dibujos que no parecían guardar relación alguna con la acción.

Oliphant miró de reojo a Mori, quien, sentado junto a él con su preciado sombrero de copa a un lado, se mantenía impávido. La audiencia, en cambio, se mostraba ruidosamente activa, aunque no tanto como respuesta a la sustancia de la pantomima, fuera la que fuese, como a las danzas arremolinadas y curiosamente informes de las mujeres de la Comuna, cuyas espinillas y tobillos resultaban perfectamente visibles bajo los dobladillos deshilachados de sus floridos atuendos.

A Oliphant empezó a dolerle la espalda.

La coreografía aceleró hasta convertirse en una especie de asalto danzarín, con el

escenario repleto de imprecaciones, y entonces, de manera brusca, Mazulem, el búho nocturno llegó a su fin.

El público silbó, aplaudió y vitoreó. Oliphant se fijó en un hombretón de mandíbula ancha, con un recio bastón de caña, que se situaba junto a la entrada del foso. Estaba observando al público con la mirada entornada.

—Venga conmigo, señor Mori. Detecto una oportunidad periodística.

—Laurence Oliphant, periodista. —Le entregó su tarjeta al hombretón—. ¿Tendría la amabilidad de entregar esto a la señorita América, junto con mi solicitud de entrevistarla?

El hombre cogió la tarjeta, la miró de soslayo y la dejó caer al suelo. Oliphant vio que su nudoso puño se cerraba alrededor del bastón. Mori emitió un siseo, como una máquina de vapor. Oliphant se volvió; el japonés, con el sombrero de copa perfectamente adosado a la cabeza, había adoptado la pose de un guerrero samurai, y empuñaba el bastón con ambas manos. Los inmaculados gemelos de lino y oro resplandecían en sus fina muñecas.

La despeinada pero atractiva cabeza de Helena América, teñida de manera extravagante con henna, hizo entonces su aparición. Tenía los ojos perfilados con lápiz negro.

Mori mantuvo su postura.

—¿La señorita Helena América? —Oliphant extrajo una segunda tarjeta—. Permítame que me presente. Soy Laurence Oliphant, periodista...

Helena América realizó un movimiento fugaz frente al rostro pétreo de su compatriota, como si estuviera conjurando algo de la nada. El hombre bajó el bastón, aunque no apartó su beligerante mirada de Mori. La caña del bastón, vio Oliphant, estaba a todas luces reforzada.

—Cecil es sordomudo —dijo ella, pronunciando el nombre con una «e» dura, marcadamente americana.

—Lo siento mucho. Le di mi tarjeta...

—No sabe leer. ¿Dice usted que trabaja en la prensa?

—Soy periodista ocasional. Y usted, señorita América, es una autora de primer nivel. Permita que le presente a mi buen amigo, el señor Mori Arinori, enviado del mikado del Japón.

Con una mirada letal a Cecil, Mori volteó su bastón con admirable elegancia, se quitó el sombrero y realizó una reverencia a la manera europea. Helena América, con los ojos abiertos de par en par, lo miró como si fuera un perro amaestrado. Llevaba una capa militar pulcramente remendada, deshilachada aunque aparentemente limpia, en esa tonalidad del gris que los confederados llamaban nogal oscuro, aunque los botones del regimiento que la prenda llevara originalmente habían sido reemplazados por otros más sencillos, de cuerno.

—Nunca había visto un chino vestido así —dijo.

—El señor Mori es japonés.

—Y usted es periodista. —En cierto modo, sí. Helena América sonrió, y al hacerlo enseñó un diente de oro. —¿Y le ha gustado nuestro espectáculo? —Ha sido extraordinario, extraordinario del todo. La sonrisa de la mujer se ensanchó. —Entonces venga a Manhattan, señor, porque el Pueblo Alzado tiene el viejo

Olympic, al este de Broadway, detrás de la calle Houston. Se nos aprecia mejor en nuestro propio medio. —Entre la enmarañada nube de rizos teñidos, unas finas bandas de plata le perforaban los oídos.

—Sería un gran placer. Al igual que entrevistar a la autora de...

—Yo no escribí la obra —dijo ella—. Fue Fox.

—¿Perdón? —George Washington Lafayette Fox. ¡El Grimaldi marxista, el Tamla de la pantomima social! Fue decisión de la Troupe decir que la escribí yo, aunque sigo sin estar de acuerdo.

—Pero el mensaje de introducción...

—Ese sí que lo escribí yo, señor, y bien orgullosa que estoy de ello. Pero el pobre Fox...

—No lo sabía —dijo Oliphant, un poco desconcertado.

—Fue la terrible presión del trabajo —dijo ella—. El gran Fox, quien, sin la ayuda de nadie, logró elevar la pantomima social a su nivel actual de importancia revolucionaria, acabó sumido en la locura por las obras de una noche; totalmente exhausto por tener que inventar trucos cada vez más ingeniosos y transformaciones cada vez más rápidas. La locura fue apoderándose poco a poco de él, hasta que su rostro se convirtió en una mueca espantosa de contemplar. —Había asumido la actitud que adoptaba sobre el escenario. Pasado un instante continuó, en un tono más confidencial—. Cayó en la más tosca indecencia, señor, así que ahora hay que mantenerlo bien vigilado por si las obscenidades exceden cierto límite.

—Lo siento mucho.

—Manhattan no es lugar para los locos, señor. Es triste decirlo, pero es cierto. Está en un manicomio de Somerville, Massachusetts. Si quiere publicar eso, tiene usted mi permiso.

Oliphant se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente, mudo de asombro. Mori Arinori se había retirado un poco y parecía estar observando cómo salía el público del Garrick. El sordomudo Cecil se había esfumado con su bastón de caña reforzada.

—Me comería un caballo —dijo Helena América alegremente.

—Por favor, permita que la invite. ¿Dónde quiere cenar?

—Hay un sitio en la esquina. —Al salir del foso por las escaleras, Oliphant vio que llevaba un tipo de botas de goma que los americanos llamaban Chickamaugas, un

calzado grande y tosco de origen militar. Acompañado por Mori, la siguió al exterior del Garrick. Ella no había esperado a que le ofreciera el brazo.

Los llevó calle abajo y, tal como había prometido, hasta una esquina. La luz de gas parpadeaba frente a un cartel quinotrópico cuyo texto alternaba entre «Autocafé Moses e Hijos» y «Limpio, moderno y rápido». Helena América volvió la mirada hacia ellos con una sonrisa alentadora mientras sus generosas nalgas y caderas se meneaban bajo la capa confederada y la muselina andrajosa del peculiar atuendo que llevaba sobre el escenario.

El autocafé era un lugar bullicioso y abarrotado, lleno de gente de Whitechapel. Sus ventanas de estructura de hierro estaban empañadas. Oliphant nunca había visto nada parecido.

Helena América les demostró cómo funcionaba: tomó una bandeja rectangular de gutapercha de un montón de otras idénticas y la dejó sobre una repisa de brillante zinc. Sobre la repisa había varias ventanitas en miniatura, con molduras de bronce. Oliphant y Mori siguieron su ejemplo. Detrás de cada ventanita se veía un plato diferente. Oliphant, al ver las ranuras para las monedas, sacó su monedero. Helena América eligió un trozo de pastel de carne, un plato de salchichas con mantequilla y patatas fritas, que se pagaron con las monedas de Oliphant. Una moneda adicional de dos peniques les proporcionó una cantidad muy copiosa de un brebaje de color marrón y de aspecto muy sospechoso, servido de un grifo. Mori se decantó por una patata asada, uno de sus platos favoritos, pero rechazó la bebida. Oliphant, desorientado por la singularidad del lugar, optó por una pinta de cerveza rubia servida por otro grifo.

—Clystra podría matarme por esto —dijo Helena América mientras dejaban sus bandejas en una mesa de hierro ridículamente pequeña. La mesa, al igual que las cuatro sillas que la rodeaban, estaba clavada al suelo de hormigón—. No le gusta que hablemos con los caballeros de la prensa. — Se encogió de hombros bajo la capa de color nogal oscuro. Sonrió alegremente y, tras revolver un pequeño montón de cubertería barata, le dio a Mori un cuchillo y un tenedor—. ¿Ha estado usted en una ciudad llamada Brighton, señor?

—Sí, de hecho sí.

—¿Y qué clase de lugar es?

Mori estaba examinando, con gran interés, el plato rectangular de cartulina que había debajo de su patata.

—Es muy agradable —dijo Oliphant—. Muy pintoresco. El Pabellón Hidropático es bastante famoso.

—¿Está en Inglaterra? —preguntó Helena América mientras masticaba un bocado de salchichas.

—Lo está, sí.

—¿Y hay muchos trabajadores?

—Creo que no, en el sentido que creo que da usted a la palabra, aunque las diferentes instalaciones y atracciones emplean a mucha gente.

—No he visto una multitud de obreros de verdad desde que llegamos aquí. Bueno. ¡A comer! —Y con estas palabras, se inclinó y se puso manos a la obra. La conversación durante la comida, supuso Oliphant, no era un lujo demasiado apreciado en el Manhattan rojo.

La chica dejó los «platos» de cartulina totalmente vacíos de migas o restos, y apuró los últimos restos de su bebida con una patata frita que había guardado cuidadosamente a tal efecto.

Oliphant sacó su cuaderno de notas. Lo abrió y extrajo una tarjeta blanca con un retrato punteado de Florence Bartlett.

—¿Conoce usted a Flora Barnett, la actriz americana, señorita América? Es enormemente popular en Manhattan, o al menos eso me han dicho hace poco... Le mostró la tarjeta.

—No es actriz, señor. Ni americana. Si se le puede llamar algo es sureña; y casi francesa, la condenada. El Pueblo Alzado no necesita gente como ella. ¡Ya hemos colgado a unos cuantos!

—¿Gente como ella? Helena América le devolvió la mirada con aire desafiante.

—¿Y usted es periodista?

—Siento si la...

—Lo siente, como todo el mundo. Es usted un maldito...

—Señorita América, por favor. Solo quiero...

—Gracias por la comida, señor, pero no crea que puede avasallarme, ¿estamos?

¡Y ese brontosauro, para empezar, no tenía por qué estar aquí! ¡No tienen derecho a tenerlo, y un día estará en el Metropolitan de Manhattan, porque es propiedad del Pueblo Alzado. ¿Qué le hace creer que pueden venir a saquear los tesoros naturales del Pueblo?

Y mientras decía esto, como si se tratase de una señal preparada de antemano, entró el muy formidable payaso de la Troupe de Pantomima Roja de las Mujeres de Manhattan, con su pelado cráneo coronado por una guinga de topos y unas botas Chickamauga aún más grandes que las de Helena América.

—Ya me iba, camarada Clystra —dijo Helena América.

El payaso dirigió a Oliphant una mirada asesina y las dos mujeres se marcharon juntas.

Oliphant miró a Mori.

—Una velada peculiar, señor Mori. Mori, aparentemente perdido en la contemplación del bullicio del autocafé,

tardó un momento en responder.

—¡Tendremos lugares como este en mi país, Oriphant san! ¡Limpios! ¡Modernos! ¡Rápidos!

Al regreso de Oliphant a Half Moon Street, Bligh lo siguió al piso de arriba y luego hasta la puerta del estudio.

—¿Puedo pasar un momento, señor? —Tras cerrar la puerta tras ellos con su propia llave, Bligh se dirigió a un pequeño buró de madera donde Oliphant guardaba sus útiles de fumador. Levantó la tapa de un humedecedor, introdujo la mano en su interior y sacó un pequeño cilindro de latón lacado en negro—. Esto lo ha traído hasta la puerta de la cocina un joven, señor. No quiso darme su nombre cuando se lo pedí. Me he tomado la libertad de abrirlo, recordando intentos anteriores...

Oliphant cogió el tubo metálico y le desenroscó la tapa. Cinta telegráfica perforada.

—¿Y el joven?

—Un operador de máquina subalterno, a juzgar por el estado de sus zapatos. Por no hablar de que llevaba los típicos guantes de algodón de los operadores, que no se quitó en ningún momento.

—¿Y no dejó ningún mensaje?

—Sí, señor. «Dígale», dijo, «que no podemos hacer más. Es un momento peligroso y no debe volver a hacer peticiones parecidas».

—Ya veo. ¿Te importaría preparar una tetera de té verde muy cargado?

Una vez solo, Oliphant se puso a retirar el grueso cristal de su receptor de telégrafo personal, para lo que tuvo que sacar cuatro tornillos de bronce. Tras dejar a un lado la elevada vitrina cóncava, pasó unos minutos estudiando el manual de instrucciones del fabricante. Registró varios cajones hasta encontrar lo que necesitaba: una manivela de mano con empuñadura de nogal y un pequeño destornillador de metal grabado con el monograma de Colt & Maxwell Company. Localizó el interruptor de la base del instrumento y cortó la conexión eléctrica con la oficina telegráfica. A continuación utilizó el destornillador para llevar a cabo los necesarios ajustes, introdujo cuidadosamente el extremo de la cinta en la brillante rueda catalina de acero, volvió a colocar las placas y respiró hondo.

Por un instante, fue simultáneamente consciente de los latidos de su propio corazón, del silencio de la noche que se cernía sobre él desde la oscuridad de Green Park y del Ojo. Cogió la manivela, introdujo su punta hexagonal en el enchufe del mecanismo y empezó, sin prisa pero sin pausa, a girarlo en el sentido de las agujas del reloj. Los martillos empezaron a subir y bajar, subir y bajar, para descifrar los códigos perforados de la cinta de la Oficina de Correos. Oliphant se negó a leerla mientras iba saliendo de la ranura.

Terminó. Con unas tijeras y un poco de pegamento, recreó el mensaje sobre una

hoja de papel de cuarenta y tres por treinta y cuatro:

> querido charles punto hace nueve años me sometiste al peor deshonor que puede conocer una mujer punto charles coma me prometiste que salvarías a mi pobre padre punto en lugar de eso me corrompiste a mí coma en cuerpo y alma punto hoy me voy de Londres en compañía de amigos poderosos punto saben muy bien el traidor que fuiste con walter gerard y conmigo punto no intentes encontrarme coma charles punto sería inútil punto espero de verdad que tú y la señora egremont podáis dormir bien esta noche punto sybil gerard.

Consciente solo a medias de que Bligh llegaba con el té, Oliphant permaneció sentado sin moverse durante la mayor parte de una hora, con el mensaje frente a sí. Entonces, tras servirse una taza de té templado, recogió sus útiles de escritura, sacó su pluma y empezó a redactar, en su impecable francés de diplomático, una carta dirigida a un tal monsieur Arslau, de París.

El aire aún olía a fulminante de flash.

El príncipe consorte se apartó, con toda su teutónica gravedad, de una cámara estereóptica de fabricación suiza y saludó a Oliphant en alemán. Llevaba unas gafas de aguamarina, cuyas lentes circulares no eran mayores que un par de florines, y un delantal de fotógrafo de inmaculada tela blanca. Tenía los dedos manchados de nitrato de plata.

Oliphant se inclinó, le dio a su alteza las buenas tardes en el idioma electivo de la familia real y fingió examinar la cámara suiza, un complejo artefacto cuyas lentes estereópticas, como dos ojos, miraban desde detrás de un ceño de bronce suave. Al igual que los del señor Cart, el musculoso criado suizo del consorte, a Oliphant le pareció que estaban demasiado separados.

—Le he traído a Affie un pequeño regalo, su alteza —dijo Oliphant. Su alemán, como el del príncipe consorte, tenía acento de Sajonia, legado de una prolongada y delicada misión que había llevado a cabo en este país a beneficio de la familia real. Los parientes del príncipe Alberto de Coburgo, siempre duchos en el antiguo arte de la política matrimonial, estaban empeñados en expandir sus diminutos dominios, una cuestión sumamente delicada cuando la política del Despacho exterior era mantener a los miniestados alemanes en el mayor grado de fragmentación que fuera políticamente posible—. ¿Ha terminado ya sus lecciones el joven príncipe?

—Affie está enfermo —dijo Alberto mientras miraba una de las lentes de la cámara a través de sus gafas tintadas. Sacó un pequeño cepillo y limpió con suavidad la superficie de la lente. Se enderezó—. ¿Cree usted que el estudio de la estadística es

una carga demasiado pesada para una mente joven y delicada?

—¿En mi opinión, su alteza? —dijo Oliphant—. El análisis estadístico es, indudablemente, una técnica muy potente...

—Su madre y yo disentimos sobre el particular —le confió el príncipe con cierta tristeza—. Y los progresos de Alfred en la materia distan mucho de ser satisfactorios. Pero en cualquier caso, la estadística es la clave del futuro. Las estadísticas lo son todo en Inglaterra.

—¿Y progresa adecuadamente en sus otros estudios? —preguntó Oliphant.

—En antropometría —respondió el príncipe con voz ausente—. Y en eugenesia. Materias importantes, sin duda, pero quizá menos gravosas para una mente joven.

—Quizá podría tener una charla con él, su alteza —dijo Oliphant—. Estoy convencido de que el muchacho hace todo lo que puede.

—Estará en su cuarto, sin duda —dijo el príncipe.

Oliphant recorrió el aireado glamour de los reales aposentos hasta el cuarto de Alfred, donde fue recibido por un chillido de alegría. El joven príncipe se bajó descalzo de la cama y pasó hábilmente sobre las vías de un elaboradísimo tren de juguete.

—¡Tío Larry! ¡Tío Larry! ¡Brillante! ¿Qué me has traído?

—Lo último del barón Zorda.

En el bolsillo de Oliphant, envuelto en papel de celofán verde y con un intenso olor a tinta barata fresca, había una copia de Padrenuestro, el bandido a vapor, de un tal «barón Zorda», tercer volumen de una serie muy popular, por cuyos dos antecesores, El ejército de los esqueletos y El cochero del zar, el joven príncipe Alfred había mostrado un entusiasmo sin reservas. La portada del libro, de brillantes colores, mostraba al audaz Padrenuestro, pistola en mano, mientras escalaba por la parte delantera de un vehículo lanzado a la carrera que resultaba ser un coche último modelo: forrado de metal, bulboso en la proa y muy estrecho en la parte trasera. El frontispicio, que Oliphant había examinado en el quiosco de prensa de Piccadilly donde lo había encontrado, mostraba en mayor detalle al salteador de caminos del barón Zorda, sobre todo por lo que se refería a su atuendo, que incluía un cinturón de cuero tachonado y unos pantalones con abotonaduras en la boca de las perneras.

—¡Extraordinario! —El muchacho arrancó con impaciencia el papel de celofán verde de Padrenuestro, el bandido a vapor—. ¡Mira qué coche, tío Larry! ¡Es aerodinámico, como el modelo sesenta!

—Padrenuestro solo acepta lo más rápido, Affie. Y mira el frontispicio. Está vestido como Ned el Mandíbulas.

—¡Mira qué pantalones! —dijo Alfred con tono admirativo—. ¡Y qué cinturón más genial, canastos!

—¿Qué tal ha ido todo desde mi última visita, Affie? —preguntó Oliphant

haciendo caso omiso del desliz lingüístico del muchacho.

—Muy bien, tío Larry —y una sombra de ansiedad cruzó su rostro—, pero me temo... me temo que se ha... se ha roto, ¿sabes? —Señaló la muñeca japonesa que yacía desconsoladamente, apoyada en una de las patas de la enorme cama, en medio de un revuelto mar de latón litografiado y plomo pintado. Un fragmento alargado y afilado de un material traslúcido sobresalía de manera grotesca de su preciosa túnica —. Es un muelle, ¿sabes? Pensé que estaba demasiado apretada, tío Larry. Se salió a la décima vuelta.

—Los japoneses meten muelles hechos de hueso de cocodrilo en sus muñecas, Affie. «Barbas de ballena», los llaman. Aún no han aprendido a fabricar auténticos muelles, pero pronto lo harán. Y entonces sus muñecas no se romperán con tanta facilidad.

—Padre dice que eres demasiado amable con tu japonés —dijo Alfred—. Dice que crees que son iguales que los europeos.

—¡Y así es, Affie! En la actualidad, sus aparatos mecánicos son inferiores debido a que no dominan las ciencias aplicadas. Pero algún día, en el futuro, puede que lleven a la civilización a cotas insospechadas. Ellos y puede que también los americanos... El muchacho le dirigió una mirada dubitativa.

—A padre no le gustaría nada eso que acabas de decir. —

Ya me lo imagino. Oliphant pasó la media hora siguiente de rodillas sobre la alfombra, asistiendo a la demostración de una máquina francesa de juguete, activada, al igual que su prima la Gran Napoleón, por aire comprimido. La pequeña máquina utilizaba cinta telegráfica en lugar de tarjetas, lo que le recordó a Oliphant su carta a M. Arslau. A esas alturas Bligh ya habría estado en la embajada francesa. Con toda probabilidad, la carta ya estaría de camino a París por valija diplomática.

Alfred estaba conectando su máquina a un quinótropo en miniatura. Hubo un golpeteo ceremonial en la puerta. En las puertas de Buckingham Palace nadie llamaba a golpes. Oliphant se incorporó y, al abrir la puerta, se encontró con el rostro familiar de Nash, un valet-de-chambre del palacio cuyas especulaciones con acciones ferroviarias lo habían convertido durante breve tiempo en asiduo y renuente visitante de la Oficina de Fraude de la policía metropolitana. Las influencias de Oliphant habían conseguido que el asunto quedara enterrado, una generosidad bien invertida, veía ahora este, por el aire de genuina atención y respeto con el que Nash lo miraba.

—Señor Oliphant —le anunció el hombre—. Ha llegado un telegrama. Es muy urgente.

La velocidad del vehículo de la División Especial contribuía en no poca medida a la sensación de incomodidad que embargaba a Oliphant. Ni el propio Padrenuestro habría podido pedir algo más veloz y más radicalmente aerodinámico.

Pasaron a la velocidad del rayo junto al parque de St. James, cuyos tilos de ramas desnudas y negras volaron frente a la ventana como el humo arrastrado por el viento. El conductor, que llevaba unas gafas de cuero de lentes redondas, estaba claramente disfrutando de su carrera, y de vez en cuando lanzaba un agudo pitido que hacía encabritarse a los caballos y correr a esconderse a los peatones. El maquinista, un joven y fornido irlandés, sonreía como un maniático mientras echaba paladas de carbón en la caldera.

Oliphant ignoraba adónde se dirigían. En aquel momento, mientras se acercaban a Trafalgar, el tráfico obligaba al conductor a pitar continuamente, lo que generaba un lastimero y estrepitoso ululato, como el rugido de pesar de algún coloso marino legendario. El tráfico, al escuchar este sonido, se abría como el mar Rojo delante de Moisés. Los policías los saludaban prontamente cuando pasaban junto a ellos como un cohete. Los mozalbetes de las calles y los barrenderos con los que se cruzaban volvían la mirada con deleite al ver un esbelto pez de metal que descendía atronadoramente por la ribera.

La tarde había oscurecido. Al llegar a Fleet Street, el conductor pisó el freno y apretó una palanca que liberó un potente chorro de vapor. El aerodinámico coche se detuvo con un estremecimiento.

—Vaya, señor —comentó el conductor mientras se levantaba las gafas para mirar por encima del cristal esmerilado que el vehículo tenía en la proa—. Mire eso.

El tráfico, vio Oliphant, se había detenido del todo a causa de la erección de unas barricadas de madera cubiertas de lámparas. Detrás de ellas se veía a unos soldados con cara de pocos amigos, uniformados y con sus carabinas Cutts-Maudslay preparadas para disparar. Tras ellos, unos lienzos que colgaban de unas maderas erguidas, como si alguien estuviera intentando levantar un escenario en medio de Fleet Street.

El maquinista se limpió la cara con un pañuelo de topos.

—Aquí pasa algo que no quieren que vea la prensa.

—Pues entonces se han equivocado de calle —dijo el conductor—. ¿No?

Mientras Oliphant bajaba del vehículo, Fraser se le acercó a buen paso.

—La hemos encontrado —le dijo con aire sombrío.

—Y, según parece, hemos atraído una notable publicidad en el proceso. ¿No sobra un poco de infantería?

—Esto no es cosa de broma, señor Oliphant. Será mejor que venga conmigo.

—¿Betteridge está aquí?

—No lo he visto. Por aquí, si tiene la bondad. —Fraser se introdujo entre dos barricadas. Un soldado los saludó con un gesto seco de la cabeza.

Oliphant vio a un caballero con mostacho enfrascado en urgente conversación con dos policías.

—Ese es Halliday —dijo—. El jefe de Antropometría Criminal.

—Sí, señor —dijo Fraser—. Están investigando el caso. Alguien ha irrumpido en el museo de Geología Práctica. La Real Sociedad es un auténtico avispero y el condenado Egremont va a aparecer en todos los periódicos denunciando una conspiración ludita. Lo único bueno es que el doctor Mallory está en China.

—¿Mallory? ¿Y qué tiene que ver aquí?

—El leviatán terrestre. La señorita Bartlett y sus cohortes intentaron llevarse el cráneo.

Rodearon una de las barreras improvisadas, cuyo tejido áspero estaba estampado con la gruesa flecha del Departamento de Intendencia del Ejército.

Un caballo de tiro esperaba junto a un gran charco de sangre que se iba oscureciendo por momentos. El coche, un modelo normal, de tiro individual, estaba cerca, volcado, y con los paneles, lacados y negros, cosidos a balazos.

—Estaba con dos hombres. Tres, si contamos el cadáver que dejaron en el museo. El cochero era un exiliado yanqui llamado Rusell, un matón de poca monta que vivía en Seven Dials. El otro era Henry Dease de Liverpool, un experto en reventar cajas fuertes. Cuando estaba en el cuerpo debí de encerrarlo unas diez veces, como mínimo. Están allí, señor —señaló—. Evidentemente, Rusell, el cochero, se enzarzó en una discusión a gritos con otro por la preferencia de paso.

Un metropolitano que estaba controlando el tráfico trató de intervenir, y fue entonces cuando Rusell sacó una pistola. Oliphant estaba mirando fijamente el coche volcado.

—El oficial estaba desarmado, pero resulta que pasaban por allí un par de detectives de Bow Street...

—Pero ese coche, Fraser...

—Obra de un vehículo del ejército, señor. La última de las guarniciones está junto al viaducto de Holborn. —Hizo una pausa—. Dease tenía una escopeta rusa... Oliphant sacudió la cabeza, incrédulo.

—Ocho civiles en el hospital —dijo Fraser—. Un detective muerto. Pero venga por aquí, señor. Mejor que acabemos con esto.

—¿Por qué están ahí esas pantallas de tela?

—Órdenes de Antropometría Criminal.

Oliphant se sentía como si estuviese avanzando por un sueño, movido por unas piernas entumecidas y carentes de voluntad. Se dejó conducir hasta donde había tres cuerpos tendidos cubiertos por telas. El rostro de Florence Bartlett era una espantosa ruina.

—Vitriolo —dijo Fraser—. Una bala reventó el frasco donde lo llevaba. Oliphant se apartó rápidamente, y se llevó el pañuelo a la cara para contener las ganas de vomitar.

—Lo siento, señor —dijo Fraser—. No tiene mucho sentido ver a los otros dos.

—Betteridge, Fraser. ¿Lo ha visto?

—No, señor. Aquí está el cráneo, o lo que queda de él.

—¿El cráneo? Aproximadamente una docena de enormes fragmentos de hueso petrificado y yeso de color marfil descansaban, dispuestos con pulcritud, sobre una mesa barnizada dispuesta sobre unos caballetes.

—Ahí está el señor Reeks, del museo. Ha venido a llevárselos —dijo Fraser—. Dice que no está tan dañado como podría parecer. ¿Quiere sentarse, señor? Le buscaré un asiento plegable...

—No. ¿Por qué está aquí la mitad de Antropometría Criminal, Fraser?

—Bueno, señor, creo que está usted en mejor posición que yo para responder a esa pregunta —dijo Fraser bajando la voz—. Aunque he oído decir que el señor Egremont y lord Galton han descubierto recientemente que tienen mucho en común.

—¿Lord Galton? ¿El teórico de la eugenesia?

—El primo de lord Darwin, exacto. Es el hombre de Antropometría en la Cámara de los Lores. Tiene mucha influencia en la Real Sociedad. —Fraser sacó su cuaderno de notas—. Será mejor que vea por qué pensé que era urgente que viniera, señor. —Llevó a Oliphant al otro lado del coche destrozado. Tras asegurarse de que no había mirones a su alrededor, le pasó a Oliphant un pliego de papel cebolla de color azul—. Lo llevaba la señorita Bartlett.

La nota no tenía fecha ni firma.

> #
>
> Lo que con tanta persistencia deseaba usted ha aparecido al fin, aunque en un escondite de lo más peculiar. Nuestro mutuo conocido del derby, el doctor Mallory, me ha informado de que está oculto en el interior del leviatán terrestre. Espero que estemos de acuerdo en que esta información crucial representa el pago de mi deuda para con usted. Ahora mismo estoy en cierto peligro por culpa de los acontecimientos políticos recientes y ciertos miembros del Gobierno me vigilan. Espero que lo tenga en cuenta en cualquier futuro intento de entablar comunicación. He hecho todo lo que he podido, se lo juro.

La elegante letra, tan familiar para Oliphant como para Fraser, era la de lady Ada Byron.

—Solo nosotros dos la hemos visto —dijo Fraser. Oliphant plegó el papel en cuartos antes de guardarlo en su pitillera.

—¿Y qué es exactamente, Fraser, lo que estaba escondido en el cráneo?

—Lo escoltaré al otro lado de la línea. Los periodistas acudieron en tromba al salir Fraser y Oliphant de detrás de las barricadas. Fraser cogió a Oliphant del brazo y

lo llevó hasta un grupo de policías metropolitanos, a algunos de los cuales saludó por su nombre de pila.

—En respuesta a su pregunta, señor Oliphant —dijo Fraser mientras los policías dejaban a la estruendosa multitud detrás de un muro de sarga azul y botones de metal —, no lo sé. Pero lo tenemos.

—¿De veras? ¿Y con qué autoridad?

—Ninguna, salvo mi propio criterio —dijo Fraser—. Aquí Harris lo encontró en el coche, antes de que llegara Antropometría. —Fraser esbozó algo muy parecido a una sonrisa—. A los chicos del cuerpo no les gustan demasiado los de Antropometría. Son unos malditos aficionados, ¿verdad, Harris?

—Sí, señor —dijo un policía metropolitano de mostacho rubio—. Eso es lo que son.

—¿Dónde está, pues? —preguntó Oliphant.

—Aquí, señor. —Harris sacó un saco barato de tela negra—. Tal como lo encontramos.

—Señor Oliphant, creo que es mejor que se lleve eso cuanto antes —dijo Fraser.

—En efecto, Fraser. Estamos de acuerdo. Diga al agente de la División Especial que ya no necesitaré el coche. Gracias, Harris. Buenas noches. —El grupo de policías se abrió con suavidad. Oliphant, con el saquito en la mano, caminó con paso decidido entre la multitud que se disputaba los mejores sitios para ver los soldados y las pantallas de tela.

—Perdone, señor, ¿tendría una moneda? Oliphant se encontró con el entrecejo fruncido y los ojos castaños del pequeño Boots, la viva imagen de un jockey lisiado. Cosa que no era. Le tiró un penique.

Boots lo cogió con habilidad, antes de echar a andar con una marcada cojera. Apestaba a fustaño húmedo y caballa ahumada.

—Hay problemas, jefe. Becky se lo contará. —Giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido sin dejar de murmurar, como un auténtico mendigo en busca de una caridad más generosa.

Era uno de los dos mejores espías de Oliphant.

La otra, Becky Dean, apareció a su lado cuando se acercaba a la esquina de Chancery Lane. Estaba caracterizada, con notable fidelidad, como una desvergonzada prostituta de tacones altos.

—¿Dónde ha ido Betteridge? —preguntó Oliphant como si estuviera hablando solo.

—Se lo han llevado —dijo Becky Dean—. No hace ni tres horas.

—¿Quién?

—Dos hombres en un coche de caballos. Lo estaban siguiendo. Betteridge se dio cuenta y nos ordenó que los vigiláramos.

—No me dijo nada.

—Fue anteayer.

—¿Y quiénes eran esos hombres?

—El primero, un grasiento y pequeño chulo de putas, es detective privado. Velasco se llama. El otro parecía del Gobierno, a juzgar por su aspecto.

—¿Se lo llevaron a plena luz del día? ¿Por la fuerza? —Ya sabe usted cómo va eso —dijo Becky Dean.

En el sedante tufo del silencioso almacén de su estanquero, en la esquina de Chancery Lane y la calle Carey, Oliphant sostenía por la esquina el papel cebolla azul sobre la modesta llama de un encendedor de bronce con forma de turco con turbante.

Ante sus ojos, el papel quedó reducido a delicadas cenizas de color rosado.

El saquillo contenía un revolver automático Ballester-Molina, un frasco de bronce plateado lleno con una decocción de intenso olor dulzón y una caja de madera. Esta última era, claramente, el objeto en cuestión. En su interior había un gran número de tarjetas, para una máquina del tamaño de la Napoleón, hechas de un material nuevo, lechoso y muy suave al tacto.

—Este paquete —le dijo al señor Beadon, el estanquero— solo me lo dará a mí.

—Desde luego, señor.

—La única excepción es mi criado, Bligh.

—Como desee el señor. —Si alguien preguntara por mí, Beadon, envíe inmediatamente un chico a avisar a Bligh.

—Será un placer, señor.

—Gracias, Beadon. ¿Podría también dejarme cuarenta libras y apuntarlas en mi cuenta?

—¿Cuarenta, señor?

—Sí.

—Sí, claro, señor. Será un placer, señor Oliphant. —El señor Beadon sacó un llavero de su chaqueta y se dispuso a abrir una caja fuerte de aspecto admirablemente moderno.

—Y una docena de habanos de primera. Una cosa más, Beadon.

—¿Señor?

—Creo que sería muy conveniente que guardara el paquete en esa caja fuerte.

—Por supuesto, señor.

—Ese restaurante, el Lambs, está cerca de aquí, ¿verdad?

—Sí, señor. En Holborn, señor. Es un trecho corto.

La primera nevada del año, formada por una materia arenosa y reseca que no parecía

fuese a adherirse al pavimento, empezó a caer mientras Oliphant caminaba por Chancery Lane.

Boots y Becky Dean no estaban a la vista, lo que permitía asumir con garantías que estaban cumpliendo con una de las misiones que, invariablemente, requerían que fuesen invisibles.

Ya sabe usted cómo va esto.

¿No era cierto? ¿A cuántos había ordenado que se hiciera desaparecer, y solo en Londres? ¿Cómo podía uno sentarse a disfrutar de una agradable cena con los amigos, bebiendo mosela y charlando despreocupadamente, al tiempo que cargaba con ese conocimiento en la cabeza?

Había tomado la decisión de que Collins fuera el último, absolutamente el último. Ahora, Betteridge había desaparecido, y a manos de otra agencia.

Al principio, todo había tenido, de manera horriblemente elegante, un cierto sentido.

Al principio había sido idea suya.

El Ojo. Ahora lo percibía: sí, sin duda, con su mirada omnisciente sobre él mientras saludaba al portero de traje de borlas y entraba en el vestíbulo de mármol del Lambs, el restaurante de Andrew Wakefield.

Buzones de bronce, una cabina telegráfica, un exceso de chapeado a la francesa, y todo ello exhaustivamente moderno. Volvió la mirada hacia las puertas de cristal, hacia la calle. Frente al Lambs, detrás de las dos corrientes gemelas del tráfico cubierto de nieve, localizó a una figura solitaria con un sombrero de copa.

Un criado lo condujo directamente al salón, forrado de roble oscuro, con una enorme chimenea coronada por una repisa de piedra italiana tallada.

—Laurence Oliphant —dijo al engolado jefe de camareros—, para ver al señor Andrew Wakefield.

Una expresión de inquietud cruzó las facciones del camarero.

—Lo siento, señor, pero no se encuentra...

—Gracias —dijo Oliphant—, pero creo que estoy viéndolo en este mismo momento.

Con el jefe de camareros detrás, Oliphant marchó entre las mesas. Los comensales se volvían al pasar él.

—Andrew —dijo al llegar a la mesa de Wakefield—. Qué suerte encontrarlo aquí. Wakefield estaba cenando solo. Pareció experimentar una temporal dificultad para tragar.

—Señor Wakefield... —empezó a decir el jefe de camareros.

—El señor cenará conmigo —dijo Wakefield—. Siéntese, por favor. Estamos llamando la atención.

—Gracias. —Oliphant tomó asiento.

—¿Va a cenar, señor?

—No, gracias.

Una vez que estuvieron solos, Wakefield suspiró de manera audible.

—Maldición, Oliphant. ¿Acaso no dejé claros mis términos?

—¿A qué le tiene tanto miedo, Andrew?

—Debería ser evidente.

—¿De veras?

—Lord Galton está aliado con el condenado señor Egremont. Es el gran patrón de Antropometría Criminal. Siempre lo ha sido. Virtualmente, es su fundador. Es el primo de Charles Darwin, Oliphant, y tiene gran influencia en la Cámara de los Lores.

—Sí, y en la Real Sociedad, y también en la Geográfica. Ya conozco a lord Galton, Andrew. Es partidario del cruce sistemático de la especie humana. Wakefield dejó el cuchillo y el tenedor.

—Antropometría Criminal se ha hecho con el control de la Oficina. A todos los efectos, la Oficina Central de Estadística está ahora bajo el control de Egremont. Oliphant observó cómo la dentadura superior de Wakefield mordía su labio inferior.

—Vengo de Fleet Street —dijo Oliphant—. El nivel de violencia en esta sociedad —y sacó el Ballester-Molina de su chaqueta—, o quizá debería decir el nivel de violencia cuya existencia esta sociedad se niega a reconocer, ha llegado a un nivel notable, ¿no le parece, Andrew? —Dejó el revólver sobre el mantel, entre los dos—. Tomemos esta pistola como ejemplo. Es muy fácil de conseguir, según me han dicho. Es de fabricación francomexicana, aunque la inventó un español. Varias de las piezas interiores, según me han contado, son británicas y pueden conseguirse en cualquier tienda. Resulta, pues, bastante difícil decir de dónde proviene esta arma. Un símbolo emblemático de nuestra actual situación, ¿no le parece?

Wakefield se había puesto blanco.

—Parece que le he alterado, Andrew. Lo siento.

—Van a borrarnos del mapa —dijo el aludido—. Dejaremos de existir. No quedará nada, ninguna prueba de que hayamos existido. Ni un talón de cheques, ni una hipoteca en un banco de la City, absolutamente nada.

—De eso precisamente estoy hablando.

—No se ponga moralista conmigo, señor —dijo Wakefield—. Ustedes lo empezaron, Oliphant. Las desapariciones, los archivos perdidos, los nombres suprimidos, los números perdidos, las historias editadas para servir a fines específicos... No, no utilice ese tono conmigo.

Oliphant no tenía nada que decir a esto. Se levantó y, dejando la pistola sobre el mantel, abandonó el salón sin mirar atrás.

—Disculpe —dijo en el vestíbulo de mármol a un campanero vestido con una

chaqueta borgoña que estaba revolviendo las puntas de cigarro de una urna de mármol llena de arena—, ¿podría indicarme dónde se encuentra la oficina del administrador del club?

Cincuenta y cinco minutos después, tras haber recorrido las instalaciones del club de un lado a otro, haber visto el álbum fotográfico con las «algazaras» anuales del Lambs, haber solicitado el ingreso y haber pagado una cantidad nada desdeñable como tasa de entrada a través de su número del Crédito Nacional, Oliphant le estrechó la mano al adusto administrador, le entregó un billete de una libra y solicitó que lo llevara hasta la entrada de servicio más discreta que tuviera el club.

Esta era la puerta de la antecocina, que daba exactamente al tipo de callejuela húmeda y angosta que esperaba.

Un cuarto de hora después se encontraba en el salón público de un abarrotado bar de Bedford Road, revisando el texto del telegrama que una tal Sybil Gerard había enviado a Charles Egremont, parlamentario de Belgravia.

—Perdí a mis dos chicos en Crimea, jefe. ¿No viene de ahí ese telegrama?

Oliphant dobló la hoja de papel cebolla y la guardó en su pitillera. Observó su reflejo distorsionado en el zinc bruñido de la barra. Se volvió hacia su vacío vaso. Miró a la mujer, una vieja miserable, vestida con unos harapos que habían cobrado un color para el que no existía un nombre, y con las mejillas sonrosadas por el efecto de la ginebra bajo una pátina de mugre.

—No —dijo—. Esa tragedia no es la mía.

—Mi chico se llamaba Roger —dijo ella—. Y el otro Tommy. Y no han mandado nada de ellos. Nada.

Le dio una moneda. Ella le dio las gracias con un murmullo y se retiró.

Oliphant pareció perdido por un momento. Estaba totalmente solo. Era hora de buscar un coche.

En el lúgubre y elevado vestíbulo de la gran estación parecían mezclarse un millar de voces, los elementos constituyentes del lenguaje, reducidos al equivalente auditivo de una neblina, homogénea e impenetrable.

Oliphant, caminando a un paso medido y parsimonioso, reservó un billete de primera clase para Dover en el expreso de las diez de la mañana. El vendedor de billetes introdujo su tarjeta del Crédito Nacional en la máquina y tiró de la palanca con fuerza.

—Quiero un billete para el primer tren de la mañana a Ostende. —Fingiendo que acababa de ocurrírsele, mientras guardaba los billetes y la tarjeta del Crédito Nacional en su billetera, pidió también un pasaje de segunda clase en el barco de medianoche a Calais.

—¿Quiere salir esta noche, señor?

—Sí.

—Será el Bessemer, señor. ¿Con la tarjeta del Crédito Nacional, señor?

Oliphant pagó el billete a Calais con los billetes que el señor Beadon le había dado. Las nueve menos diez, según el reloj de oro de su padre. A las nueve en punto subió al tren en el último momento posible y pagó el billete a Dover directamente al revisor.

El vapor oscilante Bessemer, con sus cubiertas gemelas empapadas por la espuma de Dover, partió hacia Calais al llegar la medianoche. Oliphant, tras haber visitado al sobrecargo con su billete de segunda clase y sus libras esterlinas, estaba sentado en un sillón de brocado del salón, y tomaba un brandy mediocre mientras observaba a sus compañeros de travesía. Eran, veía con satisfacción, un grupo totalmente carente de interés.

No le gustaban los vapores oscilantes, pues encontraba que los movimientos de la cubierta, controlados por una máquina y concebidos para compensar el balanceo de la embarcación, resultaban más inquietantes que el alabeo normal de un barco en el mar. Además, a efectos prácticos, el salón carecía de ventanas. Montado sobre unos balancines de brújulas en el espacio central, se encontraba tan profundamente encajado en la estructura de la embarcación que las ventanas estaban en lo alto de las paredes, muy encima de las cabezas de los pasajeros. En conjunto, como remedio para el mareo, Oliphant lo encontraba excesivo. Sin embargo, según parecía, el público estaba fascinado por el novedoso empleo de una máquina de dimensiones modestas, más o menos de la magnitud de un modelo de artillería, cuyo único fin era mantener la sala tan nivelada como fuera posible. Esto se conseguía por medio de algo que la prensa había bautizado como «retroalimentación». En cualquier caso, con sendas palas a proa y a popa, el Bessemer cubría la distancia de veintiún millas que separaban Dover y Calais en una hora y treinta minutos.

Oliphant hubiese preferido encontrarse sobre las cubiertas, de cara al viento; de este modo tal vez habría podido imaginarse que se encaminaba a un fin más importante y accesible. Pero el paseo del salón oscilante no tenía barandas de cara al mar, sino solo una barandilla de hierro, y el viento del Canal era húmedo y frío. Y además, se recordó, él ya solo tenía un objetivo, un objetivo que, según todos los indicios, estaba condenado al fracaso.

Sin embargo... Sybil Gerard. Al leer el telegrama a Egremont había decidido no pedir que buscaran su número. Temía que pudiera atraer una atención indeseada; y con la Central de Estadística en manos de Antropometría Criminal era lo más probable. Además, sospechaba que el archivo de Sybil Gerard podía no existir ya.

Walter Gerard de Manchester, enemigo jurado del progreso y agitador pro derechos del hombre. Si Walter Gerard había tenido una hija, ¿qué había sido de ella?

¿Y si la había arruinado, tal como ella misma aseguraba, Charles Egremont?

Empezó a dolerle la cabeza. Bajo el rígido brocado de la silla, tejido por una Jacquard con imágenes repetidas del Bessemer, el relleno de crin de caballo estaba helado.

Pero al menos, se recordó, había escapado temporalmente al blando y negro pozo de la bañera suiza del doctor McNeile.

Dejó el brandy sin terminar a un lado, asintió con la cabeza y se echó un sueñecito.

Y soñó, quizá, con el Ojo.

El Bessemer atracó en Calais a la una y media.

Los apartamentos de monsieur Lucien Arslau estaban en Passy. A mediodía Oliphant le entregó su tarjeta al concierge, quien la envió al piso de monsieur a través de un tubo neumático. Casi inmediatamente, el silbato del tubo locutorio de níquel pitó dos veces; el concierge se llevó el embudo a la oreja. Oliphant distinguió vagamente unas palabras en francés pronunciadas en alta voz.

El concierge lo acompañó al ascensor.

Al llegar al quinto piso, le abrió la puerta un criado de librea que llevaba un pañuelo de tela de Nápoles sujeto con un alfiler corso. El joven logró hacer una reverencia sin apartar los ojos de Oliphant. Monsieur Arslau lamentaba, dijo, no poder recibir a monsieur Oliphant en ese momento; mientras esperaba, ¿querría monsieur Oliphant refrescarse de algún modo?

Oliphant declaró que apreciaría mucho la oportunidad de tomar un baño. Y una cafetera sería también muy de agradecer.

Lo llevaron por un amplio salón, rico en satén y pan de oro, camarines repujados, bronces, estatuas y porcelanas, donde el emperador, con sus ojos de lagarto, y su elegante emperatriz, la antigua señora Howard, miraban desde sendos óleos. Y luego a través de una salita con grabados por todos lados. Una elegante escalera curva ascendía desde una antecámara octogonal.

Unas dos horas después, tras haberse bañado en una bañera con bordes de mármol y dotada de una solidez gratificante, haber tomado un cargado café francés, cenado unas chuletas à la Maintenon, y haberse puesto una ropa interior mucho más almidonada de lo que le hubiera gustado que le entregó la servidumbre, lo llevaron al estudio de monsieur Arslau.

—Señor Oliphant —dijo Arslau en un inglés excelente—. Es un gran placer. Lamento no haber podido recibirlo antes, pero... —Hizo un ademán hacia una amplia mesa de caoba repleta de carpetas y documentos. Del otro lado de una puerta cerrada llegaba el continuo traqueteo de una máquina telegráfica. De la pared colgaba un grabado enmarcado de la Gran Napoleón, cuyos poderosos engranajes se alzaban tras

una celosía de cristal y hierro.

—No se preocupe, Lucien. Me alegro de haber tenido tiempo para aprovecharme de su hospitalidad. Su chef tiene una mano extraordinaria con el cordero; una carne sublime que nadie diría que nació de una cabra común.

Arslau sonrió. Casi tan alto como Oliphant y más ancho de hombros, tenía cuarenta años de edad y llevaba la canosa barba recortada al estilo imperial. Su chaleco estaba bordado con pequeñas abejas doradas.

—He recibido su carta, claro. —Volvió a la mesa y tomó asiento en una silla de respaldo alto y tapizada en cuero verde oscuro. Oliphant se sentó en el sillón que había al otro lado de la mesa.

—Debo admitir que siento curiosidad, Laurence, por lo que está ocurriendo. —Formó una V invertida con los dedos y miró a través de ellos enarcando las cejas—. La naturaleza de su petición no parece justificar las precauciones a las que alude usted...

—Al contrario, Lucien. Debe usted saber que no abusaría de este modo de nuestra amistad de no ser por la más acuciante de las razones.

—Pero, amigo mío —dijo Arslau mientras le restaba importancia al asunto con un ademán—, el favor que me ha pedido es insignificante. Entre colegas, caballeros como nosotros, eso no es nada. Simplemente siento curiosidad; es uno de mis numerosos vicios. Me envía usted una carta por valija diplomática imperial, una proeza nada desdeñable para un inglés, aunque ya sé que conoce usted a nuestro amigo Bayard. En su carta solicita mi ayuda para encontrar a cierta aventurera inglesa, nada menos. Cree usted que puede residir en Francia; sin embargo, también recalca la necesidad de actuar con el máximo de los secretos. En especial, subraya que no trate de comunicarme con usted, sea por telégrafo o por correo ordinario. Me pide que espere su llegada. ¿Qué tengo que pensar de esto? ¿Ha sucumbido usted finalmente a los encantos de alguna mujer?

—Por desgracia, aún no.

—Habida cuenta del modelo femenino que impera en Inglaterra, amigo mío, lo encuentro totalmente comprensible. Demasiadas de sus mujeres aspiran a verse elevadas al nivel de la intelectualidad masculina, a escapar de los miriñaques, de las perlas pulverizadas, de las molestias que provoca la necesidad de la belleza y de cualquier cosa relacionada con volverse gratas a la vista. ¡Si esto continúa, qué utilitaria y completamente desagradable se tornará la vida de los ingleses! En tal caso, pregunto, ¿ha cruzado el canal para encontrar a una aventurera inglesa? Son bastante duchas a la hora de esconderse. Y no estoy hablando —sonrió— de los orígenes de nuestra propia emperatriz.

—Usted mismo nunca ha estado casado, Lucien —comentó Oliphant tratando de desviar el tema.

—¡Ah, el matrimonio! ¿Quién puede saber cuál es la elección correcta entre otros novecientos noventa y nueve errores? ¿Quién puede encontrar la anguila escondida en un barril de serpientes? ¡La chica del arroyo puede ser la única criatura de todo el universo capaz de convertirme en un hombre feliz, amigo mío, a pesar de lo cual paso a su lado y la rocío con el barro de mis ruedas por culpa de mi completa ignorancia! —Arslau se echó a reír—. No, yo no me he casado, y su misión es de naturaleza política.

—Naturalmente.

—Las cosas no marchan bien en Gran Bretaña. No necesito a mis fuentes británicas para saberlo, Oliphant. Los documentos hablan por sí solos. La muerte de Byron...

—La dirección política de Gran Bretaña, Lucien y, de hecho, su estabilidad como nación, pueden estar amenazadas. No necesito recordarle lo crucial que es que nuestras dos naciones se comuniquen y se apoyen.

—¿Y la cuestión de esa tal señorita Gerard, Oliphant? ¿Está usted sugiriendo que es el eje respecto al que gira la situación?

Oliphant sacó su pitillera y seleccionó uno de los habanos de Beadon. Sus dedos rozaron el texto plegado del telegrama de Sybil Gerard. Cerró la pitillera.

—¿Le importa que fume?

—Por favor.

—Gracias. El asunto relacionado con Sybil Gerard es completamente británico, completamente doméstico. En última instancia, podría llegar a afectar a Francia, pero solo de manera indirecta. —Rebanó la punta de su cigarro y lo pinchó.

—¿Está totalmente seguro de eso?

—Sí.

—Yo no. —Arslau se levantó para llevarle a su invitado un cenicero de cobre con base de nogal. Volvió junto a su mesa, aunque permaneció de pie—. ¿Qué sabe de la Sociedad Jacquardina?

—Es el equivalente aproximado de nuestra Sociedad Intelectual del Vapor, ¿no?

—Sí y no. Hay otra sociedad, esta secreta, en el seno de los jacquardistas. Se hacen llamar Les Files de Vaucanson. Algunos de ellos son anarquistas, otros partidarios de Marianne, otros de la Fraternidad Universal y otros de cualquier clase de chusma, sea la que sea. Son conspiradores de la peor especie, ¿sabe? Otros, simplemente, son criminales. Pero esto ya lo sabe usted, Laurence.

Oliphant cogió un encendedor de una caja grabada con una imagen del Bessemer y se encendió el cigarro.

—Dice usted que la mujer a la que conoce como Sybil Gerard carece de importancia para Francia —dijo Arslau.

—¿No lo cree así?

—Puede. Dígame lo que sabe de las dificultades experimentadas por la Gran Napoleón.

—Muy poco. Wakefield, de la Central de Estadística, mencionó algo. ¿La máquina ha dejado de funcionar bien?

—Los ordinateurs, gracias a Dios, no son mi especialidad. La Napoleón se comporta con su acostumbrada velocidad y precisión en la mayoría de los casos, según me han informado, pero un elemento outré de inconsistencia afecta a sus funciones superiores. —Arslau suspiró—. Funciones superiores que son una razón de no poco orgullo para la nación y que me han obligado a estudiar detenidamente resmas enteras de la más obtusa prosa técnica que puede encontrarse en todo el imperio. Para nada, según parece, puesto que el responsable ya está en nuestras manos.

—¿El responsable?

—Un miembro reconocido de Les Files de Vaucanson. Su nombre carece de importancia. Lo arrestaron en Lyón por su participación en un caso de fraude relacionado con un ordinateur municipal. Ciertos elementos de su confesión posterior llamaron la atención de la Comisión de Servicios Especiales y, más tarde, de la nuestra. Durante los interrogatorios, reveló su responsabilidad en el lamentable estado de nuestra Gran Napoleón.

—¿Confesó ser el autor de le sabotage, pues?

—No. No confesó tal cosa. Se negó hasta el final. Con respecto a la Napoleón, solo admitió haber introducido una secuencia determinada de tarjetas perforadas, una fórmula matemática.

Oliphant observó cómo ascendía el humo de su cigarro hacia el elevado techo de yeso rosado. —La fórmula vino de Londres —continuó Arslau—. La obtuvo de una inglesa.

Se llamaba Sybil Gerard.

—¿Han intentado analizar la fórmula?

—No. Fue robada, según nuestro jacquardino, por una mujer conocida como

Flora Bartelle, una americana, según parece.

—Ya veo. —En ese caso dígame lo que ve, amigo mío, porque yo estoy totalmente a oscuras. El Ojo. Omnisciente, el sublime peso de su percepción se cernía sobre él desde todas direcciones. Oliphant titubeó. Sin que nadie se diera cuenta, un poco de ceniza cayó sobre la suntuosa alfombra de Arslau.

—Aún tengo que ver a Sybil Gerard —dijo—, pero puede que tenga alguna información relacionada con la fórmula que ha mencionado usted. Hasta es posible que pueda conseguirle una copia. Sin embargo, no puedo prometer nada hasta que no tenga la ocasión de entrevistarme con la dama, en privado y durante el tiempo suficiente.

Arslau guardó silencio. Su mirada parecía atravesar a Oliphant. Finalmente, asintió.

—Eso se puede arreglar.

—¿No está detenida?

—Digamos que estamos al tanto de sus movimientos.

—¿Permiten que siga libre mientras la vigilan de cerca?

—Exacto. Si la cogemos ahora y no revela nada, perderemos el rastro.

—Como de costumbre, Arslau, su técnica es impecable. ¿Y cuándo podría organizarse ese encuentro con la dama?

El Ojo, la presión, los latidos de su corazón.

—Esta misma tarde, si usted lo desea —dijo monsieur Arslau, de la Police des Châteaux, mientras se ajustaba el chaleco bordado en oro.

Las paredes del Café de l'Univers estaban decoradas con pinturas, espejos grabados al aguafuerte y placas esmaltadas en las que se anunciaban los ubicuos productos de Pernod Fils. Las imágenes, si se las podía llamar así, eran, o grotescas pinturas, aparentemente realizadas en una tosca imitación del punteado a máquina, o extrañas formulaciones matemáticas que sugerían el movimiento continuo de bloques de quinótropo. Algunos de los autores, supuso Oliphant, estaban presentes, o al menos eso pensaba que eran aquellos sujetos de pelo largo y bonetes de terciopelo, con pantalones de pana manchados de pigmento y ceniza de tabaco. Pero la mayoría de la clientela, según su acompañante, un tal Jean Beraud, estaba formada por quinotropistas. Estos caballeros, procedentes del barrio Latino, se sentaban a beber con sus grisettes negros en las mesas redondas de mármol o exponían cuestiones matemáticas frente a grupillos de colegas.

Beraud, con un sombrero de paja totalmente inapropiado para la época y un traje marrón de marcado corte galo, era uno de los mouchards de Arslau, un informador profesional que se refería a los quinotropistas como miembros de «le milieu». Era lozano y rosado como un cochinillo, bebía Vittel y pipermín y a Oliphant le había caído mal nada más verlo. Los quinotropistas parecían partidarios de la absenta de Pernod Fils; Oliphant, con un vaso de vino tinto en la mano, observaba el ritual del vaso y el decantador de agua, del terrón de azúcar y la cuchara en forma de paleta.

—La absenta es la madre de la tuberculosis —dijo Beraud.

—¿Qué le hace suponer que madame Tournachon aparecerá esta noche en el café, Beraud?

El monchard asintió.

—Está muy relacionada con le milieu, monsieur. Va a Madelon's y a Batiffol's, pero es aquí, en l'Univers, donde suele encontrar compañía.

—¿Y a qué lo atribuye usted?

—A que era la amante de Gautier, claro. Aquí era una especie de príncipe, monsieur. Sus relaciones con Gautier, como no podía ser de otra forma, han limitado sus contactos con la sociedad normal. Él le enseñó francés, o al menos el francés que habla.

—¿Qué clase de mujer cree que es?

Beraud le guiñó un ojo.

—Podría decirse que es atractiva, aunque fría. Nada simpática. Como las mujeres inglesas, ¿sabe?

—Cuando llegue, Beraud... si es que llega, debería decir, tendrá usted que

marcharse de inmediato. Beraud levantó las cejas.

—Eso es imposible, monsieur...

—Debe hacerlo, Beraud. Marcharse. —Una pausa medida—. Esfumarse.

Las marcadas hombreras del traje marrón de Beraud se levantaron al oír esta palabra.

—Le ordenará al cochero que espere, así como al estenógrafo. El estenógrafo, Beraud... ¿Su inglés es bueno? Mi amigo... mi buen amigo, monsieur Arslau, me ha asegurado que es así...

—¡Es totalmente cierto! Y, monsieur... —Se levantó tan deprisa que estuvo a punto de tirar la silla—. Es ella...

La mujer que estaba entrando en l’Univers podría haber pasado fácilmente por una elegante parisienne vestida a la moda. Esbelta y rubia, llevaba un sombrío miriñaque de color lana, con capa y gorro a juego y bordados de visón.

Mientras Beraud completaba su precipitada retirada hacia las profundidades del café, Oliphant se levantó. Los ojos de la mujer, muy alertas y muy azules, se encontraron con los suyos. Se le acercó, sombrero en mano, y la saludó con una reverencia.

—Discúlpeme —dijo en inglés—. No nos han presentado, pero tengo que hablar con usted de un asunto de la máxima importancia. Los ojos grandes y azules de la chica brillaron con reconocimiento y miedo.

—Me confunde usted con otra, señor.

—Es usted Sybil Gerard.

El labio inferior de la chica estaba temblando, y Oliphant experimentó un brusco, intenso y totalmente inesperado acceso de simpatía.

—Me llamo Laurence Oliphant, señorita Gerard. Se encuentra usted en terrible peligro. Deseo ayudarla.

—Yo no me llamo así, señor. Le ruego que me deje pasar. Mis amigos están esperándome.

—Sé que Egremont la traicionó. Y estoy al tanto de la naturaleza de su traición. Al oír aquel nombre, ella se sobresaltó y Oliphant tuvo miedo de que huyera en el

acto, pero, tras un leve estremecimiento que le recorrió el cuerpo, se limitó a estudiarlo en silencio por un momento.

—Lo vi en el hotel Grand's aquella noche —dijo—. Estaba usted en la sala de fumadores, con Houston y... Mick. Tenía un brazo en cabestrillo.

—Por favor —le pidió él—. Siéntese conmigo. Sentado frente a ella en su mesa, Oliphant escuchó cómo pedía un absenthe de vindageur en un francés pasable.

—¿Conoce usted a Lamartine, el cantante? —preguntó.

—No, lo siento.

—Él la inventó, la «absenta del carroñero». Es lo único que puedo beber. El camarero regresó con la bebida, una mezcla de absenta y vino tinto.

—Theo me enseñó a beberla —dijo— antes de... marcharse. —Tomó un sorbo y el vino tinto le dejó una mancha roja en los labios pintados—. Sé que ha venido para llevárseme. No trate de negarlo, reconozco a un polizonte cuando lo veo.

—No tengo el menor deseo de verla de regreso en Inglaterra, señorita Gerard...

—Tournachon. Me llamo Sybil Tournachon. Francesa por matrimonio.

—¿Su marido se encuentra aquí, en París?

—No —dijo ella mientras levantaba un medallón ovalado de acero colgado de una cinta negra. Lo abrió con un movimiento rápido y le enseñó a Oliphant un daguerrotipo con un retrato en miniatura de un apuesto joven—. Aristide. Cayó en Filadelfia, en el gran incendio. Se presentó voluntario para luchar por la Unión. Era de verdad, ¿sabe usted? Me refiero a que existió de verdad, no era un invento de los chasqueadores. —Contempló la pequeña imagen con una mezcla de nostalgia y tristeza, aunque Oliphant se dio cuenta de que nunca en toda su vida había puesto los ojos sobre Aristide Tournachon.

—Un matrimonio de conveniencia, imagino.

—Sí. Y usted ha venido para llevárseme.

—En absoluto, señora... Tournachon.

—No le creo.

—Debe hacerlo. Muchas cosas dependen de ello, entre ellas su propia seguridad. Desde que usted se marchó de Londres, él se ha convertido en un hombre muy poderoso y peligroso. Tan peligroso para el futuro de la Gran Bretaña como para usted misma.

—¿Charles? ¿Peligroso? —Por un instante pareció a punto de echarse a reír—. Se burla usted de mí.

—Necesito su ayuda. Desesperadamente. Tan desesperadamente como usted necesita la mía.

—¿De veras?

—Egremont tiene grandes recursos a su disposición, departamentos del Gobierno que son perfectamente capaces de encontrarla aquí.

—¿Se refiere a la División Especial y gente así?

—Y además de eso, tengo que informarle de que sus actividades está siendo vigiladas por al menos una agencia secreta de la Francia Imperial...

—¿Porque Theophile decidió ayudarme?

—En efecto, ese parece el caso...

Ella apuró el nauseabundo brebaje de su vaso.

—El bueno de Theophile. Qué encantador y qué tonto era. Siempre con su chaleco escarlata, y listo como un demonio cuando se trataba de las máquinas. Le di las tarjetas de Mick y a partir de entonces se portó de manera tremendamente amable conmigo. Me consiguió una licencia de matrimonio y la ciudadanía francesa así, ta ta ta. Luego, una tarde que habíamos quedado aquí...

—¿Sí?

—No apareció. —Bajó los ojos—. Siempre presumía de que le gustaba «jugar fuerte». Todos lo hacen, pero él lo decía como si fuese verdad. Qué tonto...

—¿Alguna vez le habló de su interés en la máquina conocida como la Gran Napoleón?

—¿Se refiere a su monstruo? ¡La gente de las máquinas de París no habla de otra cosa, señor! ¡Están como locos por ella!

—Las autoridades francesas cree que Theophile Gautier averió la Gran Napoleón con las tarjetas de Radley.

—¿Así que Theo está muerto?

Oliphant titubeó.

—Por desgracia, creo que sí.

—Qué crueldad —dijo ella—. Hacer desaparecer a un hombre como si fuera un conejo en una chistera, y dejar a sus seres queridos con la incertidumbre, para que no puedan descansar nunca. Es una crueldad. Oliphant descubrió que no era capaz de mirarla a los ojos.

—Así están las cosas en París, sí —dijo—. Y las cosas de las que presumen los de las máquinas... Y en Londres, según dicen, no va mejor. ¿Sabe que dicen que los radicales asesinaron a Wellington? Dicen que los Zapadores y los Cerdos de Arena, mano a mano con ellos, excavaron un túnel bajo el restaurante, y el jefe de los Zapadores en persona colocó la pólvora y encendió la mecha. Y luego los radicales le echaron la culpa a gente como...

—Su padre. Sí, lo sé.

—¿Y sabiendo eso me pide que confíe en usted? Había un desafío en sus ojos, y quizá un orgullo largo tiempo enterrado.

—Sabiendo que Charles Egremont traicionó a su padre, Walter Gerard, hasta conseguir su destrucción; que la traicionó también a usted y la arruinó a los ojos de la sociedad; sí, debo pedirle que confíe en mí. A cambio, le ofrezco la completa, total y

virtualmente instantánea destrucción de la carrera política del hombre que la traicionó.

Ella bajó los ojos y pareció meditarlo.

—¿De verdad es posible? —preguntó.

—Su testimonio lo haría posible. Yo solo sería el instrumento de su entrega.

—No —dijo ella al fin—. Si lo denunciara públicamente, me denunciaría también a mí misma. Charles no es el único que tiene que temer, como ha dicho usted mismo. Recuerde que yo estaba allí aquella noche, en el hotel Grand's. Sé lo largo que puede ser el brazo de la venganza.

—No he dicho nada de denunciarlo públicamente. Bastaría con el chantaje. Los ojos de la mujer cobraron un aire distante entonces, como si estuviera caminando por el lejano pavimento de la memoria. —Estaban tan cerca Charles y mi padre, o al menos eso parecía... Quizá si las cosas hubieran sido diferentes... —Egremont tiene que vivir con esa traición. Es el crucial grano de irritación constante que la depravación de su política ha provocado. Su telegrama galvanizó

su sentimiento de culpa, el terror a que sus iniciales simpatías luditas quedaran al descubierto. Ahora quiere domesticar a la bestia, y hacer del terror político su aliado. Pero usted y yo nos interponemos en su camino.

Los ojos azules de la chica estaban extrañamente calmados.

—La verdad es que me gustaría creerlo, señor Oliphant.

—Yo la mantendré a salvo —dijo Oliphant, sorprendido por la intensidad de sus palabras—. Mientras permanezca en Francia, estará bajo la protección de amigos poderosos, colegas míos, agentes de la corte imperial. Un coche la espera fuera, y un estenógrafo, para recoger los detalles de su testimonio.

Con una torturada y flatulenta exhalación de aire comprimido, un pequeño panmelodio se activó en la parte trasera del café. Oliphant se volvió y se cruzó con la mirada del mouchard Beraud, quien estaba fumando en una pipa de arcilla holandesa en medio de un grupo de kinotropistes.

—¿Madame Tournachon? —dijo Oliphant mientras se levantaba—. ¿Puedo ofrecerle el brazo?

—¿Ya está curado? —Se levantó con un frufrú del miriñaque.

—Totalmente —dijo Oliphant recordando el tajo, rápido como un relámpago, de la espada del samurai, en Edo, entre las sombras. Había intentado detenerlo con una fusta.

Mientras la música del panmelodio, activada por una máquina, hacía levantarse de sus sillas a las grisettes, ella aceptó el brazo que le ofrecía.

Una chica irrumpió en el local desde las calles, con los pechos desnudos teñidos de verde. Alrededor de la cintura llevaba una estructura angulosa hecha de hilo de cobre, como las hojas de una palmera interpretadas por un quinótropo. La seguían dos

muchachos tan escasamente vestidos como ella. Oliphant se sintió completamente perdido.

—Vamos —dijo Sybil—. Son estudiantes de arte y han estado en un bal. En Montmartre, ¿sabe usted? Los estudiantes se lo pasan en grande haciendo locuras.

Oliphant había acariciado la romántica idea de entregar personalmente a Egremont una trascripción del testimonio de Sybil Gerard. Pero al llegar a Inglaterra, los síntomas de la sífilis avanzada que el doctor McNeile había diagnosticado incorrectamente como columna ferroviaria lo indispusieron temporalmente. Disfrazado de viajante de comercio de la Alsacia natal de M. Arslau, Oliphant se ocultó en un balneario de Brighton, para tomar las aguas y enviar una serie de telegramas.

El señor Mori Arinori llega a Belgravia a las cuatro y cuarto, en un nuevo modelo de coche Céfiro que ha alquilado en un garaje de Camden Town, al mismo tiempo que Charles Egremont sale para el Parlamento, donde tiene que dar un importante discurso.

El guardaespaldas de Egremont, un hombre del departamento de Antropometría criminal de la Oficina Central de Estadística, con una carabina automática debajo del abrigo, observa cómo Mori, una figura diminuta en traje de noche, baja del Céfiro.

Mori avanza en línea recta sobre la nieve recién caída y sus botas dejan unas huellas perfectas sobre el negro pavimento de macadán.

—Para usted, señor —dice, antes de hacer una reverencia y entregarle a Egremont el adusto sobre de Manila—. Que pase usted un buen día, señor. — Vuelve a bajarse las gafas con su cinta elástica y regresa al Céfiro.

—Qué personajillo más peculiar —dice Egremont mientras baja la mirada hacia el sobre—. Nunca había visto a un chino vestido así...

Retrocede.

Regresa. Se aleja sobre el negro patrón de las huellas,
por las calles nevadas,
se adentra en el gran mapa de Londres,
y olvida.

Modus

Las imágenes tabuladas

El lenguaje de los signos

La disposición circular de los ejes de las grandes ruedas centrales de la máquina diferencial inspiraba las mejores perspectivas. La totalidad de la ciencia aritmética parecía ahora al alcance del mecanismo. Se había abierto el vago atisbo de un motor analítico y yo seguí con entusiasmo esta umbría visión.

Los planos y experimentos eran de la clase más costosa imaginable. Se contrató a los mejores delineantes para economizar la labor de mi propia cabeza, mientras que unos trabajadores especializados fueron los encargados de construir la maquinaria experimental.

Para llevar a cabo mis planes con éxito, había adquirido una casa con más o menos un cuarto de acre de parcela en una zona muy tranquila de Londres. Las cocheras se convirtieron en forja y fundición, y los establos en taller. Construí yo mismo los extensos laboratorios e hice levantar un edificio ignífugo para mis planos y mis delineantes.

Las complicadas relaciones entre las diferentes partes de la maquinaria habrían frustrado a la memoria más tenaz. Yo me sobrepuse a esta dificultad mejorando y expandiendo un lenguaje de signos, la Notación Mecánica, que en 1826 había expuesto en un documento titulado Transacciones filosóficas de la Real Sociedad. Con tales medios logré llevar a cabo una investigación de tan vasto alcance que, en cualquier otra circunstancia, habría requerido una cantidad incontable de años. Con la ayuda del lenguaje de los signos, la máquina se convirtió en una realidad.

—Lord Charles Babbage
Pasajes de la vida de un filósofo, 1864

Cartas de nuestros lectores

[De Revista Mecánica, 1830]

A juzgar por las cartas que recibimos, parece que parte de nuestro público duda que las cuestiones políticas caigan dentro de los límites de lo que interesa a esta publicación. Pero el interés de la ciencia y la industria están inextricablemente unidos a la filosofía política de una nación. ¿Cómo podemos estar en silencio en circunstancias como las actuales?

Contemplamos con deleite la llegada de una nueva era de la ciencia, así como cualquier otra circunstancia productiva para este país, como la candidatura al Parlamento de un hombre de la eminencia científica del señor Babbage, con su probada independencia de espíritu, su curiosidad y su espíritu emprendedor.

Por ello, decimos abiertamente a todos los electores de Finsbury que lean esta publicación que vayan a votar por el señor Babbage. Si son ustedes inventores y el ubicuo y opresivo Impuesto de Patentes les impide participar en una competencia justa, y desean que el impuesto sea sustituido por un sistema de subsidios públicos, justo y programado, vayan a votar por el señor Babbage. Si son ustedes fabricantes y se sienten hostigados y entorpecidos en sus operaciones por los disparates fiscales del actual Gobierno y quieren que la industria británica sea tan libre como el aire que respiran, vayan a votar por el señor Babbage. Si son ustedes mecánicos, dependen para su diario sustento de una constante y regular demanda de los productos de su oficio, y son conscientes de la importancia del libre comercio para su bienestar, vayan a votar por el señor Babbage. Si son devotos de la ciencia y el progreso, principio y práctica unidos como los huesos y los tendones, únanse hoy a nosotros en Ishlington Green y ¡voten por el señor Babbage!

En una era de disturbios

El resultado de las elecciones generales de 1830 evidenció los sentimientos del electorado. Byron y sus radicales se habían llevado la voz cantante y el partido whig estaba hecho pedazos. Sin embargo, los tories de lord Wellington, conscientes de la amenaza que para el sistema de privilegio aristocrático representaban las propuestas de los radicales sobre la «meritocracia», adoptaron una línea de dureza. La Cámara de los Comunes demoró todo lo posible la aprobación la Ley de Reforma radical, y el 8 de octubre, los lores la rechazaron. El rey se negó a crear nuevos títulos para que los radicales pudieran forzar la aprobación de la ley. Y, lo que es más, los Fitzclarence fueron ennoblecidos, lo que llevó a Byron a declarar con amargura: «Cuánto mejor es ser un bastardo real que un filósofo en la Inglaterra de nuestros tiempos. Pero se avecinan grandes cambios».

La presión popular se hizo sentir rápidamente. En Birmingham, Liverpool y

Manchester, las clases trabajadoras, inspiradas por las ideas de Babbage sobre propiedad comunitaria y cooperativismo, tomaron las calles, antorcha en mano, con enormes manifestaciones. El Partido Radical Industrial, contrario a la violencia, apelaba al uso de la persuasión moral y a una campaña masiva y pacífica de quejas. Pero el Gobierno se mantuvo en sus trece y la atmósfera fue enrareciéndose. En una espiral creciente de indignación popular, las «bandas del garrote» de los medios rurales y los grupos de luditas proletarios empezaron a atacar tanto las mansiones aristocráticas como las fábricas capitalistas. En Londres, las turbas destrozaron a pedradas las ventanas de las casas del duque de Wellington y otros señalados tories y, piedra en mano, organizaron pequeños comités de recepción que aguardaban el paso de los carruajes de las elites. Los obispos anglicanos, que habían votado en contra de la reforma en la Cámara de los Lores, fueron quemados en efigie. Diversos grupos de conspiradores ultrarradicales, inflamados hasta el frenesí por las violentas diatribas del conocido ateo P. B. Shelley, atacaron y saquearon varias iglesias.

El 12 de diciembre, lord Byron presentó una nueva Ley de Reforma, más radical aún que la anterior, que proponía el desmembramiento del sistema británico de la aristocracia hereditaria, medida que le habría afectado a él mismo. Esto era más de lo que podían soportar los tories, y Wellington se involucró secretamente en la planificación de un golpe militar.

La crisis había polarizado a la nación. En esta encrucijada, las clases medias, aterradas por la perspectiva de la anarquía, movieron ficha y se pusieron del lado de los radicales. Se declaró una huelga fiscal con el objeto de obligar a Wellington a dimitir. Se produjo un movimiento colectivo y deliberado hacia los bancos, en el que los mercaderes exigieron la entrega de las reservas de oro, lo que provocó una parada estrepitosa de los engranajes de la economía nacional.

En Bristol, después de tres días de grandes disturbios, Wellington ordenó al ejército que sofocara el «jacobinismo» a cualquier precio. En las masacres que se produjeron a continuación, tres destacados miembros del Partido Radical perdieron la vida. Al recibir la noticia sobre la masacre, un enfurecido Byron, que a estas alturas se hacía llamar «ciudadano Byron», apareció sin levita ni corbata en una manifestación celebrada en Londres, donde llamó a la huelga general. La manifestación fue disuelta por la caballería tory con sangrientos resultados, pero Byron logró escapar. Dos días después, la nación estaba sometida a la ley marcial.

En el futuro, el duque de Wellington dirigiría su considerable genio militar contra sus propios compatriotas. Los primeros levantamientos contra el régimen tory —como, en justicia, se le debe llamar ahora— fueron rápida y eficazmente sofocados, y las autoridades emplazaron guarniciones permanentes en todas las ciudades importantes. El ejército permaneció leal al vencedor de Waterloo y la aristocracia, para su descrédito, unció también su carro al del duque.

Pero la elite del Partido Radical había logrado escapar, ayudada por una red encubierta muy bien organizada. Al llegar la primavera de 1831, la esperanza de una rápida solución militar a la crisis se había esfumado. Las ejecuciones y deportaciones en masa tuvieron como respuesta una enconada resistencia y el estallido de violentas acciones guerrilleras. El régimen había perdido todo apoyo popular e Inglaterra se encontraba al borde de la guerra de clases.

—La era de los disturbios: una historia popular, 1912
por W. E. Pratchet, doctor en Filosofía y miembro de la R. S.

Sombrías melodías de los órganos automáticos

[Esta carta privada, fechada en julio de 1855, contiene las impresiones de Benjamin Disraeli sobre el funeral de lord Byron. El texto se ha extraído de una cinta emitida por una máquina de escribir de Colt & Maxwell. Se desconoce su destinatario].

Lady Anabella Byron, con aspecto muy desmejorado, entró del brazo de su hija. Parecía un poco aturdida. Tanto la madre como la hija estaban pálidas y fatigadas, y aparentaban encontrarse al límite de sus fuerzas. Entonces sonó una marcha fúnebre muy fina. El panmelodio sonaba de manera espléndida entre las sombrías melodías de los órganos automáticos.

A continuación llegaron las autoridades, en procesión. Primero el Portavoz, precedido por heraldos con bastones blancos y trajes de luto. Estaba espléndido. Caminaba lentamente, pero con firmeza, impasible y lleno de dignidad. Con un rostro casi egipcíaco. Un ujier llevaba la maza y él iba vestido con un traje de bordado dorado, muy fino. Luego venían los ministros; el secretario colonial, tan gallardo como de costumbre. El virrey de la India parecía casi recuperado de su malaria. El presidente de la Comisión de Libre Comercio era la viva imagen de la perversidad humana, como si se encogiera bajo el peso de una carga de remordimientos.

Luego la Cámara de los Lores. El lord canciller, absolutamente grotesco, tanto más por la figura del sargento de armas que lo acompañaba, con su cadena plateada y los grandes lazos de seda blanca en los hombros en señal de duelo. Lord Babbage, pálido y erguido, rebosante de dignidad. El joven lord Huxley, esbelto, resuelto en el paso, espléndido. Lord Scowcroft, la persona más volátil que jamás he conocido, vestido con ropa deshilachada, como un sacristán.

El ataúd llegó con toda solemnidad, sostenido por varios porteadores. El príncipe consorte, Alberto, era el más notable de todos ellos y su aspecto era muy extraño, una mezcla de deber, dignidad y miedo. Según he oído, estuvo esperando en la puerta, farfullando en alemán sobre el hedor.

Cuando entró el ataúd, la Dama de Hierro pareció envejecer mil años.

La Dama de Hierro viuda

Así que ahora el mundo recae en manos de hombres pequeños, de hipócritas y burócratas.

Míralos. Carecen del temple necesario para esta gran obra. La arruinarán.

Oh, incluso ahora podría enderezar las cosas con solo que esos necios me escucharan, pero nunca podría hablar como tú, y ellos no escuchan a las mujeres. Eras el gran orador, un pomposo y pintarrajeado saltimbanqui sin una sola idea de verdad en la cabeza, sin dotes lógicas, sin otra cosa que tu falsaria perversión, pero a pesar de ello te escuchaban; oh, vaya si te escuchaban. Escribías tus tontos libros de poesía, donde alababas a Satán, a Caín y el adulterio, repletos de todos los disparates imaginarios, y los muy necios los recibían como el maná del cielo. Derribaban las puertas de las librerías. y las mujeres se arrojaban a tus pies, ejércitos enteros de ellas. Yo nunca lo hice. Pero, claro, conmigo te casaste.

Era inocente entonces. Aun en los días de nuestro cortejo, un reducto de moralidad de mi interior sentía repulsión ante tus sibilinas lisonjas y tus odiosos comentarios llenos de dobles sentidos e insinuaciones, pero con todo atisbé en ti una promesa y decidí ignorar mis dudas. ¡Qué rápidamente las reviviste una vez convertidos en marido y mujer!

Utilizaste cruelmente mi inocencia; me convertí en íntima de la sodomía antes incluso de conocer la naturaleza de ese pecado; antes de aprender las palabras de lo inefable. Pederastia, manustupration, fellatio. El vicio te era tan propio que no podías alejar de él ni el lecho matrimonial. Me contaminaste, al igual que habías contaminado a la necia de tu hermana.

Si la sociedad hubiera conocido la décima parte de lo que yo sé, te habrían expulsado de Inglaterra como a un leproso. De vuelta a Grecia, a Turquía y tus catamitas.

Con qué facilidad podría haberte arruinado, y estuve a punto de hacerlo, de acabar contigo, porque me exasperaba que no conocieras, ni sintieras el menor deseo de conocer, la hondura de mis convicciones. Busqué entonces refugio en las matemáticas y me mantuve en silencio para seguir pareciendo una buena esposa a los ojos de la sociedad, pues aún tenía proyectos reservados para ti, y grandes cosas que hacer sin otro medio para alcanzarlas que mi marido. Porque había vislumbrado el camino al bien de la mayoría, un bien tan grande que convertía a mis humildes deseos en una mera bagatela.

Charles me enseñó. El decente, brillante e ingenuo Charles, tu opuesto en todos los aspectos; tan repleto de grandes planes y de la luz pura de las ciencias matemáticas, pero al mismo tiempo impolítico, totalmente incapaz de soportar la estupidez de buen grado. Poseía los dones de un Newton, pero carecía de capacidad

de persuasión.

Yo os reuní. Al principio lo detestabas, te burlabas de él a sus espaldas, y de mí también, por haberte mostrado una verdad que excedía tu capacidad de entendimiento. Insistí; te supliqué que pensaras en términos de honor, de servicio, que pensaras en tu propia gloria, en el futuro de la niña que llevaba en el vientre, Ada, la extraña niña. (Pobre Ada. No está bien. Hay demasiado de ti en ella.)

Pero me maldijiste tildándome de arpía distante, y te apartaste de mí, ebrio y furioso. Por el bien de mi gran proyecto, me revestí el rostro con una sonrisa y descendí al mismísimo abismo. Cómo me atormentó aquello, la vil y viscosa exploración y la suciedad animal; pero dejé que hicieras lo que te viniera en gana, y te perdoné, y te mimé y besé por ello, como si me gustara. Y tú lloraste como un niño, y me diste las gracias, y hablaste de amor eterno y de almas gemelas hasta cansarte de esta conversación. Y entonces, para hacerme daño, me enseñaste cosas aterradoras y chocantes con el fin de echarme de tu lado por medio de la repugnancia y el miedo, pero yo ya no me dejaba asustar; aquella noche estaba preparada para soportar cualquier cosa. Así que perdoné, perdoné y perdoné, hasta que finalmente no pudiste encontrar más perversiones ni en los más nauseabundos posos de tu alma, y al fin te quedaste sin tu máscara, sin nada más que decir.

Imagino que tras aquella noche me cogiste miedo, un poco al menos, y creo que eso fue muy bueno. Después de aquella noche no volvió a hacerme daño y aprendí a participar en todos tus «bonitos jueguecitos» y a ganar en ellos. Ese fue el precio que tuve que pagar para domesticar a tu bestia.

Si existe un juez de los hombres en otro mundo, aunque ya no lo creo, no, en el fondo de mi corazón; a pesar de que, en algunos momentos, momentos de mal como estos, tengo la impresión de que siento la presencia de un Ojo que nunca se cierra y que todo lo ve, y percibo la espantosa presión de su aterradora comprensión. Si existe un juez, señor mío, no esperes engañarlo a él. No, no presumas de tus magníficos pecados antes de exigir condenación, pues yo te digo que fue muy poco fue lo que acabaste por saber al cabo de los años. Tú, el mayor ministro del mayor imperio de la historia, titubeaste, fuiste débil, trataste de evitar las consecuencias...

¿Estoy llorando?

No tendríamos que haber matado a tantos...

Tendríamos, digo, pero fui yo, fui yo la que sacrificó su fe y su salvación para convertirlas en negras cenizas en el altar de tu ambición. A pesar de tus pomposas palabras sobre corsarios y sobre Bonaparte, no había hierro en ti. Hasta lloraste al pensar en colgar a unos miserables luditas, y no fuiste capaz de encerrar al cruel y demente Shelley hasta que yo te forcé a ello. Y luego, cuando llegaron los informes de nuestras agencias, sugiriendo primero, luego solicitando, y al fin exigiendo el derecho a eliminar a los enemigos de Inglaterra, fui yo quien los leyó, quien puso las

vidas en la balanza y quien firmó en tu nombre, mientras tú bebías, comías y te reías con esos hombres a los que llamabas tus amigos.

Y ahora esos necios que te entierran me hacen a un lado como si yo no fuera nada, como si no hubiera conseguido nada, únicamente porque ya no estás aquí. Tú, su caja de resonancia, su ídolo de maquillaje y pelo teñido. La verdad, las aterradoras y viscosas raíces de la historia, se desvanecen sin dejar rastro. La verdad queda enterrada en tu sarcófago dorado.

Debo dejar de pensar de este modo. Estoy llorando. Piensan que soy una vieja estúpida. ¿Pero acaso no tuvo cada crimen público que cometimos la recompensa de un bien público diez veces más grande?

Oh, juez, escúchame. Oh, Ojo, registra las profundidades de mi alma. Si soy culpable, debes perdonarme. No hice lo que había que hacer por placer. Te lo juro: no fue por placer.

El maestro emérito recuerda a Wellington

El brillo rojizo de una tenue luz de gas. Los rítmicos y resonantes chasquidos y chirridos del torpedo perforador Brunel. Treinta y seis muelas del mejor acero de Birmingham que se hunden con implacable vigor en una humeante veta de la ancestral arcilla de Londres.

El maestro perforador Joseph Pearson, alegre durante el almuerzo, coge un trozo helado de pastel de carne de su tartera y se lo mete en la boca.

—Sí, yo conocí al gran Mallory —dice, y su voz resuena en los grandes nervios de hierro de la estructura perforadora—. No es que nos presentaran exactamente, pero era Leviatán Mallory, sin duda, lo sé porque había visto su cara en los periódicos. Estaba tan cerca de mí como lo estás tú ahora, muchacho. «¿Lord Jefferies?», me dice el Leviatán, todo sorprendido y furioso. «A ese lo conozco. ¡Tendrían que meter en la cárcel a ese puñetero bastardo por fraude!».

El maestro Pearson esboza una sonrisa triunfante y la luz rojiza se refleja en un pendiente de oro y un diente de oro.

—Y vaya si recibió su merecido ese cabrón de Jefferies una vez que terminó el hedor. Leviatán Mallory se encargó de ello, te lo aseguro. Es un aristócrata de la naturaleza, el bueno de Leviatán.

—Yo he visto ese brontosauro —dice el aprendiz David Waller, con un gesto de asentimiento y luz en los ojos—. ¡Es impresionante!

—Yo estaba trabajando en las excavaciones del 54 cuando desenterraron aquellos colmillos de elefante. —El maestro Pearson, con las botas de goma colgadas de la plataforma del segundo piso del pozo de la excavación, se remueve en la estera impermeable de fibra de coco y arpillera, y extrae una botellita de champán de uno de los bolsillos de su mono—. Espumoso francés, muchacho. Es la primera vez que bajas. Tienes que probarlo.

—No sé, señor. Va contra el reglamento. Pearson descorcha la botella. Sin ruido, sin espuma. Le guiña un ojo al joven.

—Demonios, muchacho, es la primera vez que bajas. No habrá otra primera vez. —Tira los posos del té cargado y dulzón de su taza de latón y lo llena hasta el borde de champán.

—Se ha quedado sin gas —se lamenta el aprendiz Waller. Pearson se echa a reír y se rasca una protuberancia venosa de su gruesa nariz. —Es la presión, muchacho. Espera a que lleguemos arriba. Subirá dentro de ti. Te vas a pedorrear como un buey.

El aprendiz Waller prueba el líquido con cierta precaución. Una campana de hierro repica sobre ellos.

—La jaula baja —dice Pearson, mientras se apresura a cerrar la botella. Se la guarda en el bolsillo, apura la taza y se limpia la boca.

Una jaula en forma de bala desciende, pasando con la lentitud de una deposición por una membrana de cuero rígido. Cuando toca el suelo se producen unos siseos y crujidos.

Salen dos hombres. El capataz jefe lleva casco, mono y delantal de cuero. A su lado, con una linterna de bronce, hay un hombre alto de pelo blanco, con un frac negro y un chaleco de satén del mismo color, y un pañuelo de crespón oscuro alrededor de un sombrero de copa. A la luz rojiza del túnel, un diamante del tamaño de un huevo de paloma, o puede que un rubí, resplandece en su garganta. Al igual que el capataz jefe, lleva las perneras de los pantalones metidas en unas botas altas de caucho indio.

—El gran maestro emérito —dice Pearson con una sola exhalación entrecortada, y se pone en pie de un salto. Waller lo imita.

Los dos se ponen firmes cuando el gran maestro pasa a su lado en dirección a la inmensa cara excavadora del Torpedo. No levanta la mirada ni se fija en ellos, sino que continúa hablando, con fría autoridad, con el capataz. Examina los remaches, las juntas y las lechadas con el haz perforador de su linterna. La linterna no tiene asa, pues el gran maestro sujeta el bronce candente con un fino garfio de hierro que sobresale de una manga vacía.

—Qué vestimenta más curiosa, ¿no? —susurra el joven Waller.

—Sigue de luto —susurra Pearson.

—Ah —dice el aprendiz. Observa un rato cómo camina el gran maestro—. ¿Aún?

—Conocía a lord Byron como si fuera de su familia. ¡Y también a lord Babbage! En la era de los disturbios... ¡cuando huían de la policía tory de lord Wellington! Entonces no eran lores... al menos no lores radicales como Dios manda, sino rebeldes y agitadores, con precio a sus cabezas. El gran maestro los ocultó una vez en un escondrijo suyo, un lugar de reunión frecuente del partido. Los lores radicales nunca olvidaron el favor que les había hecho. Por eso somos el mayor de los sindicatos radicales.

—Ah.

—¡Es un gran hombre, Davey! Maestro del hierro y gran maestro de la pólvora... Cuando lo hicieron rompieron el molde.

—Bueno... Debe de tener unos ochenta años, ¿no?

—Y sigue en plena forma.

—¿Cree usted que podríamos bajar, señor? ¿Podríamos verlo de cerca? Me gustaría estrecharle el famoso gancho.

—Muy bien, muchacho. Pero cuida tus modales. Nada de palabras malsonantes. Bajan hasta las planchas de madera de la base del túnel. Cuando están acercándose al gran maestro, el rugido mordiente

del Torpedo cambia repentinamente. La tripulación del gran artefacto da un

respingo, porque este tipo de cambios siempre significan problemas: un arenal, una veta de agua o algo peor. Pearson y su aprendiz echan a correr hacia la cara excavadora.

Desde las afiladas espirales de hierro de las treinta y seis muelas giratorias empiezan a caer grandes nubes formadas por virutas de una porquería blanda y negra. Del interior de la tierra negra que está perforando la excavadora llegan las pequeñas y amortiguadas detonaciones de antiguas bolsas de gas, débiles como el champán de Pearson. Sin embargo, no se produce una letal avalancha de agua, ni un corrimiento de arenas movedizas. Cautelosamente, avanzan palmo a palmo, detrás del afilado y blanco haz de la gran linterna del gran maestro.

Unos terrones de materia dura de color amarillo aparecen entre el lodo negruzco y verdoso.

—Huesos, ¿no? —dice uno de los trabajadores mientras se lleva un pañuelo a la nariz al percibir el olor amargo del polvo—. Parecen fósiles...

Entonces surge un torrente de huesos y los sistemas hidráulicos del Torpedo se estremecen un momento como reacción, antes de continuar perforando la blanda masa. Huesos humanos.

—¡Un cementerio! —grita Pearson—. ¡Hemos tropezado con un cementerio!

Pero el túnel es demasiado profundo para eso y hay demasiados huesos, huesos enmarañados como las ramas de un bosque talado, unidos en una profunda y promiscua masa que, pulverizadas de pronto, despide una vaga peste a fango y azufre largo tiempo enterrados.

—¡Una fosa común de la epidemia! —grita el capataz jefe, aterrado, y todos los hombres retroceden atropelladamente. Se produce una sacudida y un siseo de vapor cuando el capataz apaga el Torpedo.

El gran maestro no se ha movido. Permanece inmóvil y en silencio, contemplando la obra de las muelas.

Deja la lámpara a un lado y alarga el brazo hacia la tierra apilada. Introduce en ella su brillante garfio y saca algo sujeto por una cuenca ocular. Un cráneo.

—Ah, vaya —dice, y su profunda voz retumba en el repentino silencio que se ha hecho—, pobre y desgraciado bastardo.

La Dama jugadora trae mala suerte

—La Dama jugadora trae mala suerte a aquellos la conocen. ¡Cuando una mala racha en las máquinas de apuestas le ha vaciado la bolsa, lleva discretamente sus joyas a la calle Lombard y así puede volver a tentar a la Fortuna con el dinero de las casas de empeño! Luego vende también el interior de su guardarropa, para espanto de sus doncellas; sablea a sus conocidos y alquila su honor a sus íntimos en un vano intento por recobrarse de sus pérdidas.

»Las pasiones no sufren menos por esta pasión jugadora que el entendimiento y la imaginación. ¡Qué vívidos y antinaturales son la esperanza y el miedo, el júbilo y la cólera, el pesar y el descontento que surgen al unísono al rodar los dados, al volverse las cartas, al echar a correr los brillantes faetones de carreras! ¿Quién no se indignaría al pensar que todos estos femeninos afectos, que debieran estar consagrados a los hijos y los maridos, se prostituyen vilmente y se arrojan al fango? No puedo sino sentir pesar al ver cómo se exaspera y sangra por dentro la Dama jugadora por culpa de estas indignas obsesiones, ¡cuando contemplo el rostro de un ángel agitado por el corazón de una furia!

»El Señor ordena que casi todo lo que corrompe el alma pervierta también el cuerpo. Los ojos hundidos, el aspecto demacrado y la tez pálida son los indicios naturales de una jugadora. El sueño matutino no puede reparar la sórdida vela de medianoche. Llevo mucho tiempo viendo el rostro de la Dama jugadora. Sí. La he observado bien. He visto cómo se la llevaban, medio muerta, del antro de juego de Crockford’s, a las dos de la mañana, con aspecto de espectro a la luz de las sórdidas farolas de gas...

»Le ruego que vuelva a sentarse, señor. Está usted en la casa de Dios. ¿Debo tomarme ese comentario como una amenaza, señor? ¿Cómo se atreve? ¡Estos son tiempos oscuros y complicados, señor! Le digo a usted, señor mío, al igual que le he dicho a esta congregación, al igual que le diré al mundo entero, que la he visto, he visto a su reina de las máquinas en sus viles disipaciones...

»¡Socorro! ¡Deténganlo! ¡Deténgalo! ¡Oh, buen Jesús, me ha disparado! ¡Me ha matado! ¡Que me asesinan! ¿No pueden detenerlo?

Caballeros, la decisión es suya

> [En el momento álgido de la crisis parlamentaria de 1855, lord Brunel reunió a su gabinete y se dirigió a sus miembros. Sus palabras fueron registradas por su secretario privado usando la notación taquigráfica de Babbage].

—Caballeros, no soy capaz de recordar una sola ocasión en la que cualquier individuo del partido o del Gobierno haya hablado, ni siquiera por pura casualidad, en mi defensa en el Parlamento. He esperado paciente, y creo poder decir que estoicamente, mientras hacía lo poco que podía para proteger y extender el sabio legado del fallecido lord Byron y para curar las heridas que, en su temeridad, infligieron a nuestro partido ciertos jóvenes ardientes de celo.

»Pero no he percibido ningún cambio en el desprecio con el que ustedes, honorables caballeros, parecen mirarme. Por el contrario, las dos últimas noches se han consagrado al debate de una moción de confianza, dirigida, obvia y especialmente, contra el jefe del Gobierno. La discusión se ha caracterizado por un grado de beligerancia hacia mi oficina aún mayor de lo habitual, sin que ninguno de ustedes, los miembros de mi propio gabinete, salieran en mi defensa.

»¿Cómo, en semejantes circunstancias, esperan que podamos resolver el asunto del asesinato del reverendo Alistair Roseberry? Este vergonzoso y atávico crimen, brutalmente perpetrado en el interior de una iglesia cristiana, ha mancillado la reputación del partido y del Gobierno, y proyectado graves dudas sobre nuestras intenciones y nuestra integridad. ¿Y cómo vamos a desarraigar a las terribles sociedades partidarias del atraso, cuyo poder y cuyas audaces provocaciones crecen día tras día?

»Dios sabe, caballeros, que nunca he querido este cargo para mí. Habría hecho cualquier cosa que no fuese contra mi honor para poder rechazarlo. Pero debo ser el señor de esta casa o, en caso de no poder serlo, dimitir, abandonar la nación al liderazgo espurio de hombres cuyas intenciones están cada vez más claras. Caballeros, la decisión es suya.

Muerte de la marquesa de Hastings

Sí, señor, a las dos y cuarto exactamente, señor. No hay margen para el error, puesto que hablamos de un reloj patentado de Colt & Maxwell.

Solo un sonido parecido a un goteo, señor.

Por un momento, olvidando que era una noche despejada, pensé que era una gotera. Lluvia, pensé, y me puse un poco nervioso, porque al Leviatán no le sienta nada bien la humedad, así que levanté la linterna... y allí estaba el pobre miserable, colgado, y los huesos del Leviatán manchados de sangre, señor, hasta los... ¿cómo los llaman?, los armazones que mantienen a la bestia erguida. La cabeza de ese desgraciado estaba destrozada, señor. Ya no se la podía llamar cabeza. Estaba colgado por los tobillos de una especie de arnés, y vi que las cuerdas y las poleas ascendían hacia la oscuridad de la gran cúpula. La imagen me sobresaltó tanto, señor, que hasta que no activé la alarma no me di cuenta de que la cabeza del Leviatán había desaparecido también.

Sí, señor, creo que es así. Creo que lo hicieron así. Creo que lo bajaron desde la cúpula e hizo el trabajito ahí arriba, en la oscuridad. Imagino que pararía al oír mis pasos y luego continuaría. Un trabajo de varias horas, puesto que tenían que accionar las cuerdas y poleas desde arriba. Lo más probable es que pasara debajo de ellos varias veces a lo largo de mi turno. Y una vez que consiguieron sacarla, la cabeza, señor, alguien lo levantó y se la llevó por el panel que habían desatornillado. Pero algo debió de soltarse, señor, o quizá el hombre resbaló, porque entonces se precipitó de cabeza hacia el suelo, que es del mejor mármol de Florencia. Encontramos lo que quedaba de su sesera, señor, aunque ojalá no lo hubiera visto. Y entonces me acordé de que había oído un ruido, señor, supongo que el que hizo al chocar, aunque no hubo ningún grito.

Si se me permite decirlo señor, lo que me parece más vil de todo el asunto es la frialdad con la que volvieron a subirlo, silenciosos como arañas, y lo dejaron allí colgado, como un conejo en el escaparate de un carnicero, antes de marcharse por el tejado con su botín. Hay que ser malvado para hacer algo así, ¿no le parece?

—Kenneth Reynolds, guardia nocturno, Museo de Geología Práctica.
Declaración ante el juez G. H. S. Peters,
Bow Street,

noviembre de 1855

Créeme siempre

Mi querido Egremont:

Te escribo para expresarte lo mucho que lamento que las circunstancias del momento me impidan aprovechar la oportunidad de seguir empleando tus habilidades al servicio del partido y del Gobierno.

Debes entender que mi reacción a las difíciles circunstancias personales en las que te encuentras no equivale en modo alguno a una falta de confianza en tu capacidad como estadista. Esta es la principal idea que quisiera transmitirte.

¿Cómo podría cerrar esta misiva sin expresar el fervor con el que deseo que el futuro te reserve un lugar de distinción pública permanente?

Créeme siempre,

Sinceramente tuyo,

I. K. Brunel

—Carta ministerial a Charles Egremont, parlamentario, diciembre de 1855

Memorando al Despacho Exterior

En esta ocasión, nuestro distinguido invitado, el ex presidente de la Unión Americana, señor Clement L. Valladingham, se emborrachó como un cosaco. El eminente demócrata demostró que podía ser tan libertino como cualquier lord inglés. Manoseó a la señora A., besó a la aterrorizada señorita B., pellizcó las posaderas de la señora C. y persiguió a la señorita D. con evidentes intenciones de forzarla.

Finalmente, tras provocar la histeria de nuestras invitadas femeninas comportándose como un elefante en celo, la noble bestia fue capturada y llevada a la fuerza al piso de arriba por el personal de la casa. En su habitación lo esperaba la señora Valladingham, en camisón y gorro de dormir. Allí y en ese momento, para nuestro asombro, este notable sujeto sació su frustrada lujuria en la persona entregada de su legítima esposa, vomitando copiosamente durante la operación. Nadie que conozca al señor Valladingham encontrará increíble este suceso.

Me ha llegado la noticia de que el antiguo presidente de Texas, Samuel Houston, ha muerto en Veracruz, su exilio mexicano.

Estaba, según creo, esperando cualquier llamada a las armas que pudiera devolverlo a una posición de eminencia; pero los alcaldes franceses eran demasiado astutos para él. Houston tenía sus defectos, lo sé, pero valía diez veces más que Clement Valladingham, quien firmó una paz deshonrosa con la Confederación y ha permitido que los buitres del comunismo del Manhattan rojo royeran el cadáver de su deshonrado país.

—Lord Liston, 1870

Antes de los radicales

[Este testimonio es una grabación inscrita en un cilindro de cera. Uno de los más antiguos ejemplares de este tipo de grabaciones conserva los recuerdos de Thomas Towler (nacido en 1790), abuelo del inventor del audiógrafo Towler, Edward Towler. A pesar de la naturaleza experimental del aparato empleado, la grabación es de una excepcional claridad. 1875].

Recuerdo un invierno. Fue un invierno muy largo y en Inglaterra había una pobreza terrible por aquel entonces, antes de los radicales. Mi hermano Albert solía coger algunos ladrillos, cubrirlos con guano y ponerlos en los establos para coger gorriones. Luego los desplumaba y los limpiaba. Lo hacíamos juntos. Yo lo ayudaba. Nuestro Albert encendía el fuego, calentaba el horno y cocinábamos aquellos pequeños gorriones en la cazuela de madre, con un buen trozo de grasa. Madre preparaba una tetera bien llena para nosotros y nos comíamos los gorriones diciendo que era una fiesta del té.

Mi padre... Iba a ver a todos los tenderos de Chatwin Road y conseguía algunos restos. Huesos, ya sabes, huesos de cordero y toda clase de cosas, guisantes secos, judías, zanahorias y nabos pasados y... un poco de avena. Había también un panadero que le daba el pan del día anterior... Mi padre tenía una gran caldera de hierro que usaba para preparar la comida de los caballos. La limpiaban entera y preparaban sopa en ella. Recuerdo a los pobres que venían. Aquel invierno lo hacían dos veces por semana. Tenían que traer sus propios recipientes. Así era el hambre antes de los radicales.

Y, Eddie, ¿oíste hablar de la gran hambruna irlandesa, en los cuarenta? No lo creo. Pues las cosechas se echaron a perder, tres años consecutivos, y pareció que las cosas iban a ponerse muy feas para ellos. Pero los radicales no estaban dispuestos a consentirlo. Declararon una emergencia y movilizaron a la nación entera. Lord Byron dio un gran discurso, que se publicó en todos los periódicos... Yo subí en uno de los barcos de socorro, en Bristol. Estuvimos todo el día y toda la noche descargando grandes cajas con conocimientos de embarque de las máquinas de Londres. No dejaban de llegar trenes de todas partes de Inglaterra, llenos de comida. «Que Dios bendiga a lord Babbage», gritaban los pobres niños irlandeses, con lágrimas en los ojos. «Tres hurras por Inglaterra y por los lores radicales». Los leales irlandeses nunca han olvidado aquello. Son gente que no olvida los favores.

John Keats en la Half Moon Street

Un criado me condujo al estudio del señor Oliphant. Este me saludó con cordialidad y comentó que en mi telegrama había mencionado mi asociación con el doctor Mallory. Le dije que había sido un placer acompañar el triunfante discurso del doctor Mallory sobre el brontosauro con un programa quinotrópico sumamente avanzado. La Revista Mensual de la Sociedad Intelectual del Vapor publicó un gratificante artículo sobre mi trabajo, y le ofrecí una copia al señor Oliphant, pero tengo la impresión de que sus conocimientos sobre este arte alcanzan, en el mejor de los casos, el nivel de un aficionado, pues su reacción fue de diplomático desconcierto.

A continuación le informé de que el doctor Mallory me había llevado hasta él. En una de nuestras conversaciones privadas, el gran sabio había creído conveniente hablarme de la audaz propuesta del señor Oliphant: emplear las máquinas de la policía en el análisis científico de los movimientos y ocupaciones de la población metropolitana, para así descubrir los patrones ocultos que subyacían tras ellos. Mi admiración por este audaz plan me había llevado directamente hasta allí, y le comuniqué mi disposición a asistirlo en la puesta en práctica de su visión.

En ese momento me interrumpió con un aire marcadamente distraído. Todos estamos numerados, declaró, todos y cada uno de nosotros, por un ojo que todo lo ve. Nuestros minutos también están numerados, así como cada pelo de nuestras manos. Y seguramente sea la voluntad de Dios el que los poderes computacionales de la máquina se empleen con la población, los flujos de tráfico, del comercio, las mareas de las multitudes, con la infinitamente divisible textura de su obra.

Esperé a la conclusión de esta extraordinaria diatriba, pero entonces, de improviso, el señor Oliphant pareció quedar sumido en sus pensamientos.

Entonces le expliqué, con los términos más parejos a los de un lego que me fue posible emplear, que la naturaleza del ojo humano hace necesarias, en la quinotropía, tanto una notable velocidad como una notable complejidad. Por esa razón, concluí, los quinotropistas debemos estar entre los mejores programadores de máquinas, y la práctica totalidad de los avances en la compresión de datos han nacido como aplicaciones quinotrópicas.

En este punto me interrumpió de nuevo para preguntarme si había dicho «compresión de datos» y si estaba familiarizado con el término «compresión algorítmica». Le aseguré que así era.

Se levantó entonces, fue a un aparador cercano y sacó lo que me pareció una caja de madera, de las que se utilizan para transportar instrumental científico, aunque cubierta parcialmente, me pareció, de restos de yeso blanco. ¿Tendría la amabilidad, me pidió, de examinar las tarjetas que contenía, realizar una copia de seguridad y referirle en privado la naturaleza de su contenido?

No tenía ni idea de la importancia de aquellas tarjetas, ¿sabe? Ni la más remota idea.

—John Keats, citado de una entrevista realizada por H. S. Lywood
para la Revista Mensual de la Sociedad Intelectual del Vapor, mayo de 1857

La polca del gran panmelodio

¡Oh, sí! El mundo se ha vuelto loco.
Los flacos, los gordos, los viejos, los radicales.
Todos juran que nunca han conocido
nada como la polca del gran panmelodio.

Primero levanta el pie derecho,
apoya en el dedo gordo del izquierdo,
da un taconazo y sigue sin parar.
La polca del gran panmelodio
Las contradanzas y los valses ya no van,
la música mecánica agacha la cabeza,
al llegar el uno de mayo
en Londres todos bailan la polca.

Si conoces a una chica guapa,
de ojos brillantes y mejillas rosadas,
te dirá, puede que tengas algo que hacer
si aprendes a bailar la polca.

Los profesores se juntan en las calles
para escuchar las notas del panmelodio,
y a todo aquel que conozcas,
pregúntale si sabe bailar la polca.

Y así bailamos siempre sin parar,
con faldas cortas y tacones altos.
Las señoras ni te mirarán,
si no eres de los que bailan la polca.

The Tatler

Con pesar y consternación hemos recibido la noticia de la reciente partida, a bordo del Gran Oriental, de nuestro estimado y brillante compatriota, el señor Laurence Oliphant —escritor, periodista, diplomático, geógrafo y amigo de la familia real—, quien se marcha a América con la intención de establecerse en el Falansterio de Susquehanna, fundado por los señores Coleridge y Wordsworth, y explorar las doctrinas utópicas sostenidas por estos dos valiosos expatriados.

—«En la ciudad», una columna,
12 de septiembre de 1860

Un poema de despedida

[Mori Yujo, samurai y erudito de la provincia de Satsuma, escribió el siguiente poema ceremonial cuando su hijo partió para Inglaterra en 1854. Está traducido del japonés tradicional].

Mi hijo marcha a las profundidades insondables,
impelido por nobles ambiciones;
muy lejos debe navegar —diez mil leguas—
dejando atrás las brisas de la primavera.
Algunos dicen que el este y el oeste
no tienen nada en común;
pero yo digo que el mismo cielo
es su soberano.
Su propia vida arriesga, obedeciendo a su han.
Y afronta grandes peligros para aprender.
Por el bien de su familia no escatima esfuerzos,
y en busca de la sabiduría, a pesar de las penurias
viaja mucho más allá de los legendarios ríos de China.
Su labor de aprendizaje dará algún día
el fruto de espléndidos logros.

Una carta

Como de costumbre, pasé todo el día buscando tierra firme en todas direcciones, pero no pude encontrar ninguna. ¡Cuánta melancolía sentía! Entonces, por pura casualidad, y con el permiso del capitán, me subí a uno de los cuatro mástiles. Desde las alturas, con las velas y las chimeneas muy por debajo de mí, descubrí con asombro la costa de Europa: una franja, fina como un cabello, de tierra verde, sobre un horizonte marino. Le grité a Matsumura: «¡Sube! ¡Sube!» y él lo hizo, rápidamente y sin miedo.

Juntos sobre el mástil, contemplamos Europa.

«¡Mira!», le dije. «He ahí la prueba de que el mundo es realmente redondo. Sobre la cubierta no alcanzábamos a ver nada, pero desde aquí arriba se divisa la tierra con claridad. ¡Eso demuestra que la superficie del mar es curva! ¡Y si el mar lo es, debe de serlo la Tierra entera!»

Matsumura exclamó: «¡Es fantástico! ¡Tal como decías! ¡La Tierra es redonda! ¡Ya tenemos la prueba!»

—Mori Arinori, 1854

Modus

Parecía que a su señoría no la habían tratado bien los publicistas parisinos, pues la sala de conferencias, a pesar de su modestia, no estaba ni medio llena.

Los asientos de tapicería oscura, ordenados pulcramente en filas como columnatas, estaban punteados de manera precisa por las brillantes calvas de los matemáticos. Aquí y allá, entre los sabios, se sentaban chasqueadores franceses de mediana edad, cuyos elegantes atuendos de lino veraniego parecían bastante pasados de moda. Las últimas tres filas correspondían a un club de mujeres de París, que mataba el tiempo disfrutando del calor estival y charlando de manera audible, pues hacía un buen rato que habían perdido el hilo de la conferencia de su señoría.

Lady Ada Byron volvió una página y se llevó un dedo enguantado a sus quevedos bifocales. Durante varios minutos, una enorme mosca de color verde había estado volando en círculos alrededor de su podio. En aquel momento interrumpió la complejidad de sus espirales para posarse en el voluminoso archipiélago del hombro acolchado y cubierto de encaje de su señoría.

La Madre dijo:

—Nuestras vidas quedarían grandemente iluminadas si el discurso humano pudiera interpretarse como la exfoliación de un sistema formal más profundo. Ya no tendríamos que evaluar las grandes ambigüedades del habla humana, sino que podríamos juzgar la validez de cualquier frase mediante la referencia a una serie fija y descriptible de leyes y axiomas. El sueño de Leibnitz era encontrar este sistema, la Characteristica Universalis...

»Y, sin embargo, la ejecución del llamado programa Modus ha demostrado que cualquier sistema formal es tan incompleto como incapaz de establecer su propia consistencia. No existe un modo matemático de expresar la realidad del término “verdad”. La naturaleza transfinita de las conjeturas Byron fue la ruina de la Gran Napoleón; el programa Modus inició una serie de bucles interconectados que, aunque difíciles de establecer, eran aún más difíciles de eliminar. ¡El programa se ejecutaba, y al hacerlo volvía inútil la máquina! Fue una dolorosa lección sobre las renqueantes capacidades de hasta los mejores de nuestros ordinateurs.

»Sin embargo, estoy convencida, y debo afirmarlo con toda rotundidad, que la técnica modus de la autorreferencia será algún día la base de un metasistema genuinamente trascendente de matemáticas calculatorias. El modus ha demostrado mis conjeturas, pero su uso práctico requiere de una máquina de vasta capacidad, capaz de llevar a cabo iteraciones de indecible sofisticación y complejidad.

»¿No es extraño que unos simples mortales puedan hablar de un concepto, la “verdad”, que es infinitamente complicado? Y, sin embargo, ¿no es un sistema cerrado la esencia de lo mecánico, lo carente de pensamiento? ¿Y no es un sistema

abierto la misma definición de lo orgánico, de la vida y el pensamiento?

»Si imaginamos la totalidad del sistema de las Matemáticas como una gran máquina dedicada a la demostración de teoremas, debemos decir que tal sistema, gracias al modus, está vivo, y podría probar su propia condición y desarrollar la capacidad de mirarse a sí mismo. Las lentes necesarias para un examen de esta índole son de una naturaleza que aún desconocemos; y, sin embargo, debemos concluir que existen, puesto que nosotros mismos las poseemos.

»Como seres vivos, poseemos la capacidad de imaginar el universo, aunque carezcamos de un modo finito de percibirlo en su totalidad. De hecho, el término “universo” no es un concepto racional, aunque posee tan total inmediatez que ninguna criatura pensante podría escapar a su presencia como noción y, de hecho, tampoco al deseo de conocer sus reglas de funcionamiento y la naturaleza de su propio origen en el seno de este.

»En sus últimos años, el gran lord Babbage, insatisfecho con las limitaciones de la energía del vapor, trató de emplear el rayo en sus máquinas calculadoras. Su complejo sistema de “resistores” y “capacitores”, aunque testimonio del mayor de los genios, sigue en un estado fragmentario desde el punto de vista teórico y aún está por construirse. De hecho, los ignorantes suelen despreciarlo tildándolo del desvarío de un viejo. Pero la historia demostrará su validez y entonces, y esta es mi más honda esperanza, mis conjeturas trascenderán los límites de los conceptos abstractos para adentrarse en el mundo de las cosas vivas.

Los aplausos fueron escasos y dispersos. Ebenezer Fraser, que observaba desde una de las alas, a la sombra de las cuerdas y las bolsas de arena, sintió que se le ponía el corazón en un puño. Pero, al menos, todo había terminado. Lady Byron estaba dejando el podio para reunirse con él.

Fraser abrió las asas niqueladas de la bolsa de viaje de su señoría. Lady Ada dejó el manuscrito en su interior, seguido por sus pequeñas gafas y su minúsculo gorrito de cintas.

—¡Creo que me han entendido! —dijo con voz animada—. Suena bastante elegante en francés, ¿no le parece, señor Fraser? El francés es una lengua muy racional.

—¿Adónde vamos ahora, señora? ¿Al hotel?

—Al saloncito —dijo ella—. Este calor me fatiga mucho. ¿Quiere llamar al faetón para mí? Iré enseguida.

—Desde luego, señora.

Fraser, el bolso en una mano y el bastón estoque en la otra, condujo a lady Ada hasta el estrecho saloncito, abrió la puerta, dejó la bolsa ante las pequeñas sandalias que cubrían los pies de su señoría y cerró la puerta con firmeza. Sabía que en aquella sala, la señora buscaría el consuelo de la petaca plateada de brandy que había

escondido en el cajón inferior izquierdo de la mesa, envuelta, con patética duplicidad, en un pañuelo de papel cebolla.

Fraser se había tomado la libertad de dejarle también un poco de agua de Seltz en un cubo de hielo. Esperaba que lady Ada rebajase un poco el licor.

Salió de la sala de conferencias por la puerta trasera y luego rodeó el edificio con una cautela derivada de sus viejas costumbres. El ojo tuerto le dolía bajo el parche, y tuvo que apoyarse en la cabeza de ciervo que el bastón estoque tenía como empuñadura. Tal como esperaba, no vio nada que pareciera peligroso.

Tampoco había ni rastro del chófer o el faetón alquilado de su señoría. A buen seguro, el detestable malandrín estaba en aquel momento dándole a la botella en algún sitio o cortejando a una soubrette. O puede que no hubiese entendido sus instrucciones, porque el francés de Fraser distaba mucho de ser perfecto. Se frotó el ojo sano y examinó el tráfico. Le daría al tipo veinte minutos antes de parar un coche de caballos.

Entonces vio a su señoría de pie, con aire de cierta indecisión, en la misma puerta por la que había salido. Se había puesto un bonete diurno, según parecía, y había olvidado su bolsa de viaje, cosa que era típica de ella. Corrió a su lado cojeando.

—Por aquí, señora. El faetón nos esperará en la esquina.

Se detuvo. No era lady Ada.

—Creo que me confunde usted, señor —dijo la mujer en inglés, antes de bajar los ojos y sonreír—. No soy su reina de las máquinas, sino solo una admiradora.

—Le ruego me disculpe, madame —dijo Fraser.

La mujer bajó recatadamente la mirada hacia el intrincado bordado Jacquard de su falda blanca de fina muselina. Llevaba un abultado corpiño francés, y una chaqueta rígida de hombreras altas, decorada con encaje.

—Su señoría y yo vestimos de manera parecida —dijo con una sonrisa traviesa—. ¡Debe de comprar en la casa de monsieur Worth! Es todo un elogio a mi propio gusto, ¿n’est-ce pas?

Fraser no dijo nada. Un ligero hormigueo de suspicacia había despertado en su interior. La mujer —una esbelta y menuda rubia, de unos cuarenta años— vestía como una respetable dama de clase media. Sin embargo había tres anillos de brillante en sus dedos enguantados y unos espectaculares pendientes de filigrana de jade en sus delicados lóbulos. Junto a la comisura de su boca había un lunar artificial, o una minúscula tirita de color negro. Y sus ojos grandes y azules, a pesar de su aire de inocencia, emitían un fulgor que de algún modo venía a decir «te conozco, dinero».

—Señor, ¿me permite esperar a su señoría con usted? Espero no molestarla si le pido un autógrafo.

—En la esquina —dijo Fraser con un asentimiento de la cabeza—. El faetón. —Le ofreció el brazo izquierdo y se acomodó el bastón estoque en la axila del derecho,

con la mano apoyada sobre la empuñadura. No estaría de más poner un poco más de distancia en la calle. Quería vigilar a aquella mujer.

Se detuvieron en la esquina, bajo una angulosa lámpara de gas francesa.

—Es muy agradable escuchar una voz londinense —dijo la mujer, con tono adulador—. Llevo tanto tiempo viviendo en Francia que mi inglés se ha oxidado.

—En absoluto —dijo Fraser. La desconocida tenía una voz encantadora. —Soy madame Tournachon —dijo—. Sibyl Tournachon.

—Me llamo Fraser. —Inclinó la cabeza. Sybil Tournachon movía nerviosamente las manos en el interior de los guantes de muselina, como si le sudaran las palmas. El día era muy caluroso.

—¿Es usted uno de sus paladines, señor Fraser?

—Me temo que no termino de entenderla, madame —dijo Fraser educadamente —. ¿Vive usted en París, señora Tournachon?

—En Cherburgo —respondió ella—. Pero he venido en el expreso de la mañana, simplemente para verla. —Hizo una pausa—. Apenas he entendido una palabra de lo que ha dicho.

—No se avergüence de ello, madame —dijo Fraser—. Yo tampoco.— Había empezado a gustarle.

En ese momento llegó el faetón. El chófer, tras saludar a Fraser con un guiño impropio, saltó de detrás del volante y se limpió las manos en un pañuelo sucio que había sacado del bolsillo. Lo aplicó al manchado borde de una escalerilla plegable, silbando.

Su señoría salió de la sala de conferencias. No se había olvidado la bolsa. Mientras se aproximaba, la señora Tournachon empalideció ligeramente a causa del nerviosismo y sacó un programa de su chaqueta.

Era totalmente inofensiva.

—Su señoría, permita que le presente a la señora Sybil Tournachon —dijo Fraser.

—¿Cómo está usted? —dijo lady Ada.

La señora Tournachon hizo una reverencia.

—¿Podría firmarme el programa? Por favor.

Lady Ada pestañeó. Fraser, con destreza, le ofreció la pluma de su cuaderno.

—Por supuesto —dijo lady Ada mientras cogía el programa—. Perdone... ¿Cómo dice que se llama?

—Ponga «A Sybil Tournachon». ¿Quiere que se lo deletree?

—No es necesario —respondió su señoría, sonriendo—. Hay un famoso aeronauta francés que se llama así, ¿no? —Fraser le ofreció la espalda para que pudiera estampar su firma—. ¿No será pariente suyo?

—No, su alteza.

—¿Perdone? —preguntó lady Ada.

—La llaman la reina de las máquinas... —La señora Tournachon, con una sonrisa triunfante, le arrebató el programa firmado de los dedos fláccidos—. ¡La reina de las máquinas! ¡Y no es más que una graciosa viejecilla de pelo blanco! —Se echó a reír —. Esa tontería de las conferencias, querida... ¿Se paga bien? ¡Espero que sí!

Lady Ada la miró con asombro genuino.

La mano de Fraser se tensó sobre el bastón. Bajó del bordillo y abrió rápidamente la puerta del faetón.

—¡Un momento! —La mujer tiró con repentina energía de uno de sus dedos enguantados, y sacó un anillo muy llamativo—. Su señoría, por favor, quiero que tenga esto.

Fraser se interpuso entre ellas y bajó el bastón.

—Déjela tranquila.

—No —dijo la señora Tournachon alzando la voz—. He oído lo que cuentan. Sé que lo necesita. —Se pegó a él y estiró el brazo—. Su señoría, por favor, cójalo. No quería herir sus sentimientos, ha sido un golpe bajo. ¡Le suplico que acepte mi regalo! Por favor, es cierto que la admiro. He escuchado la conferencia entera. ¡Cójalo, lo he traído para usted! —Entonces retrocedió, ya con la mano vacía, y sonrió—. ¡Gracias, su señoría! Buena suerte. No volveré a molestarla. ¡Au revoir! ¡Bonne chance!

Fraser siguió a su señoría al interior del faetón, cerró la puerta y dio unos golpecitos en la placa de separación.

El vehículo se puso en marcha.

—Qué excéntrico personajillo —dijo su señoría. Abrió la mano. Un diamante de buen tamaño refulgía en su engarce de filigrana—. ¿De quién se trataba, señor Fraser?

—Supongo que de una exiliada, señora —dijo Fraser—. Muy audaz.

—¿Cree que he hecho mal en aceptar esto? —Su aliento olía a brandy y agua de Seltz—. Supongo que no es muy apropiado. Pero de no haberlo aceptado nos habría hecho una escena. —Levantó la gema bajo el haz de luz polvorienta que entraba por la ventanilla—. ¡Mire qué tamaño! Debe de ser muy valioso.

—Es de bisutería, su señoría.

Rápida como el pensamiento, lady Ada cogió el anillo con los dedos como si fuera un trozo de tiza y lo pasó por la ventanilla del faetón. Hubo un fino chirrido, casi inaudible, y un surco brillante apareció en el cristal.

Luego permanecieron sumidos en un silencio cómplice mientras su vehículo continuaba hacia el hotel. Fraser recordó sus instrucciones mientras contemplaba París a través de la ventanilla.

—Puede dejar que la anciana beba cuanto desee —le había dicho el Jerarca, con su inimitable aire de pícara ironía—, que diga lo que desee y flirtee cuanto desee,

siempre que no organice un escándalo, claro... Si consigue mantener a nuestra querida Ada alejada de las máquinas de apuestas puede darse por satisfecho.

El peligro de que se produjera tal cosa había sido pequeño, porque el bolso de la señora no contenía otra cosa que tiques y moneda fragmentaria, pero el diamante había cambiado las cosas. A partir de ahora tendría que vigilarla con más atención.

Sus habitaciones en el Richelieu eran bastante modestas, y estaban unidas por una puerta de comunicación que Fraser no había tenido que tocar. Las cerraduras eran bastante sólidas y había encontrado, y cegado, todas las inevitables mirillas. Solo él tenía llaves.

—¿Queda algo del anticipo? —preguntó lady Ada.

—Lo justo para darle una propina al chófer —dijo Fraser.

—Oh, vaya. ¿Solo? Fraser asintió. Los sabios franceses no habían pagado demasiado por el privilegio de disfrutar de su erudita compañía y sus deudas habían consumido rápidamente este dinero. Las humildes ganancias de la taquilla habrían podido pagar a duras penas el pasaje desde Londres.

Lady Ada abrió las cortinas, frunció el ceño bajo el sol de verano y volvió a cerrarlas.

—Entonces supongo que habrá que hacer ese viaje a América.

Fraser suspiró de manera inaudible.

—Dicen que ese continente está lleno de maravillas naturales, señora.

—¿Pero cuál de los viajes? ¿A Boston y a Nueva Filadelfia? ¿O a Charleston y Richmond? Fraser no dijo nada. Los nombres de aquellas ciudades extrañas le inspiraban una plomiza tristeza.

—¡Tendré que lanzar una moneda! —decidió su señoría con tono animado—. ¿Tiene usted una moneda, señor Fraser?

—No, señora —mintió Fraser mientras registraba sus bolsillos con un tintineo sordo—. Lo siento.

—¿Es que no le pagan? —inquirió su señoría con un atisbo de malhumor.

—Tengo mi pensión de la Policía, señora. Bastante generosa y pagada siempre con regularidad.

—Esto último, al menos, era cierto.

La señora pareció dolida al oír esto.

—¿Pero es que la Sociedad no le paga un salario digno? ¡Oh, vaya, con la de líos en los que se ha metido por mi culpa, señor Fraser! No tenía ni idea.

—Me recompensan a su manera, señora. Y me siento bien pagado.

Era su paladín. Eso era más que suficiente.

Lady Ada se acercó a su buró, y registró sus papeles y recibos. Sus dedos tocaron el mango de caparazón de tortugas de su espejo de viaje.

Ella se volvió entonces y lo atrapó con una mirada femenina. Bajo la presión de

esta mirada, Fraser levantó la mano y, casi involuntariamente, se tocó la accidentada mejilla bajo el parche. El mostacho entrecano no conseguía ocultar sus cicatrices. Había recibido el disparo de una escopeta. Aún le dolía en ocasiones, cuando llovía.

Pero ella no vio el gesto, o decidió no verlo. Con un ademán, le pidió que se aproximara.

—Señor Fraser. Amigo mío. Dígame una cosa, ¿quiere? Y que sea la verdad. —Suspiró—. ¿No soy otra cosa que una viejecita graciosa de pelo blanco?

—Señora —dijo Fraser amablemente—, es usted la reine des ordinateurs.

—¿De veras? —Levantó el espejo y miró en su interior.

En el espejo, una ciudad.

Es 1991. Es Londres. Diez mil torres, el zumbido ciclópeo de un trillón de engranajes en movimiento, la atmósfera entera convertida en una neblina de aceite, en el calor generado por la fricción de las ruedas giratorias. Pavimentos negros y sin junturas, incontables afluentes para el frenético desplazamiento de los encajes perforados de datos, los fantasmas de la historia liberados en esta calurosa y brillante necrópolis. Rostros finos como el papel que se hinchan como velas, que se retuercen, que bostezan, que se mueven por las calles vacías, rostros humanos que son máscaras prestadas y objetivos para el Ojo espía. Y cuando una cara determinada ha servido a su propósito, se desmorona, frágil como la ceniza y se suma a la seca espuma de los datos junto con todos sus bits y motas constituyentes. Pero nuevos tejidos de conjetura están hilvanándose en los resplandecientes núcleos de la ciudad, rápidos e incansables husos que tejen invisibles espirales por millones, mientras en las calurosas e inhumanamente oscuras profundidades, los datos se funden y se entremezclan, batidos por la acción de los engranajes hasta quedar reducidos a una piedra pómez burbujeante y esquelética que se vierte en la cera onírica que forma una carne ficticia, perfecta como el pensamiento.

No es Londres, sino un reflejo de plazas de cristal de paredes planas, avenidas que son rayos atómicos, un cielo que es un gas hiperfrío, un laberinto que el Ojo recorre con la mirada y en el que salta sobre abismos cuánticos que son causa, contingencia y casualidad. Donde se engendran espectros eléctricos, que luego son examinados, disecados e infinitamente iterados.

En el centro de esta ciudad, crece una criatura, un árbol autocatalítico, dotado de una especie de vida, que utiliza sus raíces para absorber pensamientos a través de un rico sedimento de imágenes derramadas por él mismo, y se ramifica creando una miríada de ramas de relámpago que suben y suben y suben, hacia la oculta luz de la visión,

que muere para renacer.

La luz es intensa.

La luz es clara;

el Ojo, al fin, debe verse a sí mismo.
A mí...
Veo:
Veo,
Veo ...!

Bibliografía de William Gibson

—Sprawl

1984 — Neuromancer
_______Neuromante. Editorial Minotauro, 1989.
_______Neuromante. Editorial Minotauro, 1998.
_______Neuromante. Círculo de Lectores, 1998.
1986 — Count Zero
1988 — Mona Lisa Overdrive
_______Mona Lisa acelerada. Editorial Minotauro, 1992.

—Bridge

1993 — Virtual Light
_______Luz virtual. Editorial Minotauro, 1994.
_______Luz virtual. Editorial Minotauro, 2000.
1996 — Idoru
1999 — All Tomorrow's Parties

—Otras novelas

1990 — The Difference Engine (con Bruce Sterling)
_______La máquina diferencial. La Factoría de Ideas, Solaris Ficción nº 84, 2006.
1995 — Johnny Mnemonic: The Screenplay and the Story
2003 — Pattern Recognition

—Antologías de relatos

1986 — Burning Chrome
_______Quemando cromo. Editorial Minotauro, 1994.

—Premios

1984 — Nebula de novela por Neuromancer
1984 — Philip K. Dick de novela por Neuromancer
1985 — Hugo de novela por Neuromancer
1985 — Locus de novela por Neuromancer

Nota sobre William Gibson

William Gibson nació en la costa del sur de Carolina (Estados Unidos) el 10 de marzo de 1948. Comenzó a leer libros de ciencia ficción cuando era un adolescente. En su etapa escolar, influenciado por autores como William S. Burroughs, Kerouac y Ginsberg, entró a formar parte de la denominada contracultura, dejando de lado la ciencia ficción durante una larga temporada.

Siendo todavía muy joven se trasladó a Canadá, huyendo de las movilizaciones de soldados para la Guerra de Vietnam. Tras graduarse en Inglés, y todavía sin metas profesionales definidas, desempolvó su viejo interés por la ciencia ficción. Comenzó a escribir en plena eclosión del movimiento ciberpunk. En 1984 publicó su primera novela, Neuromante, considerada como la obra de ciencia ficción más importante de la década de los 80 y donde aparece por primera vez la palabra «ciberespacio». Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura. Tiene en su haber una magnífica antología de relatos, Quemando cromo; novelas como Count Zero, Mona Lisa acelerada, Luz virtual, Idoru o la más reciente Pattern Recognition; y ha escrito guiones para la televisión, además de colaborar habitualmente con numerosas publicaciones.

Bibliografía de Bruce Sterling

—Novelas

1977 — Involution Ocean
1980 — The Artificial Kid
_______El chico artificial. Edaf, Ícaro CF nº 17, 1991.
1985 — Schismatrix
_______Cismatrix. Bibliópolis, Fantástica nº 25, 2005.
1987 — Ascendancies
1988 — Islands in the Net
_______Islas en la red. Destino, 1991.
1989 — Crystal Express
_______Crystal Express. Ultramar, Ciencia Ficción nº 124, 1992.
1990 — The Difference Engine (con William Gibson)
_______La máquina diferencial. La Factoría de Ideas, Solaris Ficción nº 84, 2006.
1994 — Heavy Weather
1996 — Holy Fire
_______El fuego sagrado. Ediciones B, Nova CF nº 114, 1998.
1996 — Schismatrix Plus
1998 — Distraction
_______Distracción. La Factoría de Ideas, Solaris Ficción nº 10, 2001.
2000 — Zeitgeist
2004 — The Zenith Angle

—Ensayo

Sterling se convirtió en el más cualificado portavoz del ciberpunk, movimiento cuyo apogeo tuvo lugar en los años 80, al que intentó dotar de un cuerpo teórico a partir de la experiencia acumulada durante esos años. Mirrorshades: The Ciberpunk Anthology (1986), publicada en nuestro país por Siruela, está considerada la biblia del ciberpunk.

En 1992 publicó The Hacker Crackdown: Law and Disorder on the Electronic Frontier, y en 2002 vio la luz Tomorrow Now: Envisioning the Next Fifty Years, donde analiza el presente y el futuro de la sociedad de la información. Es colaborador habitual de la revista Wired, publicación emblemática dirigida a los ciberadictos en Estados Unidos.

—Premios

1989 — John W. Campbell Memorial de novela por Islas en la red
1997 — Hugo de relato corto por The Bicycle Repairman
1999 — Gigamesh como antologista por Mirrorshades: una antología ciberpunk
1999 — Locus de relato corto por Maneki Neko
1999 — Hugo de novela corta por Taklamakan
1999 — Locus de novela corta por Taklamakan
_______Ex aequo con The Plank Dive, de Greg Egan.
2000 — Arthur C. Clarke de novela por Distracción

Nota sobre Bruce Sterling

Escritor, periodista, crítico y editor, Michael Bruce Sterling (Browsville, Texas, 1954) se graduó en Periodismo en la Universidad de Austin. Aunque comenzó su carrera como escritor ligando su nombre al movimiento ciberpunk, ha alcanzado su madurez creativa con sus obras posteriores, ya alejadas de ese movimiento que se popularizó en los años 80. En efecto, sus primeras novelas resultan mediocres comparadas con sus primeros relatos cortos, mucho más consistentes. En esa época inicia ya su colaboración con William Gibson, plasmada en Estrella roja, órbita invernal, y que continuará en The Angel of Goliad. La máquina diferencial es la primera novela que ambos escriben en colaboración. En ella ofrecen una prosa rica y un argumento sólido, en explosiva mezcla entre la aventura detectivesca y el thriller histórico con tintes futuristas.

En solitario, Bruce Sterling ha ganado un premio Hugo al mejor relato con Bicycle Repairman. Heavy Weather versa sobre el calentamiento global y otros aspectos medioambientales; El fuego sagrado aborda la gerontocracia y la esterilidad artística de la inmortalidad. Pocos autores han profundizado como él en cuestiones como las repercusiones prácticas de la aldea global o la ensalada lingüística, alejándose de la visión etnocentrista que suele caracterizar la obra de los escritores estadounidenses. En los últimos años ha desarrollado una amplia labor como activista defensor de los derechos civiles en el ciberespacio. Hoy, Sterling no solo ha demostrado una marcada preocupación por los asuntos políticos y sociales, sino un dominio del arte narrativo que ha ido en aumento con los años. Su obra más reciente es The Zenith Angle (2004).